



UNIVERSIDAD DE CHILE

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
PROGRAMA DE DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

**LOS DISCURSOS DE MUJERES Y HOMBRES TOXICÓMANOS RESPECTO
DEL *YO CUERPO***

Tesis para optar al Grado de Doctor en Psicología

PATRICIA ROMERO ZÚÑIGA.

Profesor Guía: Dr. Roberto Aceituno

Santiago, Diciembre de 2018

Dedicatoria:

Para mi madre, mi marido y mis niños, vértices de mi vida, inspiración para mi escucha.

Agradecimientos:

Este trabajo de investigación ha significado para mí un viaje, una aventura que empezó con inquietudes clínicas y derivó en las profundidades de los relatos de personas que padecen de su historia y de sí mismos. Ante todo, agradezco a ellos, los entrevistados, pues hicieron posible esta investigación al compartir sus vidas conmigo, abrir sus historias, sus dolores, sus propias travesías.

En el camino de escuchar a otros, inevitablemente, he restado tiempo a los míos, a mi gente, a mis amores. Agradezco a ellos su paciencia, su noble espera, su paciente compañía. Agradezco inicialmente a mis hijos, porque mientras descubro los efectos de una filiación no habida en los entrevistados, inevitablemente me cuestiono por mis niños y por la tensión que a momentos genera la dualidad de ser madre y querer investigar. Agradezco sus nacimientos en medio de este proyecto, porque no sólo transformaron mi existencia personal, sino que habilitaron en mí una escucha distinta. Agradezco su paciencia, su comprensión, su espera. Tengo todo el tiempo del mundo ahora para ustedes.

Agradezco a mi marido, fiel compañero que ha sabido llevarme en la ritmicidad de la alternancia que implica ser mujer, madre y poder investigar. Agradezco su contención, su paciencia, su trato amoroso, su complicidad. Siempre has estado conmigo, y sé que para cada nueva aventura cuento con tu apoyo y tu fuerza. Gracias por ser el marido y padre que eres. Agradezco también a mi madre querida, huella indeleble de una relación de amor, inspiración para mi escucha, apoyo incondicional. Agradezco finalmente a mi suegra, pues sin el trato cariñoso y el tiempo que brinda a mis niños, esta investigación no habría sido posible.

No puedo dejar de mencionar a mis grandes mentores; profesor Mauricio García, que desde mis inicios en la psicología ha sabido transmitir su pasión por el arte del psicoanálisis. Agradezco su siempre abierta disposición y su siempre dispuesto trabajo colaborativo. Sin él, mi pasantía no habría sido lo enriquecedora que fue. Agradezco también al profesor Roberto Aceituno, por introducirme en una forma de pensar y ejercer el psicoanálisis que se centra en el dolor psíquico y en las manifestaciones que de ahí nacen para dejar de padecer. Ambos profesores me han acompañado en el recorrido por diversos autores, siempre centrados en el efecto terapéutico que la teoría pueda generar. Me conmueve su forma de vivir la clínica y de ello estoy profundamente agradecida. Finalmente, agradezco a Juan Ariztia su ayuda desinteresada y apoyo, su contribución y reflexión permanente y fructífera; y a todo mi querido Sector 4 del Instituto Psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak, colegas y amigos que me han apoyado enormemente en este largo proceso.

Tabla de contenidos:

Portada	i
Dedicatoria	ii
Agradecimientos	iii
Tabla de contenidos	v
Indice de ilustraciones y cuadros	xiv
Resumen	xx
Introducción	1
1.- Toxicomanías, revisión de los planteamientos en el campo del psicoanálisis: La adicción no responde únicamente a los efectos químicos de la sustancia sobre el cuerpo	8
1.1.- La obra freudiana	9
1.2. El regreso a un estado anterior del psiquismo como eje comprensivo de la problemática toxicómana: La regresión.	17
1.2.1.- La adicción bajo la lógica de la regresión y los estadios psicosexuales	17
1.2.2. El goce como punto de anclaje de las toxicomanías	23
1.2.3. El retorno a un estado libre de tensión: La relevancia de la economía libidinal y el papel de la pulsión de muerte	30
1.3.- La toxicomanía pensada bajo la lógica del síntoma	36
1.3.1.- Del goce, el pseudo-síntoma y el sinthome	37
1.3.2.- La toxicomanía, una defensa narcisística que toma el modelo del dolor corporal	40
1.3.3.- La discusión del síntoma en torno al eje de la economía libidinal y la pulsión de muerte	44
1.4. Acerca de la relación al objeto en el campo de las toxicomanías	45
1.4.1.- De la pasión	46
1.4.2.- Transmisión y toxicomanías	50
1.5.- En asociación al estado actual de los ideales sociales	54
1.6.- La toxicomanía y su comprensión bajo la rúbrica de las estructuras de	60

personalidad	
1.7. Discusión: Los postulados teóricos y sus consecuencias: el lugar del cuerpo, del objeto y del yo	67
Capitulo 2. Problematización, Pregunta de investigación, objetivos, relevancia	78
2.1. Problematización	78
2.2.- Pregunta de investigación	89
2.3.- Objetivos	89
2.4. Relevancia	90
Capitulo 3: Marco teórico, el yo cuerpo	91
3.1. Del Otro, del yo y del cuerpo	91
3.1.1. Del cuerpo erógeno y el yo: la preponderancia del plano económico en el campo de la (in)satisfacción	91
3.1.2. Del encuentro entre el Otro fundamental y la pulsión: el yo cuerpo	95
3.1.3. El yo cuerpo	103
3.2. El campo de lo erógeno: los distintos ejes del yo cuerpo	106
3.2.1. Del Sujeto de Deseo, la relación al objeto y su expresión fallida, la pasión	106
3.2.2. Identificación e imagen: la función de la mirada y la constitución de la imagen de sí	112
3.2.3. Del placer, displacer y el dolor	117
3.2.4.- El pensamiento y el afecto como actividades erógena del psiquismo	125
3.2.5. Desde las sensaciones a las representaciones y los sentimientos	128
3.2.6. De la posibilidad y la imposibilidad de encarnar un cuerpo femenino/masculino	137
3.2.7. La filiación: devenir hijo, devenir sujeto, devenir padre/madre	151
3.2.8. La vivencia en continuidad y la elaboración del Tiempo: el apres coup y el papel de la represión primaria	162
Capítulo 4: Metodología de Investigación	167
4.1.- Muestra	172
4.2.- Técnicas de producción de datos	176

4.3.- Procedimiento de análisis de datos	178
Capítulo 5: Análisis del discurso de hombres y mujeres adictos con respecto al yo cuerpo	180
5.1.- Los discursos de las mujeres acerca del yo cuerpo	180
5.1.1- Discursos acerca de la identidad en las mujeres	181
5.1.1.1.- Discursos acerca de la Identidad Actual	181
5.1.1.1.1.- Discursos acerca de la Identidad Actual: “el antes de la identidad”, “tipos de transformación” y “el después de la identidad”	182
5.1.1.1.1.1.- El antes de la identidad	183
5.1.1.1.1.2.- Tipos de transformación	188
5.1.1.1.1.3.- El después de la identidad	190
5.1.1.1.2.- Discursos acerca de la Identidad Actual: “imperativos identitarios”	196
5.1.1.1.3.- Discursos acerca de la Identidad Actual: ¿identidad femenina?	200
5.1.1.2.- Discursos acerca de la identidad filial	204
5.1.1.2.1 Identidad en relación a la madre	205
5.1.1.2.2.- Identidad filial en general	210
5.1.1.2.3. Identidad fraterna	215
5.1.1.2.4. Identidad materna	218
5.1.1.3.- Discursos acerca de la identidad adicta	226
5.1.1.3.1.- Discursos acerca de la identidad adicta: lo negativo	226
5.1.1.3.2.- Discursos acerca de la identidad adicta: lo positivo del uso de sustancias	231
5.1.2. Discursos acerca de la propia imagen	234
5.1.2.1 Imagen Actual	235
5.1.2.1.1.- Transformaciones del cuerpo	235
5.1.2.1.2.- Relación afectiva con la imagen	239
5.1.2.1.3.- Imagen Filial	242
5.1.2.1.4.- Imagen Adicta	244
5.1.3. Discursos acerca de las relaciones con otros (relación al objeto)	246
5.1.3.1. Relación al otro sexo	247

5.1.3.1.2. Relación a la Pareja	254
5.1.3.1.3. Relación al objeto: los hombres en general	268
5.1.3.2. Relación al mismo sexo	272
5.1.3.2.1.- Relación a las mujeres en general	273
5.1.3.2.2.- Relación a la madre	274
5.1.3.2.2.1.- Relación positiva a la madre	275
5.1.3.2.2.2.- Relación negativa a la madre	279
5.1.3.3. Relación al objeto filial	289
5.1.3.4. Relación al objeto fraternal	291
5.1.3.5. Relación al hijo	293
5.1.3.5.1.- Relación positiva al hijo	293
5.1.3.5.2.- Relación negativa al hijo	297
5.1.3.6. Relación a los objetos en general	305
5.1.3.6.1.- “Amigos”:	305
5.1.3.6.2.- “Todos”	307
5.1.3.7. Relación al objeto mediada por la droga	312
5.1.3.7.1. Relación a la familia con droga	313
5.1.3.7.2. Relación a los hombres con la droga	318
5.1.3.7.2.1. Relación a la pareja con droga	319
5.1.3.7.3. Relación al hijo con droga	322
5.1.3.7.4. Relación a la droga como objeto	325
5.1.4. Discursos acerca de las representaciones mentales	327
5.1.4.1.- Representaciones actuales	328
5.1.4.1.1.- Lo no representado en la actualidad	332
5.1.4.2.- El espacio del sueño	343
5.1.4.3.- Representaciones acerca del pasado	346
5.1.4.3.1.- Lo no representado acerca del pasado	348
5.1.4.4.- Representaciones con consumo	350
5.1.5. Discursos acerca de las sensaciones	355
5.1.5.1.- “Mis sensaciones”	355

5.1.5.1.1.- Sensaciones con respecto a la propia historia	356
5.1.5.1.2.- Sensaciones con respecto a si mismo	359
5.1.5.1.3.- Sensaciones con respecto al cuerpo propio	364
5.1.5.1.4.- Sensaciones con respecto a la sexualidad	369
5.1.5.1.5.- Sensaciones con respecto a la maternidad	372
5.1.5.1.6.- Sensaciones con respecto a la feminidad	375
5.1.5.1.7.- Sensaciones con respecto a otros	376
5.1.5.2.- Sensaciones en torno al consumo	378
5.1.5.2.1.- Sensaciones negativas acerca del consumo de sustancias	387
5.1.6. Discursos acerca de la concepción subjetiva de tiempo	392
5.1.6.1.- Discursos acerca de la vivencia del tiempo sin consumo de sustancias	393
5.1.6.2.- Discursos acerca de la vivencia del tiempo bajo la lógica del consumo de sustancias	398
5.2.- Análisis de los discursos de hombres con problemáticas de consumo acerca del yo cuerpo	400
5.2.1.- Discursos acerca de la identidad	400
5.2.1.1.- “Yo soy..”	401
5.2.1.1.1.- Yo soy: “relación con la masculinidad”	401
5.2.1.1.2.- Yo soy: “los límites de mi ser”	407
5.2.1.1.3.- Yo soy: “Yo respecto del otro”	411
5.2.1.2.- Mi parte masculina	418
5.2.1.2.1- La filiación de lo masculino	418
5.2.1.2.1.1.- Los efectos de mi padre en mí	419
5.2.1.2.1.2.- Los hombres de mi familia	424
5.2.1.2.2.- El exceso de lo masculino	428
5.2.1.3.- Mi parte femenina	436
5.2.1.3.1.- “Poco hombre”	436
5.2.1.3.2.- “Los efectos de mi madre en mí”	441
5.2.1.3.2.1.- Soy mi madre	442
5.2.1.3.2.2.- Yo hijo	444

5.2.1.3.2.3.- “El hombre de mi madre”	445
5.2.1.4.- “Yo hermano”	447
5.2.1.5.- “Yo padre”	451
5.2.1.5.1.- “No puedo ser padre”	451
5.2.1.5.2.- “Ser padre como mi padre”	456
5.2.1.6.- “Identidad adicta”	459
5.2.1.6.1.- “Identidad adicta, marcada por un quiebre”	459
5.2.1.6.2.- “Identidad adicta, Reforzamiento del yo”	462
5.2.1.6.3.- Identidad adicta, la debacle	470
5.2.1.6.4.- Identidad adicta filial	480
5.2.1.6.5.- Identidad de la abstinencia	482
5.2.2. Discursos acerca de la propia imagen	484
5.2.2.1.- Mi imagen	485
5.2.2.2.- Imagen filial	490
5.2.2.3.- Imagen adicta	495
5.2.3. Discursos acerca de las Relaciones con otros (relación al objeto)	498
5.2.3.1.- Relación al objeto sin droga	499
5.2.3.1.1.- Relación al padre	500
5.2.3.1.1.1.- Mi mal padre	500
5.2.3.1.1.2.- Mi buen padre	510
5.2.3.1.1.3.- Vínculo sexual	515
5.2.3.1.2.- Relación a la madre	521
5.2.3.1.2.1.- La vulnerabilidad materna	521
5.2.3.1.2.2.- Mi madre, mi todo	525
5.2.3.1.2.3.- “El odio materno”	530
5.2.3.1.3.- Relación Filial	533
5.2.3.1.4.- “Relación Fraternal”	540
5.2.3.1.5.- “Relación al Hijo”	543
5.2.3.1.5.1.- “Paternidad buena”	543
5.2.3.1.5.1.1.- “Ser padre me gratifica”	543

5.2.3.1.5.1.2.- “Te reconozco como mi hijo”	547
5.2.3.1.5.2.- “Paternidad mala”	548
5.2.3.1.6.- “Relación al objeto con el otro sexo”	555
5.2.3.1.6.1.- “No soy un hombre para ti”	555
5.2.3.1.6.2.- “Relación sexual”	561
5.2.3.1.6.3.- “Mala mujer”	565
5.2.3.1.7.- “Relación al mismo sexo”	567
5.2.3.2.- “Relación al objeto con droga”	571
5.2.3.2.1.- “Relación a los hombres con droga”	572
5.2.3.2.1.1.- “Relación al padre con droga”	572
5.2.3.2.1.2.- “Relación a otros hombres con droga”	573
5.2.3.2.2.- “Relación a las mujeres con droga”	576
5.2.3.2.2.1.- “Relación a la madre con droga”	576
5.2.3.2.2.2.- “Relación a la pareja con droga”	577
5.2.3.2.3.- “Relación a los hijos con droga”	581
5.2.3.2.4.- “Relación a los otros en general con droga”	583
5.2.3.2.5.- “Relación a la droga como objeto”	584
5.2.4. Discursos acerca de las representaciones mentales	587
5.2.4.1.- Representaciones biográficas	587
5.2.4.1.1.- Representaciones biográficas, Lo representado	588
5.2.4.1.2.- “Representaciones biográficas, Lo no representado”	590
5.2.4.1.3.- “Representaciones biográficas, Representaciones traumáticas”	596
5.2.4.2.- “Representaciones actuales”	599
5.2.4.2.1.- “Amor”	599
5.2.4.2.2.- “Pensamientos”	603
5.2.4.3.- Lo no representado, lo simbólico en el cuerpo	608
5.2.4.4 Representaciones adictas	612
5.2.4.4.1.- “Fantasías”	613
5.2.4.4.2.- “Pensamientos en consumo”	614
5.2.4.4.3.- “Lo no representado”	615

5.2.5. Discursos acerca de las sensaciones	617
5.2.5.1.- Discursos acerca de las “sensaciones actuales”	617
5.2.5.2.- Discursos acerca de las “sensaciones biográficas”	623
5.2.5.2.1.- Discursos acerca de las “sensaciones biográficas en torno a sí mismos”	624
5.2.5.2.2.- Discursos acerca de las “sensaciones biográficas en torno a otros”	625
5.2.5.3.- Discursos acerca de las “sensaciones del consumo”	630
5.2.5.3.1.- Sensaciones Agradables del consumo	630
5.2.5.3.2.- “Sensaciones Desagradables del consumo”	634
5.2.6. Discursos acerca de la concepción subjetiva de tiempo	640
5.2.6.1.- “Discursos acerca del tiempo sin droga”	640
5.2.6.1.1.- “Discursos acerca del tiempo biográfico”	640
5.2.6.1.2.- “Discursos acerca del tiempo actual”	643
5.2.6.2.- “Discursos acerca del tiempo con droga”	646
6.- Discusión	648
6.1.- Discusión respecto de las entrevistas a mujeres	648
6.1.1.- identidad: yo no soy hija/soy yo mi madre	648
6.1.2.- Imagen: No me parezco a nadie	658
6.1.3.- Representaciones: no puedo pensar en eso	663
6.1.4.- Relación al objeto	674
6.1.5.- Sensaciones: no reconozco este cuerpo de mujer	682
6.1.6.- Representación del tiempo: el pasado es hoy	688
6.2.- Discusión respecto de las entrevistas a hombres	690
6.2.1.- Identidad: no soy tu hijo, soy mi madre	690
6.2.2.- Imagen: feo como un gusano	701
6.2.3.- Relación al objeto: si mi padre hubiera estado, yo no estaría en drogándome	705
6.2.4.- Representaciones	711
6.2.5.- Sensaciones: acostumbrado al dolor	717
6.2.6.- Vivencia del Tiempo	723

7.- Conclusiones	726
8.- Bibliografía	741
9.- Anexos	752
9.1.- Autorización para investigar, de instituto psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak	753
9.2.- Formato Consentimiento informado y consentimientos autorizados	755

Indice de ilustraciones y cuadros:

Figura 1	180
Figura 2	180
Figura 3	181
Figura 4	181
Figura 5	183
Figura 6	189
Figura 7	190
Figura 8	196
Figura 9	201
Figura 10	204
Figura 11	205
Figura 12	210
Figura 13	215
Figura 14	218
Figura 15	226
Figura 16	226
Figura 17	230
Figura 18	235
Figura 19	235
Figura 20	235
Figura 21	239
Figura 22	242
Figura 23	244
Figura 24	246
Figura 25	247
Figura 26	247
Figura 27	247
Figura 28	251

Figura 29	255
Figura 30	255
Figura 31	258
Figura 32	268
Figura 33	272
Figura 34	273
Figura 35	274
Figura 36	275
Figura 37	279
Figura 38	289
Figura 39	291
Figura 40	293
Figura 41	293
Figura 42	297
Figura 43	305
Figura 44	307
Figura 45	312
Figura 46	313
Figura 47	317
Figura 48	319
Figura 49	320
Figura 50	322
Figura 51	325
Figura 52	327
Figura 53	328
Figura 54	332
Figura 55	343
Figura 56	346
Figura 57	348
Figura 58	350

Figura 59	355
Figura 60	355
Figura 61	356
Figura 62	359
Figura 63	360
Figura 64	362
Figura 65	364
Figura 66	369
Figura 67	372
Figura 68	373
Figura 69	374
Figura 70	375
Figura 71	376
Figura 72	378
Figura 73	379
Figura 74	387
Figura 75	392
Figura 76	393
Figura 77	398
Figura 78	400
Figura 79	400
Figura 80	401
Figura 81	401
Figura 82	407
Figura 83	411
Figura 84	418
Figura 85	418
Figura 86	419
Figura 87	424
Figura 88	428

Figura 89	436
Figura 90	437
Figura 91	411
Figura 92	447
Figura 93	451
Figura 94	451
Figura 95	456
Figura 96	459
Figura 97	459
Figura 98	462
Figura 99	470
Figura 100	480
Figura 101	482
Figura 102	484
Figura 103	485
Figura 104	490
Figura 105	496
Figura 106	499
Figura 107	499
Figura 108	500
Figura 109	500
Figura 110	510
Figura 111	515
Figura 112	521
Figura 113	521
Figura 114	525
Figura 115	530
Figura 116	533
Figura 117	540
Figura 118	543

Figura 119	543
Figura 120	547
Figura 121	548
Figura 122	555
Figura 123	555
Figura 124	561
Figura 125	565
Figura 128	567
Figura 129	571
Figura 130	572
Figura 131	572
Figura 132	572
Figura 133	573
Figura 134	576
Figura 135	576
Figura 136	577
Figura 137	578
Figura 138	579
Figura 139	581
Figura 140	583
Figura 141	584
Figura 142	587
Figura 143	587
Figura 144	588
Figura 145	590
Figura 146	596
Figura 147	599
Figura 148	600
Figura 149	600
Figura 150	602

Figura 151	604
Figura 152	604
Figura 153	608
Figura 154	612
Figura 155	613
Figura 156	614
Figura 157	615
Figura 158	617
Figura 159	617
Figura 160	618
Figura 161	621
Figura 162	623
Figura 163	624
Figura 164	625
Figura 165	630
Figura 166	630
Figura 167	634
Figura 168	640
Figura 169	640
Figura 170	640
Figura 171	643
Figura 172	646

Resumen:

Se presenta un análisis de discurso sobre el yo-cuerpo de nueve mujeres y nueve hombres adictos; en ambos casos, se evidencia la centralidad de la filiación no constituida como eje de su padecer. Mediante entrevistas en profundidad se explora el peso de la ausencia real de la madre en la adicción femenina, así como una prematura exigencia de su condición de mujeres. En los hombres, la violencia paterna signa la masculinidad desde el exceso, así como la indiferenciación en el vínculo con la madre facilita una forma *pasivizada* de satisfacción. Dadas estas condiciones primeras, hombres y mujeres no logran advenir cabalmente tales pues en realidad no reciben un reconocimiento primero como hijas e hijos.

El origen de la vida así como el cuerpo en su condición productora de vida es un elemento privado de simbolización y representaciones. La vacuidad del vínculo a los padres, marcado por la indiferencia u odio, impide que hombres y mujeres reciban en la transmisión intergeneracional un soporte simbólico para situarse en la filiación. La fallida experiencia afectiva de ser hijos e hijas, genera dificultades para ubicarse como hombres y padres en el caso de los hombres, y mujeres y madres en el caso femenino. Un reconocimiento primero en la condición de hijo/a permite o impide, entonces, devenir padre o madre, así como hombre o mujer. Este primer reconocimiento, cuando ocurre, tiene la cualidad de ubicar al sujeto en un espacio intergeneracional que permite una proyección en torno a un futuro posible, con miras al placer, y pone en juego la interdicción paterna como ley que regula el intercambio entre los sujetos, facilitando la tramitación de la pulsión. La adicción constituye una respuesta a este no reconocimiento primero, en un esfuerzo por sobrevivir a estas formas *informes* de sufrimiento.

Palabras-clave: Adicción femenina, adicción masculina, cuerpo, transmisión intergeneracional.

Introducción:

El interés por realizar la presente investigación nace de preguntas que surgen de mi práctica clínica en el campo de las adicciones; preguntas que surgen de observar, de escuchar y sobre todo de no poder comprender. Me llamaba la atención que, pese a no responder las adicciones a una forma estructural de funcionamiento psíquico, ocurría que a mis ojos, mis pacientes presentaban fenómenos clínicos de similares características. Se reiteraba en mí la impresión clínica de pacientes cuyas dinámicas giraban en torno a cierta ambigüedad en el campo de la identidad sexual, y eso generó interrogantes en mí. Tal vez, coincidentemente, tuve pacientes que pese a tener una identidad sexual medianamente integrada, bajo efectos del consumo esto parecía tambalear. Mujeres homosexuales que bajo el estado de consumo presentaban conducta heterosexual sin comprender por qué sucedía esta *mutación* en ellas, pacientes heterosexuales que estando drogados se vestían del sexo opuesto, nuevamente como algo que irrumpía en su experiencia. Algo de lo femenino y lo masculino me impresionaba poco integrado, escasamente elaborado, y el espacio del cuerpo en estos pacientes se abrió como una pregunta para mí, sin claras respuestas. El cuerpo aparecía como el espacio de manifestación de un padecer que parecía ligado fuertemente al uso de drogas, así como a su condición sexuada. Insisto, no tenía respuestas.

Por otra parte, la revisión de cierta literatura científica mostraba fenómenos de naturaleza similar entre las mujeres adictas: embarazos múltiples asociados a maternidades frustradas, permanente y sistemático abandono de los hijos, asociado al deseo de poder ser *buena madre*, consumo de drogas en compañía y dependencia de sus parejas, dependencia emocional a algunos hijos o las parejas, etc. (Asistencial, 2007; Castilla & Lorenzo, 2012; Cifuentes, 2014; García-Serra, Ramis, Simó, Joya, Pichini, Vall, & García-Algar, 2012; Jeifetz & Tajer, 2010;

Meneses falcón, 2006; Ortigosa Gómez, López-Vilchez, Díaz Ledo, Castejón Ponce, Caballero Rabasco, Carreras Collado & Mur Sierra, 2011). En la clínica de hombres adictos, en cambio, se describían cosas diversas: manifestaciones de consumo ligadas al despliegue de la virilidad, siempre desde la sensación de fracaso o de exceso, la vivencia de una vida sexual truncada o impulsiva, una relación al padre siempre dolorosa que coexistía sin embargo con una idealización de la figura paterna, etc. (Duany Navarro & Hernández Marín, 2012; Markez Iñaki, Romo, Meneses, Gil & Vega, 2004; Rodríguez, Hernández & Fernández, 2007). Debo asumir que, pese a las supervisiones constantes de mi labor clínica, no veía un eje que me permitiera interpretar estos fenómenos más allá de la casuística individual. No entendía cómo sucedía que cada paciente traía, en la novedad de su historia, elementos similares, en particular porque las toxicomanías no se articulan a la manera de un funcionamiento estructural. De la particularidad de las biografías de mis pacientes, sin embargo, más allá de sus historias personales, no lograba una lectura psicoanalítica integral acerca del padecer del adicto. Volvía a los paciente, y reencontraba historias de abuso sexual en la infancia, desprotección temprana, abandono, soledad, impotencia sexual, excesos de violencia, etc.

Buscando coordenadas teóricas, descubrí que en general el psicoanálisis refiere a las adicciones desde el concepto de toxicomanías, sin establecer grandes diferencias en las dinámicas establecidas por hombres y mujeres. Pensada en la actualidad la toxicomanía primordialmente como una defensa (Le Poulichet, 1990; Green, 2005; Maldasvsky, 1992; Mayer, 2000, Tarrab, 2005; Pommier, 2016), la diferencia en la constitución erógena del cuerpo en tanto cuerpo femenino y cuerpo masculino pareciera carecer de peso al momento de pensar el padecer del sujeto que consume. Sólo algunos autores actuales dejaban entrever la posibilidad de diferencias significativas en las toxicomanías de hombres y mujeres (Tarrab, 2005; Guyomard,

2013) y eso me hizo preguntar acerca de cierta posible especificidad. Me pregunté entonces acerca de una posible diferencia entre los sexos en el campo del padecer toxicómano, y recordé los planteamientos teóricos de la perspectiva de género, tan en boga en la actualidad en el campo de las adicciones.

La perspectiva de género, para mi tranquilidad, revela efectivamente cómo el género “como construcción social, es un factor de peso que exagera la vulnerabilidad biológica y acompaña a la biología en la determinación de las desigualdades en materia de salud. El sistema sexo-género es un principio organizativo central en todas las sociedades conocidas. Su comprensión es fundamental para entender los distintos usos de drogas” (Romo- Aviles, N. 2011. p. 92). El concepto de género sostiene epistemológicamente las directrices de tratamiento e intervención, en tanto concibe el género como “una construcción simbólica, que incluye el conjunto de asignaciones culturales que diferencia a los hombres de las mujeres, los articula frente a los recursos y se expresa en el desempeño de roles y en el modo de actuación social en los espacios donde se genera la continuidad cultural” (Duany Navarro & Hernández Marín, 2012. p. 613). Bajo esta perspectiva, se afirma una “creciente demanda por la asistencia a la drogadicción femenina” (Asistencial, A.I.D.C. 2007), que además se revelaría como un fenómeno de “internacionalmente reconocida especificidad” (Asistencial, A.I.D.C. 2007). En los últimos años se estaría dando una “feminización del uso de drogas, en la medida que disminuyen las ratios que separan a varones y mujeres en el uso de drogas ilegales en las edades más jóvenes, unido a un aumento progresivo del uso de drogas “legales” entre todas las mujeres y en algunos grupos de edad” (Romo-Aviles, N. 2011. p. 92).

Las perspectivas de género realzan la especificidad de la drogadicción femenina al alero de una posición política, puesto que sostiene que “las relaciones de género son relaciones de poder

que sitúan a la mujer en una posición de subordinación, ésto se expresa tanto en el ámbito privado, como en instituciones políticas, incluidas la salud” (Sojo, D.; Sierra, B.; López, I. 2002 En Marquez Iñaki, Póo Mónica, Romo Nuria, Meneses Carmen, Gil Eugenia, Vega Amando. 2004, p. 40). Respecto del consumo de drogas, ello se evidenciaría en el hecho que “cuando comienzan a hacerse visibles los consumos problemáticos [...] en las mujeres, éstas son presentadas, tanto en los estudios como en los medios de comunicación social, como personas transgresoras y marginales, más patológicas que los varones, asociadas a la realización de la prostitución y al abandono de sus responsabilidades como madres” (Meneses Falcón, C. 2006. pp.262), etc.

Del enfoque de género comprendí entonces que la condición femenina otorga cierta cualidad al uso de drogas; la gestación, la maternidad, el espacio de pareja y el uso del cuerpo como espacio de intercambio por droga son concebidas como realidades particularmente complejas propias en estas mujeres. El consumo de los hombres y mujeres, en general, respondería a la lógica del patriarcado, y por ello “las conductas de transgresión como el consumo de drogas, socialmente disruptivas, son más severamente sancionadas en las mujeres, porque de acuerdo al patrón cultural patriarcal están asociadas con lo masculino. Esto determina sentimientos de vergüenza, culpa e incapacidad que pueden llevar a las mujeres a ocultar su adicción o bien a no solicitar tratamiento para no ser estigmatizadas como “adictas” o “locas”” (Jeifetz, V. & Tajer, D. 2015). Muchos de los abandonos de tratamientos por parte de las mujeres se relacionarían con factores contextuales relativos a los roles de género tradicionales: “deben retornar lo antes posible al hogar para cumplir sus responsabilidades domésticas y familiares” (Jeifetz, V., Tajer, D. 2015. pp. 319).

La perspectiva de género me mostró que existe una diferencia en el consumo de hombres y mujeres efectiva, resultado que es interpretado en esta perspectiva como el producto de una dinámica sociocultural y política que dejaría en desmedro y en permanente vulnerabilidad a la mujer que consume. Realidades del cuerpo femenino toman aquí nuevamente protagonismo, resaltando la toxicomania como una problemática ligada al cuerpo en sus diversas condiciones. Esta perspectiva de pensamiento, pese a que otorgó respuestas, abrió nuevas interrogantes pues no lograba una respuesta acerca de mi pregunta en el espacio propiamente clínico, psicoanalítico, sino que reafirmaba mi cada vez más creciente impresión que las toxicomanías presentaban cierta especificidad entre hombres y mujeres. Personalmente, me preguntaba acerca de porqué en la particularidad de la historia subjetiva de mis pacientes volvía una y otra vez a lo mismo, más allá del devenir sociocultural que evidentemente nos determina. Mi pregunta retornaba una y otra vez a la cualidad de un padecer más íntimo, inconsciente.

Volví entonces al psicoanálisis. Con la impresión de que el fenómeno de las adicciones ocurre de manera diversa entre hombres y mujeres, al menos así descrito por la perspectiva de género, me pregunté entonces de qué sufre la mujer adicta y el hombre adicto exactamente. Dado que todo me conducía al cuerpo como eje de análisis, en tanto primer espacio de separación entre lo femenino y masculino, así como el campo de intervención donde se juega el de drogas, me propuse analizar los “discursos acerca del yo cuerpo yo” en mujeres hombres adictos, lo que dicen respecto a su imagen, su identidad, sus cuerpos, sus vidas, y he intentado capturar lo que no pueden o no logran decir.

Las entrevistas en profundidad realizadas en el marco de esta investigación me condujeron a las temáticas acerca del cuerpo, del cuerpo erógeno, pero también del cuerpo filial y el cuerpo sexuado.

Entendí finalmente que esta aparente ambigüedad que aparece en el campo de la imagen sexuada, como también los derroteros de la vida sexual, de la identidad, revelan una condición más profunda del sujeto, la cualidad fallidamente erógena de su cuerpo, y cómo esta condición truncada incide en el campo de la simbolización, las representaciones, las sensaciones del cuerpo y los afectos. Entendí como el acontecer de su historia personal, el devenir de sus encuentros y especialmente de sus desencuentros, deja una huella en el psiquismo que demarca el horizonte de las satisfacciones de manera brutal y doliente. Entendí finalmente, que el reconocimiento recibido (o no) por los padres en la condición de hijo/hija otorga, para todos nosotros, un espacio en el deseo de los padres, un lugar en la cadena de las generaciones, un reconocimiento de un cuerpo sexuado, un espacio de identificaciones posibles, un devenir de encuentros erógenos que permitan (o no) hacer primar la pulsión de vida por sobre la de muerte en la economía psíquica. Entendí que la posibilidad de otorgar este reconocimiento primero se liga, a su vez, a la historia personal de los propios padres y a sus propios sufrimientos. Finalmente, comprendí que recibir el lugar de hijo/a, y el encuentro o desencuentro a que ello convoca, establece los vértices para la articulación del cuerpo en su condición erógena en toda su manifestación, da lugar a la diferencia entre las generaciones y es manifestación y consecuencia a la vez del efecto que otorga la ley del incesto como ley que regula el intercambio social. Manifestaciones privilegiadas del padecer en estos pacientes son, entonces, el campo de la sexualidad y de la identidad sexuada, pero claramente no las únicas; el espacio de las representaciones en torno a lo traumático y lo no representable, la vivencia del cuerpo en su condición simbólica y no simbólica, la posibilidad de proyectarse en el tiempo, etc. nos hablan también de la condición erógena del cuerpo.

No ha sido un trabajo fácil, aún tengo miles de preguntas. Sin embargo, quiero compartir con ustedes los resultados de mi investigación, trabajo que busca simplemente respuestas para el padecer que encuentra una manifestación facilitada en el uso de la sustancia y un alivio/padecer que otorga justamente el uso de las mismas.

Para partir este recorrido y poder preguntarnos acerca de la condición erógena del cuerpo de los toxicómanos y la forma en que esto acontece de manera diversa entre hombres y mujeres, abordaremos primero las formas en que la teoría psicoanalítica ha pensado la problemática de las toxicomanías. Luego, porque la teoría psicoanalítica propone variados ejes de comprensión del fenómeno que no pone en primer lugar la diferencia entre los sexos, nos preguntaremos acerca de la relevancia de la misma, fundamentando en los postulados que algunos autores psicoanalíticos dejan entrever (Guyomard, 2013; Tarrab, 2005). Primordialmente porque el campo clínico se tornó el espacio fundamental donde no encontraba respuestas, planteo una investigación cuya metodología de investigación es empírica, de tipo cualitativa, bajo la lógica del análisis de discurso. Posterior a ello, propongo una lectura psicoanalítica del análisis de las entrevistas, en función de indagar las diversas manifestaciones que aparecen descritas como las más relevantes y propias a la constitución y devenir del cuerpo erógeno: Imagen e identidad personal, relación a otros, sensaciones, representaciones y elaboración del tiempo.

1.- Toxicomanías, revisión de los planteamientos en el campo del psicoanálisis: La adicción no responde únicamente a los efectos químicos de la sustancia sobre el cuerpo.

En diversos campos de las ciencias sociales se ha planteado que el uso de sustancias ocupa un lugar en el marco de la historia de la humanidad (Escohotado, 1998; Naparstek, 2008); se ha mostrado cómo el uso de drogas sufre una metamorfosis desde el uso tribal de las sustancias psicotrópicas, enmarcado en el espacio social y con una función asociada a la vida en comunidad, al uso descontrolado característico de los denominados adictos en las sociedades occidentales actuales, asociado a un padecer psíquico y físico del sujeto que las consume. Esta evolución de la dinámica del uso de sustancias testimonia cómo el carácter adictivo de un elemento, en este caso la droga, no reside en la intrusión química del tóxico o los efectos biológicos del mismo. En este sentido, podemos afirmar que “la historia de las drogas es mucho más amplia, mucho más antigua que historia de las toxicomanías [por lo que] desde el punto de vista psicoanalítico no vamos a descartar el valor de la sustancia, pero tampoco vamos a ubicar el acento allí” (Naparstek, 2008. p. 11-19).

Es sabido que Freud inicia su obra indagando los efectos benéficos de la cocaína, hasta vislumbrar en aquella las dificultades de una problemática adictiva. Sabido es igualmente que el autor, en los tiempos pre-psicoanalíticos de su obra, abandonará su investigación en los efectos terapéuticos de la cocaína al momento de evidenciar que los perjuicios de su consumo superaban los beneficios que él esperaba encontrar en su uso (Freud, 1885, en Freud, 1980b). Pese a que Freud no elabora una teoría respecto de la problemática adictiva ni en el momento pre-psicoanalítico de su obra ni en la elaboración misma del pensamiento psicoanalítico, insinúa en varios momentos directrices de comprensión de la problemática que han servido

para la elaboración de las diversas teorías y corrientes de pensamiento que se han instalado a lo largo de la historia del psicoanálisis en torno a las toxicomanías.

Realizaremos entonces un breve recorrido por la obra freudiana, de manera de dar cuenta de la forma en que concibe las nociones de adicción, toxicidad y cuerpo, para posteriormente abordar las diversas maneras en que se ha elaborado teóricamente la problemática toxicómana o de las adicciones, desde las distintas escuelas psicoanalíticas.

1.1.- La obra freudiana:

Freud, como dijimos, no elabora una teoría de las adicciones; sin embargo, insiste en una comprensión del fenómeno adictivo que trasciende el efecto químico de las sustancias. A decir de algunas revisiones actuales de los postulados freudianos (Soto, 2011; Gurfinkel, 2008), Freud propondría en el trayecto de su obra que el efecto causante de una adicción o dependencia no guardaría relación con el sustrato químico del tóxico, sino que respondería al elemento de toxicidad propio a la insistencia de la libido no tramitada. Para ilustrar aquello tomaremos dos momentos de su obra. Primeramente, las afirmaciones de su obra prepsicoanalítica para luego pasar a los planteamientos propiamente psicoanalíticos.

Para iniciar este recorrido, recordaremos que en los tiempos prepsicoanalíticos, Freud intenta destacar las propiedades benéficas del uso de cocaína; en este tiempo, está buscando el efecto medicinal de la cocaína en su sustrato químico (Freud, 1980a). Incluso alude a sus propias experiencias y describe los efectos obtenidos (Freud, 1980b). Sin embargo, dada la evidencia de las consecuencias nocivas del abuso de cocaína y la muerte de su amigo Fleischl a causa de sobredosis, el autor abandona la comprensión del tóxico primariamente como un químico, para plantear la problemática de la adicción desde el polo de la etiopatogenia del padecer del sujeto (Soto, 2011). En este camino, Freud sugiere importantes nociones. En “Estudios sobre la

Histeria” (1893-95), por ejemplo, señala que los afectos pueden ser influenciados tanto por sustancias químicas como por las representaciones mentales; en palabras del autor: “Lange (1885 [pags. 62 y sigs.]) ha vuelto a señalar, con acierto, que los afectos pueden ser condicionados casi tanto por sustancias tóxicas – y, según lo prueba la psiquiatría, primariamente por alteraciones patológicas- como por representaciones” (Freud, 1893-1895. p. 212). Esta frase ha sido interpretada como la manera en que Freud ubica en el mismo nivel el efecto de las representaciones mentales con el actuar de los tóxicos (Soto, 2011); esto quiere decir que las representaciones mentales tendrían un efecto tan potente en el devenir de los afectos, como el que podría generar cualquier químico. Potencialmente, alguna intervención en el campo de las representaciones podría tener entonces algún efecto terapéutico.

En una línea similar, Freud en 1890, hablando de la hipnosis y las dificultades que aquella conlleva, afirmará que “toda vez que las circunstancias hacen necesaria una aplicación permanente de la hipnosis, se produce una habituación a ella y una dependencia respecto del médico hipnotizador” (Freud, 1886-99. p. 129). En el año 1898, en su artículo “La sexualidad en la etiología de las neurosis”, hablando de las problemáticas ligadas a la masturbación, el autor señala: “por lo demás, una puntualización enteramente análoga vale para todas las otras curas de abstinencia, que tendrán un éxito sólo aparente si el médico se conforma con sustraer al enfermo la sustancia narcótica, sin cuidarse de la fuente de la cual brota la imperativa necesidad de aquella” (Freud, 1893-99. p. 268). Ambas citas dejan entrever que para Freud el factor de dependencia no radica en los efectos del químico sobre el espacio somático, sino que se asocia a una dinámica de otro registro, aún sin resolver. Ambas citas ubican claramente el espacio transferencial como el espacio de la dependencia, por lo que se deja entrever que la adicción remite al campo vincular.

En 1897, en la carta 79, Freud plantea que “la masturbación es el único gran hábito que cabe designar «adicción primordial», y las otras adicciones sólo cobran vida como sustitutos y relevos de aquella (el alcoholismo, morfinismo, tabaquismo, etc)” (Freud, 1886-99. p. 97). En estos tiempos del pensamiento freudiano, el nexo entre la adicción y la sexualidad se manifiesta fuertemente; nuevamente, para el autor el factor de dependencia no se condice con el uso de una sustancia, sino que se evidencia en la forma que el sujeto se relaciona (o no) al objeto, y agrega esta vez que la vinculación al objeto implica una forma de satisfacción propiamente sexual. Algunos autores detallan justamente este aspecto de la obra freudiana pre-psicoanalítica para elaborar teóricamente cierta noción de toxicidad en Freud. Al respecto destaca Soto (2011) que “el texto “Tratamiento Psíquico (tratamiento del alma)” (1890) resulta interesante porque Freud propone la posibilidad de “producirse una habituación o adicción a la hipnosis y con ella una dependencia hacia el hipnotizador. En este sentido, alude a la posibilidad de producirse una adicción a un objeto no químico, aunque no se extiende al respecto” (Soto, C. 2011. p. 149).

En un segundo momento, en los tiempos propiamente analíticos, en el año 1905 en el escrito “el chiste y su relación con lo inconsciente”, Freud afirmará que “el talante alegre, sea generado de manera endógena o producido por vía tóxica, rebaja las fuerzas inhibitoras, entre ellas la crítica, y así vuelve de nuevo asequibles unas fuentes de placer sobre las que gravitaba la sofocación” (Freud, 1905. p. 122). En este sentido, el origen endógeno o exógeno de las fuentes que rebajan la inhibición carece de mayor relevancia, en términos económicos el acento estaría puesto en la consecución de placer.

Freud, en 1929, señalará que el consumo de sustancias resulta para el sujeto particularmente placentero pues puede, mediante la intoxicación, tanto evitar el displacer como prescindir de la

relación al objeto (Freud, 1927-31). En palabras del autor, a las drogas “no sólo se les debe la ganancia inmediata de placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con ayuda de los «quitapenas» es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación. Es notorio que esa propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino” (Freud, 2013f. p. 78). En 1929, como vemos, el uso de sustancias es pensado como algo que permite una *huida de la realidad, alivio del dolor psíquico* y una forma primitiva de consecución de *placer*; para el autor es justamente esta independencia y esta huida lo que se condice con el carácter adictivo.

En los albores de su obra, en el escrito “El malestar de la cultura”, Freud señalará: “pero también dentro de nuestro quimismo propio deben existir sustancias que provoquen parecidos efectos, pues conocemos al menos un estado patológico, el de la manía, en que se produce esa conducta como de alguien embriagado sin que haya introducido el tóxico embriagador” (Freud, 1927-1931. p. 78). Como es posible apreciar, en diversos momentos de su obra el autor afirma que no es necesaria la intromisión de un elemento externo para producir un efecto similar al del uso de sustancias, ya sea que se trate del efecto embriagador o del efecto de la rebaja de las fuerzas inhibitoras, pues estos surgen también en estados libres del uso de sustancias; los tóxicos pueden entonces replicar funcionamientos enteramente humanos; es más, pareciera que ciertos funcionamientos propiamente subjetivos se asemejan al que artificialmente se intenta conseguir mediante el uso de sustancias. De alguna manera, el autor propone que el factor de toxicidad sería algo que pudiese producirse de manera endógena en el aparato psíquico (Le Poulichet, 2010; Gurfinkel, 2008; Soto, 2011).

En la actualidad, varios autores concuerdan que aquello que tiene la connotación de toxicidad para el aparato psíquico en la obra freudiana es el estatuto del cuerpo en su condición de real, particularmente la encarnación de la sexualidad no tramitada simbólicamente en todas sus dimensiones. La sexualidad y la adicción estarían intrincadas fuertemente y de manera bastante peculiar; en palabras de Le Poulichet: “Freud dio en identificar la sexualidad con una intoxicación. Y, paralelamente, afirma que una intoxicación sólo se puede generar cuando, a través de la absorción del tóxico, se satisface una necesidad sexual” (Le Poulichet, 2012. p. 101).

Sin embargo, hay una dualidad aparente en la obra freudiana que vale la pena aclarar. Su recorrido hace pensar que Freud busca en alguna medida dar un sustrato orgánico y somático a la realidad del inconsciente. Al respecto, podemos remitir a sus dichos de 1914, cuando afirma que “debe recordarse que todas nuestras provisionalidades psicológicas deberán asentarse alguna vez en el terreno de los sustratos orgánicos. Es probable, pues, que sean materias y procesos químicos particulares los que ejerzan los efectos de la sexualidad y hagan de intermediarios en la prosecución de la vida individual en la vida de la especie. Nosotros tomamos en cuenta tal probabilidad sustituyendo esas materias químicas particulares por fuerzas psíquicas particulares” (Freud, 1914. p. 76). Sin embargo, y tal como nos muestra Gurfinkel (2008) y Soto (2011), lo relevante en la obra freudiana es justamente el polo contrario; es decir, la manera en que el autor, desde sus escritos prepsicoanalíticos a lo más avanzado de su obra, da cuenta del estatuto psíquico de la toxicidad por sobre los efectos químicos de cualquier sustancia en el cuerpo, proporcionando una concepción del cuerpo y de lo tóxico que trasciende el campo de lo orgánico y lo bioquímico, para abordar el cuerpo desde lo que se concibe como erógeno. Es justamente esta “sustitución de las materias químicas por

fuerzas psíquicas particulares” (Freud, 1914, p. 76), las que instalan la predominancia de estas últimas, relegando las primeras a un plano secundario en la comprensión del aparato psíquico. Así, el autor afirmará en 1908 que “el filtro del soma contiene ciertamente la intuición más importante, a saber, que todos nuestros brebajes embriagadores y alcaloides excitantes no son más que el sustituto de la toxina única, que todavía debe ser buscada, de la libido, que la embriaguez del amor produce” (Freud, 1908, p. 47 en Le Poulichet, 2012, p. 102).

El salto de la noción de cuerpo orgánico al planteamiento del cuerpo como erógeno, lo conducirá a articular la noción de *tóxico* como aquello que no responde únicamente al factor químico de un elemento externo administrado al cuerpo, sino que primordialmente como un factor que surge en torno a una condición particular propia al psiquismo de cada quien, y que se manifestará en la relación transferencial, en la relación a los objetos, en el campo del placer y el dolor, etc. Lo *tóxico*, cuando aparece en la obra freudiana, alude a un factor que no deja de tramitarse psíquicamente e invade el devenir del sujeto en sus diversas vertientes. Lo *tóxico*, entonces, remite a una cualidad psíquica, por sobre una cualidad orgánica. Tal como señala Freud en 1896, hablando de las neurosis: “siempre me he representado el proceso de las neurosis de angustia y de las neurosis en general, como una intoxicación...” (Freud, 1979. p. 143), una intoxicación libidinal, podríamos decir.

En la actualidad, diversos autores coinciden en destacar cómo Freud descubre que el efecto adictivo no radica en la acción directa de la sustancia sobre el cuerpo, sino que los efectos de ésta a nivel orgánico estarían mediados por un factor psíquico esencial, no descubierto ni trabajado a cabalidad por él, pero que remite a la sexualidad (Le Poulichet, 2012; Naparstek, 2008). Actualmente se destaca que la obra freudiana afirma la posible y necesaria intervención clínica psicoanalítica en las adicciones (Naparstek, 2008; Del Solar, 2008).

Las lecturas contemporáneas de los planteamientos freudianos (Soto, 2011; Gurfinkel, 2008; Naparstek, 2008; Le Poulichet, 2012) destacan cómo los planteamientos analíticos de Freud cuestionan radicalmente la universalidad de los efectos de las sustancias sobre el cuerpo y la condición de toxicidad como algo propio a la droga, justamente mostrando que lo adictivo remite a lo que articulará el autor en su obra y la corriente psicoanalítica en general como a la economía y dinámica psíquica del sujeto. Tal como señala Le Poulichet (2012), “la experiencia muestra que existen toxicomanías muy diferentes para individuos que consumen incluso las mismas sustancias” (Le Poulichet, 2012. p. 49). En palabras de Freud: “no todo el que ha tenido la oportunidad de tomar durante un lapso morfina, cocaína, clorhidrato, etc. contrae por eso una «adicción» a esas cosas” (Freud, 1893-1899. p. 268).

Es de suma relevancia enfatizar este punto pues muchos autores seguirán esta huella; entre los más actuales destaca Piera Aulagnier (1994; 2010), quien al referirse a las problemáticas toxicómanas plantea como una de las directrices para su comprensión la dinámica de la pasión, como una problemática de la relación al objeto que da cuenta de la no separación cabal entre el sujeto y el Otro. Consecuencia de esto es la regresión del sujeto a un funcionamiento psíquico que respondería a la lógica de la necesidad, revelando la falla basal del sujeto en la elaboración erógena de su cuerpo; en la misma línea, Guyomard (2013), pese a no referirse únicamente al campo de las toxicomanías, bajo su noción de *vínculo* apela al establecimiento de dinámicas adictivas particularmente en mujeres, resaltando que en aquellas la predominancia de una forma de satisfacción adictiva que conserva las huellas de lo imperativo de la primera y originaria relación al objeto materno.

Por su parte, Le Poulichet (2012), destacará que “las toxicomanías deben ser pensadas en su heterogeneidad” (p. 74), afirmando que la operación del *farmakón*, como denomina ella a la

operación propia de la defensa toxicómana, responde a una tentativa del sujeto por instalar “una gestión autónoma del cuerpo fuera del lenguaje y de las imágenes [...] y se puede decir que esta operación presta alucinatoriamente cuerpo porque trata de cierta manera «al organismo», en la medida misma que el cuerpo deja por entero de ser elaborado dentro de las cadenas significantes, es decir, allí donde se inscriben los deseos de los otros” (p. 72). Para finalizar, en una línea diferente pero igualmente interesante, destacan los planteamientos de Fabián Naparstek (2008), quien presenta en sus textos de la serie “Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo” un interesante caso que comprende bajo la rúbrica de adicción, pese a que se trata de un sujeto cuyo problema de consumo giraría en torno al consumo excesivo de agua. Para el autor, el caso ejemplifica claramente cómo la toxicidad del elemento se relaciona al funcionamiento del aparato psíquico.

Diversas escuelas, desde postfreudianos a postlacanianos abordan la problemática adictiva siguiendo este eje comprensivo de la obra de Freud, el eje que finalmente apela a la condición erótica, libidinal y subjetiva del cuerpo humano. El poder del tóxico hallaría su poder adictivo en una condición subjetiva, ya sea que compete a aspectos dinámicos del psiquismo, a cambios en la economía libidinal o a formas de regresión del funcionamiento mental. En este sentido, el placer y el displacer del consumo, el efecto alucinatorio del abuso de sustancias, el aparataje defensivo que aquellas encarnan, etc. podrían encontrar cabida teórica bajo este eje.

Habidas estas aclaraciones, revisaremos cómo se han elaborado a lo largo de la historia del psicoanálisis las diversas concepciones teóricas respecto de la problemática toxicómana. Como hemos dejado entrever, el consumo de sustancia abre infinitas interrogantes respecto del sujeto y su devenir, el tipo de relación de objeto que establece, la forma de satisfacción del aparato psíquico, su economía, la condición del erótica o no del cuerpo, etc. A continuación,

entonces, revisaremos los principales planteamientos teóricos de la corriente de pensamiento analítica, organizados bajo la lógica de cinco ejes, ejes que representan a juicio personal la manera en que se ha planteado la problemática toxicómana:

- La toxicomanía entendida bajo la lógica de la regresión
- La toxicomanía bajo la discusión con respecto al síntoma
- La toxicomanía en torno a la relación al objeto
- La toxicomanía en torno a una comprensión ligada a un espacio y discurso social
- La comprensión de las problemáticas adictivas bajo la lógica de las estructuras de personalidad.

Se ha agrupado la información bajo estos puntos pues agrupan las directrices generales y más relevantes de discusión en la que se ha enmarcado la concepción teórico clínica de esta problemática en el campo psicoanalítico.

1.2. El regreso a un estado anterior del psiquismo como eje comprensivo de la problemática toxicómana: La regresión.

1.2.1.- La adicción bajo la lógica de la regresión y los estadios psicosexuales:

Una de las principales lecturas que se ha hecho de la problemática adictiva dentro de la corriente psicoanalítica, tiene relación con que Freud, a lo largo de su obra, ubicaría la adicción y el uso de sustancias como un fenómeno ligado al mecanismo de la regresión. Es decir, dada la fijación a cierta etapa del desarrollo psicosexual, preferentemente a funcionamiento y satisfacción de tipo oral, el sujeto mediante el uso de sustancias articularía un aparataje de satisfacción cuyo objetivo sería sustituir una satisfacción propiamente sexual, en el sentido que otorga la tercera etapa del desarrollo psicosexual.

En este sentido, Freud en la Carta 79 (1897) refiere que “la masturbación es el único gran hábito que cabe designar «adicción primordial», y las otras adicciones sólo cobran vida como sustitutos y relevos de aquella (el alcoholismo, morfinismo, tabaquismo, etc.). El papel de esta adicción es enorme en la histeria, y quizás halle aquí, en todo o en parte, el gran obstáculo que todavía me espera” (Freud, 1886-99. p. 97). Posteriormente, en 1898, planteará abiertamente que la adicción se articula en torno a una sustitución del placer sexual: “una indagación más precisa demuestra por lo general que esos narcóticos están destinados a sustituir- de manera directa o mediante unos rodeos- el goce sexual faltante, y cuando ya no se puede reestablecer una vida sexual normal, cabra esperar con certeza la recaída del deshabitado” (Freud, 1893-99, p. 268).

Desde los inicios de su obra, el autor argumenta que la adicción implica un tipo particular de vivencia del placer, placer que sustituye al placer sexual y que se encuentra ligado al autoerotismo. Respecto de este último, y dando cuenta del estadio primitivo en el desarrollo del sujeto en que aquel tiene lugar, recordemos que en la Carta 125 (9 de diciembre de 1899), Freud señala que “entre los estratos de lo sexual, el inferior es el autoerotismo, que renuncia a una meta psicosexual y sólo reclama la sensación localmente satisfactoria. Es relevado luego por el aloerotismo (homo y heteroerotismo), pero por cierto que persiste como una corriente particular” (Freud, 1886-99. pp. 322). Nociones como *onanismo*, *autoerotismo* y *masturbación* englobarán entonces esta forma particular de concebir la problemática adictiva. Esta asociación entre adicción y onanismo se mantendrá en textos tales como “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia” (1895[1894]) y “La sexualidad en la etiología de las neurosis” (1898), donde directa e indirectamente se

sostiene un paralelo entre la adicción y el onanismo, utilizando palabras como abstinencia y recaída al hablar de la masturbación (Soto, 2011).

En la misma línea y poniendo de relieve el papel de las zonas erógenas y las pulsiones parciales, en "Tres ensayos de teoría sexual", Freud señalará que una niñez en que el valor erógeno de los labios estuvo constitucionalmente reforzado, puede dar lugar a una "inclinación a besos perversos o, si son hombres, tendrán una potente motivación intrínseca para beber y fumar" (Freud, 1901-1905, p. 165); en esta afirmación freudiana se aprecia un esfuerzo por encontrar la etiología de la adicción en la historia psicosexual del individuo, y llama la atención que describa esta tendencia como propia al campo masculino. Indicios claros de una comprensión bajo la lógica de la fijación oral y la regresión a aquella aparecen entonces en el cuadro de esta comprensión freudiana.

De estos y otros enunciados varios autores elaboraron abordajes teóricos que destacan en torno al placer del consumo de sustancias, la predominancia de la satisfacción pulsional centrada en las pulsiones parciales, tendiendo a comprender el fenómeno adictivo desde la fijación de la pulsión a una forma de satisfacción pregenital en desmedro justamente del posicionamiento pulsional con primacía de la genitalidad. Es de importancia señalar que esta lectura es la primera y primordial que tomarán autores postfreudianos para articular la problemática adictiva, enfatizando cómo el fundador del psicoanálisis destaca en el campo de las adicciones la sustitución del placer sexual que conlleva el uso de sustancias por el placer autoeótico, así como el rol que para aquellos tomará la problemática de la regresión en las etapas de desarrollo psicosexual como una de las formas defensivas primordiales del aparato psíquico.

Tal como señala Glover, “el acercamiento a la drogadicción fue [y aun es] profundamente influenciado por el concepto de regresión” (Glover, 1932. p. 299). Entre estos autores destacan algunos clásicos como Abraham (1908), Radó (1926), Simmel, (1949) y Fenichel (1945), entre los cuales, por supuesto, se arman controversias. Radó, por ejemplo, comprenderá la adicción desde un tipo particular de fijación oral; afirmará que “es en el orgasmo alimentario, con su superestructura psíquica recién descrita, que encontraremos el punto de fijación específico que produce la disposición a la drogadicción” (Radó, 1928. p. 313). Glover (1932) critica a Radó pues éste, a su parecer, “correlaciona la drogadicción y la abstinencia con una secuencia maniaco-depresiva, busca la fijación básica en una fase de 'orgasmo alimenticio' sobre la cual se construye un sistema orgiástico farmacotóxico y por otro lado continúa diciendo que más tarde los sistemas de culpabilidad no tienen relación específica con las adicciones a las drogas” (Glover, 1932. p. 304). No revisaremos en profundidad cada uno de los postulados teóricos, pero nos contentaremos con señalar que de los tiempos freudianos y postfreudianos “se puede constatar que el tema de las adicciones causó gran interés en la década del 20' y comienzos de la década del 30', en autores como S. Ferenczi, H. Sachs, S. Rado, H. Simmel, E. Glover, O. Fenichel, para luego disminuir la producción de trabajos hasta finales de la década del 50'. La experiencia de los autores incluye, como en el caso de H. Simmel, la estructuración de tratamientos para la adicción en instituciones orientadas especialmente a ese fin” (López, 2007. p. 65)

La lógica de la fijación a un estadio del desarrollo psicosexual es una idea que no sólo está presente en los primeros post freudianos, sino que continua a lo largo de la elaboración del pensamiento psicoanalítico. En 1976, Rosenfeld (1976) seguirá una línea de pensamiento similar. El autor planteará la existencia de un estado originario que denomina “pre-oral”

caracterizado por las experiencias cutáneas y respiratorias primordialmente. La fijación a este estado se generaría porque la madre, a decir del autor, frente a la labor de contención emocional del infante, aparecería como “una madre interna que no tolera los cambios de humor del hijo. La criatura aprende entonces a arreglarse con pechos sustitutos pero sin elaborar el duelo melancólico por el pecho perdido. La adicción a las drogas surgiría como un intento del paciente de encontrar el pecho materno que así puede controlar sus estados cambiantes de ánimo, a lo que se agrega un ataque al pecho real al usar la droga o el pulgar que chupa como un sustituto de un pecho atacado, degradado y envidiado. Pero simultáneamente la droga aparece como la representante internalizada de la madre que no tolera los cambios de ánimo, con lo cual el paciente repite consigo mismo las conductas que antes había recibido por parte de su madre interna” (Rosenfeld, 1976. p. 62). Es la *introyección del calor corporal* de la madre aquello que permitiría, para el autor, un vivenciar del cuerpo unificado en el modo de percibirse a sí mismo, y que en los toxicómanos falla; la fijación al estadio pre-oral, generaría una sensación corporal de vacío que el sujeto buscaría cubrir llenándose de objetos concretos; en este caso, drogas. La regresión a una forma de funcionamiento originario sería, para este autor, lo propio de la problemática adictiva.

Ubicar la noción de regresión como el proceso fundamental en el campo de las adicciones genera que la cualidad del placer del uso de la sustancia sea concebido de manera diversa al placer propio de la sexualidad genital; lo principal de esta forma de comprensión del fenómeno es que se plantea que el uso adictivo de sustancias daría cuenta de un funcionamiento psíquico donde prima el *polimorfismo* y el *autoerotismo*, dada la persistencia de un funcionamiento psíquico anterior a la instalación de la primacía genital, que impide a su vez el acceso a la genitalidad como forma privilegiada de satisfacción, reemplazando entonces el placer

propriadamente sexual por el del uso onanista de la sustancia (Freud, 1920-22; Radó, 1926, en Glover 1932; Radó 1928, Glover, 1932, Rosenfeld, 1976). El paso por el objeto en la vía de descarga libidinal, se encontraría alterado.

Bajo la lógica de la regresión como eje comprensivo de las adicciones, se crean incluso términos nuevos para dar cuenta de estadios específicos y formas específicas de satisfacción a los que estaría anclado el psiquismo del adicto, dando lugar al movimiento de la regresión, como por ejemplo la noción de *estadio pre-oral* de Rosenfeld (1976). Se subentiende entonces que la adicción y la toxicomanía en particular, responderían a formas arcaicas de funcionamiento de la psique, que además retorna a aquellas por un desvío de la pulsión, por una alteración del desarrollo psicosexual y en asociación a experiencias tempranas de displacer o exceso de satisfacción que darían lugar a ciertas fijaciones.

Es posible señalar que esta concepción de la toxicomanía resalta preferentemente en la problemática del uso de sustancias, una detención en el desarrollo psicosexual por sobre un esfuerzo psíquico de elaboración de la misma. El adicto es concebido preferentemente desde el polimorfismo, desde el autoerotismo, estancado en una etapa no resuelta que le impide a su vez acceder a una satisfacción propiadamente “adulta”, genital. En esta medida, aparece en asociación a un déficit que involucra a su vez un desvío radical en la forma de satisfacción del aparato psíquico. Sin embargo, y pese a esto, es importante mencionar que esta comprensión del fenómeno destaca la desregulación de la experiencia erógena como una experiencia fundamental a la base de la dinámica adictiva.

A continuación veremos cómo esta tendencia explicativa más bien clásica dentro del pensamiento analítico se ha reformulado en la actualidad, manteniendo una lógica similar. Diversas corrientes psicoanalíticas han permitido releer el devenir del desarrollo del psiquismo

ya no únicamente bajo la lógica del desarrollo de etapas psicosexuales, planteando a su vez la lógica de la regresión de otras maneras. En primer lugar, veremos los planteamientos lacanianos acerca de la toxicomanía. En esta corriente de pensamiento, el tiempo psíquico será entendido bajo la lógica de un tiempo lógico más que cronológico, dando relevancia entonces al lugar de las funciones adquiridas por sobre la importancia de las etapas cumplidas; veremos que en este marco comprensivo, la toxicomanía se planteará preferentemente en relación a la dificultad del sujeto de desarrollar ciertas funciones psíquicas; de alguna manera, esta forma de pensamiento mantiene la lógica de la regresión que hemos visto hasta ahora. Por otra parte, posteriormente profundizaremos en algunos planteamientos postlacanianos y en la manera en que éstos resaltan el papel de la economía psíquica, por lo que la lógica “regresiva” es sustituida por la dinámica del sujeto en torno a la satisfacción thanática, es decir, ligada a la pulsión de muerte. Veremos cómo esta forma de pensar aun mantiene la perspectiva clásica de la regresión.

1.2.2. El goce como punto de anclaje de las toxicomanías:

Principalmente en torno a las nociones freudianas acerca de las adicciones, la masturbación, el autoerotismo y la regresión, es que la corriente de pensamiento lacaniana ha generado una comprensión de las problemáticas de las toxicomanías que refiere a aquellas como una problemática ligada lo que denomina *gocce*. Los planteamientos lacanianos, como es sabido, realizan una relectura de los planteamientos freudianos bajo la lógica del significante y de la estructura del inconsciente como un lenguaje. En este contexto, el goce es un concepto que da cuenta acerca de una forma de economía psíquica que excede y antecede la lógica significante y que hace cortocircuito con el campo imaginario del sujeto.

Según Fink (2007), “podemos decir que Lacan pasa de identificar al sujeto con el deseo inconsciente a identificar al sujeto con la pulsión. Lo más importante respecto al sujeto humano ya no son, desde su perspectiva, los movimientos multiformes y metonímicos del deseo, sino la satisfacción en cuanto tal: el sujeto lacaniano aquí es el sujeto acéfalo. [...] en la primera parte de la obra de Lacan, el sujeto era precisamente la posición defensiva que acorralaba, sojuzgaba y silenciaba el afán de satisfacción de las pulsiones, la posición defensiva adoptada con respecto a una experiencia abrumadora de goce. Ahora, en contraste, en la medida que el sujeto es considerado en términos de pulsión [...] el analizante debe reconstituirse no en relación con las demandas o los deseos del Otro, sino en relación con el objeto parcial que aporta satisfacción, el objeto a” (Fink, 2007. p. 255).

Bajo esta perspectiva, la relación al Otro toma otro cariz. El sujeto ya no gira sólo en torno al deseo-deseo del Otro, sino que primordialmente lo hace en torno a la estructura que ha tomado su fantasma inconsciente, es decir, a la relación que ha establecido en torno al objeto a. El fantasma inconsciente “impregna el cuerpo del sujeto, organiza su sensibilidad erógena y gobierna, sin que él lo sepa, el conjunto de sus conductas” (Nazio, 2007. p.17). El sujeto entendido a partir de la pulsión, padece muchas veces de si mismo en la medida que desconoce la forma que ha tomado su búsqueda de satisfacción a nivel del ello (Fink, 2007). La interpretación apunta entonces a develar el origen de esta satisfacción no reconocida por el yo, para poder adoptar una posición subjetiva diferente (Fink, 2007. p. 263).

Bajo el concepto de *goce*, la corriente lacaniana plantea la insistencia de lo real como base de la problemática adictiva. En el campo de las toxicomanías, se plantea un permanente retorno a un momento anterior o inicial del funcionamiento del aparato psíquico, aquel momento libre de la acción significativa, que dejaría al sujeto en desmedro de la posibilidad de representación

de sí y del mundo. Fabián Naparstek (2008), uno de los representantes de esta línea de pensamiento, señala que las toxicomanías remiten al sujeto a al tiempo originario del psiquismo que Freud llama “puro autoerotismo”, que sería un tocamiento sin ninguna connotación significativa” (Naparstek, 2008. p. 35). Esta forma de satisfacción evidentemente “no parece seguir el camino del síntoma” (Naparstek, 2008. p. 37) y “la adicción como sustitutivo directo del autoerotismo muestra claramente y sin velos su efecto tóxico” (Naparstek, 2008. p. 37).

Para el autor, se trata de una dinámica donde lo que prima es la forma de satisfacción que trasciende la simbolización. El autor da un paso más allá y afirma que la toxicomanía da cuenta primordialmente del acceso por parte del sujeto a un “tiempo cero” (Naparstek, 2008. p. 41) de la constitución del psiquismo, es decir, a un funcionamiento psíquico y corporal radicalmente anterior al establecimiento de la lógica significativa: “lo que llamé la inscripción del falo no alcanza para darle una envoltura al pene como real, no logra hacer firmemente la fusión, el anudamiento, como decía Freud” (Naparstek, 2008. p. 44). Por aquello es que la verdadera toxicomanía daría cuenta de una forma de satisfacción fuera de la regulación fálica, donde la droga “permite romper con el falo y se pierde toda medida” (Naparstek, 2008. p. 48).

Tal como reiteran los autores de orientación lacaniana, la única afirmación de Lacan respecto de las adicciones alude a cómo “la droga permitiría romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño ‘hace pipí’(Laurent, 1988. s/p). Desde ahí, el pensamiento lacaniano plantea la problemática de las adicciones como una problemática que se juega por fuera del campo significativo, que rompe con la posibilidad simbólica que genera la articulación significativa. En palabras del mismo autor, “la toxicomanía muestra muy bien ese fuera de la regulación fálica. Si hay una función que tiene el falo es, por excelencia, poner medida a las cosas” (Naparstek,

2008. p. 48). En la medida que la toxicomanía responde a una forma de satisfacción asociada al acceso a un estado del psiquismo anterior al establecimiento de la ligazón entre significante y real, es decir, al *goce* (Naparstek, 2008; Tarrab, 2005; Korman, 1995; Sinatra, 1994; Melman, 2005) revela un estado subjetivo propio a una carencia simbólica (Korman, 1995) que dificultaría tramitar lo pulsional y apaciguar su fuerza; el uso de la sustancia tendría entonces por finalidad, a partir de una intervención en el cuerpo, “manipular la relación del sujeto con el goce” (Salama, S. 1995 en Melman et. al., 1995. pp. 76).

La noción de *goce* retoma una comprensión del fenómeno fuertemente ligada a la lógica regresiva, pero tomando otro cariz. Se trata de un retorno a un estado anterior del psiquismo, esta vez a un estado libre de toda acción significante. El encuentro del sujeto con el mundo, dada esta inoperancia de la regulación fálica, conllevaría una dificultad para organizar la relación con sus objetos en torno a la afectividad, como si todo objeto tuviera el mismo orden de prioridad (Sinatra, 2013; Melman, 2005). La carencia de la acción significante dejaría al adicto, más allá de su relación con la sustancia, en una relación al mundo desordenada y caótica. En palabras de Laurent, “se puede tratar la toxicomanía como el surgimiento en nuestro mundo de un goce Uno” (Laurent, 1988. s/p), es decir, de una forma de satisfacción que toma una forma única, sin matices, y que empuja a la búsqueda ilimitada de *objeto*. De *objeto* y no de objetos, en la medida que las cualidades de éstos han pasado a ser irrelevantes.

En la misma línea, Salama (1995) señala que aquello que se ha entendido como la “oralidad en la toxicomanía”, responde a una forma particular de articular el cuerpo en términos simbólicos: “lo que aparece en el toxicómano es que en efecto todos los orificios, la nariz, las orejas, la piel se reducen a este orificio único que es la boca” (Salama, 1995. en Melman et. al., 1995. p. 76).

Para la autora, por lo tanto, la droga existe en tanto “sostiene al sujeto y constituye este objeto

que tiene como función, a partir del cuerpo, manipular su relación con el goce” (Salama, 1995. en Melman et. al., 1995. p. 76). Se plantea entonces que el cuerpo del toxicómano, en una alteración de su condición erógena, se reduciría a un único agujero que media el intercambio con el mundo, homogenizando los matices del exterior. El cuerpo, agarrado de este único goce, pierde la cualidad de poder tener un intercambio libidinal con el medio a través de sus orificios. Para estos autores, la afirmación freudiana acerca de la connotación tóxica de la sexualidad cuando carece de ligadura es tomada como un punto fundamental; el *goce uno* que refiere Laurent justamente alude a este goce no dividido que existe por fuera de la división de la sexualidad (Laurent, 1988. s/p). De esta manera, el cuerpo y la sexualidad tendrían cierta connotación tóxica para el sujeto cuando no cuentan con una elaboración simbólica; en términos lacanianos, se entiende que tal toxicidad responde a la carencia de una elaboración significante (López, 2007; Napartek, 2008; Tarrab, 2005; Soto, C. 2011; Laurent, 1988; Sinatra, 1994; Melman, 2005; Salama, 1995 en Melman et al, 1995).

En el extremo de esta postura, se afirma que la problemática de estos sujetos se caracterizaría por la identificación del sujeto a la *holofrase* (Maldavsky, 1992). Recordemos que el concepto de holofrase da cuenta la indiferenciación en el campo significante, se trata de la no diferenciación entre el S1 y S2, una operación de condensación que en vez de articular múltiples elementos inconscientes, carece de valor sustitutivo, de disfraz, de metáfora y, por ende, articula una forma de ahorro psíquico. La *holofrase* correspondería a esa forma de condensación donde la unidad de los significantes impide el enlace de los términos entre sí (Maldavsky, 1992). En estos casos, “la holofrase del paciente en quien se desarrolla una afección tóxica reúne a la zona erógena, al órgano y al contexto no constituido por una hipertrofia sensual, en que el goce y el dolor orgánico se confunden [...] el pensar operatorio,

especulativo (numérico), o sobreadaptado, parece constituir la garantía de esta posibilidad de conservar una identificación nodular con dicha holofrase” (Maldavsky, 1992. p. 42-43). Esta identificación haría persistir en el sujeto formas primitivas de funcionamiento psíquico. En esta medida, la toxicomanía “es el síntoma que no pide nada, que es fijación de goce. Y algo de esa opacidad, que es la opacidad del goce respecto del sentido, es lo que encontramos allí como límite” (Tarrab, 2005. p. 101). Como consecuencia, el toxicómano es un consumidor especial ya que “él mismo es el objeto real del consumo” (Sinatra, 2013. p.42).

Como vemos, la problemática toxicómana se concibe en torno a una forma originaria de funcionamiento psíquico, “fuera de la retórica, es lo a-semántico que se muestra, que se impone con su actividad, que muestra con su actividad el borde de lo indecible” (Tarrab, 2005. p. 44). Podemos ver cómo esta corriente de pensamiento plantea que la toxicomanía responde a una forma de satisfacción asociada al acceso a un estado del psiquismo anterior al establecimiento de la ligazón entre significante y real (Naparstek, 2008; Tarrab, 2005; Sinatra, 1994; Melman, 2005). Aquello deriva, sin embargo, en que el toxicómano sea comprendido en su ser bajo la lógica del déficit, de la “miseria simbólica” (Korman, 1995). Los postulados en general concuerdan, sin embargo, en enfatizar la carencia de la función significante, y la dificultad consecuente de tramitar lo meramente pulsional y apaciguar su fuerza. El uso de la sustancia tendría entonces por finalidad, a partir de una intervención en el cuerpo, generar un cambio en la relación del sujeto con aquello que es definido como goce (Salama, S. 1995 en Melman et. al., 1995. p. 76).

El concepto de *goce* como aquel que intenta dar cuenta de un estado vivencial anterior a la articulación significante, conlleva sin embargo varios vértices cuestionables. Como primer punto, la especificidad de la experiencia toxicómana se pierde, pues existen variadas otras

problemáticas que también involucrarían la persistencia de cierto tipo de goce. Se postula el empuje al goce generalizado, como veremos más adelante, donde finalmente todos somos consumidores (Sinatra, 2013; Melman, 2005). Al tratarse de una experiencia que daría cuenta de un espacio por fuera de las cadenas significantes, de un indecible, el sujeto queda concebido justamente de manera cuestionable como sujeto de deseo; incluso es posible pensar en la errónea idea de una configuración psíquica pre toxicómana, como lo hace Korman (1995) al hablar de la *miseria simbólica*. Se afirma entonces que el consumo instala una práctica que forcluye al sujeto mismo (Salama, 1995 en Melman et. al., 1995. p. 76). Queda la pregunta si bajo esta forma de comprensión, el adicto corre efectivamente con alguna posibilidad de restitución subjetiva.

Igualmente, al ser una problemática ligada a una condición que se estima por fuera de las cadenas significantes, se concluye muchas veces que se trata de problemáticas que están por fuera del campo de la palabra, y que por lo tanto quedan excluidas de la intervención analítica. En el extremo de esta posición teórica se encuentra, por ejemplo, el planteamiento de López (2007), quien recuerda que Freud hace referencia a la sexualidad como un proceso tóxico asociado a una estasis libidinal que no podría ser procesada psíquicamente y que, por lo tanto, requiere cierta tramitación mediante cambios concretos en la vida sexual de los pacientes (López, 2007). Entonces él propone como terapéutica un abordaje de tipo médico, es decir, una intervención en el campo de lo real del cuerpo; pese a tratarse de un investigador de formación psicoanalítica, plantea como salida una regulación química del organismo, por fuera del campo psicoanalítico (López, 2007).

Finalmente, esta corriente de pensamiento, pese a que se desmarca de la lógica que instaura un tiempo cronológico en el psiquismo para dar énfasis al campo lógico, conduce, sin embargo,

igualmente a una comprensión bajo los parámetros de la regresión, en la medida que instala la predominancia de tiempos y estados primitivos del psiquismo, bajo el primado de la “carencia simbólica” (Korman, 1990). Por ello, pese a poner en primer plano la condición erógena del cuerpo del sujeto y su relación a la constitución psíquica, reduce todo aquello a la generalidad del goce. Es de destacar, sin embargo, que muchos autores, en concordancia a los planteamientos freudianos, insisten en señalar que se trata aquí de una forma de satisfacción erógena que no responde sólo al quimismo del tóxico, sino que a la toxicidad que involucra la imposibilidad de tramitar a cabalidad la sexualidad en términos simbólicos.

1.2.3. El retorno a un estado libre de tensión: La relevancia de la economía libidinal y el papel de la pulsión de muerte:

Autores de la corriente post lacaniana abordan la problemática de la regresión de una manera diversa. Recordemos que la regresión en la toxicomanía ha sido pensada por los postfreudianos como una forma de consecución de placer ligada a la fijación, predominantemente a la fijación a una etapa de desarrollo psicosexual, la oral, y a su consecuente forma de consecución de placer: la *oralidad*. De aquí se deslinda que la forma de satisfacción es primordialmente autoerótica y polimorfa, es decir, evitando o ahorrando el paso por el objeto, así como careciendo de la primacía genital. Bajo la noción de goce vimos como el toxicómano revela la preminencia de un estado anterior a la acción significativa, y en esa medida es víctima de la miseria simbólica (Korman, 1990).

En este sentido, la lectura que ciertos autores de la corriente postlacaniana han dado a la problemática toxicómana relaciona ésta a una alteración en la economía libidinal (Green, 2005; Pommier, 2011), tomando los planteamientos freudianos acerca de la pulsión de muerte como centrales. Lo que estos autores plantean es que la regresión no sucede en torno a una etapa

del desarrollo psicosexual, sino que el psiquismo insiste en una forma de satisfacción primera o primaria del psiquismo.

Para partir, diremos que esta corriente se apoya en la comprensión económica de Freud de la problemática adictiva. Recordemos que en 1920 el autor elabora el concepto de pulsión de muerte y aquello implica un giro en su comprensión del fenómeno humano. Señala entonces que “estamos sobre la pista de un carácter universal de las pulsiones (no reconocido con claridad hasta ahora, o al menos no destacado expresamente) y quizás de toda vida orgánica en general. Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica” (Freud, 1920. p. 36). Freud define entonces la pulsión de muerte como un estado originario, donde primaria la ausencia de tensión libidinal, siendo la pulsión de vida un estado segundo, asociado a la ligadura de la libido con el campo representacional como forma de descarga del aparato psíquico.

Con respecto a la problemática toxicómana, en 1929 Freud, sin teorizar sobre esto en profundidad, definirá las drogas como un *quitapenas*, enfatizando el lugar que aquellas han tenido históricamente en torno al alivio psíquico del sujeto que se desenvuelve bajo las obligaciones socioculturales, y da luces acerca de cómo éstas brindarían un alivio que pasa a nivel del psiquismo por una alteración del devenir económico (Soto, 2011). El autor afirma que “lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria es apreciado como un bien tan grande que individuos y aun pueblos enteros le ha asignado una posición fija en su economía libidinal” (Freud, 1927-31. p. 78). El papel de la economía psíquica y de la forma de descarga del aparato psíquico toma relevancia

en diversas aristas, particularmente en lo que atañe a las formas patógenas de consecución de placer.

Desde ahí, autores como Green (2005), Pommier (2011) y Aulagnier (2010) elaborarán el papel de la pulsión de muerte en el padecimiento psíquico. La problemática toxicómana, de esta manera, signaría el esfuerzo del sujeto por lidiar con una forma de satisfacción donde prima la desligadura como forma de relación al mundo, la elaboración de una vía de descarga directa que evite el encuentro con el objeto de satisfacción. Para Green (2005), la satisfacción toxicómana respondería a la lógica del narcisismo de muerte, que instala el retorno a una forma de satisfacción que prescinde del objeto, como manera de evadir las frustraciones y los dolores que ha conllevado una historia de desencuentros con él; la toxicomanía implica entonces un aparataje que busca una satisfacción justamente en la lógica directa de la reducción de las tensiones, del retorno a un estado carente de tensión, originario del psiquismo (Green, 2005). Se trata además de sortear el encuentro con el otro, dado el cariz traumático o dolorosa que ha tenido el encuentro con él. Esta dialéctica, para el autor, conduce en su extremo a la desinvestidura del propio yo del sujeto. En palabras de Green: “la regresión lleva a veces más lejos: hacia el cero de la ilusión de la no investidura; pero aquí es el cero el que deviene objeto de investidura, con lo que esta retirada regresiva se convierte en una aspiración positiva, un progreso... regreso al seno de la divinidad” (Green, 2005. p. 36). La toxicomanía y otros fenómenos responderían a su juicio a esta alteración en el campo de la economía psíquica, donde el sujeto no es capaz de instalar una satisfacción que responda a la ligadura y al principio del placer.

Aulagnier (2010), en concordancia, afirma que en el caso de las toxicomanías se trata de una alteración en el campo de la economía libidinal que se ha instalado pues el sujeto no ha logrado

instalar la lógica de la investidura y ligazón como forma predominante de satisfacción del aparato psíquico, y que por ello tiende a articular el placer bajo la lógica de la descarga pura, evitando el campo representacional y la relación al otro. Aulagnier señala categóricamente: “para la psique no existe información alguna que pueda ser separada de lo que llamaremos información libidinal” (Castoriadis Aulagnier, 2010, p. 28); entonces, el cuerpo se vuelve humano en su anclaje con la psique y el psiquismo se configura como tal anclado en la experiencia corporal. La autora insiste en que en el origen de la vida, el modelo que encuentra la psique para articularse como tal y funcionar de manera coherente será el modelo del cuerpo, haciendo equivalente el procesamiento psíquico al trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica (Castoriadis Aulagnier, 2010). Será entonces la experiencia corporal aquello donde se anclará la constitución del aparato psíquico y del yo. De esta manera, cuando la posibilidad de elaboración psíquica de una experiencia falla, el dolor psíquico retorna al cuerpo en busca de una salida, facilitándose la desinvestidura y la descarga por sobre la ligadura pulsional. Esta problemática responde a dos ejes profundamente ligados: la imposibilidad de instalar el placer como experiencia fundamental de satisfacción, y en este sentido de articular el deseo como tal, desprendido del campo de la necesidad; y la imposibilidad de separarse cabalmente del objeto originario de satisfacción.

La autora señala con respecto a las adicciones que “existe finalmente un tercer grupo de fenómenos no pertenecientes ni a la psicosis ni a la neurosis, y que se manifiestan con una problemática absolutamente particular entre las categorías de necesidad y placer. El yo no puede hallar el placer si ante sus propios ojos –la mirada del otro es secundaria- no puede demostrarse que el objeto de placer se ha de situar entre los objetos de necesidad. La experiencia de placer y el objeto que constituyen su origen forman parte, entonces, de lo

obligado, de lo impuesto, de lo necesario, de lo que no puede elegirse [...] en el caso de la relación pasional, el yo es inexistente para el objeto que ha catectizado pasionalmente (por ejemplo, la droga)” (Aulagnier, 1994. p. 186- 200). Es por esta razón, por no poder instalar el placer como forma predominante de satisfacción, que el deseo se articula entonces a la manera de un *deseo de no deseo* (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 47); es decir, la forma prioritaria de buscar la satisfacción pulsional será mediante la tendencia a negar la existencia de todo objeto que pueda suscitar el deseo y no a la búsqueda activa del encuentro (Castoriadis Aulagnier, 2010). La pasión será el carácter que tomará toda relación al objeto, en la medida en que toda posible relación al objeto buscará a la vez negar toda separación posible con él (Aulagnier, 1994).

Vemos cómo en general los autores coinciden en que se trata en estos casos de una alteración de la economía psíquica, donde se articula la satisfacción desde un movimiento que tiende a la desinversión de los objetos y del yo (Green, 2005; Le Poulichet, 1990). En este punto, los autores no siempre están en total acuerdo, pues algunos proponen que la toxicomanía no se trata de una manifestación total de la pulsión de muerte, sino que esta daría cuenta de que tanto pulsión de vida como de muerte se entrelazan en un esfuerzo defensivo del sujeto por aferrarse a la vida. Así, por ejemplo, Le Poulichet asegura que la toxicomanía presentaría un fenómeno que autoriza con demasiada frecuencia y liviandad “una forma de complacencia teórica que tiende a presentar «la toxicomanía» como una ilustración de la pulsión de muerte” (Le Poulichet, 2012. p. 49). Por otra parte, el mismo Green (2005) plantea que “la toxicomanía articula un intento por negar y reconstituir la relación objetal a la vez” (Green, 2005. p. 36), terminando sin embargo “en la búsqueda incansable de la neutralización de toda energía dada la frustración que en el camino inevitablemente encuentra por la ineludible distancia que

separa al sujeto del objeto (Green, 2005. p. 36). Para Pommier (2001), finalmente, en una visión más conciliadora entre ambos, señala que la toxicomanía daría cuenta, preferentemente, del “sujeto cuando se encuentra confrontado a algo capaz de exceder sus capacidades de resistencia o de negación [...] de la muerte que conduce a la sobrevivencia psíquica, a la puesta en retiro de la vida anímica y a la evasión del pensamiento” (Pommier, 2016. p. 118).

Es interesante en este punto destacar los matices de la conceptualización teórica acerca de las toxicomanías que coinciden en relevar el papel de la economía libidinal ligada a la pulsión de muerte. Los postulados revisados discuten la primacía de la pulsión de muerte en el fenómeno, pese a que en general tienden a coincidir en su participación (Le Poulichet, 1990; Le Poulichet, 2012; Pommier, 2011; Green, 2005). Lo interesante de estos planteamientos es que discuten el aparataje toxicómano en una tensión, que oscila entre la concepción de lo adictivo como una manifestación mórbida del psiquismo, a la concepción de ella como un esfuerzo psíquico para instalar o recuperar la primacía de la pulsión de vida en la economía subjetiva. Esta lectura ubica a la toxicomanía y las adicciones en general no sólo desde la lógica del déficit, sino que desde la permanente lucha del sujeto por existir y dejar de sufrir, y en ese sentido le brinda una salida. Igualmente, es una corriente de pensamiento que otorga un espacio fundamental a las experiencias habidas y no habidas para la constitución del psiquismo, es decir a la biografía, de manera tal que la historia personal efectiva se vuelve determinante en la elaboración de las formas de descarga psíquica. Finalmente, y en relación a los intereses de la presente investigación, es de suma relevancia señalar que en general las concepciones teóricas de esta perspectiva de pensamiento tienden a destacar el lugar del cuerpo como el espacio príncipe de las manifestaciones de padecer y placer de la problemática toxicómana, pues el cambio en la economía libidinal encontraría en las diversas dimensiones del cuerpo su lugar de

manifestación privilegiado. Este punto se profundizará en el capítulo 3. Sin embargo, vale la pena mencionar pues ha sido parte de los planteamientos teóricos que han guiado e inspirado este trabajo investigativo.

Para finalizar las reflexiones en torno a la temática de la regresión y sus diversas lecturas, es necesario hacer una acotación en este apartado, dadas las reflexiones a la que conducen los apartados teóricos revisados y a los que vendrán. Los autores señalados en general, salvo Le Poulichet (1990), no refieren únicamente a la problemática toxicómana al proponer sus ideas. La mayoría de los autores de esta línea de pensamiento tienden a hablar de las toxicomanías como un fenómeno propio del funcionamiento límite, por lo cual la comprensión teórica que proponen no sería exclusiva ni excluyente de este cuadro. Sus planteamientos en general, no se proponen única o principalmente referidos a las problemáticas toxicómanas, lo que es de suma importancia pues se torna entonces un argumento que, pese a ser de suma relevancia clínica, impresiona de segunda línea en tanto no es la lógica argumentativa que prima en la actualidad entre los autores que estudian el fenómeno directamente. Es Silvie Le Poulichet la principal autora que otorga una lectura directa de la problemática toxicómana en estos términos, ligando el pensamiento lacaniano con postulados postlacanianos; los demás autores refieren de soslayo a la problemática toxicómana, sea que se estén refiriendo a las formas de relación al objeto, a las formas de estructuración de la personalidad, etc.

1.3.- La toxicomanía pensada bajo la lógica del síntoma:

Tal como el eje regresivo, la literatura nos muestra que se ha discutido ampliamente también el estatuto sintomático de las adicciones. Nuevamente, no es Freud quien se pronuncia directamente al respecto pues, como vimos, el fundador del psicoanálisis no elabora una teoría

acerca de las adicciones. Sin embargo, son tomados algunos de sus postulados para dar cuenta del estatuto no sintomático de las toxicomanías.

La mayoría de los autores coincide en destacar que no se trata aquí de un síntoma en el sentido clásico del término; es decir, no se presenta aquí un conflicto que, tramitado por la represión, busca una vía de expresión mediante representaciones aledañas a él, sino que más bien se trata de una defensa de tipo narcisística (Tarrab, 2005) o de conservación de cierto tipo de narcisismo (Le Poulichet, 2012; Pommier, 2011).

Aunque en los inicios del psicoanálisis se pensó que la adicción podría responder a algún tipo de conflicto psíquico neurótico (Abraham, 1908, en López, 2007), aquello se descartó rápidamente. En la actualidad, se define la toxicomanía como un tipo de defensa del yo y de cierto tipo de narcisismo (Le Poulichet, 1990; Pommier, 2011; Green, 2005). En esta medida, los autores coinciden en destacar que se trata de la articulación de un montaje que no tiene relación directa con la represión o simbolización de un conflicto inconsciente (Tarrab, 2005; Korman, 1995; Naparstek, 2008; Le Poulichet, 1990). Se proponen entonces diversas comprensiones, ya sea que se estime estamos frente a una manifestación del goce (Tarrab, 2005; Korman, 1995; Naparstek, 2008), una defensa narcisística que toma el modelo del dolor corporal en Freud (Le Poulichet, 1990) o una alteración de la economía psíquica y una defusión pulsional en sujetos donde la posibilidad de instalar una primacía del principio del placer ha fallado (Green, 2005; Aulagnier, 2010; Pommier, 2011).

1.3.1.- Del goce, el pseudo-síntoma y el sinthome:

En la actualidad, cierta corriente de orientación lacaniana tiende a afirmar respecto de este punto que la toxicomanía se articula como un “síntoma apócrifo o pseudosíntoma” (Korman,

1995. p. 136); se trataría de aquello que denominan un “síntoma-goce” (Tarrab, 2005). Es decir, para estos autores, el uso de sustancias responde a un “real que no se liga a nada” (Tarrab, 2005, p. 36), del “goce opaco del síntoma” (Tarrab, 2005. p. 36), “por cuanto tal comportamiento no posee los rasgos definitorios que acabamos de adscribir al síntoma: formación de compromiso entre el deseo inconsciente y la defensa. En contrapartida, el ritual del consumo nos pondrá de manifiesto las peculiaridades de la dimensión pulsional y las formas de satisfacción a ella asociada, cuando falta la atemperación del goce que la castración impone” (Korman, 1995. p. 136-137). La *carencia simbólica* de la que hablamos en el apartado anterior, y que se postula como propia a estos casos, tendría como concomitante una dificultad en la articulación de un síntoma metafórico, y el padecimiento psíquico se manifestaría mediante el establecimiento de una angustia sin tramitación significativa.

De esta manera, la toxicomanía implicaría un dispositivo que busca lidiar con la toxicidad de la sexualidad, la que queda al descubierto por su carencia simbólica. Tal como afirma Naparstek, “si en Freud relacionamos la adicción con el síntoma, más bien podríamos enlazarlo al síntoma de la neurosis actual en donde Freud no duda de hablar de la “génesis tóxica” (Freud, 1912, p. 257) que estos tienen. Se entiende que se trata del síntoma que no posee mecanismo psíquico [...] en el caso de los síntomas actuales el elemento pulsional no ha sido anudado o enlazado con lo psíquico y en ese caso se ve más claramente ese aspecto pulsional y tóxico del síntoma. A mi gusto, - se extrae del razonamiento de Freud – el síntoma freudiano que es posible de interpretación ya implica una tramitación de la toxicidad propia del autoerotismo por la vía del sentido. En cambio, el síntoma actual [propio a las neurosis actuales] conserva su relación directa con una satisfacción autoerótica sin tramitación significativa [...] no es tanto el síntoma como una transacción, sino su aspecto más central, su aspecto tóxico, sin que medie el

mecanismo psíquico” (Naparstek, 2008. p. 145). La sexualidad en su condición de toxicidad aparecería de manera tramitada en el síntoma entendido como formación de compromiso; en la adicción, en cambio, se revela la condición tóxica de la sexualidad al estar libre de tramitación psíquica. El cuerpo entonces estaría puesto en entre dicho en su condición erógena.

Otros autores de esta corriente de pensamiento aluden a la lógica del *sinthome* al abordar la problemática de la toxicomanía (Tarrab, 2005), señalando que esta responde a un esfuerzo de estabilización psíquica que encuentra el sujeto para existir, que le permitiría una precaria pero posible articulación entre los registros simbólico, real e imaginario. En palabras de Tarrab, “hay que diferenciar la resolución curativa del síntoma, de lo que J. Lacan llama “el buen agujero” por donde salir, en el final; “el buen agujero de lo que se ofrece a cada uno como singular [...] la elaboración de saber sobre su posición, sobre su goce y los efectos terapéuticos que han pacificado su vida, son el resultado de haber obtenido, en y por el análisis, un anudamiento que le permite una ganancia sobre lo insoportable de la angustia. Asimismo, eso le da una solución provisoria para un empuje pulsional incoercible” (Tarrab, 2005. p. 111). La adicción, en esta perspectiva, debiera tender a ese buen agujero, ya que el agujero que ha encontrado hasta ahora no hace sino insistir en el padecimiento psíquico.

Como mencionamos anteriormente, esta corriente de pensamiento tiende a ubicar a la toxicomanía bajo la lógica del déficit; el déficit simbólico conlleva una elaboración de padecer por fuera de las normativas metafóricas interpretables; sin embargo, esta corriente teórica insiste en la necesidad de ayudar al toxicómano a elaborar un espacio de subjetividad para dejar de sufrir: “hay que ver qué de singular tiene el sujeto, y para que aparezca algo singular de ese sujeto tiene que haber una institución que los tome en tanto Otro barrado” (Naparstek,

2008. p. 134). En este sentido, la salida terapéutica bajo la lógica del *sinthome* puede permitir una salida propiamente subjetiva pues las toxicomanías revelan un permanente esfuerzo de estabilización subjetiva.

1.3.2.- La toxicomanía, una defensa narcisística que toma el modelo del dolor corporal:

Cuando pensamos la toxicomanía articulada a la manera de una defensa, veremos que el énfasis no estará puesto en torno a la discusión del retorno de lo reprimido/angustia actual, sino que el acento será puesto en torno a la premura psíquica de defender una posible existencia del yo. Destaca entre los autores de esta propuesta Silvie Le Poulichet (1990) quien, de orientación fuertemente lacaniana, realiza una lectura rigurosa del fenómeno y bastante distinta a las revisadas anteriormente. Nos extenderemos en sus postulados, pues se trata de una de las autoras que trabaja en profundidad la temática de las toxicomanías, e intenta brindar matices a aquello que se ha tendido a denominar globalmente como *goce*.

Sin negar que se instala una forma de goce que se manifiesta a falta de una ligazón significativa, la autora prefiere destacar que se instala aquí un “dispositivo que opera por «cancelación tóxica» [del dolor] ahí donde esperábamos hallar una represión de las representaciones [...] Dicho de otro modo, cuando se revela el «agujero» o la falta constitutiva de la relación del sujeto con sus objetos, el dolor puede presentarse como una respuesta inmediata que engendra un «repliegue narcisista». Esta respuesta se opone a la que organiza la represión a través del montaje del fantasma, que mantiene una relación erótica con los objetos” (Le Poulichet, 1990. p. 63-65). Para la autora, entonces, “la palabra parece ocupada por una presencia alucinatoria del cuerpo y dice la urgencia de una sedación del dolor para reestablecer una forma de homeostasis” (Le Poulichet, 1990. p.66). Así “una cancelación tóxica regularía la

homeostasis de un «aparato psíquico», es decir, una forma de goce, más acá de una dialéctica de la necesidad, del deseo, de la demanda y de la falta. En suma, este circuito del tratamiento del dolor narcisista no recurre al rodeo del Otro. Se trata de un dispositivo de urgencia que se presenta en una dimensión esencialmente «económica» (Le Poulichet, 1990. p. 68-69).

La droga, entonces, actuaría a la manera de un órgano del cuerpo amputado, que es restituido corporalmente en su ingesta, mediante lo cual el sujeto insistiría en una vivencia narcisística de continuidad. La droga, en tanto órgano fantasma (Le Poulichet, 1990), busca crear un borde que permita la tramitación atemperada de las pulsiones (Le Poulichet, 1996). Se trata de la articulación de un pseudocircuito pulsional donde la droga hace las veces de una parte del cuerpo y que remite a las dificultades que ha tomado efectivamente la elaboración de la castración, también en torno a la separación real del objeto. Su efectividad responde a que permite, además de la anhelada ilusión de continuidad con el objeto, la posibilidad de evitar el encuentro real con el objeto, prescindiendo en doble medida de él.

La efectividad de este dispositivo, denominado “operación del farmakon”, reside entonces en que la intoxicación “induce una esencial continuidad de sí consigo, desde el momento en que se realiza una relación de equivalencia o una forma de circularidad entre un tratamiento del organismo y un tratamiento de las representaciones. Ella consiste finalmente en un tratamiento del cuerpo que, en su lazo, anula una división, burla la esquizis propia del sujeto hablante” (Le Poulichet, 1990. p. 72). La dimensión alucinatoria cobra relevancia para la autora pues la “operación del farmakon parece restituir al cuerpo un objeto alucinatorio para borrar representaciones intolerables” (Le Poulichet, 1990. p. 78). El modelo del dolor corporal freudiano sería tomado en este sentido por el dispositivo adictivo, en tanto el retraimiento de las pulsiones y su subsecuente estasis libidinal responden a un dolor psíquico que no encuentra

representación sino en el cuerpo. Para Le Poulichet, “que algo se haya constituido como un “intolerable” que no pueda ser asumido dentro de una realidad simbólica sería una condición fundamental para que se sostenga una operación del farmakón” (Le Poulichet, 1990. p. 73) y es por esto que se trata de un esfuerzo de sobrevivencia psíquica.

Como es posible apreciar, Le Poulichet otorga consistencia y cualidad a lo que se ha tendido a denominar por los autores de orientación lacaniana generalmente como goce. De su argumento destacamos varios puntos. Se trata, en las toxicomanías, de una defensa que instala un repliegue narcisista de la libido y un esfuerzo por conservar al cuerpo en la dimensión de la satisfacción alucinatoria, dado el agujero simbólico que se presenta en el sujeto producto de la fallida relación a sus objetos. De alguna manera, la vinculación a los objetos y la constitución narcisista tendrían un tinte padeciente en la experiencia del sujeto. Aquí, claramente el matiz que otorga la autora a la lógica del narcisismo no se reduce al campo de la imagen, sino que remite al campo de la economía pulsional bajo la cual el sujeto es o no capaz de ligar las representaciones que articulan su Yo (*Je*). Los postulados de la autora coinciden en gran parte con los de Aulagnier (1994; 2010), en la medida que insisten en la vuelta al cuerpo de aquellos elementos que no encuentran espacio psíquico para su elaboración. Igualmente, es importante destacar que para la autora, por sobre la castración o la lógica que signa el retorno de lo reprimido, lo que prima en estos casos es la discontinuidad de la vivencia narcisística, anclada a la imposibilidad de ligar la experiencia del cuerpo al campo de las representaciones. Experiencia, a su vez, asociada a las dificultades en la elaboración de la separación con los objetos. El lugar del dolor psíquico cobra especial relevancia en esta propuesta teórica.

La lectura que hacemos entonces de estos postulados es que, para Le Poulichet, la toxicomanía no estaría causada por una miseria simbólica de base o por una experiencia de goce cualquiera,

sino que articula un esfuerzo por simbolizar algo que ha adquirido una cualidad padeciente en la particularidad de la historia subjetiva de cada quien. Queda abierto si esto atañe a un experimentar del carácter de lo traumático o de lo ausente, de lo que se padece por excesiva presencia o por su radical ausencia. En ambos casos, pudiera ser que ese “algo se haya constituido como un «intolerable» que no pueda ser asumido dentro de una realidad simbólica” (Le Poulichet, 1990. p. 73). Lo interesante de sus postulados, entre muchas otras aristas, es que comprende la defensa toxicómana a partir del modelo del dolor psíquico freudiano, otorgando al uso de sustancias la connotación de un esfuerzo por sobrevivir a aquel. Marcamos estos puntos pues nos parece esencial para el abordaje que propone la presente investigación. A nuestro parecer, Le Poulichet propone una lectura de las toxicomanías que abre la posibilidad de pensar en mayor profundidad tanto la problemática de la defensa como del padecer subjetivo. La autora no se contenta con negar únicamente el estatus de síntoma de la dinámica toxicómana, sino que nos invita a una comprensión psicodinámica y económica del funcionamiento psíquico que en estos casos impresiona de suma relevancia, pues permite entender el establecimiento de la misma. La noción de *borde* aparece como fundamental, en la medida que será únicamente mediante un objeto accesorio al cuerpo donde el sujeto encontrará, en lo real de aquella experiencia de relación, la posibilidad de elaborar permanentemente aquello “intolerable” para sostener cierta forma de narcisismo (Le Poulichet, 1996).

Destacaremos además que, en una línea similar a Le Poluchet, Pommier (2011) destaca abiertamente el carácter traumático de la experiencia subjetiva en los casos de las toxicomanías, así como la concomitante imposibilidad de tramitar y reprimir ciertas experiencias. La toxicomanía implicaría un dispositivo que él denomina como propio a la *clínica*

de lo extremo, es decir, a ese espacio psíquico en que se mueven los esfuerzos subjetivos por sobrevivir a la muerte psíquica (Pommier, 2011). Green (2005) y Mayer (2010) dejaron entrever, en la misma línea, cierto carácter traumático de las experiencias tempranas de satisfacción y de relación erógena al objeto.

1.3.3.- La discusión del síntoma en torno al eje de la economía libidinal y la pulsión de muerte:

Ya hemos anteriormente profundizado en los postulados teóricos que leen las adicciones desde la predominancia de la pulsión de muerte. Sólo diremos que en la discusión en torno al síntoma, el papel de la alteración en la economía libidinal nuevamente cobra sentido. Por ejemplo, Aulagnier (1994), aunque refiere de manera indirecta al campo de las toxicomanías, señala que en estos casos se instala, dada la predominancia de la pulsión de muerte en el campo de la satisfacción, una defusión pulsional y una fragilidad respecto de las capacidades de catectización en el sujeto. En palabra de la autora: “En cualquier sujeto la fusión pulsional sólo es posible si Eros halla objetos para catectizar y objetos que no sean antinómicos con respecto a la satisfacción narcisista de cierto número de ideales [...] el yo mismo corre el riesgo de no poder ya proponerse a Eros como fuente de placer y como objeto de catectización [...] en este registro, el conflicto se refiere ante todo a la relación del yo con su pensamiento y, por consiguiente, a sus catectizaciones narcisistas e identificatorias [...] o bien se goza del pensamiento y las demandas del cuerpo son vividas como las de un adversario al que hay que reducir al silencio y eliminar, o bien uno goza de su cuerpo y es entonces la actividad del pensamiento la que habrá de reducir al silencio [...] el toxicómano lo logra gracias a la dependencia de la droga, que se torna a la vez objeto de placer para la actividad de pensamiento y objeto de necesidad y sufrimiento para el cuerpo” (Aulagnier, 1994. p. 219-221).

Esta dicotomía entre pensamiento y cuerpo, así como la relación que establece el sujeto en torno a ambos sería parte del aparataje defensivo que caracterizaría las toxicomanías. En la misma línea que Le Poulichet, destacan el carácter padeciente del sujeto que consume sustancia de manera adictiva. Para Aulagnier, sin embargo, el que se mantiene sufriendo en la intoxicación es el cuerpo y el campo del pensamiento accedería a cierta cuota de placer. Ambas autoras destacan el papel del retorno al cuerpo en el campo de lo irrepresentable. Sin embargo, Le Poulichet aclara que para ella la tesis de Aulagnier acerca de una transformación del deseo en necesidad no tiene sentido, pues para ella la toxicomania instala una “forma de goce más acá de una dialéctica de la necesidad, del deseo, de la demanda y de la falta” (Le Poulichet, 2012. p. 68). Pese a estas diferencias conceptuales, ambas coinciden en destacar como ejes de la defensa toxicómanas las experiencias padecientes del sujeto en el encuentro con sus objetos, la consecuente dificultad de tramitación y simbolización de la separación y la castración, y el esfuerzo por sobrevivencia que implica la elaboración de esta defensa.

1.4. Acerca de la relación al objeto en el campo de las toxicomanías:

En torno a la relación a los objetos en el campo de las adicciones, podemos dividir la discusión bajo dos ejes primordiales. Uno de ellos, refiere a lo que se ha denominado *pasión* (Aulagnier, 1994) o *vínculo* (Guyomard, 2013). Veremos cómo ello remite a las dificultades en la tramitación a la separación al objeto primordial, la madre, y en particular cómo se ha enfatizado la relación de la mujer a lo femenino y a la madre en el campo de las adicciones (Guyomard, 2013; Cifuentes, 2014). Por otra parte, el campo de lo que se denomina *trasmisión* es algo que se ha mostrado relevante en el campo de las toxicomanías. En términos generales, se estipula que lo no dicho o lo no simbolizado, podríamos pensar que aquello intolerable de lo

que habla Le Poulichet (1990), tiene relación con eventos traumáticos vividos de manera sostenida durante el paso de las generaciones, pues tienden a la repetición justamente por la imposibilidad de su elaboración psíquica. A continuación profundizaremos en ambos ejes.

1.4.1.- De la pasión:

En el campo de las toxicomanías, son variados los planteamientos psicoanalíticos que destacan la relevancia de las experiencias tempranas fallidas con la madre así como las concomitantes carencias en el campo de la simbolización (Rosenfeld, 1976; Aulagnier, 1994; Guyomard, 2013; Mayer, 2000). Coinciden varios autores en destacar que en las toxicomanías se trata de fijación a una relación inicial con la madre dada una falla en el proceso de diferenciación (Aulagnier en Hornstein, L.; Aulagnier, P.; Pelento, M.; Green, A.; Rother de Hornstein, M.; Bianchi, H.; Dayan, M. & Bosoer, E., 1994; Guyomard, 2013; Korman, 1995; Le Poulichet, 1990; Naparstek, 2008; Pommier, 2011; Rosenfeld, 1976). De esta manera, el consumo signa la predominancia de la omnipotencia del vínculo con La Madre (Guyomard, 2013) así como “el fracaso de una “ligazón” más estructurante: en realidad, la noción freudiana de efracción implica aquí una falta de anclaje del cuerpo a las cadenas significantes” (Le Poulichet, 1990. p. 58).

Así, la madre conservaría de alguna manera la posición de un Otro voraz y en la medida que se muestra incapaz de permitir la diferenciación entre ambos, mantiene al sujeto en un estado propio al desvalimiento inicial de los primeros tiempos del psiquismo. Bajo la noción de *vínculo*, entendido como una primera forma de ligazón al objeto, Guyomard (2013) teoriza acerca de la insistencia en una primera forma de ligazón, que pese a ser necesaria en el inicio de la vida, no da paso a la elaboración de una forma de ligazón que se encuentre mediada por la terceridad edípica cuando se mantiene en el tiempo. El paso del *vínculo* a la *relación* es aquello que en los

casos de adicciones no sucedería, entendiendo la relación como una forma de encuentro mediada por la terceridad edípica. Entonces “encontramos la huella de lo imperativo de este goce en toda modalidad adictiva; goce que amarra la adicción al vínculo primero de lo pulsional, que no puede transformarse por el destete psíquico” (Guyomard, D. 2013. p. 58).

En este sentido, la toxicomanía se instalaría como una función compensatoria frente a un soporte interno que ha sido carente pues permite “restituir imaginariamente uno de los aspectos necesitados de la función materna en lo que atañe al sostén, a un amparo que permita sustraerse de una vivencia de desvalimiento muy intensa. Lo que faltó de la madre en ese sentido se padecería como un déficit en una parte del psiquismo que debe cumplir la función de sostén interior y se reclaman objetos externos, tendiendo a reproducir con ellos una relación de dependencia infantil” (Mayer, 2000. p. 146).

La relación que se establece a los objetos responde a una pasión, es decir, donde “la experiencia de placer y el objeto que constituye su origen forman parte, entonces, de lo obligado, de lo impuesto, de lo necesario, de lo que no puede elegirse” (Aulagnier, 1994. p. 186). “En el caso de la relación pasional, el yo es inexistente para el objeto que ha catectizado pasionalmente (por ejemplo, la droga)” (Aulagnier, 1994. p. 200). Se trata de un estado donde yo y el Otro no están realmente diferenciados, y ello como consecuencia de la ausencia de suficientes experiencias libidinales que le permitieran instalar la primacía de la pulsión de vida. Consecuencia evidente de esto es que el sujeto tiene dificultades en su relación a los objetos; la derivada menos evidente es que el sujeto no puede historizar su existencia en la medida que no puede proyectarse de manera autónoma en el tiempo.

La toxicomanía se instala entonces como un aparataje defensivo que permite lidiar con ciertas fallas en la constitución narcisística, las cuales son producto de una relación fallida al inicio de

la vida con el Otro materno. De esta perspectiva, se subentiende que “la madre y el cuerpo son las dos primeras grandes apoyaturas, pero el principal organizador de la vida psíquica es el agente materno, el que abre las zonas erógenas, el que las significa y va dibujando con sus caricias, con sus palabras, con sus miradas, la geografía libidinal del sujeto” (Mayer, 2000. p. 148). Recordemos además que la madre proyecta en el niño un “yo anticipado” que “lleva la imagen del niño que todavía no está, imagen fiel a las ilusiones narcisistas de la madre e imagen muy próxima al niño ideal” (Aulagnier, P. en Hornstein et al, 1994. p. 161). Se ha planteado que la dificultad en estos casos surge pues, posterior a una investidura inicial, el niño es desinvertido por la madre debido a que no coincidiría la verdad del cuerpo del hijo con las expectativas maternas respecto de aquel: “la psique de este tipo de madres padece de lo que yo llamaría un “traumatismo del encuentro”, este recién nacido que se impone a su mirada se sitúa, muy a pesar de él, “fuera de la historia” (Aulagnier, P. en Hornstein et al, 1994. p. 165). La madre de toxicómano no habría sido capaz en el inicio de la vida de aquel, de preservar ciertos puntos de anclaje entre la realidad del cuerpo del infante y su representante psíquico, por lo cual, pese a que ella elabore una representación psíquica del hijo posteriormente que pudiera permitir un vínculo libidinal entre ambos, el niño permanece “mutilado del representante psíquico que debió acogerlo [...] las consecuencias de semejante comienzo de la vida dejarán casi siempre huellas indelebles en el funcionamiento psíquico de aquel niño” (Aulagnier, P. en Hornstein et al 1994. p. 167). Vemos como se postula bajo este argumento una falla en el vínculo y separación inicial entre madre e hijo, anclado al espacio de existencia que se le otorga en el campo del deseo.

En estos casos, además, se trataría de madres que en la etapa de fusión inicial con el hijo fallan al momento de contener y tramitar las angustias del infante, manifestándose además como el

elemento esencial que potencia sus angustias (Rosenfeld, 1976), lo que dificulta en el sujeto introyecte la capacidad de lidiar con sus angustias primitivas. Así, “cuanto más falle la madre en esta función de amparo y sostén por falta de permanencia, por incontinencia o por inadecuación, más masivos e intensos serán los estados angustiosos y tanto más necesitará el sujeto encontrar un elemento intermediario que, como objeto antipánico-contrafóbico le sirva para controlar su ansiedad que se percibe como fuerza desestructurante. Suele surgir entonces el impulso de aferramiento a un objeto (alimento, actividad, persona o sustancia psicotrópica), al que se inviste como “salvador” aunque sea tóxico o destructivo” (Mayer, 2000. p. 149). La toxicomanía se instala entonces como una defensa, cuando prima la ausencia del objeto en los momentos tempranos de la vida pues no se realiza la introyección de una relación de objeto contenedora que permita la elaboración de las angustias primarias: entonces “nos encontramos ante la nostalgia de lo que no ha sido, muy lejos entonces de la problemática neurótica, una nostalgia de la ausencia de objeto o incluso de un recuerdo del objeto apenas vislumbrable” (Pommier, 2011. p. 102-103).

Como vemos, los postulados revisados ubican las fallas en la relación a la madre primordialmente en los tiempos originarios del psiquismo, casi en un tiempo mítico. Sin restar importancia al peso del origen, dejan abierta la pregunta acerca de las huellas que el paso del tiempo en esa relación pueda dejar, así como las consecuencias de la permanente y sostenida vinculación fallida a la madre, tanto en lo que puede ser una relación manifiestamente traumática, violenta, como respecto de su ausencia radical. Provisoriamente, nos contentamos con señalar que pareciera que no sólo se trata de una mítica relación al primer objeto lo que tal vez interviene aquí. Los resultados de esta investigación permitirán discutirlo en profundidad.

Finalmente, se ha tendido a afirmar la predominancia de esta forma de elaboración del *vínculo* como algo particularmente propio al campo de lo femenino. Guyomard (2013) señala que la *vinculación pasional* es propia de la relación madre e hija, afectando la elaboración de lo femenino y lo materno en la hija, así como predisponiendo a la mujer a la *pasión* en el encuentro con todo objeto. La transmisión de lo femenino, para Guyomard (2013), encontraría dificultades en tanto requiere de una primera diferenciación entre madre e hija que muchas veces se torna difícil de hacer, pues lo materno articula un tiempo vincular que convoca a la fusión como forma de ligazón al objeto. Asimismo, la introyección de lo femenino en la hija requiere la narcisificación primera por parte de la madre del elemento femenino para poder transmitirse entre generaciones, cosa que no siempre sucede por las propias experiencias de la madre al respecto. Dada la importancia de este punto de análisis para la presente investigación, se profundizará a cabalidad en los capítulos 2 y 3: “Problematización” y “Cuerpo”. Nos contentaremos con decir, esta vez, que la indiferenciación no sucede preferentemente entre mujeres en el caso de las adicciones.

1.4.2.- Transmisión y toxicomanías:

Antes de profundizar en este punto, es necesario aclarar que la teorización acerca de la transmisión sigue la línea de comprensión que han postulado Tisseron y Torok (1995). Estos autores profundizan en cómo el trabajo de elaboración psíquica entre una generación y otra se ve interrumpido o suspendido en torno a ciertos elementos a consecuencia de experiencias de tinte traumático que un sujeto de la cadena generacional experimenta y que, por lo tanto, no logra simbolizar para transmitir a los miembros de las posteriores generaciones. Esta ausencia de elaboración psíquica implica un clivaje “que va a constituir para las generaciones ulteriores

una verdadera prehistoria de su historia personal” (Torok et al, 1995. p. 18), en la medida que el evento traumático se vuelve para su víctima directa un “indecible” (Torok et al, 1995. p. 18), pero para la generación siguiente que recibe una primera interpretación del mundo a través de este primer discurso que forcluye el elemento traumático, esta experiencia aparece como un *innombrable* pues se trata de un experimentar que no ha podido ser objeto de ninguna representación. La imposibilidad de representar cierta cualidad de la experiencia entre generaciones, genera espacios de irrepresentabilidad: primero *indecibles*, luego *innombrables* y posteriormente en las generaciones, unos “impensables” (Torok et al, 1995. p. 19). Así, surgen sensaciones, emociones, imágenes y potencialidades de acciones que el sujeto vivirá como experiencias de sí mismo bizarras y que no logran explicación por su propia vida psíquica o por su vida familiar (Torok et al, 1995), pues remiten a una experiencia traumática vivida por un antepasado. La toxicomanía, bajo este eje, implica una respuesta individual ligada a un padecer transgeneracional, que ha surgido debido a la vivencia efectiva de un acontecer traumático, situación que se transforma en un elemento que tiene la cualidad de insistir por fuera del campo de la simbolización y las representaciones.

En esta línea, tal como lo muestra Hachet (2004), la mayor parte de los trabajos investigativos en el tema se focalizan en los traumatismos que tienen lugar en las familias de los toxicómanos: secretos familiares en torno a la filiación, duelos patológicos ligados a desapariciones o muertes, exilios o emigraciones forzadas o dolorosas y delincuencia o actuaciones psicopáticas ocultas en la historia familiar. Ningún tema de los traumatismos, ningún tipo de catástrofe familiar es más importante que otro y cada uno de ellos se caracteriza por la cualidad traumática e irrepresentable de la experiencia. Los diferentes estudios o casuística clínica examinada por Hachet (2004) cubren un espectro muy amplio de experiencias, casi siempre

ligadas a secretos de familia que dan lugar a influencias de una generación a otra. La etiopatogenia transgeneracional muestra que los dramas vividos por las generaciones anteriores son también de naturaleza muy diversa, pero siempre traumática e irrepresentable.

El traumatismo entonces se transmite en lo que ocurre, en las actuaciones, por sobre en el relato familiar o en la historia contada. Basándose en los postulados de Tisseron et al (1995), Hachet (2004) da cuenta de la dificultad en la trasmisión intergeneracional centrado en la rúbrica del trauma y del secreto en alguno de los eslabones de la cadena de filiación y de las consecuencias de aquello. Por ejemplo, vivencias de abuso se repiten en la pubertad de la abuela, la madre y la hija. La repetición daría cuenta de una experiencia traumática imposible de simbolizar por la primera generación que la padece y, por lo tanto, elaborada psíquicamente bajo la rúbrica de lo indecible, aparece en el acto. El secreto daría lugar a lo innombrable en la segunda generación, para pasar a lo impensable en el caso de la tercera. Cada uno experimenta el traumatismo e intenta "resolverlo" o "sanarlo" a su manera, pero la dificultad en la simbolización de la experiencia ha dejado su huella. En el caso de las adicciones, la dinámica adictiva paga una deuda sostenida por la generación anterior. Se trata generalmente de experiencias de tinte traumático que se tornan un secreto a nivel familiar. De esta manera, las genealogías insostenibles o invivibles - como ser hijo de un padre que se casa con la abuela materna, o ser la hija bastarda de una madre que intentó abortar, ser hijo(a) del incesto, etc. – estarían muy presentes en las experiencias dolorosas con las que los toxicómanos luchan.

El autor aborda el eje de lo traumático también desde las desapariciones dolorosas y secretas de algunos miembros de la familia, que engendran duelos patológicos a nivel transgeneracional y que se ligan a una incapacidad familiar para elaborar estas experiencias, pues el evento deriva en la elaboración permanente de denegaciones y secretos, lo que se ha estimado que

facilita el paso al acto, la compensación por la acción. En este sentido, se ha postulado que la adicción aparece como un intento de conservar lo borroso de la historia, llenar los hoyos como se pueda, para preservar un poco de placer y olvidar (Edendinger-Cury, en Hachet, 2004). Los exilios, emigraciones u otros desplazamientos dolorosos presentan de otro modo la problemática de los duelos no elaborados, respecto a la ascendencia y a los cortes en la genealogía. La toxicomanía, en estos casos, operaría casi como un “traumatismo autoinflingido” (Baubet, en Hachet 2004) para elaborar de algún modo estas experiencias imposibles de simbolizar de otra manera. En algunos casos, transformar el propio cuerpo en otro extranjero por el intermedio de la droga (Huerre, en Hachet 2004) sería un modo de pseudo-revivir el exilio de los padres y el cúmulo de angustias y denegaciones que lo acompañan. El adicto, de alguna manera, intentaría vérselas en el uso de sustancias con estos secretos.

Más allá de los diversos contenidos de los traumatismos familiares, Hachet (2004) sintetiza las características clínicas del traumatismo en las familias. Las más importantes son: el silencio de las emociones impuesto al niño que devendrá adicto, la dificultad del adicto para separarse de sus padres y la tendencia a hacerse cargo psíquicamente de ellos. Finalmente, destaca la dificultad de los padres de los adictos a dejar que los hijos se vayan, haciendo pesar a veces sobre estos una demanda de parentalización, donde los hijos son empujados a ocupar el lugar de los padres de sus padres.

Respecto a las problemáticas de la transmisión, Hachet (2004) lo centra en el campo del traumatismo y señala que su experiencia indica que se ha explicado muy poco o nada al futuro toxicómano acerca de lo acontecido, lo que influye en la creación de síntomas fuera del plano de la representación, en el espacio del acto, dando lugar a actuaciones de intensidad diversa,

que pueden incluso llegar a psicopatías enigmáticas. El adicto experimenta entonces una parte de sí disociada o escindida, a la manera de irrupciones en el aparato psíquico, y entonces usa la sustancia; pero no la usa para que surja la parte monstruosa de sí mismo sino que, por el contrario, a juicio del autor, la usaría para controlarla.

Como es posible apreciar, la teorización acerca de las adicciones bajo el eje de la transmisión ubica como eje central de la problemática la experiencia traumática y las dificultades para la simbolización de aquella. El uso de sustancias implicaría el paso al acto de una experiencia de tipo traumático que insiste en el campo psíquico pero que no logra representación alguna. La transmisión de lo femenino o masculino, la posibilidad de otorgar un espacio filial al sujeto con el cual sentirse parte de la cadena familiar, la vivencia libidinal o thanática de la vinculación a los primeros objetos, ejes centrales de nuestra tesis, no han sido abordadas en esta forma de pensamiento: Tampoco se abordan elementos de la transmisión intergeneracional propios al ámbito de la ausencia materna o paterna, ausencia que signaría la separación desde la propia desaparición mas que desde el trabajo de duelo. Estos puntos son justamente el eje de la presente investigación y lo profundizaremos más adelante. Por ahora, nos resta resaltar el vacío teórico que aquí se encuentra.

1.5.- En asociación al estado actual de los ideales sociales:

Abordaremos ahora otra forma en que ha sido pensada la problemática toxicómana, esta vez una que responde a la manera en que el uso de sustancias da cuenta de un estado o problemática social. Por una parte, variados estudios han recuperado el carácter histórico del uso de las sustancias, destacando las diferencias entre el uso tribal de las drogas, normado y referido al espacio de pertenencia social, con el uso problemático y actual, que se caracterizaría

por ser un uso *desbordado*, que dejaría al sujeto por fuera del marco social y de la ley (Naparstek, 2008; Laurent, 1988; Miller, 2005 en López, 2007; Tarrab, 2005, López, 2007).

Desde los inicios del psicoanálisis, el mismo Freud destaca la ligazón entre el uso de sustancias y la dinámica sociocultural. Así, en el texto “El malestar de la cultura” (1930 [1929]), al hablar de la felicidad y de las formas en que culturalmente se ha dispuesto la evitación del displacer, señala que “el método más tosco, pero también el más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación [...] lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria es apreciado como un bien tan grande que individuos y aún pueblos enteros les han asignado una posición fija en su economía libidinal” (Freud, 1927-1931. p. 78). El mismo Freud otorga un lugar cultural al uso de sustancias, en la medida que da cuenta de un malestar subjetivo anclado justamente a la posibilidad de vivir en la sociedad (Soto, 2011; Naparstek, 2008).

Desde Freud, variados autores señalaran que *el problema de las drogas* pasa por una especial forma de concebirlo, ya que siempre se ve fuertemente influenciado por los discursos políticos, religiosos, económicos e ideológicos que surgen en su rededor, lo que implica la circulación de “prejuicios, distorsiones, ideologizaciones, estigmatizaciones, exageraciones que rodean la aproximación a estos temas” (Velosa Forero, 2009. p. 110-111). Las corrientes posteriores a Freud darán diferentes lecturas al papel del uso de sustancias en el contexto de la dinámica social. A continuación abordaremos los principales de aquellos.

Una lectura del tema es la que propone Naparstek; el autor señala que lo que Freud (1930 [1929]) destaca en el Malestar de la Cultura es que “la cultura es inseparable respecto de un malestar que le es inherente” (Naparstek, 2008. p. 21). Por lo tanto, realiza una breve revisión histórica del cambio que ha tenido el uso de drogas en la historia de la humanidad: describe

cómo ésta pasa desde el uso tribal y social al uso desmedido y adictivo que se presentarían en la actualidad. Para el autor, la adicción, dependencia o toxicomanía, se definiría entonces por “un desenganche del Otro, llamémosle del Otro social, el Otro del lenguaje, el Otro sexo, etc. A mi gusto, el verdadero toxicómano muestra una manera patética que con su patología prescinde del Otro del lenguaje, y busca una operación que no pase por allí, que prescinde del sexo y encuentra una respuesta libidinal diferente y, por supuesto, que podría aislarse totalmente del Otro social” (Naparstek, 2008. p. 24). Esta corriente de pensamiento afirmará preferentemente que el consumo adictivo de drogas es producto de un estado social y psicológico que responde a la caída de la ley y los ideales paternos en el discurso social (Naparstek, 2008; Tarrab, 2005; Laurent, 1988; Melman, 2005). Se estima entonces que habitamos una sociedad que empuja al consumo y al goce ilimitado (Laurent, 1988; Aveggio, 2013; Naparstek, 2008; Melman, 2005). En palabras de Naparstek: “en lo que respecta al uso de drogas, se perfilan tres momentos históricos. Un primer tiempo en donde el uso de las drogas no se presentaba como posible patología; es lo que ubicamos en el recorrido histórico que estuvimos haciendo, donde pudimos observar que miles de años de uso de drogas no implicaban la existencia de la toxicomanía [...] la problemática de la toxicomanía o drogodependencia o adicción, o como se la llamara en cada momento y lugar, llega a establecerse con claridad sólo en el momento de la aparición del síndrome de abstinencia. A partir de allí se constituye en un problema [...] Hay un segundo momento que se inicia a fines del siglo XIX y comienzos del XX, en donde se empieza a instalar la droga como pudiendo procurar una dependencia. Este es el periodo del malestar de la cultura, en donde Freud muestra al alcohólico y al consumidor de narcóticos como un síntoma acotado. Finalmente, tenemos la época contemporánea de la inexistencia del Otro – anticipada por J. Lacan y

nombrada así por J.-A. Miller-en donde se perfila una toxicomanía generalizada. Una época donde prima el goce del consumo propuesto por el mercado, para todos por igual [...] borrando todas las diferencias. En este caso sería una solución universal, lo cual lo quita del lugar de respuesta singular [...] Hemos visto cómo puede no aparecer como un síntoma o ser un síntoma más entre otros y, finalmente, como se fue transformando en el modo de satisfacción masivo de una época, la nuestra” (Naparstek, 2008. p. 27-28).

Así, el cambio en la forma de consumo “se asocia a un desfallecimiento del Padre y a un fortalecimiento del superyó. Esto produciría la caída de la culpa como tratamiento simbólico del goce; el ascenso de la angustia como testimonio de la irrupción de lo real; la expansión de la manía como forma de una normalidad; el imperativo de la impulsión en la urgencia del ‘no pienso’” (López, 2007. p. 27). El consumo signaría entonces, en este marco, una ruptura del sujeto con el lazo social, lo que deja al sujeto en la marginalidad, ya sea en términos de la pertenencia al campo del lenguaje o de la sociedad.

El fenómeno toxicómano, bajo esta lectura, sin embargo, pierde especificidad en la medida que se considera producto de un estado social universal de consumismo, *de empuje al goce*. Pierde relevancia la especificidad de la condición subjetiva que sostiene aquello como problemática. El lugar del goce, como una experiencia de importante connotación corporal, toma aquí un importante papel, pero aquel respondería primordialmente a un determinante de tipo social y en esa medida se torna inespecífico y totalizante. Las toxicomanías, bajo esta lectura, tienden a perder la cualidad de una problemática íntima, subjetiva (Romero, 2012). El lector puede incluso preguntarse: ¿por qué en una sociedad de estas características no somos todos adictos?.

Autores de la escuela francesa han abordado la problemática de otra manera. Al respecto, Le Poulichet (2012) señala acertadamente que el sujeto toxicómano se encuentra atrapado en los discursos sociales y culturales que tejen el fenómeno de la toxicomanía y que “una persona llamada toxicómana - en la medida que se presente como tal - ya está atrapada en esa nominación. «La toxicomanía» en efecto, es designada como un flagelo social” (Le Poulichet, 2012. p. 19); “pienso que es en el encuentro entre toxicomanías y discursos sobre el tóxico o sobre «el toxicómano» donde se constituye «la toxicomanía» como teoría precisamente” (Le Poulichet, 2012. p. 41).

Para la autora, el sujeto queda anclado en su experiencia a esta manera de conceptualizar su sufrimiento, incluso al punto de encarnar lo que es definido socialmente como una problemática, por sobre la condición subjetiva e íntima de su padecer. Aquello provocaría un círculo vicioso, en la medida que “diferentes órdenes de discurso erigen la figura del toxicómano y dibujan el flagelo de «la toxicomanía» y toxicómanos los suscriben en mayor o menor medida. Después, algunos estudios, inspirados sobre todo en modelos psicoanalíticos, producen la teoría de ese toxicómano” (Le Poulichet, 2012. p. 47-48). Esta tendencia de la problemática toxicómana a espejarse a sí misma en los discursos que intentan abordarla, genera que el sujeto toxicómano no pueda sino existir en esta “tentativa retratística” de sí mismo (Le Poulichet, 2012. p. 49); por ello, “estas personas suelen presentar su conducta estereotipada y su atributo obligado, la droga, como algo que reclama una sanción terapéutica unívoca: «¡Líbrame de eso, de ese flagelo!». «Los toxicómanos no cumplen con sus promesas, enciérrenme en un centro...»” (Le Poulichet, 2012. p. 44).

Lo interesante de esta lectura, es que propone tomar distancia entre el efecto que el discurso social ha tenido en el sujeto y la problemática toxicómana específica y su padecer psíquico, en

el entendido que es aquí donde podemos hallar las razones que le conduce al consumo descontrolado y desmedido. La autora es clara en señalar que el discurso social ha tenido efectos de identificación para este sujeto, articulando su identidad en una entidad que le otorga permanencia y continuidad, pues se trata de un sujeto que carece de aquellas y que padece por las fallas en su configuración psíquica. El padecer del toxicómano, entonces, respondería a problemáticas que trascienden el discurso social y que se toman de aquel justamente para velar elementos de su subjetividad padeciente. Esta conjunción es, para la autora, inevitable en todos los casos, pues el discurso social ha instalado supuestas verdades en torno a la problemática adictiva que el sujeto hará suyas en primera instancia, y que redoblará su potencia en la medida que se encuentra con espacios terapéuticos, sociales y judiciales que suponen lo mismo acerca de él (Le Poulichet, 1990). Indagar en la problemática subjetiva, entonces, invita al clínico a un desafío importante: abandonar los prejuicios que pueda tener en torno a la problemática adictiva, dejar entre paréntesis el discurso social de la adicción, cuestionando incluso lo que supone un saber teórico acerca de la misma.

La dicotomía de las dos lecturas predominantes que otorgan en la actualidad un espacio a lo social en el campo de las toxicomanías está claramente en una tensión. Por una parte, la primera lectura tiende a velar justamente la conflictiva psíquica para dar preponderancia al supuesto estado de los tiempos actuales y sus consecuencias psíquicas. La segunda lectura busca rescatar una interpretación clínica a un fenómeno individual, pues el psiquismo aprovecharía el discurso social que históricamente se teje en torno a él para velar los elementos particulares de la subjetividad, evadiendo la interpretación, actuando como resistencia. El discurso médico, también imperante con respecto a la problemática de las adicciones, toma el mismo sentido, en la medida que vela el padecer psíquico bajo el cuerpo

orgánico, y por eso se vuelve popular y exigido por quienes presentan problemáticas de consumo. Interesante es que Le Poulichet (2012) invita a no caer en la trampa tendida.

1.6.- La toxicomanía y su comprensión bajo la rúbrica de las estructuras de personalidad:

Para finalizar, abordamos la lectura que bajo el eje de las estructuras de personalidad se establece en torno a la problemática adictiva. Veremos cómo se ha discutido ampliamente también el campo de las toxicomanías bajo la lógica de las estructuras psíquicas y cómo, pese a que los autores de diversas escuelas coinciden en señalar que las toxicomanías no son exclusivas ni excluyentes de una única forma de estructura o funcionamiento mental (Le Poulichet, 2012; Korman, 1995; Olivenstein, 1985), se tiende a establecer una comprensión de éstas desde las distintas lógicas estructurales y características propias a las estructuras psíquicas (Romero, 2012).

Desde los inicios de su elaboración, el psicoanálisis ha pensado la problemática de las toxicomanías en torno a funcionamientos estructurales, primordialmente desde la lógica de la perversión o de la psicosis. En la actualidad, tiende a plantearse primordialmente que las adicciones surgen preferentemente en aquello que se denomina la clínica de los cuadros límites.

Para partir, veremos cómo se ha planteado cierta similitud entre las adicciones y el campo de la perversión. Abraham (1908, en López, 2007) por ejemplo, en el caso del “borracho consuetudinario” plantea que se instala un mecanismo psíquico particular, que relaciona con la perversión: “Veo en esto una analogía con ciertas perversiones sexuales en las cuales un estímulo sexual, que normalmente hubiera servido como introducción al acto sexual, es puesto en el lugar de ese acto” (Abraham, 1908, p. 66. en López, 2007). A decir de López, en este caso,

“ya no se trata sólo de una facilitación de la aparición de pulsiones de la sexualidad perversa bajo la intoxicación, sino de la instalación, en forma permanente, de un sustituto de la satisfacción sexual” (López, 2007. p. 66).

Algunos autores como Milner, (1985 en Olivenstein, 1985), Korman, (1995), Fenichel (1945, en López 2007); Salama, S. (1995 en Melman et. al., 1995) también siguen esta huella. En general, en el intento de dar cuenta de la problemática toxicómana acudiendo a la nomenclatura propia del funcionamiento estructural, se tiende a afirmar que en las toxicomanías prima un déficit en la resolución de conflictos en torno al establecimiento del súper yo, una salida insatisfactoria o incompleta del complejo de Edipo, dificultades en asumir la castración, etc., con todas las concomitantes que aquello implica en torno a la constitución subjetiva. Nunca se define la problemática sólo desde el campo de la perversión, pero se acude a la descripción de mecanismos propiamente perversos para dar cuenta de la dinámica adictiva (Olivenstein, 1985; Korman, 1995; Milner, 1985).

Es necesario destacar, sin embargo, que los mismos autores que describen el fenómeno en torno a la dinámica de la perversión, lo harán a la vez también desde la lógica de la psicosis, en una clara oscilación e indiferenciación del funcionamiento psíquico en las toxicomanías. Por ejemplo, Milner (1985), señala que el toxicómano se presentaría frente a la castración desde el rechazo: “la consecuencia de ello sería que la dimensión de la metáfora se encontraría o no integrada o trasgredida” (Milner, 1985 en Olivenstein, 1985. p. 29); en esta medida, se trataría de un individuo que “en vías de constituirse en sujeto, no puede asumir todavía en nombre propio la integración de esta ley” (Milner, 1985 en Olivenstein, 1985. p. 28). Milner no logra definir la problemática desde la psicosis o la perversión, sino que pareciera que según el caso pudiera acercarse a una u otra forma de funcionamiento psíquico.

Para otros autores pareciera primar la lógica psicótica en el funcionamiento psíquico del sujeto toxicómano; por ejemplo, en palabras de Olivenstein, en la toxicomanía “se instala una falla en la relación social; entonces estamos en situación de psicosis” (Olivenstein, 1985. p. 23). Sin embargo, para este autor, los toxicómanos se definen también por ser “esquizofrénicos sin esquizofrenia, con fragilidad afectiva, hipersensibilidad a la frustración y faltos de organización objetal, con sentimiento de sufrir injusticia, con sentimiento de inferioridad y frustración, sin sentimiento de comunidad ni de súper-yo, o de un súper yo regresivo y con perturbación en la relación madre-hijo, o bien se trata como lo han definido Raíz y Fontanessi, de neurosis conflictivas: de estructura caracterológica con tendencia al pasaje al acto de tipo de comportamiento psicopático pero donde el acting out está ligado a un complejo determinado y donde el comportamiento puede ser interpretado como acción simbólica” (Olivenstein, 1985. p. 76) .

Como vemos, la discusión que pone en tela de juicio el estatuto estructural de estos sujetos es bastante confusa y sólo ocasionalmente, y preferentemente en los orígenes del psicoanálisis, se pensó en el fenómeno adictivo como una respuesta en torno a un conflicto neurótico (Abraham, 1908 & Simmel, 1949, en López, 2007). Esta dificultad en definir el funcionamiento toxicómano se sostiene en la afirmación compartida por todos de que la toxicomanía evidentemente no responde a una única estructura psíquica, pero no existe una nomenclatura psicoanalítica por fuera del lenguaje estructural.

Le Poulichet (1990), conciente que la toxicomanía no se establece a la manera de una estructura de personalidad, afirma que la adicción, definida para ella desde la operación del farmakon, puede tomar dos formas de configuración, no excluyentes la una de la otra y que explicarían esta confusión teórica. Por una parte, la operación de farmakón podría configurarse

bajo la lógica del *suplemento* y de esta manera implicaría una defensa del sujeto cuya función es sostener la imagen narcisista dentro de la dimensión imaginaria, de manera tal de lograr paliar el dolor de la falta de cierta insignia fálica que se busca conseguir. En palabras de la autora, “aquí lo intolerable no es otra cosa que la castración” (Le Poulichet, 1990. p. 137); sin embargo, la toxicomanía podría también articularse a la manera de una *suplencia* y como tal, implicaría que la droga se transforma para el sujeto en un objeto real que obtura la falta: “la constitución de algo real que ocupa el lugar de lo incógnito; no se trataría aquí, como en el síntoma, de una respuesta al enigma del deseo del Otro, a la falta del Otro sino más bien de una respuesta que se organiza frente a un demasiado lleno del Otro primordial. Estos montajes serían la manera de vérselas con el cuerpo de La madre cuando no lo mantiene a distancia la interdicción de la metáfora paterna” (Le Poulichet, 1990. p. 136-137). Las semejanzas con los funcionamientos neurótico y psicótico son evidentes, pero su explicación permite un tránsito lógico entre una y otra forma de funcionamiento en el mismo sujeto.

La discusión de la problemática adictiva en torno a las estructuras subjetivas, igualmente ha tendido a culminar en el cuestionamiento de la condición deseante del individuo que presenta una toxicomanía y de la posibilidad de articular su subjetividad en el campo simbólico; en palabras de Korman, los adictos “llegan a la consulta no en la posición de sujetos deseantes [...] consienten en reducir su condición de sujetos” (Korman, 1995. p. 142); a decir del autor, el toxicómano “eclipsa su subjetividad [...] anula su condición de sujeto y otorga omnipotencia a la sustancia” (Korman, 1995. pp. 102) [...] entonces sólo “presumimos la existencia de un sujeto eclipsado detrás de la droga; suponemos la narcosis del deseo, esperamos la recomposición del sujeto deseante, aplastado por la droga” (Korman, 1995. p. 177); en este sentido, el sujeto de deseo en la toxicomanía es únicamente posible como “algo que hay que suponer, es un acto de

fe psicoanalítico” (Korman, 1995. p. 152). En palabras de Le Poulichet, “la clínica indica que estas formas de apertura al goce vienen a ser un llamado a “hacerse” objeto del goce del Otro, cuando el sujeto no puede engendrarse a partir de la falta y del deseo del Otro” (Le Poulichet, 1990. p. 128). En palabras de Melman (2005), “lo que llamamos, desde el punto de vista psíquico, la pobreza de los drogadictos, se debe en efecto a que las metáforas y las metonimias en ellos no funcionan más. Estamos en un lenguaje que es un lenguaje de signos. Todo allí hace signo” (Melman, 2005. pp. 63). Como es posible observar, sin miramientos, en mayor o menor medida, se cuestiona el carácter de sujeto de deseo del adicto.

Destaca entre estas lecturas la postura extrema del doctor en psicología y psicoanalista chileno Cristian López (2007), quien pese a abordar la problemática desde un punto de vista psicoanalítico, concluye que la toxicomanía se define como tal en la medida que el acto de consumo de sustancias se independiza del sujeto y se adscribe de lleno al plano de la biología. En palabras del autor, el ingreso de la sustancia al cuerpo provoca “un cambio en el funcionamiento real del organismo, por fuera del ámbito de lo simbólico y lo imaginario”; de esta manera, “habría que pensar este cambio como algo ajeno a la psique, que ocurre a nivel del organismo, con lo cual el sujeto se encuentra” (Lopez, 2007. p. 71). No se trataría entonces de un sujeto que requiera una intervención en el campo de la psique, cuya problemática adictiva refiera a algún componente afectivo o vital; se trata, en cambio, de una problemática que implica única y directamente del campo del cuerpo, entendido éste último a la manera del soma: “esto marcaría la diferencia con lo que ocurre en la respuesta inicial, no compulsiva, que podríamos considerar incluida de lleno en el ámbito del sujeto.... el plantear el paso final en el desarrollo de una adicción como un paso a nivel de lo biológico, ¿implica que el tratamiento debería estar también en este plano? En rigor, sí, si existiera una forma de actuar sobre el

organismo que permitiera modificar los procesos y estructuras que supuestamente han cambiado en el fenómeno de la adicción” (López, 2007. p. 72). Observamos que la discusión en torno a la condición subjetiva y deseante de aquel que padece una toxicomanía ha tomado ribetes extremos.

En la actualidad, sin embargo, se han discutido recientemente las dificultades que conlleva esta forma de comprensión del fenómeno, esta cosificación del adicto, destacando cómo esta discusión ha instalado una forma de comprensión de la problemática adictiva que eclipsa la particularidad del fenómeno mismo. Se estima que en el esfuerzo por acomodar las concepciones propias del estudio de otras manifestaciones de devenir psíquico, como son las estructuras de personalidad, culmina indeseablemente en el cuestionamiento de la condición deseante de aquel que presenta una toxicomanía (Del Solar, 2008; Romero, 2012), simplificando su padecer a un funcionamiento perverso, psicótico o somático.

Para finalizar nuestra revisión en torno al eje de las estructuras, diremos que en la actualidad, cuando se discute la toxicomanía en torno al desafío del diagnóstico estructural, se tiende a ubicar aquella preferentemente en el campo que se denomina, dependiendo la línea teórica: a-estructuraciones (Bergeret, 1996), funcionamientos límite (Green, 2005), clínica de lo extremo (Pommier, 2011), etc. Según la forma de conceptualizar estas categorías, evidentemente, se ponen en juego diversas comprensiones teóricas, dando mayor predominio a las orientaciones propias de sus escuelas de origen; sin embargo, la noción de lo límite como categoría conceptual es, coincidentemente en las diversas escuelas que abordan esta problemática, una noción que intenta ubicar la problemática estructural por fuera de las formas tradicionales de comprender el funcionamiento subjetivo, de manera tal de tender un puente de continuidad reflexiva entre fenómenos psicóticos, perversos y neuróticos. La categoría de lo límite, permite

pensar la continuidad de ciertas condiciones subjetivas y manifestaciones sintomáticas que han tendido a ser abordadas de forma discontinua en el campo de la distinción de la temática estructural, de manera más dialogante. Se ha planteado que la noción de lo límite responde a la necesidad de dar cuenta de ciertos funcionamientos psíquicos que no se atienen a la definición clásica de neurosis, psicosis y perversión, y que pese al polimorfismo de sus manifestaciones responde a una lógica interna de funcionamiento mental y económico del psiquismo (Green, 2005). Las diferentes escuelas coinciden en destacar el lugar de la configuración narcisística como aquel determinante en el campo de lo límite (Bergeret, 1996; Green, 2005).

Lo límite ha sido abordado bajo las nociones de la *clínica de lo extremo* (Pommier, 2011), la clínica de los *cuadros límite* (Green, 2005), el *arte de vivir en peligro* (Le Poulichet, 1996), etc. Todas coinciden en enfatizar primordialmente las vicisitudes del devenir subjetivo, las particularidades del padecer de cada quien y los cambios económicos y dinámicos que los sujetos deben afrontar para sobreponerse al dolor psíquico, para relevar el modo que adquiere tanto la economía psíquica como la satisfacción libidinal del sujeto en la particularidad de su historia y su devenir. Estas nociones coinciden igualmente en señalar la preminencia de una satisfacción por vía thanática, sea por vía del retorno a un estado libre de tensión (Green, 2005) como por el establecimiento de una forma de satisfacción que conlleva la intrincación irresoluta de la pulsión de vida con la de muerte (Pommier, 2011). Lo destacable de estas corrientes es que enfatizan el esfuerzo de sobrevivencia que articula la configuración límite, en tanto se trata de sujetos que buscan sobrevivir a estados padecientes de configuración narcisística, a dolores tempranos que han marcado su economía libidinal y que han dificultado la configuración de una vivencia unificada e integrada del yo.

Lo interesante de esta discusión para efectos de esta investigación, es que pese a que se niega la existencia de una estructura toxicómana, se esboza en el marco de esta última forma de comprensión de lo límite un tipo de dinámica y economía psíquica que tiende a interpretar la intoxicación como una forma de búsqueda de disminución del padecer psíquico y un esfuerzo por sobrevivencia subjetiva. Se trataría en general de sujetos con falencias en el plano simbólico, pero no ya pensados como sujetos que padecen una *miseria simbólica* (Korman, 1995), sino que sujetos que han atravesado experiencias primarias de tinte doloroso (por exceso o por ausencia) que por tanto se han vuelto imposibles de representar (Green, 2005); esto dejaría cierto campo de la experiencia por fuera de las huellas significantes (Le Poulichet, 2012), por fuera de la represión e instalaría una economía pulsional de tipo traumática (Le Poulichet, 1996). En estos casos, “el esbozo del Yo [Je] parece coincidir con una ruptura traumática, aún antes de que un “área de ilusión” pueda organizar una relación entre el niño y el mundo” (Le Poulichet, 1996. p. 40) Las falencias en la constitución narcisística de los sujetos con esta problemática, por lo tanto, tendrían directa relación con la experiencia del yo en su encuentro con los objetos (Le Poulichet, 2012; Green, 2005; Rosenfeld, 1976; Mayer, 2000).

1.7.- Discusión: Los postulados teóricos y sus consecuencias: el lugar del cuerpo, del objeto y del yo:

Los ejes antes mencionados bajo los cuales se ha pensado la problemática toxicómana (la lógica de la regresión, la del síntoma, en torno a la relación al objeto, la toxicomanía en torno a una comprensión ligada a un espacio y discurso social, y el eje de las estructuras de personalidad) constituyen las principales líneas de pensamiento mediante las cuales la teoría psicoanalítica ha planteado y discutido las problemáticas de las adicciones. Los mismos autores pasan de uno

a otro eje de discusión, de manera de poder abordar la problemática en todos sus matices, y planteando lo que consideran sería aquello que caracteriza mejor a la dinámica adictiva. De esta manera, de forma indirecta, los autores ponen de relieve dos puntos de inflexión que parece pertinente resaltar: el estatuto del yo en tanto un *yo cuerpo*, así como el carácter de la relación al objeto y su papel en la constitución narcisística.

Ya sea hablando de las formas de regresión, de la manera en que se articula la defensa, del discurso social que encarna el toxicómano, del funcionamiento estructural de aquel, de los vínculos predominantes en la infancia o de los traumas recibidos de las generaciones precedentes, los autores concluyen indirectamente, unos más que otros, que en la conformación narcisística del adicto, particularmente en lo que atañe a la vivencia del cuerpo de aquel, se configura el lugar esencial de la problemática toxicómana, el espacio de despliegue del padecer psíquico (Le Poulichet, 1990; Rosenfeld, 1976; Aulagnier, 1994; Green, 2005; Naparstek, 2008; Hachet, 2004; Mayer, 2000). De la misma manera, sus planteamientos remiten a la articulación de una economía libidinal que se establece como consecuencia de la tórpida relación al objeto, que genera a su vez una nueva dificultad en el establecimiento de una posible relación con el mundo mediada por la castración y la simbolización (Le Poulichet, 1990; Korman, 1990; Rosenfeld, 1976; Aulagnier, 1994; Green, 2005; Naparstek, 2008; Hachet, 2004; Tarrab, 2005; Mayer, 2000). En este sentido, se concluye que la problemática toxicómana atañe tanto a la configuración narcisítica del sujeto, implicando la problemática desde la vivencia erógena del cuerpo, así como la historia efectiva de las relaciones del sujeto con sus objetos.

La revisión de la literatura acerca de la toxicomanía revela el lugar preponderante que se ha dado al estatuto del cuerpo en su comprensión, ya sea desde la idea de placer autoerótico,

desde el concepto de goce, desde la comprensión de aquella como una predominancia de determinadas pulsiones parciales, desde la noción de precariedad simbólica, desde la lógica de una economía libidinal centrada en la pulsión de muerte, desde la pasión al objeto como objeto de necesidad, etc. Igualmente, el recorrido teórico reafirma nuestra idea acerca de la relevancia de pensar el cuerpo en el campo de las toxicomanías como un cuerpo erógeno, es decir, en concordancia indisoluble “con la investidura libidinal” (Green, A. 1990. p. 107). El yo se revela entonces, tal como desde siempre lo afirmó Freud, como un *yo cuerpo* (Freud, 1914), en la medida que no hay una elaboración subjetiva de sí que no pase por la experiencia libidinal, que no medie una economía de las pulsiones, que no asiente el modelo del cuerpo como base del psiquismo (Castoriadis Aulagnier, 2014).

Sin embargo, y pese a que siempre la discusión teórica vuelve al espacio del cuerpo y del Otro en esta problemática, vale la pena aclarar que el discurso predominante de las toxicomanías en psicoanálisis no toma ni al cuerpo ni la relación del objeto como el eje principal de su análisis, no teoriza mayormente acerca de él sino que concluye respecto de ambos, y lo hace en la medida que interpreta desde la relación del adicto a la sustancia la supuesta relación al cuerpo a y los objetos por parte de él. En otras palabras, las teorías acerca de la adicción en general tienden a reducir la dinámica subjetiva del toxicómano a la dinámica de uso de la sustancia; la relación a la sustancia hablaría de la relación del sujeto al mundo como a sí mismo. Por ejemplo, Rosenfeld (1976), plantea la existencia de un estado originario que denomina preoral caracterizado por las experiencias cutáneas y respiratorias primordialmente. La fijación a este estado sería lo determinante en la toxicomanía. Afirma el autor que es la introyección del calor corporal de la madre aquello que permitiría un vivenciar del cuerpo unificado en el modo de percibirse a sí mismo, y que en estos sujetos falla; en estos casos, dada la carente cercanía del

cuerpo de la madre en la satisfacción de la necesidad, se generaría una sensación corporal de vacío que se busca cubrir llenándose de objetos concretos, drogas. Para este autor, el punto crítico estaría en las experiencias iniciales de la vida, en la medida que la satisfacción de la necesidad en ese tiempo no se acompañaría de una experiencia libidinal por parte de la madre, lo cual haría primar en estos sujetos una vivencia preferentemente orgánica del cuerpo. En palabras del autor, “en las etapas más primitivas del desarrollo las partes de la personalidad se vivencian como si carecieran de una fuerza capaz de unir las, por lo cual resulta necesario asegurar su cohesión en una forma que se experimenta pasivamente mediante el funcionamiento de la piel que actúa como límite. La función de contener las partes del self depende inicialmente de la introyección de un objeto externo, el cual debe ser vivenciado a su vez como capaz de cumplir el papel” (Rosenfeld, 1976. p. 142- 143). Dado que esta condición erótica no se constituye cabalmente, para Rosenfeld la toxicomanía por el efecto en el cuerpo del uso de sustancias, permitiría al sujeto proveerse un cuerpo organizado y total, en contraposición a la desorganización corporal yóica que se vivencia. La toxicomanía engendra un “intento de recuperar las primitivas sensaciones de rubicundez y calor que da el contacto piel a piel con la madre...el drogadicto intenta lograr con ciertas drogas excitantes un aumento del ritmo respiratorio. Esto se halla correlacionado con fantasías mágicas de introyección del pecho inacabable-aire y con una expulsión simultánea de sus aspectos negativos en la aspiración. Se trata de un placer a través de la inhalación y la expulsión del aire con ritmo creciente. A través de este tipo de respiración se trata de reproducir un movimiento maniaco de pérdida, hambre y recuperación del objeto. Da al drogadicto la sensación de estar vivos el yo y los objetos internos, y no muertos” (Rosenfeld, 1976. p. 63).

Para Rosenfeld, como para otros autores, la relación al objeto y la constitución erógena se deduce de la forma que se establece el uso de la sustancia, y ello deriva rápidamente en una mítica vinculación compleja a la madre. Esto se transforma en un problema, pues se reduce la comprensión del sujeto y de la relación al objeto a la dinámica que se establece entre el sujeto y su droga, tendiendo a una interpretación que conduce casi de forma absoluta a una conflictiva establecida en el pasado mítico del inicio de la vida. Sabemos que la preponderancia de la madre en el origen de la vida es tal en la medida que ella encarna una función de otredad para el niño, otorga un discurso identificante y un espacio en su deseo (Aulagnier, 1994; Guyomard, 2013; Lacan, 1966b). Sin embargo, centrar la totalidad de la adicción en este eje resta importancia a la historicidad del sujeto, a su biografía en el tiempo, al devenir de su encuentro con otros objetos y con la misma madre a lo largo de la historia, se omiten o restan importancia a los matices que conlleva el encuentro con el padre real y sus efectos, se aborda escasamente la elaboración de los conflictos edípicos, los momentos diversos por los que evoluciona un sujeto para ubicarse como tal y elaborar sus defensas, etc. Sin desmerecer que muy probablemente todos estos postulados teóricos guarden mucho de razón, y han sido por lo demás inspiración para las preguntas de esta investigación, parece interesante abordar las problemáticas adictivas desde los puntos dejados más de lado por la teoría tradicional, tomado a la vez lo más relevante de la misma.

Pese a que se ha dado un estatuto relevante a la constitución narcisista del toxicómano y su relación al objeto, se puede plantear que no se ha otorgado suficiente importancia a la discusión en torno a la constitución erógena del sujeto, anclada a la vivencia efectiva de aquel. La biografía del sujeto, más allá de la separación inicial a la madre, es algo que requiere historicidad, justamente porque por el hecho de ser contada permita comprender esta

indiferenciación primera. La relación filial a los objetos fundamentales, sus consecuencias en la elaboración del complejo de Edipo, en la constitución de la imagen especular, en la introyección de lo femenino y lo masculino queda en un enigma que parece digno de resolver, dadas las manifestaciones clínicas de los pacientes adictos. En particular, no se ha elaborado en profundidad cómo los avatares de la relación a la madre y al padre determinan en el futuro toxicómano una forma particular de relación al cuerpo, la elaboración de una determinada imagen e identidad, una forma peculiar de simbolización en el campo del pensamiento, el peso en la transmisión de lo femenino y lo masculino. Todo ello se deja entrever mediante una interpretación de la relación del sujeto a la sustancia, sin abordar en el detalle de la relación a sus objetos.

En la actualidad, y desde otro enfoque teórico, Green (2005) señala que las fallas en la primera diferenciación con el objeto como en el proceso de libidinización del cuerpo, hacen que el sujeto toxicómano padezca de un cuerpo falto de calor, de un mundo interno vacío afectivamente y de un yo carente de consistencia y con serias dificultades en el campo de la simbolización, dificultándose la posibilidad de lidiar con sus fluctuaciones anímicas y angustias primitivas. Esta sería la razón, para el autor, por la cual las carencias en la constitución del yo se suelen referir por el toxicómano en un lenguaje propio al campo de lo corporal, aunque aluden sin embargo a un padecer psíquico y emocional (Green, 2005). Afirma Green que “la toxicomanía es una lucha contra lo que se podría llamar una frigidez narcisística, un sentimiento de miseria afectiva... pero esta revitalización es mortífera” (Green, 1998. p. 194). La vivencia narcisística de estos sujetos se caracterizaría por una “falta de cohesión, falta de unidad y, sobre todo, falta de coherencia” (Green, 1990. p. 113). Existe cierta variabilidad de las fronteras yoicas que no se percibe como un enriquecimiento de la experiencia sino más bien

“como una pérdida de control, como el último recurso defensivo frente a la implosión, la desintegración o la pérdida” (Green, 1990. p. 113). Se configura entonces el yo bajo el mecanismo constitutivo de la escisión; se instala una “desinversión radical que engendra estados anímicos en blanco sin componentes afectivos, sin dolor, sin sufrimiento [...] o sentimientos de no existencia y de irrealidad de imágenes del self y objeto [...] como defensa frente a la amenaza de la depresión primaria se establecen precipitadas y prematuras relaciones de objeto, y la adolescencia se prolonga desmedidamente. La imposibilidad de hacer duelo y tolerar sentimientos de culpa son rasgos sobresalientes responsables de actuaciones psicopáticas o de conductas de personalidad como si, de perversiones polimorfas, drogadicción y alcoholismo” (Green, 1990. pp. 114-115). Pese a que Green, acertadamente estima el campo de la afectividad como el plano donde se juega la problemática del adicto, nuevamente interpreta aquel despliegue de la afectividad y las conflictivas en el logro de manifestaciones más elaboradas del padecer psíquico, desde el vínculo primero y mítico con la madre. Para ser justos con el autor, él declara la incidencia de un padre ausente a la manera de un padre glacial en estos casos (Green, 2005), pero no profundiza mayormente en esto.

Quien más ha trabajado la problemática del cuerpo en el campo de las toxicomanías es Silvie Le Poulichet (1990; 1996; 2010). La autora señala que en las toxicomanías prima “el fracaso de una “ligazón” más estructurante: en realidad, la noción freudiana de efracción implica aquí una falta de anclaje del cuerpo a las cadenas significantes” (Le Poulichet, 1990. p. 58). En consecuencia, lo que la autora refiere como identificación toxicomaniaca, alude al “imperativo a tragar o inyectarse todos los días “un cuerpo extraño tóxico” para convertirse uno mismo en un cuerpo extraño. Al transformarse cada día en lo que incorporan, estos sujetos intentan elaborar un nuevo cuerpo que pueda arrancarlos de una dependencia mucho más radical que

la toxicomanía: ser aspirados en el espejismo de la Madre” (Le Poulichet, 1996. pp. 7). Se trata de sujetos cuyos cuerpos están librados a un desencadenamiento pulsional, una fractura de la relación con el Otro los ha dejado con el cuerpo al desnudo (Le Poulichet, 2012), por fuera de las cadenas significantes. La madre es aquí mucho más claramente esbozada como una función que como un objeto, lo que aclara bastante las cosas. La imposibilidad de separación simbólica impide la elaboración de un cuerpo erógeno a cabalidad. Las toxicomanías, por lo tanto, engendran mediante “la operación del farmakón una forma de subversión del modelo anatómico del cuerpo y una trasgresión de los límites de lo somático” (Le Poulichet, 2012. p. 39).

Se trata de una defensa que instala a la droga como un órgano alucinatorio que permite al sujeto ligar las excitaciones dando consistencia al yo, en un esfuerzo por elaborar el cuerpo pulsional, poniendo directamente en juego la investidura de las zonas corporales. La droga hace las veces de un miembro fantasma (Le Poulichet, 1990. p. 54) y la efectividad del tóxico surge en tanto “el farmakón parece prestar un cuerpo” (Le Poulichet, 1990. p. 53). Es por ello que “el tóxico se presenta en los discursos de los pacientes abstinentes como un órgano en suspensión” (Le Poulichet, 1990. p.60) y su queja se percibe como aquello que se desenvuelve en el límite de lo psíquico y lo somático. La efectividad del tóxico responde a que se establece una alteración de la economía libidinal, un pseudocircuito pulsional donde la sustancia pasa a hacer las veces de una parte del cuerpo; se trata aquí del esfuerzo por elaborar cierto tipo de “borde que permite cobrar un cuerpo, allí donde la experiencia de un puro desamparo, antes bien, dejaría librado el cuerpo a la invasión y la fragmentación” (Le Poulichet, 1996. p. 31).

A decir de la autora, “hay cuerpos precipitados tan precozmente en la urgencia de un goce devorador, que no tienen la “opción de la neurosis” ni del repliegue psicótico. Su principal

defensa consiste en la elaboración de un borde precario en el que puedan sostenerse: un reborde muy delgado que hay que volver a trazar cada día. Lo que aquí llamo “borde” representa un fragmento de realidad susceptible de investirse, que ancla la presencia del cuerpo en el mundo y organiza puntualmente la conjunción de un afuera y un adentro, así como la articulación de una plenitud y un vacío, y luego la de una presencia y una ausencia” (Le Poulichet, 1996. p. 30). Las toxicomanías se caracterizarían entonces por una fallida diferenciación con el Otro, que deja al sujeto tomado de una experiencia particular del cuerpo que le conduce a elaborar día a día un esfuerzo por acceder a una vivencia erógena del cuerpo. Este último punto parece esencial, pues da al estatuto del hacer, propio a la defensa, y de hacer en lo real, un lugar esencial en torno las posibles salidas terapéuticas que no pasen por el uso o desuso de la sustancia únicamente. La misma Le Poulichet enfatiza que el mecanismo de crear un borde capaz de sostener el narcisismo, nos invita a pensar en formas terapéuticas en que el sujeto pueda instalar pseudocircuitos pulsionales capaces de sostener el narcisismo que no le impliquen tanto costo psíquico; en entre estas formas de crear bordes se encuentra el arte, por ejemplo. Una forma fallida y padeciente es el uso de las drogas. La autora señala: “el modelado de nuevos bordes (por medio de la afirmación y la negación) tendría el poder de engendrar “moldes de realidad” [...] se trata de recrear en una dimensión metafórica “un modo interior del mundo exterior”” (Le Poulichet, 1996. p. 132)

Lo interesante de las diversas elaboraciones es que, por una parte, dan al estatuto del cuerpo un lugar fundamental en la comprensión de la problemática toxicómana, y particularmente tienden a poner en cuestión la condición erógena del cuerpo como la vivencia narcisística. Llama la atención, sin embargo, que los postulados siempre remiten a la alteración de la vivencia corporal y la economía pulsional teniendo primordialmente como eje comprensivo

el uso o desuso de la sustancia, sin profundizar mayormente en elementos que trascienden la problemática de la toxicomanía misma y que son centrales en la constitución psíquica. El principal objeto en el que se indaga la problemática del vínculo es la madre, pero remitiendo las fallas en la elaboración del vínculo a un tiempo mítico originario de la existencia. Las referencias a la madre, además, no siempre remiten a la introyección de ciertas funciones psíquicas en las cuales su presencia efectiva es determinante. En general, se tiende a hablar del pasado mítico del sujeto con su madre, en tanto objeto madre, dejando en segundo plano el devenir efectivo de cada sujeto a lo largo de su historia con su madre u otros sujetos relevantes en términos afectivos, así como el desarrollo de funciones psíquicas que tuvieran que ver con una posible historia de permanentes desencuentros. Esta experiencia fallida con el objeto se afirma pero no se profundiza en la cualidad que pueda tener, lo que parece importante indagar en la medida que aquello parece definitorio al momento del establecimiento de la toxicomanía como defensa.

En algunos casos, el salto desde el vínculo a la madre hasta la dinámica adictiva a juicio personal parece simplista y carente de detalles, falto de sutilezas históricas o recorridos clínicos que permitan comprender el peso de aquello en la elaboración de la defensa. Quien mejor lo aborda es le Poulichet, en la medida que da a la madre un lugar simbólico en el psiquismo, y Aulagnier, en la medida que aborda las fallas en el primer encuentro con el hijo como algo decisivo, y propone el rechazo como el afecto dominante.

Finalmente, el recorrido teórico antes expuesto permite afirmar que la toxicomanía ha sido pensada psicoanalíticamente en general como un fenómeno que no presenta mayores distinciones entre hombres y mujeres, a excepción de algunos autores más actuales (Tarrab, 2010; Guyomard, 2013), que dan algunos giños al respecto. En general, la toxicomanía es

planteada como un fenómeno que no tiene directa relación con el campo de las identificaciones, la toma de una posición sexuada, la resolución edípica, etc. Es más, la supuesta fallida constitución erógena del cuerpo no se describe a cabalidad, se da por supuesto que la falla simbólica abarca las diferentes dimensiones, pero se pierde la cualidad de la vivencia psíquica y erógena del cuerpo. Pareciera como si, dada la fijación oral, la fallida resolución del vínculo a la madre, etc, hubiese impedido pensar en el devenir del sujeto más allá de ese primer momento.

Pese a que Freud en 1887, como dijimos, afirma que “la masturbación es el único gran hábito que cabe designar «adicción primordial», y las otras adicciones sólo cobran vida como sustitutos y relevos de aquella (el alcoholismo, morfinismo, tabaquismo, etc)” (Freud, 1886-99. p. 97), la discusión acerca de la sexualidad a lo largo de la obra psicoanalítica en general no profundiza mayormente en la posición sexuada, la identidad sexual o la configuración fantasmática de aquel que presenta problemáticas de consumo de sustancias. La oralidad, el autoerotismo, el goce y la pulsión de muerte tomaron primordialmente la escena, señalando en términos generales que el placer del consumo suplanta el espacio del placer sexual (Freud, 1905). Las problemáticas de la identidad, de la identificación, el conflicto edípico y sus salidas posibles han quedado por fuera de la discusión. Sólo algunos autores más actuales plantean sugerencias al respecto. Estas ideas las abordaremos en el capítulo 2, problematización. Por ahora nos basta con señalar que han sido sus planteamientos, sus intuiciones y sugerencias teóricas, además de la experiencia clínica, los elementos que han guiado esta investigación. Nos parece que hay en la experiencia de hombres y mujeres una distinción que vale la pena investigar y que pese a que la toxicomania no responde a una única problemática estructural, hay vivencias que los sujetos adictos aparentemente comparten y las portan en sus cuerpos.

Capítulo 2. Problematización, Pregunta de investigación, objetivos, relevancia

2.1. Problematización:

Como hemos revisado hasta ahora, y pese a la importante profundización teórica en el campo de esta problemática y del énfasis en la condición y constitución del cuerpo erógeno que realiza la teoría psicoanalítica, es posible afirmar que no se plantea teóricamente que la toxicomanía se articule como una problemática que pudiese ser vivida de manera diversa entre hombre y mujeres. En términos generales, el pensamiento psicoanalítico aborda la toxicomanía como si se tratara de un fenómeno común a hombres y mujeres, que a su vez atañe a la condición erógena del cuerpo. Omite, sin embargo, que parte de la condición erógena remite a la condición sexuada del sujeto. A continuación veremos cómo ciertos autores esbozan, sugieren, ciertas diferencias en las toxicomanías de hombres y mujeres (Tarrab, 2005; Guyomard, 2013).

Por una parte, cuando se habla de la toxicomanía desde el eje de la pasión, se tiende a afirmar que la forma pasional de vinculación al objeto se asocia a un fenómeno que surge preferentemente en las mujeres; la vinculación particular de la mujer al primer objeto de amor, la madre, y la dificultad en la diferenciación entre ambas tendría consecuencias en la niña tanto en torno a la posibilidad de encarnar una posición sexuada femenina como en la posibilidad de encarnar una posición materna (Guyomard, 2013). Al respecto, Guyomard (2013) señala: “el sexo de la mujer, su identidad sexuada, sólo puede expresarse mediante las metáforas donde lo reprimido de la angustia de castración masculina encuentra su contabilidad: ¡más uno, menos uno!. Habría que decir que en todas las mujeres la melancolización opera como economía erotizante de la relación con una madre “imposible” para una hija “imposible” (de satisfacer) y como un proceso, vivido consciente o inconscientemente, que conduce a la castración edípica. La pregunta fundamental de este proceso se refiere a la constitución de la

madre como objeto que permita la separación y la diferenciación; pero es también, bajo esta forma dolorosa de melancolización, la pregunta que circunscribe el enigma del estatuto de lo femenino de una mujer [...] ese primer vínculo, a condición también de que sea un encuentro, inscribe para una hija la memoria de un femenino reconocido y narcisizante. La ausencia de ese vínculo, así como la dificultad de crearlo para una madre con su hija muy pequeña, implica otros obstáculos que ponen en riesgo para esta su identidad y su futuro de mujer” (Guyomard, 2013. p. 64- 73).

De esta manera, tanto la cualidad de la relación a ese primer objeto Otro como las dificultades en la separación de aquel afectarían la constitución subjetiva de la mujer, en su ser sexuado como en la posibilidad de jugar un rol en la cadena de filiación. Todo aquello daría cuenta de un funcionamiento tal que deriva en un padecimiento psíquico diverso propio al campo de lo femenino y que se evidencia en la clínica en las dificultades en torno a encarnar una posición materna, en la dificultad para tomar una posición sexual y sexuada femenina, etc. Sin embargo, y es lo que concita nuestro interés, Guyomard afirma que esta forma de vinculación al primer objeto de amor y la dificultad en la separación entre ambos, lo que ella llama el vínculo, sería también propio al campo de las adicciones, tanto de hombres como de mujeres; la autora señala: “A veces este vínculo puede transformarse en resistencia a la relación de objeto, como lo dan a entender ciertos sufrimientos vinculados a la adicción” (Guyomard, 2013 p. 38).

Queda la inquietud entonces si se trata sólo de la adicción propiamente femenina, de la adicción a las drogas u otro tipo de adicción, y si en el caso de lo masculino existe algo de esa misma naturaleza: una indiferenciación a la madre y una dificultad en la transmisión de lo masculino. Si esto fuera así, no queda claro cómo en el caso del hombre, en los distintos ámbitos de su subjetividad, aquello afectaría la constitución del cuerpo erógeno, la posibilidad

de encarnar una posición sexual, filial, etc. La autora no ahonda en aquello pues esta inquietud sobrepasa los objetivos de su interés; su objetivo es abordar el campo de lo femenino. Sin embargo, conceptualiza la adicción y lo femenino desde un vértice común, en la medida que, hablando de lo femenino deriva en la adicción. Señala que la separación entre la niña y la madre manifiesta la necesidad de una transformación que conlleva una pérdida del placer y a veces esta seducción se vuelve no destetable; al respecto reitera: se trata de una “seducción no destetable que está en el centro de la problemática de la adicción” (Guyomard, 2013. p. 43). Y luego afirma: se trata de una “posición de sujeción que se encuentra en ciertos vínculos de adicción [...] encontramos la huella de lo imperativo de este goce en toda modalidad adictiva; goce que amarra la adicción al vínculo primero de lo pulsional, que no puede transformarse por el destete psíquico” (Guyomard, 2013. p. 56-58).

Es evidente cómo esta forma de abordar la problemática adictiva abre varias interrogantes si nos acercamos con esa perspectiva al campo de las toxicomanías, pues justamente éstas han tendido a ser pensadas de forma uniforme, sin diferencias entre hombres y mujeres, dentro del psicoanálisis. Y sin embargo, Guyomard (2013) habla de la especificidad de lo femenino desde lo adictivo.

En la misma línea, Aulagnier (1994) ubica las toxicomanías dentro de lo que ella denomina *pasión*, relación al objeto que justamente se caracteriza porque aquel tiene la cualidad de ser una prótesis psíquica que permite al sujeto sobrevivir. Se trata de un objeto que se torna necesario para el sujeto, en tanto encarna para aquel la posición de Otro fundamental. El concepto de relación pasional de Aulagnier muestra varias similitudes con la noción de vínculo de Guyomard, pues ambas responden a las vicisitudes de los primeros encuentros con el objeto originario, ambas remiten al proceso fallido de diferenciación entre el infante y la madre y

ambos conllevan la dificultad para el sujeto de posicionarse en un lugar de deseo. Sin embargo, a diferencia de Guyomard, Aulagnier (1994) al hablar de la relación pasional, profundiza directamente en las toxicomanías, pero no sugiere en este campo una diferencia entre hombres y mujeres. Lo pasional sería para ella propio de las adicciones, sin embargo, no pone en el tapete cómo ello toma un cariz especial en la mujer y el hombre, omitiendo las divergencias identificatorias y los matices de la conflictiva edípica en que difieren hombres y mujeres para devenir tales.

Otro autor que esboza cierta diferencia entre las toxicomanías de hombres y mujeres es Mauricio Tarrab (2005). Así, aunque sin profundizar mayormente en las particularidades de esta diferencia, el autor afirma: "Para el toxicómano hombre (si se puede decir así) la droga no es un síntoma. La droga es para él un estrago y debería conseguirse un síntoma, es decir, hacer de una mujer su síntoma. Es decir que un análisis debería hacerlo afrontar ese pasaje que le permite a un varón, hacer del horror de la castración femenina una causa de su deseo. Para el toxicómano mujer (si se puede decir así) la droga es también un estrago como puede serlo un hombre o la madre. Un análisis debiera permitirle que un significante del Otro tome el relevo del goce por la vía del amor, del amor transferencial. En la vía de obtener un saber sobre eso que la hace propensa a no tener límites. Eso debería darle la chance de enlazarse a un partenaire que no la arrase, un partenaire que pueda respetar su disparidad. Salidas de la toxicomanía: una del lado del deseo- en el varón; otra del lado del amor al saber- del lado de la mujer-." (Tarrab, 2005. p. 64).

El autor afirma entonces una diferencia que implica para hombres y mujeres una dificultad en la primera diferenciación con la madre, y que los hace tomar vértices distintos en la lógica del consumo. Sin embargo, señala que para los hombres se ve mayormente implicada la

posibilidad de tomar una posición de sujeto de deseo y, en el caso de las mujeres, se trataría en cambio de su condición natural a no tener límites, y de cómo aquello la predispone a una vinculación al objeto donde es arrasada por aquel en su subjetividad. De alguna manera, lo que el autor enfatiza en ambos casos tiene directa relación con la configuración psíquica del sujeto y su relación al objeto, sin embargo, propone aquello con ciertos matices según la diferencia de los sexos. Lamentablemente, y pese a que afirma esta diferencia, no profundiza mayormente en el tema.

La pregunta se torna entonces atingente: ¿este tipo de vinculación al primer objeto madre, estructurante para el sujeto, es propia de las problemáticas adictivas en hombres y mujeres?; y si lo adictivo lleva la impronta de esta primera vinculación a la madre, ¿Cómo difieren entonces hombres y mujeres toxicómanos en torno a su problemática adictiva y la constitución narcisística y erótica del yo cuerpo?; ¿qué lugar juegan las problemáticas identificatorias, edípicas y vinculares en este tema?

Pareciera que Guyomard (2013), Aulagnier, (1994) en concordancia a Tarrab (2005), comprenden que algo de la dinámica adictiva, y en particular la problemática toxicómana, se liga fuertemente a esta primera vinculación materna. Sin embargo, Guyomard (2013) asocia aquello con importantes consecuencias no sólo en el plano de la relación a la sustancia, sino que afectaría a la mujer al momento de encarnar una posición femenina y materna, además de afectar a la relación de objeto que aquella tiende a establecer. Tarrab (2005), en cambio, los diferencia en torno a su relación al síntoma y al amor, según sea el caso. Entonces: ¿son diferentes las problemáticas adictivas en hombres y mujeres?.

De la información recabada, podemos afirmar que en términos generales los planteamientos psicoanalíticos tanto en torno al campo de lo masculino como de lo femenino no profundizan

en las posibles diferencias que pudiera haber en la dinámica de la toxicomanía. Mucho menos detallan las diferencias entre ambos respecto de la vivencia narcisística, de la forma en que se encarna el cuerpo, la manera en que viven el placer y el padecer, la relación al cuerpo como cuerpo sexual y sexuado, la posibilidad representacional, el campo de la economía psíquica, etc. en hombres y mujeres. Sin embargo, estas diferencias se esbozan, se sugieren.

Las explicaciones teóricas propias al campo de la teorización de la toxicomanía sostienen en términos generales una explicación común para el fenómeno, sin señalar más que esbozos de ciertas diferencias entre hombres y mujeres. Coinciden los postulados teóricos psicoanalíticos en afirmar que la toxicomanía se juega en el campo de lo corporal, poniendo en primer lugar el campo del cuerpo erógeno y libidinal, su dinamismo, su economía, la constitución narcisística que conlleva tanto en términos de imagen como de funcionamiento del sujeto, sin plantear, aunque pareciera evidente, que aquello se articule de manera diversa entre hombres y mujeres, dada su diversa relación y posición respecto del primer objeto materno. Al respecto, no deja de llamar la atención que fuera del psicoanálisis, estudios propios a la perspectiva de género afirmen con convicción que la adicción femenina cuenta con una “internacionalmente reconocida especificidad” (Asistencial, A.I.D.C. 2007), así como que en la actualidad se sustentan a nivel nacional tratamientos de rehabilitación diferenciados entre hombres y mujeres. Vale la pena mencionar la abundante existencia de investigaciones actuales acerca de problemáticas propiamente femeninas en el campo de la adicción, sin pensar en su contrario, el espacio de la masculinidad (Cifuentes, 2014).

Entonces, vale la pena pensar desde una perspectiva psicoanalítica:

¿Cómo son los discursos de hombres y mujeres toxicómanos en torno al yo/cuerpo?

Vale la pena rescatar las realidades del cuerpo que con asertividad ha destacado la perspectiva de género, pero desde una comprensión psicodinámica del mismo y pensándola respecto de los dos sexos, teniendo en mente que el cuerpo no es más que la más importante manifestación del yo y asidero del yo. Planteamos los discursos con respecto al cuerpo pues ha sido el mismo pensamiento analítico aquel que ha tendido a pensar primordialmente el fenómeno de la toxicomanía desde una dificultad en la constitución subjetiva producto de la problemática en la primera separación con el Otro primordial, la madre, y tomamos entonces la noción freudiana de yo como un yo primordialmente corporal para poder acceder a estas dificultades desde los discursos de los entrevistados.

De esta manera, tanto realidades del cuerpo femenino como del masculino podrán ser pensadas desde otro cariz, un cariz complementario a la perspectiva de género, pero fundamentalmente psicoanalítico. El ejercicio de la vida sexual, la edad fértil, el ciclo reproductivo, el control de la natalidad, la responsabilidad por el cuidado de los niños, traumas producto de abuso físico y sexual vividos en la infancia y/o adolescencia, etc. (Assistencial, A.I.D.C., 2007) podrán abordarse en hombres y mujeres desde la sutileza de sus diferencias, no sólo en el plano descriptivo sino que profundizando en la cualidad del devenir psíquico que los diferencia, en el campo subjetivo. La biografía efectiva de los entrevistados con sus padres y sus madres, entonces, surge como campo de interés, en el entendido que un sujeto se constituye tal en la medida que se ubica en la cadena de las generaciones que le preceden y le heredan un discurso que acoge (Kaes et al, 1993).

Todo esto cobra relevancia pues los tratamientos a nivel nacional en la actualidad se caracterizan por tener, por una parte, diferencias en las intervenciones entre hombres y mujeres basadas en prevalencias y estadísticas, más que en una elaboración teórica que

permita comprender el fenómeno como un fenómeno psíquicamente diferente. Por otra parte, es un aporte al pensamiento psicoanalítico poder abordar ideas que se han esbozado únicamente y que sin embargo aparentan esconder gran riqueza clínica. Algo de lo femenino se pone en juego en la adicción, que por su naturaleza sexuada deberá tener efectos diversos en hombres y mujeres. Por todo aquello la siguiente investigación se propone abordar los discursos de hombres y mujeres toxicómanos, con la finalidad de comprender el devenir en la subjetivación psíquica y corporal que sucede en sujetos que consumen sustancias y padecen por aquello.

Para efectos de esta investigación se trabajará con la noción de cuerpo erógeno, propia al psicoanálisis, en tanto aquella plantea la existencia de un cuerpo que adquiere el carácter de cuerpo propio y asidero del yo en la medida que se atraviesa un proceso psíquico. La condición biológica y social del mismo será pensada como un elemento más de la constitución subjetiva del cuerpo. Se afirma que la toxicomanía revela una forma de relación al mundo que trasciende el uso de la sustancia, pero que se manifiesta mediante su uso, y que responde tanto a una forma particular de relación al objeto como a una economía psíquica particular del sujeto, y no únicamente a los efectos que la droga conlleva sobre el cuerpo y el psiquismo. Finalmente, se propone que aquello puede ser distinto en hombres y mujeres, respondiendo justamente al devenir historiográfico, y a la variación en la subjetivación psíquica, corporal y sexual propia a esta diferencia.

Igualmente, se plantea que la toxicomanía tiene estricta relación con la constitución del sujeto en tanto ser erógeno, es decir, en tanto yo-cuerpo y justamente con la relación que logra establecer éste, a partir de ahí, con sus objetos. Siguiendo los postulados de Le Poulichet (1990), Pommier, (2011), Aulagnier (1994) Guyomard (2013) y Green (2005a) pensaremos la

toxicomanía desde una concepción ampliada de lo adictivo, tomando el concepto de pasión en Aulagnier (1994) y de vínculo en Guyomard (2013). Suponemos entonces que el uso de la droga revela una forma de relación al objeto, pero no sólo eso, sino que además la relación al objeto imprime el sello que tome el acercamiento a la sustancia y la ligazón al tóxico. La especificidad del fenómeno toxicómano será también pensada desde los planteamientos de Le Poulichet (1990; 2010), quien afirma que la toxicomanía se articula como una defensa narcisística producto de un cambio en la economía pulsional, asociada a la historia libidinal del sujeto y su devenir con los objetos primarios, que afecta tanto a la vivencia narcisística del yo, la economía psíquica, la vivencia del cuerpo y la relación libidinal a los objetos, articulando posiblemente con éstos últimos una relación indiferenciada, justamente por las dificultades en la diferenciación con el objeto. La autora, en concordancia a Aulagnier (1994), afirma que la droga hace las veces de una muleta narcisística, un soporte para el yo, y que el dolor de la abstinencia no es sino la manifestación de la vivencia de mutilación que aparece en torno al cuerpo en tanto representante del yo (Le Poulichet, 1990). Todo aquello hará primar como forma de satisfacción la búsqueda de la reducción total de las tensiones por sobre la lógica libidinal, instalando una tensión entre pulsión de vida y de muerte (Pommier, 2011). Se establece entonces que, como una defensa narcisística, la toxicomanía tiende a la libre descarga así como articula un esfuerzo por reconstituir la relación al objeto (Green, 2005; Pommier, 2011) y un esfuerzo del sujeto por sobrevivir (Pommier, 2011; Le Poulichet, 1990). Finalmente, planteamos la posibilidad que todo este proceso tome matices diversos entre hombres y mujeres, justamente porque se han esbozado teóricamente diferencias en torno a aquello.

En este sentido, nos parece relevante señalar que se establecen como ejes a indagar en torno al cuerpo erógeno aquellos que refieren tanto al experimentar mismo del cuerpo (placer/dolor, cuerpo sexual/cuerpo sexuado, etc.), como en aquellos que no son generalmente considerados como fenómenos corporales, pero que bajo este enfoque teórico también lo son y de manera muy importante: la relación del sujeto al objeto, la cualidad del pensamiento, cualidad del afecto, el cuerpo como un cuerpo filial, la vivencia en continuidad temporal del yo, etc. En este sentido, concebimos el yo/cuerpo en esta multiplicidad de dimensiones.

Finalmente, para efectos de esta investigación, hablaremos muchas veces de la toxicomanía como la problemática a ser abordada; sin embargo, es de suma relevancia enfatizar algunos puntos al respecto que nacen de este recorrido por la obra psicoanalítica. En primer lugar, la necesaria aclaración que siempre la problemática de la toxicomanía responderá a la particularidad de un sujeto y, en esa medida, se tratará siempre de las toxicomanías en plural y no de La toxicomanía como única entidad nosográfica (Le Poulichet, 2012; Naparstek, 2008; Melman et al, 1995). Reconocemos que en el campo de las adicciones no se trata nunca de un fenómeno unívoco o estructural que defina o determine el tipo de vínculo del sujeto a la sustancia, sino que se trata aquí de las diversas y siempre únicas relaciones que cada sujeto en la particularidad de su historia y su ser establece con la sustancia que consume.

Daremos por entendido, además, que la relación a la o las drogas en las toxicomanías da cuenta de un cierto padecer subjetivo por parte de quien hace uso de las sustancias de manera “adictiva”. El uso de las sustancias dará cuenta de una dinámica y economía psíquica particular, y en la medida de aquello es que buscamos comprenderla. Nos interesa abordar la condición subjetiva que encierra el carácter de toxicidad más allá de la sustancia, y en su particularidad entre hombres y mujeres (Le Poulichet, 2010). Reconocemos a su vez que innegablemente el

consumo conlleva igualmente placer para aquel que consume, pero hablamos de toxicomanías cuando el padecer en la relación a la droga, la compulsión al consumo y sus efectos toma un lugar protagónico (Naparstek, 2008), cuando el dispositivo toxicómano cumple una función psíquica y justamente por aquello el sujeto no puede cesar de replicarlo una y otra vez (Le Poulichet, 2010). En esta medida, suponemos que el consumo deja de responder a la recreación y al objetivo único de la obtención pasajera de placer. Finalmente, recordamos que en el escrito “La sexualidad en la etiología de las neurosis” (1898) Freud afirma que “el masturbador suele recaer, a cada contingencia desazonadora, en la satisfacción que le resulta cómoda” (Freud, 1898. p.268); en este sentido, reiteramos entonces, con Freud, “que la cura de abstinencia, válida a su vez para la abstinencia de sustancias, no será exitosa si el médico se limita a abolir la masturbación (o sustraer la sustancia narcótica), desconociendo la fuente de la cual nace la imperativa necesidad de aquella” (Soto, C. 2011. p. 150). Planteamos entonces que en la problemática toxicómana, pese a tratarse de la ingesta de sustancias por parte del sujeto, el acento no debe estar puesto en los efectos del químico que genera la sustancia en el organismo, sino que en indagar en aspectos del relato y de la experiencia personal que den cuenta de la economía y dinámica psíquica del sujeto toxicómano, para de esta manera intentar comprender cómo en la particularidad de cada psiquismo el sujeto, mediante el uso de sustancias, busca sostenerse psíquicamente y cómo los elementos de la experiencia de consumo causan ciertas formas de placer y displacer.

2.2.- Pregunta de investigación:

Es posible que exista entre hombres y mujeres una diferencia significativa en las vicisitudes de la subjetivación del cuerpo que permita distinguir una especificidad del padecer psíquico que conduce al establecimiento de la toxicomanía.

Entonces: ¿Cómo son los discursos acerca del yo/cuerpo en hombres y mujeres toxicómanos?.

2.3.- Objetivos:

Objetivo general: Comprender los discursos de hombres y mujeres que cursan una toxicomanía respecto del yo/cuerpo

Objetivos específicos:

a.- Identificar y analizar los diferentes aspectos del discurso respecto del yo/cuerpo de las mujeres toxicómanas en el marco del padecer psíquico propio al establecimiento de esta defensa.

b.- Identificar y analizar los diferentes aspectos del discurso respecto del yo/cuerpo de hombres toxicómanos en el marco del padecer psíquico propio al establecimiento de esta defensa.

c.- Analizar y discutir las diferencias entre los discursos de hombres y mujeres, infiriendo posibles dinámicas subjetivas propias a cada grupo.

d.- Analizar y discutir los resultados en torno a los elementos teóricos que sustentan esta investigación.

Para efectos de esta investigación, entenderemos por *yo/cuerpo* la ya señalada noción de cuerpo erógeno, es decir, el cuerpo será pensado como la encarnación misma de un proceso psíquico, que toma a su vez el modelo del cuerpo orgánico para articularse y que a la vez está

fuertemente anclado a las primeras experiencias de satisfacción y displacer, y a un Otro que ocupa en el origen del psiquismo el lugar maternante (Green, 2010; Castoriadis Aulagnier, 1994). Igualmente, entendemos que el cuerpo orgánico es un elemento más de la configuración narcisística y que es la pulsión aquello que articula el devenir psíquico/orgánico del sujeto.

De esta manera, la noción de yo/cuerpo incluye los discursos en torno a la imagen e identidad, discursos en torno a la relación al objeto, discursos que revelan la forma de descarga del aparato psíquico (posibilidad simbólica del campo de pensamientos y sensaciones), discursos en torno a la vivencia en continuidad/discontinuidad a través del tiempo.

2.4. Relevancia:

La relevancia de este estudio radica en la posibilidad de brindar una comprensión del fenómeno que permita contribuir al pensamiento psicoanalítico acerca del padecer psíquico que conlleva esta forma de defensa, así como acerca de las posibilidades terapéuticas que se abren a partir de esta nueva perspectiva.

Igualmente, los resultados de esta investigación pueden complementar las perspectivas actuales de tratamiento en otras áreas de la psicología, como las perspectivas biomédicas y de género, para acceder mediante los tratamientos de rehabilitación a las diferencias entre hombres y mujeres de manera cabal, otorgando un alivio al padecer psíquico que no sea únicamente transitorio o centrado en el manejo de factores externos, sino que permita un profundo cambio subjetivo, que permita un cambio real en torno a las formas de ser y padecer, dando espacio a la historicidad efectiva de los sujetos y a sus procesos de devenir sujetos sexuados y sexuales.

Capítulo 3: Marco teórico, el yo cuerpo

3.1. Del Otro, del yo y del cuerpo:

A continuación abordaremos algunos postulados teóricos que nos permitan posteriormente comprender e interpretar los dichos de los entrevistados respecto de la condición erótica de su cuerpo en los diversos ejes. Primeramente, abordaremos la noción de cuerpo erótico para comprender a cabalidad a que nos referimos con ello, para pasar luego a profundizar cada uno de los ejes que se consideran esenciales en el mismo. Así, la identidad, la imagen, las sensaciones aparecen como ámbitos eminentemente corporales, pero veremos también como el espacio representacional y la vivencia del tiempo son parte también de la constitución erótica del sujeto.

3.1.1. Del cuerpo erótico y el yo: la preponderancia del plano económico en el campo de la (in)satisfacción:

Resaltando el estatuto del cuerpo como algo que trasciende la condición orgánica del mismo, pero que está fuertemente anclado en aquel, la perspectiva psicoanalítica ha establecido el concepto de pulsión como eje principal para entender lo que denomina cuerpo erótico. El psicoanálisis postula una concepción de cuerpo distinta del cuerpo biológico, que permite tal vez una comprensión más integral del fenómeno adictivo (Freud, 2007; Castoriadis Aulagnier, 2010; Kristeva, J., Mannoni, O., Ortiguez, E., Schineider, M. & Haag, G., 1994; Green, 2005a; Guyomard, 2013; Mayer, 2000; Rosenfeld, 1976).

Señala Freud, en 1915, que la pulsión aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un “representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo

anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1914-16. p. 121-122). Desde sus inicios, el psicoanálisis traza un distingo y una articulación entre lo somático, la entidad biológica, y el cuerpo erógeno, que se relaciona en concordancia “con la investidura libidinal” (Green, 1990. p. 107). La pulsión es el representante psíquico de la economía del cuerpo, se trata de una fuerza constante que insiste desde el interior del mismo (Freud, 2007). La pulsión, entonces, como resultado de la elaboración psíquica de la necesidad, conserva la potencia de lo propiamente biológico, la inmediatez de la necesidad; por otra parte, implica la articulación de una moción subjetiva simbólica que permitirá al sujeto la tramitación de la necesidad del cuerpo en el campo de la satisfacción y del placer, haciendo justamente que el sujeto acceda al campo de la demanda y el deseo. De esta manera, se construye el cuerpo como cuerpo propio en un único proceso, junto a la psiquis, en una articulación dinámica que tendrá por resultado la vivencia del yo en sus diferentes dimensiones.

En este camino, desde el inicio de la vida, el sujeto instalará un circuito de satisfacción en torno a las experiencias de placer y displacer, donde el cuerpo se tornará erógeno gracias a que cada zona particular de su biología por la cual accede a una forma de placer, marcará una vía y una forma de satisfacción privilegiada para él, predilecta, personal, subjetiva e íntima, lo que le permitirá transformar su cuerpo biológico y universal en un cuerpo propio y libidinal, erógeno, pulsional, personal y único. La primera experiencia de satisfacción resulta esencial en tanto desde Freud sabemos que marca una forma de satisfacción a la que el psiquismo tenderá a retornar una y otra vez; sabido es también que no se trata de una única y sola mítica experiencia, sino que la reiteración y sistematicidad de las experiencias tempranas de satisfacción y dolor marcarán este camino de constitución del cuerpo erógeno, de la economía psíquica y del yo (Aceituno, 2010).

Como vemos, el cuerpo adquiere el carácter de asidero del yo únicamente en la medida que atraviesa un proceso psíquico sostenido por el Otro fundamental; es decir, el cuerpo humano se constituye como tal porque la libido, en tanto representante psíquico del devenir orgánico, da al sujeto la posibilidad de erogenizar partes del cuerpo y formas de satisfacción así como la facultad de constituirse como sujeto atravesado por el deseo y no por el instinto, todo aquello mediado por la relación al Otro: al deseo del Otro, a los cuidados del Otro, etc. El sujeto construye con su cuerpo entonces la primera experiencia de sí mismo, así como con posterioridad la imagen que lo representara como tal: *yo*.

Podemos afirmar de esta manera, que el cuerpo se vuelve humano en su anclaje con la psique, pero igualmente el psiquismo se configura como tal desde el formato que brinda la dinámica de la necesidad corporal. Tal como afirma Aulagnier (2010), en el origen del aparato psíquico el modelo que encuentra la psique para articularse y funcionar de manera coherente será el modelo del cuerpo. La actividad de representación en sus inicios utilizará un “pictograma que ignora la “imagen de palabra” y posee como material exclusivo la “imagen de cosa corporal”” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 16). La actividad de representación secundaria, fruto de esos significados que vivimos como consensuados y compartidos, se constituirá en el sujeto sólo porque en los inicios de la vida y de la constitución del aparato psíquico se instala una base de funcionamiento cuya posibilidad de representación hace equivalente el procesamiento psíquico al trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica (Castoriadis Aulagnier, 2010). A partir de ahí será la experiencia corporal guiada por el principio del placer aquello que permitirá la constitución tanto del aparato psíquico como de la configuración del yo.

De esta manera, las experiencias tempranas serán definitorias en la vivencia del cuerpo propio y del yo, así como también en la forma en que se posicionará el sujeto en torno al objeto de satisfacción y, posteriormente, de deseo. Como es posible vislumbrar, el objeto sólo existirá como tal para el sujeto en la medida que participa de este proceso; tal como señala Green (2005) enfatizamos “con Piera Aulagnier, el rol del par objeto-zona complementaria” (Green, 2005. p. 97).

Cuerpo y mente están fuertemente entrelazados en su configuración, siendo finalmente indisolubles. El yo no es más que eso, una mente que se reconoce en un cuerpo y un cuerpo que se vive bajo las formas de simbolización que logra el psiquismo. El cuerpo humano entonces implica un cuerpo cargado de afecto, un cuerpo libidinal y el sujeto sólo puede pensar y sentir bajo esos códigos. Tal como afirma Zuckerfeld y Zonis (2016): “El nivel de significado se corresponde con la noción de “cuerpo erógeno” e incluye el conjunto de representaciones inconscientes asociadas a otros vínculos intersubjetivos y a las vicisitudes del deseo.... Esto nos permite plantear la complejidad que implica...la existencia de un “cuerpo mentalizado” y la de una “mente corporizada”” (Zuckerfeld y Zonis, 2016. p. 58).

El cuerpo, tal como lo plantea Doltó (1986), se constituye como cuerpo propio pero también como imagen personal. De esta manera, el cuerpo toma un doble estatuto inconsciente: pulsional y simbólico. La autora define a la imagen inconsciente del cuerpo como “la síntesis viva de nuestras experiencias emocionales: interhumanas, repetitivamente vividas a través de las sensaciones erógenas electivas, arcaicas o actuales. Se la puede considerar como la encarnación simbólica inconsciente del sujeto deseante y ello, antes inclusive de que el individuo en cuestión sea capaz de designarse por el pronombre personal “Yo” [Je], antes de que sea capaz de decir “Yo” [Je]. Lo que quiero hacer entender es que el sujeto inconsciente

deseante en la relación con el cuerpo existe ya desde la concepción. La imagen del cuerpo es a cada momento memoria inconsciente de toda la vivencia relacional, y al mismo tiempo es actual, viva, se halla en situación dinámica, a la vez narcisística e interrelacional: camufable o actualizable en la relación aquí y ahora, mediante cualquier expresión fundada en el lenguaje, dibujo, modelado, invención musical, plástica, como igualmente mímica y gestual” (Doltó, 1986. p. 21). Como veremos, el estatuto erógeno del cuerpo está fuertemente interrelacionado a la condición simbólica del mismo, a su economía y dinámica, producto de la manera en que el sujeto logra posicionarse respecto del Otro fundamental. El sujeto encarna un cuerpo erógeno permanentemente, cuyas fallas posibles de simbolización aparecerán en las diversas esferas del yo una y otra vez.

3.1.2. Del encuentro entre el Otro fundamental y la pulsión: el *yo cuerpo*

La relación a los padres, y en particular a la madre, ha sido caracterizada por la corriente psicoanalítica como la base de la constitución psíquica. El psiquismo se articula en su dinamismo y economía en torno al encuentro con un Otro, lugar que ocupan aquellos objetos fundamentales. La madre no es sólo un objeto más para el psiquismo, sino que ocupa un estatuto de Otredad cuyo efecto impacta bajo diversas modalidades, siendo entonces fundamentales las vicisitudes y avatares que ha tomado en la historia de cada quien el encuentro efectivo con este Otro fundamental.

El funcionamiento psíquico responde, por una parte, a la introyección de una relación, de una vinculación erógena, que a su vez permite la elaboración psíquica de diversas funciones subjetivas. El encuentro real y sostenido del sujeto con su objeto primordial en este sentido es definitorio (Castoriadis Aulagnier, 2014; Aulagnier, 2010; Green, 2005; Doltó, 1986). La

introyección remite tanto al encuentro con el objeto, como a la manera en que ese encuentro, al ser (o no) sostenido y libidinal, afectará la configuración psíquica de todo sujeto (Tisseron et al, 1995).

Así, la constitución del sujeto en su condición erógena y pulsional es igualmente impensable sin el objeto. Tal como nos lo recuerda Green, “el concepto de pulsión no es pensable sin el objeto. La prueba reside en que el objeto es parte del montaje pulsional” (Green, 2010. p. 70). La economía psíquica está en directa concordancia con la satisfacción que otorga el objeto, especialmente en lo que concierne a los inicios de la configuración del aparato psíquico, pues en aquel momento la relación al objeto es definitoria en la medida que permite al sujeto, mediante las experiencias de satisfacción e insatisfacción, establecer una economía psíquica que logra (o no) hacer imperar la pulsión de vida como forma predominante de satisfacción. La pulsión es una fuente interna que empuja a investir un objeto “con una esperanza de satisfacción [...] Se puede agregar que la satisfacción mata dos pájaros de un tiro, al obtener como resultado la incorporación de lo que provee el objeto y, por transferencia metonímica y metafórica, del objeto en sí [...] Ella explica la mutación que permite pasar del empuje de un cuerpo en busca de lo que le falta al de un proceso de creación, de una incorporación objetual y de una apropiación subjetiva” (Green, 2010. p. 49- 51).

Los conceptos de introyección y pulsión revelan cómo aquel objeto que se ubica en esa posición de Otredad, aparentemente exterior al aparato psíquico, es en realidad determinante para el funcionamiento, economía y estructuración de aquel: “el afuera, para la estructuración psíquica, no es solamente la realidad sino, en su seno, al simbolizarla y significarla, lo que se designa en psicoanálisis como objeto, de hecho remite al otro sujeto. El objeto, entonces, se halla en un doble lugar: pertenece a su vez al espacio interno de los dos pisos, consciente e

inconsciente, y está presente también en el espacio externo como objeto, como otro, como sujeto” (Green, 2010. p. 38).

De esta manera, la configuración narcisística es resultado no sólo de los montos pulsionales que empujan al encuentro con el objeto, sino que justamente este encuentro afecta la forma en que se constituye el espacio psíquico, el yo, el deseo, el sujeto y la pulsión misma. Sabido es que una primera forma de narcisismo se establece en torno al carácter económico de la tramitación libidinal, que se construye a su vez en torno a la relación al Otro mediante las experiencias de satisfacción e insatisfacción (Castoriadis Aulagnier, 2010; Green, 2010; Le Poulichet, 1990). La pulsión, de esta manera, nunca prescinde del objeto; el objeto es el revelador de la pulsión: “Si no hubiera falta de objeto, no sabríamos que la pulsión existe [...] A la inversa, yo diría que no hay objeto, cualquiera que sea, que no esté investido y animado por las pulsiones y, más aún, habitado él mismo por sus propias pulsiones” (Green, 2010. p. 45). Así, “toda representación, indisolublemente, es representación del objeto y representación de la instancia que lo representa, y toda representación en la que la instancia se reconoce representación de su modo de percibir al objeto” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 25). Es decir, el esquema relacional característico de todo infans en el camino de su constitución narcisística responde a un esquema libidinal, en la medida que tanto su constitución yoica y pulsional responde a la relación al objeto, y el objeto se constituye para aquel como tal en torno a la satisfacción que el sujeto obtiene de aquel.

El encuentro con el objeto es definitorio para la constitución psíquica, pero en la medida que se trata de un encuentro que interpela a una reacción activa por parte del sujeto. No se trata que el sujeto pasivamente recibe lo que le es entregado, pues “no existe jamás una trasmisión ni una recepción pasiva de un cuerpo extraño procedente de una generación anterior” (Tisseron

et al, 1995. p. 12). En palabras de Green, “las relaciones entre objeto y pulsión son tales que el objeto es preconcebido, proyectado, representado, construido mientras que la pulsión es activada, dinámica, autoorganizada [...] la construcción del objeto lleva retroactivamente a la construcción de la pulsión que construye al objeto. La construcción del objeto no se concibe sino a partir de que es investido por la pulsión. Sin embargo, cuando el objeto se ha construido en la psique, esto conduce a la construcción de la pulsión a posteriori” (Green, 2010. p. 52). De esta manera, “se comprende inmediatamente la conexión entre la dimensión interna de lo psíquico y el vínculo de alteridad que entabla el sujeto con el objeto [...] los efectos producidos por el otro semejante han marcado con su sello los orígenes de su organización mental” (Green, 2010. p. 56); “el resultado de esta evolución no suprime las etapas precedentes y lleva al sujeto a vivir en la paradoja de la escisión entre objeto subjetivo y objeto objetivamente percibido (Winnicott)” (Green, 2010. p. 71).

Entenderemos que la configuración subjetiva conlleva no sólo las características biológicas de su cuerpo, sino que configuran la vivencia de su corporalidad y de su identidad bajo la lógica del encuentro con este objeto/Otro. A su vez, el encuentro con este Otro fundamental interpela al infante a una toma de posición activa. Por este motivo, entenderemos por objeto/Otro no sólo una exterioridad, sino un espacio vincular que conlleva una fuerte investidura pulsional por parte del sujeto, que lo implica y que ha incidido en su devenir, pues suscita tanto la pulsión como el deseo y, de esta manera, le ha determinado en su configuración psíquica. El objeto es para el sujeto también pulsional y en los inicios de la constitución del aparato psíquico no se vivencia como separado del sujeto. El poder del objeto en la constitución del psiquismo pasa entonces porque “al comienzo de la vida, el infante leerá sus experiencias de placer y displacer como producto de su propia creación, pues aún no

configura la posibilidad de separación sujeto/objeto. Luego, al establecer esta diferenciación, interpretará sus experiencias como efecto del deseo de Otro sobre él, para pasar finalmente, por la adquisición del lenguaje, a configurar el proceso secundario guiado por el principio de realidad. Consecuencia de aquello es que será procesable como elemento del proceso secundario únicamente lo que en primera instancia fue concebible en un funcionamiento más arcaico, en el modelo que hace la psiquis bajo la lógica del cuerpo en una relación simbiótica con el objeto” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 43). El proceso de pensamiento secundario, es decir, el pensamiento “racional”, “consensual”, depende directamente de la constitución psíquica temprana y se fundamenta en el modelo del funcionamiento corporal y de la relación primordial con el objeto de satisfacción; la lógica del deseo así como la posibilidad de simbolizar dependerán de este encuentro.

Lejos de ser posible una relación objetiva entre un sujeto con su objeto, vemos que el estatuto del objeto es determinado por la pulsión y viceversa. El objeto es el revelador de la pulsión, pues como vimos la activación pulsional es lo que llama al objeto a la existencia, y será a consecuencia de las inadaptaciones forzosas a las demandas pulsionales que el sujeto adquirirá conciencia de su separación con el objeto. A su vez, el objeto al entrar en relación con la actividad pulsional, la transforma (Green, 2010. p. 71), permitiendo el desarrollo de ciertas funciones psíquicas. Dada entonces la contingencia de esta Otredad, existe la posibilidad que el objeto, en tanto objeto pulsional, sea incapaz de otorgar al sujeto la posibilidad de desarrollar la capacidad de separarse de aquel.

Puesto que en los inicios de la vida el sujeto no puede percibir la distinción entre él y su objeto, separarse del objeto es en realidad un logro psíquico. La prematuración biológica hace al infante dependiente de la madre, no sólo en términos de sobrevivencia orgánica sino que

también psíquica. La posibilidad de elaborar una psique, un yo y un cuerpo propio, “requiere como condición que al trabajo de la psique del infans se le añada la función de prótesis de la psique de la madre, prótesis que consideramos comparable al pecho, en cuanto extensión del cuerpo propio” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 37-38). Es decir, el logro de la constitución psíquica como única y personal, del cuerpo y del narcisismo, son únicamente posibles porque auxilia a este ser vulnerable y desvalido el Otro fundamental que constituye la madre: “la primera representación que la psique se forja de sí misma como actividad representante se realizará a través de la puesta en relación de los efectos originados en su doble encuentro con el cuerpo y con las producciones de la psique materna” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 31).

Afirmamos entonces que la función materna es esencial, pues permite la simbolización del cuerpo del sujeto en tanto impone una significación al mundo externo e interno del niño, lo acoge en un discurso plagado de identificaciones y proyecciones, se presta como objeto erótico, otorga o no placer ligado a la satisfacción de la necesidad, etc. La madre encarna un proceso secundario accesorio para el hijo mientras éste carece de aquella posibilidad de tramitación psíquica. Además, la madre, “a través de este discurso que dirige a y sobre el infans, se forja una representación ideica de este último, con la que se identifica desde un comienzo el “ser” del infans definitivamente percluido de su conocimiento” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 34). Se trata aquí de una acción necesaria, tributo que la actividad psíquica paga para preparar el acceso a un modo de organización que se realizará a expensas del placer y en beneficio de la constitución futura llamada yo.

Resaltamos el lugar de la madre pues en tanto objeto primordial tiene la capacidad de incidir fuertemente en la organización, estructuración y economía del sujeto en tanto yo cuerpo, yo consciente e inconsciente, yo plagado de identificaciones, yo pensante, etc. Sabemos que no se

trata de la única relación de objeto determinante, pero en términos generales, la forma, intensidad y cualidad que toma sistemáticamente esta primera vinculación y satisfacción es determinante para el establecimiento de la economía psíquica, ya que determinará la posición que tomará el sujeto en torno a la relación a otros objetos libidinales en el futuro. Si falla la posibilidad de diferenciarse de este objeto primordial, de este Otro, se verán alteradas las distintas áreas del yo: la economía de descarga libidinal, la posibilidad de representar las experiencias y los vínculos, el campo de las identificaciones, la posibilidad de tomar una posición sexuada, ubicarse en la cadena de filiación correspondiente, etc. La madre es también la primera que da lugar a la ley paterna como ley tercera que regula el intercambio libidinal entre los sujetos (Guyomard, 2013).

La ritmicidad y sistematicidad de las experiencias de placer y displacer en el encuentro con los primeros objetos, tiene para el niño un carácter fundamental. Sabido es que para el psiquismo no se trata de una única, sola y mítica experiencia de satisfacción, sino que la reiteración y sistematicidad de las experiencias tempranas de satisfacción, insatisfacción y dolor marcarán el camino de la constitución del cuerpo, de la economía psíquica, de la relación a los objetos y de la configuración narcisística (Aceituno, 2010). Así, es posible apreciar cómo “el objeto es, por su esencia, desconocido y polisémico, despierta el deseo, es inaccesible; el contacto con él es a la vez imposible, prohibido (al menos en la situación analítica); siempre está huyendo y, al mismo tiempo que se expone, se esconde” (Green, 2010. p. 52); sin embargo, e irónicamente, siempre “encontrar un objeto es reencontrarlo” en cierta medida (Green, 2010. p. 43).

La importancia del objeto fundamental en la constitución del cuerpo erógeno y del yo se muestra entonces con tanta relevancia como el eje pulsional. La noción de objeto-zona complementaria de Aulagnier (2010), en este sentido, es reveladora pues describe cómo en la

relación objetal puede distinguirse tanto la constitución narcisística del sujeto que inviste, como el estatuto de los objetos a los que es posible investir; cada relación al objeto reitera y renueva una y otra vez una forma de satisfacción ligada a un estado originario del psiquismo. Así, la dimensión corporal como la psíquica se constituirán de forma entrelazada auxiliadas siempre por el Otro materno y su función maternante. El cuerpo se torna erógeno en tanto el intercambio con el Otro que satisface la necesidad es libidinal, el Otro materno marcará el cuerpo del infante con su dinámica inconsciente, permitiéndole (o no) el acceso al campo de la demanda y el deseo.

El Otro materno es quien puede hacer que la experiencia de satisfacción se torne una experiencia libidinal, pues esta no sólo implica placer directo al cuerpo sino que por sobre todo el acceso a una función simbolizante de sí mismo y el mundo. Asimismo, aquel que encarna la función de madre es quien puede brindar de forma sostenida en el tiempo las experiencias de satisfacción suficientes y necesarias, para que el infante introyecte el placer como la forma primordial de satisfacción del aparato psíquico, e instale una economía psíquica centrada predominantemente en la satisfacción por vía del placer y por vía de la ligadura, es decir, de la representación.

Por su parte, ambos padres ponen en juego en torno a su hijo su existencia no sólo en tanto funciones psíquicas, sino que en el ir y venir de los cuidados al infante se despliegan los significantes que han marcado su lugar y que otorgan un espacio al hijo: “la historia como memoria inconsciente [es] transmitida de una generación a otra y producida retroactivamente a partir de las exigencias del presente” (Aceituno, 2013. p. 107). Los cuidados encarnan la posibilidad de trasmisión, es decir, “de la inscripción simbólica de una historia reprimida

(Aceituno, 2013. p. 108), que a su vez implica necesariamente marcar “una diferencia entre generaciones” (Aceituno, 2013. p. 108).

Los padres se prestan como tales en su función simbólica, continente y de terceridad, pero también en este camino otorgan o no referentes simbólicos que permitan al hijo constituirse como parte de una cadena de generaciones, como parte de un linaje, receptores de una herencia que podrán recibir para transformar (Kaes et al, 1993). En este sentido, toda transmisión alude a una posición activa del sujeto que recibe y revela, a su vez, que lo importante en el encuentro con el objeto no es un único encuentro, sino que “el ir y venir, el recorrido, la oscilación; en suma, la dinámica que los reúne” (Green, 2010. p. 40).

3.1.3. El yo cuerpo:

Se nos revela claramente entonces cómo el yo es, tal como lo destaca Freud, esencialmente corporal (Freud, 1914-1916). El yo compromete tanto al cuerpo erotizado como a la imagen especular, a la pulsión como a las identificaciones, en una dinámica que ha sido histórica y definida por un tránsito del sujeto en un camino de satisfacción e insatisfacción, de placer y displacer, donde las experiencias tempranas son definitorias así como también lo es el discurso y cuidados maternos y paternos. El yo define sus límites en torno al cuerpo, se reconoce o no en él, su padecimiento encuentra en él un asidero real y a veces a la inversa, el padecer del cuerpo genera un dolor psíquico. El yo, sede del sujeto, al ser por esencia corporal, manifestará las fallas en su constitución en un padecer psíquico fuertemente intrincado a la relación al cuerpo, ya sea en el campo de la imagen corporal, de las vivencias y sensaciones de placer y dolor, en el plano de las identificaciones, en el campo de la sexualidad, de la posición sexuada, en la relación del sujeto al objeto y/o en el campo de la economía libidinal, es decir, en todo

aquello que constituye la vivencia basal del sujeto. También de manera importante, lo hará en el espacio representacional, pues representar su devenir y su relación al mundo es una condición erógena (Aulagnier, 1994). Finalmente, también lo es la condición filial, es decir, la posibilidad de ser parte o no de la cadena de filiación que se nace y, con ello, la constitución de la subjetividad como un devenir en el tiempo (Tisseron et al, 1995; Kaes et al, 1993).

Cuerpo y psique logran entonces articularse de manera tal que el cuerpo será vivenciado, en el mejor de los casos, de forma integral y total, en continuidad y concordancia, coincidiendo generalmente con lo que el yo definirá y vivirá como propio. En el mejor de los casos, el yo se definirá por su imagen, por su cuerpo, reprimiendo la vivencia primaria del cuerpo de desintegración. En casos donde no se ha logrado la posibilidad de representar todas las experiencias vividas pues no ha primado el placer como experiencia erógena basal, fallará la capacidad representacional del mundo y de sí mismo, evidentemente en concordancia con la vivencia del cuerpo: el yo se instalará entonces con vacíos, carecerá de concordancia y coherencia, irrumpirá el cuerpo biológico fuera del campo simbólico, en lo real, haciendo padecer al sujeto de sí mismo. En estos casos, además, la economía libidinal no logrará imponer la lógica de la ligadura por sobre la de la simple descarga como única forma de satisfacción del aparato psíquico. El psiquismo, que generalmente busca velar por un estado de ausencia de tensión, por carecer de las experiencias tempranas que de forma sistemática le brinden satisfacción mediante la ligadura y catexis, buscará entonces también cierto tipo de satisfacción bajo la lógica de la desinvertidura total, entrando en una permanente tensión y conflicto entre las pulsiones. Sucederán entonces en el sujeto “desbordes psíquicos” (Green, 2005), es decir, experiencias imposibles de ser tramitadas mediante el pensamiento. El sujeto entonces padecerá de sí mismo.

Tal como nos lo recuerda Doltó, “no es sino en la imagen del cuerpo, soporte del narcisismo, que el tiempo se cruza con el espacio y que el pasado inconsciente resuena en la relación presente. En el tiempo actual sigue repitiéndose en filigrana algo de una relación de un tiempo pasado. La libido se moviliza en la relación actual, pero puede resultar despertada por ella, resuscitada, una imagen relacional arcaica que había quedado reprimida y entonces retorna [...] La imagen del cuerpo es siempre inconsciente y está constituida por la articulación dinámica de una imagen de base, una imagen funcional, y una imagen de las zonas erógenas donde se expresa la tensión de las pulsiones” (Doltó, 1986. p. 21-22).

El yo es entonces, tal como lo destaca Freud, esencialmente corporal (Freud, 1914-1916), y aquí lo corporal compromete al pensamiento, a la sexualidad, la relación al objeto, la afectividad, la posición filial, etc. Diremos además que el yo es producto del encuentro del cuerpo pulsional con el Otro, aquel que puede brindar satisfacción, frustración, dolor e insatisfacción. En palabras de Zuckerfeld y Zonis (2016): “este criterio de enraizamiento nos permite sostener la existencia de una “mente corporizada” descrita por Damasio (1994/2008) cuando escribe que “el cuerpo proporciona un contenido que es parte y envoltorio de las actividades de la mente normal” (p. 261) seguido de que “no se puede concebir la mente sin algún tipo de encarnación” (p. 269). Aquí es preciso señalar que en función de la complejidad antes mencionada, las modificaciones de funciones biológicas [...] afectan los funcionamientos psíquicos [...] además, planteamos que junto a esta mente corporizada, existe un “cuerpo mentalizado” cuya expresión prínceps- la histeria de conversión- permitió el descubrimiento freudiano de la represión y del inconsciente” (Zuckerfeld y Zonis, 2016, p. 59).

3.2. El campo de lo erógeno: los distintos ejes del yo cuerpo:

Como hemos visto hasta ahora, el *yo cuerpo* encarna lo que el sujeto ha elaborado del encuentro entre su cuerpo pulsional y el mundo, en particular en torno a la vinculación al Otro fundamental. De este encuentro sostenido, el sujeto escoge una forma de responder a las vivencias con sus objetos, establece una forma particular de economía libidinal y a partir de aquello elaborará los espacios subjetivos, deseante, fantasmático, representacional, relacional e inconsciente. La vivencia narcisística, entonces, se ancla en una economía y dinámica inconsciente que se revelan en los diversos ámbitos del acontecer subjetivo: pensamiento, vivencia erógena del cuerpo, relación a la propia imagen, simbolización de la experiencia, etc.

Como vimos en el capítulo anterior, cuando el sujeto está impedido de encontrar vías de ligadura que responda a la primacía del principio del placer, generará vías de satisfacción padecientes donde prime la pulsión de muerte. Revisaremos entonces los ejes fundamentales de la constitución narcisística del sujeto para llegar a las manifestaciones de padecer psíquico en cada una de estas áreas: la constitución del sujeto como sujeto de deseo, la elaboración de la imagen y la identificación como forma de introyección de ciertas funciones psíquicas, la representabilidad y sus carencias en el campo de la acción, el pensamiento y el acto, la elaboración de una posición sexuada y filial, etc.

3.2.1. Del Sujeto de Deseo, la relación al objeto y su expresión fallida, la pasión:

El deseo del hombre, tal como afirma Lacan, es el deseo del Otro (Lacan, 1962-1963), es decir, cada sujeto sólo puede elaborar su condición deseante en torno al deseo de un Otro fundamental; este Otro le otorgará un lugar en su deseo y mediante esta vía el sujeto podrá (o no) constituir el suyo propio para desprenderse de aquel.

Ser reconocido en un lugar de sujeto deseante por Otro se torna aquí fundamental y en este sentido, constituirse como sujeto deseante va fuertemente ligado a la posibilidad de hacer imperar en el campo de la economía psíquica el principio de placer. Cuando el encuentro entre el sujeto y el Otro es preferentemente placentero, a tiempo y centrado en la satisfacción subjetiva por sobre la satisfacción de la necesidad corporal, el infante logrará instalar cabalmente la posibilidad de satisfacción erótica sostenida como una expectativa futura, lo que permitirá hacer primar la posibilidad de ligadura por sobre la desligadura (Aulagnier, 2010), al proyectar en el tiempo la posibilidad de “reunificación entre el representante y el objeto representado como forma de satisfacción” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 29). En este sentido, la relación al Otro permite al infante la elaboración de la propia condición deseante, tanto en torno a las satisfacciones libidinales obtenidas como al reconocimiento de la condición deseante del niño. Sólo la vivencia sostenida de esta experiencia permitirá la separación psíquica del Otro fundamental y de manera concomitante, la constitución de un espacio psíquico y corporal que podrá reconocer posteriormente y de forma sostenida como “yo”.

En este sentido, en el campo del deseo, la relación al objeto se caracteriza por “el fin de la omnipotencia simbiótica. El objeto ya no es aquel con el cual la comunicación se establece en una armonía perfecta [...] la diferencia se ha instalado y obliga al sujeto a enfrentar la incompreensión” (Green, 2010. p. 134). El deseo surge por la pérdida del primer objeto y es por ello que no puede nunca más tener un único objeto de satisfacción; el deseo circula entonces entre los objetos. Consecuencia de esto es que todo objeto carece de la posibilidad de satisfacción total para el sujeto, y surge realmente aquello que denominamos yo (Aulagnier, 1994). Sólo así el deseo no claudica en su satisfacción, sino que en cada satisfacción se relanza en busca de una nueva satisfacción (Lacan, 1958-1959). A su vez, el objeto se torna para

siempre enigmático para el sujeto (Green, 2010), accede a un estatuto que aparece como un enigma para él.

Bajo la predominancia de la pulsión de vida, la satisfacción encuentra lugar mediante ligaduras y representaciones y se articula la posibilidad de encontrar satisfacción en variados objetos. Sin embargo, si el infante no ha tenido experiencias de placer que le permitan hacer primar la ligadura por sobre la desligadura en su economía psíquica, no podrá visualizar el futuro en torno al placer, ya que no tiene experiencias suficientes para esperar un encuentro satisfactorio con el objeto (Aulagnier, 1994). Sus experiencias son fallidas, frustrantes, de dolor. En este contexto, suceden dos fenómenos: por una parte, se instala como forma predominante de satisfacción “el deseo de un no deseo [...] el propósito del deseo será la desaparición de todo objeto que pueda suscitarlo” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 29). Esta forma de economía psíquica protege al aparato psíquico frente al sufrimiento. Por otra parte, cuando ha habido experiencias de satisfacción pero éstas no han sido suficientes para sostenerla como expectativa futura, el sujeto se aferrará a este primer objeto de satisfacción, a este primer Otro, porque pese a su irregularidad promete cierta posible cuota de placer. Esta condición priva al sujeto de hacer circular su deseo entre otros objetos (Aulagnier, 1994). Esto es lo que se ha definido como *relación pasional*.

La *relación pasional* se caracteriza porque en aquella “el objeto se ha convertido para el yo de otro en la fuente exclusiva de todo placer, y ha sido desplazado por él hacia el registro de las necesidades” (Aulagnier, 1994. p. 202); así, se busca en cada nuevo encuentro el retorno del objeto primordial, pues se niega la separación cabal con él. El objeto se ha vuelto necesario en vez de deseable, en la medida que la sobrevivencia psíquica del sujeto depende de él. A la vez,

el sujeto en un afán de protección frente al sufrimiento, niega el deseo por todo objeto, instalando la primacía de la pulsión de muerte en el campo de la economía psíquica.

La intensidad de la primera vinculación madre-hijo hace de esta primera forma de relación un factor determinante para el psiquismo. Ya hemos visto cómo, “si tomamos como punto de partida la demanda, que se ejerce por intermedio de la activación pulsional, el modo en que el objeto habrá respondido a esta demanda contribuirá a la estructuración primitiva organizadora” (Green, 2010. p. 47). Es por ello que para todo sujeto la “separación psíquica y corporal de la madre implica un proceso complejo, lento y doloroso de vaivén” (Udler Cromberg, 2001. p. 85). La pérdida de goce será el precio a pagar para la posibilidad misma de elaborar la capacidad de representación, es decir, aquí lo que se pone en juego es la posibilidad de acceder a una condición psíquica representancia. Por esta primera separación, a su vez, se constituirá el “objeto como objeto perdido, objeto de deseo y no de satisfacción” (Guyomard, 2013. p. 48). El goce cede entonces lugar al deseo por variados objetos.

Como vemos, el estado pasional transforma el objeto de placer en objeto de necesidad, excluyendo la posibilidad de una relación compartida y recíproca con él: “El yo se piensa como teniendo el poder de ofrecer placer al objeto, pero como careciendo del poder de ser para ese objeto fuente de sufrimiento [...] el yo atribuye al yo del otro un poder de placer exclusivo [...] este otro satisface a *eros*- durante el placer sexualizado que pueden producir los momentos de encuentro o durante el placer de la espera - y a *thánatos*, puesto que ese mismo otro lleva efectivamente en sí el riesgo de muerte y a veces de asesinato (dos riesgos equivalentes en ese caso en cuanto a los posibles resultados para el sujeto mismo)” (Aulagnier, 1994. p.208-209). Se trata de una forma de relación muy distinta a la posición deseante y se caracteriza

particularmente porque “su aspecto erótico no es reconocido por quien la experimenta” (Green, 2010. p. 190) y se atribuye a este Otro el lugar del placer.

Así, la pasión al objeto “se adivina aquí únicamente por la huella de la decepción, la espera vana de un milagro que, por la propia naturaleza mágica de la satisfacción esperada, dispensa al sujeto de formular un deseo cuyos orígenes históricos se esfuerza en confundir, negándose a reconocer las inscripciones que estos han dejado hasta en su cuerpo” (Green, 2010. p. 190). Lo que se instalará en torno al objeto pasional “no es un proceso de duelo con deseos de reparación, sino la acentuación del desamparo que confirma que el mundo (el objeto) es malo, cruel [...] En definitiva, es el sujeto el que no le reconoce al objeto el derecho de ser diferente y siente a cambio el desamparo de no ser él mismo reconocido [...] la regresión fusional no ha desaparecido completamente; puede subsistir en formas de «nichos» psíquicos. Esta denominación es tanto más apropiada en la medida en que concierne al acondicionamiento de espacios de soledad donde, una vez más, el sujeto tiene la impresión de escapar de la acción de objetos siempre decepcionantes” (Green, 201. p. 135).

La *pasión* da cuenta, por lo tanto, de la imposibilidad de simbolizar la separación entre sujeto y objeto, en la medida que el objeto se ha tornado para el sujeto la única posibilidad de satisfacción posible. Se trata de un sujeto que se aferra al objeto que lo daña en la medida que, aunque sea de forma irregular, otorga cierta cuota de placer. Este objeto de carácter único sostiene en realidad la posibilidad sobrevivencia psíquica.

En los casos que la separación con el objeto no logra representación posible y la economía psíquica se ha articulado en torno a su negación, la evidencia de la separación implicará siempre una experiencia de desgarro psíquico (Aulagnier, 1994), una amputación narcisística

(Le Poulichet, 1990), una melancolía (Freud, 1914). El sujeto entonces se pierde en el Otro, pero en realidad es sólo que nunca se constituyó de forma separada a aquel.

Aulagnier (1994) describe como característicos del tipo de elección pasional de objeto, la relación del toxicómano con el objeto droga, la relación del jugador al juego y cierto tipo de relación de pareja (Aulagnier, 1994. p. 202). Guyomard (2013), por su parte, señala que es en el campo de lo femenino donde surge preferentemente el tipo de vinculación pasional, que ella denomina vínculo, y esto por los avatares que implica en particular la separación de la mujer a la madre. Sería la transmisión de lo femenino en tanto trasmisión de lo mismo y diferente a la vez, el punto nodal que facilitaría la indiferenciación entre la niña y su madre, por una dificultad materna de poder distinguirse de la femineidad de su hija. Así, la vinculación pasional tomaría lugar en particular en el campo de la relación a los hijos, incidiendo fuertemente en la posibilidad de transmitir (Guyomard, 2013). Para Green, por su parte, la vinculación pasional es propia de los estados límite: “cuanto más nos acercamos a los casos límite, tanto más el objeto que encontramos en esa dirección es un objeto no sustituible, indispensable, irremplazable, necesario para la supervivencia del individuo” (Green, 2010, p. 98); “el complemento de esa renegación de la existencia del objeto es la confusión de las identidades con él” (Green, 2010. p. 134).

Es relevante mencionar que efectivamente algunos autores han relacionado este tipo de relación al objeto con las toxicomanías, y son justamente estos postulados los que guían la presente investigación. Los postulados de Guyomard acerca de la problemática pasional en el campo de lo femenino, así como las ideas de Aulagnier acerca de la relación pasional al objeto en las adicciones son fuentes de inspiración para las ideas que se exponen en esta investigación. En los capítulos siguientes veremos cómo se ha problematizado este punto en

torno a la diferencia de los sexos. Antes de adentrarnos en eso, veremos el campo de la identificación y la imagen.

3.2.2. Identificación e imagen: la función de la mirada y la constitución de la imagen de sí:

Constituirse como sujeto de deseo pasa, en todo ser humano, por la posibilidad de encontrar un lugar en el deseo de aquel que ocupa el lugar del Otro. Por una parte, “el yo es otro” (Lacan, 2003) en la medida que la vivencia del cuerpo unificado surge del encuentro gozoso del sujeto con su imagen especular, externa a sí mismo, y toma como primera experiencia unificada de sí la imagen que devuelve el espejo. Lacan denomina estadio del espejo (Lacan, 2003) a este proceso, proceso que debe ser mediado por el júbilo de la mirada materna, que sostiene al infante en el reconocimiento. Sin este reconocimiento del Otro, el sujeto no puede reconocerse en la imagen proyectada de su cuerpo. Pero también, el yo es otro en la medida que “el garante del deseo del Otro como su sostén imaginario es lo que siempre escribí como $\$ \langle \rangle$ a [...] el fantasma donde yace, aunque velada, la función del yo” (Lacan, 1968-1969. p. 93). Es decir, el yo no es sólo el yo del narcisismo, sino que por sobre todo el yo da cuenta de una condición simbólica, está anclado a la pregunta por el deseo. Lo que Freud interpreta como fijación libidinal, es para Lacan significantes orales, anales que luego de pasar por el Otro, restan modos de satisfacción asociados a determinada zona erógena (Castro, 2011). En otras palabras, algo de la pulsión es imposible de articular mediante palabras, quedando en la vivencia del cuerpo.

De alguna manera, en su relación al Otro, el sujeto del inconsciente no se identifica ni con un objeto ni con un atributo de intencionalidad, sino que primordialmente con una respuesta; “es por ello que siempre remite a la puesta en escena de una relación y, en primer lugar, a la

relación fantaseada que existe entre el deseo de la madre y el placer del niño. La representación de esta relación implica la acción psíquica que se define por el término «introyección». Introyección que presupone, por parte de la psique, la percepción en la escena exterior de la presencia de un «signo» interpretado como prueba de la presencia del Otro y como manifestación de su deseo de dar o de negar el placer [...] esta primera dialectización simétrica que la psique forja de la relación «placer del sujeto-deseo del Otro» explica por qué toda representación del deseo implica la introyección de la respuesta que se supone dará el Otro” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 81 - 82).

El proceso de constitución de la imagen corporal y del yo, implica al sujeto en un movimiento de identificación que concierne no a un rasgo corporal de otro sujeto o a un elemento externo, sino que a una respuesta del Otro, que lo compromete corporalmente. Llamaremos identificaciones, entonces, al producto de “una serie de argumentos en los que se ponen en escena las relaciones que la psique experimenta en su encuentro con los objetos que catectiza, relaciones mediante las que ella se figura las situaciones, fuente, para ella, de placer o de displacer” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 83). La constitución imaginaria de sí remite entonces a la posibilidad de tomar un lugar simbólico en torno al deseo del Otro, la identidad, y que responde al mecanismo de la introyección.

La posibilidad de generar una imagen coherente y unificada de sí mismo así como de introyectar atributos de los objetos investidos, tiene directa relación con las vivencias placenteras al inicio de la vida psíquica y orgánica, entendiendo como placer las representaciones asociadas a encuentros entre el cuerpo y el objeto de satisfacción, y al displacer como la disyunción y el desfase de ese encuentro. Entonces, la posibilidad que el sujeto se reconozca en la imagen que Otro le devuelve, pasa porque aquel reconocimiento sea

producto de una experiencia de encuentro libidinal entre el sujeto, sensaciones de por medio, y la mirada del Otro. Solo así podrá posteriormente el sujeto apropiarse de esta imagen como algo propio. En este sentido, la nominación enunciada por la madre acerca del cuerpo del hijo es fundamental. “El acceso a una imagen unificada del cuerpo se logra, pues, a través de lo que el niño escucha en el discurso materno que habla de su cuerpo” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 253). Es el discurso de la madre en su totalidad aquello que tiene una función identificante para el infans (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 139), particularmente porque se trata de un discurso cargado libidinalmente, por la madre como por el niño.

El discurso materno tiene un efecto irradiante y totalizante a nivel pulsional en el infante. Sólo por esta posibilidad, de concebirse uno mismo tanto en la imagen como en el discurso, es que el goce del cuerpo unificado reemplaza al placer de las zonas erógenas, “promesa de un placer diferido que permite, a posteriori, dar un nuevo sentido a las pruebas vividas, a la espera aceptada, al displacer más frecuente que el placer; experiencia futura de una posibilidad del cuerpo y de un poder del Yo que deben seguir siendo los lugares en los que el goce es posible” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 253). Por ello, si en el discurso materno acerca del cuerpo del hijo “llega a faltar una palabra que nombre una función y una zona erógena e, igualmente, si esta palabra existe pero se niega a reconocer que ella es para el niño, y para el portavoz, fuente de placer, esta función y este placer pueden llegar a faltar en el cuerpo a secas” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 254).

Este discurso Otro articula entonces un espacio de identificación para el infante que torna posible tanto la simbolización del afecto mediante representaciones diferentes y variadas, como el despliegue erógeno del cuerpo. Es evidente entonces cómo para la constitución del cuerpo unificado, es necesario que el discurso de la madre nombre lo que acontece a nivel

sensorial en el cuerpo del hijo y que esta nominación se acompañe con un signo que dé cuenta del placer que siente al reconocer lo que producen las funciones parciales del infante. El placer materno es una condición indispensable para que el niño elabore su cuerpo como un espacio unificado, de manera tal que los placeres parciales se integren en una imagen y vivencia única. A su vez, por ser la vivencia emocional también producto de un proceso identificatorio, la apropiación por parte del sujeto de la experiencia psíquica como un devenir ligado a una variabilidad de emociones y vivencias afectivas se manifestará a través de un efecto *a posteriori*, siempre asociadas a las primeras referencias identificatorias del yo. De la misma manera, la posibilidad de encarnar una posición materna/paterna tiene estricta relación igualmente con esto. Estos puntos son desarrollados en profundidad en el capítulo siguiente, por lo que no profundizaremos ahora en ellos. Diremos únicamente que, en lo que refiere a las identificaciones y la elaboración del cuerpo unificado en el campo de la sexuación y la encarnación de una posición filial, será necesario que la madre pueda presentarse ante el hijo como un sujeto partícipe a cabalidad en una relación parental enmarcada en el placer, y no sólo como aquella que accede a una “experiencia de una zona de ese cuerpo” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 254).

Así, el sujeto construye un proyecto identificatorio, que se define por ser “la autoconstrucción continua del yo por el yo” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 168). Este proyecto es la construcción de una imagen ideal que el yo se propone a sí mismo e implica el esfuerzo por parte del sujeto de articular el derecho a esperar un futuro que podría concordar con su deseo identificatorio, deseo que encuentra lugar además en un espacio social que lo recibe y lo acoge en aquella posibilidad. Este deseo designa “un predicado posible que es, ante todo, acorde con el sistema de parentesco al que pertenece el sujeto” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 170). “Lo

que el yo desea llegar a ser se relaciona íntimamente con los objetos que espera tener, y estos objetos, a su vez, obtienen su brillo a partir del enunciado identificatorio que ellos remiten a quien los posee” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 171). Mediante este proyecto, el sujeto logrará conjugar el tiempo futuro con el tiempo pasado, generando un acceso a la temporalidad y una historización de lo experimentado y de sí mismo.

Las fallas en la elaboración de la identidad repercutirán también en el campo de la imagen. La identidad en su condición simbólica puede intentar ser apropiada a partir de elementos concretos, imaginarios, que logran un manejo de la misma sólo en apariencia, pues el sujeto carece de la introyección de la función. En otros casos, puede instalarse un rechazo parcial de la imagen, que en su extremo se transforme en un rechazo radical de la misma, que “puede llegar hasta la alucinación negativa ante el espejo” (Green, 2010. p. 133). Esto consiste en “un no reconocimiento del sujeto ante él mismo, más que en una no percepción” (Green, 2010. p. 162). En lo que remite a la relación al objeto, la elección de objetos puede girar en torno al eje pasional como a ser elegidos “como dobles narcisistas” (Green, 2010. p. 133).

Existe una relación directa entre la imagen del cuerpo y el discurso que lo habla (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 251), por lo que en los casos en que impera el odio como afecto predominante y no se han introyectado referentes simbólicos que permitan el asentamiento de la identidad, la imagen de sí estará poco formada o todavía no asumida por odio a uno mismo y entonces el sujeto no podrá definirse “sino a través de la imagen de él que los otros le devuelven” (Green, 2010. p. 133). En otros casos, donde el discurso que interpreta al cuerpo deja espacios vacíos de simbolización, encontraremos la presencia en el discurso de una convicción, más o menos puntual, totalmente extraña acerca de “su funcionamiento somático, en ocasiones a su sistema de parentesco, y menos a menudo a las leyes que se suponen rigen la

realidad natural” (Aulagnier, 2003, p. 28). Estas convicciones parecen existir sin cuestionamientos ni mayor relación con el resto de las ideas o representaciones del sujeto, que aparentemente se juzgan como coherentes y en consonancia con las leyes consensuales de la intelección. Las concepciones que refieren al cuerpo, en particular las que refieren al funcionamiento sexual y a la reproducción son las privilegiadas en este sentido, y revelan entonces los agujeros simbólicos que priman en los sujetos en torno a al origen, la filiación y su condición deseante (Castoriadis Aulagnier, 2003. p. 30). Estas extrañas aseveraciones, revelan además los esfuerzos que el sujeto realiza por construir referentes simbólicos que le permitieran articular su cuerpo y su ser como un espacio de deseo, como un cuerpo sexual, encarnando efectivamente una posición erógena. Por la carencia de estos referentes, el sujeto y su devenir quedarán bajo la lógica del como si, adheridos al campo imaginario como única forma de acercarse a significantes que pudieran haber tenido función identificante.

3.2.3. Del placer, displacer y el dolor:

Para acercarnos a las categorías de placer, displacer y dolor, partiremos por diferenciar las dos primeras, placer y displacer. Posteriormente nos acercaremos a la definición de dolor, destacando cómo en todas ellas se ve implicada preferentemente una visión económica del aparato psíquico. Veremos finalmente cómo el dolor revela con mayor claridad justamente la cualidad sensorial de la experiencia afectiva.

Sin ahondar nuevamente en el término Pulsión, es necesario recordar sin embargo que “lo esencial de la teoría de las pulsiones es que nos permite no sólo concebir un psiquismo primitivo dependiente de las necesidades del cuerpo (anclaje en lo somático, aunque ya psíquico), sino, sobre todo, describir un soporte teórico adecuado para defender la idea de que

el psiquismo está constituido por fuerzas capaces de evolucionar, pero que mantienen irreductible una parte relativamente importante de su configuración originaria” (Green, 2010. p. 64). De alguna manera, al referirnos a los discursos de placer, displacer y dolor, estaremos dando por entendido que se trata de discursos que atañen al psiquismo en su condición erógena, económica e inconsciente, y tal como nos lo señala Green: “quien dice «excitación inconsciente» dice necesariamente «puesta en relación con la fuente pulsional»” (Green, 2010. p. 55)

Para partir entonces en esta serie de definiciones conceptuales, tomaremos la idea de Freud respecto que “nos hemos resuelto a referir placer y displacer a la cantidad de excitación presente en la vida anímica [...], así: el dis-placer corresponde a un incremento de esa cantidad, y el placer a una reducción de ella” (Freud, 1920-1922. p. 7-8). Freud afirma a lo largo de su obra, primero la primacía del principio del placer como regidor del funcionamiento del aparato psíquico para luego desdecirse de aquello, afirmando la existencia de “tendencias que serían más originarias que el principio de placer e independientes de él” (Freud, 1920-1922. p 17), es decir, la pulsión de muerte.

Freud deduce que el aparato psíquico se organiza en una tensión entre pulsión de vida y muerte; la parte que corresponde a la lógica de la vida, a la primacía del placer, consiste en la existencia en el funcionamiento del aparato psíquico de una fuerza que “se afana por mantener lo más baja posible, o al menos constante, la cantidad de excitación presente en él” (Freud, 1920-1922. p. 8); aquello genera que “todo cuanto sea apto para incrementarla se sentirá como disfuncional, vale decir, displacentero. El principio de placer se deriva del principio de constancia” (Freud, 1920-1922. p. 9), por lo que consiste en la reducción de las tensiones a nivel del aparato psíquico mediante la ligadura de aquellas a las representaciones, generando

un estado basal de placer. El displacer, en cambio, se articula en torno al incremento de la cantidad pulsional y su dificultad de tramitación vía ligadura. Es fácil ver que el aparato psíquico instala una economía que busca como medio de satisfacción la descarga pulsional.

Uno de los importantes descubrimientos freudianos es justamente la lógica que instala en la economía psíquica la pulsión de muerte. El concepto pulsión de muerte destaca que el carácter esencial de la pulsión no es la consecución de placer ni de ligadura, sino que por sobre todo es el retorno a un estado inanimado, libre de tensión: “Aquí no puede menos que imponérsenos la idea de que estamos sobre la pista de un carácter universal de las pulsiones [...] y quizá de toda vida orgánica en general. Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica” (Freud, 1920-1922, p. 36). El concepto de pulsión de muerte revela que en la economía del sujeto prima la tendencia a la descarga y a la inercia de la vida orgánica, lo cual se encuentra sin embargo entretejido a la satisfacción, ligado irresolublemente al principio del placer. La descarga asociada al placer, entonces, consiste en una descarga vía ligadura, sin embargo, la descarga propia a la pulsión de muerte conlleva una efracción que puede llegar a ser desestructurante para el aparato psíquico.

La conceptualización de la pulsión de muerte permite a Freud distinguir varios puntos relevantes. Como primera cosa, el principio del placer aparece definido como un logro del aparato psíquico, es decir, que el aparato psíquico debe “apropiarse de esa función después que el conjunto de la vida anímica aceptó el imperio del principio de placer” (Freud, 1920-1922, p. 32). Lo dado, lo más originario en el sujeto, será esta tendencia al retorno a un estado anterior: “una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de

reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica” (Freud, 1920-1922. p. 36). En el mejor de los casos, al instalarse el principio del placer como predominante, la vida circulará entonces en un devenir constante entre *eros* y *thánatos*, donde el primero busca apresarse al segundo en la trampa de una fijación entre la libido y el objeto para crear cierta ilusión de un retorno a un silencio y a un *statu quo* eterno (Castoriadis Aulagnier, 2010). La distinción entre pulsión de vida y muerte revela cómo prevalecerán en el funcionamiento del aparato psíquico “las sensaciones de placer y displacer que ocurren en el interior del aparato sobre todos los estímulos externos” (Freud, 1920-1922. p. 29); esto quiere decir que la forma del devenir existencial responderá preferentemente a la manera en que se ha establecido la economía psíquica del sujeto y a la forma en que ésta se relaciona con sus primeras experiencias de satisfacción; “nos topamos aquí con la tan reconocida posición de Freud: encontrar un objeto es reencontrarlo” (Green, 2010. p. 43).

Finalmente, se instala en el campo de la satisfacción una dualidad; una forma de satisfacción será mediante ligadura y responde a la lógica del placer, aquello se vivencia por el sujeto en consonancia y permite, entre otras cosas, el desarrollo del campo de las representaciones. Tal como señala Green, “lo que permite liberarse de la dominación exclusiva de la fuerza es la representación, que adquiere el poder de situarse como objeto sustitutivo del objeto de la pulsión” (Green, 2010. p. 66). En este sentido, es importante recordar que todo placer parcial, placer de zona erógena, es al mismo tiempo placer global del conjunto de las zonas (Castoriadis Aulagnier, 2010), placer que permite una vivencia del yo en continuidad. Pero la más “profunda” forma de satisfacción responde a la desligadura y se vivencia desde el displacer.

Afirma Freud “osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer” (Freud, 1920-1922. p. 21-22).

Al respecto diremos que el displacer puede estar ligado a la pulsión de vida, en tanto se posterga la descarga por predominio del principio de realidad, o debido al mecanismo de la represión y, en su mayor parte, como afirma Freud, “el displacer que sentimos es un displacer de percepción. Puede tratarse de la percepción del esfuerzo de pulsiones insatisfechas, o de una percepción exterior penosa en sí misma o que excite expectativas displacenteras en el aparato anímico, por discernirla éste como «peligro». La reacción frente a esas exigencias pulsionales y amenazas de peligro, reacción en que se exterioriza la genuina actividad del aparato anímico, puede ser conducida luego de manera correcta por el principio de placer o por el de realidad, que lo modifica (Freud, 1920-1922. p. 11). En este contexto, se trata de un displacer que responde al principio del placer. Sin embargo, hay una forma de displacer que remite a la descarga del aparato psíquico por fuera de toda posibilidad de ligadura, por fuera del principio del placer, y que se asocia a la descarga radical de las tensiones. En este sentido, denominaremos *dolor* a una experiencia displacentera ligada a lo traumático. Tal como destaca Le Poulichet (2012), “el dolor (Schmerz) no es el displacer (Unlust); él no se incluye en el marco de la bipolaridad placer-displacer. Implica primero la noción de efracción que la de un simple «aumento de tensión» correlativo a la investidura de una huella mnémica o de una percepción, causas de displacer” (Le Poulichet, 2012. p. 62).

El dolor, a diferencia del displacer, se caracterizaría por estar fuertemente ligado a la noción de trauma: “Llamemos traumáticas a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo. Creo que el concepto de trauma pide esa referencia a un apartamiento de los estímulos que de ordinario resulta eficaz. Un suceso como el trauma

externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía {Betrieb} energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa. Pero en un primer momento el principio de placer quedará abolido. Ya no podrá impedirse que el aparato anímico resulte anegado por grandes volúmenes de estímulo; entonces, la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación. Es probable que el displacer específico del dolor corporal se deba a que la protección antiestímulo fue perforada en un área circunscrita. Y entonces, desde este lugar de la periferia afluyen al aparato anímico central excitaciones continuas, como las que por lo regular sólo podrían venirle del interior del aparato. ¿Y qué clase de reacción de la vida anímica esperaríamos frente a esa intrusión? De todas partes es movilizadada la energía de investidura a fin de crear, en el entorno del punto de intrusión, una investidura energética de nivel correspondiente. Se produce una enorme «contrainvestidura» en favor de la cual se empobrecen todos los otros sistemas psíquicos, de suerte que el resultado es una extensa parálisis o rebajamiento de cualquier otra operación psíquica” (Freud, 1895. p. 29-30)

El dolor psíquico, bajo el modelo del trauma, articula entonces “un recogimiento dentro de lo psíquico, que tiene un efecto de succión sobre las magnitudes contiguas de excitación” (Freud, 1895. p. 244). Tal como afirma Freud, “la violencia del trauma libera el quantum de excitación, cuya acción traumática es debida a la falta de apronte angustiado; por otra parte, la herida física simultánea ligará el exceso de excitación al reclamar una sobreinvestidura narcisista del órgano doliente” (Freud, 1895. p.33). En palabras de Le Poulichet (2010), Freud concluye en una asimilación del psiquismo al funcionamiento del cuerpo que “el dolor se debe a que la protección antiestímulo fue perforada en un área circunscrita” (Le Poulichet, 2010. p. 62),

reclamando entonces una sobreinversión narcisista. Es evidente como, en este sentido, el displacer de órgano, de zona parcial, es también un displacer que afecta la posibilidad de vivencia de continuidad del yo (Castoriadis Aulagnier, 2010).

El dolor psíquico tiene entonces la cualidad de alterar la economía psíquica, en función de la sobrevivencia. Recordemos que tal como destaca Freud en el proyecto de psicología para neurólogos, y en franca consonancia con sus postulados de “más allá del principio del placer”, “el sistema de neuronas tiene la más decidida inclinación a huir del dolor [...] inferimos que el dolor consiste en la irrupción de grandes Q hacia ω [...] Las neuronas ω parecen así pasaderas para él [...] Las ocasiones del dolor son, por una parte, un acrecentamiento cuantitativo; toda excitación sensible, aun de los órganos sensoriales superiores, se inclina al dolor con el aumento del estímulo. Esto se comprende, sin más, como fracaso [del dispositivo] [...] Todo esto caracteriza al dolor como una irrupción de Q hipertróficas hacia ϕ y ω , o sea, de Q que son de orden más elevado que los estímulos ϕ . Que el dolor vaya por todos los caminos de descarga es fácilmente comprensible. Según nuestra teoría (a saber, que Q crea facilitación), el dolor deja como secuela en ω unas facilitaciones duraderas, como traspasadas por el rayo; unas facilitaciones que posiblemente cancelan por completo la resistencia de las barreras-contacto y establecen ahí un camino de conducción” (Freud, 1895. p. 350-351).

El dolor tiene la capacidad de alterar tanto la economía del aparato psíquico, como de generar facilitaciones de tramitación energética, lo que nos permite entender la relevancia de estas primeras experiencias en el campo de la satisfacción e insatisfacción en la conformación del aparato psíquico. Es relevante señalar entonces que el sujeto tenderá a reaccionar preferentemente por estímulos recibidos desde el interior, pero si ha sufrido experiencias de dolor por estímulos externos que alteran la economía del psiquismo, ese interior se verá

profundamente alterado, generando a su vez un perpetuo sufrimiento. El dolor psíquico implica en la perspectiva freudiana, a decir de Le Poulichet, “una forma de hemorragia [...] una forma de agujero en el psiquismo. Es la soltura de las asociaciones la considerada dolorosa, cuando ella sobreviene a consecuencia de una inhibición psíquica correlativa a un empobrecimiento instintual (Le Poulichet, 2010. p. 62). Freud afirma que el dolor se genera porque “las neuronas asociadas tienen que librar su excitación [...] La soltura de asociaciones es siempre doliente” (Freud, 1920-22. p. 244-245).

Todo esto es de suma importancia, pues podemos ver como Freud liga placer y displacer a una economía pulsional, mientras que el dolor muestra los límites de aquella y se relaciona fuertemente a lo que él considera traumático. En este sentido, el dolor psíquico está fuertemente ligado a un efecto traumático. Al respecto, volvemos a Freud, quien afirma: “el terror conserva para nosotros su valor. Tiene por condición la falta del apronte angustiado; este último conlleva la sobreinvestidura de los sistemas que reciben primero el estímulo. A raíz de esta investidura más baja, pues, los sistemas no están en buena situación para ligar los volúmenes de excitación sobrevinientes, y por eso las consecuencias de la ruptura de la protección antiestímulo se producen tanto más fácilmente. Descubrimos, así, que el apronte angustiado, con su sobreinvestidura de los sistemas recipientes, constituye la última trinchera de la protección antiestímulo” (Freud, 1920-1922. p. 31).

El par pulsión de vida y muerte destacan la cualidad traumática del dolor psíquico y las consecuencias que experiencias tempranas de este tipo dejan en la economía del aparato psíquico: “la tarea de los estratos superiores del aparato anímico sería ligar la excitación de las pulsiones que entra en operación en el proceso primario. El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática; sólo tras una ligazón lograda podría

establecerse el imperio irrestricto del principio de placer (y de su modificación en el principio de realidad). Pero, hasta ese momento, el aparato anímico tendría la tarea previa de dominar o ligar la excitación, desde luego que no en oposición al principio de placer, pero independientemente de él y en parte sin tomarlo en cuenta” (Freud, 1920-1922. p. 35). El dolor, entonces, como experiencia primaria, deja huella en el psiquismo, altera la economía psíquica de aquel, facilitando vías de satisfacción independientes del principio del placer. La vida psíquica responde entonces a una economía ligada a la sobrevivencia.

3.2.4.- El pensamiento y el afecto como actividades erógenas del psiquismo:

Veremos a continuación el espacio representacional como consecuencia de la condición erógena del cuerpo. Tal como destaca Aulagnier (Castoriadis Aulagnier, 2010), para todo adulto sólo será “pensable” bajo la lógica de pensamiento que creemos consensual y compartida, es decir, bajo la lógica del pensamiento hipotético deductivo, racional, o propio a lo que denominamos la representación secundaria, sólo aquellos elementos psíquicos que en una primera instancia lograron al menos una precaria simbolización ligada al campo de lo corporal, aquello que la autora denomina lo *originario*, y que fue lograda justamente por estar asociada a una experiencia de placer. Todo lo que no fue posible de representar en el aparato psíquico como un elemento simbólico arraigado fuertemente a la experiencia corporal, bajo la lógica de aquel soma que se descubre y simboliza únicamente por la experiencia de una vivencia erógena, una vivencia de placer otorgada por el Otro, se vuelve imposible de representar en elementos del proceso secundario, del *pensamiento racional*, quedando entonces fuera del campo de la simbolización, arraigado aún en los orígenes del cuerpo. El sujeto entonces se encuentra frente a agujeros de simbolización de la experiencia. Aulagnier señala

categoricamente: “para la psique no existe información alguna que pueda ser separada de lo que llamaremos información libidinal” (Castoriadis Aulagnier, 2010, p. 28).

En el origen de la vida, entonces, toda ruptura del equilibrio energético, todo aquello que es vivido como displacer es vivido primero como un desgarró, como un dolor del cuerpo; sólo “a posteriori del lenguaje, se designará como sufrimiento” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 41). De esta manera, únicamente será posible de representar simbólicamente aquello que tiene una raíz libidinal en la experiencia, en una vivencia que permite una experiencia de placer y que otorga representaciones asociadas a ella. Así, todo lo que el sujeto creará como objetivo, todo aquello que a futuro pueda pensar en términos de “racionalidad”, depende en realidad de este proceso.

En otras palabras, el pensamiento, así como el cuerpo propio, implica un proceso erógeno, determinado por las experiencias de placer y displacer y por la relación al Otro. Las fallas en el campo de la constitución del cuerpo erógeno se manifestarán también en la imposibilidad de simbolizar, de representar al sujeto en su devenir y su relación al mundo, porque el pensamiento es aquí también una actividad libidinal, una acción que involucra al cuerpo (Aceituno, 2010). A su vez, la representación de afecto es inseparable del afecto de la representación correspondiente, es decir, no existe sentimiento separable de la posibilidad de expresarlo mediante un enunciado y la expresión de aquel es a su vez correlativa del estado afectivo que manifiesta (Castoriadis Aulagnier, 2010).

Entonces, cuando el sujeto ya adulto se enfrenta a aquellos elementos que se ha vuelto irrepresentables para él en el proceso secundario, elementos que en la unidad de su representación implicarían aún una vertiente afectiva y cognitiva indiferenciada, retornará regresivamente a un funcionamiento de tipo más arcaico, buscando permitir al aparato

psíquico una primera elaboración libidinal, una simbolización anclada a lo corporal. Aparecen así las somatizaciones, la tendencia al acto, la alucinación, etc. como formas de manifestación de lo psíquico fuera de la posibilidad de simbolización secundaria (Green, 2005) pues en un esfuerzo de simbolización, la libido retorna al cuerpo (Castoriadis Aulagnier, 2010). Consecuencia de aquello es que el afecto se manifiesta en su vertiente desligada, pulsional, corporal, imposible de tramitar vía representaciones, pues no remite a ninguna de ellas; se tratará entonces de experiencias que en realidad no han sido inscritas, podemos decir *que no han acontecido* psíquicamente (Aceituno, 2010).

Se evidencia que el proceso de elaboración de un campo representacional, afectivo y corporal “requiere como condición que al trabajo de la psique del infans se le añada la función de prótesis de la psique de la madre, prótesis que consideramos comparable al pecho, en cuanto extensión del cuerpo propio” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 37-38). Esto quiere decir que el logro de la constitución psíquica, la unidad de un yo que se reconoce a sí mismo y a su devenir en continuidad, es sólo posible gracias a que está anclado al cuerpo y al auxilio del Otro fundamental que constituye la madre, que otorga las experiencias de satisfacción elementales así como las primeras representaciones, signos y símbolos, del sujeto. Tal como afirma Aulagnier: “la primera representación que la psique se forja de sí misma como actividad representante se realizará a través de la puesta en relación de los efectos originados en su doble encuentro con el cuerpo y con las producciones de la psique materna” (Castoriadis Aulagnier, 2010, p. 31).

La primacía del placer en la economía psíquica, como podemos apreciar, no es un factor dado sino un logro subjetivo asociado a la experiencia real con aquel Otro fundamental. Cada satisfacción de la pulsión parcial, en este tiempo inicial de la vida, conlleva para el infante no

sólo una experiencia de placer, sino que por sobre todo una experiencia de satisfacción total, que permite la articulación de un cuerpo vívido, armónico, integrado y total (Castoriadis Aulagnier, 2010). Y “la inscripción de las huellas de esta experiencia se conserva en el inconsciente para no desaparecer nunca” (Green, 2005. p. 100), determinando el devenir del sujeto.

Cuando se instala la experiencia de placer como la vivencia predominante en la vida del sujeto, el yo en tanto *yo cuerpo* se vivirá de manera unificada y coherente, articulado al soma que reconocerá como propio, enlazado a la cadena de filiación de la cual es parte y toma relevo. Se tornará pensable para sí mismo tanto su devenir personal como el del resto del mundo, con cierta continuidad. En cambio, cuando falta esta experiencia sostenida en los primeros tiempos de la vida, el retorno a lo inanimado se articulará como la economía preponderante de la psique, pues se instala como forma de satisfacción la ausencia total de todo objeto que genere el deseo (Green, 2005; Castoriadis Aulagnier, 2010). La satisfacción tomará entonces otras vías, y la vivencia integral y continua del sujeto se verá fuertemente afectada en todos sus sentidos. No todos los afectos o experiencias se tornarán *pensables*, muchos de ellos quedarán por fuera de la posibilidad de ser representables para el sujeto. He aquí el origen de diferentes vías de padecer subjetivo que se arraigan en esta especial constitución del yo.

3.2.5. Desde las sensaciones a las representaciones y los sentimientos:

Con respecto al afecto, “diremos que la moción pulsional es lo que dará nacimiento al afecto, una vez que haya intervenido el encuentro con la representación de objeto” (Green, 2010. p. 205). Es decir, el afecto atañe a un representante psíquico de la pulsión que en su camino en busca de la satisfacción va a movilizar las huellas de las representaciones de objeto dejadas por

experiencias gratificantes anteriores (Green, 2010. p. 205). Así, tal como enfatiza Green, entenderemos por afecto a “la continuidad dinámica de lo que, habiendo partido del cuerpo, retorna a él, siendo portador en forma inmediata de las expectativas, las esperanzas y los temores vinculados al encuentro anhelado con el objeto” (Green, 2010. p. 205-206).

El afecto responde de forma originaria a la vivencia de encuentro con el objeto. Si ésta es una vivencia de placer, entonces el afecto concomitante será justamente aquel y se articulará en una representación de encuentro entre la zona erógena y su objeto. Si la vivencia de encuentro conlleva displacer, aquel se articulará como un rechazo radical al objeto. Es necesario que la experiencia de encuentro prime por sobre la de rechazo, para que el psiquismo de lugar a una posible representación. He aquí lo que hemos profundizado como un funcionamiento que responde al principio del placer. Todo lo que el psiquismo puede representar guarda relación estricta con la experiencia de placer, por lo que es evidente que el displacer moviliza en un comienzo de la constitución del aparato psíquico el rechazo radical al objeto y su representación.

Señala Aulagnier (2010) que la dicotomía inicial placer/displacer, que constituye por excelencia la diferencia entre los estados primordiales del afecto, se torna posible de ser representada como sentimientos y variedad de sentimientos en la medida que el Otro fundamental enuncia en los inicios de la vida del infante los estados afectivos propios de aquel en términos de sentimientos, de variabilidad emocional, entendiendo que existe una diferencia insoslayable entre ambos, dando cuenta que siempre persiste un resto que queda fuera de aquella representación y que justamente es propio de lo emocional de la experiencia. Lo propio del campo afectivo entonces, es que su cualidad corporal e íntima se resiste a la representación, por lo cual cada vez que se habla de una emoción persiste la sensación de no poder dar cuenta

a cabalidad del estado que se quiere representar. Y esto sucede porque el pasaje de la representación del afecto a la nominación del sentimiento implica el abandono de una representación mediante la *imagen de la cosa corporal* en beneficio de una representación mediante la imagen (Castoriadis Aulagnier, 2010). En este sentido, “lejos de reducirse a la designación de un afecto, el sentimiento es su interpretación en el sentido más vigoroso del término, que liga una vivencia incognoscible en sí a una causa que se supone acorde con lo que se vivencia” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 143).

Como vemos, los sentimientos tienen una cualidad eminentemente corporal pues su origen reside en las experiencias de placer y displacer, remiten a un quantum de energía que en el inicio de la psiquis sólo se distinguen en torno a la carga y la descarga. Y será justamente por su cualidad libidinal que cada nueva experiencia afectiva reconduce al sujeto a un estado anterior del psiquismo, primario de aquel, y asociados a las primeras experiencias de representación simbólica de los estados del cuerpo. Cada experiencia afectiva denota entonces un triple cariz: por una parte, implica el retorno de lo anterior, algo de cada nueva experiencia actualiza lo vivido anteriormente; cuando aquello concierne al pasado remoto del sujeto y ha caído su memoria en el olvido, se asocia a lo reprimido. Por otra parte, cada experiencia afectiva involucra la novedad de lo actual, no se trata sólo de repetición sino que también de un espacio de creación. La libido se lanza hacia una nueva satisfacción futura siempre en asociación al devenir presente y el pasado de su satisfacción (Green, 2010). El afecto se traduce entonces en el lenguaje del sentimiento, esfuerzo subjetivo que intenta dar lugar a una representación consensuada de una experiencia que, sin embargo, es particularmente íntima (Castoriadis Aulagnier, 2010).

En este sentido, es relevante mencionar que el afecto entendido como experiencia emocional ligada al cuerpo “reúne todas las observaciones que dan al afecto su sello tan particular – orientación interna de las investiduras, extensión a la esfera del cuerpo, intensidad de las vivencias emocionales, etc” (Green, 2010. p. 201). A su vez, el afecto es “lo que se manifiesta en la representación ora a través de la atracción, ora a través de la repulsión que liga representante y representado” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 68). Pensado así, “se puede imaginar el proceso afectivo como una anticipación del encuentro del cuerpo del sujeto con otro cuerpo (imaginario o presente), encuentro en el que el contacto tendría como resultado ya sea el análogo de una interpenetración sexual y amorosa, ya sea, a la inversa, otro comparable a este, de agresión mutiladora, amenazando ambos- para mejor o para peor- la integridad del sujeto. El afecto sería a la vez como la preparación para tal eventualidad y el efecto de su previsión acelerada [...] Esta dependencia respecto del cuerpo enseña al psiquismo la existencia de sus límites, tanto con respecto al interior como al exterior. El psiquismo [...] es la relación entre dos cuerpos, uno de los cuales está ausente”. (Green, 2010. p. 201).

El estado emocional, entonces, no sólo responde al momento actual que atraviesa el sujeto, aunque pueda ser señalado como gatillante, sino que primordialmente encarna una forma de espera de cierto tipo de objeto y cierta forma de satisfacción que da consistencia a la forma vincular del sujeto en cuestión. “Tan pronto concierne al afecto, la nominación es *ipso facto* nominación del objeto y de la relación” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 147). A su vez, el sentimiento responde a la posibilidad de dar vida representacional al afecto, otorgarle variabilidad y ligazón a la experiencia actual, a sabiendas que remite a una forma primaria del psiquismo, ligado a las primeras satisfacciones que articulan la forma en que el sujeto simboliza

su mundo afectivo. Las primeras formas afectivas responden a los dos sentimientos fundamentales que el discurso llama amor y odio, e ilustran respectivamente un deseo de ingestión, cuando el reproduce la unión órgano sensible- fenómeno percibido, y un deseo de automutilación de órgano cuando prima una experiencia de displacer” (Castoriadis Aulagnier, 201. p. 69).

Se vislumbra en lo dicho la manera en que el pensamiento, generalmente definido como una forma del funcionamiento psíquico opuesta al campo del afecto, se articula totalmente intrincado a aquel, incluso de manera en que uno y otro se vuelven difícilmente dissociables. El pensamiento es una actividad erógena del sujeto en tanto la nominación no concierne a un objeto percibido en forma neutra sino que, por el contrario, implica siempre a un objeto que ha sido catectizado previamente, que está cargado libidinalmente (Castoriadis Aulagnier, 2010). La posibilidad de representar se liga al origen de la constitución del aparato psíquico. En este escenario, “cuanto mayor es el poder y el saber que ella [la madre] reivindica en relación con este otro [el hijo], mayor es su obligación de lograr que todo pueda ser dicho. Y cuanto más transforma en «decible» la totalidad de lo que afirma percibir [...] mayor es la trampa que la captura, la del intervalo que aparecerá entre la significación que su discurso pretende vehicular y la significación que los otros locutores pueden devolverle en relación a ella. Cuanto mayor es la ambición que tiene un discurso de presentarse sin fallas [...] mayor es la nitidez con que aparece lo que llamaremos la autonomía de la lógica característica del sistema lingüístico. En este caso, la significación ya no puede invocar la riqueza metafórica, jugar con lo carente de sentido, el humor...” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 144).

El pensar, de la misma manera que el afecto, implica entonces una actividad eminentemente corporal, erógena y libidinal, pues “la capacidad de pensamiento [...] no se define por ser

“cognitiva” [...] sino que articula la posición del sujeto respecto a sus condiciones pulsionales, a su relación a la realidad “exterior”, a lo traumático que ambos dominios de la experiencia han de elaborar psíquicamente” (Aceituno, 2010. p. 72). Tal como el campo de lo afectivo, el pensamiento está determinado por los orígenes de la constitución del aparato psíquico, y de cómo en aquello se ha podido o no dar lugar al desarrollo de la capacidad de representabilidad. En otras palabras, cada sujeto en los inicios de la vida ha requerido ciertas condiciones necesarias para dar lugar a la posibilidad de *representabilidad psíquica*, y en este espacio subjetivo afecto y representación se entrelazan de manera fundamental: “El sujeto, “antes” de inscribir su experiencia vivida y luego histórica en un “orden simbólico”, debe o ha debido ser objeto él mismo de inscripciones en un campo de lenguaje, de pensamiento y de relación a otros”. (Aceituno, 2010. p. 70). La posibilidad de pensar está determinada por la capacidad de haberse simbolizado primero a sí mismo, madre mediante, y hacer de la experiencia de sí una experiencia metaforizada; aquello depende a su vez de que el vínculo a aquel primer objeto Otro constituyente y originario lo permita. De la misma manera, la condición de simbolizar afecto en sentimiento pasa igualmente porque esta función de representabilidad sea otorgada por la madre como una posibilidad de reconocimiento del sujeto hacia sí mismo y su propia experiencia, esta vez en el campo de las emociones.

Es condición, para que se establezca la representabilidad, que el Otro fundamental pueda perderse como objeto libidinal, pero de manera tal que el sujeto en esta pérdida no se pierda a sí mismo. Es necesario que este Otro fundamental no abarque en sus representaciones toda la experiencia del sujeto, permitiéndole al infante conservar un espacio de privacidad psíquica en la actividad de pensamiento y el afecto frente a él; es necesario que la madre permita que el sujeto pueda eventualmente desmentir sus dichos respecto de su existencia, de manera tal que

aquella no conserve la posición de ser la que posee el total conocimiento acerca de su funcionamiento corporal, mental o emocional (Aulagnier, 2009). Sólo esto inscribe una diferencia entre ambos, una alteridad radical que hace del otro un sujeto diferente.

Este primer corte establecerá la distancia necesaria para que cada encuentro con los objetos implique un reencuentro metafórico con el objeto originario, y no un encuentro real. “En este primer momento se trata más bien de la inscripción de un “aparato” de representatividad- y no sólo de representación-, ahí donde interesa más su función que los contenidos que alberga” (Aceituno, 2010. p. 75). Solo así el pensamiento encarnará la posibilidad no sólo de representar las cosas sino que primordialmente “de reencontrarlas en tanto objetos; así se instituye, de manera retroactiva, un originario que la experiencia subjetiva traducirá (“metaforizará”) permanentemente” (Aceituno, 2010. p. 72). Como es posible apreciar, es condición que el Otro haya permitido al sujeto la catexis de la actividad representacional, aquello es indispensable para la existencia de la vida psíquica (Castoriadis Aulagnier, 2010).

Afirmamos entonces que el pensamiento involucra no solamente una elaboración racional puramente cognitiva, libre del estado afectivo del sujeto, sino que muy por el contrario, la principal función del pensar es simbolizar objetos altamente libidinales, como el sujeto mismo o su propia existencia (Aulagnier, 2010; Aceituno, 2010). De igual manera, vemos cómo la capacidad afectiva y representacional se ligan poderosamente al entramado del cuerpo erógeno y a sus orígenes en las tempranas satisfacciones con sus objetos. Es claro como afecto y representación se configuran en una dualidad complementaria; tal como afirma Aulagnier, “se debe postular la coalescencia de una representación del afecto que es inseparable del afecto de la representación que la acompaña” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 50). Esta condición del psiquismo determina la posibilidad del percibir el mundo y sus objetos.

Por su origen libidinal, el afecto implicará un *quantum* de energía psíquica que se tramitará, en el mejor de los casos, vía representación, pues el psiquismo se libera de la dominación exclusiva de su fuerza pulsional únicamente mediante la ligadura a una representación, y así es la representación aquella que “adquiere el poder de situarse como objeto sustitutivo del objeto de la pulsión” (Green, 2010. p. 66). Si el sujeto carece del establecimiento de la función de representabilidad psíquica a cabalidad (Aceituno, 2010. p. 69), la fuerza del poder pulsional de la moción afectiva hará que aquella pueda “pasar al acto cuando la emoción ha invadido el cuerpo poniéndolo en tensión y empujándolo a liquidar el exceso de cantidad” (Green, 2010. p. 184).

Como vemos, tanto el afecto como el pensamiento implican una reedición metafórica de estados y encuentros anteriores, originarios del psiquismo, que de no instalarse a cabalidad bajo la función de la representabilidad pierden la posibilidad de simbolización y de metáfora, transformándose cada encuentro actual en un reencuentro real con aquel Otro abismante. En los casos que la función de representabilidad falla, se comprueba “una verdadera carencia representativa; más exactamente, es frecuente que las representaciones sean absorbidas por movimientos pulsionales directos, en cortocircuito, que terminan en expulsiones a través del acto o en la descarga sobre el soma” (Green, 2010. p. 95). La relevancia de profundizar en este vector del cuerpo erógeno reside entonces en que, tal como afirma Green, “es en el nivel del funcionamiento mental, del trastorno de pensar, donde se afirman las singularidades «psicotizantes»” (Green, 2010. p. 138).

El afecto y el pensamiento se evidencian entonces en el campo de las representaciones, tanto en lo representado como en lo irrepresentable, revelando en algunos casos incluso aquello que psíquicamente no ha tenido lugar (Aceituno, 2010). Podemos ahondar en los interminables

ejemplos que la clínica nos plantea en este campo; sin embargo, merece ser mencionado particularmente el fenómeno de lo alucinatorio como aquello que da cuenta de la falla en esta capacidad de representabilidad, pues da cuenta del estatuto corporal y libidinal del pensamiento y el afecto. En este sentido, diremos que lo alucinatorio alude a ese modo “inmediato de la satisfacción que se opone, por consiguiente, a la temporalidad en la que se ordena toda cadena significativa” (Le Poulichet, 2012. p. 56). Lo alucinatorio puede tener un carácter manifiesto, es decir, presentarse a la manera de una psicosis; sin embargo, puede también tomar “el aspecto de alucinaciones negativas del pensamiento en sus relaciones con el deseo (Green, 1993), aparente señal de que no sólo se encuentra uno frente a manifestaciones de la represión, sino a un mecanismo de negativización en la percepción del pensamiento por las palabras. Se comprende entonces que no sólo están expuestos a la desaparición los fenómenos de deseo, sino también el propio trabajo de pensamiento” (Green, 2010. p. 89). En estos casos, en el campo del pensamiento la amenaza psicótica puede expresarse sin un delirio manifiesto, y hacerlo en “lo que llamaré una «visión delirante» del mundo. He utilizado ya la fórmula «delirios sin delirio»” (Green 2010. p. 137).

Por su parte, en el campo afectivo, cuando no se inscribe a cabalidad una diferencia fundante con el objeto primordial que dé lugar a la metáfora, el sujeto oscila entre estados afectivos francamente psicóticos a estados del afectos cercanos “a la melancolía, donde dominan la autoacusación y las ideas de indignidad” (Green, 2010. p. 93). El estado que prima en el campo del afecto puede responder también a la angustia, manifestación del afecto libre de representación, exceso de un *quantum* de energía no ligada. Se trata entonces de un aparato psíquico- o subjetivo- que “pareciera organizarse mediante economías y dinámicas que no responden del todo al campo representacional y de afectos que no son integrados en la

estructura “yoica”. Al menos en los casos “límites”, los aspectos pulsionales de la vida anímica parecen desanudados de sus correlatos representacionales o “cognitivos”, tal como prevalecen en los trastornos del ánimo, de la imagen o de los impulsos en la subjetividad actual” (Aceituno, 2013. p. 105).

Cuando la angustia de castración no se instala a cabalidad, prima el afecto que le antecede, “la angustia de mutilación” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 86). En vez de articularse el temor a la pérdida como angustia fundamental del psiquismo, ya sea la pérdida de un objeto o la pérdida de amor, que responden a la lógica relativa al tener, primará en aquel un funcionamiento más arcaico, ligado a la lógica relativa al ser. La angustia predominante tiene entonces relación al despedazamiento del propio cuerpo, a la pérdida de una parte de sí o a la eclosión del sí mismo.

3.2.6. De la posibilidad y la imposibilidad de encarnar un cuerpo femenino/masculino:

Profundizaremos a continuación en los avatares que todo sujeto recorre para tomar una posición sexuada, en tanto un eje más de la condición erógena del cuerpo. Recordaremos al respecto que Freud señala una “disposición bisexual” originaria (Freud, 1906-1908, p. 146; Freud, 1901-1905, p. 201), de la cual los avatares de la existencia permitirían una elaboración psíquica, erógena y sexual, que concluiría con una toma de posición sexuada. En este sentido, tomar una posición femenina o masculina no es algo dado, sino que surge producto de un proceso de elaboración erógena y psíquica del sujeto. Así, ubicarse desde una sexuada no se condice necesariamente con el sexo biológico del cuerpo y cada sujeto tiende a posicionarse preferentemente en alguna de estos polos sin ser excluyente que convivan en cada uno de ellos mociones propias al otro sexo.

La posibilidad de encarnar una posición femenina o masculina, y la integración entre estos elementos, pasa también por las designaciones de los padres, aunque sea de manera inconsciente (Rocha Leite Haudenschild, 2016. p. 119). En este sentido, “la función parental es fundamental en la constitución psíquica de los hijos, especialmente en lo que refiere a las posibilidades de integración del yo, que es siempre en un principio un Yo Corporal” (Vertzner, 2016. p. 136). El sujeto podrá introyectar lo femenino y masculino en torno a la relación a sus padres, tanto mediante la identificación como a través del discurso que simboliza su cuerpo y el de ellos. Sin embargo, sólo es posible apropiarse de aquello que se ha experimentado bajo la primacía del placer. Si los deseos parentales están teñidos de ambivalencia, de deseos reprimidos, de ciertas dosis de hostilidad y de exceso, resultará muy complejo para el sujeto lidiar “con aquello que espeja sus propios enigmas insolubles acerca de la diferencia sexual y de la propia bisexualidad psíquica” (Vertzner, 2016. p. 136).

Al respecto, Freud describe cómo la salida del Complejo de Edipo implica, para hombres y mujeres, la toma de posición sexuada tanto mediante la identificación a uno de los progenitores como a través de la renuncia de la expectativa de amor del otro progenitor; la renuncia al padre o la madre permite al niño articular su sexualidad en torno a la espera de encontrar un hombre o mujer bajo el molde de los objetos originarios de amor. El complejo de Edipo, tal como nos lo recuerda Freud, da lugar a que se elabore a cabalidad la identidad sexual y en la vida amorosa quedarán pendientes sus resabios: ciertos rasgos que dejan traslucir de manera inequívoca el arquetipo materno o paterno de la elección de objeto (Freud, 1910).

De alguna manera, la pareja de la adultez implicará para el sujeto inconscientemente el logro de estas expectativas infantiles. Para el caso de las mujeres, Freud asocia la feminidad a la maternidad, pues la envidia del pene se resuelve mediante la consecución del equivalente

fálico que encarna la figura del hijo (Freud, 1923). La relectura que hace Lacan de estos planteamientos freudianos son la base de las fórmulas de la sexuación que él plantea, donde da cuenta de las salidas que toman los sujetos en torno a la toma de posición subjetiva femenina o masculina. En estas formulas, el autor destaca el estatuto simbólico del fálo, y le da su lugar al signarlo como aquel significante que identifica a la posición masculina. Lo femenino queda así marcado sólo por la diferencia a este significante, y en esta medida queda entonces en una ausencia de significante que lo represente, dejando a la mujer en una posición *no toda* (Lacan, 1975). Sin adentrarnos mayormente en las formulas lacanianas, al respecto diremos que hay algo de la “psicosexualidad femenina que la lógica fálica no logra contener” (André, 2001. p. 123). Tal como nos muestra André (2001), “si bien la problemática fálica puede trazar el destino de muchas mujeres, en cambio es impotente para delimitar su angustia” (André, 2001. p. 124) y esto marca de manera importante el campo de lo femenino.

El significante de lo femenino no existe, es una ausencia tanto para los hombres como para las mujeres; lo masculino, en cambio, queda representado por el significante fálico, significante a su vez asociado a cierta valía narcisística. Lo femenino, por tanto, remite siempre a un conflicto anterior a la castración en la medida que remite a un tiempo originario, anterior a la lógica significante, y entonces encarna todo aquello que escapa a la representación posible mediante el representante fálico. En este sentido, “el devenir mujer admite otra lógica; otra negatividad, podemos decir, diferente a la famosa “falta en ser”” (Aceituno, p. 14 en Guyomard, 2013).

Diremos entonces que lo femenino remite más directamente a la intensidad de la pulsión (Udler Cromberg, 2001). No se trata sólo de una apertura sin nombre, sino que la ausencia significante tiene relación con la condición pulsional del inconsciente. Tal como destaca Freud, el elemento esencial reprimido sería siempre el elemento femenino, lo que significa sin más

que existe cierta identificación entre lo femenino y lo inconsciente (André, 2001). A su vez, dado que se articula en un espacio referencial de a dos, la angustia femenina es “ante todo una angustia de pérdida de amor de objeto” (David, 1994 en André 2001), vale decir, “una angustia lo más arcaica posible, angustia del lactante, hija del estado de desamparo inaugural” (André, 2001. p. 124). La masculinidad, en cambio, queda marcada por el poder, el tener y la rivalidad. Tal como señala André: ser grande y fuerte, “la cualidad del don viril, potencia fálica... todo nacimiento de un hijo hace del hombre un padre, pero también le da un rival, muy pronto un sucesor; anuncia la inevitable inversión de la fuerza y la debilidad” (André, 2013. p. 110).

Hombres y mujeres establecemos una relación a lo femenino y lo masculino en diversos niveles: simbólico, real e imaginario; y para el hombre como para la mujer el proceso de tomar una posición sexuada es bastante complejo, ambos deben atravesar diversos conflictos en torno a las figuras parentales para elaborar un cuerpo sexuada. En todos los casos, sin embargo, la primera identificación de todo sujeto a un objeto es a la madre. En la niña, el acceso a una posición femenina requiere de un proceso complejo de identificación con la madre pues para la mujer, es imprescindible que la madre haga valer ella misma la terceridad introyectada en su relación al infante (Guyomard, 2013). Es decir, es la madre quien debe recurrir a sus propios referentes simbólicos en torno a la castración, para poder separarse de su hija y prestarse a la identificación, pues si en el momento de relación originaria y dual entre madre e hija, faltan para la madre “representaciones de este idéntico narcisizado, surgiría la fusión [entre madre e hija] como figura del vínculo” (Guyomard, 2013. p. 48).

Como vemos, la mujer debe elaborar una primera identificación a la madre en momentos previos al ingreso de la figura del padre en la escena, sólo con los referentes simbólicos maternos, y entonces la separación entre ambas y el proceso identificatorio que le permita

acceder a una posición femenina, puede ser fallido. Las consecuencias de un tórpido proceso identificatorio y de separación con la madre, para la mujer, conllevan que toda experiencia de separación y pérdida, “la amenazaría siempre con caer en el vértigo melancólico” (Guyomard, 2013. p. 49), cayendo fácilmente en la tendencia a ofrecerse como un objeto pasional en la relación al otro sexo.

Justamente porque la angustia que moviliza a la mujer es la de pérdida del amor, quien se ubique en posición femenina buscará reivindicar siempre el derecho divino de ser elegida (Aulagnier Spairani, 1984), de ser amada por el objeto, y ello marca su relación a lo masculino: “la mujer siempre acariciará el sueño de convertirse, para el amado, en el objeto de su pasión. Ella ve allí una suerte de realización ideal de ese objetivo que es el suyo: ser deseada, ser la única en poder serlo, convertirse, para el deseo del otro, en una exigencia vital” (Aulagnier Spairani, 1984. p. 95). Dada la ausencia de un referente único con el cual identificarse como mujer, es además característica de la femineidad no poder ser reconocida sino que por otro: “Ella se dirá siempre partidaria del amor único, de la Fidelidad” (Aulagnier Spairani, 1984. p. 76). En ese sentido, la mujer sólo puede sostener la creencia en el campo de la elección de objeto, de la unicidad del objeto (Aulagnier Spairani, 1984); es decir, espera ser única para el otro para ser reconocida, por lo que en el extremo de esta posición centra su expectativa amorosa en una ferviente idealización con respecto a la relación al objeto: supone que al objeto que se desea debe amársele, y se le amará en concomitancia porque se le desea. Esta expectativa idealizada de la fusión entre amor y deseo, al ser impracticable siempre a cabalidad, puede generar en ellas bastante padecer.

Esta condición femenina, tal como destaca Guyomard (2013), convoca siempre a las mujeres más fácilmente a una relación de tipo pasional; es decir, a un tipo de vínculo donde más que

ser ellas el objeto de deseo único para el otro, pasan a necesitar de manera indispensable un determinado objeto para existir. El soporte simbólico que permite el adecuado proceso de identificación a la madre, protege en cierta medida de esta tendencia. Aquello que mitiga esta expectativa tiene siempre que ver con la posibilidad de corte que entrega la función fálica, en tanto simbólica, y por ello también la relevancia que la madre pueda hacer actuar la función tercera en el vínculo inicial entre ambas. Sin este corte, toda separación abre la llaga de la primera herida de la separación materna, y entonces la figura de la fusión reaparece como la única posible en torno a la relación al objeto.

Por la relación que las mujeres establecen a la falta en ser y en una tentativa reafirmar su posición en el amor, las mujeres buscarán negar la posibilidad de deseo puro y aquello determinará su posición sexual: “Lo que ella no puede soportar, lo que experimenta como una degradación [...] es que el hombre le revele que sabe que ella es no sólo deseable, sino ante todo deseante de su deseo, y que por ello mismo puede faltarle el deseo [...] se trata de la angustia más fundamental ligada a la mirada [...] mirada que es sólo soportable en la medida que el silencio que la acompaña permite a aquella que es su objeto no nombrar lo que es mirado, sustituir lo que puede ser efectivamente objeto de la mirada por el velo con el que ella lo adorna” (Aulagnier Spairani, 1984. p. 79). En este sentido, lo femenino implica de alguna manera *portar una máscara* que esconde la angustia con que cada mujer porta su falta en ser. Sin embargo, la forma en que cada mujer encarna esta posición, también revela cómo ha podido hacer propio el eje pulsional como aquello que la define. En la medida que la mujer puede, o no, soportar su particular relación con la falta, puede también encarnar esta mascarada de forma menos rígida, menos centrada en la imagen.

La posición femenina, porque remite a lo pulsional, a lo originario y anterior a la lógica fálica, encuentra en la castración algo que elabora y articula su angustia. Sin embargo, tomará su falta como un elemento que debe activamente ocultar para mantener ese amor; en este sentido, “la mujer conservará siempre esa vaga sensación de que paga la realización de su deseo con el precio de la castración materna, privando a la madre del poder narcisístico que tenía para transferirlo al hombre” (Aulagnier Spairani, 1984. p. 90). Por esta misma razón, para toda mujer, sentir placer, especialmente placer sexual, puede convertirse en estos casos en la fuente misma de angustia, pues el amor puede ubicarse como un polo imposible de integrar al campo del deseo. El sujeto en posición femenina puede mostrar dificultades para integrar una posición tierna y sexual a la vez, cuando la relación al objeto así lo exige; un ejemplo bastante ilustrativo de aquello y fuera del campo de las elecciones de pareja, es el despliegue de la maternidad y el amamantamiento: “el amamantamiento de un niño puede revelar una modalidad particular de ese conflicto en la mujer, que inhibirá cualquier erotismo en su relación con el niño y reservaría su sensualidad para un objeto que, por ello, estaría en cierta forma desinvertido” (Parat, 2001. p. 20).

En este sentido, tomar una posición femenina implica no sólo una forma particular de relación a la falta y al objeto, sino que también una relación a lo femenino en el cuerpo propio. Es necesario, para portar con agrado el cuerpo de mujer, que lo femenino de cada mujer haya sido “amado por su madre para convertirse en feminidad como declinación de un femenino narcisizado” (Guyomard, 2013. p. 27). La madre debe tener una relación amorosa a su propio cuerpo femenino y a su relación a la falta para poder catectizar el cuerpo femenino de su hija como un cuerpo y una imagen deseable. Si la madre no ama su condición femenina, si no

puede lidiar con su relación a la falta, a lo pulsional e inconsciente, su cuerpo y el cuerpo de su hija no será deseable y todo girará en torno al rechazo de este cuerpo engendrado de mujer.

En este sentido, es imprescindible que el cuerpo de la hija no reedite en la madre sus propios conflictos de mujer. De alguna manera, “es necesario que el vínculo [entre madre e hija] se borre y se inscriba como nostalgia, para elaborar y constituir el otro materno como objeto” (Guyomard, 2013. p. 29). Si la madre no puede sino revivir sus conflictos en torno al cuerpo de la hija, no permite a cabalidad la separación del infante de ella en tanto Otro; como consecuencia, se instala entre ambas un tipo de relación que esconde, tras una aparente triangulación, un tipo de relación dual, de exclusividad hacia el objeto, aquello que se ha denominado *pasión* (Aulagnier, 1994) o *vínculo* (Guyomard, 2013). El complejo de Edipo impresiona entonces como una relación de a tres que en realidad esconde “una relación binaria con un sólo objeto dividido en dos fracciones, [la madre] buena y mala” (Green, 2010. p. 84), dificultándose el acceso al campo triádico por excelencia.

La primera separación con la madre es un antecedente para poder elaborar la conflictiva edípica (Guyomad, 2013). En este sentido, “cuando la madre no puede hacer frente a todos los movimientos apasionados de amor y odio que lo preceden, la identificación [de la mujer a lo femenino] se produce en el marco del odio, la disputa [...] la consecuencia es una disputa y confusión narcisísticas [entre hija y madre] muy grandes” (Udler Cromberg, 2001 p. 85), una tendencia a la fusión como forma de estabilización versus su reverso, la melancolía como afecto ligado a la existencia (Guyomard, 2013; André, 2001).

Cuando prima la fusión como figura del vínculo, las mujeres asignan a sus objetos la misión de darles una razón para vivir; incluso “la relación mal llevada entre el yo y el objeto puede a su vez sexualizarse, lo que invita a considerar el papel de una homosexualidad calificada de

«primaria» en la relación entre la hija y la madre. No es raro asistir a relaciones pasionales, en una edad adulta tardía, entre la madre y el hijo. En general se trata de la hija mujer, pero el varón no escapa a esta suerte. Tales relaciones pasionales se establecen sobre el fondo de una dependencia con respecto a actitudes y sentimientos de la madre que perdura indebidamente y no desaparece con el tiempo [...] El análisis revela la persistencia tenaz de fijaciones a los objetos incestuosos, la imposibilidad de separarse de ellos y de hacer el duelo correspondiente [...] el sujeto no puede renunciar a uno de sus padres para elegir al otro, como si tal elección significara la imposibilidad de conservar al primero” (Green, 2010. p. 87- 93).

Si a esta dificultad de separación de la madre sumamos la ausencia de un padre real que reconozca lo femenino, el Edipo es francamente desdichado y la posibilidad de encarnar una posición de mujer se torna muy difícil. Nada de esta falta en ser puede entonces convertirse efectivamente en deseo. Toda relación al objeto reactivará “las esperanzas infantiles decepcionadas. Estas mujeres niñas jamás tuvieron un padre por el cual se sintieran reconocidas, amadas y respetadas. Su ausencia las hizo sufrir cruelmente y creo un vacío tan grande que la sexualización siempre precoz de las relaciones sirvió en ellas para enjuagar las lágrimas por esa falta y suscitar la esperanza de una reparación mágica de su narcisismo herido por un Edipo desdichado” (David, 2001. p. 35). Cuando el sujeto además sufre de decepción por los dos objetos parentales, “el odio no se ve contrabalanceado por un amor que podría mantener las ganas de vivir, y el narcisismo del sujeto queda comprometido en grado sumo por la ausencia de apoyos identificatorios” (Green, 2010. p. 94). Se trata de una imposibilidad de encontrar un lugar propio en la fantasía edípica por una dificultad radical en el logro de la identificación y el reconocimiento simbólico por alguno de los dos progenitores.

Hemos visto hasta ahora los dilemas fundamentales de lo femenino. Vale la pena destacar que en aquello se juegan tanto las funciones maternas como las paternas, y la relación de objeto real y sostenida con ambos padres.

En el caso de los hombres, como vimos, la primera identificación de todo sujeto siempre será igualmente a la madre; sin embargo, en el varón, el alejamiento de la madre se dará por mediación identificatoria con el padre (Udler Cromberg, 2001. p. 85) lo cual facilita la intromisión de un elemento tercero en esta primera forma de vinculación. La primera identificación al padre es, sin embargo, siempre mediante una posición pasiva, sólo posteriormente a ello el niño será capaz de tomar la posición viril: “la identificación con el padre, con su potencia, se basa en el amor del padre por el niño y en la forma sexual que tiene éste de manifestarse imaginariamente [...] para convertirse en futuro guerrero y ceñir espada, el niño debe primero ocupar en la escena sexual la posición penetrada por la mujer. El pene no se otorga, no se transmite sino a través del gesto que feminiza...” (André 2014. p. 40).

El hombre, entonces, encuentra en el padre una salida identificatoria que sostiene la castración. El niño encuentra ahí el significante fálico como un significante que lo representa en su condición masculina, y con el cual busca la identificación. En este sentido, el hombre hará del deseo sexual su orgullo, pues será “el signo de su potencia viril [...] [el hombre] sólo puede concebir la fidelidad como un renunciamiento pese al deseo” (Aulagnier Spairani, 1984. p. 75). La posición masculina se caracterizaría entonces por concebir el deseo sexual como el lugar donde encarnar un deseo total, un deseo autónomo, un deseo que no depende de ningún objeto en particular y frente al cual, por lo tanto, el objeto es variable; la mujer pasa entonces a hacer las veces de un *objeto intercambiable* (Aulagnier Spairani, 1984). La identificación al significante fálico conlleva que el sujeto en posición masculina intente negar su relación con la

castración, y lo hace a través de negar su condición de dependencia al objeto. En este sentido, el “conflicto entre la corriente tierna y corriente erótica es una modalidad habitual de las investiduras masculinas” (Parat, 2001. p. 20), pues “si es preciso el Amor para que el deseo sea, entonces su supremacía fálica se descubre sometida a la buena voluntad del Otro” (Aulagnier Spairani, 1984. p. 75). La posición masculina se caracteriza entonces porque el sujeto busca reivindicar constantemente que es un “ser deseante por derecho divino” (Aulagnier Spairani, 1984. p. 78).

Un conflicto usual entonces entre los hombres sería que, aunque no de manera radical, los varones “cuando aman no anhelan y cuando anhelan no pueden amar” (Freud, 1912 p. 176). Por la escisión entre amor y deseo, consecuencia de la identificación al falo, el hombre hace del amor una posición de renuncia frente al deseo. El sujeto en posición masculina puede amar y desear a la vez al mismo objeto sexual, sin embargo, “basta que se dé cuenta [...] de que la belleza femenina de las otras lo deja fisiológicamente indiferente, para que el espectro de la impotencia se perfile [...] en el horizonte” (Aulagnier Spairani, 1984. p. 75). A su vez, la “llamada naturaleza poligámica de los hombres no es sólo la consecuencia de una pulsión que no tiene otro fin que la satisfacción, sino que es también el correlato de una sexualidad que evita el reencuentro siempre peligroso con el otro sexo” (André, 2013. p. 60).

Esta disociación conlleva que, por una parte, el discurso masculino dará a entender que en torno al amor “el valor de la mujer es regido por su integridad sexual, y el rasgo de la liviandad lo rebaja” (Freud, 1912. p. 159). El campo del deseo y la fantasía, sin embargo, estará invadido por la idea que “la mujer casta e insospechable nunca ejerce el atractivo [...], sino sólo aquella cuya conducta sexual de algún modo merezca mala fama y de cuya fidelidad y carácter intachable se pueda dudar” (Freud, 1912. p. 158).

El hombre está más a resguardo de la relación pasional, en la medida que el vínculo primario a la madre está mediado por la identificación al padre del otro sexo, y su condición viril encuentra representación en el significante fálico; pero esta facilitación de la salida trádica en el caso de los varones se da siempre y cuando ambos objetos primarios, madre y padre, faciliten respectivamente tanto el primer destete psíquico (Guyomard, 2013) como la identificación al padre (Guyomard, 2013; Green, 2010). Freud describe un tipo particular de relación pasional en el caso de los hombres. Señala el autor, hablando de la elección de objeto en el hombre, que cuando prima el carácter de liviandad de la mujer en la elección de objeto y no se conforma el varón con mantener esta cualidad en el campo propio de la fantasía, se instala un tipo patológico de elección de objeto pues el hombre se desgastaría en esta relación, empleando el “máximo gasto psíquico, hasta consumir todo otro interés [...] en la vida de quienes responden a este tipo [de relación] se repiten varias veces pasiones de esa clase con iguales peculiaridades -cada una, la exacta copia de las anteriores-, y aun, siguiendo vicisitudes exteriores, como los cambios de residencia y de medio, los objetos de amor pueden sustituirse unos a otros tan a menudo que se llegue a la formación de una larga serie (Freud, 1912. p. 159).

El lugar del padre en este sentido es decidor. La manera en que aquel porta su cuerpo masculino, así como la forma en que se relaciona a la condición fálica del significante que lo representa, genera un impacto psíquico en el infante, no sólo en el campo imaginario, sino que por sobre todo simbólico, permitiendo o no la identificación (André, 2014). Lo masculino entonces se caracteriza por una permanente reivindicación del lugar de sujeto de deseo; sin embargo, sería un error decir que el deseo es una posición eminentemente masculina. El deseo

implica el establecimiento de una terceridad que permite un corte entre el sujeto y su objeto, y aquello corre tanto para hombres como en mujeres.

Para finalizar, es relevante señalar que en hombres y mujeres coexisten siempre mociones de tipo femenino y masculino, que exigen complementariedad. Joyce McDougall señala al respecto, la relevancia de “caminos potenciales que permitan la integración de la constelación homosexual tanto en el caso de los hombres como de las mujeres” (McDougall, 1997. p. 15 en Udler Crombing, 2001. p. 79). Es decir, tanto hombres y mujeres, ya sea desde una posición femenina o masculina, requieren cierta definición de una posición sexuada en integración con las mociones propias a las del sexo opuesto. Si esto no sucede de buena manera, la imagen de sí estará “poco diferenciada sexualmente- con frecuencia es reivindicativa del genero neutro, es decir, el sentimiento de no ser hombre ni mujer. El sexo es contingente, no se percibe con nitidez angustia de castración propiamente dicha ni una clara envidia del pene” (Green, 2010. p. 132). En estos casos, evidentemente no se ha logrado tomar una posición sexual que integre los elementos de ambos ejes, dificultando el devenir sexual y sensual de la experiencia.

Los avatares de la vida y las satisfacciones con los objetos son decisores al momento de tomar una posición erógena, sexual y sexuada. En este sentido, el primer vinculo al objeto materno pero también la relación al padre, las identificaciones y la elaboración del complejo de Edipo, implican procesos de suma importancia en el camino de elaborar una posición erógena y sexuada. Tanto padre como madre deben poder reprimir mociones sexuales para investir a sus hijos desde la ternura, desde la función maternal/paternal, y en la medida que la castración actúe a nivel psíquico en ellos, el infante, femenino y masculino, podrá elaborar un cuerpo erógeno para luego poder encauzar las mociones propias al ejercicio de la sexualidad genital. Sin la acción de la represión en el psiquismo de los padres, los distintos niveles de elaboración

psíquica en el sujeto se confunden, tanto en lo que respecta al propio cuerpo (orden de las pulsiones) como al orden de las generaciones (ley del incesto).

Respecto de las identificaciones, sólo brevemente recordaremos que la base del proceso de identificación es que “al adoptar el modelo presentado por el objeto, se espera obtener su amor” (Green, 2010. p. 96) y es por ello que “la identificación permite una familiarización asimiladora, de hecho distante del objeto (Green, 2010. p. 96). Si este proceso falla da lugar a una “confusión identificatoria, con intercambio y entrecruzamiento de identidades entre objetos totales” [...] ahí, se tiene la impresión que “las identidades entre el progenitor y el hijo se han intercambiado” (Green, 2010. p. 97). La identificación, en este sentido, es un proceso simbólico y no sólo especular. La importancia de ambos progenitores y sus efectivas relaciones se tornan fundamentales.

Diremos también que los efectos patógenos de los progenitores en el aparato psíquico de todo sujeto surgen tanto por su invasiva presencia como por los efectos de su radical ausencia (Green, 2006). La posibilidad de encarnar una posición subjetiva, erógena, sexuada y filial, como veremos, depende de este fundamental equilibrio. Todos estos puntos se mencionan pues otorgan una alta e infinita complejidad a la forma en que se encarna la posición sexuada y la elección de objeto. De alguna manera, los resultados de esta investigación nos convocaran a este espacio una y otra vez.

Para finalizar, diremos que profundizamos en los ejes de la identificación y de la toma de posición sexuada únicamente bajo la lógica en que cuerpo de mujer e identidad femenina coinciden, lo mismo en el caso masculino. Esto únicamente a efectos del trabajo de investigación aquí presentado.

3.2.7. La filiación: devenir hijo, devenir sujeto, devenir padre/madre:

Como hemos visto, las experiencias tempranas condicionan en cierta medida el funcionamiento de nuestra psique, y en esa medida podemos pensar que ser hijo conllevará a nivel psíquico indisolublemente la marca de los padres. Esta misma experiencia facilita o impide para el sujeto la toma de lugar en la cadena de filiación de la cual es parte, para encarnar posteriormente una posición de transmisión a las siguientes generaciones. A continuación, profundizaremos en todo aquello.

Es necesario insistir, antes de iniciar nuestro recorrido teórico, que en todos los procesos que describiremos a continuación el yo del sujeto no es un producto pasivo del discurso del Otro, sino que siempre es una instancia activa (Aulagnier, 1991). Tal como destaca Tisseron “aún cuando la realidad psíquica de los padres modela la de los hijos, esta nunca es modelada de forma pasiva. No existe jamás una transmisión ni una recepción pasiva de un cuerpo extraño procedente de una generación anterior” (Tisseron et al, 1995.p. 12). Las salidas que tomará entonces cada sujeto frente a estos conflictos se instalarán como posiciones subjetivas y no sólo como meras respuestas a los vínculos fraternos. La posibilidad de encarnar o no una posición subjetiva, una condición sexual y sexuada, una posición maternante o paternante, será entonces producto de un elaborado entramado inconsciente, ligado fuertemente a la forma en que cada sujeto ha podido posicionarse y encarnar el lugar de deseo.

En el campo de la filiación, recordaremos que todo deseo designa “un predicado posible que es, ante todo, acorde con el sistema de parentesco al que pertenece el sujeto” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 170). “Lo que el yo desea llegar a ser se relaciona íntimamente con los objetos que espera tener, y estos objetos, a su vez, obtienen su brillo a partir del enunciado identificadorio que ellos remiten a quien los posee” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 171). En

este sentido, cada hijo responde a un deseo en los padres y otros significativos, que “depositan fantasías de trascendencia, de protección [...] de supervivencia simbólica, de reparación, entre otras” (Alizalde, 2016. p. 26). El deseo de hijo conlleva siempre expectativas narcisísticas por parte de los padres en cuanto a la trascendencia, la continuidad generacional, la sobrevivencia imaginaria y simbólica (Alizalde, 2016. p. 28). También, puede responder a un imperativo de procreación y autoconservación de la especie (Alizalde, 2016. p. 28), o a aquello que se ha denominado el *súper yo materno*, es decir, al imperativo a la maternidad idealizada en tanto el ejercicio de ésta respondería al “Ideal del yo de toda mujer” (Dio Bleichmar, 2016. p. 53). Sin embargo, es necesario que el deseo de hijo responda al deseo de posicionarse como una alteridad subjetivante para otro, es decir, al deseo de encarnar la posición de un sujeto que pone en juego la reserva simbólica de sus primeros vínculos para prestarse como presencia subjetivante al hijo, de manera tal que aquel pueda acceder a la constitución de un territorio psíquico personal y subjetivo (Aceituno, 2013). Es decir, el deseo de hijo debe responder al deseo de transmisión de algo del orden de la memoria intergeneracional, para que justamente aquel que toma el relevo en la cadena de generaciones pueda dar lugar a la creación de algo nuevo y subjetivo, aunque manteniendo el sello de lo recibido, justamente dando cuenta de la distancia y la continuidad entre las generaciones. En resumidas cuentas, el deseo de hijo se ancla en “un largo proceso que se gesta en la infancia, ligado al tener, al Ideal del yo y de las peripecias edípicas” (Woloski, 2016. p. 110).

Todo hombre y toda mujer llegará en determinado punto a preguntarse acerca de la posibilidad de trascendencia mediante la descendencia; en este sentido, podemos afirmar que todo hijo es siempre y para todo sujeto un personaje simbólico que gravita en la vida, “ya sea que se materialice en una paternidad, que permanezca como un proyecto postergado, sea

rechazado o nunca se concrete” (Alizade, 2016. p. 26). El hijo concreto y real tiene la facultad de poner en despliegue efectivamente este conflicto, aunque también el deseo de no paternidad/maternidad responde a las mismas conflictivas.

Podemos afirmar entonces que la *identidad generativa* (Alizade, 2016), es decir, la posibilidad de encarnar una posición maternante o paternal para otro, es algo que se construye en el trascurso y devenir del desarrollo libidinal y de la forma en que el elemento de filiación se tramita en el marco de las satisfacciones pulsionales. Recordemos que “la base para la constitución de un territorio psíquico susceptible de guardar las huellas memoriales de la infancia concierne a la relación al otro en tanto presencia subjetivante, cuya palabra y cuya inserción social y cultural esté autenticada. Más específicamente, esta participación del otro desde los primeros estadios del desarrollo infantil toma la forma de lugares parentales certificados, por así decirlo, cultural y simbólicamente. Asimismo, ello exige que se trate de figuras, de sujetos, marcados a su vez por la relación a sus propios orígenes, a su propia filiación, transmitida así fantasmáticamente a las generaciones que siguen” (Aceituno, 2013. p. 108). La *identidad generativa*, es decir, la posibilidad de encarnar para un hijo la posición de un Otro que se presta para la identificación filial y pulsional del niño, que se presta como alteridad constitutiva (Aceituno, 2013), es el resultado de un proceso de tramitación pulsional e identificatorio que permite la construcción psíquica de uno mismo en tanto progenitor potencial (Alizade, 2016. p. 26). La cadena de filiación intergeneracional a la que remite la condición materna y paterna se revela así en su complejidad.

Para que la elaboración de la función paterna y materna sea efectiva, el sujeto como hijo debe haber podido representarse como efecto del doble deseo de los padres y de la realización del placer parental (Castoriadis Aulagnier, 2010, p. 258). Esta representación, que concierne al

propio origen, es fundamental para que todo sujeto pueda figurarse la relación de pareja como una fuente y lugar de placer.

El deseo del hijo y la encarnación misma del rol paterno/materno implica varios ejes, de los cuales resaltaremos dos: por una parte, está el deseo de encarnar la función paterna/materna en sí misma, problemática que interpela simbólicamente al sujeto, al ser, pero que también confronta al sujeto en su narcisismo. Por otra parte, está el deseo de tener un hijo, es decir, de brindar un lugar a otro, tener una alteridad, dinámica ligada a la resolución edípica y a la problemática del tener. Todo aquello en el marco de la posibilidad de concebir o no el vínculo entre dos sujetos en el lugar de padres, como un espacio mutuo de placer.

Para encarnar estos dos ejes es fundamental que exista el deseo por parte del sujeto de renunciar a una disposición incestuosa en su forma de vinculación, así como el deseo de asumir una posición adulta de paternidad o maternidad. Encarnar aquello desde una posición adulta implica que el sujeto accede a la convocatoria que lo exige como referente simbólico y se presta como alteridad fundamental para el otro aceptando que su historia, como memoria inconsciente, será transmitida de una generación a otra, y producida retroactivamente a partir de las exigencias del presente (Aceituno, 2013).

A su vez, tanto la maternidad como la paternidad se encarnan y ejecutan de maneras multicéntricas (Glocer, 2016. p. 36). Toda paternidad y maternidad conllevan una pluralidad de deseos y funciones, oscilando entre algunas predominantes y otras que se alternan y comparten. La función reconocida por excelencia como la función materna es la contención y el reverie (Bion, 1962), que en otras palabras apunta a que el sujeto se presta como alteridad radical para que el infante de lugar a su constitución psíquica e implica el establecimiento de las condiciones necesarias para que el pequeño logre elaborar la capacidad de

representabilidad psíquica (Aceituno, 2010. p. 69), pues sólo aquello le permitirá representarse a sí mismo como sujeto autónomo en su deseo.

Por su parte, la función paterna tiende a ser reconocida generalmente como la función de corte y de ley. Destacaremos respecto de la función paterna que para el infante en el inicio de la vida genera un importante displacer el hecho de tener que lidiar con un tercero deseante y deseado por la madre, pues él quisiera que la madre fuese exclusiva para él. Por esta razón, es fundamental que el padre compense este displacer al niño con una mirada libidinal hacia la madre, de manera que al contemplar el niño el encuentro entre ambos, “su copresencia y su catectización recíprocas, contemple una situación en la cual reina el placer, en la cual unirse produce placer”(Castoriadis Aulagnier, 2010, p. 258). Solo esto le permitirá al infante concebirse como efecto del placer entre los padres, para identificarse posteriormente con uno de los miembros de la diada parental como una función a ejecutar desde el placer. El niño requiere además que el encuentro con el padre implique una experiencia libidinal, para poder tramitar, identificarse e introyectar lo masculino como parte integral de su psiquismo.

Las funciones materna y paterna son dinámicas e incluyentes; puede incluso suceder que la función de terceridad y la de sostén se ejecuten de manera compartida y/o alternadas. De alguna manera, lo importante a señalar es que la función materna no puede prescindir de la paterna y viceversa, ambas son necesarias para dar lugar al desarrollo de un psiquismo integrado. La madre debe, en su función contenedora, promover la separación del hijo, y aquello por deseo propio, para que aquel no quede preso del campo narcisista de ella (Glocer, 2016; Guyomard, 2013). Esto ubica a la madre como un sujeto con capacidades simbolizantes para el hijo (Glocer, 2016. p. 34). Por su parte, la función paterna es también multicéntrica, pues la posibilidad identificatoria pasa porque el vínculo al objeto sea necesariamente un

vínculo erógeno, así como también la introyección de la terceridad por parte del infante sólo sucederá en la medida que aquella implique un devenir libidinal en el vínculo con el objeto padre y con la función paterna. Finalmente, la pareja parental debe desplegar un discurso que contenga significados acerca del deseo por el niño, acerca del deseo por el placer de engendrar, debe entregar una significación posible que dé cuenta que el encuentro con el hijo implica una fuente de placer transmisible y decible (Castoriadis Aulagnier, 2010).

Entenderemos entonces por filiación a la posibilidad de encarnar una función materna y paterna con esta complejidad, producto de haber sido concebido bajo los mismos parámetros como hijo; es decir, por una parte, la posición materna y paterna convoca a cada sujeto en su propia filiación y le lleva a poner en acto un estado memorial inconsciente de sus propios orígenes. Por otra parte, la función materna y paterna exigen cada una de ellas y de modos diversos, la integración de la otra función parental para poder ejecutarse a cabalidad, para dar lugar a una experiencia subjetivante por parte del infans. Cada una de ellas además articula el campo libidinal e identificador de diversas formas, de manera tal de prestarse como soporte simbólico al proceso de subjetivación del niño. El hijo sólo podrá simbolizar el mundo en la medida que es simbolizado por otro, reconocido en su deseo como distinto de aquel, aunque continuador de la cadena de filiación a la vez.

La noción de cuerpo filial da por sentado, entonces, que existe “una necesidad básica en el ser humano que es la de formar parte de la historia de alguien, de tener un sentido para alguien, sentirse sostenido por alguien que nos da lugar en su vida. Es en el lazo afectivo con el Otro donde nos configuraremos como sujetos y será el disparador que inaugurará “la relación de objeto”” (Barembuaum Moses, 2016. p. 82). Esto quiere decir que todo sujeto “antes de simbolizar, ha debido simbolizar-se, antes de inscribir sus objetos de investidura e

identificación ha debido ser tomado él mismo como objeto de identificación por uno o más otros que garanticen, aún mínimamente, su lugar en el tiempo y en el espacio de la historia” (Aceituno, 2010. p. 70); esto constituye una necesidad vital para la existencia psíquica (Aulagnier, 1994).

El cuerpo, en su condición erógena, encarna un lugar en la cadena de filiación; responde a deseos de los padres, toma de aquellos las vías y formas de satisfacción, de la interacción con aquellos se constituirá como sujeto de deseo, con aquellos elaborará las identificaciones que serán el asiento de su identidad, de sus cuidados el cuerpo se tornará erógeno y tomará la primacía de cierta economía psíquica, etc. Se vuelve evidente entonces cómo la encarnación de una posición maternante o paternante convoca necesariamente a la forma de aquel primer vínculo con los propios progenitores: “devenir hombre y devenir mujer anteceden lógicamente el devenir padres, y ese proceso transcurre en el vínculo que entrama a los tres términos, padre, madre e hijo” (Ungar, 2016. p. 105).

En la mujer, el deseo de hijo responderá a un pasado lejano: en primer lugar “al «deseo de tener un hijo de su propia madre», y si todo se desarrolló «normalmente», su infancia habrá sido marcada por el «deseo de un hijo del padre», luego por el «deseo de hijo» cuyo padre imaginario, no siendo ya el propio, seguía siendo, sin embargo, un hombre futuro que tendría sus cualidades y que sería su sucesor legal”. (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 85). En cuanto al hombre, “su «deseo de hijo» se formuló inicialmente como «dar-recibir un hijo a y de la madre» antes de que lo reemplazase el término «mujer»” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 85).

En el caso específico de las mujeres, se ha afirmado que es en torno a lo femenino materno que se sostendrá la identidad de la mujer (Guyomard, 2013. p. 19) en sus dos vértices: mujer y madre. Como vimos, la primera forma de vinculación a la madre marcará el destino de la parte

fusional entre madre e hija, y la elaboración de aquello permitirá o no una identificación a lo femenino y lo materno como elemento tercero. El complejo de Edipo permitirá que la relación al padre y su renuncia como objeto de amor, selle este proceso, culminando (al menos en la obra freudiana) con el deseo por un hijo. La primera experiencia de maternidad de la mujer es siendo hija, por lo tanto cuando aquello no ha tenido una buena resolución, la maternidad encarnará un riesgo de desaparición subjetiva y aquello le imprime su imborrable sello melancólico. Lo materno implicará para una mujer en tales circunstancias necesariamente la no diferenciación con la madre, por lo cual tener un hijo puede conducirla a una angustia insoportable o a la vivencia de indiferenciación con el objeto-niño. A su vez, el hijo tomará el estatuto del relevo del elemento fálico sólo en la medida que el Edipo tenga una buena resolución, y aquello depende también de haber contado con la presencia real de un padre que se ha prestado como objeto de amor, de un amor erógeno, no erótico.

En los hombres, el primer destete psíquico de la madre cobra igualmente importancia pues es, tanto para el varón como para la niña, la primera huella de separación con el objeto fundamental; la madre, será el antecedente fundamental al que se retorna posteriormente para elaborar la castración al momento del Complejo de Edipo. En este sentido, reiteramos la necesidad de que el primer destete psíquico pueda inscribir la pérdida para que emerja la alteridad, tanto en hombres como en mujeres. La trasmisión de lo femenino, así como el surgimiento de un espacio de subjetivación, en ambos casos depende de aquello.

La paternidad, por su parte, es la escena donde transcurre parte importante de los derroteros de la masculinidad (Aceituno, p. 16 en Guyomard, 2013). Tal como hemos visto, lo masculino se afirma en la identificación al padre en la salida del complejo de Edipo, lo que permite la renuncia final a la madre en espera de conseguir otro como objeto, como mujer. Así, la

posibilidad de encarnar una posición paterna pasa por la resolución del primer vínculo a la madre como por la posibilidad de identificación al padre, y esto requiere de un progenitor que pueda portar sin conflictos profundos su virilidad fálica, su masculinidad simbólica y la introyección de la función de terceridad. La posibilidad de introyectar la pareja parental como espacio y fuente de placer se torna igualmente definitoria para hombres y mujeres.

La configuración narcisística interpela entonces no sólo el estatuto erógeno del cuerpo y del afecto, sino que también el lazo identificatorio y simbólico entre un niño que ocupa el lugar del hijo y unos adultos que encarnan el lugar de padres. Se trata de un lazo erógeno en la medida que los adultos implicados aceptan de manera inconsciente y no sólo referencial, que el niño encarna el lugar de un sujeto de deseo distinto del deseo propio, encarnando el hijo entonces un lugar de renuncia y continuidad a la vez del deseo de inmortalidad de los padres. Es necesario y relevante dejar espacio a la novedad y alteridad del hijo pues aquel encarna igualmente el lugar de sucesor historizado de un deseo originario, y los sentimientos que se experimentan en relación con él son, también, los sucesores históricos de los afectos tal como se los experimentó en su momento (Castoriadis Aulagnier, 2010). Sin el espacio para la diferencia, el hijo podría ser para los padres la efectiva y encarnada continuidad de su propia existencia, la repetición de lo mismo, sin dar lugar a la subjetividad de aquel.

La posibilidad de encarnar la función paterna y materna pasa entonces por reconocer en el hijo un sujeto que es continuador de sus padres, pero a la vez un sujeto que cuenta con un deseo propio, legítimo en su autonomía y en esa medida se trata de un vínculo que corta con la fusión identitaria entre ambos y la posibilidad de simbiosis. “El hijo es la vida de uno que sigue a través de otro que es distinto” (Barembuaum Moses, 2016. p. 80). Es por ello, por este corte, que “la conducta del padre y la madre derivan de lo que ya no puede manifestarse del deseo

edípico, de lo que no debe manifestarse y que, como consecuencia de ello, se expresa y se manifiesta mediante los sentimientos que se llaman ternura, cariño, la búsqueda del bien de y para el niño” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 85). La posición enunciativa del infante y de los propios padres, en este sentido, será “tributaria de una asunción de las filiaciones que nos ubican en el tiempo de la historia, desde donde sólo podemos escuchar lo nuevo a condición de que esta escucha sea admitida, al menos parcialmente, como un efecto de lo que se nos ha transmitido y de lo cual nosotros tomamos relevo” (Aceituno, 2013. p. 111). Sin este corte necesario en la relación, diremos que el hijo no logra ocupar el lugar de tal, sino que queda en posición de objeto narcisístico o de satisfacción de los padres (Guyomard, 2013). Sin todo aquello, diremos igualmente que padre y madre no logran encarnar su papel; ambos deben actuar como intermediarios entre la función que encarnan y el concepto que deben transmitir (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 211). Pensamos que en ciertos padeceres psíquicos, “es difícil establecer una relación a la vida que no pase por una filiación detenida” (Aceituno, 2013. p. 70), hombres y mujeres presentaran severas dificultades para encarnar una posición maternante o paternante pues será su propia filiación aquello que les impedirá criar hijos con su propio espacio y su posible autonomía (Aceituno, 2013).

El padecer psíquico, muchas veces, responde a la imposibilidad de introyección de alguna función psíquica (Torok et al, 1995); en este sentido, las dificultades en el campo de la simbolización presentan también muchas veces un claro origen transgeneracional. Recordemos que “Nicolas Abraham y María Torok llaman inclusión al mecanismo psíquico puesto en juego cuando la introyección es imposible. La sede de ésta es el yo. Confrontado con un acontecimiento del que le es imposible obtener la introyección armoniosa de sus distintos componentes, un individuo reacciona con una inclusión en el seno de su yo del conjunto de los

sentimientos, emociones, pensamientos e imágenes movilizados en la situación dificultosa. La conmoción de esta inclusión se manifiesta en “fantasías de incorporación” [...] En un nivel tópico y ya no dinámico, de esto resulta una configuración psíquica, que denominan “cripta”, en la cual el símbolo psíquico es partido en dos fragmentos” (Torok et al, 1995. p. 16). En esos casos, el trabajo de elaboración psíquica no se hace a consecuencia de experiencias de tinte traumático para el sujeto. Esta ausencia de elaboración psíquica implica un clivaje “que va a constituir para las generaciones ulteriores una verdadera prehistoria de su historia personal” (Torok et al, 1995. p. 18). El evento traumático se vuelve para su víctima directa un “indecible” (Torok et al, 1995. p. 18), pero para la generación siguiente aparece como un innombrable, en la medida que se trata de un experimentar que no ha podido ser objeto de ninguna representación. La imposibilidad de representar cierta cualidad de la experiencia entre generaciones genera estos espacios de irrepresentabilidad, estos indecibles, innombrables y posteriormente, unos “impensables” (Torok et al, 1995. p. 19), es decir, sensaciones, emociones, imágenes o potencialidades de acciones que el sujeto vive como experiencias de sí mismo bizarras y que no logran explicación por su propia vida psíquica o por su vida familiar (Torok et al, 1995).

Bajo esta lógica, los traumatismos no elaborados en una generación podrían eventualmente inducir una extinción de la sucesión en los descendientes cuando éstos no han podido liberarse lo suficiente de estos agujeros de la simbolización, como para orientarse hacia elecciones amorosas y familiares sanas (Torok et al, 1995) que les permitan encarnar la posición materna y paterna con placer. Veremos cómo algo de esta índole sucede entre nuestros entrevistados, afectando la posibilidad de encarnar una posición subjetivante para otros, que se ofrezca como un Otro simbólico al momento de dar lugar a una nueva vida.

3.2.8. La vivencia en continuidad y la elaboración del Tiempo: el *apres coup* y el papel de la represión primaria:

Diremos que “un sujeto no se puede preservar, no puede desear ni amar sino es reconociéndose en ese ser compuesto que liga lo singular y lo universal” (Aulagnier, 2003. p. 22). Tal como destaca Aulagnier (1991), “es en el curso del tiempo de la infancia que el sujeto deberá seleccionar y apropiarse de los elementos constituyentes de ese fondo de memoria gracias al cual podrá tejerse la tela de fondo de sus composiciones biográficas. Tejido que puede sólo asegurarle que lo modificable y lo inexorablemente modificado de sí mismo, de su deseo, de sus elecciones, no transformen a aquel que él deviene, en un extraño para aquel que él ha sido, que su “mismidad” persiste en ese Yo condenado al movimiento, y por allí, a su auto-modificación permanente [...]. Las relaciones causales que el sujeto tejerá entre ese tiempo que vive, el futuro que anticipa y ese pasado, serán en gran parte ilusorias, conformes a su manera de construir o, por decirlo mejor, de reconstruir en conformidad con el presente que vive, ese pasado perdido. Pero lo que importa es la persistencia de ese nexo garante de la resonancia afectiva que deberá establecerse entre el prototipo de la experiencia vivida y la que él vive, por diferentes que sean la situación y el reencuentro que la provoquen” (Aulagnier, 1991. p. 443).

Este fondo de memoria del que habla Aulagnier, espacio representacional construido por y mediante el devenir de la infancia en su relación al Otro, otorga puntos de certidumbre en el campo de las identificaciones que le asignan al sujeto un lugar en el sistema de parentesco y orden genealógico, permitiendo en él el desarrollo de identificaciones permanentes en el tiempo, a pesar del cambio de su cuerpo. A su vez, esta memoria articula representaciones para la configuración de un espacio fantasmático, único capaz de aportar “la palabra apta al

afecto” (Aulagnier, 1991. p. 444). Se trata de un espacio de memoria, de un receptáculo de representaciones originarias, que permiten la articulación del Yo consistente pese al devenir temporal.

El sujeto construye el tiempo y su identidad en el marco de la temporalidad, sentando raíces en las primeras experiencias libidinales. Sólo así logra configurarse subjetivamente como parte de un todo pero no la réplica de lo ya vivido por otros, puede identificarse con otro pero no perder su identidad en él, se ubica como parte de la cadena de filiación pero no para repetir la historia, sino para dar espacio su propia historia personal. Preservar la novedad de la subjetividad en el marco de la pertenencia, es determinante para la elaboración subjetiva del tiempo; sólo así el tiempo se vivencia en continuidad, dando espacio a que el sujeto pueda construir un relato de sí mismo, historizarse, en una versión coherente de sí mismo, integrando sus contradicciones y dando cuenta del devenir vivencial en un relato con un sentido posible de ser compartido. De no construirse todo esto, diremos que el sujeto se encuentra con parte de su historia que han sido mutiladas, quedando definitivamente desposeído de partes de él mismo.

La tarea subjetiva de construir un tiempo del cual uno es parte, implica inicialmente que uno tiene acceso a la singularidad, a no ser la mera reiteración de la historia de los progenitores. El discurso acerca del origen y el devenir del infante debe tener carácter libidinal, para que el niño encuentre aquellos enunciados que se vuelvan identificatorios y le permitan la constitución de su existencia en el tiempo (Castoriadis Aulagnier, 2010; Aulagnier, 1991; Aulagnier, 2003). Sólo así el tiempo será vivido como un tiempo consensual, compartido y no será la mera repetición de un devenir ya vivido. Siempre “la investidura de un tiempo futuro tiene como condición la esperanza de que él permitirá la realización de una potencialidad ya presente en el Yo que inviste ese tiempo y ese placer diferidos” (Aulagnier, 1991. p. 445). El yo, en este sentido, se

manifestará en función de una meta, se construirá en torno al ideal, pero en función de un futuro deseado y esperable. Solo así, el yo tendrá la posibilidad de reflexionar acerca de sus vivencias, tomando el mínimo de distancia que le permita llevar a cabo el trabajo de diferenciación que habrá de separar el presente del pasado y lo propio de lo ajeno.

En la tarea subjetiva de la elaboración de tiempo, tomamos como un eje relevante el campo de la represión. Recordemos que Freud nos revela la importancia de la amnesia infantil; tal como él nos señala: “tenemos que suponer [...] que esas mismas impresiones que hemos olvidado dejaron, no obstante, las más profundas huellas en nuestra vida anímica y pasaron a ser determinantes para todo nuestro desarrollo posterior” (Freud, 1901-1905. p. 159). El concepto de represión nos habla de elementos que se asientan en la base de nuestro psiquismo para aportar en su configuración, pero permitiendo al sujeto olvidar tanto la carga libidinal que tenían los objetos originarios como también la connotación sexual del amor que entonces contenía aquel vínculo. Aquello da lugar a que el sujeto invista nuevos objetos, y que el deseo circule entonces en un devenir enfocado al futuro, a un tiempo nuevo, que justamente permite olvidar que el deseo cuenta con la horma del pasado infantil. La posibilidad de tomar un lugar en la cadena de filiación pasa justamente por ello, pues se espera que lo que se transmite al hijo cuente ya con el sello de la represión, entregando elementos elaborados previamente por el deseo materno/paterno.

Sin embargo, muchas veces la tarea de la represión falla, afectando igualmente la posibilidad de la elaboración del tiempo. En estos casos diremos que no es ya lo reprimido lo que está en juego, sino la “presencia de una representación [...] que se ha vuelto no reprimible a causa de su íntimo entretejimiento con un enunciado identificador” (Aulagnier, 2003. p. 47). Se trata entonces de un accidente que golpea la psiquis infantil, acontecimientos objetivos que al estar

cargados de un exceso de *quantum* psíquico hacen inabordable aquel enunciado identificante, quedando entonces el sujeto adherido a él, fijado, imposibilitado de reprimirlo, deteniendo la posibilidad de circular entre los significantes que lo representan. En estos casos, el sujeto aparece como detenido en el tiempo, imposibilitados de buscar nuevos objetos de satisfacción, nuevas formas de relación al objeto, de poner en juego su historia como memoria inconsciente (Aceituno, 2013); se ubica entonces como un sujeto impedido de diferenciar “la ausencia temporaria de la pérdida duradera” (Freud, (1926) [1925] En Cabrera, 2010. p. 41).

Pensamos, en este sentido, que la relación del sujeto con sus primeros objetos ha tenido entonces el cariz de lo propiamente traumático, en la medida que “en la primera infancia, la impresión que deja el rostro del bebé ante la desaparición de la madre [...] es de dolor y angustia al mismo tiempo [...] no verla significa perderla para siempre [...] lo discernido, antes que una conclusión lógica, es la instalación de una experiencia de y que calma, luego de otra que abrumba [...] mientras no logre la instauración de esta experiencia, la ausencia prolongada de la madre que emerge con la violencia de la pulsión, al caer en el vacío su añoranza acompañada de frustración, cobra el carácter traumático tomando la impronta del terror [...] la pérdida de este objeto genera dolor en otro registro. La pérdida implica quedar a merced de la pulsión sin aplicación, lo que genera angustia y, con ello, angustia automática del orden del terror, en tanto en esta fase originaria no hay señal ni apronte angustiado preparatorio. El trauma habrá que leerlo desde el desvalimiento psíquico que no encuentra un sostén en otro, en su sentido primordial [...] el tiempo subjetivo que retorna con la angustia, tiene dos destinos posibles. El retorno de lo reprimido, bajo el dominio del fantasma y el principio del placer, seguirá la vía de la formación de síntoma. La vuelta a presentar, en cambio, angustia traumática

y originaria propia del narcisismo primario, no tiene huida posible para el yo [...], es la vuelta a presentar de lo traumático primordial” (Cabrera, 2010. p. 40-42).

En estos casos, la configuración del tiempo carece entonces del cariz temporal, en el sentido del venir del pasado para conducirse al futuro. Para el sujeto, puede que ciertos momentos de la existencia, sino la vida entera, se transformen en espacios fuera del tiempo, sin ligazón con el resto de la existencia, difíciles de describir, de incluso justificar. El tiempo carece de un sentido lineal, y se revela en su cualidad de repetición de lo mismo, de lo innombrable, de lo ominoso (Freud, 2013d).

Capítulo 4: Metodología de Investigación

La presente investigación surge de inquietudes nacidas en el ejercicio clínico, pero también de las dificultades de poder sistematizar en esta misma práctica aquellas ideas que han surgido al modo de impresiones, inquietudes, impasses, etc. La posibilidad de realizar un levantamiento y sistematización de la información únicamente mediante el estudio de casos, que tal vez pudiera haber dado cuenta por sí mismo de la profundidad de las reflexiones que aquí surgen, se vio truncada por la imposibilidad personal de ligar las particularidades clínicas bajo un solo eje comprensivo. La implicancia subjetiva que conlleva el trabajo en transferencia y, sobre todo, mis no tantos años de práctica clínica me jugaron en contra al momento de intentar sistematizar varios casos clínicos en el eje de un argumento principal, y preferí entonces realizar un estudio de carácter cualitativo que me permitiera, mediante la sistematización de la información recabada en las entrevistas, encontrar un discurso común entre tantos casos diversos. Esta investigación, aunque no propiamente clínica, me ha permitido acercarme en un segundo momento a mi campo clínico habitual y escuchar efectivamente a mis pacientes bajo la guía de los resultados obtenidos en este análisis.

Es por ello que esta investigación cuenta con dos partes, la primera toma el carácter de una investigación cualitativa, buscando profundizar en un acercamiento comprensivo e interpretativo a la realidad social, instalando al lenguaje como modo característico de acceder a estos aspectos y la presencia y posición del investigador como condición de posibilidad del conocimiento (Alonso, L. 1998). Y aunque "este proceso busca posicionar la investigación social desde una lógica alejada de la pretensión de neutralidad científica (Pérez 1998, en Fernández Droguett, 2006. p. 327), es decir, instala la idea de un observador participante que obliga a "revisar los supuestos clásicos de la objetividad, neutralidad y prescindencia de los científicos"

(Pérez, 1998, en Fernández Droguett, 2006. pp. 327), a su vez sin embargo implica un riguroso sistema de producción y análisis de datos que permitió que se aclarasen para mí las ideas y surgiera aquello que finalmente quería decir. La segunda parte de esta investigación implica una discusión teórica de los discursos de los entrevistados, que permiten orientar una clínica posible, a partir de la lectura psicoanalítica del análisis del discurso de las entrevistas.

Pese a las limitaciones que en un primer momento parecía conllevar la dificultad personal de hacer una tesis centrada en el estudio de casos, como habría querido, debo decir que el trayecto de esta investigación me ha traído satisfacciones, pues las entrevistas se han nutrido de una escucha clínica y han tomado inevitablemente un cariz clínico inexcusable; a su vez, he podido repensar la clínica de las adicciones por cada cita textual dicha por los entrevistados, por las categorías emergentes desde sus palabras y por el análisis teórico realizado en consonancia. Es este el camino que recorrí para que aquello que creí únicamente una intuición personal se transformara finalmente en una idea sistematizada, en mi tesis doctoral.

Para el análisis de las entrevistas, se ha utilizado como herramienta metodológica el análisis de discurso, pues la noción de discurso enfatiza que en lo dicho aparece un entramado complejo de voces, puntos de vista y palabras ajenas, que desbordan al sujeto y lo atraviesan de manera constitutiva (Montero, 2013, p. 248). En este sentido, se entenderá por discurso no sólo el decir explícito del hablante, sino que se comprende que el lenguaje no es sólo reproducido sino que también producido por el habla cotidiana, construyendo situaciones concretas y la acción misma (Sisto, 2000). Así, la comprensión de los discursos nace de la posibilidad de situar ambos a nivel de los discursos y prácticas susceptibles de ser interpretadas, entendiendo que su “sentido no necesariamente coincide con las representaciones explícitas del malestar o de la insatisfacción” (Aceituno & Radiszcz, 2013. pp. 130), sino que se trata de un sentido que

siempre involucra un nivel subjetivo e intersubjetivo más complejo, que lo trasciende en su decir. La discusión de los resultados propone una lectura desde un enfoque psicoanalítico, donde la manera sistemática de trabajar se sostiene desde el análisis de la transferencia (García, 2001. pp. 4)

Esta investigación de carácter cualitativo es, en definitiva, de índole psicoanalítica, específicamente desde una comprensión postlacaniana del sujeto y del discurso. Se escoge esta perspectiva psicoanalítica pues se considera constituye el paradigma más apropiado para abordar el objetivo de esta investigación, debido que esta corriente de pensamiento se basa “en al menos cuatro ejes (Urribarri, 2009. p. 672).

1) una lectura pluralista de Freud (que Jean Laplanche define como crítica, histórica y problemática) que revaloriza la metapsicología y el método freudianos como fundamento irreductible del psicoanálisis

2) una apropiación crítica/creativa de los principales aportes post-freudianos [...] y un diálogo con otras corrientes;

3) una extensión de la clínica a los desafíos del tratamiento de cuadros predominantemente no-neuróticos y

4) un horizonte epistemológico definido por el paradigma de la complejidad (E. Morin, H. Atlan, C. Castoriadis).

Además el vocabulario freudiano se establece como “lingua franca” y “common ground” (Urribarri, 2009. p. 672). Así, se trata de una perspectiva que, “por un lado, valora profundamente las ideas de Lacan y las propone a trabajar; y que, por otro lado, desconstruye y se desmarca de sus aspectos teóricamente reduccionistas, intelectualmente dogmáticos, ideológicamente reaccionarios, institucionalmente autoritarios y clínicamente iatrogénicos

(Urribarri, 2009. p. 668). El pensamiento poslacaniano, particularmente el movimiento psicoanalítico europeo, permite desplegar una fecunda pluralidad en el campo teórico y clínico pues concibe y opera con un modelo del psíquico complejo, fundado en la articulación de lo intrapsíquico y lo intersubjetivo, teniendo como ejes tanto a la pulsión como al afecto en el funcionamiento del aparato psíquico. Se trabajará entonces con nociones acerca del cuerpo, lo femenino y lo masculino, el funcionamiento psíquico, etc, planteadas desde Freud, hasta André Green, Piera Aulagnier, entre otros.

El sujeto, así pensado, es concebido como un ser que siempre dice más allá de lo que desea decir, dada su *spaltung* constitucional producto de ser un sujeto de/al lenguaje, existiendo una dimensión de heterogeneidad que le es constitutiva tanto al ser como a su decir (Montero, 2013. pp. 270). “Se trata de un sujeto cuyo decir no es individual, ni unívoco, ni transparente, sino que se le escapa y le resulta, en cierto sentido, inaprehensible” (Montero, 2013. p. 249); se trata aquí de un sujeto del inconsciente. Ello conlleva una comprensión específica del sujeto así como de su decir (Aceituno, R. & Radiszcz, E., 2013) y permite un acercamiento comprensivo e interpretativo a esta realidad que se propone profundizar. La perspectiva psicoanalítica y el análisis cualitativo encuentran entonces cierta coincidencia.

De esta manera, la noción de discurso bajo la perspectiva psicoanalítica toma un especial cariz pues el psicoanálisis plantea, por una parte, que “las conexiones entre las palabras tienen muchas más posibilidades semánticas que la sucesión de las palabras en sí misma. Esto deja al descubierto la importancia de la función evocadora del lenguaje (Lacan) que escapa a la visibilidad, a la continuidad y al ordenamiento obtenidos por los nexos perceptibles en una lógica que define sus reglas obedeciendo a las leyes que rigen los procesos secundarios” (Green, 2010. p. 150). Por otra parte, rescata el hecho que “el afecto ocupa el lugar de una

tonalidad nunca ausente en ningún discurso” (Green, 2010. p. 191) y que “el afecto inconsciente es percibido por el analista según las tensiones del discurso, incluso cuando las cualidades faltan en la comunicación consciente” (Green, 2010. p. 196). Comprender de esta manera la noción de discurso permite poner en cuestión la aparente linealidad y sentido unívoco del decir, “volviéndonos sensibles a una temporalidad tanto progrediente como regrediente, de estructura arborescente y, sobre todo, productora de potencialidades no expresadas o generadoras de resonancias retrospectivas” (Green, 2010. p. 151-152).

La perspectiva psicoanalítica da por entendido, entonces, que el discurso explícito, de aparente linealidad y acotado sentido, no es tal, pues siempre está infiltrado por el inconsciente; en otras palabras, el discurso manifiesto se encuentra presente siempre bajo “el efecto indirecto, invisible y mudo de las investiduras de las representaciones de cosa inconscientes sobre las representaciones de palabra y de la presión ejercida por los montantes de afecto que las connotan” (Green, 2010. p. 152).

La interpretación del discurso toma entonces una connotación particular, pues “en el desorden aparente de la comunicación los efectos de resonancia mutua son los que dan valor” (Green, 2010. p. 150). La interpretación del discurso conciente tomará, entonces, como guía “líneas de fuerza que lo atraviesan y que van a constituir las venas del discurso que permiten seguir, resonar, retroactuar, acoger por adelantado, la carga significativa que circula a lo largo de recorridos cuyo plan se diseña por las coordenadas del inconsciente” (Green, 2010. p. 153). Estas líneas de fuerza se constituyen justamente por la compleja red de resonancia entre los significantes, significados, tonalidad y el silencio en lo dicho, revelando las coordenadas del inconsciente. El discurso, entonces, no sólo engloba un decir cualquiera, un decir descriptivo,

no sólo decir mpas que lo que se dice en la literalidad de la palabra, sino que su análisis permite indagar y revelar al sujeto del inconsciente en sus diferentes y complejas dimensiones.

Así, el estudio que se propone esta investigación comprende la realización de entrevistas en profundidad y análisis de discurso, con la finalidad de comprender los discursos de hombres y mujeres toxicómanos acerca de su cuerpo. El análisis de discurso permite la categorización y análisis de los elementos del discurso bajo ciertos ejes temáticos; a su vez, la emergencia de categorías y su análisis permite dar cuenta del tránsito y tensión entre estos puntos del discurso. A continuación ahondaremos en aquello, pues se describen tanto en las características de los participantes como en las técnicas de producción de datos y de análisis.

4.1.- Muestra:

Se realizaron entrevistas en profundidad (Bueno-Osawa & Rodriguez, 2006; Robles, 2011), a sujetos 9 toxicómanos hombres y 9 mujeres. Todos los casos corresponderán a pacientes atendidos en un tratamiento de rehabilitación brindado por el Instituto Psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak. Se realizaron entrevistas en profundidad a hombres y mujeres adultos heterosexuales de cualquier nivel socioeconómico, pero excluyendo marginalidad extrema psicosocial, todos ellos con diagnóstico de polidependencia de drogas (THC, Cocaína, PBC y alcohol en general).

En primer lugar, se toma en consideración para la delimitación de la muestra que las estadísticas actuales (SENDA, 2014) muestran que el policonsumo es la característica más recurrente en la población adicta y que, en general, los consumidores transitan en el uso de las drogas seleccionadas, priorizando uno u otra según el momento. Se selecciona una muestra de sujetos que refiera una problemática ligada a policonsumo, en el entendido que existe sin

embargo un tipo de droga princeps. Es posible que los discursos en torno al yo/cuerpo varíen según el uso de droga preferente por el sujeto, pues recordemos que tal como afirma Green (2005), la droga se escoge en torno a los efectos de aquella sobre el afecto del sujeto. Sin embargo, el efecto de cada sustancia sobrepasa el interés de esta investigación. Nos interesa su impacto en tanto alude al campo subjetivo o afectivo de los entrevistados. El análisis categorial ha sido emergente y en esa medida, veremos cómo ubica la relevancia del tipo de sustancia en torno a sus efectos en el campo psíquico.

Se realizaron entrevistas a personas que se encuentran por lo menos con dos semanas de abstinencia con respecto al consumo de drogas, de manera que pueda existir un mínimo repliegue reflexivo en torno a la dinámica de consumo, sin generar un paso al acto o una angustia intramitable. No se establece un único o delimitado tiempo de abstinencia pues una muestra que difiera en el tiempo de abstinencia y en el tiempo de asistencia a un tratamiento de rehabilitación puede enriquecer el material recabado; pese a que el énfasis de la investigación no tiene directa relación con la manera en que cambia el discurso del sujeto respecto del uso o desuso de la sustancia a lo largo del tiempo, contar con esta variabilidad en los tiempos de abstinencia ha enriquecido el material y es por ello que no se delimitó únicamente al tiempo de abstinencia que se suele considerar el óptimo para considerar a alguien desintoxicado (14 días o 6 meses, según el criterio médico). Es relevante mencionar que no se busca indagar acerca del efecto de la sustancia ni de su abstinencia, sino en la manera en que el sujeto refiere en torno a aquella como un objeto de privilegiada investidura. Finalmente, en beneficio del paciente, se determinó que en caso de ocurrir una recaída durante el proceso de las entrevistas, las entrevistas se suspenden por un mínimo de 10 días, en función de favorecer su proceso de recuperación y reestablecer la posibilidad reflexiva.

Por otra parte, la literatura plantea que mujeres consumidoras de drogas con alta marginalidad tienden a la polimaternidad, mayores tasas de abandono de sus hijos, abortos, prostitución, etc. (Castilla & Lorenzo, 2012). Por ello se determina que todos los entrevistados pertenezcan a cualquier clase social, exceptuando estados de marginalidad extrema, de manera de descartar que factores propios a esa condición social incidan en el establecimiento de ciertas dinámicas subjetivas o en torno a ciertas relaciones objetales relevantes, como por ejemplo la relación a los hijos, el ejercicio de la prostitución, actividad delictual o de tráfico, la vida de calle, etc. que podría perturbar la posibilidad de acceder al fenómeno que se busca estudiar, o podría intencionar resultados.

Se determina que la muestra se componga de hombres y mujeres adultos (20-64 años) diagnosticados de dependencia a sustancias, eliminando con ello la población adolescente. Se descartan adolescentes y adultos mayores pues su conflictiva puede responder a elementos propios del estadio de ciclo vital, lo cual se estima que enturbia la claridad del fenómeno que se busca indagar.

Se descartan de la muestra igualmente personas inmigrantes, pues se considera que inevitablemente “las formas primitivas del objeto incluyen necesariamente determinaciones culturales que impregnan el modo de satisfacción de las necesidades más naturales” (Green, 2010. p. 72); es decir, que las experiencias tempranas y recientes de sujetos criados bajo la lógica de otra cultura puede conllevar a discursos acerca del cuerpo muy variables, por el sólo hecho de pertenecer a otro espacio cultural. Pese a que tal vez esta variabilidad de la muestra podría brindar una importante riqueza y diversidad al material, agrega sin embargo un factor imposible de abarcar a cabalidad, siendo poco exhaustivo e incluso impreciso. De esta manera,

la variabilidad cultural se convierte en un factor que nos aleja de la precisión del análisis y, por ende, del objetivo de la investigación.

Se descartan igualmente personas con diagnóstico de esquizofrenia/trastorno esquizoafectivo, trastorno del ánimo bipolar o con diagnóstico de personalidad antisocial o psicopatía, dado que las problemáticas asociadas a esos diagnósticos pueden responder a dinámicas propias de esos cuadros y no al fenómeno que se busca investigar. Se descarta también personas con alguna enfermedad física relevante (cualquier enfermedad somática diagnosticada que implique tratamiento continuo de alta intensidad y/o que se viva de manera disruptiva por el sujeto) o sujetos con discapacidad física, pues evidentemente aquello involucra otra realidad somática y puede abrir otros discursos en torno al cuerpo. Tal como afirman Zuckerfeld y Zonis, “aquí es preciso señalar que en función de la complejidad antes mencionada, las modificaciones de funciones biológicas (...) afectan los funcionamientos psíquicos” (Zuckerfeld y Zonis, 2016, p. 59). Finalmente, se descartan personas con diagnóstico de inteligencia límite, retardo mental o daño orgánico cerebral medio o severo, dado que se estima que la realidad asociada a estos cuadros escapa a los intereses de la presente investigación.

La muestra entonces se compone de 20 sujetos, correspondientes a 10 mujeres toxicómanas y 10 hombres toxicómanos, todos con diagnóstico de polidependencia. Todos los entrevistados son adultos, chilenos y sin estado de marginalidad extrema, en atenciones por su problemática de consumo en el Instituto Psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak y/o Comunidad Terapéutica Talita Kum. Todos ellos no presentarán diagnóstico de esquizofrenia/trastorno esquizoafectivo, trastorno afectivo bipolar o personalidad antisocial/psicopatía, ni enfermedad médica o discapacidad física o mental asociada.

4.2.- Técnicas de producción de datos:

Para efectos de la presente investigación, se realizarán entrevistas en profundidad pues se trata de una técnica que permite adentrarse en la vida del otro, penetrar y detallar en lo trascendente, descifrar y comprender los gustos, los miedos, las satisfacciones, las angustias, las zozobras y alegrías, significativas y relevantes del entrevistado; consiste, finalmente, en construir paso a paso y minuciosamente la experiencia del otro (Robles, 2011). En esta técnica, “el entrevistador es un instrumento más de análisis, explora, detalla y rastrea por medio de preguntas, cual es la información más relevante para los intereses de la investigación, por medio de ellas se conoce a la gente lo suficiente para comprender que quieren decir, y con ello, crear una atmosfera en la cual es probable que se expresen libremente” (Taylor y Bogdan, 1990. p. 108, en Robles, 2011, p. 40).

Desde una comprensión psicoanalítica, la entrevista en profundidad se usa para explorar la subjetividad y reformular en tal proceso una historia de vida (Ruiz Martin del campo, 2004). Permite a su vez una lectura del fenómeno en que el entrevistador se dispone escuchar al otro con una comprensión que va más allá de lo manifiesto y rastrea a través del seguimiento de la emocionalidad, del discurso y aún de los silencios, contenidos cifrados o inconscientes de la subjetividad para desentrañarlos. Se estima que la entrevista en profundidad puede permitir el acceso a la vivencia íntima de un hombre y una mujer, acercándonos de esta manera al devenir de la subjetivación y subjetividad de su ser.

Las entrevistas fueron realizadas por una psicóloga clínica, por lo tanto, desde una experiencia clínica en el campo de las adicciones, lo que sin duda opera como el fondo desde el cual emergen las preguntas e intervenciones respecto que lo que dicen o no dicen los entrevistados. El modelo de entrevistas se basó también en la “entrevista comprensiva” (Kauffman, 1997),

intentando seguir el discurso de las entrevistadas, pero formulando preguntas e intervenciones que las pusieran en contradicción, de manera a favorecer la emergencia de lo que saben respecto a la problemática de la adicción, su relación al cuerpo y a la filiación. Se trata entonces de una aproximación inductiva, que postula que el actor o sujeto de una realidad cualquiera posee un saber relevante sobre el asunto, pero es necesario un método para hacer surgir dicho saber. La entrevista comprensiva se desmarca de la disociación clásica entre “actores que viven y actúan” e “investigadores o pensadores que analizan”. El actor, las mujeres y hombres adictos en este caso, poseen un saber, no sólo son el agente de experiencia o de encarnación de la cultura, de las representaciones sociales o de la patología. El individuo puede decir algo de sí y en ese discurso se teje un saber reflexivo que es posible e interesante hacer emerger; esa sería la función de un método.

Como se expuso anteriormente, el cuerpo para el psicoanálisis se relaciona fuertemente a la forma en que cada sujeto articula el yo. De esta manera, los discursos acerca del *yo cuerpo* remiten a las formas en que el sujeto significa las experiencias de placer y displacer, a las cualidades que adquiere para el sujeto las experiencias de placer y dolor, a la posibilidad de encarnar una posición sexuada, sexual y filial, a la forma en que establece una relación al objeto y a la cualidad que debe tomar este último para volverse un objeto erótico, al cuerpo como imagen de sí mismo que otorga (o no) continuidad a la vivencia subjetiva y una imagen en la que el sujeto se reconoce (o no), el cuerpo también remite a un asidero de identificaciones que brinda un abanico de posibilidades de ser, el cuerpo se articula finalmente como sede del sujeto deseante, como sede de simbolización y de pensamiento, como un cuerpo que articula una economía de satisfacción, libudinal y afectiva, etc. Para efectos de esta investigación, por lo tanto, bajo la noción de cuerpo erótico se indagó en el registro de las

entrevistas específicamente en estos aspectos, profundizando en las formas en que el sujeto refiere a su relación al cuerpo y al propio yo, al uso y no uso de la droga, a las relaciones a otros significativos, su relato en torno a elementos de su historia vital, la forma en que refiere a su propia identidad sexual y vida sexual, la manera en que da cuenta de su experiencia de maternidad/paternidad, la forma en que se juega en torno a sus identificaciones, la manera en que sufre y disfruta, etc. Todo esto, sin embargo, en un contexto inestructurado, de manera tal que los contenidos emerjan por la intención de los entrevistados de hablar acerca de sí.

4.3.- Procedimiento de análisis de datos:

El análisis cualitativo que se llevará a cabo será en torno al material recabado en entrevistas en profundidad, realizándose únicamente como forma de apoyo y de ordenamiento del material el procedimiento de codificación abierta, axial y selectiva de la Grounded Theory (Strauss & Corbin, 1994; 2002).

Con el material recogido y transcrito, se realizó el análisis preliminar de la información, por medio del modelo de análisis cualitativo de la Grounded Theory (Strauss & Corbin, 1994; 2002). Este análisis preliminar, fue realizado utilizando el software Atlas-ti como instrumento de análisis cualitativo. De esta forma, se codificaron los datos a través de tres instancias propuestas por el modelo: codificación abierta (descriptiva), axial y selectiva (dos niveles más analíticos y de elaboración). Se ha elegido esta metodología de trabajo pues el objetivo de este estudio es no sólo dar cuenta de eventos relevantes de la vida del sujeto, sino por sobre todo transparentar cómo aquellos han incidido en el devenir de su subjetividad, y cómo entonces el sujeto mantiene ciertas tensiones y dificultades de integración en los diversos componentes del discurso que refieren a sí mismo.

Una vez obtenidos los resultados del análisis de discurso, se realiza una comprensión psicoanalítica de los datos obtenidos, en tanto ésta permite intervenir en el análisis las dimensiones subjetivas por las cuales individuos y colectivos tramitan su relación a sí mismos, al mundo social y a las condiciones que regulan sus referencias simbólicas. Se da por entendido que “la praxis psicoanalítica comporta derivaciones metodológicas plenamente válidas para la investigación psico-socio-cultural; no sólo en función de los dispositivos de análisis (interpretativos) puestos en juego, sino también en relación con los objetos y problemas específicos que pueden ser abordados desde las ciencias sociales” (Aceituno & Radiszcz, 2013. p.117). Su valor heurístico reside en aportar repertorios conceptuales complejos que permiten considerar la insistencia de lo real (del cuerpo, la pulsión, la violencia, el deseo, el malestar) en su articulación con el campo de los vínculos afectivos, de las dinámicas de reconocimiento y de desconocimiento entre semejantes, de las condiciones ofrecidas por el lenguaje y la cultura en el curso de las generaciones (Aceituno & Radiszcz, 2013). El psicoanálisis contribuye al estudio de fenómenos situados en espacios a la vez individuales y colectivos, y donde la lógica del inconsciente, las exigencias pulsionales, el deseo y el malestar se expresan y se ocultan a la vez.

Capítulo 5: Análisis del discurso de hombres y mujeres adictos con respecto al yo cuerpo

El análisis de los discursos de hombres y mujeres toxicómanos nos conducen al establecimiento de 6 grandes categorías en ambos casos: Los discursos acerca de la identidad, discursos acerca de la propia imagen, discursos acerca de las relaciones con otros (relación al objeto), discursos acerca de sus representaciones mentales, discursos acerca de las sensaciones y finalmente, discursos acerca de la concepción subjetiva de tiempo.

A continuación, analizaremos como se desarrollan estos discursos en mujeres y hombres, para luego comentar y analizar teóricamente sus diferencias y similitudes.

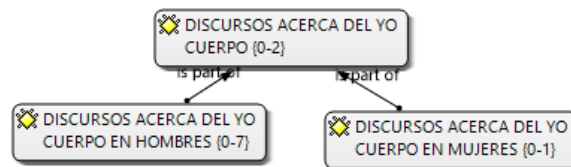


Figura 1

5.1.- Los discursos de las mujeres acerca del yo cuerpo:

Los discursos de las mujeres acerca del *yo cuerpo* nos permiten el despliegue de 6 categorías: “imagen”, “identidad”, “relaciones con los otros”, representaciones mentales”, “sensaciones” y finalmente “representaciones acerca de la vivencia del tiempo”. A continuación, analizaremos cada una de ellas en detalle:

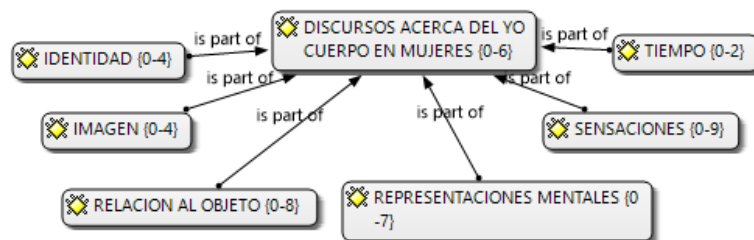


Figura 2

5.1.1- Discursos acerca de la identidad en las mujeres:

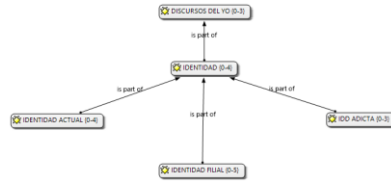


Figura 3

Como primer punto, analizaremos la categoría “identidad”; ésta remite a la historia de relaciones e identificaciones significativas de las entrevistadas y la manera en cómo ellas dan cuenta de esto en sus discursos. Los discursos de las mujeres acerca de la identidad han sido dividido bajo tres grandes ejes, según sus dichos: la “identidad actual”, es decir, la manera en que las entrevistadas se posicionan identitariamente, reconociéndose como tales; la “identidad filial, que refiere a la manera en que articulan diversos puntos de su identidad con respecto a sus progenitores, a sus orígenes y/o a sus ancestros; y la “identidad adicta”, es decir, la manera en que se definen identitariamente cuando están bajo la lógica del consumo de sustancias (sea bajo los efectos del consumo, en búsqueda de la droga, en la abstinencia reciente, en la intoxicación, etc). A continuación profundizaremos en cada uno de estos ejes.

5.1.1.1.- Discursos acerca de la Identidad Actual:

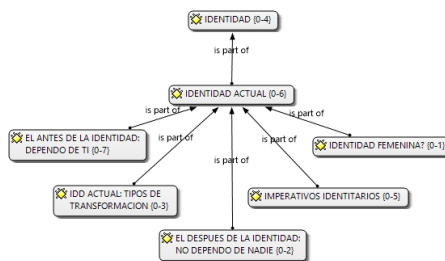


Figura 4

La categoría “Identidad actual” refiere a la manera en que las entrevistadas articulan la historia de sus relaciones e identificaciones significativas en la actualidad, dando lugar a una forma de ser en la que se reconocen. Decimos *se reconocen*, en la medida que ellas dicen *yo soy*. Esta categoría se divide en 5 ejes. Los tres primeros ejes marcan tres momentos distintos en la configuración de la identidad, dando cuenta de un proceso de transformación subjetivo: la categoría “antes de la identidad actual”, se refiere al tiempo que antecede la forma de ser en la actualidad y que explicaría la forma de ser actual; el “después de la identidad actual”, se refiere a la forma de ser que resultaría luego de un momento de quiebre y que explica las razones de ciertas características en su forma de ser. Finalmente, la categoría “tipos de transformación”, da cuenta de la manera en que sucede este proceso de cambio en la identidad, para pasar del *antes* al *después*. Los dos siguientes ejes dan cuenta de cualidades sostenidas en este cambio de identidad: La categoría “imperativos identitarios” revela cómo ciertos ideales a los cuales las entrevistadas buscan acercarse definen la identidad de una manera rígida y finalmente malograda; la categoría “identidad femenina” responde a una categoría ausente, en la medida que lo único referido al respecto es la ausencia de referentes simbólicos que les permitan efectivamente *convertirse en mujeres*. Profundizemos en cada uno de estos ejes.

5.1.1.1.1.- Discursos acerca de la Identidad Actual: “el antes de la identidad”, “tipos de transformación” y “el después de la identidad”:

Para partir, revisaremos los tres primeros ejes. Estas categorías en conjunto revelan un proceso de cambio en la identidad de las entrevistadas que se daría producto de ciertas vivencias. Las entrevistadas definen su identidad actual como producto de un quiebre, en la medida que la categoría “el antes de la identidad: dependo de ti”, muestra como las entrevistadas hablan de ellas mismas como sujetos que en el pasado habrían tenido una posición dependiente frente a

los demás, ligada a una sensación de vulnerabilidad y dependencia frente a ellos, para pasar posteriormente a un después, a una identidad fuerte. Veremos en detalle estas categorías.

5.1.1.1.1.1.- El antes de la identidad:

Tal como lo muestran sus categorías “vulnerable”, “no fui querida, no soy querida” y “dependiente”, se trata de mujeres que se han sentido históricamente solas y que entonces, frente al encuentro con otros, sienten gran vulnerabilidad pues cada encuentro despierta en ellas el deseo y avidez de un encuentro satisfactorio.

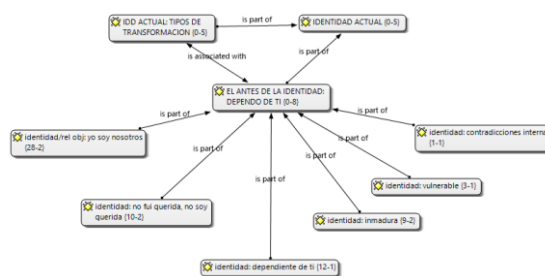


Figura 5

Su historia se ha desarrollado en torno a la búsqueda de una relación limpia y auténtica con otros, pero a la vez, han vivido en torno de la frustración constante de este encuentro; veamos esto en una cita: “E: ¿qué fue lo que la enamoró de él?/EM11: no, es que yo no me enamoré de él [marido], es que a mí me intentaron violar... y ellos [familia del marido], como tenían poder, porque él tenía hermanos presos, entonces yo me aferré a él... como éramos solas, mujeres, yo me aferré a esa familia para que nos protegieran, porque a mí me pusieron aquí una cuchilla, a los 13 años me quisieron violar”.

EM11 es una mujer afectada por el abandono y la pobreza desde la temprana infancia. En esta cita nos comenta cómo se *aferra* a su marido como manera de protegerse del miedo de una posible agresión sexual. Este temor proviene de la vivencia traumática infantil de haber sido

víctima de un intento de violación, es ello lo que le hace buscar, a través de una pareja, a una familia que le dé la protección de la que carece desde la temprana infancia. La protección, en este caso, deriva del *poder* de la familia, por sobre el amor de pareja. El temor proviene además de la sensación de vulnerabilidad que surge de la falta de un padre, o de *un hombre*, que proteja a las *mujeres de su familia*. La madre, como vemos, no aparece como una figura que otorgue protección. Tal como nos comenta EM11, la relación con el marido toma entonces el carácter de una relación de cuidado y protección para ella, y entonces conlleva la expectativa del cese de la desprotección vivida. Esta elección, sin embargo, la priva de *enamorarse* efectivamente de un hombre, generando una nueva experiencia de frustración y vacío emocional. La entrevistada se aferra al marido, por la vulnerabilidad sentida en la vida, producto de la agresión y abandono padecidos. La *vulnerabilidad*, vivida tan primariamente, conduce a la *dependencia*.

La frustración en el encuentro afectivo con otros convierte al deseo de tener una relación satisfactoria en algo apremiante, como vemos en EM11. El temor de perder esta protección las lleva a *aferrarse* en sus relaciones, y en esta medida la relación a otros conlleva el costo de anularse en sus propios intereses o forma de ser para *no perder el amor* y la protección tan largamente anheladas. Veamos esto en otra cita:

“EM32: [hablando de su primera relación sexual] “él siempre insistía, que ¿cuándo?, que la cuestión, que él quería... que... que pucha, que no tuviera miedo, que no me asustara y que sé yo... y yo no quería, yo no quería, pero cuando pasó... la primera semana andaba así como ohhh, como tonta pensando puras tonteras.../E: ¿qué pensaba?/EM32: no sé, es que pensaba en la experiencia y yo decía ... ya no soy virgen, perdí mi virginidad, pensaba como ese tipo de cosas...”.

En este caso, EM32 no desea iniciar su vida sexual; sin embargo, por la presión que ejerce su pareja sobre ella, EM32 accede. La situación es temida, genera *miedo, asusta* y, por la vivencia precipitada de la misma, la deja pensando *puras tonteras. Perder la virginidad*, entonces, para EM32, no es un acto decidido por ella, no es reflejo directo de un deseo que la represente, sino que se vive como una *entrega* a otro, una *cesión* al otro, ejerciendo su sexualidad en torno a lo que otros desean de ella.

Por el *temor de perder el amor* de estos otros significativos afectivamente, en especial las parejas, las entrevistadas empiezan a definir su personalidad en función de los intereses de ellos, perdiendo su identidad, tal como lo muestra la categoría “yo soy nosotros”. Esta categoría revela cómo las entrevistadas deciden en sus vidas bajo la lógica de los deseos de estos otros significativos de los cuales dependen afectivamente, de estos otros a quienes se *aferran*, sin poder hacer valer la diferencia entre el deseo personal y el deseo ajeno:

“EM41: “yo antes por ejemplo, mi personalidad, si me decían eh... no sé po, esto es azul y yo lo veía amarillo, yo para no tener problemas y conflictos con la otra persona... sí, es azul”. Para EM41, tal como dice la cita, la personalidad de *antes* era una personalidad congraciativa al costo de anular la propia percepción de la realidad; ver *azul y no amarillo*, para ella, era la garantía de tener al otro consigo: *para no tener problemas y conflictos con la otra persona*.

Como vemos, las entrevistadas notan que se acoplan a otros, que se adaptan a aquellos a los que se *aferran* afectivamente y esto les causa padecer en tanto conlleva la anulación de la propia subjetividad. Las entrevistadas hablan de esta incomodidad, más no en torno a la relación con otros sino que la ubican en torno a la propia identidad. Es decir, *no son los otros quienes presionan, sino soy yo la que no puede responder*. Esto conlleva ciertas consecuencias.

La categoría “inmadura” muestra cómo sostenerse afectivamente en relaciones que las anulan subjetivamente, que no dan lugar a su individualidad, es vivido por las entrevistadas como una falta de madurez; por ejemplo:

“EM42: [comentándonos como la madre y suegra la sostienen económicamente] no sé si estoy equivocada con lo que te voy a decir, pero ehh... siento que todavía no me hago cargo de mí/E: explíqueme un poquito eso/ EM42: eso po, siento que todavía no me hago cargo de mí, en el sentido económico, en el sentido emocional, tengo 45 años y no hablo de logros materiales pero ehh... también son importantes, entonces creo que hay una parte de mi de... ¿cómo decirlo?, de inmadurez emocional, cachai?, no sé cómo explicarlo más profundo, porque ... siento que eso, eso a mí me hace falta... para, para poder ser realmente completa”. EM42 siente que *no se hace cargo de sí, que no está realmente completa*, en la medida que la madre y la suegra se hacen cargo de sus necesidades alimentarias y económicas. El sostén económico y alimentario es la forma concreta en que se refleja un vínculo de cuidado y protección. Por lo tanto, *madurar, crecer*, tiene entonces el costo imaginario para ella de renunciar no sólo al sostén económico, sino que sobre todo al sostén afectivo; es eso lo que *no sabe cómo explicar*. En esta medida, la inmadurez asegura el vínculo, asegura el amor, asegura la existencia del otro, asegura la dependencia. A la vez, para EM42 se trata de una forma relacional que implica un costo, una anulación. La inmadurez es sinónimo de este costo y se siente mal por ello, por *no poder crecer*.

La categoría “contradicciones internas” muestra cómo esta forma de relacionarse a otros causa diversas emociones, contradictorias, placenteras y padecientes: “EM11: [el marido] era tierno, simpático, no era malo... ya después como a los cuatro años empezó a cambiar/ E: ¿como así?/ EM11: era buen papá... ya después empezó a cambiar po, a ser prepotente, quedaba volado,

robaba, yo tenía que andar en las cárceles buscándolo, vivía con el miedo de que no llegara..”. Tal como nos dice EM11, el marido es *bueno* en el inicio, en la medida que *la protege* y le brinda una familia; sin embargo, luego es *malo*, pues se vuelve un hombre *prepotente*, haciendo valer su lugar de aquel que comanda la relación. La anulación subjetiva es tal que EM11 en vez de abandonarlo, *vive con el miedo de que no llegue* y anda *buscándolo por las cárceles*. La anulación subjetiva, como vemos, es concomitante a la dependencia afectiva. Las entrevistadas no logran defender su autonomía en la medida que hacerlo implica imaginariamente renunciar a la obtención de afecto de parte del otro, y esto es imposible para ellas en la medida que se trata de un afecto anhelado desde la más temprana infancia. EM11 es la misma entrevistada que *no se enamora*, pero se queda con su pareja porque *la protege* de una potencial violación. La expectativa de protección actual es una manifestación directa del dolor vivido en la temprana infancia, de la frustración del deseo de ser amadas y protegidas. La expectativa actual es, a la vez, una negativa a renunciar a ser amadas, manifiesta una demanda de protección y de reconocimiento como sujeto deseante, pues la renuncia a esta expectativa implicaría un costo subjetivo bastante más radical, una anulación efectiva y total de la existencia. Veamos un ejemplo de ello: “EM41: fuimos creciendo muy solas con mi hermana... mi mamá tenía muchos pololos, y cada vez que tenía pololos, ella pensaba que había que llevar el pololo para la casa... sufrí varias veces violencia sexual, entonces eso es lo que yo le recrimino a mi madre hasta ahora, el que no me creyera, que yo contara la historia y no me creyera, que me dijera... la respuesta que dijo es que yo le andaba moviendo el poto a todos los pololos de ella...”. Para EM42 es la madre el objeto del cual hasta la actualidad depende afectivamente. Tal como señala en la cita, aún le *recrimina que no le creyera* acerca del abuso sexual padecido por ella en la infancia por parte de las parejas de la madre. Renunciar a que *la*

madre le crea, aún en la actualidad, es para EM42 equivalente a renunciar a ser reconocida en la violencia vivida. A la vez, si renuncia a ello, pasa a ser *la otra*, la rival de la madre, la mujer que *les mueve el poto a todos los pololos de ella*. Dependiendo aún de la madre afectivamente, *ser inmadura* frente a la madre que la sostiene económica y afectivamente, anularse en su deseo en función de sostener un vínculo con ella, encarna una y otra vez la expectativa de EM41 de ser reconocida por su madre como su hija agredida, no como mujer rival, y el deseo de que la madre reconozca además el padecer del abuso y la exposición al mismo. Renunciar a esta expectativa implica, de alguna manera, negar la cualidad de su existencia radicalmente.

Esta forma de vinculación al otro que implica una dependencia y la permanente actualización de un deseo frustrado, es referida por las entrevistadas como el *pasado* en su identidad, el *antes*. Esta identidad, centrada en la expectativa amorosa, cambiaría dada la decepción permanentemente vivida en el encuentro, marcando con ello un momento de quiebre, un *antes* y un *después*. Es importante mencionar que, aunque las entrevistadas marcan *un antes* y *un después en su identidad*, se trata en realidad de una forma de ser que transita en un vaivén, entre dos polos, en donde coexisten esta forma dependiente de relación con sus seres significativos con la anhelada independencia, como veremos. Lo importante a destacar, por ahora, es que la anhelada independencia surge en torno a la renuncia parcial a estos anhelos primarios de reconocimiento y amor, es decir, desde el desconsuelo y la frustración.

5.1.1.1.1.2.- “Tipos de transformación”:

La categoría “tipos de transformación” da cuenta de los momentos y las maneras en que se marca este quiebre de la personalidad, este *antes* y *después*:

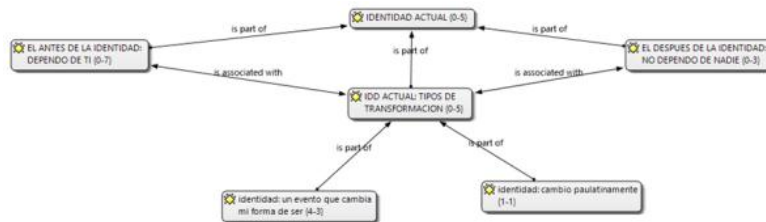


Figura 6

La categoría “tipos de transformación” da cuenta del quiebre sentido en la identidad, y se divide en dos ejes: “Un evento que cambia mi forma de ser” y “Cambio paulatinamente”. Como vemos, el giro de la dependencia a la independencia surgiría producto de dos eventos: ya sea como efecto de una situación puntual, de carácter traumático, lo que muestra la primera categoría, o como efecto de sostenidas frustraciones a lo largo de la vida, y entonces *cambian paulatinamente*. Por ejemplo, esta cita ejemplifica ambas categorías: “E: de lo que conversamos ayer, ¿hay algo que se haya quedado pensando?/ EM52: la verdad que no... un poco lo de mi mamá no más, que por qué fui rebelde yo?... ¿en qué habrá influido mi papá que falleció?, pienso que por ese lado... eso me quedó un poquito dando vueltas, que digo yo, a lo mejor influyó mucho que mi papá, como no estuvo, no tuve la imagen paterna [...] y claro, como yo era la niña y la que se quedó sin papá más chiquitita y quizás como que por eso, entre comillas, abusé, abusé de eso, manipulé un poquito la situación para... pero después se me escapó de las manos...”

Por una parte, EM52 siente que el cambió de su forma de ser es producto de la pérdida de su padre, de la muerte inesperada de él. A su vez, sin embargo, crecer sin papá la habría llevado a *abusar* de sus vínculos con otros, a *manipular* a otros, es decir, a sostenerse afectivamente en ellos, a *aferrarse* a ellos a como dé lugar. Tal como vimos bajo la categoría “inmadura” y “sensaciones contradictorias”, nuevamente la entrevistada lee su intento fallido por establecer

relaciones significativas y gratificantes con otros desde sus carencias personales, desde su *manipulación*, su *inmadurez*, su *abuso de otros* y no desde el dolor que la carencia o ausencia de otro pudo generar en ella. Esta forma de interpretar el dolor impresiona como un esfuerzo de parte de las entrevistadas por tomar una posición activa en un dolor padecido. El quiebre se da entonces bajo dos ejes, un evento puntual o una seguidilla de frustraciones.

5.1.1.1.1.3.- “El después de la identidad”:

La categoría el “después de la identidad, no dependo de nadie”, muestra cómo el ideal al que se aspira en el plano de la identidad y de las relaciones es la total autonomía.

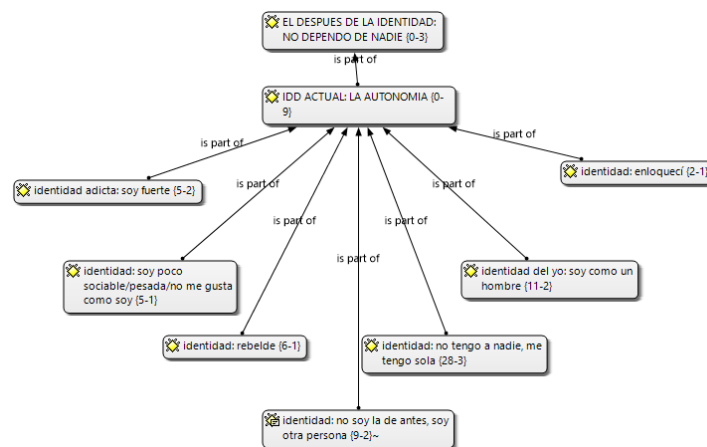


Figura 7

Vivida la frustración permanente en las relaciones, y cansadas de la vulnerabilidad y el abandono, surgiría en ellas, según las entrevistadas, una nueva forma de ser, caracterizada por una autonomía radical, que logra finalmente dar lugar a un corte con las demandas de los otros. Esto es lo que muestra la categoría “soy fuerte”. La independencia es así significada como “rebeldía”, pues finalmente renuncian a satisfacer a otros para *quererse a ellas mismas*. A ojos de los demás, por esta rebeldía, ellas “enloquecen”, pues como hacen lo contrario a sus demandas se sienten incomprendidas. Esta condición las deja nuevamente total y radicalmente

solas, lo que rebela la categoría “no tengo a nadie, me tengo sola”. Veamos una cita que refleja estas categorías: “EM51: [hablando de cómo le quitan la custodia de su hija] y como yo no tenía a mis padres, no tenía quien me defendiera, no tenía a nadie a quien dejarla [a la hija] ... va a sonar raro pero nadie nunca me ayudo a verla, nunca, nunca, nunca, nunca, nadie!, que me puedan decir en un juzgado!, que me puedan decir delante de mí!, tu saliste por dejarla sola, nunca!, nadie me puede decir eso porque eso nunca fue así... hay muchas injusticias... que no sé cómo defenderme.. y ¿por qué no puedo defenderme?, porque me cague de aquí [cabeza]/ E: ¿cómo es eso?/ EM51: porque mira lo que me intente hacer [suicidarse]... lo otro que mi pareja me gritó loca!, si vos estai loca!, mira lo que hiciste, estás loca!, te sale psoriasis, estai loca!”

Tal como muestra la cita, EM51 frente al cuidado de su hija se siente *radicalmente sola*, sin sus padres, *sin nadie que la defienda*. A momentos se siente orgullosa de esta posición de autonomía e independencia. Sin embargo, en esta cita se ve cómo esta autonomía que le permite criar sola de su hija, le hace sentir a la vez radicalmente sola: *nadie nunca me ayudó a verla, que me puedan decir delante de mí!, tu saliste por dejarla sola, nunca!, nadie me puede decir eso porque eso nunca fue así*. Ser independiente, *sola*, es también ser *rebelde* en la medida que contrarían los deseos de los demás: *mi pareja me gritó loca!, si vos estai loca!, mira lo que hiciste, estás loca!, te sale psoriasis, estai loca!*. El corte con los otros es tan radical como la soledad que conlleva, que incluso llegan a sentir que efectivamente enloquecieron: *es que no sé cómo defenderme... y ¿por qué no puedo defenderme?, porque me cague de aquí [cabeza]*.

Esta nueva identidad, *fuerte*, pese a permitir al menos parcialmente la encarnación de una anhelada independencia, implica una vivencia padeciente en la medida que se vivencia como

una forma de ser que aísla de los demás e impide cualquier tipo de relación. Esto es lo que revela la categoría “soy poco sociable/no me gusta como soy”: “EM61: me junto con pura gente que toma... porque cuando tomo soy divertida, sí, soy divertida igual, se podría decir que cuando tomo soy divertida, pero cuando no tomo soy generalmente muy seria, demasiado seria diría yo, todos me dicen que soy enojona, que soy fome, mala onda...”. Tal como lo muestra esta cita, la nueva identidad se caracteriza en general por ser *fome, seria y mala onda*, lo que genera dificultades en el encuentro interpersonal. Esto lo alivia el uso de drogas, así *soy divertida*. Esta supuesta autonomía, anhelada independencia que se transforma en un quiebre radical respecto de los otros, conlleva también que las entrevistadas sienten que dejan de ser vistas por otros y por ellas mismas de forma femenina o vulnerable, para ser tratadas como personas fuertes, de forma más tosca y menos afectivamente. Esto es lo que revelan las categorías: “soy fuerte” y “soy como un hombre”:

“EM82: en la vida real soy valiente, para cuando han ofendido a mis hijas, para defenderme cuando me provocan... no aguanto, ya lo aguanté una vez, con mi marido que me pegara, entonces aprendí que no puedo dejar que me maltraten, menos sin motivo... /E: ¿en qué más ha sido valiente?/ EM82: en luchar por mis hijas, tratar de darles todo, al irme a Paine y venirme con las tres chicas sin plata, sin nada...”.

Esta cita corresponde a la primera categoría, y tal como señala EM82, muestra como ella se considera una mujer *fuerte*. *Ser fuerte* es, primero, una reacción secundaria, una defensa: ya *aprendí que no puedo dejar que me maltraten*. Es, además, secundaria *a aguantar todo*. Se trata de *defenderse*. Es, a la vez, una posición de soledad radical: *una lucha, quedarse sin plata, sin nada*. La categoría soy como un hombre muestra un matiz diferente de esta posición de fortaleza: “EM52: yo dí mucho, imagínese que él apenas de repente trabajaba, yo trabajaba

como china, trabajé en Incal tres años, trabajé en Italmod tres años, trabajé en Almacenes París tres años, junté plata para mi casa, construí mi casa yo, yo!, el deber de hacerlo un hombre, si bien yo tenía el terreno, empastando muros yo!, yo con mis manos!, lijando!... o sea, a mí me costó po!... y de tanto que di a lo mejor di mucho porque el hombre también se aprovecha po, porque cuando encuentra que la mujer da y le hace a todas se siente... pa qué andamos con cosas!, si los hombres se aprovechan po y sobretodo, claro, acá tengo de todo po!, tengo la casa de Soto! / E: ¿cómo es eso?/ EM52: casa, comida y poto (ríe), la casa de Soto, casa, comida y poto!”

Tal como lo muestra la cita, la fortaleza conlleva a sentir que *soy como un hombre* en la medida que me sostengo tanto que tomo una posición viril: *construí mi casa yo, yo!, el deber de hacerlo un hombre, si bien yo tenía el terreno, empastando muros yo!, yo con mis manos!, lijando!*. Vemos como lo masculino se concibe bajo los parámetros de poder y fortaleza, de carencia de debilidad. La consecuencia que conlleva esta identidad, sin embargo, es la sensación de que otros se *aprovechan* de ellas, de su fortaleza, de su *hombria*. EM52 construye su casa, *deber de hacerlo un hombre*, porque es una mujer *fuerte* de la cual los hombres sacan *provecho*. Su identidad entonces, toma un cariz masculino, poco femenino pero también en apariencia menos vulnerable, lo que conforta. El costo de ello, sin embargo, es que entonces ahora otro se *aprovecha* de ella en todos los sentidos: *casa, comida y poto*. Esta identidad más masculina y aparentemente más fuerte, en realidad no logra proteger de la vulnerabilidad sentida.

Las entrevistadas, como vemos, no logran entablar una relación donde sientan que están frente a un igual, y oscilan entre sentirse dependientes y vulnerables, volviendo a ser *como antes* y defenderse de esta vulnerabilidad, pasando a ser extremadamente *fuertes, como un hombre*, cayendo sin embargo también en la vulnerabilidad afectiva: *se aprovechan de mí*. Se trata de

mujeres que o *sacan provecho* de otros o *se aprovechan* de ellas, siendo imposible para ellas articular el espacio relacional como un espacio de intercambio afectivo mutuo. Frente a la vulnerabilidad sentida desde la temprana infancia, las entrevistadas pasan a tomar una posición activa en un esfuerzo de dejar de padecer carencias emocionales. Esta posición de independencia, sin embargo, las deja solas y/o nuevamente a merced de otros, pero de otra manera. La nueva identidad, entonces, encarna una defensa frente al abandono, a la ausencia de reconocimiento y el dolor que todo esto conlleva. Pero se trata de una defensa fallida, una defensa que no logra establecer un espacio de relación con otro como el que se anhela.

En la historia de las entrevistadas, vemos que la oscilación entre la identidad de *antes* y la de *después* ha empezado muy tempranamente en sus vidas. En realidad, desde muy pequeñas han tenido que tomar esta posición de fortaleza frente a los demás para defenderse, y retornan en cada vínculo a una posición dependiente en espera de ser queridas, aceptadas y cuidadas por otro. La frustración las lleva nuevamente a la posición de soledad y así, una y otra vez. Veámoslo en una cita: “EM72: es que yo soy como débil [..]/ E: usted me decía ayer que su mamá había sido débil, usaba la misma palabra/ EM72: sí, mi mamá es débil, yo soy muy parecida a mi mamá en hartos sentidos/E: ¿en qué?/ EM72: en que en vez de que una mamá proteja al hijo, el hijo te protege a uno y con mi mamá pasaba lo mismo. Nosotros la protegíamos a ella y me pasó lo mismo a mí. Mis hijos me protegen a mí y yo no a mis hijos/E: oiga, pero cuando a usted le tocaba proteger a su mamá, ¿ahí no era débil?/EM72: no po, ahí no era débil/ E: de qué la protegía a ella?/ EM72: cuando le pegaba mi papá yo la escondía, dejaba que no le pegara y a mi hermana también. Hacía lo mismo con mis hermanas, las protegía, las cuidaba, que anduvieran limpiecitas, porque mi mamá era como bien dejada así...”.

Como vemos, EM72 ha tenido que tomar el rol materno dado que la madre no logra protegerla a ella y sus hermanas, *era bien dejada así*. Ella se hace cargo de sí misma, de su madre y sus hermanas, protegiéndolas de la agresión paterna. Entonces ha sido una *mujer fuerte*. Hoy, en cambio, es débil como madre, como lo ha sido su madre con ella, *dejada con sus hijos*, podríamos decir, en la medida que se apoya en ellos, espera los cuidados maternos de parte de ellos. Encarna la posición materna como la madre lo ha hecho con ella, es decir, mediante la expectativa de ser al fin cuidada por otro. Como vemos, en este caso, temporalmente ha sido la identidad fuerte anterior a la vulnerable, y sin embargo se tiende a articular la identidad igualmente como el resultado de una demanda de protección históricamente insatisfecha.

La vulnerabilidad es asociada en todos los casos a la pasividad, a la fragilidad, a quedar a merced del otro, y se vuelve entonces un estado indeseado y activamente evitado. Sin embargo, es la vulnerabilidad un estado al que las mujeres permanentemente retornan pues es la única forma en que es posible una vinculación al objeto, aunque el vínculo toma el cariz del *aferramiento*. Tomar una posición de independencia implica una posición *estoica*, de fortaleza radical, independencia que se asocia a soledad y una renuncia parcial a la feminidad. En esta medida es igualmente agotadora y desgastante, pues la protección proviene únicamente de sí mismas, y no da abasto, nunca da abasto, no se logra pues no existe una experiencia anterior de protección real que permita articular ésta como un espacio de cuidado. En esta medida, las relaciones a otros se simbolizan únicamente bajo el imperativo de *aprovechamiento*, y eso se vive como un ataque, como una succión que igualmente implica costos para la integridad subjetiva.

5.1.1.1.2.- Discursos acerca de la Identidad Actual: “imperativos identitarios”:

El ultimo eje de la categoría “identidad actual” es “imperativos identitarios”, categoría que revela cómo la identidad se articula en torno a ideales acerca del *deber ser*. Las entrevistadas, en general, refieren ideales identitarios que rigen su identidad, y en torno a ello se evalúan y miden en su desempeño y su forma de ser. Al establecerse como un ideal, la autoevaluación siempre es negativa pues evidentemente se trata de formas de ser rígidas y bastante exigentes.

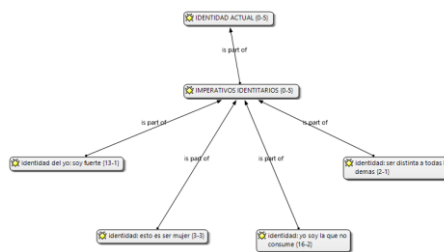


Figura 8

Los ideales identitarios están divididos bajo cuatro ejes: “soy fuerte”, “esto es ser mujer”, “soy diferente a todas las demás” y “yo soy la que no consume”. La categoría “soy fuerte” se repite en la medida que constituye una forma de ser que implica un ideal rígido al que las entrevistadas aspiran y que no abordaremos nuevamente ya que se trato en profundidad en el apartado anterior. La categoría “esto es ser mujer” revela cómo se intenta ser mujer en torno a un prototipo; es decir, las entrevistadas definen su condición de mujer a partir de elementos concretos acerca de lo que *harían supuestamente* las mujeres, y ello apegado a lo que socialmente se supone como propio de una mujer. Veamos esto en una cita: “E: ¿qué se acuerda de ese tiempo?/ EM22: que me dedicaba a mi hijo, a hacer aseo y cuando mi marido llegaba de la pega, a servir el almuerzo y acostarse [...] EM22: mujer soy!, bien mujer para mis cosas/ E: ¿cómo es eso?/ EM22: sí po, me gusta arreglarme, pintarme, me gusta andar limpia, olorosa...”

En esta cita, por ejemplo, vemos como para EM22 ser mujer es *dedicarse al hijo, hacer aseo, servir al marido, arreglarse, maquillarse*, formas que ella además cumple porque *es bien mujer para sus cosas*. Esta forma de describir lo femenino, bajo el ideal de ser *bien mujer*, hace pensar en una escasa incorporación del mismo, pues sólo pueden definir su ser femenino a partir del prototipo, del ideal. Ideal que no logra hacerse propio y entonces se porta como algo ajeno. Esta idea se complementa con la categoría “soy diferente a todas las demás” en la medida que las entrevistadas dan cuenta de dificultades para poder identificarse a otras mujeres, tendiendo más bien a la identificación con los hombres: “EM52: “es que yo era muy pelusa, tiraba piedras a las casas, tocaba los timbres, es que como tenía hermanos hombres yo era más ahombrada/E: ¿era más ahombrada?/EM52: era ahombrada, pelusa, mala, malilla, yo creo que era más mala que mis hermanos, era más mala que mis hermanos”

“EM62: a mí me cuesta ser femenina, porque mi papá nos entrenaba a los tres. A mis dos hermanos y a mí, me ponía en el mismo nivel que ellos. Nos sacaba a trotar a las 5 de la mañana, nos hacía hacer barra, abdominales, subir tubos, nos sacaba a entrenar [...]E: ¿por qué hacía eso?/ EM62: para hacernos más fuertes debe ser... no sé, yo no puedo, no puedo meterme a la cabeza de alguien tan enfermo como él...”

Como vemos, la categoría “soy diferente a todas” muestra cómo las entrevistadas se identifican más fácilmente a una posición masculina, oponiendo a ello lo femenino. Esta posición, sin embargo, también es sentida como ajena, como forzada, tampoco absolutamente incorporada, en la medida que las entrevistadas sienten que no son *un hombre más*. A momentos *son más hombres que los propios hombres*, tal como señala EM52: *yo creo que era más mala que mis hermanos, era más mala que mis hermanos*. Se trata de mujeres *ahombradas*, que no son hombres, pero tampoco mujeres en la medida que no se reconocen en una feminidad que

incómoda, pues como vimos lo femenino se porta como una careta, responde al prototipo, es algo ajeno. Entonces las entrevistadas se sienten diferentes a todos y a todas, quedando en un espacio no definido, entre lo femenino y lo masculino, entre el hombre y la mujer.

El último eje de esta categoría es “yo soy la que no consume”, categoría que muestra la rigidez con la que las entrevistadas pueden reconocer como propio únicamente en lo que hacen o les acontece al encontrarse sin consumo de drogas. En otras palabras, *ellas son* las personas que son en abstinencia, no se reconocen en aquello que surge cuando consumen. La identidad en este sentido implica otro quiebre, pues nuevamente hay una parte de ellas que se manifiesta, esta vez bajo los efectos de la sustancia, pero que prefieren mantener como algo ajeno a sí mismas. Veamos esto en una cita: “EM71: de hecho, [cuando consumo] cambio mucho, el cien por ciento. Yo soy una persona noble, dueña de casa, buena mamá, tengo hartas virtudes y cuando empiezo con el consumo ya no, ya no paro. Yo me pongo como chuky, robo, miento, manipulo... no, me pongo súper mal!, me hace pero pésimo!/E: ¿por qué se transforma tanto, cómo sucede esa transformación?/EM71: no sé, no sé, si mi hijo chico llegó a decir que su mamá estaba en un viaje largo y que no ha llegado, dijo que a su mamá la cambiaron o bien se fue en un viaje y no ha llegado... y estamos esperando hasta que llegue!... porque no soy yo po cuando me transformo cuando consumo...”

Tanto las entrevistadas como sus seres cercanos reconocen a las entrevistadas en su forma de ser en abstinencia, ellas serían aquella identidad que aparentemente se mantiene intacta de los efectos del consumo y conserva las cualidades personales que cada una de ellas reconoce como propias. Como dice EM71, ella sin consumo es *dueña de casa, buena mamá*, es decir, encarna el ideal de mujer bajo la lógica del prototipo establecido: *tengo hartas virtudes*. La

personalidad que aparece bajo los efectos del consumo, en cambio, es un monstruo, *chuky*, una personalidad irreconocible, entonces *estamos esperando a que yo vuelva*.

Esta personalidad es irreconocible en la medida que hace y dice cosas que no representarían el sentir de las entrevistadas, pero que sin embargo, aunque de forma irreconocible para ellas, tiene relación con sus afectos: “EM72: yo sin droga soy súper pacífica, respetuosa, leal, quiero mucho a las personas, trato de no hacerlas sufrir... con droga hago todo lo diferente, todo, todo, todo, no soy agresiva ni nada pero le hago daño a mi hijo, le he llegado a decir que se vaya con el papá mejor, cosas hirientes que sin drogas nunca es diría...”. Sin consumo, EM72 es una persona noble; dejar de ser una persona noble es para ella *hablar a su hijo del rechazo que siente hacia él*. Las entrevistadas, entonces, reconocen indirectamente que esta forma de ser que aparece bajo los efectos del consumo tiene relación con sus afectos. EM72 nos hablará en las entrevistas, sólo parcialmente, de lo difícil que ha sido para ella tomar la posición materna, por ejemplo.

Las entrevistadas reconocen además, que la forma de ser que aparece bajo los efectos del consumo tiene sus límites y éstos están asociados a los márgenes de la identidad que reconocen como propia en general: “E: ¿le pasó alguna vez que se trastocara su vida sexual a partir del consumo?/EM52: no, no, no, jamás, jamás, jamás, porque tengo mis valores bien puestos, no soy de prostituirme, yo vengo de muy buena familia, yo estudié, no soy para andar parada en la esquina, me entiende?... todavía me quiero, yo creo que la persona que no se quiere estaría ahí en esa situación, a pesar que no me quiero tanto pero todavía tengo mi autoestima...”. Tal como nos señala EH52, el *chuky* que aparece bajo los efectos del consumo encuentra sus límites y su filtro en relación al ser del sujeto, a su afectividad, a sus gustos, a su biografía; hay algo que el sujeto permite que aparezca bajo los efectos del consumo que en

general se niega a reconocer como personal, como propio, pero que claramente lo es, pues jamás harían cosas que reconozcan absolutamente ajenas o impropias a sí mismas. En el caso de EM52 jamás se prostituiría, porque *yo vengo de muy buena familia, yo estudié, no soy para andar parada en la esquina, me entiende?*.

Las entrevistadas entonces tienden a reconocerse en sus actos y dichos de la abstinencia. La identidad de la ausencia de consumo, entonces, aparece como una identidad que se ejecuta con sumo control, que no permite la aparición de elementos inconscientes que perturben al yo. A la vez, se trata de una identidad regida por ideales absolutos, rígidos, centrados en el quehacer por sobre la introyección de elementos que pudieran ligar las conductas y emociones simbólicamente. La identidad del consumo, en cambio, da cuenta de una otredad en sí mismo, de la escisión constituyente del sujeto pero vivida como algo que perturba, molesta y que no gusta en reconocerse como propio. La distancia entre la realidad y lo ideal se vive entonces como la emergencia en sí mismo de una otredad monstruosa y perturbadora: *chucky*

5.1.1.1.3.- Discursos acerca de la Identidad Actual: ¿identidad femenina?:

Para terminar el análisis de la categoría identidad actual, veremos la categoría “¿identidad femenina?”, denominada así pues da cuenta de una ausencia en torno a la simbolización de lo femenino para las entrevistadas, revelando las dificultades que presentan al momento de encarnar una identidad de mujer. Esta categoría se divide en tres ejes: “ser mujer tempranamente”, “nadie me enseñó a ser mujer” y “soy como un hombre”. Las revisaremos en detalle a continuación.

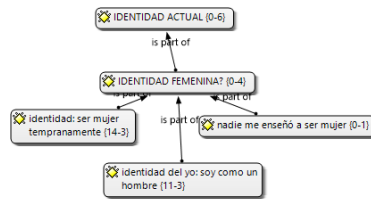


Figura 9

La categoría “ser mujer tempranamente” revela cómo las entrevistadas han tenido que asumir precipitadamente en sus vidas un lugar de mujer; es decir, se trata de mujeres a las que desde muy pequeñas se les ha exigido no sólo una posición adulta, sino que también maternal, femenina e incluso sexual, lo que ha significado para ellas una vivencia traumática de la feminidad. Veamos esto en una cita: “EM41: sufrí varias veces violencia sexual, entonces eso es lo que yo le recrimino a mi madre hasta ahora, el que no me creyera, que yo contara la historia y no me creyera, que me dijera [...] la respuesta que dijo es que yo le andaba moviendo el poto a todos los pololos de ella..”.

Tal como muestra la cita, las entrevistadas no sólo son sexualizadas tempranamente de manera directa mediante actos de abuso sexual, sino que también se les atribuyen condiciones de mujer cuando aún son unas niñas. En este caso, la madre de EM41 la ubica en el lugar de *la otra*, de la *rival*, y ello fuerza una posición prematura de mujer. El abuso sexual como la respuesta materna, y en particular esta última, es lo que conlleva el carácter traumático para la entrevistada: *eso es lo que yo le recrimino a mi madre hasta ahora, el que no me creyera*. En muchos casos lo forzado no sólo remite a una condición de mujer, sino que además una posición materna: “EM41: fue terrible... Trate de ocultarlo un tiempo [el embarazo] ... después le dije a mi mamá y mi mamá me dijo que ya sabía, se te nota en la cara!, dijo... pero así, sin ningún tipo de cariño, o sea, fue como un castigo, porque no pude terminar el colegio... quedé

siendo la nana de la casa, haciendo el almuerzo, cuidando de mis hermanos, llevándolos al colegio... y ahí me dio una depresión como a los 7 meses de embarazo..”. En esta cita, EM41 nos habla de su embarazo adolescente. Refiere un embarazo indeseado y como la experiencia fue *terrible*. La madre, no sólo no la ayuda a asumir paulatinamente una condición materna para la que no se siente preparada, sino que además la *castiga* forzándola a tomar el rol materno incluso antes del nacimiento de su hijo: *quedé haciendo el almuerzo, cuidando de mis hermanos, llevándolos al colegio... y ahí me dio una depresión como a los 7 meses de embarazo.*

La maternidad temprana, imprevista, forzada, es vivida como una experiencia *terrible*.

Esta vivencia precipitada y traumática de la condición femenina en todos sus vértices, se acompaña generalmente de lo que revela la categoría “nadie me enseñó a ser mujer” donde las entrevistadas hablan de su imposibilidad de tomar una condición femenina justamente por la carencia en torno a recibir referentes simbólicos de parte de la madre u otras mujeres, que les permitieran acceder a la simbolización de su cuerpo femenino, en permanente cambio, y a la posición femenina, materna y sexual: “EM51: [hablando de su embarazo adolescente]... yo por ejemplo, nunca vi a mis hermanos sin ropa, yo siempre me tapé al salir de la ducha... nosotros somos bien.. ehh... pudorosos!... mi mamá nunca me explicó tampoco lo de las relaciones sexuales entonces yo como que me lo fui experimentando mientras iba pololeando, ¿ me entiende?... y claro, sí, sí me dijo si te acostai con alguien vas a quedar embarazada, pero nunca me imaginé que me iba a suceder lo que me sucedió... al final no fue acostándome [ríe], pero sí, quedé embarazada..”

EM51 nos habla de su embarazo adolescente y del encuentro sexual con otro, y señala *yo como que me lo fui experimentando mientras iba pololeando. Me lo fui experimentando*, dice, como si más que el encuentro con otro en el plano sexual, lo que se va experimentando es también la

vivencia del cuerpo propio, de un cuerpo nuevo, que cambia desde su condición infantil al cuerpo femenino adulto. Por una parte, esta categoría muestra que las entrevistadas han deseado recibir la condición simbólica femenina de su cuerpo desde otra mujer que le permitiera representar este devenir somático del estatuto de mujer. Cuando la entrevistada señala *mi mamá nunca me explicó tampoco lo de las relaciones sexuales* deja entrever el deseo de que la madre pudiera otorgar palabras que dieran sentido a ese encuentro y al devenir del cuerpo. Por otra parte, este tránsito a la condición sexuada del cuerpo propio se vive en soledad: *mi mamá nunca me explicó*. En este sentido, la transformación del cuerpo no es significada por otros, no es acompañada por palabras que permitieran simbolizar la experiencia, lo que genera que las entrevistadas no puedan acceder a una condición simbólica de lo femenino que les permitiera encarnar un cuerpo en transformación y en acceso a lo femenino. Veamos esto en otra cita: “E: ¿en qué sentías que te hizo falta [la madre]?/EM21: de que te aconsejara, que te dijera que te va a llegar tu periodo, cosas así... porque cuando me llegó mi periodo, ni mi abuela me decía cómo era y yo sola no más.... Aperrando!/E: ¿te asustaste?/EM21: no, no.. no me asusté... /E: ¿y que te pasó?/EM21: iba caminando y de repente sentí... como que algo me corriera entremedio de las piernas, así que fui al baño y era sangre.. de ahí yo le conté a una amiga y ahí me dijeron, te felicito, ya soy una señorita ya...”

Como vemos, las entrevistadas esperan ser introducidas por otra mujer a una suerte de *código femenino* que permitiera simbolizar su cuerpo de mujer. En este caso, EM21 entiende el sangrado vaginal como una introducción a la adultez femenina al recibir de una amiga la frase *te felicito, ya soy una señorita*; sin eso, el cuerpo permanecía en un enigma, en una experiencia sin palabras: *aperrando no más*.

Es por esta carencia simbólica que las entrevistadas pueden tomar más fácilmente una identificación a lo masculino, pues aunque igualmente desconocido es representado para ellas desde el ideal de fortaleza e independencia, de actividad versus la vulnerabilidad que conlleva lo femenino. Esta identificación a lo masculino, como vimos, en realidad no es tal, en la medida que se da sólo en el campo de lo imaginario, del *como sí* y en el esfuerzo por establecer una diferencia y una huída en torno a lo femenino.

5.1.1.2.- Discursos acerca de la identidad filial:



Figura 10

Con identidad filial, nos referimos a la historia de relaciones e identificaciones significativas de las entrevistadas en torno a las figuras de sus progenitores, antepasados, etc.; es decir, remite a los discursos acerca de cómo han podido o no configurar una identidad personal que integre elementos que las incorporen parte de una cadena de filiación, simbolizando su existencia también en torno a este eje. Los discursos de las mujeres acerca de su identidad filial han sido dividido bajo cuatro grandes ejes: “identidad en torno a la relación a la madre”, “identidad filial en general” (identificación a otros miembros de la familia), “identidad fraterna”, es decir, la manera en que se posicionan en torno a sus hermanos y la “identidad materna” (ellas pudiendo tomar una posición de madres hacia otros). Llama la atención la ausencia total de discursos identitarios en torno a la figura del padre. A continuación analizaremos cada uno de estos ejes:

5.1.1.2.1 Identidad en relación a la madre:

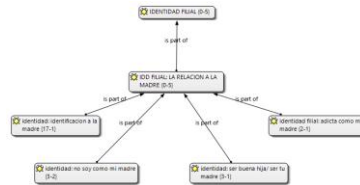


Figura 11

La categoría identidad en torno a la figura de la madre refiere a cómo las entrevistadas se refieren o no en términos identitarios en torno a la madre, aludiendo a un parecido y/o una distancia con la misma. La cualidad de las identificaciones, así como la manera en que se articula la identidad en torno a las experiencias vividas en torno a la madre, será parte del análisis de esta categoría. Esta categoría presenta 4 sub-ejes: “identificación a la madre”, “no soy como mi madre”, “ser buena hija, ser tu madre” y “adicta como mi madre”. El primer eje revela la manera en que las entrevistadas logran una identificación posible a la madre. En todos los casos, esta identificación surge ya sea en torno a alguna cualidad negativa de la madre, o en torno a la repetición de un evento doloroso en sus vidas que reitera los *mismos errores* de la madre, o viviendo las mismas situaciones que la madre vivió *padeciendo lo mismo que ella*. Se trata de identificaciones que a veces se reconocen como propias, pero en otros momentos no; es decir, la identificación a la madre no es algo que el yo reconozca como siempre como propio y como tal, pero que sin embargo a nivel inconsciente hablarían de una identificación a la figura y/o al lugar de la madre. Veamos esto mediante citas: “EM32: [hablando de su nacimiento e infancia] es que mi mamá era como súper joven, mi mamá me tuvo súper joven... y que por ser ahora ella me critica que a mí me gusta andar leseando con mis amigas y qué se yo, pero ella hacía las mismas cosas, a ella le encantaba andar con sus amigas para allá, con sus amigas para

acá [...] que ella debería, para mí ella debería haber vivido pendiente de las cosas de nosotras...”

“EM61: yo nací en mi casa, mi papá hizo el parto porque no confía en los doctores, él también hizo el parto de mi hermana mayor en la casa, yo nací en la casa también... o sea, yo fui el parto más difícil, porque mi mamá se cayó de una escalera... en la casa había una escalera que daba hacia una terraza y mi mamá colgaba la ropa arriba. Un día al colgar la ropa arriba, bajando se cayó, botó mucho líquido y ahí nací yo /E: o sea, a usted no la llevaron nunca al médico?/

EM61: no, nunca.. al consultorio yo voy desde mi pérdida, desde la pérdida de mi primer bebé”
(EM61 pierde a su hijo tras caer de un piso en el que estaba parada bajando cosas).

Como podemos apreciar, no existe una identificación a la madre que sea grata para las entrevistadas. En el caso de EM32, ella, como su madre lo hizo en la infancia, *anda leseando con sus amigas, cuando debería estar pendiente de sus hijas*. Nos contará más adelante en la entrevista que su madre, como su abuela lo hizo en su infancia, critica su conducta delante de sus hijas. En este caso EM32 logra notar la similitud entre ella y su madre, y pese al dolor que esta conducta materna le ha causado, repite lo mismo en torno a sus hijas: las deja solas. Por su parte, en una identificación inconsciente, EM61 sufre un aborto espontáneo a causa de una caída, de manera muy similar a la caída que sufre la madre y que causa su anticipado parto. Ella, para la madre, *ha sido el parto más difícil*, tal como su hijo fallecido lo fue para ella. Este evento tiene una consecuencia importante para EM61: en la medida que se identifica a la madre, en ese aborto se ha abortado a sí misma, privándose además de la posibilidad de ser madre. Se trata de una identificación que corta la cadena filial, que al *repetir lo vivido* corta el ciclo.

Como es posible apreciar, la identificación a la madre es siempre una experiencia que encarna el dolor que el vínculo entre ambas ha implicado. La entrevista de EM61 nos permite afirmar que la caída materna que fuerza su nacimiento prematuro es leída por la entrevistada como expresión del odio materno, del rechazo a la maternidad. Ella, en su aborto, es finalmente una no-madre, encarnando efectivamente lo que la madre deseó ser y no fue. Para EM32, la maternidad también ha sido vivida desde el rechazo, entonces su propia encarnación del rol materno lleva la huella de esta vivencia: se dedica a *lesear con las amigas* en vez de *preocuparse de sus hijas*. Diremos que esta identificación porta el afecto doloroso que el vínculo con la madre ha implicado para ellas, y en esta medida es una identidad que *se padece*. Esta idea la refuerza la categoría “no soy como mi madre”. Como se ha podido ver en las citas anteriores, la identificación a la madre conlleva para ellas repetición; es repetir la forma vincular de las madres, pese a que les ha causado dolor. Aparentemente por ello, pueden reconocer como propio más fácilmente aquello que las aleja de la imagen materna y que marca una forma de cortar con esta cadena de retorno del pasado. Veamos esto en una cita: “EM22: o sea, ella [la madre] cuando tomaba era más... escandalosa, hacia escándalos en la calle, a ella no le daba vergüenza... siempre la veía con alcohol, no hubo un día que anduviera sin alcohol/ E: ¿usted siente que se parece a ella en su forma de ser?/ EM22: yo creo que no me parezco a nadie..”

EM11: “para haber sufrido tanto [la madre] tendría que haber dado más cariño po!, yo le digo, tú sufriste mucho, por qué no nos diste el cariño que tendrías que habernos dado?!, yo he sufrido y le he dado harto cariño a mis hijos, porque yo no he querido que vivieran lo que yo viví..”

Para EM22, parecerse a su madre es ser una *alcohólica escandalosa*, una *sin-vergüenza*. Ella, adicta como la madre, vive su adicción *con vergüenza*: se esconde para consumir, lo hace sin que su hijo la mire, acude a tratamiento *por vergüenza*. Prefiere marcar la distancia con la madre, pese al parecido en la adicción; de esta manera, es preferible *no parecerse a nadie*. Para EM11, por su parte, la madre *no le ha dado cariño*, no tiene recuerdos de un trato afectuoso por parte de la madre. Ella prefiere entonces desmarcarse de esa imagen materna y *darle mucho cariño* a sus hijos, justamente como una forma de reparar su vivencia infantil: *yo no he querido que vivieran lo que yo viví*. La elaboración de una identidad en oposición a la figura de la madre es la característica más importante en el plano de la identidad que las entrevistadas reconocen como propia, pues lo materno lleva para ellas la huella del rechazo, sentido en su *presencia ausente*: “EM11: yo no pasaba mucho... casi nunca viví en la casa, yo siempre me iba donde una tía, que ella me daba de comer, tenía que lavarle la zumba de loza, hacerle las cosas, pero comía bien y andaba bien vestida... entonces, es poco lo que viví con ella [con la madre]”. EM11 señala que *es poco lo que vivió con la madre*, cuando en realidad es la madre quien poco se dedica a ella; la tía, de alguna manera, hace cosas que la madre debió hacer: *ella me daba de comer y andaba bien vestida*.

En conjunto a ello, la historia con sus madres está marcada por el dolor en la medida que desde pequeñas han sido las entrevistadas quienes han adoptado una función maternante hacia sus madres, sus hermanos u otros, sintiendo que les hizo falta la protección y cuidados maternos. La consecuencia de aquello es la confusión de espacios, de roles, de lugares simbólicos que permitieran la regulación del intercambio social de una manera no padeciente. Esto es lo que muestra la categoría “ser tu hija/ser tu madre”. Veamos esto en una cita: “EM51: “mi meta era tener mi casa para llevarme a mi hija y a mi mamá, porque encontraba que ella [madre] no

estaba bien atendida... mis hermanos no la atendían bien, no le hacían comida como corresponde, uno que es mujer, uno va a la feria, compra verduras, hace comida de casa po, comidas comidas!, no fideos y arroz po, entonces yo quería llevarme a mi hija y a mi mamá...". Esta cita muestra que la expectativa de la entrevistada en torno a sus proyectos de vida, están centrados en cuidar de la madre por sobre la hija, pues desde la más temprana infancia ella se ha hecho cargo de la madre en términos afectivos, y en el tratamiento que realiza es la hija a quien ella denomina *su soporte*. Se trata entonces de una cadena de filiación que pareciera invertida, donde las hijas se prestan a sus madres como figuras de contención y maternaje, dejando desprovistas a las siguientes generaciones justamente de aquello. *Madres de sus madres*, no pueden ser madres de sus hijos, en la medida que no han podido simbolizar lo materno como un espacio de contención simbólica necesaria para un infante en proceso de constitución psíquica. Es la *presencia ausente* de la madre aquello que ha dejado huella.

En algunos casos, la identificación a la madre pasa por la problemática de consumo; se trata entonces de mujeres cuyas madres han tenido problemas de consumo y que encuentran en el uso de la droga un referente con el cual construir algún tipo de identificación a la madre. Veamos esto en una cita: "E: ¿por qué cree que su mamá se hizo adicta?/EM61: porque mi papá le mostró la droga/E: ¿pero por qué se pegó ella en eso?/ EM61: porque es mujer, las mujeres son las que más... eh... se podría decir, se vuelven más adictas fácilmente/ E: ya.. y ¿por qué?/EM61: no lo sé..".

Como vemos en esta cita, EM61 puede ser *una mujer más*, como la madre, en la medida que es adicta, porque sólo *las mujeres se vuelven adictas más fácilmente*. El consumo de drogas en este caso, sería un referente imaginario que permitiría anclar lo femenino al cuerpo, aunque sea parcialmente. La identificación a lo femenino, en cuanto pasa por la identificación a la

madre, como vemos en esta cita, se ve comprometida. Devenir mujer se revela nuevamente como un proceso inconcluso, tórpido, y lo femenino, lo materno y lo filial se entretujan en una experiencia que no termina de acontecer, pues conlleva el dolor de la ausencia materna, vivencia que ha generado padecer emocional a las entrevistadas, marcando su forma de ser. Podemos afirmar entonces que lo femenino, lo materno y lo filial, como experiencias simbólicas que dan lugar a la configuración de una mujer en diversos vértices, no han acontecido en estas entrevistadas como tales. Se trata de experiencias truncadas por la ausencia materna. Las entrevistadas se esfuerzan de diversas maneras por elaborar algún elemento simbólico que les permitiera devenir mujeres, madres e hijas y en ese esfuerzo logran sólo retener elementos concretos, imaginarios y vacíos de identificación, incluso tan nocivos como la adicción, por la ausencia de referentes simbólicos maternos en torno a lo femenino, lo materno y lo filial. ¿Cómo poder ser mujer, madre e hija si como dice EM22, *no me parezco a nadie?*.

5.1.1.2.2.- Identidad filial en general:



Figura 12

La categoría identidad filial general se subdivide en cinco ejes. “no me parezco a nadie, me parezco a mí”, “sin referentes”, “la droga, mi único referente”, “algo tengo de ti pese al dolor” y “antepasados míticos”. Recordemos que esta categoría habla de la posibilidad de configurar la identidad en torno a figuras significativas de la infancia, a excepción de la madre pues ya se abordó anteriormente en una categoría distinta. Los dos primeros ejes muestran cómo las

entrevistadas no encuentran referentes filiales con los cuales construir su identidad. Hemos demarcado la ausencia relevante en este ámbito de la figura paterna. Veamos esto en una cita:

“E: ¿y su mamá no le ha dicho si su papá era alcohólico?/EM81: nunca me ha querido contar nada de él/E: ¿qué quería saber?/ EM81: quería conocer de quien... como era la persona de quien había nacido, como era su forma de ser../E: ¿usted siente que se parece a alguien?/ EM81: ¿a alguien conocido?/E: no, ¿a alguien de su familia?/EM81: no, dicen que algunas de mis hijas se parecen a mí pero yo no las encuentro parecidas, las encuentro parecidas al papá..”

Esta cita es reveladora de cómo las entrevistadas no encuentran referentes con los cuales construir su identidad. Como primer punto, las entrevistadas en general son mujeres que no tienen ni han tenido un vínculo real o afectivo con sus padres. En general, el padre encierra un enigma, porque se desconoce. Su ausencia, a diferencia de la ausencia materna, es una ausencia real, entonces se ha llenado por parte de las entrevistadas de fantasías acerca de su identidad. En este caso, el desconocimiento paterno abre preguntas, e impide identificaciones. EM81 nos relata que quisiera conocer *de quien... como era la persona de quien había nacido, como era su forma de ser*. La entrevistada señala el deseo de *haber conocido* a su padre, dando a entender que estuvo en busca de su historia o identidad en la infancia; a su vez, cuando se le pregunta por algún parecido en torno a familiares, pregunta que remite al campo de las identificaciones posibles y de la elaboración de un espacio de referencia filial, la entrevistada entiende que le estoy preguntando si se parece a algún personaje conocido de la TV o socialmente conocido, no pudiendo dar cuenta de una identidad asociada a personas significativas en sus vínculos, a *familia*. Luego habla de cómo sus hijas tampoco se parecen a ella, revelando como ella tampoco ha logrado ofrecerse para otros como alguien que se preste a la identificación. En la cita puede verse cómo pasamos de hablar del deseo de conocer la

identidad paterna a la ausencia de referencias concretas de parecidos centrados en la imagen, probablemente asociadas a la dificultad simbólica que existe en este espacio particular de la identidad. El espacio de filiación impresiona entonces como cortado, mutilado, pues no hay línea de continuidad entre las generaciones, sino que generaciones acopladas unas a otras sin poder encontrar una línea de parentesco, sin poder participar de una cadena de entrega sucesiva de elementos simbólicos que pudieran unirlos más allá de la consanguineidad real, corporal, remitiendo únicamente a elementos concretos o imaginarios que, en el mejor de los casos, articulan un esfuerzo por elaborar una identidad que sea parte de una cadena familiar. En el mejor de los casos, decimos, porque en el más usual de los casos las entrevistadas simplemente dan cuenta de esta mutilación en su biografía y en su identidad, y entonces *no se parecen a nadie y nadie se parece a ellas*.

Complementando lo anterior, la categoría “algo tengo de ti pese al dolor”, revela que para las entrevistadas poder dar cuenta de cierto parecido en la forma de ser a alguien significativo de la historia, conlleva cierta cuota de padecer psíquico. Parecerse a alguien que han querido es algo que duele, pues ese parecido encierra el dolor que significó esta relación, tal como vimos sucede en torno a la figura materna también. Veamos esto en una cita: “E: ¿le gusta cantar?/EM62: me quedó, me quedó el arte de cantar se podría decir... ahora disfruto cantar, no cuando había que hacerlo por trabajo o para que él [padre] se llevara toda la plata [...] había eventos en los cuales teníamos que salir a tocar en el escenario como a la una de la mañana, yo tenía como 6, 5 años.. / E: ¿cómo lo habrá hecho para que ahora le guste cantar, porque a veces las cosas como obligadas..?/EM62: lo llevo en la sangre yo creo, lo llevo bien adentro..”

Como vemos en esta cita, para EM62 *cantar* ha sido una experiencia asociada al maltrato paterno. El *gusto por cantar* en la actualidad es imposible de asociar a una identificación al

padre, porque esta conlleva padecer. Aparentemente por esto, en este caso el gusto por el canto se asocia a lo somático, a lo heredado genéticamente, a lo adquirido vía somática, por sobre la historia del vínculo. La historia del vínculo se omite, se borra, de manera tal de poder hacer perdurar una identificación que ligue al sujeto a un espacio filial posible: *lo llevo en la sangre yo creo, lo llevo bien adentro.*

Las entrevistadas muestran cómo para ellas no es posible reconocer rasgos de sí mismas como producto de la vivencia vincular con otros relevantes biográficamente, sin asociar ello a su historia de dolor. Esto se suma a la problemática antes explicada en torno a la identificación; es decir, o no hay referentes simbólicos que les permitieran elaborar una identidad filial, o si los hay conllevan un vínculo tan doloroso que igualmente quedan al margen de lo simbólico. Se trata de mujeres que sin embargo insisten en un permanente esfuerzo por elaborar una identidad filial. Esto es lo que revela la categoría “antepasados míticos”, en la medida que muestra que, ante la ausencia de referentes simbólicos asociados a sus seres significativos con los cuales identificarse, las entrevistadas recurren a la suposición, a la fantasía, que sus formas de ser responden al parecido a antepasados míticos, causas divinas o intervenciones no terrenales, que inciden vía somática en algunos rasgos de su forma de ser o que intervienen de alguna manera en aquello. Veamos esto a través de una cita: “EM42: no sé si tú crees en estas cosas, pero yo le pedí tanto a mis ancestros que me ayudaran, y a todas las personas que están en el cielo que me estiman o que me quieren que me ayudaran, lo pedí tanto, tanto, tanto.. y fue como, yo digo que un milagro, yo digo que fue un milagro porque un alcohólico no deja de tomar así, de un día para otro... no sé cómo decirlo, de milagro”.

“E: qué será que usted no puede parar [de consumir]?/EM71: yo creo que es una maldición.. la maldición de que cuando todos han sido separados y todo eso, la que viene se separa, yo creo

que eso me pasó a mí... yo no quedé pegada en el consumo de cocaína porque todas mis hermanas consumieron, pero después ya no consumieron po... es como una maldición, una maldición que después se llevan tus hijos, tus nietos, eso creo yo..."

El *milagro* que explica el cese del consumo en la primera cita y la *maldición* que explica la adicción en la segunda, esbozan un esfuerzo por abordar la vivencia actual a partir de otros, de la pertenencia a algo, de la historia que otros pudieran permitirles construir en relación a un vínculo. Como esto no ha sucedido de forma positiva, es decir, dado que el encuentro con otros siempre se ha tornado un doloroso desencuentro o la vivencia de la ausencia simbólica radical, no se ha podido lograr satisfactoriamente. Tener un ancestro que cure de la adicción, al que se reza, o encarnar una maldición familiar, constituyen esfuerzos de poder articular la identidad y la vivencia actual como parte de un todo, que otorgara sentido y direccionalidad a la vida, en tanto ubicaría de alguna manera la existencia en torno al deseo hipotético de este Otro fundamental. *Alguien más allá me quiere, interviene por mí, me permite sanar; alguien me odia, porto una maldición familiar, antes les tocó a mis hermanas, ahora a mí.*

La categoría "la droga, mi único referente", finalmente, da cuenta de cómo las entrevistadas encuentran en las problemáticas de consumo de sus familiares una forma única o concreta en la cual poder reconocerse, y construir en torno a esto, dada la ausencia de otros referentes, el centro de la posibilidad de una identificación: "EM61: mi familia es totalmente consumidora, o sea lo traigo desde la cuna se podría decir/ E: como que no sabe hacer otra cosa, una cosa así?/ EM61: como que fue lo único que me enseñaron, aparte del arte y la música, que sé yo.. y que mi padre se llevara toda la plata, toda la plata que se consumía en drogas y alcohol...". Tal como vemos en esta cita, la adicción constituye lo único recibido, lo único que *se ha enseñado*,

y entonces es algo que se siente como propio, pues se siente que se trae *desde la cuna*, heredado por parte de la familia.

La categoría identidad filial, entonces, muestra las dificultades simbólicas de las entrevistadas en torno a la construcción de su propia identidad, dando cuenta de las ausencia y carencia de referentes simbólicos que les permitieran ubicarse como parte de una cadena de filiación y de deseo. Las entrevistadas, en un esfuerzo por conseguir referentes identitarios, recurren al espacio del cuerpo como una forma concreta del dar cuenta de lo heredado (*lo llevo en la sangre*), a la negación de toda posibilidad referencial a otros (*no me parezco a nadie*), a la droga como único elemento mediante el cual construir una posición filial imaginaria o a hipotetizar acerca de la influencia de seres divinos o míticos en su forma de ser como un esfuerzo por pertenecer de alguna manera a una cadena de filiación. La ausencia del padre, o su violencia, como veremos, redoblan la ausencia materna, y en conjunto impiden la elaboración de una identidad filial satisfactoria. *Hijas de nadie*, las entrevistadas *no se parecen a nadie*.

5.1.1.2.3. Identidad fraterna:

La “identidad fraterna” alude a la manera en que las entrevistadas refieren al campo de su identidad en torno a sus hermanos, y a la posibilidad o no de elaborar junto a ellos una identidad compartida como parte de una misma historia y acontecer.

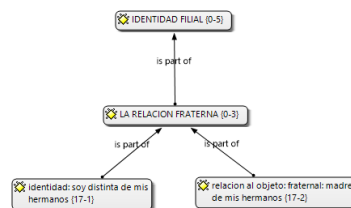


Figura 13

La identidad fraterna se despliega bajo dos ejes: “soy distinta de mis hermanos” y “madre de mis hermanos”, este último también parte de la categoría “relación al objeto”. Ambos ejes refieren al mismo punto pero desde dos puntos de vista. El primero señala la diferencia que las entrevistadas sienten respecto del espacio fraterno, sea por un trato diverso entre los hermanos, sea porque ellas ocupan un lugar distinto de sus hermanos en el espacio familiar, etc.: “E: ¿qué es lo que le hace pensar que no es hija de él [de su padre]?/EM41: ehhh.. porque cuando se separaron, mi hermana siguió manteniendo contacto y visitas con él, con mi papá, y a mí nunca nada, nada... a mí es como que... por ejemplo, las fotos del bautizo de mi hermana, aparece la familia, los 4... y en la, en la foto de bautizo mía, aparece un caballero que yo pregunto quién es y la respuesta que me dan es... no, es que había un caballero ahí, justo se puso ahí.. y sacaron la foto”.

En este caso, EM41 duda acerca de que su padre sea el que se ha signado como tal, en la medida que él jamás le ha dado a ella el estatuto de una hija. Con su hermana, el padre mantiene contacto y visitas, pero *con ella no*, a ella no la visita, *nunca nada, nada*. En su foto de bautismo, el padre no figura y en su lugar aparece un hombre desconocido. Esta situación abre una pregunta, ¿es este mi padre?. La hermana, reconocida por ambos padres como tal, disfruta del reconocimiento paterno; el desamor del padre la deja en una condición de *no hija*, sin padre, y en ese sentido, por fuera de la familia. Para ella, por lo tanto, no es posible compartir con la hermana una experiencia fraternal a cabalidad, pues la experiencia de hija ha tomado un cariz radicalizante: una es la hija reconocida y amada, la otra es la no-hija. Veamos otra cita:

“E: pero ¿qué le pasaba en la casa?, ¿se aburría?/ EM51: me aburría porque mis dos hermanos eran hombres, los dos jugaban y yo era la niña, era la sola y ellos se portaban bien y yo era como la chuky de la casa [ríe], y bueno, la chuky entre comillas porque al final, al final de todo

el tiempo, he sido la única que he tenido mi casa.. pero también he sido la que no ha sido feliz...” (la entrevistada es también la única que no es criada por el padre, debido a su muerte).

El aislamiento fraternal, en este caso, proviene de la condición femenina, condición que se quiere negar, porque en vez de ser una niña suave y femenina, se es una *chucky*. Recordemos que *chucky* es el personaje de una película de terror, un juguete infantil con forma de niño que esta endemoniado y que lleno de odio, daña a todos a su alrededor. Como un niño endemoniado, entonces, EM51 no es un hombre más entre los hermanos, y sufre: *también he sido la que no ha sido feliz*. EM51 es la única de los hermanos que no tiene huellas de la crianza paterna; tal como EM41, en comparación a los hermanos, no ha tenido el disfrute de una relación al padre.

La categoría “madre de mis hermanos” demarca cómo en general esta distancia entre las entrevistadas y sus hermanos es producto también del papel materno que ellas han debido cumplir hacia sus hermanos desde la temprana infancia. Como vimos, las entrevistadas han sido forzadas precipitadamente por sus madres a asumir un rol materno, y este en general incluye el cuidado de sus hermanos desde la temprana infancia; este es el eje que en la mayor parte de los casos las aísla de la posibilidad de disfrutar de un espacio fraterno: “E: ¿jugaba de niña?/ EM72: pocas veces jugaba de niña porque tenía que ver a mis hermanas, porque igual son siete años más de diferencia, yo igual tenía que cuidarlas. No, si a mí me dijeran tú volverías a la niñez?, porque todos quieren como volver a antes porque lo pasaban bien, tenían sus juegos, tenían sus amigas... yo no volvería atrás.. yo no volvería atrás, noooo, yo sufrí mucho cuando niña, así que no, no volvería atrás”.

De alguna manera, las entrevistadas quedan posicionadas en un espacio diferente a sus hermanos, como parte de una familia distinta a la que constituyen todos, lo que las hace sufrir,

sentirse solas y no entender las razones de esta soledad en que crecen. En el caso de EM72, hija de un padre distinto al de sus hermanas, le toca cuidarlas por ser la mayor y eso la priva de una vida infantil. Esta prematura adultez duele: *yo no volvería atrás, sufrí mucho cuando niña*. Su identidad entonces gira en torno a cierta soledad radical. La historia de sus relaciones nos muestra cómo las entrevistadas no pueden elaborar una identificación positiva a la madre, a los hermanos o algún otro miembro de su familia, porque la historia vincular con ellos ha estado plagada de dolor y/o ausencia. En el espacio fraternal, hay una distancia radical con los hermanos, han quedado aisladas. Imposibilitadas de compartir su experiencia de crecimiento con un igual, como sería una experiencia entre hermanos, no es posible construir una historia compartida. A su vez, tener hermanos para ellas ha precipitado la experiencia maternante y en la medida que ésta es tan anticipada, se torna dolorosa y padeciente; la infancia se padece en la medida que no se vive como tal, sino como la carga de tener que responder como madre de unos hijos que no son tales, bajo el marco de no ser reconocida como hija ni como niña. Se trata de mujeres que han crecido en soledad, sin referentes simbólicos en torno a lo femenino, materno y filial, pero tampoco en torno a lo paterno y en un espacio de aislamiento fraternal. Niñas que a su vez han sido privadas del reconocimiento como *hijas de*. Veremos a continuación cómo con estas falencias pueden enfrentar la posibilidad de encarnar un lugar materno.

5.1.1.2.4. Identidad materna:

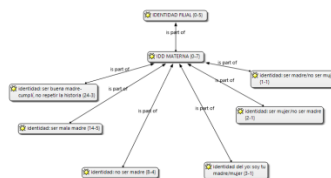


Figura 14

Nos referimos a “identidad materna” al hablar de los discursos de las entrevistadas en torno a su autodefinición como madres. Es relevante mencionar que la muestra se compone de mujeres en su mayoría madres, y todas aquellas que no han sido madres han presentado sin embargo experiencias de gestación fallidas. En cierta medida, entonces, la experiencia materna es algo que comparten como vivencia, pese a no ser un eje o requisito de elección de la muestra. En los discursos de las entrevistadas se distinguen seis ejes: “ser buena madre, cumplí/no repetir la historia”, “ser mala madre”, “no ser madre”, “ser tu madre/mujer”, “ser mujer/ no ser madre” y “ser madre/no ser mujer”. La primera categoría, “ser buena madre, cumplí/no repetir la historia”, revela que encarnar el rol materno es vivido por las entrevistadas como la única manera posible de reparar los dolores de su infancia; esta posibilidad, sin embargo, se convierte en un imperativo que transforma la maternidad en una responsabilidad, un *deber*. Veamos esto en una cita: “EM41: ahí yo creo que puse todas mis energías en ser buena madre, en ser como no fueron conmigo... ella se llevó todo lo bueno.. yo soy de mimos, de hacer cosquillas, de cositas, pero pongo reglas porque creo que son súper importantes para guiar a un niño... ehh.. leía libros de autoayuda, de cómo se cuidan los niños, tantas cosas, y aprendí mucho, aprendí mucho...”

La cita nos muestra dos elementos que se repiten en las entrevistadas. El primero, que la maternidad se simboliza desde una negativización de la experiencia: ser *buena madre* implica siempre no repetir el dolor vivido: *ser buena madre es ser como no fueron conmigo*. La vivencia del tiempo se revela en torno a la repetición y su insistencia. Por otra parte, en tanto deber, la maternidad implica una responsabilidad por sobre una experiencia de placer: *yo pongo reglas, porque guían al niño... leí libros de autoayuda, de cómo se cuidan los niños*. La entrevistada deja entrever que supone una forma correcta, adecuada, de criar e intenta

apropiarse de aquello. Finalmente, la maternidad es una experiencia que agota, que vacía, pues más que disfrute implica una obligación: *ella [hija] se llevó todo lo bueno*. El tercer eje que revela esta cita es que las entrevistadas recurren a “recetas” concretas que puedan guiar el quehacer con el hijo y el vínculo. En este caso, la entrevistada lee libros de autoayuda, *de cómo se cuidan los niños, tantas cosas, y aprendí mucho, aprendí mucho*. Así, el deber imperioso que guía la maternidad impide que esta se centre en el disfrute del encuentro, y se ancla en la insistencia de articular este encuentro como un encuentro otro, un espacio diferente del vivido. De esta manera, la maternidad de las entrevistadas está teñida y cegada por su propia experiencia de ser hijas y, más allá de lo deseado, se termina por confundir presente y pasado, en un devenir sin tiempo lineal, sino que en un circuito recursivo: *ahí yo creo que puse todas mis energías en ser buena madre, en ser como no fueron conmigo*.

Las categorías “ser mala madre” y “no ser madre” hablan de como el ejercicio de la maternidad incomoda a las entrevistadas en la medida que dan cuenta de este retorno al pasado. Ser *mala madre* alude a la ausencia materna, en tanto esta repetiría la vivencia padecida con la madre. Esto genera culpa pues sienten que repiten con sus hijos el dolor que ellas han vivido en la infancia: “EM11: yo siento que ellos [hijos] no me quieren, yo de repente digo... si ellos como si nada con lo que pase conmigo, como que no les importa... es que yo fui pesada con ellos cuando eran chicos... es que como me dediqué a trabajar, mi hija me dice a mí siempre, yo necesitaba de ti y tu no estuviste... yo trabajaba mucho [...] no quise ver que mis hijos pasaran lo mismo que yo pasé, de hambre, de no tener para comer..”

Como vemos, en la cita, EM11 siente rabia con los hijos en la medida que de ellos percibe despreocupación. Entiende esto pues asume que, a su vez, los ha dejado bastante solos cuando niños: *me dediqué a trabajar*. Liga esto a un afecto rabioso en la crianza: *yo fui pesada con ellos*

*cuando chicos. Pero a la vez trabajaba para que no vivan lo que yo viví. Ser mala madre, entonces, es faltar a los hijos simbólicamente, como sus madres les han faltado a ellas y transmitir en esa ausencia cierto odio, ira, rabia. Son madres que se ausentan del lugar materno para evitar repetir los dolores padecidos, pero esto logran representarlo únicamente bajo la lógica de ausencia de cosas concretas: *no quise ver que mis hijos pasaran lo mismo que yo pasé, de hambre, de no tener para comer.**

La categoría “no ser madre” da cuenta de la imposibilidad de tomar un rol materno a través de la negativa directa de hacerse cargo de la crianza de sus hijos: “E: qué pasó con usted cuando él nació?/EM42: se me cayó el mundo, no lo podía creer, me lo ponían acá, me decían abrácelo, abrácelo y yo... lloraba, lloraba, no podía, nunca tuve esa conexión con él... no sé porque suceden esas cosas... después me costó, me costó mucho esa maternidad, yo lo cuidé hasta los 4 años y después yo me... me enamoré del papá de la Javiera y nos fuimos... mi mamá no quiso que me lo llevara primero porque íbamos a experimentar una ciudad nueva... pero después mi marido dijo que no, que si llegaba a la casa teníamos que irnos la Javiera y yo a Santiago, porque él no lo quería, no quería ningún guacho en la casa... y yo lo acepté”.

Esta cita muestra dos puntos relevantes que se repiten en las entrevistadas: el primero, la manifestación del rechazo a la maternidad mediante la renuncia a ejercer el rol materno. El segundo, es que se establece con los hijos un trato diferente, hay hijos con los que se es *buena madre*, pues se intenta con ellos no repetir los dolores personales de la infancia, aunque se termine repitiendo (como el caso de EM11), y *otros hijos* con los que se es *mala madre*, es decir, se les abandona simbólicamente o en la realidad, porque no se siente afecto: *no sé porque pasan esas cosas*. Como vemos, en general, no se habla del rol materno como un rol ejercido prioritariamente con placer, sino como una obligación en tanto implica el retorno del

pasado y la posibilidad de reparar con otros lo padecido. Sólo así la maternidad es posible, sino se rechaza radicalmente.

“No ser madre”, en este sentido, es una categoría bastante especial, pues muestra que muchas veces para estas mujeres no es posible ofrecerse como madre para un hijo, no sólo por las contingencias de la maternidad sino que también por lo que implica en torno a la propia vivencia de ser o haber sido hija. Si toda maternidad las conduce al retorno del pasado, simplemente es intolerable para algunas entrevistadas poder reencontrarse con esos afectos y/o con la intensidad de la vivencia. Entonces la maternidad es rechazada, no es deseada, y no puede establecerse un lazo con los hijos ni siquiera como un esfuerzo por reparar las vivencias padecidas personalmente. Por ejemplo, cuando EM42 habla de su maternidad y dice *se me cayó el mundo, no lo podía creer, me lo ponían acá, me decían abrácelo, abrácelo y yo... lloraba, lloraba, no podía, nunca tuve esa conexión con él*, nos habla de esta imposibilidad. EM42 es madre adolescente de este hijo, ser madre entonces implica para ella no sólo revivir el vínculo doloroso con la madre, en un pasado que no es tan remoto para ella, sino que además ser madre implica tomar una posición sexual y materna que la madre desde siempre le ha forzado prematuramente. La madre de EM42 es la madre que habla de su hija como aquella que *le mueve el poto a sus pololos* y la madre que al embarazarse la fuerza a hacerse cargo de sus hermanos, forzándola a dejar sus estudios, dejándola como *castigo* como la *nana de la casa*. Es tal la violencia del vínculo materno como algo padecido para EM42, que en este embarazo no puede encarnar un rol maternante para su bebé. *No puedo, no puedo, no sé por qué pasan esas cosas*, nos dice y llora. Este hijo no es criado por ella finalmente, sino que por la madre. Hijo en la actualidad drogadicto, que bajo efectos del consumo va a reclamarle su abandono. Años después EM42 tendrá a su segunda hija, para ella la única hija, pues con ella

entablará un vínculo centrado en reparar su infancia. *Reparar la infancia* es el eje del vínculo materno en estos casos y ello sólo es posible con ciertos hijos. Si el hijo no permite vislumbrar la posibilidad de reparar lo vivido en la propia infancia, no son reconocidos como tales, y con ellos no es posible tomar, aunque sea parcialmente, una función maternante.

Las siguientes tres categorías: “ser mujer/ no ser madre” y “ser madre/no ser mujer” y “ser tu madre/mujer”, hablan de la dicotomía que toma la posición femenina en torno al rol materno.

Las dos primeras hablan de la división radical entre el rol materno y mujer que surge en las entrevistadas. Es decir, las entrevistadas o sienten que son madres o sienten que son mujeres, sin poder establecer una identidad que integre ambos vértices de la feminidad. Las entrevistadas hablan de la imposibilidad de complementar los roles. Veamos esto en una cita:

“E: ¿por qué quería abortar?/EM52: porque Rodrigo me había dejado po y quería volver conmigo pero él tenía la duda que [la guagua] no fuera de él, entonces yo dije, puta si voy a estar con esta pelea de que.. y me va a maltratar con que la guagua no es de él, mejor no po...”.

Tal como vemos en la cita, EM52, ante la fantasía que su pareja pueda cuestionar su paternidad, prefiere no ser madre para poder ser pareja. Esta dicotomía aparece muchas veces, unas veces prefiriendo la maternidad, otras veces prefiriendo las entrevistadas ser pareja. Pareciera como si la posibilidad de complementar esta experiencia estuviera afectada, limitada, y en especial en los momentos de crisis la dicotomía se manifiesta desde la escisión radical de la vivencia.

Por su parte, la categoría “ser tu madre/mujer” muestra cómo la única posibilidad de complementar los roles de mujer y madre se da particularmente en relación a los hijos. Es decir, las entrevistadas en torno a los hijos sienten que pueden tomar una posición de madres y parejas, lo cual no sucede en torno a la relación con sus parejas, pues con ellos sienten que

deben elegir. Veamos esto en dos citas: “EM71: porque mi hijo se fue, lo hecho mucho de menos, él era todo para mí, él logro cosas que nadie ha logrado, nadie me ha hecho feliz como lo ha hecho él, entonces yo lo hecho mucho de menos, él no quiere nada conmigo... pero él fue muy especial para mí, me hizo muchas cosas que nadie me ha hecho. Mis hijos se ríen y me dicen “ y tu hijo especial que no has visto?”, yo les digo sí po, fue mi hijo especial y yo les expliqué que no es porque lo quiera más a él, pero es porque él hizo cosas que nadie ha hecho por mí, ni mi esposo, ni mi esposo.. para que no consumiera el Pietro se acostaba conmigo [...] el Pietro fue como el pololo que deseaba tener, como la persona que yo siempre quise tener, fue mi hijo...”

“EM41: yo tengo dos hijos... uno tiene 26 y la Javiera 20... con mi hijo mayor no tengo mucha relación porque nunca lo crié, no tengo un lazo afectivo con él como el que tengo con mi hija... pero yo realmente, yo de mi hija... yo me siento enamorada, la amo mucho, no lo he podido superar, su partida me rompió el corazón [...] yo la llamaba y me cortaba o no me contestaba el teléfono, le mandaba mensajes y no los contestaba, por face... nada, no quería estar conmigo ni verme y eso me provocaba mucho dolor, un día me contesto y me dijo no quiero que me llames nunca más!.. esta es mi tristeza más grande porque viví, imagínate, en la misma casa donde arrendábamos, esta su pieza igual... yo ahora tengo una pareja pero no es lo mismo...”

Como es posible apreciar, es en la vinculación placentera a los hijos donde las entrevistadas toman una posición femenina y de pareja hacia ellos, reclamando y exigiendo una vinculación que excede el vínculo materno. En el caso de EM71, el hijo es el *pololo que se ha deseado toda la vida, ha hecho cosas que ni el esposo ha hecho por ella*. En el caso de EM41, el amor por su hija es tal que se declara *enamorada* de su hija, dándole al vínculo una connotación claramente

sexual, especialmente al tratarse de una hija de 20 años. Para EM41 el vínculo con la pareja, tal como para EM71, *no es lo mismo*.

Las entrevistadas, cuando logran disfrutar el papel de madres y no sólo “cumplir” con los hijos bajo el imperativo de reparar su propia infancia a través de ellos, toman con ellos un vínculo que impresiona más propio al de una pareja y es este el único espacio placentero que encarna la maternidad. Ser pareja de sus hijos, *enamorarse* de ellos, *encontrar a la persona que se ha esperado desde siempre, al príncipe azul*. Aquello desvirtúa el vínculo y en todos los casos se trata de hijos que han optado finalmente por alejarse de sus madres. En todos los casos, además, se trata de hijos reconocidos entonces como enamorados, nunca como hijos. La ausencia de referentes simbólicos respecto de la maternidad les impide poner límites en la forma de sentir respecto de sus hijos. Pese a que no se trata de relaciones abiertamente incestuosas, el tinte del incesto tiñe el vínculo pues las entrevistadas confunden el amor tierno con el amor sexual. Se trata de madres que celan a sus hijos, que les sobreexigen presencia, cuidados, devoción. Las parejas, por su parte, no logran satisfacer la necesidad afectiva y carnal que sí satisfacen mediante el encuentro con sus hijos: son hijos que *se llevan a la cama, que enamoran, que son como una pareja*. Esto responde igualmente a la imposibilidad de poder complementar de manera adecuada la posición materna con la femenina y sexual, confundiendo los espacios y los roles. En torno a las parejas, la distancia entre ser madre y mujer es radical, y se debe escoger entonces entre ambas, quedando a merced de las parejas o de la obligación maternante. En torno a los hijos, en cambio, cuando el placer de la relación se vuelve posible, se establece una comunicación entre las posiciones sexual y maternante que llega al límite de la confusión, de la indiferenciación, y en este sentido el disfrute se muestra en su cariz sexual, que debió ser reprimido. Suponemos que la excesiva distancia entre el lugar

sexual y maternante que aparece en los discursos respecto de las parejas responde justamente a una defensa, para poder mantener la distancia entre espacios que en realidad no han logrado una distinción simbólica.

5.1.1.3.- Discursos acerca de la identidad adicta:



Figura 15

La categoría “identidad adicta” habla de la identidad que adquieren las entrevistadas al momento del consumo, en sus preparativos o en sus momentos posteriores. Como se dijo antes, las entrevistadas se identifican a la personalidad que tienen cuando no consumen, por lo que esta identidad “adicta” sería algo que no reconocen como propio y, en este sentido, es algo que molesta. Esta categoría posee dos ejes: “lo positivo” de la identidad adicta y “lo negativo”. Analizaremos cada una de estas categorías en detalle.

5.1.1.3.1.- Discursos acerca de la identidad adicta: lo negativo

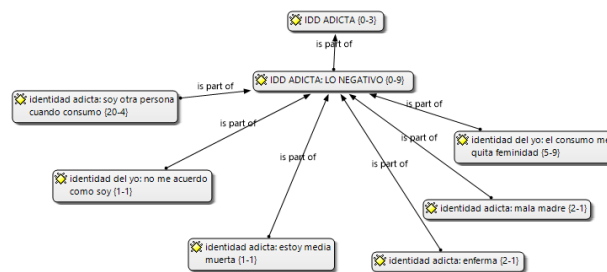


Figura 16

La categoría “lo negativo” revela los costos que trae la el consumo en términos de identidad para las entrevistadas. Esta se divide en 6 sub ejes: “soy otra persona cuando consumo”, “no me acuerdo de cómo soy”, “estoy media muerta”, “enferma”, “mala madre” y “el consumo me

quita feminidad”. La categoría “soy otra persona cuando consumo” habla del quiebre que existe entre la identidad considerada propia y la identidad que las entrevistadas tomarían bajo la lógica de consumo. Como se dijo antes y tal como revela el nombre de la categoría, las entrevistadas hablan de que bajo los efectos de la droga, del craving o de los síntomas de abstinencia, se *transforman* volviéndose irreconocibles para ellas y otros, apareciendo características negativas que no reconocen como propias de su forma de ser. Veamos esto a través de una cita: “EM41: “yo he sido siempre responsable, matea en todo lo que he hecho, en el colegio, el instituto.. hubo un vuelco en mí, o sea, si tú me preguntai, hace dos años y ahora, soy otra persona, yo soy una persona irresponsable, no trabajo... dejé de pagar el arriendo de mi casa, cuando no tengo plata o no puedo conseguir algo.. o no puedo vender cosas, me voy al supermercado y robo el copete, cachai?, hasta ese punto...”

Durante la privación surge el empuje, la impulsión, a hacer lo que sea necesario para procurarse droga, hasta el robo, límite en el que EH41 no se reconoce. Cuando falta la sustancia, la identidad de sí se fragmenta, se disocia, surgen sensaciones y vivencias experimentadas como una otredad, que precipitan una imagen, sino monstruosa, al menos indeseable de sí misma. La categoría “no me acuerdo como soy” habla de cómo el prolongado tiempo de consumo les ha hecho prácticamente olvidar su forma de ser habitual, sin el efecto de las sustancias, ser aquellas en que se reconocen: “E: y usted, estando sin consumo cómo es?/EM52: yo, estando sin consumo... la verdad es que estoy hace tanto tiempo así..... soy hiperactiva, sí!, soy hiperactiva...” El quiebre con la personalidad sería tan radical que les haría olvidar su auténtica forma de ser, o con la parte de su forma de ser que sienten que las representa.

Las siguientes categorías: “estoy media muerta”, “enferma”, “mala madre” y “el consumo me quita feminidad”, habla de los costos que ha traído el consumo de sustancias para las entrevistadas, pasando a tomar una identidad que causa padecer o incomoda. La categoría “estoy media muerta” muestra cómo el consumo implica un proceso de autodestrucción y dolor: “E: hacerse mierda me dice... ¿siente que se hace mierda cuando consume?/EM51: en el fondo sí, porque nunca he sido feliz... bueno, he pasado por procesos... mire, ahora ya llevo un año sin mi hija, los tres primeros meses es una muerte en vida, era un zombie, no comía, no me levantaba, no quería nada, nada... estuve a punto de tomarme unas pastillas, me acuerdo... después me interné y ahí empezó un camino bueno, empecé a hacer ejercicio..”.

Esta cita muestra la relación entre la afectividad y el consumo de sustancias, posicionando al consumo como una forma de autodestruirse por dolor psíquico. Estar en consumo implica ser un *zombie*, un ser entre *vivo y muerto*, que *no come, no se levanta, no quiere nada*. Salir de este estado pasa por dejar de consumir: *ahí empezó un camino bueno, empecé a hacer ejercicio*.

Esta aparente evidente relación entre el consumo y el afecto no es tal para las entrevistadas. La categoría “enferma” revela cómo el consumo de sustancias pasa a ser comprendido generalmente bajo la lógica médica, bajo la dependencia somática, cortando la posibilidad de simbolizar el consumo de sustancias como una consecuencia dolorosa del padecer psíquico. Comprenderlo de esta manera, como una enfermedad médica, les permite a su vez justificar esta forma de ser que no reconocen como propia, esta transformación sería efecto de la sustancia en el cuerpo orgánico: “EM42: “...cuando [la mamá] va a la casa me dice ¿qué te falta?, porque a ti no se te puede dejar plata!, no po mamá, no se me puede dejar plata!, pero me puede comprar dos cigarrros? [...] yo sé que no es responsabilidad de usted que me esté

alimentando, pero estoy enferma, no puedo trabajar!.. se quedó callada, dijo que me había puesto cuática y se fue”. Tal como dice EM42, estar enferma orgánicamente explica para la entrevistada la condición de gastar la plata indiscriminadamente para drogarse: *no po, no se me puede dejar plata!, pero estoy enferma, no puedo trabajar!. Sin esta enfermedad, no poder trabajar o gastar en drogas se vuelve inexplicable, no es posible visualizar para ellas tan fácilmente una relación entre dolor psíquico y uso de sustancias.*

Por su parte, las categorías “mala madre” y “el consumo me quita feminidad” revelan como las entrevistadas sienten que el uso de sustancias merma su capacidad de ser madres y mujeres. Veamos esto en una cita: “EM71: después no me daba nada, nada... llegaba a comprar falopa con mi hijo y si me daban un montón de falopa y estaba mi hijo, prefería la falopa y no a mi hijo.. llegué a pensar eso en ese momento/E: siente que los descuidó por eso?/ EM71: yo estaba, estaba pero era como que no estaba. Yo los atendía y todo pero era como que no estaba con ellos, no hablaba con ellos, nada con ellos, yo estaba puro volá en un lugar así, en el patio, no sé, en mi pieza... pero yo no estaba con ellos, fue un abandono, eso es un abandono igual po...”

“E: en qué les afectaba como pareja que usted consumiera?/ EM22: porque a él no le gustaba que yo consumiera, porque yo era mujer.. usted sabe que en una mujer se ve feo/ E: eso le decía él?/EM22: una mujer siempre tiene que ser dueña de casa y preocuparse de los hijos..”

Ambas categorías muestran la merma en la función femenina o materna, pero también la concepción de ambas cualidades desde lo concreto, desde la realización de las tareas que supone el rol. Para EM71, ser madre es *atender a los hijos, hablar con ellos*, mientras que para EM22 ser mujer es *ser dueña de casa y preocuparse de los hijos*. En concordancia con el análisis realizado, vemos cómo lo materno y lo femenino son, nuevamente, concebidos a partir de lo

concreto, del discurso social que los define, lo que da cuenta de la dificultad que presentan las entrevistadas para hacerlo propio, para generar representaciones que les hicieran posible encarnarlo simbólicamente: “EM52: ella [la madre] siempre me decía, tú siempre tienes que ser digna, siempre tienes que estar bien vestida, que nadie te vea con un hoyo en la ropa o si tienes un hoyo, cóselo!, haz lo posible para que la gente no te vea mal/E: que tiene de malo que a uno la vean mal?/EM52: es que es mal mirado... de hecho no hace mucho, cuando adelgace tanto, cuando me quitaron a mi cochicha [hija] llegué a pesar unos 45 [kilos] y escuché un comentario: “oye, me dijeron, te parecís al Toño!, que es un angustiado de por ahí y eso me llegó al corazón!, me llegó al corazón y me remeció.. me hizo un no po!, como voy a estar tan mal!”

Esta cita muestra los dos ejes anteriores en conjunto. Por un lado, los dichos de la madre definen para EM52 la *dignidad de mujer* desde la apariencia, desde lo concreto, lo externo, lo que otros pueden ver, discurso que la entrevistada hace suyo para definir su posición femenina. Esta cita se da en el contexto que la entrevistada comenta acerca de cómo perdió a su hija producto del descuido en que la tenía al consumir sustancias, y comenta que al consumir tanto deja de comer, al límite del parecerse a un hombre: *el Toño, un angustiado de por ahí*. El uso de la sustancia es significado por las entrevistadas como algo que merma su identidad femenina y materna, en esta última cita definidos lo femenino particularmente a partir de lo concreto, de la imagen. Lo relevante al respecto es que este impacto en la imagen femenina tiene consecuencias simbólicas en el campo de la identidad, pues efectivamente, como dice la cita: *eso me llegó al corazón, me remeció*.

5.1.1.3.2.- Discursos acerca de la identidad adicta: lo positivo del uso de sustancias:

Dentro de la categoría “identidad adicta”, encontramos “lo positivo”, aquello que refiere a las vivencias gratificantes de la identidad que se siente se encarna bajo los efectos del consumo. Esta categoría se divide en 6 ejes: “no soy tan adicta”, “soy fuerte”, “el consumo me ayuda a ser yo”, “soy solitaria”, “soy simpática” y “buena madre”.



Figura 17

La categoría “no soy tan adicta” da cuenta cómo respecto del consumo de sustancias y la identidad, se percibe una distancia. Es decir, las entrevistadas no se consideran *tan adictas* ni a la sustancia ni reconocen como propio aquello que acontece bajo la lógica del consumo, pues el adicto sería alguien que habría perdido toda condición de subjetividad frente a la sustancia: “EM52: los pasteros se caracterizan por perder todo en su vida, pierden la credibilidad, roban, adelgazan, pierden su familia, todo en torno a ellos es negativo, entonces cuando uno le hace a eso lo miran de otra manera.. yo antes lo miraba así po, yo jamás voy a fumar de eso, no, no... y al final, mire donde estoy ahora/E: y qué le pasó a usted?, siente que perdió todo?/ EM52: no todo, siento que todavía puedo.. sé que voy a salir adelante”

Bajo esta misma lógica, pese a que, como vimos, las entrevistadas se definen a sí mismas como *malas madres* cuando consumen, a la vez y sin contradicción de por medio, sienten que pese a todo siguen siendo buenas madres cuando consumen, porque no han abandonado del todo a sus hijos. Es decir, son malas madres, pues les faltan simbólicamente, pero nunca tanto porque

están físicamente con ellos. O son buenas madres en la medida que se prestan a momentos como referentes simbólicos para sus hijos, o parcialmente les acompañan, etc.: “EM72: yo conozco a una amiga que está en la pasta base y está deteriorada, ella dejó a sus tres hijos chicos con su mamá y así y todo se embarazó consumiendo y consumió todo el embarazo. Entonces yo encuentro que esas personas son como adictas, adictas, adictas!, que ni por nada pueden dejar, pero yo no he dejado esas cosas po. yo le he prometido a mi hijo, no hijo, este fin de semana vamos a estar juntos y lo hago po y después llego y a los dos días recaigo... entonces no entiendo, no entiendo qué pasa en mí”. Como vemos, EM72 toma un recreo de su consumo para estar junto a su hijo y realizar con él una actividad propiamente maternante. Ser buena madre es, para las entrevistadas, poder aunque sea parcialmente posicionarse en un lugar maternante. La primacía de su presencia simbólica es lo que remarcaría la maternidad buena, aunque esta no sea sino ejercida mediante hechos concretos y, por lo tanto, sin efectos simbólicos.

Esta categoría muestra cómo a la vez que asumen su problema de consumo y su desdén hacia los hijos, niegan también que los abandonen cabalmente, porque eso sería asumir que los han dejado de querer o que efectivamente no quieren o no pueden encarnar el rol materno: “EM51: “si bien me costó mucho tener la grande (la hija mayor), porque mi hija nació enferma y porque fui mamá joven, yo ahora me sentía apta para ser mamá... yo adoro a mi hija, jamás le pegué, jamás la maltraté, jamás la tuve tapada a piojos../E: donde está su hija?/EM51: mi hija la tiene mi suegra, pero fue como una cosa.. yo sé que todos me van a decir, no, pero es que nadie te puede quitar a una hija si tú no haces nada, no, si sí, puede ser, si bien, pero la mayor parte de la culpa fue de mi marido, a él le gustaba llevar gente a la casa y fumaban y yo siempre

le decía, pucha, no, cuando se acueste la niña...” [la entrevistada consume siempre junto al marido].

Ser buena madre nuevamente es definido desde lo concreto: *no tener a la hija con piojos, no maltratarla físicamente*. La entrevistada en la cita no es capaz de referir que pierde la tuición de su hija porque ella consume siempre junto a su pareja, exponiendo a la niña a escenas de consumo y descuidando su integridad. La culpa por sentirse *mala madre* y la imposibilidad de representar el cansancio, aburrimiento o cualquier sentimiento negativo que genera la crianza, aparentemente les hace imposible poder soportar que falla en la crianza de sus hijos, insistiendo en justificar el buen ejercicio de su rol únicamente en los afectos positivos que tienen hacia sus niños. Sería *buena madre* en la medida que esta vez *se sentía apta para ser mamá*, apta para prestarse como un Otro que otorgue contención emocional y referencias simbólicas, y en esa medida el amor a los hijos ha sido posible. La entrevistada no logra ver que pese al afecto y al deseo de encarnar el rol materno, ha fallado en aquello. Veamos otra cita: “EM92: la que fumo me relaja, es sólo para relajarme, para estar en buena onda. Yo pongo música, me pongo a hacer el aseo y me fumo un pitito, me pongo a hacer el aseo, pongo música a todo chancho, mis hijos me ayudan, mi hija barre, pasa la aspiradora, mi hijo chico barre con su escoba chiquitita, limpiamos las piezas, dejamos toda la casa ordenada. Almorzamos, les preparo almuerzo, preparo la comida, les encantan los garbanzos...”

En este caso, ser madre está centrado en la conducta: *Almorzamos, les preparo almuerzo, preparo la comida, les encantan los garbanzos*. La entrevistada está en una *pseudo posición maternante* en la medida que puede tolerarla únicamente bajo los efectos de la droga: *es sólo para relajarme, para estar en buena onda*. Sin droga, no se puede ser madre relajada, o buena

onda, pues el apremio de la responsabilidad que implica la maternidad impide el disfrute. Nuevamente, sin embargo, la madre está sin estar, pese al deseo de hacer lo opuesto. Las categorías “soy fuerte”, “soy solitaria”, “soy simpática” y “buena madre” complementan lo que de alguna manera dice el eje “el consumo me ayuda a ser yo”. En las dinámicas de consumo las entrevistadas tienden a sentirse fuertes, simpáticas, buenas madres, como les gusta definirse o como logran reconocerse a ellas mismas, lo que refuerza diversos ejes de la identidad de estas mujeres, sintiendo entonces que esta identidad adicta, que se tiende a considerar ajena, en realidad refuerza la identidad de base que se reconoce como propia y que las identifica. Tal como muestra dice EM92 si *un pitito es para relajarme y estar en buena onda*, pensamos que sin marihuana no hay buena onda ni relaxo hacia el cuidado de los hijos o en el ejercicio del rol materno, y EM92 desea fervientemente ser una *buena madre*. El consumo les ayuda a las entrevistadas a ser y hacer lo que esperan de ellas mismas bajo ciertos imperativos: *un ideal de ser mujer, un ideal de ser fuerte, un ideal de ser simpática, etc.*¹

5.1.2. Discursos acerca de la propia imagen

La categoría “Imagen” refiere al modo en que las entrevistadas refieren que el cuerpo y sus transformaciones ha incidido en la configuración y la percepción de sí mismas. Las entrevistadas distinguen inicialmente entre una imagen que reconocen como propia y con la que se representan (Imagen del Yo) y una imagen que consideran ligada a su problemática de consumo y que en general no reconocen como el “auténtico yo” (Imagen en tanto adicta). Además, distinguen una imagen que propia remite al parentesco con sus progenitores. A continuación profundizaremos en cada uno de estos ejes:

¹ Este punto fue abordado en el apartado “identidad actual: imperativos identitarios”.



Figura 18

5.1.2.1 Imagen Actual:

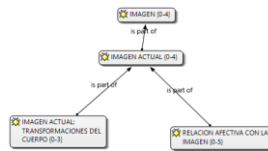


Figura 19

El discurso de las entrevistadas en torno a la imagen propia es tratado en dos ejes: las “Transformaciones del cuerpo” y la “Relación afectiva con la imagen de sí”. Con el primer eje se da cuenta de cómo el cuerpo femenino es vivido como transformándose permanentemente, con la condición que los cambios podrán ser integrados cuando otra mujer nombra o interpreta lo que ocurre. En tanto, la relación afectiva con la imagen alude, por una parte, a los afectos que despierta la percepción directa de la propia imagen en el espejo y, por otra, según la manera en que perciben ser vistas por terceros.

5.1.2.1.1.- Transformaciones del cuerpo:

En el eje “transformaciones del cuerpo”, las entrevistadas evocan experiencias de transformación corporal en dos sentidos: El “cuerpo femenino marcado por cambios físicos” y “el cuerpo que cambia sin que yo caiga en la cuenta”.

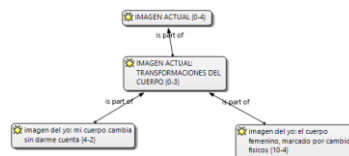


Figura 20

En el primero, estas mujeres indican que lo femenino se inscribe simbólicamente en toda mujer gracias a ciertos hitos o acontecimientos del cuerpo: “E: si se pudiera cambiar algo, ¿qué se cambiaría? / EM22: las estrías de mamá no me las sacaría nunca porque es como la marca que tenis tú en tu cuerpo de que fuiste mamá”. En este sentido, la estría constituye una inscripción física y simbólica de un acontecimiento femenino: la maternidad.

Los cambios corporales de la pubertad, embarazo, postparto, etc. se conciben como acontecimientos que marcan y configuran el cuerpo de mujer de las entrevistadas. Para que las experiencias somáticas adquieran estatuto simbólico se requiere de una interpretación y ésta la encuentran en la simbolización que otra mujer hace del devenir corporal: “E: ¿en qué sentías que te hizo falta? [su madre]/EM21: de que te aconsejara, que te dijera que te va a llegar tu periodo, cosas así... porque cuando me llegó mi periodo, ni mi abuela me decía cómo era y yo sola no más.... Aperrando!/E: te asustaste?/EM21: no, no.. no me asusté... /E: y que te pasó?/EM21: iba caminando y de repente sentí... como que algo me corriera entremedio de las piernas, así que fui al baño y era sangre.. de ahí yo le conté a una amiga y ahí me dijeron, te felicito, ya soy una señorita ya...”

Se trata de la necesidad de ser introducidas por otra mujer a una suerte de “código femenino” que permite significar el cuerpo. Las entrevistadas definen el rol materno parcialmente a partir de esta función, aunque a falta de madre pudiera ser otra mujer, como en la cita. Lo relevante es que cuando el código femenino es recibido de otra mujer, el acontecer somático logra ser interpretado como encarnación de lo femenino: el sangrado menstrual, en este caso, se simboliza entonces como *ya soy una señorita*. Si no se cuenta con esa simbolización, el cuerpo

se vive *aperrando no más*, es decir, arreglándoselas sola, lanzada *como un perro* a una experiencia sin palabras².

En general, las entrevistadas carecen de esta interpretación por parte de sus madres. Las *palabras de madre* permitirían la interpretación del cuerpo y su carencia se anuda con la efectiva ausencia de la figura materna o por su presencia hostil. Tal como lo señala EM21: “E: hoy de adulta, ¿qué sientes por ella? [por la madre]/EM21: yo creo que... me hacía falta /E: ¿en qué sentido?/EM21: una madre siempre hace falta a un hijo... /E: pero en que sientes tú que te hizo falta?/EM21: en palabras de madre... “. Veamos esto en otra cita:

“EM31: Ella [la madre] tiene semanas y semanas, tiene semanas en las que anda piola [...] pero hay semanas que... oye, levántate!, por la cresta!, y anda histérica/E: siempre fue así?/EM31: sí, cuando yo era chica me levantaba para ir al colegio histérica... ay, hueona!, nos quedamos dormidas!, son las 8 de la mañana! Vístete, te digo concha de tu madre!, ya vístete, que nos van a cerrar las puertas del colegio!... mamá es que no me he tomado la leche... ya, no importa!, apúrate!/E: ¿la ofendía?/EM31: siempre, mi mamá siempre ha sido buena para echar garabatos, ... pero ahora que soy adulta, soy una concha de su madre, una maraca de mierda que deja botá a sus hijas”

Estas citas muestran la carencia de palabras maternas con efecto simbólico afectivo. La falta de *palabras de madre*, aparentemente conlleva que los eventos del cuerpo se instalen como eventos somáticos, sucesos físicos ajenos a una significación concordante con el estado emocional o con la condición de mujer, y entonces se registran como un mero cambio del cuerpo. Veamos un caso en que sí se produce una significación del devenir corporal femenino:

² El apartado de “imagen” se elaboró junto a Dr. Mauricio García Peñafiel.

“EM32: yo primero hablé con el papá de mi hija y le pedí un test de embarazo, oye, cómprame un test de embarazo ...porque yo me enteré súper rápido que estaba embarazada porque yo soy súper.. era súper regular, porque ahora con el implanón soy súper irregular en mi periodo, pero en ese entonces era súper regular en mi período Entonces yo tuve una semana de atraso y yo dije, aquí algo raro pasa...”

Esta cita ilustra algo que parece obvio: poder interpretar el atraso menstrual bajo el código del embarazo, dándole un sentido. Esta “obviedad” no siempre es tal en las mujeres adictas. La categoría “mi cuerpo cambia sin que yo caiga en la cuenta” muestra la dificultad que presentan las entrevistadas para simbolizar el acontecer del cuerpo: “EM21: no puedo ser mamá ahora, porque tuve un embarazo tubario y.. producto de eso, que me dejé mucho estar, porque yo pensé que eran dolores no más, se me infectaron las trompas y me las tuvieron que cortar...”.

EM21 no nota su estado de embarazo, sólo siente dolores a los que resta importancia sin simbolizar lo “obvio”; esto deriva en la extirpación parcial de sus órganos reproductivos. Otra cita: “E: ¿y engorda cuando nace su hijo o durante el embarazo?/EM12: engordé más de 100 kilos!, porque me puse buena para comer, comía, comía, comía, comía, comía... /E: pero, ¿qué le pasó?, piensa que estaba con ansiedad, depresión o tenía otra cosa mientras estaba embarazada?/EM12: noooo, nada...”

Comía, comía, comía aparece como un cambio conductual que genera un cambio corporal, pero que no se relaciona al embarazo, al afecto o a otra condición del yo. El cuerpo aparece como un escenario de sucesos desligado de las emociones, pensamientos o circunstancias personales. El cambio en la imagen o en el devenir del cuerpo ponen en evidencia una condición emocional que no se simboliza. Veamos otra cita: “E: ¿ese fue el tiempo en que engordó mucho? [los años previos a la separación]/EM41: no, fue el último tiempo... yo bajé de

peso cuando me separé... /E: por eso... ese tiempo engordó mucho?/EM41: vine a engordar como en el 2012 más o menos, del 2012 al 2016... [parece no entender la pregunta]/E: los 10 años que estuvo sin vida sexual, esos son los años en que engordó? /EM41: sipo, me comía ollas de comida, todo, galletas, todo...”

El drástico cambio de peso que EM41 describe no logra relacionarlo con el conflicto conyugal. No percibe la ligazón que se intenta establecer entre comer mucho y el conflicto con su marido, pero sí relaciona comer en exceso con ausencia de vida sexual. Conecta entonces dos eventos “concretos” del cuerpo (comer y sexualidad), pero no engordar y crisis conyugal. Más tarde dirá que al descubrir que su ex marido tenía otra mujer se sorprendió, en circunstancias que no tenían vida sexual hace 10 años. Como bien lo plasma esta cita, en un esfuerzo por simbolizar el cuerpo, se instala una asociación entre los eventos por contigüidad y no por lo que representan o simbolizan.

5.1.2.1.2.- Relación afectiva con la imagen:

“Relación afectiva con la imagen” es el segundo eje en que se tematiza la "Imagen" de las entrevistadas. A su interior encontramos tres dimensiones: “Me conformo con lo que tengo”, “No me ven femenina” y “Soy valiente”.

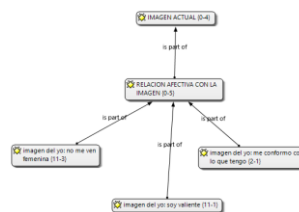


Figura 21

La primera muestra que las entrevistadas no gustan de su imagen, aunque aceptan resignadamente lo que ven. EM22 nos dice: “es que por parte de mamá son todos de ojos

claros, de ojos verdes, ojos azules... siempre he dicho, ¿por qué yo tengo los ojos cafés y los demás tienen los ojos azules y verdes?, pero... es lo que me tocó no más”. Se trata de una mujer que ha sufrido siempre pues le dicen que se parece a su mamá y ya de niña esto le causaba vergüenza. Sin embargo, se queja del rasgo que la diferencia de su madre, el color de ojos. Hay un descontento con el que se conforman, veremos porqué.

El encuentro con el otro, en particular con un hombre, está marcado por la vergüenza: “EM12 (respecto de las razones por las cuales evita una cita con un hombre que le atrae): tenía miedo que me podía hacer algo, no sé, un miedo que... que alguien me viera mi cuerpo, no sé era... vergüenza, no sé...”. Hay aquí una aparente disconformidad, que impide acceder al hombre. La categoría “No me ven femenina” da cuenta de cómo la imagen personal pierde, ha perdido o va perdiendo los atributos considerados propiamente femeninos. Se trata de mujeres que se sienten más cómodas con una apariencia escasamente femenina, neutra o hasta masculina:

“E: ¿y físicamente era muy distinta a ahora?/EM12: claro!, imagínese que yo no usaba pantalones, usaba túnica![...] yo tenía arriba de talla 50 de pantalón... /E: y ¿cuánto tiempo estuvo así?/EM12: de cabra po... siempre fui gorda, siempre fui buena... comía, comía, comía ... /E: y se propuso adelgazar?/EM12: no, no, nunca, nunca me he propuesto adelgazar, no me gusta adelgazar, prefiero.... Adelgacé sola.../E: yo se lo pregunto un poco para entender cómo fue que cambió su apariencia/EM12: yo cambié mi manera de ser, nunca he sido de pintarme, de ponerme ropa ...”.

Encarnar una imagen femenina se evita y para esto se pueden usar elementos externos al cuerpo, como también el propio cuerpo: los rasgos femeninos se esconden tras *una túnica* o tras la *gordura*. El cuerpo propio no es algo que cause placer, en particular cuando da cuenta

de los cambios que conlleva el acontecer del cuerpo femenino: “EM82:... cuando yo estuve internada, subí .. de mis embarazos también subí... me quedaron estrías y celulitis”.

En algunos casos se les devuelve una imagen masculinizada: “EM22: sí, era desordenada, es que siempre me juntaba con hombres... siempre me juntaba con hombres, me molestaban, me decían María tres cocos... /E: ¿cómo? / EM22: me decían María tres cocos!”.

María tres cocos es un dicho popular chileno que refiere a mujeres ahombradas y/o de apariencia masculina. Aunque esto *molesta*, la cita muestra que el espacio social que genera comodidad para estas mujeres es junto a los hombres, pese a que nunca serán consideradas uno más de ellos. Tal vez por esto estas mujeres exhiben una imagen de personas valientes, en tanto aparentemente no sienten dolor: “EM22: sí, siempre fui valiente, mi abuela siempre me dijo que yo era valiente... me sacaban las muelas y no lloraba.. me ponían una inyección y no lloraba... hay niñitos, me decía mi abuela, que le sacan una muela y tenía a todo el hospital dado vuelta en gritos... a mí me sacaban la muela y hasta los doctores me felicitaban/E: y no le pasaba nada?/EM22: no...”

Valiente al límite que los acontecimientos del cuerpo no duelen, incluso llora menos que un hombre. *Ser valiente* es otra forma más de elaborar una imagen en oposición a lo femenino, y en este caso, y en otros como hemos visto, de superación de lo masculino. Esta pseudo-anestesia somática en realidad responde a una imposibilidad de significación del acontecer del cuerpo. El dolor físico no se registra, salvo cuando es extremo. E incluso en estos casos se registra igualmente como un evento carente de interpretación, como EM21 que tuvo un embarazo tubario y *me dejé mucho estar porque yo pensé que eran dolores no más (no un embarazo), se me infectaron las trompas y me las tuvieron que cortar*. Los dolores no más no

movilizan una acción o una interpretación, se perciben sin significaciones, por lo que se atienden únicamente cuando superan lo tolerable.

5.1.2.1.3.- Imagen Filial:

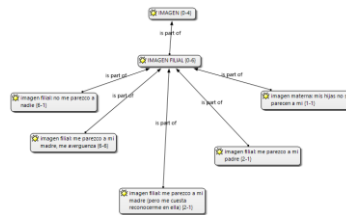


Figura 22

Imagen Filial refiere a cómo la propia imagen remite o no al reconocimiento de un rasgo o de un parecido físico con los progenitores, y las emociones que esto conlleva. El discurso que recogimos, emergen cinco categorías: “me parezco a mi madre, me avergüenza”, “me parezco a mi madre, pero me cuesta reconocerme en ella”, “me parezco a mi padre”, “no me parezco a nadie” y “mis hijas no se parecen a mí”. Las dos primeras categorías dan cuenta del reconocimiento en el rostro o cuerpo por parte de las entrevistadas de cierto parecido a la imagen materna y de los afectos negativos que esto conlleva:

“EM21: todos me dicen que me parezco a mi mamá!... mi hermana se parece a mi papá/E: ¿y eso que te provoca a ti? /EM21: antes me provocaba rechazo, como que me daba vergüenza”

“E: oiga, me dice creo que me parezco a mi mamá../EM51: porque me han dicho/E: pero usted se siente parecida?/EM51: sí, pero más sociable/E: pero físicamente, siente que se parece a ella?/EM51: es que mi mamá era de más edad, mi mamá no fue mamá joven, mi mamá fue mamá adulta/E: o sea, usted supone que se parece a ella porque se lo dicen, no porque usted se reconozca?/EM51: claro, claro, porque yo tengo de hecho una foto de ella ahí pero es una abuelita po, entonces si usted me dice se parece a su mamá?.. eh.. yo creo que más

adelante, cuando esté abuelita, voy a estar como ella, a lo mejor puede ser que cuando haya estado joven haya sido parecida a mí, pero más morena...”

La imagen del yo que remite a la figura materna genera rechazo pues o no se reconoce fácilmente niega el parecido que otros declaran evidenciar, o éste se vive con desagrado, disgusto, descontento o vergüenza. No existe la categoría “me gusta parecerme a mi madre”, pese a que sería esperable e incluso se indagó activamente en algunas entrevistas: “E: Usted siente que se parece a su mamá?/EM22: es que todos dicen que yo me parezco a ella físicamente /E: en qué se parecen?/EM22: en la cara, los ojos, en todo.. /E: usted encuentra que sí?/EM22: es que yo la he visto por fotos y no encuentro que se parece a mí”.

Con respecto a la imagen del padre, las entrevistadas señalan pocas referencias. Sólo una de ellas declara sentir agrado en el parecido a su padre y lo hace en relación a las formas de ser de él por sobre el parecido en la imagen: “E: no siente que se parece a él en algo?/EM22: eh sí, en lo luchadora sí... en eso me parezco a él yo”

En general la imagen que gusta y con la que se sienten identificadas las entrevistadas se construye sin referencias filiales, casi a la manera de un autoengendramiento: “E: por qué razón toma [alcohol]?/EM41: yo creo que fue, como te decía primero, la genética, la predisposición.. /E: de quién?/EM41: del alcohol/E: pero quién tomaba en su familia?/EM41: no, nadie, es lo que llevo yo dentro de mí...”

“E: siente que tiene algún parecido a su papá en algo?, en algún gesto?/EM22: no, en nada.. /E: o sea, no se parece en nada a él?/EM22: no, en nada.. /E: y en sus gestos, su forma de ser, siente que se parece a alguien?/EM22: tampoco... no”

Ambas citas ilustran cómo la posibilidad de reconocerse de manera satisfactoria en una imagen que evoque a los progenitores se encuentra alterada, en la medida que este reconocimiento no

se registra o se niega. Lo más llamativo es el fenómeno del autoengendramiento: lo llamamos así en la medida que los discursos acerca de la imagen dan a entender que se encuentra cierta satisfacción en elementos que provienen de sí mismo, no en aquellos que sería recibidos o heredados de los progenitores. Esto es lo que revela la categoría “no me parezco a nadie”. En la misma línea la última categoría, “mis hijos no se parecen a mí” revela cómo esta imposibilidad de reconocerse en términos de imagen bajo la lógica de una cadena de filiación se mantiene también en torno a los hijos: “E: y su mamá no le ha dicho si su papá era alcohólico?/EM81: nunca me ha querido contar nada de él/E: qué quería saber?/ EM81: quería conocer de quien... como era la persona de quien había nacido, como era su forma de ser../E: ¿usted siente que se parece a alguien?/ EM81: ¿a alguien conocido?/E: no, a alguien de su familia?/EM81: no, dicen que algunas de mis hijas se parecen a mí pero yo no las encuentro parecidas, las encuentro parecidas al papá../ E: y usted siente que se parece a alguien?/ EM81: A veces dicen que me parezco a mi mamá, pero mi mamá es blanquita y es delgadita..”

5.1.2.1.4.- Imagen Adicta:

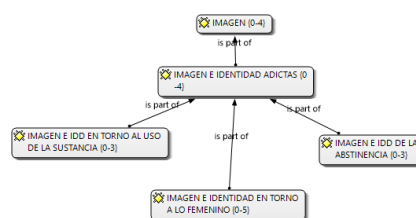


Figura 23

La imagen adicta se divide a su vez en dos ejes: “imagen en torno al uso de la sustancias” e “imagen de la abstinencia”. El primero de ellos tiene un único eje, denominado “se me transforma la cara con la droga”. Como vimos, la transformación del cuerpo es un eje que caracteriza al cuerpo femenino. Pero las entrevistadas señalan otro tipo de transformación en el

campo de la imagen personal, la del rostro por efectos del consumo: “E: ¿y cómo él [su marido] se empezó a dar cuenta de su consumo?/EM21: cuando ya andaba muy rara, muy activa... aparte que con la coca se te pone la boca fuerte, los labios secos, o sea, se te transforma la cara entera... y ahí empezó a cachar po”

“EM22: en todo caso, a mí siempre se me notaba que andaba drogada... porque cuando uno se droga, la cara se te transforma entera/E: cómo se pone?/EM22: hay gente que hace gestos.. con la boca, no, yo no hacía gestos pero sí eh... se me secaba mucho la boca...”.

La cara se transforma, es la frase que se reitera. No es fácil para ellas explicar cómo sucede tal mutación. Aunque también sienten el cambio en otros planos, es en el rostro, principal elemento de la imagen personal, donde se percibe principalmente la transformación. Este cambio en la imagen va de la mano con una mutación percibida en la personalidad, pues las entrevistadas definen su identidad personal como las personas que son estando sin consumo. La forma de ser que adquieren bajo el consumo de sustancias no sería la auténtica, se trataría de una alteración de su esencia; esto lo profundizamos en la categoría identidad del yo: “yo soy la que no consume”

El segundo eje de la imagen adicta remite a la imagen de sí en abstinencia, la cual tampoco es siempre agradable: “EM11: cuando no me drogo, soy idiota, soy mal genio... me pongo mal genio... todo me molesta, como que quiero hacer las cosas, estoy tan cansada digo yo y quiero hacer las cosas, luego, está todo cochino, vengo cansada y Ah digo yo, voy a tener que buscar para que me de ánimo para hacer las cosas, no hayo como hacer las cosas, quiero todo hecho, porque el cansancio de mi trabajo, de mi pega, es pesá... y luego tan cansada, tan cansada...”

La imagen del yo, en esos momentos, difiere de la cual consideran propia. Los sentimientos de ira y el mal manejo toman la escena, rompiendo la continuidad de la vivencia yoica. La

abstinencia, por lo tanto, implica una experiencia ingrata pues aunque las entrevistadas se definan como responsables en sus trabajos, “mateas”, buenas madres, etc., igualmente tienen la vivencia de ser rabiosas, molestas, mal genio o violentas, lo que perturba la relación consigo mismas y entonces surge el imperativo de buscar droga para recuperar el ánimo.

Finalmente, en concordancia al plano de la identidad, la imagen adicta remite al menoscabo que las entrevistadas sienten respecto de su feminidad cuando consumen. Esto se profundizó en el apartado Identidad adicta: “el consumo me quita feminidad”.

5.1.3. Discursos acerca de las relaciones con otros (relación al objeto):

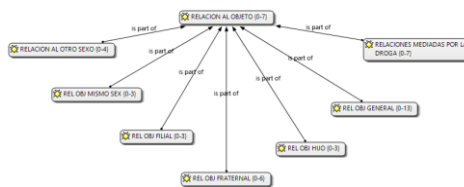


Figura 24

Con relación al objeto nos referimos al efecto psíquico que conllevan las relaciones significativas con otros en los primeros momentos de la vida, y como aquellas tienen efectos estructurantes en la personalidad y la posibilidad posterior de vinculación en cada sujeto. En otras palabras, los objetos primordiales, los que sostienen la existencia en la temprana infancia, hacen posible el nacimiento de nuestro psiquismo y su consecuente desarrollo (Ramírez, 2010). La categoría “relación al objeto” tiene 7 sub categorías: “relación al otro sexo”, “relación al mismo sexo”, “relación al objeto filial”, relación al objeto fraternal”, “relación al hijo”, “relación a los objetos en general” y “relaciones mediadas por la droga”. A continuación profundizaremos en cada uno de estos ejes.

5.1.3.1. Relación al otro sexo:

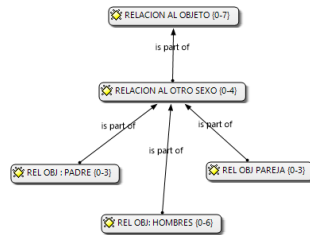


Figura 25

La relación con sujetos del sexo opuesto es caracterizada bajo tres ejes: la relación al padre, la relación a la pareja y la relación a los hombres en general. Con respecto al padre, la categoría se subdivide en dos ejes, la relación de connotación positiva con él y la que conlleva connotación negativa:

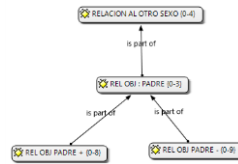


Figura 26

A su vez, la categoría de las relaciones de connotación positiva implica 5 subdivisiones, las tres relativas al padre y dos relativas a padrastros: “mi buen padre (padre ideal)”, “padre violento pero amoroso conmigo”, “padre, eres un niño”, “mi buen padrastro” y “padrastro, alguien importante que consumía”

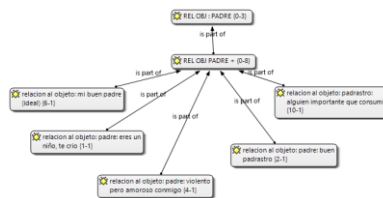


Figura 27

Mi “buen padre, padre ideal” da cuenta de la tendencia de las entrevistadas a idealizar la figura del padre, pese a su ausencia o su agresión, se tienden a negar sus errores en función de enaltecer sus virtudes: “EM51: [el papá] era atrevido con mi mamá, pero eso no lo supe yo .. mi hermano, él se metía, mi mamá tenía gallinas y él me llevaba para atrás a escuchar música.... yo, al final, no supe de eso casi, a mí me lo contó de ahora grande, yo lo único que me acordaba es que íbamos al granero con sillitas chiquititas a escuchar música y a comer pan con tomate... y que mi papá... me llevaba de la mano y yo era la reina, yo era la guagua, yo era la hermosa...”. En general la figura del padre ha sido una figura agresiva o ausente, como en la cita, donde EM51 ha perdido a su padre en la temprana infancia. Esta idealización del padre pareciera ser producto de un esfuerzo por recobrar las virtudes paternas, respondiendo al deseo que el padre efectivamente hubiera sido una figura contenedora y amorosa en la realidad, o al deseo de haber sido efectivamente queridas por alguien. Afirmamos esto porque en todos los casos las entrevistadas dan cuenta indirectamente de una real ausencia paterna:

“E: pero siente que su abuela efectivamente hacia diferencias entre usted y su hermano?/
EM22: sí po, siempre hizo diferencias.. mi hermano mayor es como su, como sus ojos... pero yo no, no me preocupaba de eso porque yo igual tenía el cariño de mi papá, para mi papá yo era su regalona... o sea, mi abuela tenía de regalón a mi hermano y yo, con mi papá” [la entrevistada pierde a su madre a los 4 años, fallece por intoxicación de drogas, y el padre está preso 10 años durante la infancia de ella. La entrevistada es criada por su abuela].

El padre es una figura generalmente ausente. Cuando está presente, sin embargo, es descrito como violento. Pese a ello, cuando logra reconocerse la agresión del padre, se hace en general intentando recalcar sus virtudes y vinculación hacia ellas. Esto es lo que muestra la categoría “violento pero amoroso conmigo”: “EM32: [hablando del abuso sexual que padece en la

infancia] porque yo me acuerdo clarito que una vez pasó un episodio en las noticias de que a alguien le había pasado algo así y mi papá dijo, no!, si alguien le llegara a hacer algo así a las chiquillas, yo lo mato!, entonces yo me acuerdo que yo decía si yo le cuento a mi papá lo que pasó, mi papá lo va a matar... y yo que voy a hacer sin mi papá?, se va a ir a la cárcel!”. En esta cita, por ejemplo, EM32 calla el abuso sexual padecido por el temor a la reacción violenta del padre. Para ella, su padre sería comprensiblemente violento en tanto su agresión desmedida sería una reacción de cuidado hacia la entrevistada; sin darse cuenta, EM32, nos habla de la violencia del padre como un exceso, como un desbande, al punto de temer su reacción frente a la violencia vivida. El padre no logra ser entonces ser una figura protectora, sino más bien alguien que genera temor.

Otra forma de minimización de las carencias paternas es hablando del padre como un sujeto inmaduro, un niño, haciéndolo ver como alguien incapaz de darse cuenta de sus negligencias: “EM91: cuando yo vivía sola en mi casa, me lleve a mi papá a vivir conmigo también porque a mi papá yo nunca lo he dejado solo, él es como un niño para mí, es como otro hijo más/E: por qué, es infantil?/EM91: orque es un mantenido, no trabaja un día a nadie, le gusta que le den las cosas gratis. Yo trabajaba y él se quedaba en la casa”.

El padre ideal, entonces, este padre que las ama, en realidad es *un hijo más, un mantenido* que depende de ellas, un *hombre violento* capaz de matar a alguien, un *agresor* de la madre. Pero las entrevistadas no pueden hablar de la agresión directa de aquel, pues prefieren salvaguardar una relación donde son medianamente protegidas, estimadas o protegidas. De alguna manera, pese a la agresión o ausencia paternas, esta relación parece ser más gratificante para las entrevistadas que el vínculo materno.

Con respecto a sus padrastros, algunas entrevistadas que efectivamente tuvieron padrastro y pudieron entablar algún tipo de vinculación positiva con él, dan cuenta de un vínculo fallido con ellos en dos aspectos. Para ellas, el padrastro es un hombre que cumple la función paterna sólo en la medida que es pareja de la madre y luego desaparece, y/o de un hombre que es bueno sólo mientras no consume alcohol o drogas. Veamos esto en una cita: “EM41: yo al él le digo mi papá Mario porque desde los 12 a los 20 años vivió con nosotros... a mí me gustaba conversar con él porque era muy sabio, viajó mucho, era algo así como un técnico... yo le dije un día si le podía decir papá y me dijo, claro!, si usted también es mi hija y desde ahí es mi papá Mario... él realmente los pocos años que estuvo me enseñó hartas cosas, me enseñó inglés, me enseñaba matemáticas, fue bacán conocerlo... fue un buen hombre.../ E: era bueno a pesar de ser alcohólico?/ EM41: mira, él llegaba de la pega, se ponía un pijama colérico, ponía los pies en la mesa y veíamos las noticias.. y se servía su combinado... ya cuando iba en el cuarto combinado, ya era pelea segura con mi mamá, todos los días en la noche...[...] /E: qué edad tenía usted cuando él se fue?/ EM41: 19 años...”

Lo interesante en estos casos es que las entrevistadas logran encontrar en sus padrastros, pese a su violencia y/o consumo de sustancias, ciertos referentes identitarios. En el caso de la entrevistada, *el inglés, las matemáticas*, pero también *el alcohol*: E: alguien alcohólico en su familia?/EM41: sí, mi papá Mario, siempre me acuerdo de él, él murió, también era alcohólico/E: quien más era alcohólico?, porque su mamá no era alcohólica?/EM41: no../E: ni su abuela?, ni su papá?/EM41: no... mi padrastro era alcohólico, él murió de cáncer de páncreas”.

Esta cita muestra como ese *también era alcohólico* que dice la entrevistada, refiere a un *él también era alcohólico como yo* o más bien: *yo también soy alcohólica como él*, remitiendo a

una identificación posible con alguien en quien encontró cariño efectivamente la entrevistada en la infancia. Este fenómeno aparece en varias entrevistadas que lograron un vínculo positivo con un padrastro consumidor. La relación al padre está marcada entonces por la ausencia, por la agresión, por el abandono o por el consumo, existiendo un vínculo positivo más bien efímero, pero suficiente para que las entrevistadas centren en él lo más significativo de la relación. Lo efímero del encuentro positivo se deduce justamente de la imposibilidad de hacer dialogar lo positivo del encuentro con las figuras paternas, con sus errores o defectos o ausencias.

La categoría “lo negativo” de la relación al padre, da cuenta justamente de la intensidad de la agresión y/o ausencia de la figura paterna. Esta categoría presenta 6 ejes: “no te conocí”, “me abandonaste/ te perdí”, “te aprovechas de mí”, “incesto”, “tu ausencia determina mi presente”, “debo protegerme/protegerlos de ti”, “no me proteges” y “mi padre malo”. Veremos en detalle cada una de ellas:

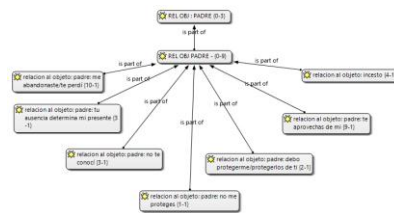


Figura 28

Las categorías “me abandonaste, te perdí”, “tu ausencia determina mi presente” y “no te conocí” dan cuenta de cómo las entrevistadas relatan una historia en torno al padre marcada por el abandono, la ausencia y el dolor concomitante, sintiendo que sus historias tomaron un curso o abrieron una incógnita irresoluta a partir de esta pérdida: “EM71: porque mi papá me iba a quitar [del lado de la madre] para vivir con él, porque mi mamá vivía sola en una pieza,

entonces él tenía buena situación... mi mamá se arrancó del lugar donde vivíamos/E: qué edad tenía usted cuando pasó eso?/ EM71: 4 años/ E: cómo describiría el sentimiento que tiene hacia él?/ EM71: que me hizo falta, porque un padrastro nunca va a ser igual a un papá.. como sea... a mí me hizo mucha falta mi papá... quizás no estaría metida en la droga, porque él es de una manera diferente... mi esposo siempre me dice él es tu papá, tenís que buscarlo, volver a conocerlo, no importa si te rechaza en el momento.../E: ¿qué le diría, si pudiera?/ EM71: que me hizo falta, que me hizo mucha falta, que quizás no hubiera vivido todo lo que viví si hubiera estado él..”.

La ausencia paterna genera la fantasía de una vida paralela, una vida donde las entrevistadas no habrían sufrido los dolores que han padecido en los diversos ámbitos de la vida. La idealización paterna nuevamente viene desde ahí, desde el deseo a no haber sufrido tanto, a haber sido queridas, reconocidas, cuidadas, etc.

Las categorías “no me proteges” y “me protejo/los protejo de ti” revelan justamente el exceso que implica en la realidad la presencia del padre de las entrevistadas. Se trata de hombres que han sido violentos con ellas y otros significativos, fallando en la función de cuidado, y generando que las entrevistadas tomen tempranamente una función de protección frente a sí mismas y otros considerados vulnerables, entre ellos sus madres: “EM92: mi papá no era un tipo tan violento, no le pegaba [a la madre] pero agarraba las cosas, agarraba una taza y contra la pared, nosotros muertos de miedo, yo cuantas veces me metí a defender a mi mamá/E: le pegó a usted o no?/EM92: mi papá me pegó más de una vez, me pegaba patadas en el pote, una vez me agarró a combos sin motivo porque se había perdido una corbata en el colegio que no era mía, era de mi primo y él me pegó a mí.. y ahora, la última vez me quiso pegar un combo... por eso llamé a los carabineros...”

El exceso de la violencia paterna se manifiesta también en la vulneración de la dignidad de las entrevistadas. Las categorías “te aprovechas de mí” e “incesto” muestran cómo estos padres tratan a sus hijas como objetos, sea como objeto sexual abiertamente o como mujeres cuasi madres que deben hacerse cargo de ellos: “EM61: él [padre] se podría decir que es el único que tiene plata porque le ha robado a toda la familia toda la vida. Yo creo que hasta el día de hoy recibe devoluciones de impuesto/E: ¿de la plata que producían ustedes cuando niños?/ EM61: sí... nosotros sacamos cinco cassettes , teníamos, vendíamos posters ../E: esa es la rabia que tiene con él?/ EM61: sí po, si llegaba el día domingo, trabajo toda la semana en el centro y no me daba ni siquiera 100 pesos para comprarme un yo-yo”. Esta cita es de una entrevistada que es abusada sexualmente por su padre. Ella, además del abuso sexual, es sometida al abuso laboral por parte de él, en la medida que la obliga a trabajar cantando desde pequeña y quedándose él, como vemos, con las ganancias que ella genera, *sin comprarle siquiera un yo-yo* para ella. La experiencia de estas mujeres con sus padres es de padres ausentes, o directamente abusadores, explotadores y violentos. En la misma línea, categoría “incesto” habla de cómo los padres tratan a las entrevistadas como mujeres, lo que transita desde una sexualización temprana sutil de sus hijas hasta abusar sexualmente de ellas. Veamos esto en dos citas:

“EM22: sí, él (padre) siempre me enseñaba que... de que tenía que lavar mis calzones, que tenía que ser limpia, eso me enseñó siempre... toda la vida”

“E: de parte de quien sufrió abuso sexual?/ EM61: de él (padre)/qué edad tenía usted?/EM61: 5 años/ E: se acuerda o se lo contaron?/ EM61: me acuerdo.. fueron años, como hasta los 11/ E: lo ha hablado con sus hermanos?, con su mamá?/ EM61: ellos lo niegan, dicen que no

sabían/ E: pero usted supone que sabían?/ EM61: claramente sabían, si vivíamos todos en una misma casa...”.

Como vemos, en la primera cita, EM22 habla de su buena relación con el padre. Padre del cual era supuestamente la reglona y del único que recuerda haber recibido amor. Señala que el padre le enseña desde *toda la vida*, que *debe lavar sus calzones*, en alusión directa a una sexualidad que conlleva cierta cuota de suciedad. El vínculo entre ambos tiene una sutil connotación sexual, que sin embargo marca desde pequeña la connotación negativa de la sexualidad femenina. En el caso de EM61, en cambio, el padre abusa sexualmente de ella, siendo abusada como mujer siendo una niña y su hija. La erotización del vínculo de padre a hija es algo que es transversal en las entrevistadas, siempre que el padre es una figura presente.

El vínculo paterno conlleva para las entrevistadas siempre un exceso, ya sea una ausencia radical, una violencia extrema o una sexualidad muy presente. No en todos los casos las entrevistadas pueden declarar haberse sentido amadas por sus padres, pero en la mayoría de los casos así es, pese al dolor y la agresión paternas. Pareciera como si entre la relación a la madre y la relación al padre, para las entrevistadas fueran más fáciles de perdonar los errores paternos que los maternos. En este sentido, es posible que para poder tramitar psíquicamente esta condición de lo paterno, su ausencia o violencia, las entrevistadas tiendan a reivindicar la imagen paterna permanentemente, justamente para poder rescatar de todo el dolor algo positivo. Veremos cómo, sin embargo, las relaciones a los hombres mantienen un juicio negativo a priori hacia lo masculino.

5.1.3.1.2. Relación a la Pareja:

La relación a la pareja, tal como la relación a lo paterno, se ha dividido bajo dos ejes: lo positivo y lo negativo. Vale la pena aclarar que esta división da cuenta de la escasa integración con que

se da cuenta de estos elementos en el discurso, tal como ocurrió respecto de los discursos del padre:

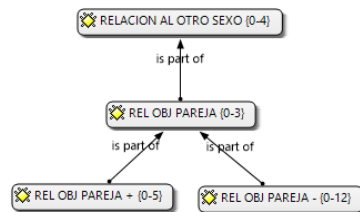


Figura 29

Dentro de la categoría de “vinculo positivo a la pareja”, es decir, vínculos que de alguna manera las entrevistadas declaran como gratificantes, encontramos 5 ejes: “me apoyo en ti”, “me gustas porque me proteges”, “me cuido para ti”, “me subo el autoestima contigo” y “enamorarse es perderse”

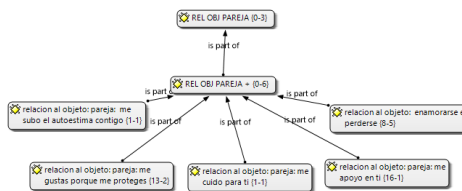


Figura 30

Los dos primeros ejes dan cuenta de dos caras de una misma moneda. Por una parte, “me gustas porque me proteges” da cuenta como las entrevistadas tienden a buscar en sus parejas la protección que no han encontrado en otras figuras fundamentales: “E: ¿qué fue lo que la, lo que la enamoró de él?/EM11: es que a mí me intentaron violar... y como ellos eran, ellos tenían poder porque él tenía hermanos presos, entonces yo me aferré.. como éramos solas, mujeres, yo me aferré a esa familia para que nos protegieran...”. Más que enamorarse, como vimos anteriormente, las entrevistadas buscan protección y contención de familia. Al encontrar esa protección, las entrevistadas encuentran en sus parejas el complemento en el cual *apoyarse*,

usando este vínculo para poder avanzar inicialmente en una proyección vital personal. En varias oportunidades las entrevistadas comentan no saber si estuvieron enamoradas realmente, pero sentir ese *apoyo* las llevo a seguir con sus parejas: “E: por qué se casaron?/EM71: porque yo quería salir de la casa y a lo mejor estaba enamorada en ese momento de él, no sé, lo quería...”

“E: ¿por qué mantenía a Felipe a pesar de todo?/ EM51: porque era mi único apoyo, por lo menos de aquí/E: de su cabeza?/EM51: sí, sí, para lo que yo estaba haciendo/E: usted en un momento, a la pasada me dice yo siempre he estado en pareja, he pasado la mayor parte de mi tiempo en pareja.. por qué?, por eso?/EM51: no sé, no sabría responderle/E: qué le pasa cuando esta sola?/ EM51: soy muy vulnerable, como ahora.. aunque ni tanto porque trato, trato de levantarme, trato de luchar contra la corriente, pero de repente la corriente me lleva y de repente me agarro de un árbol y empiezo a tratar de luchar de nuevo, no sé si me entiende”

Tal como lo dice EM51, la pareja ocupa el lugar de *ese árbol* que permite evitar que *la corriente* de la vida se las lleve. La pareja se transforma en el *tronco del árbol*, el pilar de sus vidas, aunque sea porque ellas mismas los sostengan en aquel lugar. Existe la necesidad psíquica de ubicar a otro en el lugar fundamental de su deseo, como si por otro, y no por ellas mismas, ellas pudieran ellas seguir adelante. Lo que las entrevistadas requieren, más que el actuar mismo de las parejas en torno a sus objetivos, es su sola presencia.

Las siguientes dos categorías, “me cuido para ti” y “me subo el autoestima contigo” hablan de la función de las parejas en términos especulares. Las entrevistadas ubican a sus parejas en el lugar del espejo, es decir, las miradas de aquellos inciden directamente en la forma cómo se perciben a ellas mismas y su atractivo físico: “EM52: .. los pretendientes de ahora me sirvieron para levantar mi ego, para sentirme que yo realmente... porque yo empecé, cuando me dijeron

oye! estai igual al Toño, que es el volado de allá a la vuelta, ahí me empecé a arreglar y como me empecé a arreglar me empezaron a llegar piropos y que aquí y acá, y ahí empecé a pinchar po... y así, anduve con un niño, después anduve con otro, anduve como con 4 niños... así, cada cierto tiempo, pero al final ninguno me llenó y ahora volví, ahora estoy sola, estoy sola y no me arrepiento, pero me subió el ánimo por lo menos como mujer...”

Más que un vínculo de entrega mutuo, o un vínculo afectivo, las parejas parecen ocupar el lugar de contención narcisística. No se trata sólo de un sostén imaginario, sino que la presencia de las parejas sirve para las entrevistadas en la medida que les sostiene en su subjetividad, por lo cual están dispuestas a mantener una relación con ellos pese a los altos costos que muchas veces esto conlleva. Las entrevistadas, sin una pareja al lado, no se sienten capaces de ejecutar sus planes, de cortar el doloroso vínculo con sus familias de origen, no sienten una feminidad asentada en su cuerpo; requieren de otro que les devuelva de forma permanente una imagen de sí que sostenga y articule su existencia, que les permita proyectarse en el tiempo y en su existencia como mujeres.

El costo de establecer un vínculo de pareja de estas características, para las entrevistadas, es enamorarse, pues cuando se enamoran, el intercambio afectivo conlleva para ellas la sensación de fusión con el otro, y entonces sienten que, como sujetos, se *pierden*: “E: usted aceptó que viniera su señora con los hijos [del amante]/ EM11: sí , y seguir siendo la amante yo/E: qué es lo que le afecta de eso, entonces?/ EM11: me afecta porque me enamoré .. no sé en qué momento estaba, pero estaba enamorada... porque yo creo que si no hubiera estado enamorada no lo habría aceptado nunca.. y ahora digo, por qué lo hice?, debí haber terminado ahí/E: por qué cree que lo aceptó?/ EM11: porque estaba enamorada, me enamoré y acepté todo lo que venía.. ”. Las entrevistadas sienten que estos vínculos se transforman en dolorosos

para ellas en la medida que en el encuentro con el otro pierden su norte, su identidad, sus intereses, su deseo y quedan a merced del deseo de sus parejas; ellos, por lo demás, a ojos de las entrevistadas, harán valer su lugar de aquel que comanda la relación. Para las entrevistadas enamorarse es ceder el comando y soporte de su subjetividad. Pero, por otra parte, por la posibilidad de ubicar a las parejas en un lugar Otro, es que las entrevistadas pueden ordenar sus vidas, ejecutar sus proyectos, hacer lo que se proponen, etc. *Por otros todo es posible*, nunca por ellas mismas: “EM52: para mí, Rodrigo es mi marido, sea como sea, es mi marido, son 10 años... a menos que llegue alguien que me mueva el piso y que sea mejor que él, ahí yo lo destrono...”. Tal como dice EM52, ella puede cortar el vínculo doloroso con quien ella considera aún su marido, sólo si llega *otro mejor* que le permita *destronarlo*, nunca por ella misma. El marido de EM52 ha sido para ella aquel que le ha permitido a la entrevistada *destronar*, a su vez, a la pareja anterior, pareja de la cual la entrevistada se declaró profundamente enamorada y sólo abandona al embarazarse de este hombre. No existe la posibilidad para EM52 de dejar a un hombre sino es mediante *destronarlo*, asignando la corona del reino a un nuevo hombre, del cual entonces EM52 se torna *dependiente*.

La categoría “vinculo de connotación negativa con las parejas” habla de los costos que implica para las entrevistadas justamente el hecho de mantener como parejas a sujetos que no cumplen una función afectiva con ellas, sino que sostienen su subjetividad:

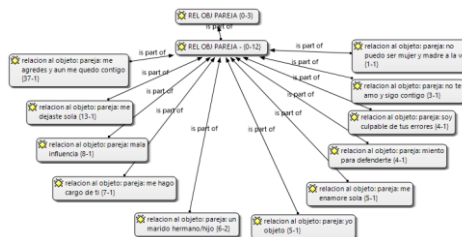


Figura 31

Esta categoría tiene 11 ejes: “me agredes y aún sigo contigo”, “me dejaste sola” “mala influencia”, “me hago cargo de ti”, “un marido hermano/hijo”, “yo, tu objeto” “me enamoré sola”, “miento para defenderte”, “soy culpable de tus errores”, “no te amo y sigo contigo” y “no puedo ser mujer y madre a la vez”. Las categorías “mala influencia” y “miento para defenderte” son categorías que muestran cómo las entrevistadas notan que hay factores de la forma de ser, actuar u opinar de sus parejas que no responden a lo que ellas consideran correcto, pues agreden a otros o a ellas mismas; pese a esto, ellas no se atreven a discutirles al respecto, a pedirles que cambien o a dejarlos por ello, por lo cual terminan avalando formas de ser o actuar que sancionan como equivocadas o violentas. Veamos esto en una cita: “EM32: yo me acuerdo que una vez me regaló una cadenita de oro, una vez me regaló un perfume... [la pareja] me invitaba a comer helado y me llevaba, no sé, a una heladería rica... a esa edad [adolescencia], no sé, uno no tiene plata para esas cosas, a esa edad tenía plata para irte a comer un helado más barato, y le regalai una cadena de fantasía a tu polola, no sé... yo no cachaba de donde sacaba plata él, o sea yo cachaba que él me hacía regalos pero no... igual era, en ese sentido, era cariñoso... él todos los días llegaba con una flor, de repente me tenía un ramo de flores precioso.. pero yo nunca caché de donde sacaba la plata para comprar ese ramo de flores, esa cadena de oro, ese perfume.../E: ¿qué hizo cuando supo? [que él robaba]/EM32: me dio mucha lata y me dio como vergüenza, me dio lata decir en mi casa lo que él hacía pero yo ya estaba como enganchada de él y me costó dejarlo... yo conversaba con él, que hiciera otras cosas, de que no se metiera más en ese mundo porque si no íbamos a tener que separarnos, y él obviamente me decía que sí, sí, pero al final nunca lo dejó...”

Como vemos, EM32 nota que su pareja le hace regalos inapropiados para su edad y grado de intimidad en la relación. Sin embargo, no puede evitar continuar con él, incluso cuando se

entera certeramente que él se dedica a robar para vivir. Las entrevistadas continúan en relaciones de pareja con personas que sancionan equivocadas, agresivas e incluso que saben que delinquen, pues ellos, como vimos anteriormente, sostienen su subjetividad, por lo que perderlos implica perder una parte importante del sí mismas: “EM52: no sé si denunciar al papá de mi hija... la otra vez llegó la PDI porque yo en COSAM tuve que decir que el papá de mi hija me violentaba y... pero es que estoy hablando de palabras mayores porque puede correr riesgo mi vida... el papá de mi hija trae cosas de Arica [drogas], entonces... entonces me estoy metiendo en las patas de los caballos, entonces yo con gente así no puedo... sola, y menos sola, no puedo!”.

En esta cita, se trata de una entrevistada que tuvo una relación de más de 10 años con una pareja que sabe que se dedica al tráfico de drogas, y pese a que ella no lo aprueba, continúa con él. Sólo ahora, tras el quiebre de la relación, nota cómo corre riesgo su vida y exclama finalmente *no puedo...sola, y menos sola, no puedo!*- irme en contra de él. Es la soledad aquello que les hace retomar una sensación basal de vulnerabilidad, de abandono, y que como vimos antes las hizo tomar tempranamente una posición de fortaleza y autonomía frente a otros a la manera de una defensa. Con las parejas, han desarmado esta defensa y cuando les abandonan resurge nuevamente la fragilidad que asienta los cimientos de su personalidad.

Las categorías “me agredes y aún sigo contigo”, “yo, tu objeto” y “soy culpable de tus errores” complementan lo anteriormente dicho. Las entrevistadas soportan estados de violencia, maltrato y vejación de parte de sus parejas, como si la única forma de mantener el vínculo con ellos fuese mediante la anulación total de la subjetividad, quedando a merced del deseo de estos hombres a la manera de un objeto: “EM61: ... utilicé a mi primera pareja [ríe], era muy buena persona, él quería casarse conmigo y todo... si le pidió la mano a mi papá y a mi

hermano, él era un hombre que valía la pena/E: y por qué no se enamoró de él?/ EM61: era alcohólico... era muy alcohólico y trataba mal a su mamá... tenía casa propia , era trabajador, a mí nunca me trató mal, nunca.. pero sí vi que trataba varias veces mal a su mamá, le gritaba. Había fines de semana que tomaba tanto que quedaba inconsciente en la cama y yo no podía salir porque las llaves las tenía él. Entonces yo tenía que quedarme amarrada ahí en la pieza, esperando a que él reaccionara para poder salir, para poder ir a ver a mi mamá o para poder salir a respirar...”

Esta cita ejemplifica claramente cómo aquel vínculo que empezó como *una utilización del otro* por parte de la entrevistada, termina siendo un vínculo donde ella pierde la condición de sujeto. esta cita muestra como las entrevistadas sienten que se aprovechan de otros o son utilizadas, dándose la relación únicamente entre dos extremos. En este sentido, las entrevistadas repiten con sus parejas, sin quererlo, el vínculo de maltrato del que buscaban huir, pues incapaces de posicionarse en el lugar de aquel que violenta a otro, quedan nuevamente vulnerables y a merced de la agresión de los demás. En el análisis de la categoría “relación al objeto: padre” vimos como las entrevistadas intentaban rescatar de sus progenitores características positivas de ellos, pese al evidente maltrato, agresión o abandono que implicaba el vínculo con sus padres. Esta cita y el análisis hasta aquí realizado en torno a la relación a las parejas, muestra como esta forma de vinculación se repite, quedando nuevamente ellas a merced de la violencia masculina. La entrevistada, al comienzo de la cita, rescata todas las virtudes de esta pareja, pues era un *buen hombre, trabajador, era un hombre que valía la pena... a mí nunca me trató mal... pero...*; y entonces, como si fuera un detalle, una anécdota, rememora eventos de extrema violencia. Las mujeres fuertes, valientes, en realidad

son mujeres de extrema vulnerabilidad, y esta queda de manifiesto en particular frente a aquellos hombres que se tornan significativos.

La categoría “soy culpable de tus errores” da cuenta de la manera en que las entrevistadas tramitan esta agresión, tomando la responsabilidad de los actos de sus parejas, de manera de poder conservar psíquicamente, tal como lo hicieron con sus padres, algo positivo de ellos: “E: ¿qué le decía? [la pareja cuando discutían]/ EM52: puta hueona!, ya no tenís la comida!, mira, tenís toda la hueá cochina!... pero él sin trago, nada, nada, sin trago no era así, era hola mi amor, ¿cómo está?... yo le hacía pollo al champiñón, empanadas ricas, de eso él no se quejaba nunca, aparte yo era emprendedora, construí casa, muchas cosas buenas tenía, pero tenía algunas falencias po... de repente se me acumulaba loza y lo otro, la ropa, la ropa porque también no se secaba, porque el patio es un patio chico que le daba sombra... y me iba quedando con la ropa ahí... debería haberme sacrificado más quizás en haberla secado con plancha, o levantarme más temprano... levantarme más temprano, colgarla al sol...”. En esta cita, EM52 habla de cómo ella no se ha *sacrificado lo suficiente* por mantener su relación; de alguna manera, el culpable del término de la relación es ella, no él por su violencia verbal, porque él, sin trago, *no era así*. No importa entonces que ella *cocinara rico, que fuera emprendedora, que haya construido su casa*. La violencia de él encuentra una doble justificación: la *falta de sacrificio* de EM52, *sus falencias*, y que él en realidad, sin trago, *él no es así*. Vemos nuevamente esta necesidad de mantener lo masculino como algo incólume, íntegro, en una necesidad aparente no sólo de salvar el vínculo, sino que posiblemente también de mantener libre de violencia el único espacio que han encontrado para la identificación y posicionamiento.

La categoría “me hago cargo de ti” en la misma línea, revela cómo las entrevistadas, con tal de mantener el vínculo, son capaces no sólo de soportar malos tratos de parte de sus parejas, sino que también se hacen cargo de ellos en términos económicos y otros, tratándolos más que como parejas, como *un hijo*: “EM81: yo lo incité a que él estudiara porque él era muy inteligente, que siguiera haciendo un curso universitario, estudió ingeniería en finanzas, economía, tiene 4 títulos universitarios, el primero que le dije que hiciera lo hizo, y le dije que cuando terminara la carrera, cuando termináramos de pagar esa carrera él me iba a empezar a ayudar... terminó, fue lo mismo..”

“EM52: yo di mucho, imagínese que él apenas de repente trabajaba, yo trabajaba como china, trabajé en Incal tres años, trabajé en Italmod tres años, trabajé en Almacenes parís tres años, junté plata para mi casa, construí mi casa yo, yo!, el deber de hacerlo un hombre, si bien yo tenía el terreno, empastando muros yo, yo con mis manos, lijando... o sea, a mí me costó po!... y de tanto que di a lo mejor di mucho porque el hombre también se aprovecha po, porque cuando encuentra que la mujer da y le hace a todas se siente... pa qué andamos con cosas!, si los hombres se aprovechan po y sobretodo, claro, acá tengo de todo po!, tengo la casa de Soto!/ E: cómo es eso?/ EM52: casa, comida y poto (ríe), la casa de Soto, casa, comida y poto!”.

En ambas citas EM81 y EM52 le dan todo a sus parejas: *les pagan una carrera*, *les construyen una casa*, etc. Les dan al extremo de otorgar *casa, comida y poto*, como dice EM52, al límite que sienten que se *aprovechan* de ellas. El amor, entonces, es ser utilizadas por otros a la manera de un objeto, objeto que debe otorgar total satisfacción. Si las parejas son tratados como hijos, lo son a la manera de un hijo malcriado, que no cesa de pedir.

Las categorías “me enamoré sola”, muestra cómo el vínculo a la pareja no tiene una cualidad primordialmente afectiva. Las entrevistadas en varias oportunidades declaran no saber si

estuvieron realmente enamoradas, o si lo estuvieron, declaran no haber seguido estándolo pese al largo tiempo de relación que establecen con sus parejas. La categoría “me enamoré sola” rescata el decir de una entrevistada justamente en torno al desamor vivido, en la medida que es ella la que *haría todo en la relación*, incluso amar por él, sin recibir a cambio afecto ni cuidados o algún tipo de gratificación de parte de su pareja: “EM61: él [pareja] nunca me ha querido/E: ¿por qué?/EM61: porque si no tendría a mis hijos, hubiera trabajado, me hubiera ayudado, me hubiera dado un techo... se podría decir que yo me enamoré sola/E: ¿por qué se enamoró sola?/ EM61: porque nunca sentí de parte de él ninguna ayuda o algún afecto/E: ¿por qué cree usted que se enamora de alguien de quien no siente cariño?, ¿por qué insistir en una relación donde no se siente querida?/EM61: no sé, yo lo quería...”.

Veamos esto mismo en otras citas: “EM52: yo estaba enamorada hasta las patas, yo lo amaba, lo amaba, él era ... él me quería, yo creo, pero yo a él lo amaba..”

“E: qué es lo que le da pena?/ EM62: no sé, haberme enamorado sola, haberme enamorado sola, haber estado siempre sola”

Como lo dicen las citas anteriores, la relación a la pareja está marcada por la disparidad. Existe la sensación de haber amado más que el otro, haber entregado más; y ello justamente porque necesitan de sus parejas en tanto las sostienen psíquicamente, en su subjetividad. Esta disparidad se asocia además a la sensación de vivir desde siempre en una soledad radical, de no haber tenido alguien que las amara realmente nunca en la vida. Por ello la soledad es siempre sinónimo de desamparo, de abandono; cada pérdida revive una condición más fundamental del ser de las entrevistadas, dando cuenta de la imposibilidad de sostenerse por sí mismas subjetivamente. Ha sido la ausencia de una figura de sostén psíquico desde la temprana infancia aquello que ha dejado huella en ellas, ese dolor ha definido una forma de relación al

otro, en este caso, a las parejas. La idealización al padre y a las parejas se rige por el mismo imperativo, poder hacerse de un Otro que les permita una sobrevivencia psíquica.

La categoría “no te amo y sigo contigo”, complementa lo anteriormente dicho. La vinculación a las parejas persiste sin tener como base un afecto amoroso, sino que la manera en que la presencia de ellos actúa como el sostén de la existencia: “E: para entender bien, ¿usted como que se aferró a una nueva pareja?/EM52: sí po, sí, más que nada eso, porque yo no estaba enamorada de él, yo estaba enamorada del pololo de 8 años que tuve, de él estaba enamorada”. Aferrarse al otro para existir, he ahí la clave de la sobrevivencia.

Por su parte, la categoría “no puedo ser mujer y madre a la vez” muestra la dificultad de las entrevistadas para encarnar una posición femenina en complemento con una posición materna. Frente a ello, a veces terminan cortando el vínculo con los hijos en función de estar con la pareja: “EM52: me acuerdo que le decía a Rodrigo, yo no quiero ser mamá, más encima nosotros nos separamos, no estamos bien y tú, vas a apechugar?, no sé si vas a apechugar, yo no quiero estar sola, por qué no hacemos algo?...”. En esta cita EM51 nos habla de un embarazo indeseado y sus deseos de abortar, porque no sabe si su pareja *va a apechugar y no quiere estar sola*. Se trata de un hijo del cual la pareja duda acerca de su paternidad y por eso ella teme que la abandone. En este sentido, si la pareja es el sostén de la existencia, planteamos que el hijo, particularmente los hijos indeseados por la pareja, pudieran actuar como un peligro para las entrevistadas en su posibilidad de existencia psíquica, en tanto implican un posible corte del vínculo con estos hombres. en esta medida, las entrevistadas, todas las entrevistadas, han pensado en el aborto, se han realizado aborto o han abandonado a algunos hijos.

Por otra parte, tampoco sostiene la relación a la pareja un afecto erótico. La vida sexual con la pareja es ausente, excesivamente violenta o insatisfactoria, por lo que se evita y se termina buscando un vínculo con la pareja que no implique un encuentro sexual; esto lo revela la categoría “un marido hermano/hijo”. La sexualidad no es el reflejo del encuentro afectivo entre ambos miembros de la pareja, pues este puede darse únicamente fuera del campo del encuentro entre hombre y mujer. Veamos esto en una cita: “EM42: ... con mi marido teníamos, teníamos, veníamos como... no nos llevábamos tan bien pero, pero no era tema para mí, era como mi hermano, teníamos una relación como de hermanos... como de amigos que vivían juntos...”

“E: ¿ha tenido una buena vida sexual con alguien?/EM72: no, nunca/ E: ¿cómo lo hacía para poder sobrellevar eso, lo evitaba, se drogaba?/EM72: me drogaba, me drogaba para no tener relaciones/E: ¿qué era lo malo que usted no lo pasaba bien?/ EM72: él era de esas personas que piensan en ellos no más y uno queda igual, es como usarla no más a uno”.

El encuentro satisfactorio con los hombres, para las entrevistadas, se da únicamente en la medida que la pareja es un *hermano, un amigo, un hijo*, pero no un hombre. El encuentro sexual toma la connotación declarada por EM72, de *ser usadas, utilizadas*, pues frente a la condición masculina de sus parejas ellas quedan sometidas, subyugadas. En la misma línea, la categoría “me dejaste sola” habla cómo el quiebre con estas parejas es siempre para ellas algo de lo que *padecen*, una decisión de la cual no son parte, sino que *víctimas*. Si han sido ellas las que han tomado la decisión de cortar la relación, siempre es consecuencia que la pareja hace mucho tiempo que ya no es parte de la misma, hace mucho tiempo que él ha dejado de estar junto a ellas; veamos esto en unas citas: “EM52: yo, mire, yo trato, yo he tratado, de hecho estoy tratando, pero que Rodrigo me haya dejado fue como que me hubieran echado una pala

de tierra más encima, ¿me entiende?, es como que yo ya estaba tratando y Rodrigo va y me deja por otra, es como que me tiró un saco de tierra encima y después de ese saco, a mí me ha costado levantarme, salir..”

“EM91: él tomaba todo el día, jugaba play station todo el día, no se preocupaba de nosotras, para la comida no tenía plata nunca pero para los amigos sí, era amigo de sus amigos, de esos típicos hombres, malos hombres...”

“EM72: los primeros años de casada, mi esposo me dejaba todos los fines de semana sola... él me dejó mucho sola y yo era joven, joven po, podría haber tenido otra pareja, podría haberlo engañado y yo ahí con mis hijos, con los dos más grandes... entonces ha sido fea mi vida po, hasta ahora”

La dependencia afectiva es lo que define el vínculo a las parejas en estas mujeres. Las entrevistadas no exigen manifestaciones de amor, sino que les basta la mera presencia de sus parejas para sobrevivir. Las entrevistadas, como vemos en las citas anteriores, se quejan de la ausencia de sus maridos, de su abandono; sin embargo, la presencia física de ellos les asegura a ellas cierta presencia. Se trata, como hemos visto, de mujeres que ubican en la pareja el soporte de su subjetividad, de su fortaleza, de su imagen personal, de su proyección en el tiempo, de su feminidad, etc. Es como si las entrevistadas pudieran, con ellos, estar solas en presencia de alguien, tal como diría Winnicott (1958) aunque en estos casos se trata de alguien que lastima, abandona, hierde y abre la llaga una y otra vez de la carente introyección de la función contenedora del Otro en el psiquismo. Las entrevistadas, en un afán de sobrevivencia psíquica, se aferran una y otra vez a esta clase de objeto, un objeto que rememora la imagen paterna en tanto las ha dañado pero también algo de amor entregó. Las migajas de amor que

han recibido de sus hombres parecen al menos abrir la esperanza de ser amadas y reconocidas realmente algún día.

5.1.3.1.3. Relación al objeto: los hombres en general:

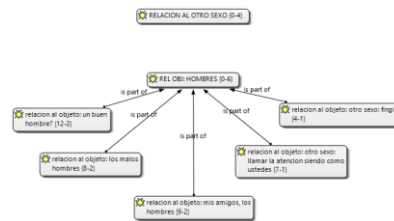


Figura 32

Las entrevistadas al hablar de los hombres en general, genéricamente de los hombres como de *sus hombres* en particular, dejan entrever que se trata de sujetos esencialmente dañinos. Eso es lo que muestran las dos primeras categorías de este eje de análisis: “¿un buen hombre?” y “los malos hombres”. La primera categoría muestra cómo las entrevistadas al hablar de los hombres intentan suprimir los elementos que den cuenta de su agresión, sin embargo estos terminan saliendo a la luz, tiñendo con un velo de violencia cualquier cualidad positiva de la que ellas quisieran dar cuenta al hablar de los hombres: “E: en qué sentido piensa que la presencia de él [marido] ayudaba a sus hijos?/EM11: él era muy bien padre, conmigo era maltratador pero con ellos no, él le daba todo a sus hijos, era conmigo... con mis hijos nada, era un buen papá, era para la casa, todo..”

“EM22: él (papá) siempre me enseñaba... de que tenía que lavar mis calzones, que tenía que ser limpia, siempre me enseñó, toda la vida/E: se acuerda cuando su papá cayó preso?/ EM22: sí, yo tenía como 10 años.. me acuerdo que él me pesco de los brazos, porque no quería que se lo llevaran detenido, pero yo no podía hacer nada/E: a ver, cuénteme un poco más/EM22: es que se lo iban a llevar, justo donde vivo yo, afuera se lo estaban llevando, entonces mi papá me

agarró de los brazos para que no... no se lo llevaran preso, pero yo no podía hacer nada, no podía defenderlo si era una niña... así que dejé que se lo llevaran preso no más po y ahí yo fui a decirle a mi abuela que se habían llevado preso a mi papá”

Ambas citas muestran cómo las entrevistadas tienden a centrar en ella la responsabilidad o causa de las fallas de los hombres. En la primera, EM11 habla de lo buen padre que es su pareja, como si la agresión del marido estuviera circunscrita a algo que tiene relación a ella. En la segunda cita, EM22 hablando del momento en que encarcelan a su padre, dice: *yo no podía hacer nada, no podía defenderlo si era una niña... así que dejé que se lo llevaran preso*, como si de alguna manera sintiera que fuera la responsabilidad de ella haber evitado ese evento. En este sentido, vale la pena resaltar que, general, al referirse a la agresión masculina, las entrevistadas no son capaces de hablar de ella tan abiertamente. Por su parte, la categoría “los malos hombres” muestra la forma en que las entrevistadas verbalizan la violencia que han sufrido en el vínculo con los hombres. Una forma es bajo la ausencia de palabras, como lo ilustra la primera cita a continuación, o hablando de lo que ellas sentían como consecuencia de sus abusos, como lo muestra la siguiente cita:

“E: qué le gustó de él?/EM61: eh.. no quiero ni, no quiero ni pensar en él/E: por qué?/ EM61: porque no me causa nada, ya no siento ningún tipo de pensamiento positivo hacia él, ninguno”

“EM11: porque si él no se mataba, yo ya estaba a punto de matarlo al último... yo dije, señor, una vez yo le pedí de rodillas que él se muriera porque yo ya no aguantaba po, no aguantaba, yo decía Señor, si él no se mata, lo voy a matar yo..”

Es interesante pensar que en el caso de EM11, ella puede verbalizar su rabia, su dolor, probablemente porque su marido ya ha muerto. En el primer caso, en cambio, la rabia no es expresada sino que por la ausencia de connotaciones positivas. Aquello muestra la dificultad de

estas mujeres para poder verbalizar el dolor ocasionado por un hombre significativo en sus vidas. En general, las entrevistadas intentan mitigar las faltas masculinas adornándolas con las cualidades de los hombres a quienes refieren. La otra forma de referirse al dolor recibido en un vínculo hacia un hombre, es hablar directamente de la agresión de éstos. Esto sucede únicamente cuando lo acontecido es tan crudamente desgarrador que no es posible disimularlo bajo otras cualidades. Es importante aclarar que se habla sí del evento, no se juzga la figura del involucrado, por ende no se le designa como malo, odiado, me dañó, etc. Veamos esto en una cita: “E: [hablando del abuso sexual del cual la entrevistada es víctima por parte de su padre]¿era violento su papá en ese minuto?/EM61: no/E: cómo se detuvo eso?/EM61: yo lo detuve, le dije basta, claro, le dije basta o sino lo denunciaba/E: nunca le pidió ayuda a su mamá?/ EM61: ella sabía/E: cómo sabe usted que ella sabía?/EM61: porque nunca me ayudó...ella lo sabía, si no es tonta, se hace la tonta no más”

Esta frase muestra claramente cómo la entrevistada puede dar cuenta de su rabia y su dolor cuando el relato se dirige hacia la figura de la madre. En ningún momento ofende al padre o habla de aquel de forma hiriente o denigrante, pese a que él es quien ha cometido el abuso hacia ella; sin embargo, al hablar de su madre puede dar cuenta de su dolor más directamente. Pareciera como si no hubiera espacio psíquico para representaciones del dolor sufrido de parte de hombres significativos, sino que sólo silencio o la designación de los hechos a la manera de un expediente descriptivo, carente de compromiso emocional.

Esta forma de ser hacia los hombres se complementa con la categoría “Fingir”. Las entrevistadas dan cuenta como su posición frente al sexo opuesto es siempre congraciativa, aunque aquello implique omitir el descontento o padecer: “E: en ese momento que usted recae después de 11 meses, ¿en qué momento de la relación estaban?/EM42: estábamos ya

separados, en piezas separadas... pero íbamos al supermercado, era como... como que manteníamos la imagen... la imagen po, yo creo, manteníamos la imagen de que él iba a buscar a la Javiera, de que yo iba a las reuniones, que hacíamos todo juntos, que cocinábamos juntos, almorzábamos juntos, pero ya no.. después de eso se fue haciendo... después él ya me mintió y él siguió viviendo conmigo, porque él no se fue al tiro, se quedó un par de meses, porque me dijo dame la oportunidad de buscar algo para poder irme y yo, que soy generosa, le dije sí, no hay problema... tómate el tiempo, pero cuando tú te vayas me dejas mis llaves, nada más..."

"E: y en ese momento, ¿por qué dejo de trabajar ahí [prostíbulo]?/ EM81: me aburrí, me aburrí de todo, del ambiente, estaba cansada ya.. ya se me estaba acabando la paciencia, estar fingiendo, estar poniendo una sonrisa falsa..."

Como vemos en ambas citas, se *finge* hacia los hombres pues existe un deseo de las entrevistadas de mantener un vínculo con ellos. En el primer caso, EM42 prefiere mantener *la imagen* de un matrimonio feliz, pese a dormir *en camas separadas*, incluso luego que él confiesa tener una amante; no se abandona al marido, sino que *comprensiva y generosamente* se le da *el tiempo que necesite* para irse de la casa. En el segundo caso, *fingir* pasa por mantener un trabajo de connotación sexual. Este trabajo implica poner una *sonrisa falsa*, fingir un orgasmo, fingir placer en una relación de intercambio sexual donde se es tratada como objeto. La entrevistada, en este caso, se casa con un hombre que conoce en este contexto.

Las categorías "mis amigos, los hombres" y "llamar la atención siendo como ustedes", muestra como lo que se espera mantener es el vínculo con los hombres, pero fuera del vínculo que marque la diferencia entre los sexos. La categoría "mis amigos, los hombres" da cuenta de cómo las entrevistadas se sienten particularmente cómodas entre hombres, mientras que la segunda categoría muestra como ellas resienten la diferencia entre sexos, por lo que buscan

ser de alguna manera *una más* del grupo, negando esta diferencia.: “EM22: era desordenada, es que siempre me juntaba con hombres po... siempre me juntaba con hombres, me decían María tres cocos/E: cómo?/EM22: me decían María tres cocos/E: pero la encontraban masculina?/EM22: no, por el sólo hecho que me juntaba con hombres.. no me gustaba juntarme con mujeres/E: por qué?/EM22: las encontraba que eran muy, muy cabras chicas... como que el hombre era más maduro, aparte que con los hombres leseábamos, nos reíamos..”

Como vemos en esta cita, las entrevistadas buscan un vínculo afectivo en el sexo masculino que no implique ser deseadas en tanto mujeres, por lo cual su posición femenina se ve menoscabada u opacada de alguna manera por ellas mismas para lograrlo. La imagen que toma EM22 es una imagen masculina, o al menos no claramente femenina. Los hombres son, para ella, más *maduros*, con ellos *puede leerse, reírse*; con las mujeres, en cambio, el trato no se daba porque *eran cabras chicas*. Lo femenino está, en este caso, signado por la inmadurez, que en realidad alude a la diferencia en el encuentro, pues la cita muestra que en realidad existe cierta concepción negativa de los hombres, ya que se trata de personas *desordenadas*, tal como se vuelve ella.

5.1.3.2. Relación al mismo sexo:

La categoría relacion al objeto del mismo sexo se divide en dos grandes ejes: “La relacion a la madre” y “la relacion a otras mujeres”. En concordancia con lo que venimos abordando hasta ahora, veremos el eje “relacion a otras mujeres”. Revisaremos cada una de ellas en detalle:

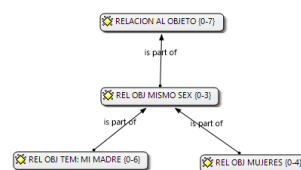


Figura 33

5.1.3.2.1.- Relacion a las mujeres en general:

Con respecto a las mujeres en general, las entrevistadas enmarcan sus discursos bajo tres ejes: “me llevo mal con las mujeres”, “no tengo amigas” y “malas mujeres”.

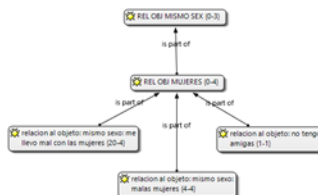


Figura 34

Las dos primeras categorías de alguna manera han sido abordadas en el eje anterior, pues las entrevistadas hablan de su preferencia por hacer amistad con el sexo opuesto y ello porque su encuentro con otras mujeres cargaría un tinte negativo, no le sería grato: “E: pero usted se pone a tomar en la plaza con un grupo de hombres?/EM81: sí, por ejemplo comparnos.. todos ponen, compramos una cerveza grande y yo pido un vaso, yo tomo de las primeras porque ellos toman de la botella y a mí me da.. /E: son puros hombres?/ EM81: sí, hay una mujer que llega de repente pero es de esas mujeres problemáticas que cuando se cura hace escándalo, entonces a mí no me gusta cuando está ella... me voy para otro lado, porque cuando yo tomo soy tranquila, no me gusta hacer problema, trato a la gente como corresponde..”

“EM32: yo nunca tuve mucho feeling con las mujeres, yo siempre me llevaba mejor con los hombres.. y como los chiquillos hacían ese tipo de cosas, yo hacía lo mismo.. yome acuerdo que habían mujeres en el grupo , pero yo nunca me lleve muy bien con las mujeres del grupo/E: ¿por qué?/ EM32: porque las mujeres siempre son como cahuineras, siempre como que andan con la cosa, como hablando por detrás, los hombres no son así.. y a mí eso nunca me gustó de las mujeres.. ”

Como vemos, las mujeres son signadas como *problemáticas, escandalosas, cahuineras*, etc. no es posible para las entrevistadas una identificación a las mujeres, ni la posibilidad de compartir entre iguales con ellas. El último eje de esta categoría, llamado “malas mujeres” da cuenta de algo que ya es posible apreciar. Las mujeres son definidas como sujetos no dignos de confianza, problemáticas, cahuineras, etc.. Veamos esto en otra cita: “EM22: la mamá [del marido] a mí no me quería, a mí me odiaba, porque él era su único, su hijo regalón y que llegara una persona y se lo quitara.. porque así son las madres de repente..”. La relación al mismo sexo implica una rivalidad para las entrevistadas, de la cual ellas prefieren huir. Evaden el encuentro entre mujeres, se sienten atacadas, vulneradas y tienden a generalizar estas características negativas en todas las mujeres, sea cual sea su rol: madre, compañeras de trabajo, etc. Las entrevistadas no pueden encontrar en las mujeres un grupo de pares o un espacio de identificación. Veremos como esto tiene relación a la figura de la madre.

5.1.3.2.2.- Relación a la madre:

La categoría “relación a la madre” se divide en dos grandes ejes: la “Relación positiva a la madre”, o aquella en que las entrevistadas encuentran alguna satisfacción, y la “relación negativa a la madre, o aquella donde abiertamente sienten pesar. Revisaremos cada una de ellas en detalle:

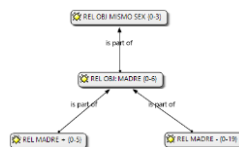


Figura 35

5.1.3.2.2.1.- Relación positiva a la madre:

La categoría “relación positiva a la madre” se subdivide en 4 ejes: “mi buena madre, entiendo que ella sea así”, “me aguantas ahora tú a mí”, “soy responsable de tus errores” y “estamos al mismo nivel”.

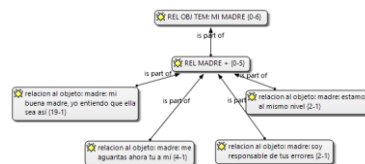


Imagen 36

La categoría “mi buena madre, entiendo que ella sea así” muestra como las entrevistadas dan cuenta de formas de ser dolorosas y perturbadoras de sus madres hacia ellas, justificando las acciones maternas en el marco del propio sufrimiento vivido por ellas como niñas. Por una parte se puede hablar del dolor que la violencia o ausencia de la madre ha ocasionado en ellas, pero por otro este dolor es matizado porque se asocia el mal actuar de la madre a sus propios padeceres psíquicos, único espacio en el que pueden identificarse con ellas: “EM11: ..la mamá [de su mamá] falleció y se la llevó la abuelita, la mamá de la mamá... la abuelita murió también a los 4 años, el papá se fue con otra mujer... ella no tuvo hermanas, nada... entonces mi mami también es sola, no tiene a nadie, nos tiene a nosotros no más, yo no sé de tías, yo no tengo abuelos, no tengo nada.. entonces en parte igual yo la entiendo de repente, que ella sea así, porque ella no tiene a nadie, nada../E: ¿cómo es su mamá?/ EM11: es así, de repente idiota, uno le habla, uno le pregunta algo, te agarra a garabatos , prepotente, es así po... como que todo anda así, a la deriva..”

Esta cita muestra como la entrevistada puede encontrar un punto de identificación a la madre en que ambas comparten un estado de soledad radical en torno a sus familias. Su madre

también es sola, como ella, no tiene a nadie. Ambas además, a decir de la entrevistada en otros momentos, tienen arranques de furia, malos tratos a quienes quieren, etc. lo que se explicaría en base a esta misma soledad y dolor. En este sentido, no se trata de una relación con tinte positivo hacia la madre, pero se vuelve un espacio posible de identificación y encuentro, que a pesar de todo permite cierta identificación, aunque sea una identificación de tinte negativo.

Por su parte, la categoría, “madre, me aguantas ahora tú a mí”, muestra como las entrevistadas mantienen hasta el momento de las entrevistas, un vínculo que jamás han cortado con sus madres, pese al dolor, abandono o negligencia que han sufrido de parte de ellas. Esta relación, sin embargo, es únicamente posible en la medida que porta un afecto negativo, pues se sostiene en la *revancha* de las entrevistadas al padecimiento sufrido por parte de sus madres. Veamos esto en una cita: “EM71: para mí, no fue ningún apoyo mi mamá, nada. Ahora que está más vieja y tuvo su enfermedad y todo, me ha ayudado, me ayuda, me tiene en su casa. Se ha tirado a todas mis hermanas encima porque yo he tenido varias recaídas y mis hermanas le dicen, tú le aguantas todo!, vuelve y vuelve a recaer y tú la admites en la casa!... tenis que echarla si ya está grande ya!, que ella se preocupe de su vida... eso/E: y su mamá, ¿por qué la acepta?/EM71: me acepta porque tiene culpa, yo creo que ella se siente culpable. Se siente culpable de que yo quedara pegada en la droga, se siente culpable de todo lo que hizo conmigo...”. Como vemos, se trata de un vínculo que se sostiene en la imposibilidad materna de reclamar respecto del actuar actual de las entrevistadas, dado que estos serían reflejo de los padecimientos que ellas han tenido que pasar en la infancia a causa de la negligencia o agresión materna. En cierta medida, la madre paga sus culpas del pasado en la vinculación actual con su hija. Lo que queda expuesto entonces, es la relación del consumo al padecer

psíquico de las entrevistadas en torno a la vivencia infantil centrada en la figura ausente o violenta de la madre, primordialmente.

Las categorías “soy culpable de tus errores” y “estamos al mismo nivel”, muestran como la verticalidad en la relación madre e hija se ha perdido, pues nunca se estableció como tal. Las citas revisadas muestran como la vinculación a la madre tiene predominantemente un tinte negativo, y profundizaremos prontamente en ello. Por ahora es importante resaltar que esa agresión o negligencia en algunos casos es matizada con la relativa tendencia de las entrevistadas a responsabilizarse en algunos momentos por la madre: “E: ¿usted cría a su hermana?/EM62: sí, porque mi mamá era demasiado drogadicta, si no me cuidó a mí, ¿qué es lo que le venía a mi hermana chica?, una madre joya [...] E: ¿por qué se pelea con ella? [con esta hermana]/ EM62: por faltarle el respeto a mi mamá y mi mamá se ha sacado la cresta pa darle cosas, mi mamá se ha sacado la cresta y ella termina tratándola mal... entonces eso no me cuadra de ella/E: ¿a pesar que sus papás no han sido buenos?/EM61: sí, a pesar de eso.. a mi mamá la trataba a garabatos y la empujaba a la calle, es una malagradecida, yo la encuentro una niña muy malagradecida...”

Esta cita muestra ambas categorías; por una parte, revela cómo la madre de la entrevistada y la entrevistada ocupan igualmente el rol materno a ojos de la hermana pequeña de EM62. Esto es algo que se repite en las diversas entrevistas, las entrevistadas son ubicadas en el rol materno por parte de sus madres, y ella se encuentra entonces siempre ausente. La cita muestra cómo la entrevistada justifica a su madre pese a que anteriormente pudo reconocer sus importantes falencias, exigiendo un respeto a la madre, pese a que siente que no se lo ha ganado, en la medida que no ha ejecutado el rol. Se trata de una *madre joya*, ironía que resalta las falencias maternas. Pero es también porque su madre es *una joya*, efectivamente, que EM61 quien

termina peleada con su hermana y sin hablarle por años, a causa de estas desavenencias entre ella y la madre, manteniendo un vínculo la madre con ambas hijas. EM61 deja a la madre en el lugar de *la joya*, para pasar ella a pagar el costo de las falencias maternas.

Como es posible apreciar, la vinculación positiva a la madre en realidad se trata de un resguardo de la figura materna, al costo de pagar el precio de haber sido aquella que ejecuta el rol materno sin el reconocimiento asociado, manteniendo a la madre en el lugar immaculado de la madre perfecta para los demás hijos. Las entrevistadas crían a sus hermanos, como madres, pero sin tomar el cetro materno. La madre encuentra entonces en ellas un súbdito que ejecuta el trabajo sucio de la maternidad, llevándose todo tipo de reconocimientos. Las entrevistadas quedan entonces, en el lugar de las esclavas maternas, sometidas también a reconocerles pese a no haber sido tratadas como hijas. Las entrevistadas carecieron del rol materno y lo asumieron prematuramente en torno a sus hermanos, tomando a las madres como un par y no como una figura de autoridad, sostén o cuidado. De esta manera, la madre es una figura que no encarna un lugar Otro para las entrevistadas: “EM11: [la madre] siempre me ha pegado, siempre, embarazada, o igual de repente me tira cualquier cosa... recién este año dejó de pegarme../E: ¿por qué?, ¿qué pasó este año?/EM11: porque yo le dije que no porque yo era la comadre, a una comadre no se le puede pegar/E: cómo es eso?, que son qué?/EM11: somos comadres, ella es la madrina de mi hija y eso es un respeto po, yo le dije un día que tenía que respetarme porque somos comadres..”

La cita muestra como la vinculación de ser *comadres* establecería un orden a la relación madre-hija que de por sí carece. Es decir, para poder exigir respeto, cuidados, etc. es preferible ser *comadre*, porque una hija no puede pedir eso. *Comadre* a la vez reconoce el lugar que la entrevistada ha ocupado realmente para sus hermanos: de *co-madre*, y no de una hermana

más. Es decir, para la entrevistada, la relación con su madre no ha sido vivida como una relación de respeto, distancia y cuidados, por lo que apela a otro tipo de vinculación que sí podría normar el vínculo bajo esos parámetros. *Comadres*, remite a un lazo entre pares, manteniendo la horizontalidad entre ambas pues la madre, veremos ahora, no se ha prestado como figura simbólica de referencia filial.

5.1.3.2.2.2.- Relación negativa a la madre:

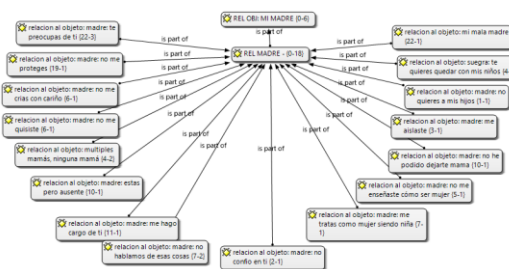


Figura 37

La categoría “relación negativa a la madre” tiene 16 ejes. En general todos ellos dan cuenta de las diversas maneras en que las entrevistadas han resentido el trato materno. Este, como veremos, se caracteriza más que por el abierto maltrato, por la ausencia del maternaje, por la negligencia en los cuidados, por la falta de interés, de preocupación, de cariño en el quehacer materno hacia las entrevistadas. El quehacer materno sin amor, hace sentir a las entrevistadas desprotegidas, vulnerables, etc. La categoría: “madre, te preocupas de ti” habla de cómo las entrevistadas sienten que sus madres, en sus infancias, se preocuparon mas de ellas mismas que de sus hijas, dejándolas crecer *a la deriva*: “EM41: yo salía a cualquier hora, si quería estudiaba, si no quería estudiar no estudiaba, y no era por flojera, no estudiaba por hacer rabiar a mi mamá, o sea, pa que fuera al colegio porque no iba ni siquiera a las reuniones de colegio.../E: ¿qué esperaba con molestarla?/EM41: llamar la atención, aquí estoy oye!,

acuérdate!/ E: ¿y su mamá en qué andaba, preocupada de qué?/EM41: de sus parejas, de los bailongos y de todas esas porquerías de las tanguerías... estudiaba de noche también, trabajaba, entonces también tenía derecho a pasarlo bien pero también se le fue la mano, se fue al extremo...”.

Como vemos, EM41 señala algo que comparten el total de las entrevistadas; una madre que pese a no estar radicalmente ausente, es sin embargo una madre que no encarna la maternidad de manera gustosa. Es una madre *que no va a las reuniones del colegio, que no se acuerda que tiene hija*, pero a la vez es una madre a la que no se puede reclamar porque *trabaja y estudia*, entonces tiene *derecho a pasarlo bien*. *Pasarlo bien* es una experiencia que no se da en el encuentro con los hijos, sino que solo por fuera de esta relación.

Las categorías “no me proteges”, “no me criaste con cariño” y “no me quisiste” dan cuenta de las diversas formas en que las entrevistadas resienten la ausencia materna. La categoría “no me criaste con cariño” es particularmente importante, pues habla de cómo incluso cuando la madre cumplía en lo formal con realizar funciones propias de una madre (alimentar, enseñar, etc.) no es percibido por las entrevistadas como una actividad hecha con gusto, con placer, sino más bien una actividad hecha en base al deber y aquello les hace sentir que su presencia es particularmente una molestia para la madre: “EM42: a lo mejor no me llevaron al médico a tiempo, no me llevaron al médico preciso, no había recursos... pero a mí no me gustaba comer../E: ¿cómo eran las comidas?/ EM42: a cachetazos po, abre, come, cierra, mastica... sino... aparte que hacia comidas que a mí no me gustaban.. no te comías el pollito asado, te comías el cochayuyo, los caldos de pata, todas esas cosas que para un niño es puaj!, es invasivo po... la harina tostada, yo la harina tostada no la puedo ver porque me daban hartito leche con harina tostada para que engorde, pa que engorde!”. Como vemos, alimentar es aquí ejecutado

por la madre como una actividad que satisface únicamente al cuerpo: *pa que engorde, pa que engorde!*. La entrevistada interpreta este quehacer materno como una intrusión, pero no logra percibir que su carente gusto en alimentarse tiene relación con la forma mecánica de ser alimentada por la madre: no relaciona causalmente que a ella *no le gustaba comer*, porque las comidas *eran a cachetazos*. La relación entre ambos factores aparece por contigüidad, más que por causalidad.

La ausencia materna se trasmite mediante la frialdad afectiva. Las entrevistadas se sienten no queridas, no protegidas por sus madres: “EM61: yo nunca me he llevado bien con ella [madre], pero sí la quiero, ella también me quiere pero no nos llevamos../E: ¿en qué chocan?/ EM61: en discusiones, discusiones sobre la infancia... las veces que he estado tomando le converso, le empiezo a conversar de mi infancia, de lo que me acuerdo/E: ¿qué le dice?/ EM61: le recrimino que estuviera más preocupada de drogarse, las peleas que tenía con mi papá, que cuando mi papá nos castigaba ella no hacía nada y lo apoyaba/E: ¿él era violento?/EM61: sí, es violento..”

“EM71: fue mala conmigo, fue mala [la madre]. Igual ella hizo cosas que me dañaron como niña/E: ¿cómo cuáles?/ EM71: me cargaba con droga, ¿cómo va a cargar una mamá con droga a una hija?, me llevaron presa a los 15 años, una mamá no hace eso a un hijo..”

Como vemos, pese a mantener a la madre en el cetro materno, de la violencia materna se puede hablar y se habla en la medida que se reclama un reconocimiento al padecimiento vivido. Las entrevistadas portan, encarnan un deseo de reconocimiento de parte de sus madres, y lo reclaman una y otra vez, en particular estando drogadas: la madre ha sido *mala*, porque no estaba para cuidarlas, para protegerlas, porque las trata como una igual, porque no las reconoce como niñas. Hay casos que la ausencia materna es tal que se busca un referente distinto que cumpla este rol, pero siempre se trata de una función que medianamente alguien

puede suplir, dejando a la vista la carencia materna: “EM22: es que yo nunca le he dicho mamá a nadie... o sea a ella [madre] le decía como se llamaba, Susana, no le decía mamá... y a mi abuela tampoco le decía mamá, le decía abuela no más/E: y para las cosas del colegio, cuando citaban a la mamá, ¿cómo lo hacía?/EM22: iba mi tía, mi tía iba..”

De la ausencia materna o de las negligencias en la ejecución del rol materno sí se puede hablar, y se habla como un desgarró, las entrevistadas dan cuenta del dolor padecido a causa del actuar de sus madres. El dolor hacia la madre en la mayor parte de los casos, se relaciona a su ausencia, a las deficiencias en el encarnar el rol materno y a la prematura exigencia de adultez que esto les implica. Las madres son caracterizadas como mujeres preocupadas únicamente de sí mismas, frías en el contacto, presentes pero ausentes: “EM91: mi mamá siempre nos cuidó, siempre estuvo pendiente de los remedios, que mi hermana no convulsionara, mi mamá nunca nos dejó abandonadas.... Pero cuando estaba con depresión, ahí sí no nos cuidaba... pero después se iba a la peluquería, se arreglaba, se le quitaba la depresión y se iba a trabajar [...] /E: ¿qué hacía cuando su mamá pasaba por esos episodios?/ EM91: cuidarla también, no la iba a dejar sola... estaba siempre con ella/E: ¿qué se acuerda?/EM91: era como cuidar a cualquier mamá, cuando su mamá se enferma ¿qué hace usted?, le da remedios, no sé po... dentro de lo que yo tenía a mi alcance, yo trataba de recuperarla..”

Esta cita muestra también lo que revela la categoría “me hago cargo de ti”. Las entrevistadas han adoptado un rol de cuidado frente a sus madres en la infancia, un rol materno hacia sus madres, que muchas veces incluso perdura en la adultez. Esta forma de hacerse cargo de ellas no es sólo en lo concreto, sino que por sobre todo se trata de una contención afectiva de la madre. Las entrevistadas se privan de expresar su rabia o rencor hacia ellas, porque las madres se apoyan en ellas afectivamente, impidiéndoles sentir su propio dolor: “EM41: le dije [a la

madre], ¿por qué no me responde sinceramente lo que siempre he querido saber?, me dijo, ya empezaste, ¿por qué cuando tomas te pones insistente!... yo le dije, ¿por qué no me dice realmente quien es mi papá?, o si soy hija de los Zúñiga?... y me dijo que sí, sí, que la cortara, que ella se sentía tan mal que yo... que yo desconfiara de la palabra de ella y todas esas cosas y se puso a llorar, como siempre, porque siempre sale llorando y que yo soy la mala". Como vemos, la madre, frente a las preguntas acerca de la paternidad de la entrevistada, llora, haciendo imperar su angustia por sobre la de la entrevistada. Le niega a ella el derecho a saber acerca de sus orígenes, tratándola de *desconfiada*, de *insistente*. Preguntar acerca del origen, entonces, deja a EM41 como la mala y a la madre como la víctima, cerrando la posibilidad de elucidar las dudas que le permitieran comprender sus orígenes y existencia.

La cita anterior revela también dos otras categorías que se repiten en torno a la figura de la madre: "no hablamos de esas cosas" y "no confío en ti". Hay, como es posible apreciar, ciertos temas que con la madre se mantienen en torno a un tabú y en general estos temas tienen que ver con el origen de las entrevistadas y/o con la sexualidad de las mismas. Las entrevistadas perciben a sus madres como incapaces de enfrentar ciertos temas, y entonces las mantienen en un enigma irresoluto que marca sus vidas: "E: pero sabe en qué circunstancias nació usted?/EM81: nada, porque nunca me ha querido contar nada de eso. Cuando le he preguntado, cuando yo he estado medio mal, le he dicho que me gustaría saber y ella dice que no, que no vale la pena, que era un hombre que no vale la pena... pero eso no fue lo que me contó mi abuelita a mí, me contó que era un hombre trabajador, de plata, de buena situación. Seguramente no le resultó la relación, algo malo tiene que haber pasado que no quiere hablar de eso". Como vemos, EM81 necesita, al igual que EM41, saber acerca de sus orígenes. Es esto un tema tabú para la madre, un tema del cual nunca le han querido contar, y no queda más

que preguntar a otros, unir cabos sueltos que jamás terminar de unirse, para armar precariamente en el espacio de la fantasía una historia parcial que permita elucubrar acerca de sus orígenes y reconstituir su historia. La madre se niega a dar indicios del deseo que la llevo a tenerlas como hijas, al igual que hablar de esa pareja que podrían ellas denominar entonces padre. El padre aparece entonces primordialmente en su ausencia, en el vacío de las significaciones maternas y en la historia mítica que otros testimonian sólo parcialmente.

De la misma manera que el origen, el tema de la sexualidad es parte de estos temas tabú y no es posible para las entrevistadas hablar con sus madres de alguna experiencia que las comprometa sexualmente, por temor a ser maltratadas por ellas. En la infancia, este tema no se habla particularmente por el temor de ser sexualizadas prematuramente por la madre, ubicándolas como una rival en vez de como una hija. Esto es lo que también muestra la categoría “me tratas como mujer siendo niña”. Veamos esto en una cita: “EM51: [hablando de su embarazo a los 14 años] mi mamá más o menos captaba porque yo no le pedía las toallas higiénicas, y como que entre que se reía y como que no se reía, porque mi mamá era bien picaresca... porque sabía que yo andaba... es que quizás ella veía que como a ella nunca la dejaron, entonces para mí que para ella que yo pololeara era como que../E: ¿le causaba gracia?/ EM51: no gracia, pero... igual me ponía su horario, me ponía todo pero es que tampoco pensó que yo iba a salir con mi domingo 7, no pensó!.. en ese lapso fue como media, media... no puso los pies en la tierra, porque al momento de que su hija está pololeando uno más o menos tiene que cachar que... que... que uno puede pasar a dar ese paso po!”.

Vemos como EM51 es tratada como mujer por su madre, en la medida que ella *picarescamente sonríe* ante la evidencia que su hija de 14 años tiene relaciones sexuales. Como si se tratase de una mujer adulta, la madre no prevé el riesgo de embarazo de su hija adolescente, y entonces

el embarazo le aparece como un error, como un *domingo 7*. Se le exige implícitamente a EM51 saber acerca del sexo, de la maternidad, del embarazo, cuando no se habla a la vez de eso. Esta cita muestra además lo que otras categorías revela. Las categorías “no me enseñaste como ser mujer” y “me tratas como mujer siendo niña” en conjunto muestran la tensión en la que crecen las entrevistadas, pues prematuramente se les trata como adultas, como mujeres, pero no se les enseña a tramitar los cambios corporales que el paso a la adultez conlleva. La cita muestra cómo la madre intuye que su hija ha comenzado la vida sexual, pero no se acerca a ella para prevenirla acerca de un posible embarazo, siendo que se trata de una niña de tan sólo 14 años. Las entrevistadas dan cuenta cómo sus madres esperan que ellas por sí solas puedan responder adecuadamente a los cambios de su cuerpo femenino y las consecuencias que pueda acarrear entrar en la adultez. Esperan igualmente que, sin preámbulos ni introducción de su parte, puedan adoptar una posición femenina: “EM51: no se me va a olvidar nunca, nunca, cuando estaba la bisabuela, la mamá y la abuela de él y me dijeron.. estaban preparando una cena y yo dije, puedo ayudar en algo?, pensando que me iban a decir una ensaladita po, ya, me dicen, troce el pollo!... no sabía, no sabía trozar un pollo, a mí no me enseñaron a cocinar, yo no sé cocinar y me acerco a una ex cuñada y le digo, pucha cuqui, no sé trozar un pollo [...] /E: su mamá cocinaba?/ EM51: sí.. pero es que mi mamá era media rara, mi mamá cocinaba en la tarde y le gustaba estar a ella sola en la cocina, no le gustaba que nadie se metiera en su metro cuadrado, ella ponía la radio, se ponía a cocinar y ella estaba en su metro cuadrado, si yo me metía ahí, no, ya!, ándate para afuera!, no!, déjame sola!, entonces nunca me enseñó a cocinar po..”

Como vemos, EM51 no sabe cocinar, y siente que queda en evidencia de su falta frente a otras mujeres. Cocinar es algo que se espera de las mujeres y ella no sabe cómo hacerlo. La madre de

EM51 no le ha enseñado a cocinar, al revés, le negaba el acceso a este aprendizaje: *si yo me metía ahí, no, ya!, ándate para afuera!, no!, déjame sola!*. Solo puede aprender cuando la ex cuñada le guía. En este sentido las entrevistadas sienten que les faltó algo, que no recibieron algo que otras mujeres sí; lo femenino es sentido como algo que la madre se ha negado a compartir, algo en que no han sido introducidas por la compañía materna. Este paso forzado a la feminidad adulta podría explicar tal vez las dificultades para identificarse con la posición femenina.

La categoría “me aislaste” muestra que la madre, además de mostrarse fría y poco accesible a las entrevistadas, las deja en un lugar solitario, impedidas, coartadas de poder relacionarse con otros u otras que pudieran ayudarlas a sobrellevar los avatares de la vida en esa sentida soledad, de otras mujeres que pudieran introducirlas en los códigos de la feminidad. Esto marca su forma de relacionarse a otros hasta la actualidad: “EM52: mi papá falleció cuando yo tenía 5 años de cáncer estomacal ... mi mamá nunca rehízo su vida y le dio el mal de Diógenes, por lo cual yo nunca pude entrar a nadie a la casa, yo no tenía amigas, mis hermanos no tenían amigos... /E: ¿usted quería ser así?/ EM52: quería ser lo contrario y yo... yo fui saliendo para candidata a reina de almacenes parís e hice otras cosas, pero.. en el fondo, los orígenes siempre llegan a uno, los orígenes de... de cómo te criaron, entonces al final... yo ahora por ejemplo no soy muy buena de.. de hacer amigas... de hacer amistades”.

Pese al dolor que les ha implicado a las entrevistadas su vinculación con la madre, existe un vínculo entre ambas demasiado fuertes y ellas, en esta soledad radical, no se han alejado de sus madres. Como vimos antes, algunas viven haciéndose soportar por sus madres, centradas en la culpa que tienen que pagar por los dolores de su infancia. Otras, se hacen cargo de sus madres hasta la actualidad y otras, simplemente, no se atreven a despegar de su lado: “EM42:

[hablando de vivir sola] imagínate, siempre viví con mi mamá, después viví con mi abuela... después me casé, nunca he tenido que jugármelas por mí propia po, siempre ha estado alguien conmigo que, que está conmigo po... y esta es primera vez que voy a tener que dar este paso, que es grande para mí”.

La vinculación a la madre trasciende lo concreto de vivir o no dependiente de ella. Se trata de una vinculación que no se corta nunca, que pese al dolor las entrevistadas insisten en mantener: “E: por qué vive con su mamá?/EM11: porque no la quiero dejar sola, ya está viejita/E: pero para usted es terrible?/ EM11: sí, pero no me importa, no la quiero dejar sola, nadie se va a acostar con ella ahí, se le queman las ollas, deja el gas prendido de repente, se imagina cómo voy a sentirme yo mal si le pasa algo? [...] yo voy a estar con ella hasta que no de más... me da pena dejarla sola, yo sufriría [...] igual le tengo amor (a la madre), pero es que me da rabia con ella, me da rabia porque a todos nos da rabia las cosas que hace... pero igual la quiero po, igual yo soy siempre la que está al lado de ella”.

La relación a la madre es una relación que se torna una insistencia, pues una y otra vez creen encontrar en ellas los elementos simbólicos referenciales que pudieran permitirles articular una identidad con proyección a futuro, pero nunca lo encuentran: “EM41: yo nunca me sentí querida por mi madre... yo no recuerdo algún cariño de mi madre... y sé que tengo un rollo con mi mamá... aunque lo hemos hablado las dos... muchas, infinitas veces...”. EM41 nos habla del rollo que tiene con su mamá, refiriéndose a que ella pudiera decirle quien es su padre biológico, y entonces ella poder armar su historia con un principio claro y definido, no en la incertidumbre y angustia con que vive.

Las categorías “malas madres”, “no quieres a mis hijos” y “suegra: te quieres quedar con mis hijos” habla de cómo la percepción negativa de la maternidad trasciende el vínculo directo a la

madre. La categoría “no quieres a mis hijos” revela como las entrevistadas sienten que sus madres tampoco entablan vínculos afectivos con los hijos de ella, repitiendo la sensación de ser poco queridas y reconocidas por sus madres: “EM51: la niña era mala para comer y mi mamá era idiota con ella, era mal genio, mal genio, mal genio con ella... que pucha los pañales, que esta niñita, que aquí, que allá, todo le molestaba!, todo!... era... como abuela fue mala, no mala... pero... no buena... yo ahí me opuse, no po mamá, ella es mi hija po!... y ahí entramos en discusión... ”. Llama la atención como muchas entrevistadas dejan al cuidado de sus madres a sus propios hijos, pese a que sienten que sus madres no han sido buenas madres con ellas. Pareciera como si esta insistencia de reconocimiento y amor materno se mantuviera a través del reconocimiento de sus ahora nietos, como si el hecho de que la madre amara a los hijos que las entrevistadas tienen les otorgara finalmente a ellas un reconocimiento como hijas. Las madres, sin embargo, como vemos, nuevamente son ausentes: *malas abuelas, o sea, no malas, pero no buenas*. Nuevamente, las madres cumplen el rol de abuelas sin placer, pero están presentes, no se les puede reclamar su ausencia.

La categoría “suegra, te quieres quedar con mis hijos”, al contrario, describe un deseo voraz de maternidad por parte de las suegras hacia los hijos de las entrevistadas, que sin embargo traería como costo para ellas la anulación total de su lugar como madres y el fantasma de un desconocimiento radical de su lugar progenitor: “E: donde está su hija ahora?/EM52: mi hija la tiene la abuela materna, ella la pidió [en tribunales], ella fue la única que fue [a la audiencia donde se discutía la custodia de la niña].. si esto estaba más planeado que... más claro echarle agua!... mire que no fue el Roni ni fui yo y fue ella!... ella quiere quedarse con mi hija, por el hijo que ella perdió”

“E: ¿cómo deriva siendo internada por adicción?/ EM91: hay una mano negra metida por ahí.. me quieren quitar a mis hijos/E: ¿quién?/ EM91: mi suegra me quiere quitar a mi hijos.. porque mi hija es exquisita”. La mano negra de la suegra, es aquella que desea quitarle los hijos a las entrevistadas, perseguidas por el deseo de hacer suyos a sus hijos. La maternidad, entonces, sino es ausencia es vorazmente vivida.

Las entrevistadas no encuentran en las abuelas de sus hijos figuras femeninas y maternantes que les pudieran ayudar, acompañar a asumir su propia maternidad, que pudieran apoyarlas en el proceso de crianza y con quienes pudieran contener sus angustias y contradicciones. Las suegras encarnan la imagen negativa de lo femenino, persecutoria y angustiante, que producto de su relación fallida a la madre tiñe todos los vínculos que las entrevistadas establecen con las mujeres y con lo materno. Esto es lo que describe también la categoría “malas madres”: “EM22: na po, a mí no me quería, la mamá [de la pareja] a mí me odiaba.. porque él era su único, su hijo regalón y que llegara una persona y se lo quitara... porque así son las madres de repente...”. *Quitar al hijo* es lo que tiñe la relación a las suegras, madres que encarnan la voracidad de lo femenino, de la maternidad vivida como una madre que retiene, que aísla, que oprime y que exige ser reconocida por sobre el dolor padecido por sus hijas.

5.1.3.3. Relación al objeto filial:

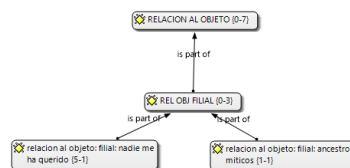


Figura 38

Con relación al objeto filial nos referimos a la relación que establecen las entrevistadas con sus progenitores o su familia en general, es decir, la manera en que logran o no ubicarse como un

miembro más de la cadena de filiación de la cual son parte. Esta categoría presenta dos ejes: “ancestros míticos” y “nadie me ha querido”. El primero de ellos ya ha sido abordado en la categoría: “identidad: identidad filial, por lo que no profundizaremos en ello nuevamente. El eje “nadie me ha querido” muestra cómo, además de carecer de referentes filiales que le permitan simbolizar su presencia como parte de una cadena familiar de la cual son parte, los vínculos que pudieran eventualmente dar lugar a estos referentes están teñidos por afectos negativos. Las entrevistadas han sido víctimas de negligencias, agresiones, y una crianza tan radicalmente dolorosa que no encuentran en sus referentes familiares ningún vínculo amoroso que les permita concebirse a sí mismas como seres amados y deseados por otros. Esto les impide en la actualidad concebirse bajo una lógica amorosa en relación a otros y cada quiebre en una relación actual, revive esa herida. Veamos esto en una cita: “EM72: como que eso me da vueltas, me da vueltas, me da vueltas... porque la última discusión que tuvimos [con las hermanas] yo les empecé a gritar, les dije, es que ustedes no me quieren, nunca se han preocupado por mí, yo me preocupé de ustedes cuando eran chicas y así me han pagado... Yo siempre pienso que no me quieren po, que no me quieren y todo eso... entonces a lo mejor yo tengo, me gatilla eso no más porque siempre pienso que cuando chica... que no me quieren, que todo eso.../E: que cuando chica, qué cosa piensa?/ EM72: que desde chica que no me quieren po, que siempre fui utilizada..”

Esta categoría muestra cómo la crianza carente de afecto que han recibido las ubica siempre en el lugar de indeseadas, no queridas, etc. las entrevistadas sienten en cada nueva relación que no reciben el amor ni el reconocimiento esperado largamente desde la infancia, pese a todos sus esfuerzos. La categoría “ancestros míticos”, a su vez, muestra el esfuerzo de las entrevistadas por generar un lugar en la cadena familiar para ellas mismas mediante la

fantasía, consagrándose a ancestros muertos, desconocidos y anónimos, que son idealizados justamente por lo mismo, porque no han tenido una relación real con ellas y entonces la fantasía les permite idear con ellos un vínculo amoroso que las sostenga: “EM42: yo le pedí tanto a mis ancestros que me ayudaran... y a todas las personas que están en el cielo que me estiman o me quieren...”. Esta es la tensión en que viven las entrevistadas: un esfuerzo por generar un lazo con otro, idealizado y fantaseado, se choca con la frustración real actual en las relaciones actuales que revive siempre la llaga de los dolorosos inicios de la constitución psíquica.

5.1.3.4. Relación al objeto fraternal:

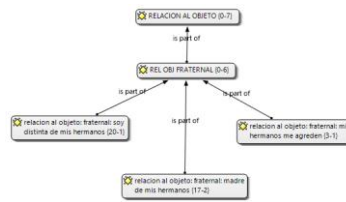


Figura 39

Tal como se dijo en la categoría “identidad”, las entrevistadas se ubican en un lugar distinto de sus hermanos, por dos razones: la primera, porque son ubicadas de alguna manera en un lugar ajeno al núcleo familiar general [“soy distinta de mis hermanos”], y la segunda, porque muchas veces este lugar responde a que cumplen con ellos el rol materno. Ya que estos ejes fueron abordados en el apartado identidad fraternal, sólo abordaremos el último eje de esta categoría, denominado “mis hermanos me agreden”. Es importante señalar que, pese a que las entrevistadas cumplen un rol materno con sus hermanos, en general declaran no sentirse reconocidas por ellos en ese lugar, ni en sus esfuerzos o sacrificios. Los hermanos tratan a las entrevistadas como una igual, y hacen notar la diferencia que establece el lugar materno que

se les ha otorgado a las entrevistadas, únicamente acentuando aquella característica que mantiene a las entrevistadas al margen de la familia: la hija de otro padre, la hija indeseada, la hija sin padre, etc. Esto genera dolor en las entrevistadas y acentúa la sensación de sentirse diferentes y por sobre todo, solas: “E: esto era un tema para usted de niña [no saber so es hija biológica del padre]?/ EM42: sí po, aparte mi hermana mayor me hacía bulling, me decía qué!, si tú no soy de la familia, bromeando, ironizando... me decía qué!, si tú no soy de la familia, tú soy adoptada, siempre, siempre me decía lo mismo, si a ti te recogieron del río Mapocho... nos reímos ahora de esas cosas, yo le digo puta que eras mala conmigo!..”. En este caso, las típicas bromas de infancia entre hermanos calan hondo pues efectivamente para la entrevistada existe la duda acerca de su origen. Esta situación se repite en las entrevistadas, ellas sienten que hay ciertos elementos de la realidad que las dejan en un lugar de desecho, sea por que no son hijas del padre de familia, sea porque son la hija indeseada que la madre nunca quiso tener, sea porque su nacimiento implicó el término de la relación entre sus padres, etc. Esta situación es algo que las entrevistadas viven solas, pues sus hermanos no se encuentran en la misma condición. Sumado esto a la posición materna que ellas se ven obligadas a adoptar, esto las hace sentir muchas veces una *no hija* de la familia: “EM72: [hablando de sus hermanas] termino pensando que no me quieren porque como soy hermana de mi mamá no más, entonces pienso... soy hija de mi mamá no más, entonces pienso que no me quieren po... pero mis hermanas me quieren, pero nunca me invitan a sus casas, nada de eso... siempre se involucran ellas tres y yo no”.

La entrevistada tiene en esta frase un lapsus revelador; efectivamente, ella se ubica como un par de su madre, como una *hermana de la madre* y no una hermana de sus hermanas, pues ella cria a sus hermanas como madre desde pequeña. EM72, hija de una madre adolescente y de un

padre ausente, cria a sus hermanastras, quienes han tenido una madre adulta y un padre presente. Esto la ubica por fuera de la familia de la cual debiera ser parte, dejándola sin referentes simbólicos con los cuales construir un espacio subjetivo ligado a una biografía compartida.

5.1.3.5. Relación al hijo:

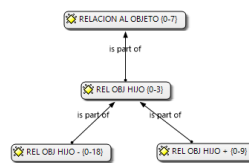


Figura 40

La categoría “relación al hijo”, muestra cómo las entrevistadas pueden o no encarnar una posición materna frente a sus hijos, y cómo los antecedentes de su historia se juegan en la posibilidad de tomar o no esta posición. Recordemos que la posición materna implica poder prestarse como referente simbólico para la constitución psíquica de otro, mediante una actividad erógena de cuidados y entrega hacia el hijo (Aceituno, 2010a). La categoría se divide en dos grandes ejes, la “relación positiva hacia el hijo”, es decir, donde las entrevistadas encuentran algún tipo de satisfacción en el vínculo, y la “relación negativa al hijo”, donde las entrevistadas encuentran frustración y/o displacer. Ahondaremos en ambas categorías:

5.1.3.5.1.- Relación positiva al hijo:

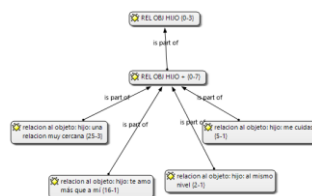


Figura 41

Esta categoría presenta 4 ejes: “una relación muy cercana”, “te amo más que a mí”, “me cuidas” y “al mismo nivel”. La primera categoría revela cómo cuando el vínculo es afectivo con los hijos, estos se transforman para las entrevistadas en la motivación de sus existencias, superando las motivaciones personales hacia su propia vida: “EM11: yo trabajaba de noche y de día, trabajaba en aseo porque tenía que tener una casa nueva, todo para mis hijos... qué iba a hacer si quedé a pata pelá con mis hijos?... así que empecé a trabajar de noche y de día y para que me diera el cuerpo, empecé con las pepas primero... después con la coca...”

“EM92: en modo automático ando yo, pero me fumaba mi pitito y seguía funcionando, yo puedo fumar en la mañana, en la tarde, en la noche, a la hora que sea y sigo funcionando.. yo tengo los pies bien puestos en la tierra y por mi hijo no puedo matarme, por mi hijo no puedo hacerlo”

Como vemos, las entrevistadas encuentran en sus hijos una razón para existir, y por ellos hacen sacrificios extremos, al límite de exigirse funcionar más allá de lo posible, utilizando las drogas para aquello. La maternidad es signada siempre en estos casos, como una entrega que implica un sacrificio, un costo, que sobrellevar se relaciona al uso de sustancias en general. La maternidad deseada, el hijo amado, implica a las entrevistadas *trabajar día y noche, poner los pies en la tierra*, pues esta maternidad implica para ellas un espacio de repetición, donde el hijo amado encarna justamente aquel sujeto que no debe vivir *los dolores que ellas han vivido*. Por esto es que están dispuestas a hacer un sacrificio extremo. Veamos esto en una cita: “EM22: yo quería saber cómo era ser madre, porque como yo no tuve la mía siempre dije que cuando yo tuviera a mi hijo le iba a dar todo, le iba a dar amor, todo, ya que a mí no me lo dieron... por eso yo a él lo protejo demasiado..”

EM22, como vemos, no ha tenido madre, por lo que ser madre implica para ella conocer desde cero la experiencia de la maternidad. Se plantea entonces que el hijo no viva- reviva- los dolores que ella ha tenido, y por ende ella no puede ausentarse para él: lo protege demasiado, no deja de estar con él. La maternidad reabre las huellas de la vivencia padecidas como hijas de la ausencia materna, con el costo de compensar en exceso los fantasmas de su ausencia.

La categoría “una relación muy cercana” revela cómo las entrevistadas establecen con estos hijos amados relaciones que, sin embargo, superan el vínculo madre-hijo, desvirtuando el vínculo: “EM71: porque mi hijo se fue, lo hecho mucho de menos, él era todo para mí, él logro cosas que nadie ha logrado, nadie me ha hecho feliz como lo ha hecho él, entonces yo lo hecho mucho de menos, él no quiere nada conmigo... pero él fue muy especial para mí, me hizo muchas cosas que nadie me ha hecho. Mis hijos se ríen y me dicen “y tu hijo especial que no has visto?”, yo les digo sí po, fue mi hijo especial y yo les expliqué que no es porque lo quiera más a él, pero es porque él hizo cosas que nadie ha hecho por mí, ni mi esposo, ni mi esposo... para que no consumiera el Pietro se acostaba conmigo [...] el Pietro fue como el pololo que deseaba tener, como la persona que yo siempre quise tener, fue mi hijo...”

“EM41: yo tengo dos hijos... uno tiene 26 y la Javiera 20... con mi hijo mayor no tengo mucha relación porque nunca lo crié, no tengo un lazo afectivo con él como el que tengo con mi hija... yo realmente, yo de mi hija... yo me siento enamorada, la amo mucho, no lo he podido superar, su partida me rompió el corazón [...] yo la llamaba y me cortaba o no me contestaba el teléfono, le mandaba mensajes y no los contestaba, por face... nada, no quería estar conmigo ni verme y eso me provocaba mucho dolor, un día me contesto y me dijo no quiero que me llames nunca más!.. esta es mi tristeza más grande porque viví, imagínate, en la misma casa donde arrendábamos, esta su pieza igual... yo ahora tengo una pareja pero no es lo mismo...”

Es importante señalar que, tal como muestran las citas, existen dos tipos de relación a los hijos, pero esto lo abordaremos más adelante en el análisis de la categoría “relación negativa a los hijos”. Por ahora, diremos que las entrevistadas dan cuenta que cuando establecen vínculos afectivos con sus hijos en los que se sienten gratificadas, estos vínculos se establecen por fuera de la lógica materna, tomando un tinte sexual, de vínculo de pareja. Tal como dice EM71, su hijo fue *como el pololo que ella deseaba tener*. La categoría “al mismo nivel” complementa aquello, en tanto revela cómo los hijos son ubicados por las entrevistadas como pares, como iguales, y no en una posición de simbólica de filiación: “EM51: ... la cosa es que en el invierno, la niña se resfrió y la abuela me dijo no, déjala aquí, empieza a dejarla aquí, la cosa es que empecé a dejarla ahí y entre dimes y diretes, después me dijo que pucha, porqué no la dejas acá si tu vives cerca y yo, viendo el bienestar de ella... la empecé a dejar ahí po... pero siempre, nunca perdí el contacto... de hecho, hasta el día de hoy, ella me vino a dejar, ella sabe todo lo que a mí me pasa, somos muy amigas...”

Esta cita muestra cómo la entrevistada renuncia al ejercicio del rol materno con su hija, para adoptar con ella un nuevo vínculo: la *amistad*. Ser amigas significa que ella no la cría, renuncia a ejercer con ella el rol materno, supuestamente por el *bienestar de la hija*. La hija amada, entonces, en realidad no ha sido tratada como hija, sino como un par, al extremo que se hace cargo de ella al momento del tratamiento: *ella me vino a dejar, ella sabe todo lo que a mí me pasa, somos muy amigas*.

La categoría “Me cuidas”, complementando esta idea, muestra como las entrevistadas muchas veces invierten los roles con sus hijos, tal como les sucedió a ellas con sus madres; es decir, los hijos pasan a ocupar el rol maternante y ellas se ubican en la posición de ser cuidadas y contenidas por ellos: “EM81: me casé con él, pero él era en algunos momentos agresivo,

celoso, después me pedía disculpas, me decía nunca más, nunca más... después volvía a hacer lo mismo... lo que hacía yo después, yo después me acostaba con mi hijo para que no me molestara”

“EM72: yo soy muy parecida a mi mamá en hartos sentidos/E: ¿en qué cosas?/ EM72: que en vez de que una mamá proteja a un hijo, el hijo te protege a uno y con mi mamá pasaba lo mismo. Nosotros la protegíamos a ella y me pasó lo mismo a mí. Mis hijos me protegen a mí y no yo a mis hijos”

EM82: “las gemelas son las que siempre están... pero mamá, ten cuidado!, con quien te vas a juntar, mamá?, anda a dar una vuelta pero vuelve luego...”

Las tres anteriores citas muestran cómo las entrevistadas encuentran refugio en sus hijos. La primera cita muestra cómo EM81 pone al hijo en la cama como forma de evitar el encuentro sexual con el marido, luego señala cómo las gemelas se encargan de advertirla de los riesgos que corre al salir a consumir. EM72, por otra parte, asume que tal como le ocurrió a ella con su madre, ella es cuidada por sus hijos y no al revés. Como es posible apreciar, las entrevistadas manifiestan dificultades en poder posicionarse en el rol materno, sea porque tienden a perder el límite entre su propia historia y la de los hijos y/o porque adoptan una posición no materna con ellos: de amigas, de mujer, etc.

5.1.3.5.2.- Relación negativa al hijo:

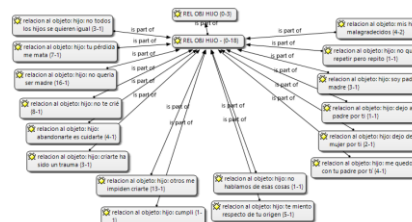


Figura 42

Lo primero para las entrevistadas, y que de alguna manera se esbozó en la categoría anterior, es que “no todos los hijos se quieren igual”. Existen de alguna manera dos categorías de hijos: los hijos amados y los hijos rechazados y esta diferencia se da la menor de las veces por características del hijo, pues primordialmente tiene relación con el momento en que esa maternidad las encuentra. Esta diferencia, sin embargo, no en todos los casos es manifestada abiertamente. Veamos una entrevistada que puede dar cuenta de aquello medianamente: “EM51: hay un abismo de diferencia entre mi primera maternidad y mi segunda maternidad, un abismo tremendo/E: ¿cuál es la diferencia?/ EM51: que yo antes.. no estaba apta... no me, no me.. como que entre que me quitó, no la culpo, pero como que entre me quitó parte de mi juventud, me entiende?, pero no la culpo, jamás la he culpado a ella porque ella es mi tesoro, ella sabe que a adoro y ella sabe que yo hice todo lo posible para que ella... pero la diferencia de ahora, es que yo ahora estaba apta para ser madre, yo ahora quería ser madre, yo ahora quería vivir con mi hija, yo ahora estaba las 24 horas del día con mi hija, nadie más me la veía..”[la entrevistada no cría a su primera hija].

“EM41: porque yo tengo dos hijos, uno tiene 26 y la javiera tiene 20... con mi hijo mayor no tengo mucha relación porque nunca lo crié... al final mi mamá es la que se hizo cargo de él, no tengo un lazo afectivo como con el de mi hija, yo realmente, yo realmente de mi hija me siento enamorada..”

Los afectos negativos naturales que toda crianza despierta, no son posibles de menguar bajo los afectos positivos en el caso de los hijos rechazados, pues no hay deseo de posicionarse hacia ellos en el lugar materno. El odio se apodera entonces de la relación y este se manifiesta como se ha vivido, como ausencia. La categoría “Cumplí” revela los discursos de las entrevistadas cuando, pese al odio, encarnan de alguna manera el rol materno; en estos casos,

como veremos, éste se ejecuta por obligación, por deber, sin placer asociado. Veamos esto en una cita: “EM42: ...después de eso quedé embarazada y se me esfumaron los estudios, porque me castigaron po, ya no.. jodiste!, estai embarazada y no podís hacer nada más!, desde ahí, me dediqué los primeros años a cuidar a la guagua y después a trabajar, trabajar, trabajar, trabajar..”. Acá, ser madre para EM42 es un *castigo, jodiste!, y ya no puedes hacer nada más*. Ser madre entonces, mecánicamente, es *cuidar de la guagua y trabajar, trabajar, trabajar*.

Las categorías “no te crié”, “no quería ser madre” y “criarte ha sido un trauma” muestran las formas en que pueden las entrevistadas expresar más directamente su descontento frente a esta relación materno filial indeseada, rechazada: “EM51: yo tengo una hi.. esa hija mayor.. que yo fui mamá muy joven, fui mamá a los 15 años.. vive a dos cuadras de mi casa, porque a mí me costó, me costó.. psicológicamente me costó mucho.. cuando mi hija ya tenía como 17 recién pude.. porque imagínese, desde los 15 años que quedé embarazada..”

“EM41: me embaracé a los 18 y lo tuve a los 19.. fue un hijo no deseado, me cuesta hablar del tema porque igual me duele, creo que... cuando dicen las mamás que todos los hijos se quieren igual, es mentira.. y yo a ese hijo... “

Los dichos de las entrevistadas son muy decidores porque justamente lo que se deja entrever es el odio que pudieron sentir tanto a ese hijo como al rol materno. En la mayor parte de los casos, estas maternidades rechazadas tienen relación con que nuevamente, de manera prematura, se les enfrenta a tomar obligadamente el rol materno. Las entrevistadas se expresan siempre en este tema con frases llenas de silencios, pudiendo decir sólo escasamente que han abandonado al hijo y los afectos concomitantes a esa acción. Las categorías “otros me impiden cuidarte” y “abandonarte es cuidarte”, complementan esta idea pues dan cuenta de las maneras en que ellas justifican ante sí mismas y los demás la no ejecución del rol materno

con estos hijos: “EM61: a raíz de todo lo que me ha pasado en la vida... y lo que ha detonado más es que obligatoriamente tuve que optar por tenerla, por tenerla allá [a la hija viviendo con la abuela paterna], porque sabía que iba a estar mejor, que no le iba a faltar nada [...] / E: ¿pero consumir, para qué? / E: para no sentir que estaba en esa condición, para no someterme a la culpabilidad de haber tenido que mandar a la niña obligatoriamente para allá..[llora]”. Las entrevistadas pueden hablar del abandono ejercido generalmente en el contexto de la obligación de dejarlos, del beneficio para sus hijos; es muy complejo para ellas hablar del rechazo a ser sus madres.

La categoría “tu pérdida me mata” habla de cómo la ausencia de los hijos, pero de los hijos deseados, amados y criados, implica un desgarramiento para las entrevistadas. Tal como se ve en esta última cita, el abandono de todos los hijos genera culpa; sin embargo, es la pérdida de un hijo que no se quiso abandonar aquello que genera auténtico dolor. Como vimos antes, la identidad con el hijo amado se confunde, entonces la pérdida de estos hijos implica para ellas perder una parte de sí mismas: “EM52: [al perder a su hija].. me encerré en la pieza sin comer, tomaba, tomaba, tomaba, no tenía más plata para droga, con suerte tenía para tomar y tomaba, tomaba.. me acostaba, comía pan y tomaba alcohol y ahí fue cuando adelgacé, adelgacé, peor me encerré, me encerré, no quería que nadie me viera porque me sentía flaca, fea.. me.. no me alimentaba, no quería levantarme, no quería que me preguntaran por la niña, porque la niña era tan, la niña es tan hermosa”.

Esta cita muestra cómo la EM52 al perder a su hija amada, a la hija que sí quiso tener, se deprime, se encierra y toma alcohol. Pero no sólo eso, pues la entrevistada dice sentirse *flaca*, *fea*, para luego afirmar que *no quería que me preguntaran por la niña, porque la niña era tan, la niña es tan hermosa*. Esta cita revela como en la separación con su hija, la entrevistada siente

que su belleza se la hubiera llevado su hija, se la hubieran arrancado con su hija, perdiendo en esta separación una parte de su propia imagen.

En esta categoría, tal como en la categoría “vínculo positivo hacia los hijos”, vemos que la relación a los hijos implica para las entrevistadas en cierta medida la repetición del vínculo con sus propias madres. Las categorías: “no hablamos de esas cosas”, “te miento respecto de tu origen” y “no quiero repetir pero repito”, dan cuenta de las maneras en que la relación a los hijos reitera la vinculación que ellas encontraron con sus madres. Por ejemplo, tal como con la madre no se hablaba de ciertos temas (sexualidad, origen), con los hijos los mismos temas se mantienen como un tabú. Veamos esto en una cita: “EM32: bueno, le dije [a ex pareja], voy a dejar que la conozcas [a la hija de ambos], voy a dejar que la veas, pero tú la vas a ver, yo te voy a presentar como un amigo mío pero no, no.. no quiero que le digas que tú eres el papá y yo le explique a mi hija mayor que íbamos a ver al papá de su hermana, porque la Fernanda igual es grande, tiene como 11 años, le dije vamos a ver al papá de tu hermana pero ella no va a saber que ese es su papá, porque él la quiere conocer y le expliqué por qué..”

Esta cita revela tres ejes importantes ya profundizados en torno a la relación de las entrevistadas con sus madres. Tal como la madre, la entrevistada le miente a su hija respecto de su origen, le presenta a su padre biológico sólo como un amigo. Además, le cuenta *la verdad* a su otra hija, pero a la manera de un *secreto*, generando un tabú respecto del tema y una distancia entre las hermanas, posicionando a una del lado del tabú y a otra del lado de la verdad. Finalmente, trata a su hija mayor, de 11 años, como una persona *grande* capaz de comprender lo que sucede en torno a su hermana, forzando una adultez que la niña probablemente por su edad, no tiene. Estas tres características son las que se suelen repetir en el vínculo de las entrevistadas con sus hijas. O no se hablan de ciertos temas con los hijos

(origen, sexualidad), se les trata a los hijos como adultos prematuramente, se les ubica en la posición materna de los hermanos y/o en la posición materna hacia ellas, etc.: “EM11: mi hija me dice a mí, siempre me lo dice.. yo necesitaba de ti, yo necesité mucho de ti y tu no estuviste a mi lado.. pero como yo trabajaba tanto...”

“EM22: ya fue un momento en que dije ya basta!, ya basta! Ya no quiero estar como mi mamá/E: ¿sentía que estaba como su mamá (drogadicta)?/ EM22: sí, sí, no quiero dar el mismo ejemplo que me dieron a mí, o sea no el ejemplo.. no quiero pasar por el mismo momento que pasé yo, no quiero que lo pase mi hijo.”

La tendencia a la repetición de la historia llega al extremo de que suceden eventos en el embarazo o en la crianza que hacen recordar eventos de las propias infancias de las entrevistadas con sus propias madres: “E: tenía ganas de ser mamá?/ EM21: sí, sí.. de hecho no puedo ser mamá ahora/E: por qué?/ porque tuve un embarazo tubario y producto de esto me tuvieron que extirpar las trompas...”. Esta última cita corresponde a una entrevistada cuya madre fallece embarazada de quien sería su hermano menor. La entrevistada, al relatarlo, habla de una madre que pareciera no darse cuenta de su embarazo pues consumía igualmente pese a la gestación, *como si no hubiera hijo*. Yo le pregunto cómo sucedió este embarazo tubario y me comenta que tenía fuertes dolores, pero que no sabía que estaba embarazada: “pensaba que eran dolores de regla no más [...] yo fui sola [a servicio de urgencias] y me hicieron un test y ahí salió que estaba embarazada..”. La entrevistada no logra ser madre, como su madre que fallece antes de poder parir. Como su madre también no se entera de su embarazo, sino sólo hasta que este se vuelve evidente. Un caso similar es el de EM71, visto anteriormente, que cae de un piso al estar embarazada y pierde su hijo, tal como la madre cae de la escalera al estar embarazada de ella y nace en riesgosas condiciones.

La categoría “mis hijos malagradecidos” muestra cómo las entrevistadas esperan que, pese a no haber cumplido el rol de madre a cabalidad, los hijos deseados e indeseados se muestren agradecidos con ellas, tal como ellas hicieron con sus propias madres pese al dolor sufrido: “EM11: yo siento que ellos [hijos] no me quieren porque yo soy bien afectuosa con ellos, soy cariñosa.. y de repente digo, para qué si ellos como si nada?, como que lo que haga yo no les importa, no veo decir, puta!.. fueran así conmigo, puta que sería rico po!/E: y antes, cuando eran chicos?/EM11: sí.. es que yo fui pesá [con ellos], me dediqué a trabajar../ [más adelante en la entrevista E: y su mamá?/ EM11: mi mamá trabajando, dejaba a mi hermana y mi hermana ni cocinaba, un día comíamos, un día no... [...]/E: por qué vive con su mamá?/ EM11: yo voy a estar con ella hasta cuando ya no de más...”

Las últimas cuatro categorías: “dejo a tu padre por ti”, “dejo de ser mujer por ti” y “me quedo con tu padre por ti” “soy padre y madre”, muestran cómo la relación al hijo es, para las entrevistadas, un factor que incide en su relación de pareja, tendiendo a oponer la posición de madre con la de pareja, no logrando un complemento. En general las entrevistadas señalan mantener o terminar sus relaciones de pareja en función del hijo, sea que optan por mantener la relación al padre de sus hijos, abandonarlos o no tener una nueva pareja. El lugar de las parejas en torno a los hijos, en este sentido, es accesorio, porque las entrevistadas no establecen una relación de pares en la crianza con sus parejas, sino que facilitan o entorpecen las relaciones de sus parejas con sus hijos según ellas consideren beneficioso. Se justifica esta articulación de su relación conyugal en torno a los supuestos intereses del hijo, pese a que se puede evidenciar que no sólo responde a esto, sino que primordialmente a sus intereses personales: “EM61: yo decidí sola en realidad [tener hijos], él participó en el nacimiento de mi primera bebé y de los otros tres no participó en ninguno.. ¿por qué tuve tantos hijos?, porque

yo quise!, yo quería tener cuatro hijos de esa persona..”. Tal como dice EM61, la maternidad es algo que se decide sola, la pareja es una necesidad biológica por sobre afectiva en este campo. La paternidad, por lo tanto, no es validada sino sólo en la participación genética del padre de los hijos, no se espera que ellos sean partícipes de la crianza realmente.

Las parejas nuevamente funcionan como sostén subjetivo para las entrevistadas, teniéndolos a ellos pueden tomar las decisiones que desean, en torno a los hijos y a sus relaciones de pareja. Los hijos también ejercen esta función cuando ellas eligen abandonar a sus parejas; por ejemplo en la siguiente cita: “E: tiene contacto con su ex pareja?/ EM82: no / E: ¿y sus hijas?/ EM82: no, ni quieren tenerlo, ellas dicen que no tienen papá..”. EM82 ha optado por sus hijos, en este caso los hijos de ella *no tiene papá, ni quieren tenerlo*, según su parecer.

“EM32: nosotros [ella y su pareja de entonces] anduvimos enero y febrero, los dos meses que mi hija estuvo de vacaciones en la Serena.. después llegó marzo y yo le dije, pucha, llegó marzo, no creo que te pueda ver con la frecuencia de antes, llegó mi hija y él me dijo, no mami, tú cuando puedas me avisas y nosotros nos juntamos... y ahí nos separamos..”. En este caso, EM32 alterna su posibilidad de tener pareja con las vacaciones de su hija, dado que entonces no la ve. Es madre sin pareja de marzo a diciembre y enero y febrero, puede ser mujer en la medida que no es madre.

Esta categoría está puesta dentro de las vinculaciones negativas en la medida que las entrevistadas declaran estas decisiones como consecuencias de ejercer el rol materno, producto del ejercicio de una buena maternidad, sin asumir que las decisiones que toman en torno a sus parejas tienen que ver con el deseo personal más que con la relación a los hijos. En este sentido, los hijos son ubicados en el lugar de responsables de ciertas decisiones de ellas y nuevamente cumplen una función de sostén y protección hacia sus madres.

5.1.3.6. Relación a los objetos en general:



Figura 43

Esta categoría se divide en dos sub categorías: “amigos” y “todos”. Revisaremos inicialmente el eje amigos, para pasar a todos posteriormente.

5.1.3.6.1.- “Amigos”:

El eje “Amigos” corresponde a la forma en que las entrevistadas señalan haber entablado relaciones con sus pares específicamente en la infancia, con aquellos que debieron ser sus amigos. Esta categoría se divide en dos: “jugaba sola” y “bullying”. La primera de ellas evidencia algo que las entrevistadas reiteran una y otra vez, historias de infancia solitarias, carentes de amigos o amigas, con importantes dificultades para poder compartir con un par sus experiencias: “EM61: tenía una o dos compañeras con las que conversaba, pero amigas no, no era de amigas/ E: será que había algo de su vida que prefería que sus compañeras no supieran?/EM61: claro, puede ser.. la pena que pasaba en la casa”

“EM42: yo no hablaba, yo no compartía, me iba pésimo en el colegio porque yo pienso, en estos tiempos, que yo tenía déficit atencional, una cosa así.. y era muy tímida, muy tímida y muy delgada, muy delgada, y me molestaban por ser tan flaca, me decían que era.. la que me colgaban las hilachas, porque yo tenía problemas para comer... era una niña sola, en los recreos pasaba sola, yo no tenía grupo de amigas, a mí no me invitaban a jugar a la cuerda o al elástico, no, yo era sola..”

“EM72: ... pocas veces jugaba de niña, si de niña tenía que ver a mis hermanas.. no, si a mí me dijeran ¿tú volverías a la niñez?, porque todos quieren como volver a antes porque lo pasaban bien, tenían juegos, tenían sus amigas.. yo no volvería atrás, yo no volvería atrás, nooooo.. yo sufrí mucho cuando niña, así que no, yo no volvería atrás”

Recordemos que el análisis de las categorías anteriores nos mostró que las entrevistadas tenían una relación similar con sus hermanos, es decir, se describían en torno a ellos como niñas solas, sin posibilidad de entablar un vínculo fraternal por estar ubicada simbólicamente en un espacio separado de la familia y siendo agredidas por sus hermanos justamente en torno a aquel elemento que marcaba la diferencia. En el caso de la relación con los pares, como vemos, aparece lo mismo. Se trata de mujeres en cuyas infancias se ubicaron en la marginalidad de la relación y encuentro social, de alguna manera la única posibilidad de sobrevivir tenía relación a mantenerse aisladas, sin amigas. Es importante destacar los eventos reales que impidieron a las entrevistadas hacer una vida de niñas, efectivamente muchas de ellas no podían jugar por haber sido prematuramente ubicadas en el rol materno hacia sus hermanos (como EM72), en otros casos ellas optan por aislarse por la vergüenza de tener que mostrar, en el encuentro con otro, sus propios dolores (como EM61). El “bulling” además que reciben en la infancia, refuerza a la soledad como la única posibilidad protegida de existir: “EM22: tenía como 16 años .. me echaron [del colegio] porque yo no aguantaba que las chiquillas me molestaran.. que me hicieran como bulling, no, yo no dejaba que ellas me molestaran, que me pusieran sobrenombres o que me agarraran pal leseo delante de todos, yo no aguantaba../E: con respecto a qué la molestaban?/EM22: me decían sobrenombres y cosas así y no les aguantaba..”. EM22 habla de no *aguantarles* a los otros sus sobrenombres, cuando es posible pensar que ella no aguantaba más que la molestaran constantemente, al límite que se enfrasca

en una pelea a golpes y la expulsan del colegio. *Aguantar* parece ser la clave de este aislamiento, *aguantar* el encuentro con otros sin saber qué decir para no mostrar la vulnerabilidad que encarnan, la soledad de la cual son parte.

5.1.3.6.2.- “Todos”:

El deseo de un encuentro afectivo con otro es tan grande, y las experiencias al respecto tan frustrantes, que las relaciones donde se torna un posible encuentro con otros toma el cariz de una fusión, en donde las entrevistadas sienten que se pierden. Esto es lo que muestra la categoría “yo soy nosotros/me tengo sola” de “Todos”:

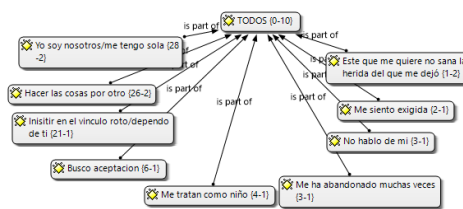


Figura 44

“EM11: es que yo soy así, siento que entrego mucho... yo doy el 100, entrego mucho y después soy la que sufro... pero es que yo, mi ser, mi ciencia es así, yo soy así... no, no puedo cambiar mi actitud, mi forma de ser, como soy.. por eso no tengo amigas, no tengo a nadie, me tengo sola”.

Tal como señala EM11, existe una tensión entre el deseo de encuentro y la soledad. El encuentro con otros está marcado por la *fusión*, justamente por el anhelo que aquel repare los desencuentros biográficos: entonces entregan mucho, el 100%, no dejando nada para ellas. Para protegerse de esta pérdida radical de la propia existencia, se decide no tener amigos, no tener a nadie, *tenerse sola*, de manera de resguardar una posible sobrevivencia. Es frente a la

amenaza de desintegración subjetiva que implica el encuentro, que las entrevistadas retoman la soledad como única forma de poder existir.

La categoría “hacer las cosas por otro” es otro matiz de esta forma de vinculación. Las entrevistadas sienten *que entregan tanto* que terminan haciendo circular su vida en torno a lo que suponen que los otros desean, perdiéndose como sujetos. Veamos esto en una cita:

“EM41: yo estaba manteniendo mi matrimonio por apariencia y por no hacer sufrir a mi hija, porque yo vengo de una familia disociada, nunca tuve un padre presente, entonces, como nosotras las mujeres somos tan enrolladas con esas cosas, yo no quería que mi hija creciera sin un padre... cosa que me engañé porque al final, hasta mi propia hija me dijo, me dijo un día eh... mamá, no lo hagai por mí, te estai cagando la vida... no lo hagai por mí, te estai equivocando..”

Como muestra la cita, lo que ellas suponen que los otros desean muchas veces esconde el deseo personal de que el ser amado no repita ni reviva los dolores ya sufridos en sus propias vidas. Esta cita revela lo que también muestra la categoría “me siento exigida”, pues el vínculo al otro implica una entrega excesiva para ellas, al riesgo de perderse a sí mismas. La categoría “insistir en el vínculo roto, dependo de ti” muestra cómo, sin embargo, y pese a que esta entrega se torna excesiva, pese al desgaste que implica para ellas ciertos tipos de relaciones y pese a la violencia con la que puedan ser tratadas, las entrevistadas no logran cortar los vínculos, pues los otros hacen las veces de un sostén subjetivo para ellas, como ya vimos:

“EM41: me da miedo dar ese paso/E: cual paso?/EM41: salir de la casa y hacerme cargo de mí, cachai?, me da miedo/E: qué piensa que puede pasar?/EM41: que no lo voy a lograr, pero mi hermana el otro día me decía sí se puede, hermana, sí se puede, por qué estai tan pegada en eso!, deja esa casa de porquería me decía/E: la casa donde vivía con su marido?/ EM41:sí, está

fea, oscura, no la fueron a arreglar más, es una casa pero que tú entras y te deprimas, oscura y fría/E: por qué no se va?, a qué esta aferrada ahí?EM41: ahora que estoy un poco más clara, debería...”

Esta cita muestra como EM41, aun cuando el marido la abandonó, se resiste a dejar la casa que era de ambos debido a que le da miedo *dar ese paso*, el paso a la independencia. Ella ya está sola, vive sola y sin embargo, psíquicamente, estando en esa casa aún se siente sostenida por otro, por el ex marido, en aquello que teme no poder lograr: su independencia. Como vemos, los otros son para las entrevistadas un soporte psíquico, un sostén emocional, que les permite sentirse contenidas y acompañadas en la vida. La independencia no es posible porque huele a abandono, a soledad, a esa infancia vivida desde la más radical *independencia*.

Las categorías “me han abandonado muchas veces” y “busco aceptación” son otros dos matices de lo mismo. Se trata de mujeres que no abandonan, sino que son abandonadas por otros y que por temor al abandono es que buscan desde el inicio entablar sus relaciones buscando la aceptación de los otros, aunque aquello les acarree padecer: “EM42: [hablando de su infancia] ... yo creo que desde ahí viene el tema del rechazo, porque a mí me produce todavía, aunque ya estoy adulta, me produce daño y ... me produce cosas ser rechazada de cualquier forma, cachai?, pero antes, cuando uno es chico, no piensa esas cosas, te duelen no más.. te quedai más, te quedai más chiquitito de lo que soy..”. Por buscar esta aceptación, las entrevistadas frente a otros no se atreven a mostrarse auténticamente, tendiendo como vimos a *fingir* en torno a los hombres, particularmente, y a “no hablar de mí” frente a todos en general: “”E: ¿ha avanzado estando acá?/EM11: un poco, he avanzado en hablar, eso me ha ayudado harto, a tener personalidad porque yo no tenía personalidad, yo no hablaba, yo llegué así aquí y yo no hablaba, no quiero hablar, no quiero hablar, harto tiempo estuve así../E: ¿por

qué?/ EM11: porque no me gusta hablar de mis cosas delante de la gente, lo mío era mío y no me gustaba que nadie supiera lo mío.. porque no!, la gente no me conoce y no tiene porqué saber mi vida..aquí aprendí a ver casos y casos, ahí me di cuenta que hay cosas peores que uno.. y ahí aprendí a hablar acá”.

La entrevistada en esta cita aclara varios puntos relevantes para esta categoría. Tal como EM11, la mayoría de ellas señalan frente a otros *no tener personalidad* o haber estado *anuladas*, dando cuenta de su no existencia en la condición de sujetos. La posición frente a los demás es de no darse a conocer, pues ello implica exponer sus debilidades. EM11 *aprende a hablar frente a los demás*, es decir, logra retomar relativamente o temporalmente una posición de sujeto frente a los demás, únicamente cuando ve que hay *cosas peores que uno*, es decir, cuando puede tolerar, por la vulnerabilidad de los otros, su propia vulnerabilidad. Sus carencias entonces toman el cariz de la falta, por sobre la vivencia del desgarró, y se vuelve más tolerable.

Para terminar, hay que mencionar dos categorías que dicen relación con otros elementos que complementan la lógica seguida hasta aquí en el análisis. La categoría “este que me quiere no sana la herida del que me dejó” muestra cómo las entrevistadas buscan en cada nueva relación subsanar heridas de vínculos anteriores, esperan encontrar por ejemplo una figura de protección en la adultez que les permita superar la vivencia de desprotección radical que han vivido desde niñas, pero eso es imposible. Son tan altas las expectativas que ponen en el encuentro con otro, que generalmente este termina siendo frustrante. Veamos esto en dos citas: “EM11: yo trabaja de nana, cuidaba a los niños más chicos que mí, de dos años, les daba la comida, andaba cuidando en las casas a los niños.. entonces yo estaba aburrida.. yo decía,

quiero alguien que me dé y no trabajar más.. fue peor, mal pensado, porque mi marido igual era maltratador..”

“EM51: es que estoy sola también y me cuesta po (llora).. yo no tengo a nadie, usted cree que yo aquí?, imagínese!, estoy desde el viernes y no tengo shampoo, bálsamo... sí tengo el apoyo de un hermano, pero él vive en la florida, vive muy lejos .. y mi hermano, el que vive al lado mío, trabaja...”

La primera cita muestra cómo claramente EM11 esperaba que la pareja pudiera darle algo que desde niña no tuvo, en el caso de EM51 vemos cómo la soledad que siente no puede ser menguada por la presencia relativa de otros, pues lo que ella espera es una entrega mucho más radical del otro hacia ella, *me cuesta estar sola*, dice, no bastándole el apoyo de un hermano y pidiendo que alguien se hiciera cargo de sus necesidades más básicas: *no tengo shampoo*. Esta forma de relación al otro genera que cada encuentro conlleve una frustración que nuevamente reitera el abandono vivido tempranamente. La última categoría, “me tratan como niño” habla de cómo las entrevistadas sienten que en su relación a los demás son tratadas de forma infantilizada, es bajo esta manera sumisa y dependiente que se sienten protegidas y cuidadas por el otro, y es esta probablemente la manera en que tienden a buscar la aceptación y el amor de los demás. Pero también esta categoría alude a cómo son posicionadas en un lugar carente de feminidad, sea porque se les dice directamente que impresionan de forma masculina, sea porque se les tata como un niño, sin sexo “E: le contaste a alguien que habías consumido coca?/EM21: a mi marido/E: qué te dijo?/EM21: que estaba enojado.. yo estaba asustada porque me estaba retando/ E: y él, por qué te retó?/EM21: porque había hecho eso/E: pero tú eres una mujer grande, no?/EM21: yo le dije que nadie me había obligado, pero igual, él dijo que uno tiene que ser señora para sus cosas”.

Esta cita revela los dos puntos importantes antes dichos; el primero es la posición infantil que toma EM11 frente a su marido, donde es reprendida por él a causa de su consumo. El segundo eje es que ella es reprendida por él además porque al consumir deja de ser “señora para sus cosas”, reprimiéndole entonces su falta de feminidad supuesta en el acto de consumo. De alguna manera en este acto se le está tratando no sólo de forma infantil sino que se le está ubicando en un lugar masculino, o al menos no femenino. Ya vimos un ejemplo similar en EM51, a quien le recriminan parecerse *al Toño, el volado de la vuelta* al estar tan delgada. De alguna manera, la posición pasiva y dependiente es una posición que va acompañada de la falta o pérdida de feminidad, y cuando terceros hacen notar esta carencia es algo que impacta en las entrevistadas, pues ellas tampoco se sienten identificadas cabalmente a una posición masculina. Las entrevistadas transitan, entonces, entre una posición que no logra ser femenina, pero tampoco masculina. Esto se condice con el análisis de las categorías anteriores.

5.1.3.7. Relación al objeto mediada por la droga:



Figura 45

La categoría “relaciones mediadas por la droga” alude al tipo de vínculo que se entabla cuando las entrevistadas están bajo los efectos del consumo (sea bajo los efectos de la sustancia, en búsqueda de la misma o en la abstinencia posterior al uso de sustancias). Hemos establecido una categoría distinta del tipo de relación al objeto en este caso, dado que las entrevistadas distinguen sus relaciones estando sin consumo de las que establecen en la lógica del uso de sustancias. Esta categoría presenta 5 ejes: relación a la familia con droga, relación a los

hombres con droga, relación a la pareja con droga, relación a los hijos con droga y relación a la misma droga como objeto. Vemos que no aparece una categoría denominada relación a las mujeres con droga, pues efectivamente esto es algo que las entrevistadas omiten. Podemos pensar al respecto, y el siguiente análisis dará más luces frente a ello, que el consumo de sustancias protege del encuentro de las entrevistadas con otros del mismo sexo y del encuentro que ello implica con lo femenino. En este sentido, veremos cómo el uso de sustancias articula una huida del campo de lo femenino.

5.1.3.7.1. Relación a la familia con droga:

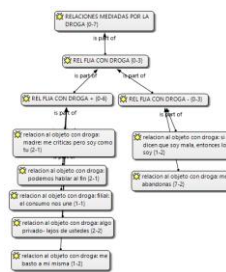


Figura 46

La relación a la familia bajo los efectos de la lógica de consumo se agrupan bajo dos ejes: las relaciones positivas, es decir, aquellas que implican un encuentro satisfactorio para las entrevistadas, y las negativas. Dentro de las primeras, encontramos cinco ejes: “madre, me criticas pero soy como tú”, “podemos hablar al fin”, “el consumo nos une”, “algo privado, lejos de ustedes” y “me basto a mí misma”. La primera de estas categorías cobra relevancia al ser la única que refiere a otro femenino en el discurso de las entrevistadas respecto del momento en que se encuentran bajo la lógica del consumo, y es relevante pues a la vez, muestra cómo las entrevistadas logran una posible identificación a la madre, que tan esquiva les ha sido, estando en esta posición subjetiva: drogadas. La identificación a la madre es, sin embargo, nuevamente

centrada únicamente en las características negativas de ellas: “EM32: mi mamá me tuvo súper joven.. y que por ser, ahora ella me critica que a mí me gusta andar leseando con mis amigas y qué se yo, pero ella hacia las mismas cosas”. La relación está centrada en la crítica, pero esta puesta dentro de las relaciones positivas en la medida que permite al menos la tan anhelada identificación a la madre. La categoría “podemos hablar al fin” revela cómo las entrevistadas finalmente pueden exponer sus dolores y su vulnerabilidad psíquica estando bajo los efectos del consumo. Es sólo bajo este estado que pueden preguntar acerca de “aquello que no se habla” con la madre, hablar acerca del padecer infantil, reclamar a la madre su ausencia, etc.: “EM41: yo se lo he preguntado varias veces a mi mamá (acerca de quién es su padre).. eh.. se lo he preguntado en buena, en mala, curá.. yo le digo, mamá, o sea, porque hay muchas cosas que no calzan en mi historia y.. parece que es un secreto que va a llevar a la tumba porque no.. no lo dice..”.

Incluso, es posible afirmar que sólo en este estado pueden atreverse a pensar aquello que les causa padecer: “EM22: (hablando de la imposibilidad de ser madre biológicamente) yo sola me desahogaba../E: pero usted funcionaba como si no pasara nada?/EM22: sí/E: pero usted se daba cuenta que se estaba drogando por eso?/ EM22: cuando me estaba drogando.. pensaba que no iba a ser mamá, que estaba muy joven todavía más encima..”. No hablar de sí mismas sobrias, “anularse”, “no tener personalidad”, como decían las entrevistadas, efectivamente da cuenta de un corte tan radical consigo mismas que no se conectan con lo que les sucede afectivamente. El uso de sustancias, en este sentido, peor mite levantar esa barrera, conectándolas con su condición afectiva. Resurge entonces la rabia, la pena, la frustración y sobre todo, es posible pensar en ello, tramitándolo de alguna manera más tolerable para el psiquismo.

La categoría “el consumo nos une” da cuenta de las maneras en que este estado y esta nueva personalidad les permite entablar relaciones superficialmente afectivas con personas con quienes desearon en el pasado tener un vínculo afectivo real y no lo tuvieron. Cuando las entrevistadas han podido verbalizar el dolor que han padecido en las relaciones con otros estando lúcidas, y han establecido cortes en sus vínculos con ellos dado que han tomado conciencia de este padecer, bajo los efectos del consumo sin embargo escogen temporalmente olvidar este dolor para establecer una relación superficialmente afectiva con ellos, retomando parcialmente un vínculo que han intentado cortar. Esta forma de relación esconde la secreta esperanza que guardan las entrevistadas de subsanar el dolor que ha implicado esta relación, para recibir efectivamente el afecto y reconocimiento que tanto han esperado recibir del otro: “E: con su papá, cómo es la relación?/ EM61: cortante, cortante, solamente podemos hablar cuando tomamos, se podría decir, solamente lo hemos hecho cuando estamos tomando, ahí podemos hablar, de pronto nos reímos, pero estando los dos lúcidos no hay ningún tipo de conexión, ninguna”. La dependencia al otro se manifiesta también en esta forma de relación al objeto.

Las últimas dos categorías del eje relación con tinte positivo, hablan de la ausencia de relación que la droga permite hacia los otros, pero que conlleva placer para las entrevistadas. La categoría “algo privado, lejos de ustedes” corresponde a la posición en que la sustancia las ubica con respecto del resto. Aparentemente, las entrevistadas logran al estar bajo la lógica del consumo al fin un espacio privado, personal, y protegidas de las influencias afectivas que los demás pudieran ejercer sobre ellas: E: se sentía libre de qué?/EM71: libre, libre, así, no sé, me sentía .. es que cuando yo estaba en consumo ya no se metían conmigo, entonces esa era como la libertad para mí, esa era la libertad/E: quienes se metían con usted cuando no

consumía?/EM71: se metían conmigo todos, mi mamá, mi papá, bah!, que diga, mi esposo.. de hecho, mi hijo después de una recaída me decía cuándo vas a dejarlo? y eso, pero cuando ya estaba consumiendo, ya estaba consumiendo!, ya, decían, ya no podemos hacer nada, ya está consumiendo..”

Esa libertad de la que habla EM71 es la sensación que acompaña lo que describe la última categoría, es decir, la sensación de “me basto a mí misma”. Es posible para las entrevistadas cortar imaginariamente con sus otros significativos en estado de consumo, en la medida que generan este espacio psíquico protegido del encuentro con otros, bajo la sensación temporal de no necesitar nada ni a nadie más, sensación que permite el uso de la sustancia. El efecto químico de la sustancia, como veremos en el análisis de la categoría “sensaciones”, aparentemente reduce la necesidad de comer o dormir, lo que las entrevistadas relacionan a un manejo totalitario del cuerpo y el deseo. En este sentido, sienten que pueden existir sin la presencia de los otros, a quienes en general sienten necesitar para poder sobrevivir psíquicamente. Esta sensación genera alivio a la demanda constante de la presencia de otro permanente que las sostenga en su subjetividad, y temporalmente pueden descansar en la fantasía de la anhelada autonomía e independencia: “E: después de su marido, tuvo otra pareja?/EM71: no, no, no me dediqué a buscar pareja, mi pareja, mi vida, mi todo era toda la cocaína...” . Veremos en el análisis de la categoría “relación a la droga como objeto” cómo la droga, tal como señala EM71, pasa a ocupar el lugar de Otro para las entrevistadas, Otro que las sostiene subjetivamente su existencia. Aquel lugar reservado para los hijos o la pareja, tal como vimos antes, en la adicción pasa a ser otorgado a la sustancia y por ello se establece con ella una dependencia. Por ahora, pasaremos al último eje de la categoría relación a la familia con droga, el eje de las relaciones de tinte negativo con ellos:

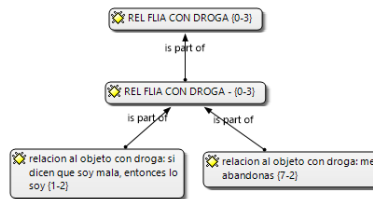


Figura 47

Este eje presenta dos subdivisiones: la primera dice relación con el abandono que dicen padecer las entrevistadas de parte de sus familias una vez que consumen, y de lo cual caen en la cuenta una vez que ha cesado la sensación de autonomía total. En esos momentos notan que en la realidad han cortado sus vínculos de dependencia a otros, por lo cual se encuentran efectivamente solas y ello reitera su sensación basal de vulnerabilidad y abandono: “EM42: la gente se aburre, se aleja, en vez de ayudarnos, nos dejan más solos.. y eso, siempre, siempre en las conversaciones y en las terapias lo digo y siempre el terapeuta dice que sí pero que la gente tiene un nivel de paciencia.. sí, lo entiendo, pero si fuera al revés, si fuera mi hijo o hija, yo no lo dejo nunca solo..”

Esta cita revela cómo EM42 reitera que el abandono que sucede por sus dinámicas de consumo acrecienta la sensación de soledad que ella vivencia desde antes, desde siempre. Al decir, “si fuera al revés, si mi hijo..” muestra cómo esta demanda de sentirse acompañada es hacia la madre y a quien reclama el abandono es hacia ella. La madre de la entrevistada en términos concretos es la única que la acompaña en este proceso de tratamiento, por lo que es posible hipotetizar que se trata de un reclamo mucho más fundamental, demandando una compañía mucho más primaria, que surge de la carente introyección de todo lo que implica para toda mujer lo materno.

La categoría “si dicen que soy mala, entonces lo soy” habla de cómo, en otros momentos del consumo, las entrevistadas utilizan los cambios en la personalidad que acarrea el uso de sustancias para utilizarse a sí mismas como objetos de venganza hacia otros, en particular en torno a las figuras maternas y femeninas: E: algunas personas me han dicho que a veces la pérdida de los hijos o parejas como que a uno lo remecen de manera de estar temporalmente sin consumo.. por qué en su caso, su amor hacia su hija no generó algo así?/ EM51: no sabría responderle, aquí fue todo lo contrario, lo único que quise fue embriagarme más y hacerme mierda.. sabe por qué?, quizás.. es una respuesta tonta pero como que.. éstos me tratan como que fuera una volá de mierda!, que yo no cuidó a mi hija!, entonces voy a tomar!, es una cosa estúpida pero lo he hecho..”

En este caso EM51, estos que la tratan como una “volá de mierda” es la madre de su ex pareja, que tiene la custodia de su hija por el consumo de sustancias de EM51. Este acto de consumo es un acto de agresión hacia esta mujer, que le arrebató su lugar de madre, que le hace ver las carencias en torno a la encarnación del rol materno que ella presentó respecto de su hija. Es la distancia entre ella como una madre carente y la suegra, posicionada en este lugar de madre ideal, que genera frustración, dolor, rabia, pues efectivamente EM51 siente que no ha podido encarnar un rol de madre como ella hubiera querido. La suegra en este caso encarna a La Madre, un ideal de madre con el cual no se puede competir, y del cual tampoco se puede introyectar nada pues ella no se presta a identificaciones.

5.1.3.7.2. Relación a los hombres con la droga:



Figura 48

Hemos dejado la relación a la pareja con la droga en otro eje, dada la complejidad de esa categoría. Esta categoría aborda la relación a otros hombres de parte de estas mujeres estando en consumo. Inicialmente esta categoría se llamaba “relación a otros con droga”, pero se cambió el nombre debido a que justamente las entrevistadas hacen notar que el vínculo posible de establecer en estos casos se reduce únicamente al encuentro con hombres, descartando todo encuentro posible con las mujeres. Las mujeres, estando con o sin consumo para las entrevistadas, se evitan, no se consideran amigas, no se consideran pares, no hay espacio de identificación posible a ellas, se consideran molestas, tal como se abordó en la categoría “no tengo amigas”.

Con respecto a los hombres, las categorías “mis amigos, los hombres” y “tengo amigos” muestran dos caras de una misma moneda. “Tengo amigos” refiere a como las entrevistadas, por las dinámicas de consumo, al fin son parte de un grupo social, encuentran un grupo de referencia que las integran, del cual se sienten parte y al cual se pueden identificar. La categoría “mis amigos los hombres” da cuenta de cómo esta relación puede establecerse únicamente en torno a hombres, en desmedro de la vinculación a mujeres: “EM32: siempre fui tranquila, siempre fui como más piola.. pero yo a los chiquillos no los veía como... yo los veía así, me causaba como choreza juntarme con ellos, como con los chicos malos, para mí era

choro juntarme con los chicos malos.. yo igual en ese tiempo, nunca tuve mucho feeling con las mujeres, yo siempre me llevaba mejor con los hombres.. y como los chiquillos hombres hacían ese tipo de cosas, yo hacía lo mismo.. yo me acuerdo que en el grupo habían mujeres, pero yo nunca me llevé bien con las mujeres del grupo..”. La identificación a lo masculino las hace sentir fuertes, “choras”, mucho más que lo femenino, que impresiona amenazante.

5.1.3.7.2.1. Relación a la pareja con droga:

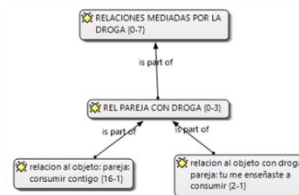


Figura 49

La categoría relación a la pareja con droga muestra dos caras de una misma y única moneda: las entrevistadas consumen junto a sus parejas, con ellos se inician en el consumo y con ellos permanecen consumiendo. Esto es lo que revelan las categorías “tú me enseñaste a consumir” y “consumir contigo”. Las entrevistadas no refieren en particular un cambio en la forma que establecen el vínculo con sus parejas estando en consumo, pues aparentemente el vínculo con ellos se da bajo la lógica y parámetros del mismo. Todas las entrevistadas consumieron en algún momento en conjunto con sus parejas, y sin en el futuro han abandonado el consumo conjunto, la lógica de consumo sigue siendo parte de los códigos que establecen la relación: “EM52: yo no hubiera tomado si él no me hubiera mentado tanto, porque yo sabía que él estaba traficando, yo sabía que no estaba trabajando el auto, sabe por qué?, porque empecé a medirle las carreras, desconfiadamente empecé a medir con hora, de donde sale, cuanto sale, cuanto sale el taxímetro, y después hasta se enojaba po, me decía ya estai!, bueno, es que no

te creo!, bueno si tu dices la verdad, tápame la boca!/E: por qué tomaba?/EM52: me desahogaba, me desahogaba o cambiaba el switch, trataba de pensar en otra cosa, por último lavaba la loza..”

En esta cita EM52 habla de cómo descubre que su marido está traficando droga nuevamente. Ella asume en la entrevista que se inicia con él en el consumo de pasta base, “porque como él empezó a frecuentar la cocaína, yo empecé a frecuentar la pasta base”. Luego ambos deciden abandonar el consumo de sustancias, pero prontamente él reinicia el tráfico de sustancias y el consumo, entonces EM52, por la rabia, toma porque le mienten, toma para descubrirlo, toma para “por ultimo lavar la loza”. Ya no consumen juntos, pero los mecanismos psíquicos a la base del uso de sustancias perduran en EM52, así como siguen presentes en la forma que toma el vínculo entre ambos.

El consumo compartido en algún momento de las vidas, con la pareja, primero responde a un deseo por parte de las entrevistadas de acoplarse a una forma de ser de ellos, a un hábito masculino. Esto les permite posteriormente, dado que es una característica originaria de sus parejas, que no puedan ser criticadas por ellos al respecto, pues ellos “también lo hacen”, “lo hacían”, “las metieron”. Tal como dice EM61: E: por qué cree que su mamá se metió en la droga?/EM61: porque mi papá le mostro la droga... porque es mujer, las mujeres son las que más ehh.. se podría decir, se vuelven más adictas fácilmente”. Este volverse adictas, como vemos, es algo que supera el vínculo a la adicción, se trata de una relación adictiva al objeto, a aquel que es posicionado en un lugar Otro, en un lugar de sostén subjetivo, lugar que ocupan preferentemente para nuestras entrevistadas las parejas, los hijos y la sustancia.

5.1.3.7.3. Relación al hijo con droga:

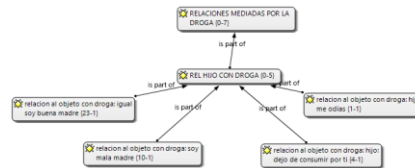


Figura 50

La categoría relación al hijo con droga se divide en 4 ejes: “igual soy buena madre”, “soy mala madre”, “me odias” y “dejo de consumir por ti”. Los cuatro ejes muestran la tensión en que se ubican las entrevistadas respecto de sus hijos cuando consumen. Los dos primeros ejes muestran la polaridad en la que se disputan. Por una parte, se sienten malas madres al consumir pues notan que pese a estar presentes físicamente, están emocionalmente ausentes respecto de sus hijos: “EM71: yo estaba, estaba, pero era como que no estaba. Yo los atendía y todo pero yo no estaba con ellos, no hablaba con ellos, nada con ellos. Yo estaba puro volé en un lugar así, en el patio, no sé, en mi pieza. Pero yo no estaba con ellos, fue un abandono, eso es un abandono igual po..”

La categoría “igual soy buena madre”, en cambio, se centran en este estar presente concreto para justificar que no han abandonado su rol materno. Tal como dice la cita anterior, “eso es un abandono igual po”, el hecho de hacer los cuidados concretos hacia sus hijos es sentido a la vez como una ausencia y una presencia materna. La categoría “igual soy buena madre”, da cuenta justamente de la otra cara de esta tensión, la forma en que sienten que son buenas madres pese al consumo de sustancias: EM51: “(hablando de su hija).. porque a mí nadie me ayudó a verla, nunca, nunca, nunca nadie!, que me puedan decir en un juzgado, que me puedan decir delante de mí, tú saliste por dejarla sola, nunca!, nadie me puede decir eso porque nunca fue así, nunca me volé delante de ella, entonces hay muchas injusticias que no sé.. no sé cómo

defenderme..”. la categoría igual soy buena madre involucra también la forma en que se explican haber abandonado algunos hijos, no haberlos criado, abortar, etc. en tiempos de consumo de sustancia. Es decir, justifican haber ejercido de modo adecuado el rol materno con aquellos hijos que criaron y amaron, por el sólo hecho de estar presentes, tal como dice EM51, pero también justifican haber sido buenas madres por haber abandonado o delegado la crianza de sus hijos a otros estando en tiempos de consumo, pese a que ello las mantuvo al margen de ejercer el rol materno: “EM61: yo sobre la niña se los he dicho a todos, se lo he dicho al juzgado, se lo he dicho a la psicóloga del SENAME, a todos les he dicho que lo tuve que hacer a propósito, tuve que mandarla para allá (SENAME) porque obviamente iba a estar mejor allá que conmigo en la calle por segunda vez. Sí”.

Las categorías “hijo, me odias” y “dejo de consumir por ti” muestran la otra dicotomía entre la que transitan las entrevistadas. Por una parte, sienten que por estar con consumo, y porque el consumo ha implicado dañar o abandonar a sus hijos, sus hijos sienten dolor y rencor hacia ellas, lo que les genera culpa. Eso es lo que los mantiene alejado de ellas, el dolor. Vale la pena mencionar que este hecho es sólo significativo cuando se trata de aquellos hijos a quienes han podido aceptar como tales, a quienes han albergado bajo un espacio en su deseo subjetivo: “EM72: mi hijo mayor era el que me llenaba ese vacío que yo sentía [...] pero ese hijo tiene rabia, yo sé que me ama, me ama mucho ese hijo, pero está enrabado, tiene rabia, tiene de todo. Ese niño sufrió mucho, muchas cosas conmigo. Nunca se llevó bien con el papá, entonces nosotros éramos yuntas, éramos (uno) para todos lados... eso po.. no sé, al salir de aquí..”

Como vemos, el consumo de sustancias actúa como justificación para no ejercer el rol materno en el caso de hijos deseados y no deseados, pero la repercusión afectiva que conlleva la abstinencia, es decir, la posibilidad para las entrevistadas de darse cuenta efectivamente de los

efectos de su ausencia para los hijos, es únicamente visualizado para aquellos hijos a los cuales ellas tienen afecto comprometido. Las entrevistadas no pueden verbalizar su deseo de no maternidad, que ha cubierto el vínculo a los hijos no deseados que han tenido. En la misma línea, la categoría “dejo de consumir por ti” habla de la manera en que las entrevistadas ubican como propósito de la abstinencia recuperar el vínculo con sus hijos, únicamente los hijos deseados por ellas: “EM32: es que es distinto parar de consumir porque sí a parar de consumir porque viene una guagüita en camino/E: cuál es la diferencia?/ EM32: primero fue porque.. yo dije la guagua está aquí, no es como la primera vez que pude pensar en un aborto.. empecé a hacerme exámenes, a hacerme todos los controles que tenía que hacerme, empecé a hacerme todos los controles posibles a los doctores porque mi miedo más grande en ese momento era que el consumo le hubiera afectado al bebé, yo en ese momento dije, estoy embarazada [...] entonces yo decía, puede venir con un problema por el consumo y si sigo consumiendo ese problema se puede hacer más grave, entonces por eso paré/E: se lo pregunto porque es como que por estar embarazada pudiera parar, pero por usted no?/ EM32: sí, sí, es que me daba pena hacerle daño a un bebé... a mi bebé”

Vemos en la cita como la entrevistada distingue claramente entre dos tipos de maternidades, la primera en la que “pensó en un aborto” y siguió consumiendo, y la segunda en que detiene el consumo por “mi bebé”. Esto marca en general la forma en que las entrevistadas se relacionan a sus hijos, desde la gestación. En todos los casos, los embarazos de hijos deseados se acompañan de procesos de abstinencia, total o relativos. En todos los casos, igualmente, los embarazos de hijos no deseados se acompañan de consumo permanente de sustancias. Como vimos, esto se condice con el tema de la crianza y la posibilidad/imposibilidad de las entrevistadas de apropiarse del rol materno. Cuando su maternidad no es deseada, el consumo

actúa como excusa para poder delegar ese rol o no ser madres. Cuando desean a sus hijos, sin embargo, utilizan el consumo para poder mantenerse ejerciendo el rol materno aunque este conlleve displacer, como EM71, que asume que en la crianza con sus hijos “estaba, estaba, pero era como que no estaba”. En estos casos el consumo es utilizado para funcionar como madres, para poder ejercer un rol que no saben como portar, pero que intentan llevar a cabo por el amor que sienten hacia sus hijos, más que por el placer que les implique la crianza o la posibilidad de poder prestarse como referentes simbólicos para sus hijos: “EM72: porque al hacerle a la droga, yo me sentía diferente, cambiaba mi personalidad totalmente, me sentía bien, pero súper bien po, o sea, como nunca. Iba a hacer las cosas, la primera bolsa de droga era así, hasta la segunda.. me sentía súper bien, hacia mis cosas, le cocinaba a mis niños, *hasta* conversaba con ellos!..”

5.1.3.7.4. Relación a la droga como objeto:

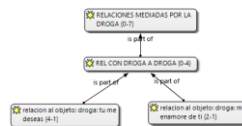


Imagen 51

La última categoría de la relación al objeto remite a la relación que las entrevistadas establecen con la droga como si se tratase de un objeto libidinal, es decir, como si se tratara de un sujeto. Los ejes de esta categoría son: “tú me deseas”, “me enamoré de ti” y “jugar con fuego”. Las dos primeras muestran claramente como la sustancia es puesta en una posición subjetiva, donde por una parte ellas se sienten deseadas por este otro y establecen una relación afectiva con el objeto. Por una parte, el deseo esta puesto fuera de ellas, como generalmente sucedía en sus relaciones de pareja donde las entrevistadas tienden a acoplarse al otro y a ubicar al otro como

sostén subjetivo: “EM42: yo estaba tomando antabus y.. recuerdo que yo tengo unas copas así de grandes porque soy gourmet, soy gastronómica, tengo cosas así.. y dije, qué pasa si me sirvo en esa copa?.. dije no, no, y seguí lavando la loza.. y era como que... algo me decía esa botella, algo me decía esa botella, algo.. ya, dije, la destapé, me serví así un poquito en la copa, la moví, la olí... y ese olor era como que... me tomo un poco y lo encuentro malo, malo!.. me tomo el otro sorbo y el otro sorbo me lo tomé al seco..”

Como vemos en la cita, EM42 toma antabus, en el entendido que ella no desea tomar alcohol. Sin embargo la botella “algo le dice” y la seduce luego con su olor, “ese olor era como que...”. Ella toma y lo encuentra “malo, malo!”, pero cae en la seducción de la botella y el siguiente sorbo, “me lo tomé al seco”. En esta seducción atribuida a la sustancia, ésta pasa a ocupar el lugar de sostén subjetivo que todo vínculo con tinte afectivo y erótico ha tenido para ellas: “EM72: es que cuando yo estaba en la droga, la droga era todo, era sexo, era todo para mí. La droga me cubría todo eso, todo eso. /E: ¿no tenía deseo sexual?/EM72: no po, nada, no me daban ganas de tener relaciones/E: usted me dice era todo para mí, qué significa eso?/EM72: todo po, yo estaba contenta, andaba bien, me arreglaba, hacia mis cosas feliz, hacía todo, era como todo para mí.. era como mi esposo me dijo una vez, me lo gritó: tú te enamoraste de la droga y yo creo que fue eso, me enamoré de la droga yo, ese fue como mi amor, porque la droga me hacía sentir todo lo que no sentía sin ella”

Si recordamos que antes en el análisis, vimos en la categoría “relación al objeto, pareja” el eje, “me enamoré sola”, vemos como aquí se reitera la misma dinámica. Son las entrevistadas aquellas que proyectan en la sensación que otorga la sustancia la gratificación que esperan obtener del encuentro con otro, y nuevamente se enamoran solas, esta vez realmente solas. Ambas categorías nos muestran cómo las entrevistadas tienen grandes dificultades para poder

lograr un espacio de encuentro real con otro, un espacio de intercambio afectivo pues en general son ellas las que aportan todo el contenido afectivo, centradas en sus carencias subjetivas, a lo que sólo imaginariamente figura como un vínculo. Recordemos además que son sus parejas e hijos los que tienden a ser ubicados en este lugar simbólico del Otro que las sostiene, y en ambos casos el vínculo hacia ellos es igualmente erótico y afectivo, e implica una fusión con el objeto.

5.1.4. Discursos acerca de las representaciones mentales:

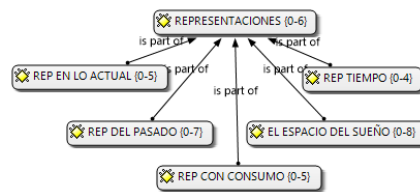


Figura 52

Los discursos de las entrevistadas acerca de sus representaciones mentales remiten a la manera en que ellas pueden, o no, otorgar algún tipo de simbolización a la experiencia vivida. Se espera que las experiencias puedan encontrar un referente simbólico a nivel del pensamiento, de manera tal que las entrevistadas pudieran poner en palabras su devenir. Veremos, sin embargo, cómo el cuerpo es también un espacio de presentación de los afectos, más que un espacio de representación, y encarna un esfuerzo por representar justamente aquello que queda por fuera de las palabras en la experiencia. Las “representaciones” de las entrevistadas, se ordenan bajo 6 ejes. Pasaremos a revisarlos a continuación.

5.1.4.1.- Representaciones actuales:

Con representaciones actuales nos enfocamos en abordar el campo de lo simbolizado efectivamente a nivel psíquico, aquello que se puede decir, que se puede representar y que las entrevistadas reconocen entonces como propio.



Imagen 53

Esta categoría se divide en 4 ejes: “eso que no dejo de pensar (no puedo superarlo)”, “pensar es terrible”, “la maternidad buena: deber y miedo”, “fallo como madre”. Las dos primeras categorías aluden a la actividad misma del pensar, mientras que las dos siguientes remiten al tema de la maternidad. Partiremos por la categoría “pensar es terrible”: “EM71: me gusta hacer hartas cosas, bordar, tejer, hice hartas cosas, flores, montones de cosas.. pero ya no me gusta hacer nada, me aburro de todo, no veo tele, no escucho música, todo me aburre, quisiera puro dormir, dormir así, dormir y no saber nada”

“EM42: ni siquiera me gusta ver, no sé po, el history canal, que en el día lo veo, pero en la noche es como para no pensar, para relajarme.. veo de repente hasta el Kike Morandé, imagínate!/ E: qué tanto piensa que la..?/ EM42: que no resuelvo los problemas, que me siento pegada poh, que quiero avanzar y las cosas no me resultan.. y esas cuestiones son pencas...”

Tal como muestran las dos citas, ciertos momentos de recogimiento personal, de encuentro consigo mismo, son concebidos como algo que no es posible, que angustia, porque el aburrimiento de EM71 es angustia, deseos de *dormir y no saber nada*, de apagar esa máquina de pensar, de dar vueltas a representaciones que no avanzan, que las mantienen *pegadas*.

Pensar, cuando refiere a pensar acerca de sí mismas, es una acción intolerable. La categoría “eso que no dejo de pensar (no puedo superarlo)” revela nuevamente esto de estar “pegadas”; es decir, cómo las entrevistadas notan que hay ciertos pensamientos que se reiteran una y otra vez, que no las conducen a nada, no salen del círculo vicioso de repetirse generando angustia: “EM41: (hablando de lo que piensa al consumir).. es que sufrí varias veces violencia sexual, entonces eso es lo que le recrimino a mi madre.. bueno, ahora no, ahora ya no vale la pena, pero el que no, el que no me creyera, el que yo contara la historia y no me creyera.. el que me dijera..”

Para las entrevistadas aquellos temas que se les reiteran, que generan angustia, son “pensables” generalmente estando drogadas y son pensables porque la sustancia atempera el afecto que acompaña estas representaciones. Así, vemos que el uso de la sustancia permite dos posiciones: una, la más habitualmente conocida, no pensar en aquello que duele y que es la salida más agradable y asociada a los efectos placenteros del consumo: “EM11: eso me hace sentir bien, no me hace pensar.. yo con la droga no pienso, no pienso nada.. yo ando feliz haciendo las cosas”

La segunda salida, menos conocida, es poder pensar por efectos de la droga sin tanto dolor aquello que estando sobria destruye el alma. En “representaciones adictas” profundizaremos más en esto. Por ahora, lo relevante a destacar es que las entrevistadas pueden señalar que existen ciertos temas que se reiteran una y otra vez en sus cabezas, representaciones que constituyen círculos cerrados, que no conducen al logro de otra posición subjetiva, representaciones por las que se transita una y otra vez y que estando sobrias son impensables. Las siguientes dos categorías están en relación a la forma que conciben la maternidad: “la maternidad buena: deber y miedo” y “fallo como madre”. Vemos que ambas categorías son

dos extremos irreconciliables. La primera remite a una concepción de la maternidad a partir del ideal de la misma, ser madre implica cumplir ciertas obligaciones con los hijos, deberes referentes al cuidado, la limpieza, la alimentación, etc. ubicando el rol materno como una actividad realizada en torno a cosas concretas y al deber, describiendo entonces la relación de cuidado en torno al hijo a partir del cumplimiento de cosas, no en torno al placer: “EM81: yo tomaba de noche, pero yo a la casa llegaba bien, en el día funcionaba todo bien, hacia todo lo que tenía que hacer, iba a las reuniones, les compraba los trajes para que participaran en los bailes, les compraba a las gemelas el NANS26, les compraba todas las cosas que necesitaban [...] les compraba ropa, cosas para la casa, pagaba el arriendo, las cuentas, las vestía bien, les daba lo que más podía”

Los desafíos a los que enfrenta la maternidad implican para ella una angustia que no saben cómo enfrentar. Para aquello, generalmente acuden a manuales acerca de maternidad u otra mujer que encarna la posición materna, pues carecen de referentes maternos introyectados que les permitieran encarnar a cabalidad el rol materno. Pese a que todas las mujeres tienen estas dificultades, particularmente frente a los primeros hijos, lo que llama la atención con las entrevistadas es que se trata de una forma de llevar la maternidad que no cambia mayormente con el paso del tiempo o la crianza de otros hijos. La maternidad está centrada en el hacer y el deber y no se logra llegar al momento en que el rol materno se encarna predominantemente con placer. Esta dificultad les conlleva tener a momentos dificultades para interpretar el cuerpo de sus hijos: “EM22: igual me costó ser madre porque es difícil, es difícil de que... de que qué le pasa al niño?, por qué llora?, el niño lloraba a las 5 de la mañana, tenía tres meses y se le estaban rompiendo las encías y yo no tenía idea... sino es porque mi abuela me dice, tráemelo para acá para verlo, mi abuela le metió ahí los dedos, el dedito en la boca y me dijo, se le están

rompiendo las encías al niño!, por eso llora!... pero el niño nunca se enfermó, nunca tuvo accidentes, nada, siempre me preocupaba por él, que no se metiera a los cloros, nunca tuvo ningún accidente, nada”

Como vemos en la cita, EM22 comenta cómo no logra saber la razón del llanto de su hijo y acude entonces a su abuela, quien la cría a ella (pues su madre fallece a sus cinco años), para que le ayude a interpretar que le sucede a su hijo. Luego, reasegurando su posición de buena madre, señala cómo su hijo jamás ha tenido accidentes ni enfermedades, aludiendo a lo concreto de los cuidados, sin referir a un vínculo afectivo gratificante para ella en el ejercicio de la maternidad. En otras palabras, que el hijo enferme, se accidente, o no vestirlo bien, no pagar las cuentas, etc. convierte a las entrevistadas en una mala madre, una mujer que no quiere o se preocupa de sus hijos: EM51: “he visto cuanta hija, cuanta cabra chica llena de piojos!, y no es tanto eso, porque las maltratan, les pegan!, mi hija jamás tuvo un golpe (llora), mi hija tenía el carnet al día, con los controles al día, a mi hija yo la inscribí en el jardín infantil..”

Al articularse como un ideal, la maternidad angustia pues es algo que sólo se porta de manera externa, no se encarna. El ideal de la maternidad, centrado en lo concreto del ejercicio de los cuidados al niño, siempre conduce al otro extremo de esta tensión, a la maternidad mala, pues jamás se logra realizar cada uno de los imperativos que en este ideal operan. Las entrevistadas entonces se definen en torno a dos polos, buenas madres cuando hacen el quehacer correspondiente al rol materno y malas madres, cuando fallan respecto de este ideal y entonces no encuentran una manera para retomar el lugar de madres. Esta frustración las conduce a abandonar o abortar el esfuerzo por adoptar una identidad materna: “EM61: yo escribí con mi puño y letra y firmé un compromiso que decía que yo no iba a ir a buscar a mi

hija con hálito alcohólico nunca más [al jardín infantil]. Entonces me afirmé de eso estando en esa situación, que me estaban echando a la calle... la niña ya había quedado en situación de calle a inicios de este año, no la iba a hacer pasar por situación de calle dos veces en un mismo año, entonces me afirmé de eso y la fui a buscar con hálito alcohólico, con halito a trago al jardín. La directora me retuvo, retuvo a la niña, me retuvo a mí y hizo una denuncia a carabineros, y carabineros derivó a la niña a la Casa nacional del niño/E: usted me dice, me afirmé de eso?/EM61: me afirmé, quería que estuviera en un lugar seguro.. o sea, yo digo me afirmé porque lo hice a propósito..”.

Tal como muestra la cita, EM61 ya que no ha podido pagar el arriendo y asegurar las cosas materiales básicas para su hija, considerado el ideal de maternidad, se frustra de manera tal que cede su posición materna a otro que sí pueda otorgarle estas condiciones materiales a su hija. Es preferible para ella hacer eso, asegurando un lugar seguro para su hija, que fallar en la función y pasar a ocupar el lugar de *mala madre*. Destaca que en ningún momento del relato la maternidad bien ejercida remite al campo del afecto, sino que se cierra en torno al quehacer. Esto revela las dificultades que las entrevistadas han tenido para poder encarnar el rol materno. Aquí todo se mantiene en el campo de la imagen, del hacer, del *como si*.

5.1.4.1.1.- Lo no representado en la actualidad:

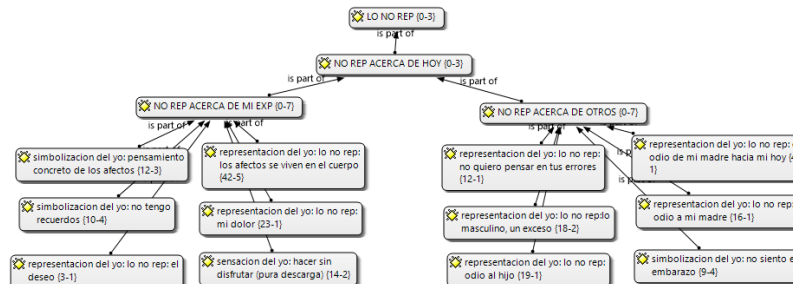


Figura 54

La categoría lo no representado en la actualidad, alude a aquellos vacíos en la representación que el discurso de las entrevistadas deja entrever. Esta categoría se divide en dos grandes ejes: “lo no representado acerca de mi propia experiencia” y “lo no representado acerca del encuentro con otros”. La primera categoría se divide en seis ejes: “los afectos se viven en el cuerpo”, “pensamiento concreto de los afectos”, “hacer sin disfrutar”, “lo no rep: el deseo”, lo no representado: mi dolor” y “yo no tengo recuerdos”.

Las tres primeras categorías revelan como las entrevistadas viven ciertos afectos dolorosos sin tramitación representacional, apareciendo éstos directamente en el espacio del cuerpo o asociados a un funcionamiento somático. La categoría “los afectos se viven en el cuerpo” muestra la manera en que el afecto pasa sin tramitación significativa al cuerpo, sea a través del acto o la somatización: “E: me dice que tiene psoriasis?/ EM51: sí/ E: cuando empezó eso?/ EM51: cuando me quitaron a mi hija... cuando me quitaron a la otra [hija] también tuve pero la tuve en la cabeza, me salían costrones me acuerdo.. eso fue hace años sí po, ahora me dio aquí, en el pie..”

“EM82: la primera vez que me tiré a un vehículo fue a los 17 años, porque cuando quedé embarazada me empezó a tratar mal mi marido y después... en estos años me he tirado varias veces a vehículos/E: y por qué?/ EM82: porque cuando ando angustiada, cuando no tengo plata para comprar... cuando estoy desesperada por los síntomas, uno no se lo propone, no es la palabra... pero es en el momento, uno ve y va, uno se tira no más, lo único que espera es morir de un golpe”.

La pena en el primer caso, por la pérdida de la custodia de la hija genera en EM51 la aparición de una enfermedad de la piel: psoriasis. Esta enfermedad se caracteriza por la presencia de yagas, como si se revelara que el dolor de la pérdida implica una yaga herida para la

entrevistada, una herida que no cierra. Para EM82, en cambio, el paso de los afectos al cuerpo se asocia al paso al acto, es decir, la angustia no puede expresarse sino es mediante el acto directo de un intento suicida. La categoría “pensamiento concreto de los afectos” muestra las dificultades para poder pensar acerca de las emociones, por lo cual la manera de poder aprehender lo que les sucede se reduce a una reducción de los afectos a un acontecer del cuerpo: “E: en qué siente que le va a cambiar la vida dejar la droga?/EM11: siento que para estar bien con... conmigo misma po/E: cómo es eso?/EM11: ya no me van a doler los huesos.. sí, porque me duelen mucho los huesos/E: y eso es por la droga?/EM11: debe ser por la droga, me dijeron que daña... que daña los huesos..”. En esta cita, *estar bien consigo misma*, más que tomar una connotación afectiva es señalado como un estado corporal: *ya no me van a doler los huesos*.

La categoría “hacer sin disfrutar” muestra otro quiebre entre acción y representación, en tanto habla de cómo la actividad corporal deja de ser erótica, para pasar a ser en algunos casos un mero automatismo, seguir “funcionando” como suelen llamarlo las entrevistadas o mantener un estado de pura descarga: “E: por qué comía tanto?, porqué un paquete (de tallarines) y no un plato?/ EM42: porque era una saciedad po, no sé, porque venía el relajo, si había estado todo el día estresada, no me podía quedar conforme si no me comía el.. y eran tallarines, tallarines!, no era arroz, podía haber arroz con pollo, no!, tenía que ser la pasta, o las maruchan o la pasta tres minutos, todas esas porquerías!.. era llenar, llenar.. loco..”. En esta cita, EM42 habla de cómo comer en exceso es una forma de descarga para ella, de afrontar el *relajo*. Se trata de una mujer que estudia y trabaja como chef, por lo cual los sabores y la presentación de las comidas es muy importante para ella. Sin embargo, en este estado de *relajo*, come lo que

ella considera lo peor, y lo come al exceso de llegar a la obesidad mórbida. El relajo, en realidad, no implica una experiencia de placer, sino que el morbo, el exceso, el desborde.

Las categorías “lo no representado: mi deseo” y “lo no representado: mi dolor” muestran justamente como las entrevistadas no pueden apropiarse de su condición subjetiva, sea en torno a lo que desean, sea en torno a lo que padecen, y tienden a simbolizarlo de manera concreta, nuevamente en un acontecer del cuerpo: “E: qué pasó a los cinco meses que recayó?/ EM82: porque justo salí y estaban tomando... me dieron permiso para salir y salí y me compre un trago/E: pero estando internada, tenia deseos?/EM82: no, no, solo los primeros días/E: como entiende usted eso, que le vengan las ganas así?/EM82: no sé... porque es un dolor de estómago, pero ya se me ha quitado..”. En esta cita EM82 no puede asociar los deseos de consumo a un deseo real de tomar alcohol o a estar afectada emocionalmente por alguna situación que la hiciera recaer. Se trata simplemente de un “dolor de estómago” que le hace perder los objetivos por los que estaba en tratamiento, y que no responde a los efectos del denominado síndrome de abstinencia alcohólico, dado que llevaba cinco meses de abstinencia total.

Con respecto a la dificultad de simbolizar el dolor psíquico, veamos la siguiente cita: “EM32: yo le agradezco que él haya sido sincero en ese sentido, porque él nunca me hizo ilusionarme ni creer que iba a estar presente como papá o en la paternidad de mi hija.. yo, desde que él me dijo yo no puedo hacerme cargo, yo asumí que en esta carrera iba sola y lo asumí así, de una, fue fuerte pero lo asumí así, de una”. En esta cita EM32 señala que no sufre al momento que su ex pareja le dice que no asumirá la paternidad de la hija de ambos, pese a que la situación en sí misma es dolorosa y que además ella ya había sido abandonada por el padre de su primera hija. La entrevistada dice “lo asumí así, de una” como si esto no hubiera traído padecer psíquico

para ella, o como si, según comprendemos nosotros, asumirlo implicara un proceso único de extremo dolor. A lo largo de la entrevista mantiene esta posición, pese a que se le confronta y cuestiona, ella siente que “no tuvo ilusiones” y eso la protegió de sufrir. La disociación entre afectos y pensamientos llega a momentos al límite de la escisión, pues las entrevistadas, como EM32, no logran ligar por ejemplo esta forma de asumir el embarazo, con su reinicio en el consumo de sustancias.

El último eje de esta categoría, en la misma de la escisión como mecanismo de defensa a la base, es la categoría “no tengo recuerdos” y tiene relación con la tendencia inicial de todas las entrevistadas a no querer hablar de cosas dolorosas de su pasado o, en algunos casos, efectivamente no poder dar cuenta de ello porque no hay representaciones asociadas. Veamos esto en tres citas:

“E: qué te acuerdas de chica?/ EM21: no me acuerdo casi de nada/ E: de qué edad te acuerdas, más o menos?/EM21: de los 17 en adelante.../E: no te llama la atención eso?/ EM21: no...”

“E: cómo fue su primera experiencia sexual?/ EM41: no me acuerdo, sabe... siempre me preguntan lo mismo y no me acuerdo, no la recuerdo...”

“E: y qué te acuerdas de tu madre?/EM22: nada... por fotos no más.../E: no tienes recuerdos directos?/EM22: no, no... [la madre fallece a sus 5 años]”

Las entrevistadas, en general, tienden a iniciar los relatos acerca de su infancia o pasado bajo esa noción, no tengo recuerdos, lo que impresiona como una defensa psíquica frente al tener que confrontar ciertos pensamientos que generan displacer o padecer. La primera cita da cuenta de ellos, pues EM21 dice no recordar nada antes de los 17 años, pero en las entrevistas logramos recabar información de su temprana infancia. Ello se condice con el tema de la categoría “eso que no dejo de pensar (no puedo superarlo)”, de representaciones actuales,

categoría que nos muestra como únicamente bajo efectos del consumo se vuelven pensables elementos biográficos que no pueden ni quieren pensarse estando sobrias. Por otra parte, las siguientes dos citas sí presentan efectivamente ausencia de representaciones en torno a eventos vitales de suma importancia: en la segunda cita, EM41 declara no recordar su primera experiencia sexual consentida, dado que en las entrevistas sí puede relatarnos las ocasiones en que sufre abuso sexual. Tal vez por la connotación traumática que tuvo hasta entonces todo encuentro sexual, es que la entrevistada no logra articular representaciones concernientes a esta primera experiencia sexual en que sí accede a participar libremente. La tercera cita igualmente conlleva asociaciones en torno a representaciones traumáticas, en la medida que el tema en cuestión refiere a los recuerdos acerca de figura de la madre de la entrevistada, fallecida de forma muy dramática en su temprana infancia. Veremos en las entrevistas con ella, sin embargo, que EM22 sí recuerda a su madre, pero todos los recuerdos de ella conllevan un profundo dolor. La categoría “no tengo recuerdos”, entonces, nos revela como es preferible para las entrevistadas evitar volver a representaciones que les son dolorosas afectivamente y cómo también existe para ellas un espacio de la experiencia que, por su connotación traumática, no ha accedido al campo representacional cabalmente. El costo de ello, sin embargo, es que los recuerdos bloqueados les impiden ligar su historia y construir una biografía de sí mismas coherente, concordante y que las represente en todos sus matices afectivos. Hay una parte de sí mismas, y de la biografía que dio lugar a esta construcción subjetiva, que se corta, se mutila, extrayéndola de la versión oficial de sí mismas. La propia identidad es entonces la que padece las consecuencias.

Con respecto a lo no representado en torno a los otros, recordemos que en este eje remite a formas en que las entrevistadas no logran simbolizar bajo el eje representacional ciertos

matices del encuentro con otros, apareciendo estos matices por fuera del campo del pensamiento. En este eje, nos encontramos con 8 categorías: “no quiero pensar acerca de tus errores”, “lo masculino, un exceso”, “odio a mi madre”, “el odio de mi madre hacia mí”, “odio a mi hijo” y “no me doy cuenta que estoy embarazada”. Profundicemos en esto.

Los dos primeros ejes, “no quiero pensar acerca de tus errores” y “lo masculino, un exceso”, dan cuenta de dos caras de una misma moneda. En general, las entrevistadas tienden a ubicarse en una posición dependiente frente a otros, pese a que buscan una anhelada independencia. Esta posición dependiente se da más frecuentemente en su relación a hombres, producto de lo cual suceden dos fenómenos. El primero de ellos es que el encuentro con lo masculino ha significado históricamente para ellas un exceso, sea porque los hombres de sus vidas han sido excesivamente violentos, excesivamente sexuales, excesivamente ausentes, excesivamente adictos. Todos los hombres de la vida de las entrevistadas presentan una o más de esas 4 características: “EM81: algunos tíos directos y otros que eran las parejas de mis tías, cuando yo estaba lavando, no ve que uno escobilla?, se ponían atrás a mirarme y cosas así.. y un primo mío que es mayor como cinco años, seis años más que yo, él me violó como a los 8, 9 años.. porque ahí como mi mamá trabajaba, me mandaba donde mi abuelito.. mi abuelito, que dejó botada a mi abuelita con 16 hijos, la dejó sola y...”

Tal como vemos en esta cita, todos los hombres significativos de EM81 han sobrepasado y roto las maneras adecuadas de tratar a la entrevistada: *la miran lascivamente desde niña, abusan sexualmente de ella, abandonan a su abuela con muchos niños, sin conmiseración*, etc. Este exceso es algo que las entrevistadas ubican como algo propio a lo masculino, pero a la vez las entrevistadas no pueden verbalizarlo como tal, pues ubicaría su vinculación a lo masculino en el plano del dolor, dentro de las formas de relacionarse al otro que dañan, y las entrevistada

buscan rescatar en el vínculo a lo masculino algún tipo de lazo de tipo afectivo o identificador, pues ha sido en torno a los hombres donde han encontrado mayor aceptación o gratificaciones. Reconocer este exceso, entonces, no es posible, y sin embargo se ubica como algo que es propio a los hombres. Se trata entonces de una doble cara en torno a lo masculino, que conlleva a negar los excesos de sus hombres y por ende, quedar más expuestas a los mismos, por no poder simbolizar el daño en la magnitud que corresponde: “E: por qué se enamoró sola?/EM61: porque nunca sentí de parte de él ninguna ayuda ni ningún afecto/E: por qué usted se enamora de alguien de quien no siente cariño?/EM61: no sé, estaba cegada/ E: cegada?/ EM61: sí, enamorada/E: pero usted se daba cuenta del maltrato?/ EM61: no po, no po.. si yo tuve 5 años de violencia intrafamiliar con él, tuve cinco años de violencia y lo tuve que denunciar a la fiscalía para que dejara de golpearme..”. En esta cita vemos cómo EM61 significa el amor hacia su pareja como *estar cegada*, en la medida que sólo puede ver la violencia de él tras cinco años de padecerla, y sólo puede detenerla mediante una acción judicial, no hay acto simbólico de su parte que pudiera detener o menguar este exceso.

Los siguientes dos ejes: “odio a mi madre” y “el odio de mi madre hacia mí” muestran algo similar en torno a la madre. Vimos que las entrevistadas pueden verbalizar el daño que el vínculo materno acarrió a ellas desde pequeñas, sin embargo, podían relatar esto sólo a condición de omitir que estos actos eran representativos del odio materno. Las entrevistadas pueden hablar del dolor de sus infancias y vidas actuales, bajo el imperativo de negar el odio materno y el odio concomitante de ellas hacia sus madres. Es esto lo que les permite mantener una vinculación con sus madres hasta la actualidad, pues justifican su proceder desde cualquier argumento en tanto ello implique negar que no han sido queridas: “EM11: porque mi mami, mi mami vivía con la mamá, pero la mamá se cayó en un horno.. estaba embarazada de.. mi mami

estaba chiquitita cuando ella se cayó a un horno.. ella tenia un año y se la llevó la abuelita y estuvo hasta los tres años con ella, cuatro años, pero la abuelita murió, mi mami quedó con las vecinas, con las vecinas en el sur.. el papá se fue con otra mujer, ella no tuvo hermanas, nada.. entonces en parte igual yo la entiendo de repente po, que ella sea así porque no tiene a nadie, nada/E: cómo es?/ EM11: de repente idiota, uno le habla, le pregunta algo y te agarra a garabatos, prepotente, así po, como que todo así anda a la deriva../E: pero usted le tiene miedo, rabia?/ EM11: no, no, lo que a mí no me gusta es cuando empieza a transmitir..."

Esta cita muestra como EM11 justifica en los padeceres biográficos de la historia materna la forma de ser violenta de su madre hacia ella, y niega tanto el odio de la madre como el odio de ella hacia la madre. Esta justificación permite soportar haber crecido bajo un vínculo agresivo, carente de amor, donde generalmente las entrevistadas se ubican en el lugar del desquite de sus madres. Negar los afectos negativos permite, en estos casos, sostener un vínculo que a su vez sólo se ha sostenido bajo la lógica de estos afectos.

Las ultimas categorías de este eje: "odio a mi hijo" y "no me doy cuenta que estoy embarazada", da cuenta de cómo ciertas representaciones se omiten igualmente en torno al hijo. En general todas las entrevistadas señalan afectos negativos hacia uno o varios de sus hijos. Vimos como existen para ellas dos tipos de hijos, los hijos amados e ideales, y los otros, profundamente rechazados. Sin embargo, las entrevistadas no pueden verbalizar este rechazo pues es algo que se encuentra negado, que tal como en el caso de sus madres, prefieren pensar que han sido las circunstancias las que las han conducido a criarlos negligentemente, no criarlos, abandonarlos, etc.: EM61: "o sea, yo tuve que optar porque la abuela se los llevara, para que el SENAME no me los quitara, o sea para que no me los quitaran..". Tal como revela la cita, las entrevistadas no pueden asumir que a algunos hijos no han querido criarlos, pues no

los han deseado y por ende no han querido o no han podido asumir el rol materno hacia ellos. Las circunstancias, entonces, justifican este odio a los hijos.

El odio materno es algo que irrumpe, que rompe la continuidad de la experiencia, en la medida que sólo se manifiesta abiertamente en la intoxicación: EM72: “yo sin droga soy súper pacífica, respetuosa, leal, quiero mucho a las personas, trato de no hacerlas sufrir... con droga hago todo diferente, le hago daño a mi hijo, le he llegado a decir que se vaya con su papá mejor, que están mejor con el papá, cosas hirientes que sin droga nunca les diría.. yo a mis hijos no les digo ni hueón po!, yo no les digo garabatos, jamás les he dicho un garabato!”. Las entrevistadas no pueden verbalizar afectos negativos hacia sus hijos, pues estos invaden la experiencia. en la medida que se trata de hijos no deseados o maternidades no deseadas, los afectos positivos no logran atemperar la aparición de los negativos, entonces estos se niegan como manera de mantener tanto su imagen materna como alguna vinculación a los hijos.

La última categoría, “no me di cuenta que estaba embarazada” habla de cómo muchas entrevistadas no logran simbolizar los cambios corporales propios al embarazo, negando la existencia de un hijo. Este fenómeno sucede llamativamente bajo dos lógicas: la primera, impresiona como parte de las dificultades que presentan estas mujeres para simbolizar sus cuerpo de mujer. Hemos visto anteriormente como lo femenino para ellas es algo que se porta a la manera de un disfraz, no es algo que se encarna a partir de una identificación simbólica. Entonces, bajo esta lógica es propio de una mujer que no puede leer su cuerpo: “EM21: estuve como 5 años esperando quedar embarazada, y de ahí, de un día para otro, supe cuando tenía 4 meses de embarazo... no tenía síntomas, nada”

Esta cita corresponde a la misma entrevistada que habla cómo pierde la posibilidad de ser madre al no notar el embarazo tubario que tenía y que ella interpreta como “dolores no más”.

Vemos cómo, antes de ese evento que la priva de ser madre, vive un embarazo que tampoco percibe como tal, pese al deseo de tener un hijo. se trata de una entrevistada que muestra importantes problemas para leer su cuerpo de mujer, aquella mujer que padece por no haber tenido las “palabras de madre” que la introdujeran en el código femenino³.

Por otra parte, en las entrevistadas donde esta dificultad simbólica en torno a lo femenino aparece de manera menos radical, la imposibilidad de reconocer su cuerpo como un cuerpo gestante también aparece pero lo hace cuando el hijo que se espera es indeseado o cuando no hay deseos de ser madre. Veamos esto en una cita: “EM32: un día carreteando, conocí a un colombiano y nos dimos los teléfonos, lo conocí, conversamos, blablablá y a las semanas nos juntamos y ahí recién tuvimos relaciones... y ahí lo conocí a él y nah po!... los primeros meses me llegó la regla, a los 5 meses y medio me enteré recién que estaba embarazada, cuando me enteré recién ahí paré de consumir...” En este caso, EM32 no tiene noticias de su hijo en gestación hasta avanzado el embarazo, se trata como es posible apreciar de un hijo no planificado y totalmente inesperado.

Esta categoría muestra que tanto en ambos casos, la dificultad para reconocer el cuerpo propio como un cuerpo gestante de otra vida tiene relación con una dificultad simbólica, ya sea en torno a la encarnación de lo femenino o en torno al deseo de tomar una posición materna. Por una u otra razón las entrevistadas no leen las señales de su cuerpo maternante hasta que esta condición se torna evidente, lo que conlleva nuevamente una experimentación de lo femenino como algo que se impone a fuerza. La consecuencia de aquello es que las entrevistadas no pueden preparar un espacio simbólico paulatino que les permitiera a su vez asumir el rol materno como un elemento más de su condición de mujer, ni al hijo en camino como un sujeto

³ Revisar capítulo “Imagen”

al cual prestarse como referente simbólico filial. Todo ello sucede bajo presión, como una exigencia del cuerpo y del otro, lo que deriva teniendo como consecuencias el abandono parcial o total del rol materno, abandono de los hijos, imposibilidad de generar un lazo afectivo, simbólico filial con ellos, etc.

5.1.4.2.- El espacio del sueño:

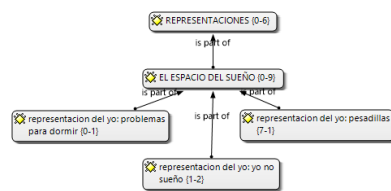


Figura 55

Esta categoría, pese a que se elabora como eje separado, en estricto rigor pertenece a al eje representaciones actuales, pues se trata de representaciones de las que puede hablarse como propias al devenir presente de las entrevistadas. Se trata, sin embargo, de representaciones que se dan en el espacio del sueño y que por ello las entrevistadas no siempre reconocen como propias, es por ello que se catalogan en un eje diferente. Esta categoría presenta tres ejes: “problemas para dormir”, “yo no sueño” y “pesadillas”. Antes de abordar el detalle de cada una de ellas, es necesario mencionar algo que se vuelve evidente: la ausencia de una categoría que hable de sueños placenteros, es decir, las entrevistadas no refieren la presencia de representaciones oníricas que les permitieran tramitar conflictos inconscientes mediante simbolizaciones circulantes, actividad onírica que pudiera generarles algún tipo de descanso psíquico o placer.

La categoría “problemas para dormir” muestra como para las entrevistadas, desde la infancia, conciliar el sueño ha sido un problema: “E: qué le pasa [que no puede dormir]?, cómo es su

sueño?, cómo es su dormir?/ EM52: malísimo, malísimo, pienso mucho/E: en qué piensa?/
EM52: de todo, de todo, de todo, sobren todo en los problemas, sobre todo en los problemas,
pienso en mi hija, pienso en el Rony, antes pensaba en el Felipe, en la Claudia [hija]... pensaba
en mi mamá... ahora, en los problemas actuales, mi hija..”

“EM72: yo me aburro, me aburro, yo no veo tele, no escucho música, no atino a nada, nada,
nada, todo me aburre, me aburre, me aburre, me aburren todos, todo.. no siento ningún
sentido a nada, no le siento un sentido a la vida... vengo para acá, estoy en la cama, quiero
dormir, no puedo dormir, trato de conciliar el sueño y no puedo tampoco, por eso le dije a la
psiquiatra que me pusiera un medicamento para poder dormir, porque es la única manera en
que no pienso. Pensar cosas malas, o llegar, volver atrás, todo eso...y durmiendo, ahí me
tranquilizo”.

Las citas anteriores revelan como aquello que no deja conciliar el sueño tiene que ver con lo
que pensaríamos como problemas. EM52 habla de problemas actuales y esboza como estos
han ocupado el lugar de la madre, pues antes *pensaba en mamá*. EM72 refiere directamente
como lo que no le permite dormir es *pensar cosas malas... volver atrás, todo eso...* El espacio
previo al sueño se vuelve un momento lleno de angustia para las entrevistadas, pues implica un
encuentro consigo mismas, con sus historias, con sus dolores, y eso es justamente lo que se
evita: *pensar cosas malas, o llegar, volver atrás, todo eso*. Tal como dice EM72, el sueño es
reparador en la medida que asimila un *estado de coma*, un sueño forzado biológicamente, no
un sueño que implique el despliegue de representaciones oníricas. Esto es lo que manifiesta la
categoría, “yo no sueño”, es decir, el sueño es concebido como placentero únicamente cuando
implica este *coma inducido*, pues cuando se articula como un espacio de representaciones
oníricas, lo que aparecen son “pesadillas”, tal como muestra la siguiente cita:

“E: cómo duerme?/ EM82: a veces duermo, pero igual tengo pesadillas o sueños de consumo../E: en qué consisten sus pesadillas o sueños de consumo?/EM82: no po, es sueños de consumo a veces, y otras veces pesadillas... con cosas a las que les tengo fobia/E: por ejemplo?/ EM82: a la altura, como que estoy en un edificio que no tiene bordes para afirmarse... como que me voy a caer, o con los bichos que se arrastran, que les tengo a todos pánico... sueño con el agua, que me ahogo porque también le tengo pánico a las piscinas y cosas así/E: y sueños buenos tiene?/ EM82: que recuerde... estos últimos meses no he tenido ningún sueño bueno y eso que en la noche yo oro, agradezco por mi día, pido por mis hijas y después trato de mentalizarme en algo, en cosas bonitas que he pasado con mi familia o cuando estaba estudiando, pero no logro soñar algo grato.. siempre son pesadillas o sueños de consumo”

El sueño, como sabemos, es un espacio de recogimiento subjetivo, donde el yo baja sus censuras para que la economía inconsciente pueda tomar la escena, permitiendo la reelaboración de representaciones y conflictos inconscientes con el equivalente descanso de las instancias conscientes y preconscientes del yo (Freud, 1900 [1899]). En este sentido, no poder dormir implica una dificultad para soltar las defensas yoicas y permitir la libre circulación de las asociaciones. En el caso de las entrevistadas, como vemos, las asociaciones conducen directamente a pesadillas, representaciones donde la angustia asociada al conflicto inconsciente se toma la escena y corta la actividad onírica; o se trata de sueños de consumo, sueños donde las asociaciones circulan en un circuito cerrado, en torno a un único tema, derivando igualmente en una angustia que invade al yo. Es posible pensar que no es posible para las entrevistadas soñar, porque la barrera de la represión falla, en tanto el psiquismo no encuentra representaciones que sean tolerables al yo, mediante las cuales pudiera tramitar los

conflictos inconscientes. Las representaciones portan una angustia que no ha podido ser menguada por la acción de la represión y entonces lo que invade es la angustia: *sueño pesadillas con la altura, como que estoy en un edificio que no tiene bordes para afirmarse.. como que me voy a caer.*

5.1.4.3.- Representaciones acerca del pasado:

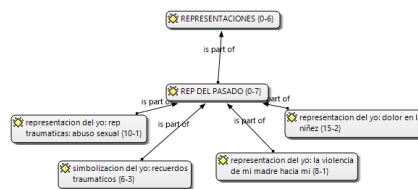


Figura 56

Las representaciones acerca del pasado se dividen bajo 4 ejes. Los dos primeros, “representaciones traumáticas” y “representaciones traumáticas, abuso sexual” nos revelan la presencia de recuerdos de las entrevistadas acerca de experiencias sufridas en la temprana infancia, de manera vívida. Se trata de tres tipos de experiencias de tinte traumático: episodios de violencia, episodios de abuso sexual y pérdidas de seres relevantes para su constitución psíquica: “EM92: yo tenía como 4 o 5 años, mi mamá me dejó en la casa de mi vecina, me dejó con una casa y con un niño. Ese niño era más grande que yo, tenía como 13 años y ahí él abusó sexualmente del mí, no me violó pero abusó de mí, me desnudó, me tocó la vagina, hizo movimientos arriba mío, tuve un despertar horrible sexualmente en ese aspecto/E: se acuerda de eso?/ EM92: me acuerdo de todo, yo tengo una memoria de elefante, no hay nada que se me olvide”

La tercera categoría: “la violencia de mi madre hacia mí” revelan cómo las entrevistadas pueden hablar del vínculo padeciente que han establecido con sus madres, dando cuenta

medianamente que tanto la violencia directa que sus madres han ejercido contra ellas, como primordialmente la ausencia materna en la infancia han sido vividas por las entrevistadas como un estado doloroso, que las ha marcado subjetivamente. Lo relevante, sin embargo, es que las entrevistadas no logran verbalizar a cabalidad que estos actos son una manifestación de la agresión y el odio materno hacia ellas; por ende, tampoco pueden verbalizar cabalmente su odio hacia la madre y hacerse cargo de eso: “E: qué siente hacia su mamá?/EM71: rabia/E: en qué le tiene rabia/EM71: en todo, siento que ella fue el mayor daño que me hizo, fue ella... ahora que ella está mayor de edad y que tiene estas enfermedades, es un cuento aparte.../E: qué es lo que ella hizo que la marcó tanto?/ EM71: (silencio).. no sé.. yo siento que no quiero a mi mamá.. la quiero en el momento de que estoy con ella, pero no siento que la quiero así como que fuera tan especial para mí... no”

Tal como muestra la cita, EM71 siente que rabia hacia su madre, no hacia hechos concretos acontecidos con ella sino que *el mayor daño que me hizo fue ella*, su existencia, su forma de vinculación, su ausencia, etc. EM71 vive, pese a todo, aun con su madre, pues no puede simbolizar cabalmente el odio hacia ella; éste aparece sólo como falta de amor, pero nunca ausencia del mismo.

Para terminar, la categoría “dolor en la niñez” habla de cómo las entrevistadas pueden dar cuenta de un estado basal de padecer en los primeros años de su vida. Las entrevistadas recuerdan su infancia como un tiempo doloroso, no únicamente asociado a eventos traumáticos sino que particularmente a una crianza negligente y solitaria: EM71: “sufríamos hartos en la casa nosotros, tanto que mi papá le pegaba a mis hermanos y a mi mamá, eso me hacía sufrir... yo era como la empleada de la casa, todo eso...no, si me dijeran ¿le gustaría ser niña?, yo no, no me gustaría volver a ser niña, no me gustaría volver atrás”

5.1.4.3.1.- Lo no representado acerca del pasado:

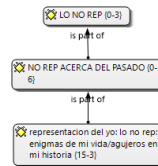


Figura 57

La categoría “lo no representado acerca del pasado”, presenta un único eje de análisis, denominado “enigmas de mi vida, agujeros de mi historia”. Vimos anteriormente⁴ cómo las entrevistadas frente a ciertos hechos o relaciones dolorosas, no presentan representación asociada de estos eventos, sea por un rechazo manifiesto a la experiencia, sea por la ausencia efectiva de representaciones al respecto. En este caso, sin embargo, se trata efectivamente de la ausencia radical de ciertas representaciones dado que los otros significativos de la infancia de las entrevistadas, se han negado a clarificar lo que ellas ubican entonces como un enigma. Estos enigmas aluden, en general, a las condiciones reales y simbólicas en torno a su origen. Sea que desconocen el paradero o la identidad del padre, sea que desconocen las razones de la ausencia paterna, sea que desconocen el origen de la agresión o negligencia materna, las entrevistadas se preguntan acerca del lugar de deseo que ocuparon para otros, y no logran encontrar respuestas satisfactorias al respecto: “E: su mamá no le ha dicho si su papá era alcohólico?/ EM81: no, nunca me ha querido decir contar de él/E: pero su abuelita le dijo el nombre?/EM81: tampoco/E: ahhh.. y por qué tanto secreto?/EM81... no sé.. yo tampoco la he seguido presionando porque él ya falleció, para qué?/E: pero hubo un tiempo en que para usted era importante eso?/EM81: sí po, quería conocer de quien.. como era la persona de quien había nacido, como era su forma de ser..”

⁴ Véase “representaciones actuales, lo no representado”

“EM42: porque yo le he preguntado mil veces, si ella [madre] sabe, si ella no quiere decir la verdad.. y mira, yo no sé si será verdad, pero mi hermana una vez me dijo que no sé quién pilló a mi mamá con ese padrino mío, con mi tío, en cosas medias raras... entonces con mi hermana quedamos con la bala pasada, entonces yo pienso que debe ser un secreto... yo digo, por qué a lo mejor no soy?.. capaz que se hayan metido ellos dos y quedó embarazada y no tenía otra salida... y le quiso poner el poncho a mi papá no más..”

Las dos entrevistadas antes referidas se preguntan acerca de sus padres. La primera supone que cierto hombre aparentemente es su padre, sin embargo, desconoce su nombre y la historia que la trajo al mundo. La segunda entrevistada tiene un padre oficial, sin embargo ella piensa que no es su padre biológico pues al abandonar a la familia cuando ella era pequeña jamás quiso un contacto con ella, y sí lo quiso y lo mantuvo con su hermana menor. Ambas entrevistadas se preguntan no sólo por sus padres, sino que por el deseo que conlleva la paternidad y que no recibieron, por la referencia simbólica que otorgaría conocer algo más certero acerca de su origen. En ambas entrevistadas, como en la mayoría de esta muestra, la que se niega a otorgar estos referentes simbólicos es la madre, en la medida que calla la historia acerca de su origen y obliga a otros a mantener el tabú en el que se convierten sus nacimientos. El relato de la madre acerca del origen de las entrevistadas deja éste en un enigma, en un acertijo, donde ella decide guardar para sí la parte más importante de las piezas, que tiene que ver con el deseo. Las entrevistadas podrían, con esa pieza, entender el trato diferente que recibieron en la vida por parte de los progenitores y sus hermanos, este lugar por fuera de la familia en que se les ha ubicado, este lugar de *hermanas de la madre* en muchos casos. Pero la madre se resiste a entregar cualquier antecedente que les permitiera a ellas entender su propia historia. Esto es lo que se piensa una y otra vez, sin salidas: “EM11: era muy

malo mi papi.. era muy malo, porque llegaba celando a mi mami [...] intento violar a mi hermana menor/E: cómo entiende usted eso?/EM11: ese viejo era así, malo... pero nunca hemos conversado ese tema nosotras/E: cual tema?, el del intento de violación?/ EM11: sí, ella le dijo a mi mamá, nos dijo una vez cuando era grande y nada más.. nosotras no hablamos de esas cosas, somos siempre.. ella no habló y nunca.. no se habló más del tema.. para mí es un tema muy doloroso”

En esta cita de EM11, vemos que el enigma no gira en torno al origen, como en la mayoría de las entrevistadas. En su caso, cuestiona al deseo paterno en torno a la sexualidad. El enigma, el tabú, entonces torna en relación al deseo paterno y cómo aquel ubica a sus hijas como mujeres, rompiendo la línea del incesto. Esta categoría muestra cómo los “agujeros de la historia” de las entrevistadas giran en torno a estos dos tipos de tabúes: origen y sexualidad, y como la imposibilidad de simbolizar de alguna manera ambos elementos genera espacio en blanco en la experiencia, en la biografía pero también en el encuentro actual con los demás, en la medida que, como vimos, muchas de las entrevistadas repiten esta forma de relacionarse a los hijos a través de temas tabúes, y como muchas de las entrevistadas no pueden posicionarse como sujetos deseantes tanto en torno al origen de los hijos como respecto del propio deseo sexual.

5.1.4.4.- Representaciones con consumo:

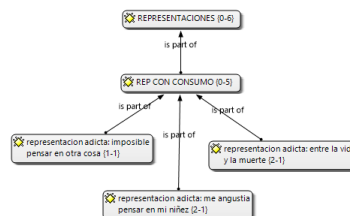


Figura 58

La presente categoría refiere a las representaciones que aparecen bajo los efectos del uso de sustancias, o la manera es que se simboliza el consumo de sustancias. Las categorías “imposible pensar en otra cosa” y “me angustia pensar en mi niñez”, muestran dos polos de un continuo que tiene relación con el efecto de las sustancias a nivel del pensamiento y los afectos. Por una parte, “imposible pensar en otra cosa” muestra cómo al entrar en la dinámica de consumo, desde conseguir la sustancia hasta el periodo de abstinencia reciente de la misma, las entrevistadas pueden centrar sus pensamientos únicamente en torno a la sustancia, y aquello mantiene al margen pensamientos de otra índole: “EM42: mi marido se fue a acostar porque él tenía su pieza y nosotras con la Javiera (hija) teníamos otra pieza, porque veníamos mal del matrimonio, pero ese es otro cuento.. y quedo ahí yo po, siempre yo era la última en acostarme porque me pongo a ver películas, me pongo a hacer cosas, que se yo... y me quedé con eso.. la botella está allá, la botella está allá, la botella está allá, la botella está allá.. y como no me pasó nada con el antabus, porque yo me fui a mirar la cara, el cuerpo, todo.. yo dije, no me pasó nada, no tengo nada!.. y qué pasa si la lleno(la copa)?, me la llené.. tú crees que me tome dos sorbos?, me la tomé glugluglu..”

En esta cita EM42 refiere cómo al momento de recaer, tras tiempo sin consumo, solo piensa en que “la botella está allá” y la separación con la pareja “es otro cuento”, un cuento que no viene al caso porque el caso aquí, es la botella. Esta posibilidad de pensar en algo que las aleja de sus propias temáticas, es aquello que las entrevistadas valoran del uso de sustancias y es gran parte de lo que refieren como el placer asociado a consumir. Profundizaremos en esto en el apartado “sensaciones del consumo”. La categoría “me angustia pensar en mi niñez” muestra como otros de los efectos del consumo de sustancias, que no es catalogado como placentero pero que es esperado al consumir, es que, tal como vimos antes, bajo el efecto del consumo se

pueden pensar ciertos temas que estando sobrias son *impensables*: “EM41: yo he fumado marihuana, pero no es mi favorita.. porque me psicosea, me angustio, me siento perseguida y siento que vuelvo a la niñez y eso me hace pensar puras estupideces que ya he dado vuelta la página y como de volviera a tenerlas de nuevo aquí, y eso no me gusta../E: qué cosas piensa?/ EM41: de cuando yo era niña, mi mamá con todos sus rollos, sus enfermedades, la violencia, el abandono, todas esas cuestiones../E: y con el alcohol?/ EM41: como que siento que es lo que me tocó y punto, no hay nada más que solucionar.. para qué darle tantas vueltas al asunto/E: pero con alcohol, parece que eso es más liviano, no?/ EM41: no, es igual.. sí, si el alcohol no me produce grandes... lo único que me produce es que después no me acuerdo [ríe].”

Como vemos, EM41 explica que con marihuana o alcohol el tema que aparece son los dolores de su niñez, sin embargo ella prefiere el alcohol porque luego de pensar acerca de su niñez con menos angustia que lo que le permite la marihuana, olvida lo pensado, probablemente lo sentido, y eso le causa placer. Vemos como las entrevistadas pueden pensar acerca de su infancia bajo los efectos del consumo y encuentran alivio en dos factores: poder pensar en eso sin tanta angustia, y poder olvidar que piensan de nuevo en cuanto han sufrido.

El uso de sustancias permite que estos temas de la niñez, los temas dolorosos y enigmáticos, al fin puedan ser expresados en el estatuto deseado por las entrevistadas, es decir, pensar las cosas como son: el dolor, el abandono, *mi mamá con todos sus rollos*, etc. Llama la atención que en especial, los temas que aparecen son temas que comprometen la figura de la madre: el odio a la madre por los tabúes impuestos acerca de la sexualidad o el origen de sus vidas, el odio a ella por el abandono y descuido, la rabia a ella por exponerla a la agresión de los hombres, etc. Es relevante mencionar que los temas de abuso sexual o de agresiones directa por parte de hombres aparecen como temas irresolutos primordialmente bajo la forma de una

recriminación a la figura materna. Es como si las entrevistadas pudieran soportar esa agresión masculina o de terceros, pero lo realmente insoportable, lo imposible de simbolizar, de comprender y de asumir, es sentir que han sido víctimas primordialmente de una madre que las descuida o que abiertamente las expone como objetos a terceros: “E: de cuando chica, qué cosas piensa [cuando consume]?/EM72: que desde chica que no me quieren, que siempre fui utilizada/E: tiene que ver su papá biológico en eso?/EM72: mi papá biológico que no conocí, dices tú?. Me hizo mucha falta, me hizo mucha falta mi papá, sí.. quizás no estaría metida en la droga porque él es de una manera diferente, pero mi papá escapó de él porque me iban a quitar a mí por tribunales/E: qué le diría, si pudiera?/ EM72: que me hizo falta, que me hizo mucha falta, que quizás no hubiera vivido todo lo que viví si hubiera estado él/ E: y a su mamá, qué le diría si pudiera?/ EM72: a mi mamá le he dicho de todo. Mi mamá ha sido la culpable de todo... si ella me utilizó, de niña a que yo cargara droga, después me utilizó como empleada de la casa y después yo consumía drogas con mi mamá../E: pero ayer me decía que usted a ella la respeta?/ EM72: sí, la respeto.. ahora dentro de todo ha cambiado, ha cambiado bastante, me ha ayudado mucho, ha sido cien por ciento, sí..”

Esta cita muestra varios de los elementos ya analizados. Por una parte, lo que concierne a esta categoría. El abandono del padre es signado como una agresión materna, no como una falla paterna. EM72, estando con consumo, piensa en su niñez en torno al dolor que siente respecto de la madre, de haber sido utilizada por ella, que ella es la culpable de su desdicha, etc. Sin embargo, al confrontar esto, EM72 retrocede en la recriminación a la madre y habla de ella en torno a sus virtudes actuales. Este último hecho revela como el dolor hacia la madre es un afecto que puede manifestarse especialmente bajo efectos del consumo, es ahí cuando EM72

le ha *dicho de todo*. Estando sobria, recuerda en cambio que la madre *ha cambiado bastante, me ha ayudado harto, ha sido cien por ciento*.

El último eje de esta categoría, llamado “entre la vida y la muerte”, dan cuenta de que todo el proceso de consumo, desde la intoxicación a la abstinencia, es representado por las entrevistadas como una vivencia padeciente, que las ubica en una intersección entre la vida y la muerte: “E: [hablando de su intento de suicidio] ¿por qué el sufrimiento es tan difícil para usted?/ EM11: es que yo no lo soporto, no lo.. no lo puedo soportar ... sin nada (droga), siento que la pena me mata, me mata más, y no quiero sufrir, digo yo entre mí, no quiero sufrir.. y esto (droga) me ayuda a no sufrir...”

“EM71: “yo le pedía a Dios que fuera siempre de noche, que no amaneciera/E: para qué?/EM71: porque no quería que amaneciera, si amanecía iba a volver a consumir...”

Tal como dice EM71, *pedir vivir siempre de noche* es prácticamente no vivir, no querer enfrentar nuevamente la existencia. Como dice EM11, el sufrimiento *me mata más*, vivir con droga entonces es *vivir media muerta*. El dolor de la abstinencia es manifestado como causa directa del padecer, pero podemos pensar que la droga es elegida justamente para no pensar en aquello que insiste en el espacio psíquico y el cuerpo es elegido como el espacio privilegiado para no enfrentar el acontecer de los afectos. Entonces, en este sentido, planteamos que manifestar el odio a la madre, enfrentar el dolor psíquico que les ha acarreado sentirse víctimas de ella, objetos de su goce, es para las entrevistadas equivalente a la muerte psíquica. La posibilidad de aparecer concebidas como efectos del odio materno es para ellas, efectivamente *la muerte, la noche, la oscuridad*, pues no encuentran en ninguna parte referentes simbólicos que les permitieran articular su existencia como producto del deseo de Otros. El tabú respecto del origen, en general centrado en torno a los padres, las deja sin referentes paternos; ¿cómo

poder existir como sujeto de deseo si desde siempre para la madre, único referente simbólico, se ha sido siempre un objeto?.

5.1.5. Discursos acerca de las sensaciones:

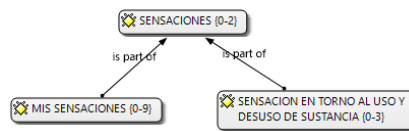


Figura 59

La categoría “sensaciones” remite a la forma en que las entrevistadas dan cuenta de ciertas vivencias que se ubican en el continuo placer-displacer. En esta medida, categorizamos como sensaciones aquellas experiencias ubicadas al nivel de la senso-percepción, entendiendo que los afectos se manifiestan mediante experiencias corporales y representaciones mentales. Esta categoría se divide en dos ejes: “mis sensaciones” y “sensaciones en torno al consumo”. A continuación analizaremos en detalle ambas categorías.

5.1.5.1.- “Mis sensaciones”

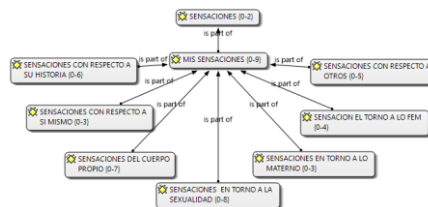


Figura 60

Esta categoría presenta 7 sub ejes: “sensaciones con respecto a la propia historia”, “sensaciones con respecto a sí misma”, “sensaciones con respecto al cuerpo propio”, “en torno a la sexualidad”, “en torno a lo materno”, “en torno a lo femenino” y “sensaciones con respecto a otros”. Analizaremos cada eje a continuación:

5.1.5.1.1.- Sensaciones con respecto a la propia historia:

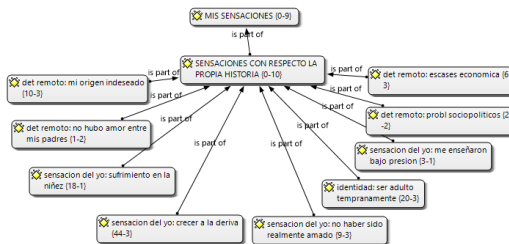


Figura 61

Esta categoría alude a las sensaciones que las entrevistadas tienen respecto de su infancia y su biografía. El primer eje de esta categoría es “mi origen indeseado”, que refiere a cómo las preguntas acerca del origen en las entrevistadas no han encontrado respuestas positivas al respecto; es decir, o encuentran enigmas sin respuestas o encuentran respuestas negativas acerca del deseo de su nacimiento, de su origen, etc. Por ejemplo: “E: pero sabe en qué circunstancias nació usted?/EM81: no/ E: qué sabe de eso?/ EM81: nada, porque nunca me han querido contar nada de eso. Cuando le he preguntado, cuando yo he estado medio mal, le he dicho que me gustaría saber y ella [la madre] dice que no, que no vale la pena, que era un hombre (el padre) que no vale la pena. Pero eso no fue lo que me contó mi abuelita, mi abuelita me contó que era un hombre trabajador, de plata, de buena situación. Seguramente no le resultó la relación, algo malo tiene que haber pasado que no quiere hablar de eso/ E: qué se imagina usted?/EM81: no sé, yo creo que a lo mejor él ya estaba comprometido, a lo mejor ya tenía familia.. no sé, no se me ocurre”. Es interesante destacar que no existe la categoría “mi origen deseado” o similar, es decir, todas las entrevistadas coinciden en carecer de respuestas positivas con respecto a su origen.

La categoría “no hubo amor entre mis padres”, refuerza esta idea, pues las entrevistadas señalan dudas acerca del lazo afectivo entre sus progenitores, dudas que refuerzan la idea de

no haber sido deseadas desde el nacimiento: “E: qué sabe de la historia con él, de su mamá?/EM71: que me tuvieron a mí, tuve un gran bautizo, fue precioso todo pero parece que mi papá no quería a mi mamá porque de hecho se casó con otra persona, sobre la misma se casó con otra persona..”. La falta de afecto entonces es la forma de relación predominante en el ambiente de la infancia de las entrevistadas, careciendo ellas de formas de vinculación amorosa hacia ellas o entre las personas importantes de su vida.

La categoría “sufrimiento en la niñez”, traduce la presencia no sólo de representaciones asociadas al padecimiento en la infancia, sino que sobretodo el afecto que aún está presente en ellas a la manera de una sensación constante que invade sus pensamientos, sus relaciones y en general todos los ejes de su actualidad: “EM71: no quiero seguir porque he vivido una vida triste, una vida triste dentro de todo.. una vida desechada por tu familia..” . La sensación vital, como describe EM71, es de haber sido desechada y aquello impide encarnar una vivencia subjetiva de disfrute personal; la huella que deja estas formas tempranas de vinculación es de potencia tal que marca la vivencia hasta la actualidad.

Las categorías “crecer a la deriva” y “no haber sido realmente amado” refuerzan esta idea. Las entrevistadas tienen la sensación de no haber tenido infancia, pues sienten que carecieron de un ambiente que les permitiera disfrutar la niñez. Se trata de mujeres que han sentido que no fueron cuidadas con cariño siendo pequeñas: “EM32: mi mamá vivía pendiente de sus amigas, mi mamá vivía parada afuera de la casa cahuineando con las vecinas, cosas así... que ella debería, para mí ella debería haber vivido pendiente de las cosas de nosotras.. a mi mamá, yo no me acuerdo de haberse sentado a hacer las tareas conmigo todos los días a cierta hora, no me acuerdo que mi mamá nos tuviera un hábito de darnos comida a cierta hora, a cierta hora todos los días se bañan... como son las cosas normales, mi mamá nunca hizo esas cosas”.

Como es posible apreciar, es a la madre en particular a quien se reclama esta falta de afecto, pues la violencia o ausencia paterna sería compensada en cierta medida por la presencia del afecto materno. La categoría “me enseñaron bajo presión”, muestra la otra cara de la crianza. Es decir, no solo de negligencias y abandonos ha sido la crianza de estas mujeres, sino que también están marcadas por historias de violencia y agresión física, que torna el aprender en una acción ejercida *bajo presión*: “EM62: a mí me cuesta ser femenina, porque mi papá nos entrenaba a los tres, a mis dos hermanos mayores y a mí, me ponía al mismo nivel que ellos. Sí, nos sacaba a trotar a las seis de la mañana, a hacer barra, abdominales, subir tubos.. desde las seis de la mañana nos sacaba../E: por qué hacía eso?/ EM62: para hacernos más fuertes debe ser.. no sé, yo no puedo meterme en la cabeza de alguien tan enfermo como él”

En general, las cosas que las entrevistadas sienten que aprendieron fue algo que recibieron sin cariño, algo que alguien les enseñó por obligación, de forma violenta o sin gusto. Veremos la relevancia de esto en la categoría “sensación con respecto a sí mismas”.

Por esta vivencia, de *ir a la deriva*, de haber *sido criadas sin cariño y bajo presión*, es que han tenido que obligadamente tomar una posición de adultas, madres y mujeres, tempranamente. Esto es lo que muestra la categoría “ser adulto tempranamente”: “EM11: me junté a vivir a los 14 años con el papá de mis hijos, con mi marido, ahí vivimos como 18 años y ahí empezó mi vida..”. Tal como señala EM11, esta posición de adultas les entrega a las entrevistadas una sensación de poder, de autonomía, y de alguna manera permite un reinicio de la vida, sensación de dejar a tras una infancia dolorosa llena de abandono y desamor.

Las últimas dos categorías, sólo connotan algunos factores descritos pero no enfatizados como relevantes en comparación a los ya mencionados. Se describen “precariedad económica” y “factores sociopolíticos” como sensaciones que perduran como residuos del panorama

complejo de la infancia, pero aparentemente estas repercuten únicamente en la medida que incrementa la sensación de falta de protección de los padres y desamor. Veamos esto en una cita: “EM41: ehhh.. yo nunca me sentí querida por mi madre, yo no recuerdo algún cariño con mi madre.. y sé que tengo un rollo con mi mamá.../ E: cuál es ese rollo?/ EM41: eso po, el que no.. no haya sido como una madre leona, que defiende a sus hijos, que se la juega por ellos.. es como, como que nos tuvo a nosotras dos y... arréglenselas como puedan... y... y había poca plata, estábamos en dictadura también... había problemas políticos en mi familia también...entonces fue duro... mi mamá también se separó cuando yo tenía 2 meses de embarazo ... y... mi papá nunca lo conocí... lo único que sé es que vivió muchos años en Brasil por la cosa política...”. En este caso, por ejemplo, *la poca plata* y *la cosa política* son declaradas como evento accesorios a la ausencia de una *madre leona* y al *desconocimiento* del padre.

5.1.5.1.2.- Sensaciones con respecto a si mismo:

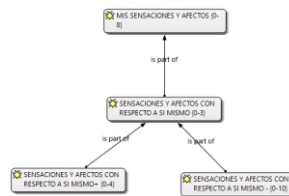


Figura 62

Esta categoría se divide en dos ejes: las sensaciones positivas con respecto a sí mismas y las sensaciones negativas. Dentro de las positivas, encontramos tres categorías: “vivir bajo presión (me gusta)”, “soy fuerte” y soledad radical”. La primera de estas categorías da cuenta de cómo las entrevistadas gozan en algunos momentos de vivir con mucha presión en sus vidas, pese a que la misma experiencia en otros momentos les causa displacer.

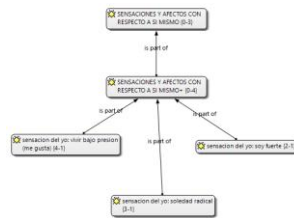


Figura 63

“E: qué es lo que le gusta del estrés y de estar contra el tiempo?/EM42: la adrenalina, la adrenalina, fijarte una meta, ver el reloj y ver que tenís que tener eso en ese minuto, eso... ir a la meta y cumplir, paff!”. Las entrevistadas, tal como EM42, coinciden en que es la sensación de que denominan “adrenalina” aquello que les gusta de presionarse a sí mismas. Aparentemente la sensación física ligada al esfuerzo que acompaña el logro de una meta es agradable en la medida que la meta se logra, es un placer anticipado de la autogratificación. Veremos cómo este fenómeno, aunque sucede de forma similar en los hombres, es radicalmente distinto. En el caso de las mujeres, relacionamos esta categoría a la siguiente: “soy fuerte”, pues el placer de esta *adrenalina* tiene relación con la reafirmación de una posición de poder, frente a sí misma o frente a otros, la posibilidad de poder salir de esa condición vulnerable que tanto angustia a las entrevistadas. Tal como señala EM62: “sí, me considero una mujer fuerte porque cuando tengo que hacer las cosas, las hago bien”. Esta condición de mujer fuerte es algo que se siente en el cuerpo, en la medida que el dolor físico es algo que se soporta o simplemente no se siente. La misma entrevistada lo señala más adelante: “EM62: yo de los golpes, operaciones, me recupero al tiro.. por cinco días tenía que estar con yeso, recostada, con la pierna en alto, yo no pude hacer nada de eso, con suerte me compré los remedios y tampoco pude estar con el yeso cinco días, porque me estaba molestando acá, así que me lo saqué a los tres días, no aguanté más.. y me mejoré, no me duele nada”.

Como puede apreciarse, las entrevistadas necesitan ocupar una posición de “fuertes” en dos sentidos. Por una parte, fuertes en el quehacer cotidiano, capaces, eficientes, rápidas, potentes. En otro sentido, ser fuerte implica no sentir dolor físico, incomodarse incluso de los cuidados que implica la recuperación del cuerpo. La última categoría de este eje es “soledad radical”, y revela cómo esta posición de fortaleza, tal como vimos en “relación al objeto”, es una posición que las deja solas. Esta soledad siempre tiene dos caras, pues es parte de la anhelada independencia y autonomía, pero a la vez siempre se acompaña ya sea de la sensación de abandono y desamor por parte de otros, ya sea de la sensación que otros se aprovechan de ellas: “EM82: yo creo que fui valiente al luchar por mis hijas, al tratar de darles todo, al irme a Paine y venirme con las tres chicas, que se llevaban por un año... sin plata, sin nada”.

“EM52: junté plata para mi casa, construí mi casa yo, el deber de hacerlo un hombre, si bien yo tenía el terreno, empastando muros [...] y de tanto que di, a lo mejor di mucho... porque el hombre se aprovecha también po, porque cuando encuentra que la mujer da y le hace a todas y se siente.. pa que estamos con cosas!, si los hombres se aprovechan po y sobretodo, claro, dijo, acá tengo de todo!, acá tengo la casa de soto!... casa, comida y poto! [ríe], la casa de Soto, casa, comida y poto!..”

Como es posible apreciar, encarnar una posición fuerte conlleva a las entrevistadas varios costos: por una parte, tener una particular relación con su cuerpo, en tanto establecen una relación de *pseudoanestesia* con el dolor físico, asociado a la sensación de perder parte de su identidad femenina. Con respecto a la relación con otros, ser fuerte implica ser autónomas al límite de quedar solas, o que otros *se aprovechen* de su esfuerzo.

El segundo eje de la categoría “sensaciones con respecto a sí mismas” alude a las sensaciones negativas. Esta categoría se divide en 8 ejes, que veremos a continuación:

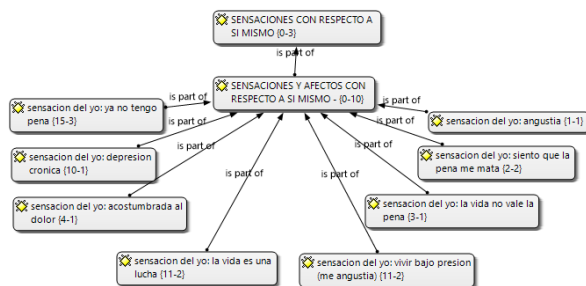


Figura 64

El eje “ya no tengo pena”, como es posible inferir, tiene relación con la categoría “soy fuerte”, en la medida que las penas afectivas ya no se sienten. Sin embargo, este *ya no tengo pena*, esconde efectivamente una vivencia aun presente de padecer pues aparece bajo la forma de una racionalización del dolor o una defensa frente al mismo. Se trata de una pena que se siente, pero que las entrevistadas no se permiten sentir: “E: el que tu mamá haya consumido, te perturbaba en algo cuando consumías?/EM22: no, tampoco... porque si me hubiera afectado habría estado consumiendo desde los 12 años..”

“E: como era su relación con él [padre que la rechaza desde niña]?/EM41: nunca tuvimos relación y el día que murió a mí me dio indiferencia total, o sea, lo sentí más por mi hermana porque ella sí estaba destruida”.

Como es posible ver en ambas citas, la categoría “ya no tengo pena” revela la presencia viva de la pena de las entrevistadas con respecto a algún antecedente biográfico, pero este dolor aparece únicamente bajo la forma de una negación, por lo cual *no se siente*. En su reverso, la categoría “depresión crónica” muestra como las entrevistadas, pese a que niegan cualquier clase de dolor frente a hechos dolorosos de sus vidas, asumen una tristeza vital como afecto

basal. Es como si estuvieran tristes todo el tiempo sin razón, a causa de nada o a causa de todo, no hay niveles intermedios: “EM71: me aburro, eso me pasa, a mí me aburre todo, no me entretiene nada, a mí no me entretiene la música, la tele nada. Todo me aburre/E: pero cuando dice me aburro es como una sensación de ... como de infelicidad, no?/ EM71: sí, sí... sí y con la cocaína lograba estar bien, andaba súper bien, contenta”

“E: por qué quiso morir?/ EM82: porque estaba triste, yo sufría una depresión ... siempre he sufrido una depresión/E: y por qué?/ EM82: no sé, yo creo que por lo que he vivido...”

Las categorías “la vida es una lucha” y “acostumbrada al dolor” dan cuenta de dos caras de esta misma moneda, en la medida que revelan cómo las entrevistadas sienten que vivir es sobrevivir, a la vez que esta condición ha sido tan habitual para ellas que prácticamente no sintieran los costos de vivir sufriendo: “E: por qué estuvo 10 años con él [hombre que la maltrata]?/ EM52: porque al final.. uno es.. uno es como un animalito de costumbre.. el animalito de costumbre, cuando le dan de comer y la tratan un poco bien... y después quizás la tratan mal, pero quizás uno piensa que pucha, quizás algo, algo hice... es como, es como un acostumbramiento tonto que uno tiene..”

“EM11: (hablando de porque mantiene relación de violencia intrafamiliar) yo no quería que los pasaran a llevar (a los hijos), por eso me decía voy a aguantar, voy a aguantar por mis hijos, aguanté todos los años que aguanté con él, por el bienestar de mis hijos”.

Como vemos, la *lucha* y la *costumbre* a esta forma de sobrevivida implica la mayor parte de las veces vivir manteniendo un vínculo destructivo con otros. Este punto fue abordado en “relación al objeto: pareja”. Lo relevante a destacar aquí, es que *luchar* permanente, esta *depresión crónica*, este acostumbramiento al dolor, formas usuales de sobrellevar la vida, a momentos se vuelven intolerables, y entonces: “siento que la vida no vale la pena”, “vivir bajo

presión me angustia”, “la pena me mata” y “angustia”. Estas cuatro categorías muestran las formas en que las entrevistadas cortan con los mecanismos usuales de sobrevivencia; en esos momentos, como vemos, el afecto predominante es la angustia (“vivir bajo presión me angustia” y “angustia”) y se articula a la muerte como la principal forma de salida y descanso a su padecer (“la vida no vale la pena”, “siento que la pena me mata”). Veamos esto en una cita: “E: [hablando de su intento de suicidio] por qué el sufrimiento es tan difícil para usted?/ EM11: es que yo no lo soporto, no lo.. no lo puedo soportar ... sin nada [droga], siento que la pena me mata, me mata más, y no quiero sufrir, digo yo entre mí, no quiero sufrir.. y esto [droga] me ayuda a no sufrir...”

Tal como vemos en esta cita, la *presión aquí se hace insoportable*, aflora la angustia, la *pena mata* y es *preferible morir*. Este circuito de asociaciones se repite en las entrevistadas, en particular cuando relatan sus intentos de suicidio. Los detonantes que el equilibrio precario que mantienen se destruya, en general tiene relación con las pérdidas de parejas e hijos, como vimos, los sujetos que tienden a ser ubicados por las entrevistadas como soportes de la subjetividad. En la misma línea, la abstinencia de la sustancia genera igualmente descontrol y deseos de morir.

5.1.5.1.3.- Sensaciones con respecto al cuerpo propio:

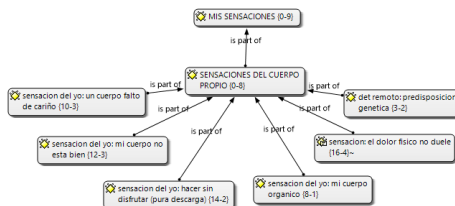


Figura 65

Esta categoría refiere a las sensaciones que las entrevistadas refieren respecto de la vivencia de su propio cuerpo. El primer eje de esta categoría, muestra cómo biográficamente sienten que sus cuerpos han sido tratados de forma escasamente afectiva: “EM22: a mí, no me daba cariño, sí me andaba retando, me andaba pegando... ella nunca nos enseñó a estudiar, sino es porque los profesores me pescaron, iba... yo repetí dos veces tercero básico porque no sabía leer, sino es porque una profesora de diferencial me pescó y me enseñó a leer, no hubiera aprendido nunca../E: o sea, ella en el fondo?/EM22: ella en el fondo nos alimentaba, no nos enseñaba”

Tal como señala EM22, la crianza es percibida como una actividad que responde únicamente a la satisfacción de las necesidades básicas del cuerpo, no se trata de una actividad sentida como ejercida con placer. Las entrevistadas suponen del rol materno la entrega de este cariño, y porque no lo reciben de los cuidados de sus madres, se sienten entonces en carencia: “EM32: no me acuerdo que mi mamá nos tuviera un hábito de darnos la comida a cierta hora, a cierta hora todos los días se bañan... como son las cosas normales, mi mamá nunca hizo esas cosas../E: y quien las hacia?/EM32: las hacia pero desordenadas... era como... a veces se bañan, a veces almorzábamos a una hora... tengo una tía que recuerdo que ella siempre, siempre me ayudaba a hacer las tareas, ella siempre vivía pendiente, yo le decía mamá de mentira... ella siempre estaba pendiente de mí, porque a mí me iba bien en el colegio, que por favor me potenciaran... ella siempre estaba preocupada.. no siempre, porque no la veía siempre, pero ella estaba preocupada de esas cosas”

Tal como dice EM32, es de la madre de quien se espera esta preocupación, el rol materno implicaría ejercer una preocupación afectuosa por los hijos. A falta de madre, EM32 tiene una *mamá de mentira*, pues ejerce esa preocupación, pero *no siempre, porque no la veía siempre*. Esta carencia afectiva que caracteriza sus cuidados desde pequeñas, conlleva que las

entrevistadas sientan como una característica encarnada en su piel esa “falta de cariño”:
“EM11: yo le digo [a la madre], tú sufriste mucho, por qué no nos diste el cariño que tendrías que habernos dado?.. yo he sufrido y le he dado harto cariño a mis hijos, porque yo no he querido que vivieran lo que yo viví.. de estar falta de cariño, porque puras zumbas eran para mí po..”

EM22 habla de su estado habitual como *estar falta de cariño*, como un estado que pasa a ser la forma en que se vivencia el vínculo hacia otros, desde la carencia. Además, refiere lo doloroso de este estado, pues ha intentado darles otra experiencia vincular a sus hijos. Esta experiencia del cuerpo impide que se constituya a cabalidad un cuerpo en torno una experiencia erógena del mismo. Las siguientes categorías revelan aquello. La categoría “mi cuerpo no está bien” muestra cómo las entrevistadas tienden a hablar de sí mismas y sus afectos como consecuencias de una condición corporal; se trata entonces de un cuerpo que no está bien, no de un estado afectivo que incluso puede afectar el cuerpo: “EM41: ahora me hicieron los exámenes de la tiroides y varias cosas, porque tengo hipertiroidismo pero no me lo traté... eso influye en mi estado de ánimo, aparte que tengo el hígado graso”

“EM11: yo me levanto cansada, el cuerpo sin animo en la mañana, pero tengo que llegar a trabajar, tengo que ponerme las pilas..”

Como vemos en las citas anteriores, lo que las entrevistadas ubican como afectado es el cuerpo. Es el cuerpo, en su condición orgánica, el que afecta al ánimo y nunca viceversa. La mejoría, por lo tanto, pasa por una intervención directa al soma, no al campo erógeno: “EM72: yo pensaba que era diferente aquí [el tratamiento de rehabilitación], pensaba que me iban a tener durmiendo tres días, que me iban a limpiar la sangre...”

La categoría “mi cuerpo orgánico” muestra algo similar, en tanto revela como las entrevistadas hablan de cómo su cuerpo funcionaria con cierta independencia de la voluntad personal, como si el acontecer corporal no tuviera relación con los deseos de las entrevistadas: “E: usted sabía, me imagino, qué dañaba a su guagua (al consumir en el embarazo)?/EM62: sí po, tenía un mínimo de conciencia pero no, no estaba en... no estaba capacitada para que mi cerebro me hiciera ejecutar lo contrario..”. En esta cita es *el cerebro*, no la voluntad de EM62, aquel que induce al uso de sustancias en el embarazo y ella, subjetivamente, no está *capacitada* para poder manejarlo. Esta disociación entre la subjetividad y la corporalidad se mantiene en otros ámbitos, tal como lo muestran las categorías “el dolor físico no duele” y “hacer sin disfrutar”. La primera de ellas fue medianamente abordada bajo el eje de representaciones- lo no representado, por lo que sólo se dirá lo más relevante al respecto. En esta categoría vemos como las entrevistadas no sienten dolor físico, o no sienten el dolor físico en la magnitud esperable, cuando sería lógico que así fuera. Llama la atención que esta pseudoanestesia del cuerpo sucede en particular frente a eventos propios del acontecer femenino, aunque no exclusivamente, pero en todos los casos responde a mantener y fortalecer la imagen de sí mismas como “fuerte”: “EM21: [hablando del aborto que padece y le impide ser madre] me venía como un dolor, y andaba con el periodo muy fuerte../E: qué hiciste esas dos semanas?/EM21: me aguantaba po, tomaba ibuprofeno, pensando que eran dolores de regla no más...” “EM32: mi parto fue completamente natural, no tuve anestesia.. /E: no sentía dolor?/EM32: sentí las contracciones pero me dilaté en el tiempo justo, no necesitaron ponerme raquídea porque fue avanzando... empecé con los pujos, la niña venía súper bien, me pusieron solo anestesia local porque me tuvieron que hacer un tajito para que naciera, pero fue todo súper bien..”

Como vemos, tanto EM21 como EM32 no dan cuenta de sentir dolor en dos situaciones que las comprometen como madres, situaciones que se consideran generalmente como dolorosas por el común de las mujeres. Como hemos visto antes, esta condición se suma a la posibilidad de tomar una posición de *fuertes*, con respecto a otras mujeres y por ende, distintas al común de ellas. Esta disociación entre el cuerpo y el afecto encuentra otra manifestación en lo que revela la categoría “hacer sin disfrutar”, donde las entrevistadas señalan cómo muchas veces que hacen cosas para olvidar, para no pensar o simplemente para cumplir la tarea, centradas en el deber y no en el placer. Lo llamativo de esto es que esta forma de hacer las cosas es la primordial para ellas, y por ello el consumo de sustancias hace más llevadero todo que hacer diario: “E: Qué cree usted que la haría feliz?/ EM72: trabajar/ E: ¿la llenaba el trabajo?/EM72: sí, pero llegaba a la casa e igual consumía y todos los días era igual/E: por eso le pregunto, piensa usted que hay algo que pueda llenarla como la llena la droga?/ EM72: no sé, sabís?, no he descubierto eso todavía.. en serio, no te puedo mentir, decirte o inventarte cosas porque puedo dejar de consumir y mis hijos van a estar contentos!, felices!, pero yo... en mí, no... no he descubierto eso todavía”.

EM72 comenta inicialmente que lo único que la llena es la droga, a lo que yo pregunto acerca de qué piensa ella que la haría feliz. Su respuesta es clara: *no he descubierto eso todavía*. Aunque puede referir la acción de trabajar como algo que le causa cierto placer, aparentemente este placer tiene relación con la posibilidad de satisfacer a los otros, no con el auténtico placer que implica cualquier actividad que compromete subjetivamente a alguien. Se trata entonces de un hacer las cosas sin placer, con el mismo desgano con el que fueron criadas, *sin cariño*. Es la falta de cariño, la ausencia de ser tratadas desde el deseo por el otro, las que ha impedido que ellas encarnen un cuerpo erógeno, capaz de sentir placer en el

quehacer cotidiano, en el contacto con otros, significar el acontecer físico en torno a los afectos, simbolizar el dolor físico propio a la condición femenina, etc. *Sin cariño* se han quedado entonces.

La última categoría, “predisposición genética”, alude al esfuerzo subjetivo que hacen las entrevistadas por explicar ciertas condiciones de su actualidad en ausencia de referentes, justamente por los enigmas o respuestas negativas respecto de su origen, y por ende terminan aludiendo una condición emocional a una condición heredada, pero no es claro de parte de quien. Por ejemplo, luego que EM41 me habla del abuso sexual, de la ausencia de su padre y de los enigmas acerca de su nacimiento, yo pregunto: *siente que tuvo algo que ver (el consumo de alcohol como consecuencia del dolor vivido en la infancia)?/ EM41: sí, sí tiene que ver.. yo creo que fue, como te decía, primero la genética, la predisposición.../E: de quién?/ EM41: del alcohol/ E: pero quien tomaba en su familia?/ EM41: no, la que llevo dentro de mí... en mi genética yo siempre pienso que fui, yo nací rebelde”*. La ausencia de referentes con quien establecer un vínculo de filiación trae como consecuencia que este esfuerzo se vea truncado y se recurra a la genética, a la herencia, al cuerpo concreto como único espacio donde poder reconocerse como parte de una cadena familiar.

5.1.5.1.4.- Sensaciones con respecto a la sexualidad:

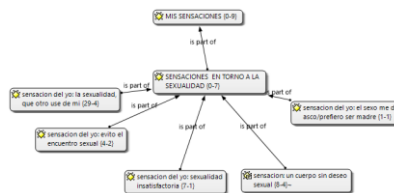


Figura 66

Con respecto a las sensaciones en torno al encuentro sexual, los discursos se distribuyen bajo cinco ejes. El primero, “la sexualidad, que otro use de mi”, da cuenta como el encuentro sexual implica para las entrevistadas siempre tener que ubicarse en la posición de objeto de goce para el hombre, sea porque sus experiencias sexuales han sido abiertamente situaciones de abuso sexual, sea porque sus vinculo de pareja conllevan una vida sexual violenta o carente de placer para ellas: “E: por qué usted no lo pasaba bien?/ EM72: porque era de esas personas que piensan en ellos y uno queda igual, y es como usarla no más a uno..”

Tal como dice EM72, se trata de una *sexualidad insatisfactoria*, pues las entrevistadas no hayan placer en el encuentro con sus parejas. La sexualidad siempre implica una connotación violenta, en tanto no está destinada al placer de la mujer: “E: cómo ha sido su vida sexual?/ EM92: buena y tranquila, por ejemplo mi esposo, él nunca me pegó cuando hacíamos el amor, no era de esas relaciones sadomasoquistas donde se pegan ni nada de eso. Las 50 sombras de Grey, para mí, es nuestra historia..”

Tal como señala EM92, al negarlo, refiere una relación de tinte sadomasoquista con su marido, pues “50 sombras de Grey”, novela sobre sexo sadomasoquista, *es nuestra historia*. El encuentro sexual en general es denotado como algo desagradable para las entrevistadas, por lo muchas de ellas asumen que lo evitan (“evito el encuentro sexual”): “E: de alguna manera, estar embarazada le permitia a usted no tener que enfrentar este espacio de encuentro sexual con un hombre?/ EM82: sí, sí, yo siempre me cuidé..”

“EM81: lo que hacía después, yo me acostaba con mi hijo para que él (pareja) no me molestara/E: para que no buscara intimidad con usted?/ EM81: sí, porque él me obligaba..”

Estas citas muestra dos puntos relevantes. El primero, la vivencia del encuentro sexual es para EM81 un hecho involuntario, “obligado”, que evita refugiándose en el hijo. Para EM82 es algo

de lo que debe incluso “cuidarse”, “protegerse”. El segundo punto relevante y al que remite la categoría “el sexo me da asco, prefiero ser madre”, es que las entrevistadas evitan el encuentro sexual poniendo como resguardo entre ellas y los hombres, directamente al hijo o su función maternante: “EM72: a mí no me gustaba que me tocaran porque después mis hijas tomaban pecho, como iba a estar dejando que me tocaran y después ir a.. aunque uno se duche siente la sensación de.. yo soy escrupulosa, no voy a dejar que me toquen y después ir a darle pecho a mis hijas”

El desprecio por el sexo es tal que en algunos casos las entrevistadas señalan abiertamente que incluso carecen totalmente de deseo sexual (“un cuerpo sin deseo sexual”): “E: estuvo 10 años casada sin relaciones sexuales?/ EM41: claro/ E: usted tenía otras personas?/ EM41: no, no tenía.. sabes que siempre me pregunto como pude estar 10 años sola y sí, los duré, nunca fui infiel, no puedo hablar por él pero no.. fue como que me anulé, me anulé profundamente ...”

Esta cita revela varios puntos relevantes. Como es posible apreciar, existe el ideal acerca que el encuentro sexual implique efectivamente un encuentro. Dado que ello no sucede así, como hemos visto, pues las entrevistadas se sienten primordialmente *utilizadas* por los hombres como objeto de satisfacción en el momento del acto sexual, entonces se opta por una posición de abstinencia sexual. Sin embargo, esta abstinencia no sólo responde sólo a una falta de deseo sexual, sino que por sobre todo a una anulación del sí mismo. Las entrevistadas renuncian al encuentro amoroso, afectivo con otro, y como aquello ha sido el soporte de su subjetividad, esta renuncia implica una anulación de si mismas, quedando *anuladas* como EM41 o *utilizadas*, como dice EM62: *como que uno se siente utilizado.. como que uno se siente utilizado porque se preocupan más de la satisfacción de ellos que de uno..*

La sexualidad entonces es insatisfactoria en la medida que las entrevistadas no logran una posición subjetiva en el acto sexual, consecuencia de una posición de sometimiento hacia el otro, que a su vez es fruto de la dependencia afectiva que sostiene el vínculo.

5.1.5.1.5.- Sensaciones con respecto a la maternidad:

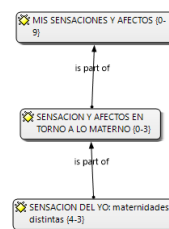


Figura 67

Tal como vimos en la categoría “relación al objeto”, el eje sensaciones de la maternidad reitera lo ya dicho: hay dos tipos de maternidades, una buena y otra mala. Es por eso que hemos englobado estas inicialmente bajo la categoría “maternidades distintas”. Maternidades distintas muestra la dicotomía, la escisión entre ambos tipos de maternidades. No se trata de una maternidad que integre aspectos positivos o negativos, sino que se instalan dos formas de ser madres, totalmente opuestas y que incluso difiere según el deseo con que se ubica al hijo: “EM41: (cuando nació el primer hijo) se me cayó el mundo, no lo podía creer, me decían abrácelo, abrácelo!, yo lloraba, lloraba, nunca tuve esa conexión como con la Javiera... no sé porque suceden esas cosas.. fue diferente y después, me costó, me costó mucho esa maternidad [...] /E: por qué con la Javiera fue distinto?/ EM41: porque la Javiera es la hija del amor, es la nena... desde el día uno que supe que estaba embarazada, fue súper diferente, una niña muy amada, muy amada, muy inteligente.. ahí yo creo que puse todas mis energías en ser buena madre”. El caso de EM41 ilustra claramente estas dos formas de maternidad, una en la que “se cae el mundo”, “no hay conexión” y “es una maternidad que cuesta mucho” y la otra,

donde el hijo es muy amado “porque es hijo del amor”. En este tipo de maternidad, uno puede poner “todas las energías en ser buena madre”. Con respecto a este último tipo de maternidad, que llamaremos “maternidad buena”, vemos que las sensaciones se dividen bajo dos ejes:

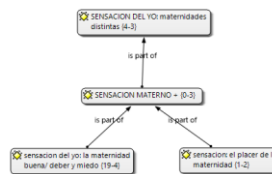


Figura 68

La “maternidad buena, deber y miedo”, fue profundizada en la categoría “imperativos identitarios” de identidad actual, por lo que remitimos al lector a ese capítulo. La segunda categoría, el placer de la maternidad, es algo que es muy pocas veces verbalizado por las entrevistadas, pero que se deja entrever al hablar de sus hijos con afecto. Aunque la categoría “maternidad buena, deber y miedo” muestra como las entrevistadas tienden a ejercer el rol materno desde lo imaginario, desde el prototipo de la función y a buscar referentes externos a falta de referentes simbólicos que las guíen en el ejercicio del rol materno, podemos leer tras esta forma de encarnar la maternidad un placer centrado en el vínculo hacia el hijo: “E: qué te gusta de ser mamá?/ EM21: todo... proteger al... hay tantos niños que andan al... en la calle, la misma gente que esta metida, los niños en las drogas, todo eso..”

Tal como muestra la cita, el placer de la maternidad para las entrevistadas circula en torno al deber, en este caso *proteger...*, o se vuelve un indecible. Las entrevistadas en general no pueden referir bajo representaciones lo que ha significado para ellas el placer de ser madres, pero es algo que se infiere, que queda en el aire, que se entiende en las entrevistas aunque no lo pueden decir. Pensar que este vínculo, al ser afectivo y placentero, pueda ser para ellas algo indecible es relevante en la medida que se trata justamente de representaciones que no portan

pues, como vimos, sienten que no han sido deseadas por sus progenitores. La maternidad mala, como llamamos a las sensaciones negativas asociadas a la maternidad, se divide en dos ejes:

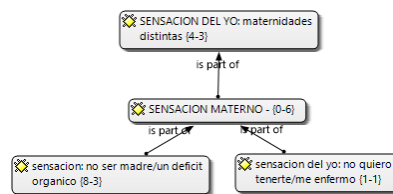


Figura 69

La categoría “no ser madre, un déficit orgánico”, revela como muchas veces el deseo de no ser madre sólo encuentra expresión bajo la lógica de una falla somática: “EM21 (tras el aborto espontaneo que padece) y ahora que llevaba no sé cuánto, seis años sin cuidarme, siete años, era como raro que todavía no quedara embarazada/E: por qué te costó tanto esta vez?/ EM21: según la matrona, eran las hormonas, que de repente la mujer no tiene tantas hormonas.. una cosa así”. Si en esta cita reemplazamos la palabra hormonas, por la palabra deseos, veremos cómo *de repente la mujer no tiene tantos deseos de ser madre*. Ello, sin embargo, sólo puede expresarse como una falla somática o un acontecer del cuerpo. Veamos otra cita: “EM61: [hablando del aborto que padece] “me caí, me caí de un piso en un suelo de loza en una casa antigua... yo estaba con hawainanas y estaba de la mano del papá de mi hijo, menos mal, porque él igual alcanzó a levantarme, pero me pegué en la cola. Me quedo un moretón en la punta de la espina dorsal y después empecé a botar sangre..”.

Lo impactante de esta cita, es que EM61 nace en condiciones de riesgo tras la caída de su madre embarazada de ella de una escalera. En este caso, lo que se evidencia es la repetición de los significantes referentes a su nacimiento que, tal como el de su hijo, es prácticamente un

trabajo de aborto, en vez de un trabajo de parto, podríamos decir. En el caso del hijo que esperaba EM61, lamentablemente éste nace muerto y la no maternidad se remite para ella sólo a un accidente fatal.

En la misma lógica, la categoría “no quiero tenerte, me enfermo”, muestra como el rechazo al hijo puede manifestarse como una enfermedad somática, y no como un deseo de muerte hacia él: “EM51: [al saber que estaba embarazada imprevistamente] empecé con vómito, mucho vómito, vómitos, vómitos, vómitos, vómitos, pero exageradamente con vómitos, hasta que el papá de mi hija me dijo ándate conmigo mejor, porque yo te cuido”. En esta cita vemos como EM51, frente a la noticia de gestar un hijo no deseado, vomita hasta que la pareja se hace cargo del hijo en gestación y de ella también. El soporte afectivo que él presta le permitirá a EM51 elaborar posteriormente un deseo respecto de ese hijo.

Ambas categorías muestran algo ya dicho en “representaciones: lo no representado”: el deseo de no tener un hijo es indecible. En rechazo radical a la maternidad y el odio al hijo no es algo que se pueda simbolizar; en su reverso, las manifestaciones de estos afectos aparecen en el cuerpo, como hemos visto hasta ahora.

5.1.5.1.6.- Sensaciones con respecto a la feminidad:



Figura 70

Las sensaciones de las entrevistadas con respecto a la feminidad se articulan bajo tres ejes: el primero, “una guía para ser mujer/madre” muestra cómo las entrevistadas refieren necesitar

de un Otro, en particular otra mujer, que las introduzca en una suerte de código femenino, que les permita interpretar y simbolizar su cuerpo. En contraparte, la categoría “nadie me enseñó este cuerpo de mujer” muestra justamente la carencia simbólica que las entrevistadas resienten, y que les impide encarnar a cabalidad un cuerpo femenino. Ambos puntos fueron abordados en el análisis de la categoría “imagen del yo”, por lo que remitimos al lector a ese capítulo. El último eje de esta categoría es “cuerpo de mujer, cambia mi ánimo” y remite a la forma en que las entrevistadas pueden interpretar su inestabilidad anímica como producto indeseado del acontecer somático femenino: “EM91: a veces lloro, a veces estoy triste, a veces tengo rabia, a veces tengo felicidad en mi corazón. Ahora por ejemplo, ando con la regla, entonces son días más sensibles que otros”. Pese a que esta forma de interpretar el ánimo es usual, se codifica igualmente pues es un elemento más que permite referir a las dificultades de simbolización del afecto y de la condición femenina.

5.1.5.1.7.- Sensaciones con respecto a otros:



Figura 71

Esta categoría revela como las relaciones en torno a los demás circulan entre dos polos: la total dependencia v/s el deseo de una autonomía radical. Estos polos, sin embargo, generan dos sensaciones que son siempre negativas para las entrevistadas: “tu ausencia es un desgarró” o “no puedo amar”. La primera de ellas muestra como la ausencia de aquel objeto que se ha transformado en el soporte de la subjetividad de las entrevistadas, generalmente la pareja,

hijos o la droga, genera en ellas un dolor que es similar a un desgarro, un dolor imposible de sobrellevar porque destruye la unicidad de la vivencia yoica. El sujeto pierde algo de sí cuando pierde al otro, y no cualquier parte de sí, sino que el centro, el eje de su existencia: “E: cuánto tiempo se desvandó?/ EM42: dos años, así brígido, dos años... desde que se fue la Javiera, sí... ahí caí en depresión, más que en el alcoholismo.”

EM52: “yo he tratado, de hecho, estoy tratando, pero que el Rodrigo me haya dejado, fue como que me hubieran echado una pala de tierra más encima, me entiende?..”

Las dos entrevistadas hablan de cómo sus recaídas han sucedido en momentos de pérdidas significativas. En esos momentos, las entrevistadas *se sienten morir*; tal como señala EM52, *me han echado una pala de tierra más encima*, pues ella pierde primero a su hija y luego a su pareja. Cada pérdida es *una pala de tierra más*, que cierra su tumba, que la da por muerta, que termina con ella. El dolor psíquico es tal que efectivamente mata: “EM52: estos cueritos se pueden sacar, esto es la psoriasis.. /E: se le rompe la piel, se le hacen llagas?/ EM52: de repente me salen yagas gigantes, hay veces que me ha tocado.. el año pasado, cuando se llevaron a mi hija, cuando recién me la quitaron... es que fue muy impactante lo de la niña../E: es un dolor que le rompe la piel/EM52: sípo, si se me veía.. bueno, ahora no, ahora ya la tengo más sanita..”

La posibilidad de salir de este dolor pasa por la ilusión de la autonomía radical, como hemos visto, que en este caso se articula a la manera de una frialdad afectiva. La categoría “no puedo amar” da cuenta de esto: EM91: “yo creo que han pasado tantas cosas que ya no... yo no puedo ya sentir eso... amar?, así como quien dice amar?... no..”.

Esta aparente imposibilidad de poder sentir afecto hacia otros genera la sensación de una coraza, de una protección frente a la vulnerabilidad en que las deja el abandono. Sin embargo,

las entrevistadas vuelven a relaciones intensas, simbióticas, pues requieren de otro que sostenga su subjetividad para existir. En estas relaciones muchas veces declaran tampoco sentir amor, pero se quedan: “E: alguna vez se enamoró?/EM72: no, nunca/ E: de un pololo por ahí?/ EM72: no/ E: y por qué se casó?/EM72: es que a mí de chica no me llamo la atención tener amigos ni amigas, hacia todo sola, siempre fui solitaria, hacia todo sola”.

EM72 habla de casarse, de estar en pareja, como algo que *hace sola*. Ella es quien en otro momento de la entrevista señala “me enamoré sola”. Y efectivamente, las entrevistadas no saben si lo que sienten es amor u otro sentimiento, pues oscilan entre el sometimiento al otro y la soledad. Enamorarse, como quien puede establecer un vínculo de intercambio reciproco de tipo amoroso, parece ser para ellas imposible.

5.1.5.2.- Sensaciones en torno al consumo:

El segundo eje de la categoría “sensaciones” son las denominadas sensaciones en torno al consumo y abstinencia de sustancias. Esta categoría se divide en dos grandes ejes: sensaciones positivas y sensaciones negativas:

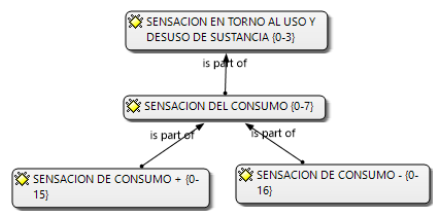


Figura 72

Dentro de las sensaciones positivas, encontramos tres grandes categorías: “sumar sensaciones”, que muestra cómo el placer del consumo se articula en torno a la suma de sensaciones, “quitar sensaciones”, que revela como el placer se torna en función de eliminar lo

displacentero, y sensaciones en relación a otros, que da cuenta de las formas en que las entrevistadas se sienten en relación a los otros significativos:



Imagen 73

La primera de estas categorías presenta 6 ejes. El primero de ellos, “pura sensación” da cuenta de cómo el placer del consumo se centra en dar mayor cualidad al plano sensorial en desmedro del campo representacional, al límite de llegar a ser este un placer que no encuentra palabras para ser representado. Se trata, sin embargo, de un placer sensorial que está en la mente mucho más que en el cuerpo, pero cuyo placer consta justamente de poner en pausa temporalmente a las representaciones: “E: físicamente, qué es lo que siente cuando consume?, podría describirlo?/EM31: no, no sabría cómo explicarlo a algo que usted conociera.. pero da, da distintas sensaciones, por ser la pasta base te pone rígido, así como duro, como dicen por ahí vulgarmente.. /E: y eso por qué es placentero?/EM31: eso no es placentero, eso te deja así como rígido, pero es la sensación....todo está en la mente, como acá (cabeza), el placer.. tú lo sientes así y vas fumando y va exhalando y (sopla).. es como rico, la sensación de.. de rigidez cuando ya te lo fumaste, y quedar con esa sensación de querer más, ahí es cuando quedas duro..”

La sensación placentera que genera el uso de sustancias, en general, tiene relación a sentirse *relajadas* y como esto se percibe en el plano sensorial, pues suspende el despliegue de

representaciones, se siente primordialmente en el lugar del cuerpo. Eso es lo que muestra la categoría “un cuerpo relajado”: “EM41: me gusta el sabor, el olor, el cómo me siento, me relaja, me hace flotar y después que me hace flotar, me duermo.. es una sensación súper rica que siento.. es como que estuviera suspendida en el aire y esa suspensión en el aire no te deja caer, solamente te mantiene y te hace flotar... eso”. Y tal como muestra la cita de EM41, la forma que encuentra el placer de ser explicado es mediante metáforas que ubican un espacio intermedio entre la realidad y la irrealidad, entre esta vida y otra vida; eso es lo que muestra la categoría: “salir de la realidad”: “EM52: por un lado (la cocaína) me ayudaba a salir de mi realidad... o sea, esa es la palabra exacta, salir de mi realidad... sí, porque yo pensé.. yo di mucho, imagínese que él de repente trabajaba, yo trabajaba como china, trabajé en Incal tres años, trabajé en Italmod tres años, trabajé en almacenes París tres años, construí mi casa, yo, yo, el deber de hacerlo un hombre..”.

En este caso, *salir de la realidad* es salir de la posición de tener que ser aquel del cual otros se aprovechan, salir de esta posición de autonomía radical que deja en absoluta soledad a quienes la habitan. *Descansar de la presión que implica la vida*, ese es el placer que permite el uso de sustancias. Esto es lo que permite “sentirme feliz”: “EM11: es la sensación po, la sensación emocional que estoy bien, que me siento feliz, contenta, soy otra.. no soy la... si me dicen mis hijos, tú cambias mucho... me siento contenta, no ando amargada, triste, no ando viendo que se preocupen por mi, no estoy ni ahí si se preocupan o no, que me hablen o no me hablen, me da lo mismo..”

El efecto esperado y placentero de la droga es este, poner en primer plano el campo sensorial por sobre el representacional, de manera tal que las sensaciones permitan al sujeto sentirse distinto. se trata de poner en la escena un afecto distinto del habitual. Entonces, suspender

temporalmente las representaciones tiene por finalidad eliminar las vivencias que les hacen sentirse vulnerables, tristes, padecientes de sus historias, víctimas de sus realidades. Las entrevistadas buscan no pensar en esos temas que recurrentemente dan vueltas en sus cabezas, el placer esperado es ese: suspender temporalmente este circuito de pensamientos y poner en su lugar una vivencia sensitiva que niegue la cualidad del afecto basal.

Para aquello, las drogas se eligen en función de los efectos que tienen sobre los pensamientos y, con ellos, sobre el afecto. Las entrevistadas coinciden en señalar que, por una parte las drogas tienen en este sentido un efecto similar; la gran mayoría de ellas permite suspender los pensamientos. Eso es lo que muestra la categoría “el efecto es similar”: “EM52: [la pasta base] es agradable, sí, es agradable, pero dura poco, tiene un efecto agradable pero dura poco.. la marihuana tiene algo parecido, pero uno tiende después a comer más y yo no estoy en condiciones de comer mucho.. y lo otro es que después me da sueño, y para una vida activa uno no puede andar así po, no puede estar durmiendo siempre”. Tal como afirma EM52, el efecto de las drogas se considera similar y la elección de la droga principales se hace entonces en torno a otros factores: la sustancia que trae menores consecuencias o malestares asociados, la que está más accesible, la que no engorda, no causa tanto sueño, etc. Las únicas sustancias que se consideran radicalmente distintas son las que traen asociadas a la intoxicación la irrupción de pensamientos y afectos displacenteros, esas se evitan pues no cumplen el objetivo de atemperar el afecto asociado a los pensamientos: “EM42: la marihuana me psicosea, me angustio, me siento perseguida, siento que vuelvo a la niñez y eso me hace pensar puras estupideces...”.

Bajo la lógica que todas las drogas cumplen un requisito básico para ser consideradas placenteras, que es el de suspender las representaciones, anestesiar el afecto basal y en ese

sentido *relajar la vivencia*. Se estima que utilizarse, por sus otros efectos asociados, las diversas sustancias según se desee activarse o descansar, y eso también depende de la intensidad que requieran afectivamente de sus efectos. Esto es lo que muestra la categoría “la droga según el ánimo”: “E: puede ser que la marihuana la usa cuando está más estable?/EM52: y la pasta base cuando estoy más depresiva y más triste, sí, porque sino no duermo...”. Tal como dice EM52, hay momentos en que por su pena, requiere una sustancia de efectos más potentes, para “poder dormir”.

Coinciden las entrevistadas que la mayoría de las sustancias, aunque sean catalogadas de estimulantes, tienen para ellas efectos hipnóticos. Esta posibilidad de detener las representaciones, parar al fin el pensamiento, sería lo que en todos los casos permite descansar y lo que se asocia al placer que las sustancias producen.

La categoría “quitar sensaciones” muestra como el placer de las sustancias se asocia también a la disminución o franca eliminación de afectos o pensamientos vividos como displacenteros. Esta categoría presenta 8 ejes, cinco de los cuales veremos a continuación. Los ejes “no pensar”, “no sentir”, “funcionar”, “soportar”, “libertad” muestran cómo lo que se busca en el consumo es, tal como se ha dicho, no retornar a representaciones que causan dolor psíquico. Esto es lo que muestran las categorías “no pensar” y “no sentir”: “EM71: yo no pensaba en nada más. no pensaba en que voy a hacer de almuerzo hoy, tengo que hacer las cosas, no... lo primero era que tengo que tener un paquete de cocaína, lo primero. Lo tenía y la motivación empezaba, empezaba a hacer las cosas, lavaba, hacia todo, nunca deje mi casa de lado..”

“EM11: eso me hace sentir bien, no me hace pensar.. yo con la droga no pienso, no pienso nada, no me dan ganas de pensar nada.. yo ando feliz, haciendo las cosas, para acá, para allá, me preocupo de limpiar.. no pienso en nada, nada de nada, nada me hace sentir mal..”. Como

vemos en las citas anteriores, aquello que las entrevistadas denominan no pensar, es en realidad poder pensar en sus vidas cotidianas, en su quehacer normal, sin la intervención de afectos y representaciones dolorosas, que impiden ligar las representaciones asociadas a las circunstancias presentes. La suspensión de representaciones que causa placer es la que refiere a las representaciones que causan dolor psíquico, no a todo tipo de representaciones. Es esa intromisión de pensamientos, que conlleva dolor psíquico, lo que se desea detener. En otras palabras, lo que las entrevistadas desean es poder pensar y sentir con respecto al presente, a lo actual, sin verse interferidas por afectos y pensamientos del pasado que inundan y perturban su existencia. Atemperar el afecto sería en otras palabras, la función a la que ayuda la intoxicación.

Las categorías “funcionar”, “ser fuerte” y libertad” muestran justamente cómo este sostén que otorga la droga, en la medida que permite una anestesia de los afectos, permite a las entrevistadas hacer lo que quieren hacer (“libertad”), lo que deben hacer (“funcionar”) y dejar de padecer todo el tiempo de sus miserias (“ser fuerte”): “EM41: porque yo me propongo metas, no es que yo este así en mi casa llorando y ya, me tomo un copete, no.. yo estoy pensando, mi cabeza está funcionando, que tengo que moverme para allá, moverme para acá, ir a la municipalidad, esto, esto, esto, así de movida soy, así de movida es mi mente, porque yo quiero hacer cosas, volverme independiente...”. Tal como muestra la cita, EM41 consume alcohol para poder pensar acerca de sí y sus proyectos. En ello es independiente, libre, *su cabeza siempre está pensando, funcionando* y no está en su casa llorando, es *fuerte*.

“EM11: yo con coca no pensaba nada, nada me hacía caer, yo era de hierro.. hacia lo que quería y hacia las cosas.. para mis hijos”

Este cambio en la condición basal, donde las representaciones dolorosas inundan el campo del pensamiento y los afectos, es sentido por las entrevistadas como un tratamiento efectivo y eficaz del pensamiento y los afectos. Esto es lo que muestran las categorías “alivio rápido”, “tratamiento por vía del cuerpo” y “mejorar”: “E: pero por qué cuando tiene pena y rabia, consume?/EM72: para salirme de la pena y la rabia.. y se sale, se sale, aunque uno no crea, se sale, se olvida.. igual, si yo estoy con un dolor, puedo estar enferma en cama, que ya no soy más de enferma, consumo un poco y se me quita toda la enfermedad.. y cuando no estoy consumiendo, me duele la cabeza, que me duele esto, que me duele todo, pero cuando estoy en consumo no me duele nada”. La cita muestra cómo EM72 asimila el uso de las drogas a un tratamiento médico, podríamos decir que consumir implica para las entrevistadas un tratamiento de los afectos y los pensamientos, por vía del cuerpo. Gracias a la sustancia mejoran, se recupera el aparato psíquico, porque nada duele, las representaciones se ordenan, se atemperan los afectos, se olvida al menos temporalmente. La eficacia de este tratamiento es que se salta el trabajo elaborativo de las asociaciones y permite una sensación rápida de alivio psíquico y emocional: “EM52: ... y todo lo malo que me pasó, que mi madre falleció, todo lo que se me juntó, se me nubló todo.. se me nubló la vista, se me nubló el panorama.. que opta por hacer uno?, lo más fácil, el camino más fácil, tomarse su copete para olvidar, drogarse para olvidar... y en cierto aspecto ayuda un poco, pero no soluciona el problema”.

Ahora revisaremos la última categoría de sensaciones positivas del consumo: “sensaciones en relación a los otros”. Esta categoría se divide en 5 ejes: “el mundo de la droga me es conocido”, al fin siento esa rabia que siento (madre)”, “estoy completa, no necesito a nadie”, “estar con ustedes” y “pertenecer al grupo”. El primer eje de esta categoría muestra como la inserción de las entrevistadas en aquello que ellas denominan “el mundo de la droga” se da siempre porque

éste es un ambiente conocido para ellas, es decir, encuentran ciertos referentes simbólicos en el ambiente del consumo que les permiten identificarse como una más del grupo. En algunos casos, como vimos en el apartado de “identidad”, la droga ha sido el único referente simbólico que las entrevistadas sienten que han recibido de sus progenitores, por lo cual consumir es encarnar un espacio otorgado en la línea de filiación: “E: bueno, cuénteme quien es usted, de donde viene, como es su familia, como fue su infancia?/EM71: bueno, yo vengo de una familia de traficantes, ellos traficaron toda la vida, desde que yo tengo noción..”. En este sentido, para las entrevistadas *pertenecer al grupo* es algo que sucede fácilmente, pues conocen los códigos, las formas de relacionarse, no son ajenas al ambiente del consumo: “EM41: yo creo que fue, como te decía, primero la genética, la predisposición/E: de quién?/ EM41: del alcohol/ E: pero quien tomaba en su familia?/ EM41: no, es lo que llevo dentro de mí.. fue eso primero y después la soledad, la monería, la junta y.. no tener el apoyo, no tener el piso que necesita un adolescente para.. pa que te guíen por un camino po..”

Como vemos en las dos citas anteriores, tanto EM71 como EM41 se definen como *hereditarias* del consumo. En el caso de EM71, el consumo es recibido como elemento simbólico en tanto es el oficio de su familia; en EM41 nadie de su familia consume, excepto el único padrastro que ejerce para ella un rol paterno, eso es lo que ella tiene “por genética, lo que lleva dentro de si”. EM41 revela además como los amigos dan el “apoyo, el piso que te guía” y del cual ella carecía en la adolescencia.

Las entrevistadas encuentran en las relaciones centradas en el intercambio de droga, mucho más que eso, encuentran un grupo de referencia, encuentran un espacio de identificación, encuentran un lugar de despliegue de los escasos referentes simbólicos filiales que han recibido. La categoría “estar con ustedes” muestra que además el consumo de sustancias, al

atemperar los afectos, permite el encuentro con los otros significativos sin que invadan los afectos que generalmente impiden el encuentro: “EM92: es sólo para relajarme, para estar en buena onda.. yo pongo música, me pongo a hacer el aseo, pongo música a todo chanco, mis hijos me ayudan, mi hija barre, pasa la aspiradora.. son unos regalones los dos po!”. El efecto de la sustancia permite igualmente suprimir temporalmente esa necesidad que tienen las entrevistadas que otro haga las veces de un sostén subjetivo para ellas. El encuentro con el otro se torna únicamente eso, un encuentro donde ellas pueden al fin prescindir de los demás. En su extremo, las entrevistadas señalan sentir que no necesitan a nadie, eso es lo que muestra la categoría “estoy completa, no necesito a nadie”: “EM71: mi pareja, mi vida, mi todo era la cocaína.. yo no busque a nadie más, nadie más, todo era eso”.

Dentro de las sensaciones de placer del consumo entonces, está el logro de esta anhelada independencia. Es por esta anestesia de los afectos que el sujeto permite vivirse entonces también y finalmente como un sujeto separado de los demás, al fin como sujeto de deseo. Sin embargo, es también efecto del consumo que este efecto temporal falle, y la opresión afectiva entonces se manifiesta en toda su magnitud. Esto es lo que muestra la categoría “al fin siento esta rabia que siento (madre)”: “EM71: bien va pasando el tiempo y me voy drogando más, me voy drogando más... póngase usted, mi mamá me dice EM8, no vas a salir, yo, ya, bueno, y qué te importa a ti!, yo salgo no más!, palabras que yo buena y sana no le digo a mi mamá..”

Esta categoría no es declarada como una vivencia deseada del consumo de sustancias por parte de las entrevistadas, pero es categorizada bajo el eje de sensaciones placenteras pues permite una descarga, un desahogo, que para las entrevistadas en sentido finalmente como un alivio. De la misma manera, pese a que los contenidos que emergen no tienen exclusiva relación a la madre, se categoriza bajo este nombre en la medida que los más habituales y más agresivos

revisten una recriminación particularmente a la figura de la madre: “E: por qué no lo dijo antes [haber padecido abuso sexual en la infancia]?/ EM81: por vergüenza, por timidez, no sé.... No, es que mi mamá era muy buena persona, pero es muy llevada a sus ideas, muy cerrada, es que ella no tuvo estudios, ella no sabe leer ni escribir, ella no sabe expresar las.. hace cosas buenas, pero de expresarse no es muy.. /E: se lo contó a alguien?, a alguna de sus hermanas?/ EM81: no, sólo se enteraron hace dos años cuando me dijeron que lo fuera a ver a la cárcel [al hombre que abusa de ella] y yo ahí igual había tomado un poco y ... entonces como que me atreví y conté... y dije, no voy a ir a ver a ese...!.. y ahí me entendieron”.

Esta cita revela como EM81, pese a que señala no haberse descontrolado en torno a la figura de su madre, le recrimina haber tenido que ocultar la vivencia del abuso por tantos años. Lo que más llama la atención es que los contenidos que aparecen en general en las entrevistadas al estar en momentos de consumo, cuando finalmente cede esta anestesia afectiva y se da curso a los afectos dolientes, es que aparecen contenidos que recriminan a la madre, que hablan del afecto doliente que estas mujeres tienen respecto de sus figuras maternas y los concomitantes dolores que sufrieron a causa de su ausencia: “EM42: estaba copeteada, no estaba ebria.. y le dije, mamá, por qué no me responde sinceramente lo que siempre he querido saber?.. y me dijo, ya empezaste!, porqué cuando tomái te ponís tan insistente?!”

5.1.5.2.1.- Sensaciones negativas acerca del consumo de sustancias:

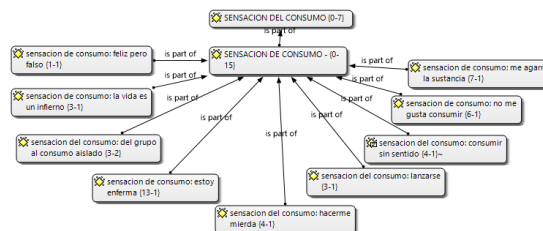


Figura 74

La primera categoría del eje sensaciones negativas del consumo de sustancia, es la categoría “feliz pero falso”. Esta revela cómo las entrevistadas sienten al estar drogadas una sensación de felicidad, que sin embargo es únicamente parcial, en la medida que esta felicidad tiene una connotación de inauténtica: “E: hay algún momento más o menos bueno con su madre?/EM72: momentos en que nos reíamos, lo pasábamos bien con mi mamá, nos reíamos, todo.. pero eso lo daba la coca”. En esta cita, por ejemplo, EM72 señala como los momentos de encuentro con la madre que se daban bajo los efectos del consumo, pese a ser agradables, no son auténticos: *los daba la coca*. En este sentido, la satisfacción que otorga el consumo es sentida como pasajera, como ilusoria, como irreal, como un momento de placer que se despliega en un fondo de displacer.

La segunda categoría, “la vida es un infierno”, muestra como el consumo de sustancias, pese al placer que otorga, genera igualmente vivencias de displacer y de abierto padecer: “E: disfruta drogarse?/ EM71: el primero, el primero, cuando me pego el primer saque disfruto, pero después es pura angustia, es pura angustia, angustia, angustia de consumir, más, más, más, más..”. El consumo genera sensaciones desagradables, *angustia, pura angustia*, y consumir pese a estas consecuencias, es lo que las entrevistadas consideran una dependencia: “EM72: ellos saben el grado de drogadicción que yo tengo, o sea, ellos saben que yo estoy luchando y es una lucha terrible la que tengo yo porque ellos me veían diariamente. Yo no andaba en la calle, yo no tengo amigas, yo no es que dijera ya!, tengo una bolsa de cocaína y voy donde una amiga!, y me la tomo y me tomo una chelita y fumo y la paso súper bien y después vuelvo... nada, yo iba a comprar la droga o a cambiar las cosas que tenía y hacia las cosas, iba, volvía, iba, volvía..”. En este sentido, el consumo recreativo sería el consumo donde el foco está centrado en el placer que genera el uso de la sustancia y *compartir con otros* en un ambiente

festivo. La dependencia, en cambio, es un consumo solitario, un consumo compulsivo, donde el uso de la sustancia tiene por finalidad permitir una ilusión de represión de las emociones, que permite a las entrevistadas hacer la vida cotidiana, sin la intromisión de afectos o pensamientos dolorosos. El consumo, sin embargo, para mantenerse *normales*, debe ser compulsivo: *hacia las cosas e iba, volvía, iba, volvía*.

El pensar acerca de la sustancia, ocupa el plano representacional en los momentos en que la sustancia falta. Luego, el efecto de la misma permite olvidar afectos y representaciones más profundas temporalmente. La categoría “del grupo al consumo aislado”, muestra el tránsito entre la forma de consumo recreativa al consumo dependiente, en la medida que se abandona el espacio social recreativo para pasar a buscar una sustancia que permita una estabilización psíquica temporal: “EM41: cuando era adolescente, me gustaba porque me evadía, se me olvidaban los problemas y lo pasaba bien... después... era porque todos carreteábamos, todos éramos, como decíamos nosotros, los “cocinebrios”... es un rubro muy tóxico, muy tóxico, mucha, mucha cocaína, mucho alcohol.. y después, ya pasó a ser como una costumbre, un hábito, ya cuando ya fui teniendo como 23-30 años, ya se incorporó en mi vida como un hábito..”. Tal como señala EM41, el consumo se convierte en parte de su cotidianeidad y, en ese sentido, deja de tener el sentido inicial que se le atribuía: otorgar cierta cuota de placer. Esto es lo que revela la categoría “consumir sin sentido”, tal como igualmente lo revela la cita anterior: *consumir sin motivo, consumir por hábito. Consumir sinsentido* revela cómo esta experiencia se torna *insensata*, incomprensible para ellas mismas.

Las categorías “me agarró la sustancia”, “no me gusta consumir” y “estoy enferma” revelan los costos del establecimiento de esta defensa. *Me agarro la sustancia*, remite a cómo el lugar del sujeto pasa a ser ocupado por la sustancia, y la consumidora queda entonces a merced de lo

que la sustancia pareciera querer: “EM81: les compre una petaca y ahí caí.. es que cuando uno es alcohólica después no tiene que probar nada, porque vuelve a.. eso hace que uno siga, siga.. al probar de nuevo...”. En el caso de esta cita, vemos como no es que EM81 se proponga tomar, sino que el sólo hecho de probar el alcohol hace que ella *siga, siga*, sin poder responder por su cuerpo. La categoría “no me gusta consumir”, muestra justamente esto, que muchas veces las entrevistadas sienten que no consumen ya por gusto o placer, sino porque ya no pueden comandarse cuando quien está al mando es la sustancia: “EM82: yo no disfruto con el alcohol, no disfruto, no ando alegre... no... converso con la gente sí, otros temas... pero yo no ando alegre.. no es como cuando van a un pub, a escuchar música, bailar, cosas así, no... yo, lo único que ando, camino, camino, camino todo el día... después me siento en una plaza donde la gente que conozco, que sé que no me va a pasar nada y ahí es cuando llega el German o mi mamá a buscarme, yo no les hago ningún problema porque yo tomo pero no pierdo la noción, estoy consciente de lo que hago, entonces cuando veo que viene mi mamá, antes que me diga vamos, yo me paro..”. En la cita de EM82 vemos como ella relata su estado bajo los efectos del consumo. Tal como señala, EM82 *no pierde la noción*, esta consciente de sí y sus actos, pero *camina y camina* sin dirección a alguna parte, para detenerse al llegar a un lugar conocido donde sabe que llegaran a buscarla, a hacerse cargo de ella. EM82 en esos momentos, pareciera no comandar sus actos, sino que responder al deseo de Otro: la sustancia, que la hace caminar, o su familia, que la hace volver a casa. El *caminar, caminar*, es un acto ejecutado como mera descarga del aparato psíquico, sin cuota alguna de placer. Finalmente, la categoría “estoy enferma” muestra como este automatismo del hacer, hacer sin conexión al deseo, es sentido por las entrevistadas como el desarrollo de una enfermedad somática, la enfermedad de la dependencia, y entonces su actuar autómatas responde al malestar del cuerpo: “E: usted

me dice que la quería mucho a ella (hija)?/ EM41: la amo, la adoro/E: pero cuando le tocaba estar con ella, estaba con trago.. qué pasaba en usted?/ EM41: yo estaba muy alcoholizada... es que i consumo al final ya era físico, ya es tanto el consumo que al final es físico, mi malestar era físico..”

“E: por qué le habrá picado el bichito (de volver a consumir)?/ EM42: porque la tentación es tan grande, es una enfermedad po..”

La primera cita muestra cómo EM41 justifica estar en los momentos que le toca cuidar a su hija, bajo los efectos del alcohol. La entrevistada no asume su probable deseo de no estar con su hija, en cambio entiende su conducta de beber como un automatismo que no responde a su voluntad, sino que a una condición orgánica: *el consumo ya era físico*. Por su parte, EM42 señala, cuando habla de su deseo de consumir, cómo la tentación por el uso de sustancias no responde a la lógica del deseo sino que al de la enfermedad médica: *la tentación.. es una enfermedad*.

Las últimas dos categorías de este eje, “lanzarse” y hacerme mierda”, dan cuenta de la escisión que se establece entre mente y cuerpo. Ambas categorías muestran como finalmente el uso de sustancias tiene relación con perder justamente esa posición de sujeto de deseo con respecto a la propia vida, y entonces el consumo implica un proceso de destrucción de lo que se ha tenido o de lo que se ha sido. La categoría “lanzarse”, muestra la connotación física que conlleva este suicidio subjetivo; lanzarse remite al acto de perderse en el hecho de consumir, como si el sujeto se dejara caer, se *lanzara* fuera de sí, fuera del cuerpo, perdiéndose y dejando a un cuerpo despojado del sujeto, funcionando en el automatismo de consumir. La categoría “hacerme mierda” en cambio, muestra otra forma de escisión al interior de la vivencia subjetiva. Por una parte, al *hacerse mierda* las entrevistadas ubican la posición subjetiva en la

posición del agresor, mientras se utiliza como objeto al propio cuerpo, nuevamente como si cuerpo y mente no tuvieran relación. La cita a continuación presenta ambas categorías: “EM51: lo único que quise fue embriagarme más y hacerme mierda... sabe por qué?, porque, es una respuesta tonta pero como que éstos me tratan como que fuera una volá de mierda? , que no cuido a mi hija?, voy a tomar!.. es una cosa estúpida, pero lo he hecho [...] los tres primeros meses es una muerte en vida, era una zombie, no comía, no me levantaba... no quería nada, nada, no quería vivir..”

Por una parte, EM51 es un *zombie*, *no come, no quiere nada, ni siquiera vivir*. *Lanzarse* implica este estado que intersecta la vida y la muerte, funcionar como autómatas, sin deseo, sin apego a la vida, pero viviendo. A la vez, EM51 *se hace mierda*, en la medida que se identifica a quienes la odian y se agrede entonces como los otros la agreden: degradándose en el consumo, dándoles la razón haciendo de su cuerpo este *zombie* sin deseo. El consumo, en estos casos, encarna el suicidio del sujeto, manteniendo al cuerpo en el lugar del objeto.

5.1.6. Discursos acerca de la concepción subjetiva de tiempo:

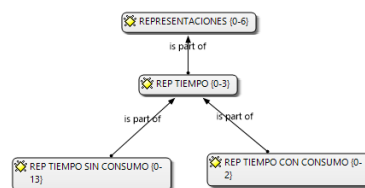


Figura 75

Los discursos acerca de la vivencia en las entrevistadas, se dividen bajo dos ejes primordiales: el tiempo sin consumo y el tiempo con consumo. Revisaremos cada una de las categorías en detalle.

5.1.6.1.- Discursos acerca de la vivencia del tiempo sin consumo de sustancias:

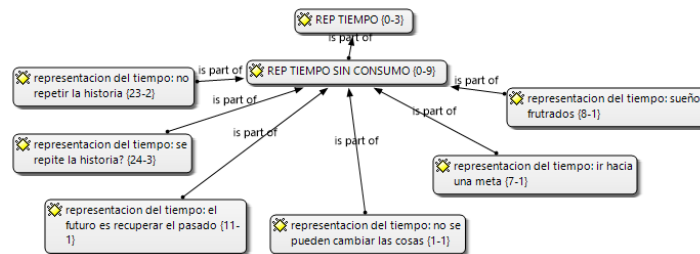


Figura 76

Las entrevistadas hablan de la vivencia del tiempo en la actualidad, bajo un eje primordialmente. este tiene que ver con la manera en que el pasado tiñe las relaciones y la percepción de la actualidad. El objetivo primordial de las entrevistadas, en la actualidad, es no repetir la historia vivida, en particular en lo que atañe al vínculo con sus hijos: “E: o sea, para usted, la carencia de cosas materiales fue muy marcadora?/ EM11: sí, siento que me marcó porque yo no quise que mis hijos pasaran por lo mismo que pasé yo, del hambre, de no tener para comer, ver que todos comían, yo no tenía para comer..”

“EM22: ya cuando tuve a mi hijo, yo cambié, prácticamente en todo/ E: en qué cambió?/ EM22: en el sentido de que quería saber cómo era ser madre, porque como yo no tuve a la mía, yo siempre dije que cuando yo tuviera a mi hijo, yo le iba a dar todo, le iba a dar amor, todo, ya que a mí no me lo dieron..”

Las entrevistadas centran sus vínculos a sus hijos particularmente en reparar la ausencia o negligencia materna. La ausencia de sus madres las ha expuesto al *hambre, al desamor*, a sentirse *diferentes a otros* y en desventaja. El vínculo materno es el espacio donde reparar sus propios dolores se tornaría posible. Sin embargo, sucede lo contrario a lo deseado. En general,

las relaciones a los hijos están teñidas de aquellos elementos donde las entrevistadas sienten que repiten lo peor de lo vivido:

E: usted me comenta su propia historia con su papá, y me habla de la diferencia en el trato y que eso le ha hecho pensar que usted no es hija de él... luego me comenta su propia relación con sus hijos, en donde hay una diferencia en el trato muy importante de parte de usted hacia ellos... que piensa de eso?/ EM41: a lo mejor le pasó lo mismo que a mí, dice usted?.. no lo sé, no lo sé, no lo sé..”

“EM72: yo soy muy parecida a mi mamá, muy parecida en hartos sentidos/E: en qué cosas, por ejemplo?/ EM72: en que en vez de que una mamá proteja a un hijo, el hijo te protege y con mi mamá pasaba lo mismo, nosotros la protegíamos a ella y me pasó lo mismo a mí, mis hijos me protegen y yo no a ellos..”

El trato a los hijos, lejos de ser reparatorio, replica el trato recibido por las entrevistadas en la infancia. En la primera cita, EH41 nos habla como las condiciones de su nacimiento han hecho propicia la duda acerca de la paternidad en su padre, y ello ha conllevado importantes consecuencias en el trato hacia ella, tanto de parte de padre como de madre. Ella a su vez, a su primer hijo, no lo cría pues no lo desea, posteriormente tiene una hija a la que cría y reconoce como tal. El primer hijo, como ella, es adicto y le reclama su abandono y desamor. EH41 no ve como replica con él la dolorosa vivencia que sintió ella desde niña. EM72, por su parte, reconoce la semejanza a la madre, en tanto ambas no logran desempeñar el rol materno; se trata de madres que son *cuidadas* por sus hijos, incapaces de cuidar de ellos, pese al daño que la entrevistada declara que le causó esta crianza materna. Reconoce la similitud pero no logra ver que ella es agente de lo que le acontece: ella reconoce que le ha pasado lo mismo que a su

madre, pero no que actua o decide de manera similar a como la madre lo hacía. Esta repetición del pasado, en otras palabras, sucede en las entrevistadas de manera inconsciente.

La categoría “El futuro es recuperar el pasado y reescribirlo”, nos muestra cómo, en muchos casos, la única posibilidad de pensar en el futuro pasa para las entrevistadas por reescribir el pasado, por solucionar sus temas pendientes: “EM42: se dice, dice la historia que él [supuesto padre] se enteró que mi mamá estaba embarazada de mí de dos meses y ellos estaban separados en ese tiempo.. y mi mamá se embarazó, no sé en qué momento, no sé detalles, y después ella le vino a decir que estaba embarazada y mi papá creo que agarró sus cosas y se fue, y siguió viendo a mi hermana, yo me acuerdo, yo veía a mi hermana que se iban y a mí me dejaban ahí po.. y nunca entendía esas cosas.. y después de grande yo confronté a mi mamá, pero nunca, si se lo va a llevar a la tumba!, si imagínate que unos días antes de venirme, yo estaba copeteada en la casa, pero no estaba ebria, y le dije: mamá, por qué no me responde sinceramente lo que siempre he querido saber?, me dijo, ya empezaste!, por qué cuando tomái te ponís insistente, le dije, por qué no me dice quién es realmente mi papá?!, o si soy realmente hija de los Zúñiga?!, y me dijo que sí, que sí, que la cortara, que ella se sentía tan mal que yo desconfiara de la palabra de ella y todas esas cosas y se puso a llorar, como siempre, porque siempre sale llorando y yo soy la mala..”

EM42 nos comenta como antes de entrar a tratamiento por su consumo de sustancias, le pregunta nuevamente a la madre aquello que *siempre ha querido saber*. La entrevistada ruega una respuesta sincera, pues la vivencia de niñez la ha dejado despojada de la vivencia de filiación paterna: *yo me acuerdo, yo veía a mi hermana que se iban y a mí me dejaban ahí po.. y nunca entendía esas cosas*. El rechazo paterno y el silencio materno han dejado una huella. La madre, nuevamente, no otorga la respuesta anhelada, nuevamente llora y entonces *de nuevo*

yo soy la mala y ella es la víctima. El problema de EM42 es que no puede cortarla, no puede proyectarse a futuro sin saber, si atar ese cabo suelto acerca de su origen. Sin esta respuesta, el tiempo es circular, una y otra vez vuelve a la pregunta *que siempre ha querido saber: quien es mi padre?*.

En la medida que el presente está teñido por el pasado, y el futuro no es posible sin un presente que repare ese pasado remoto, el tiempo se vive como estático, “no se pueden cambiar las cosas”. La misma EM42 nos lo dice: “con o sin alcohol es lo mismo, como que siento que esta es la vida que me tocó y punto, no hay nada más que solucionar, para qué darle tanta vuelta al asunto..”

“EM72: la última discusión que tuve con mis hermanas, le dijeron a mi mamá, es que tú la aguantai, le aguantai que llegue drogada!, y mi mamá les dijo, bueno, no puedo dejarla en la calle... entonces les empecé a gritar, a gritar, es que ustedes no me quieren, nunca se han preocupado por mí, yo me preocupé por ustedes cuando eran chicas y así me han pagado... entonces no sé que tanto hablan, y siempre pienso que no me quieren... desde chica que no me quieren, siempre fui utilizada/E: tiene que ver eso con el tema de su papá biológico, crees tú?/ EM72: mi papá que no conocí... me hizo mucha falta... yo creo que sí, que eso me hizo falta porque no estaría metida en la droga porque él es de una manera diferente/E: nunca pensó en buscarlo?/ EM72: no, no, pero mi esposo me dice siempre, me dice él es tu papá, tienes que buscarlo, volver a conocerlo, no importa..”

El tiempo estático, un tiempo que se ancla a un hecho del pasado y que por ello no tiene arreglo. EM42, porque la duda acerca de la paternidad condicionó cierto vínculo con su padre y su madre, vive *la vida que le tocó y punto, nada hay que solucionar*, como si entre ese pasado remoto y la actualidad no hubiera pasado tiempo, eventos, decisiones, etc. el presente esta

anclado irrevocablemente a ese hecho puntual. Igual sucede en EM72, el rechazo actual de las hermanas la hace sentir que nunca nadie la ha querido, que siempre ha sido utilizada, remontándose a la condición de ser utilizada por la madre para el tráfico de drogas. A la vez, la ausencia paterna la ha dejado despojada de una *vida sin drogas*, porque él era *diferente*. El marido le muestra a EM72 lo que ella cree necesitar para poder abrirse al futuro: *si necesitas conocerlo de nuevo, hazlo, es tienes que buscarlo para poder recomenzar. Ella por su parte, ni siquiera lo ha buscado, porque no hay esperanza de dejar de ser utilizada por los demás.*

La única posibilidad de proyección se articula en las entrevistadas como la realización de hechos concretos: “ir hacia una meta concreta”: EM72: “porque mis metas son seguir con el psiquiatra, ponerme a trabajar y ayudar a mis hijos por todo lo que no les he ayudado, porque mi esposo lleva años ya cargando con los niños y yo sin poderlo ayudar en nada..”. La proyección a futuro, nuevamente, como vemos, carga con reparar el pasado, pero esta vez el pasado que ellas han dejado como huella en sus propios hijos: *ayudar a mis hijos por todo lo que no les he ayudado*. El futuro personal entonces no carga sólo con el propio pasado, sino que con el *pasado que han marcado en sus hijos* como madres ausentes o *malas madres*, y en esa medida implica una responsabilidad mayor, excesiva, imposible. La presión por reescribir la historia desde cero, para ellas y para sus hijos. Cada vez que se intenta vivir, entonces, lo que aparece es la frustración. La categoría sueños frustrados nos muestra como, por esta presión, la proyección al futuro se torna un imposible y se tiende a repetir nuevamente lo que no se quiere revivir: “EM32: quedé en la universidad católica del norte y no pude seguir estudiando porque conocí al papá de mi hija y me quedé embarazada y eso fue súper fome, súper triste y súper penoso porque quedé embarazada, se fue todo a la cresta, yo quería estudiar, quería estudiar y ahí hubo un cambio muy grande en mi vida, mi papá dejó de mirarme como una

hija..”. EM32, tal como su madre, se embaraza temprana e inesperadamente. Su deseo de no ser como su madre, de despegar de la familia se ve truncado no sólo porque no puede estudiar, sino que además porque el *padre deja de mirarla como a una hija*. Con este embarazo no planificado, se va todo a la cresta, y el futuro se vuelve *fome, triste, penoso*, al igual que la experiencia de ser madre. Sin decirlo, la entrevistada hace pensar que la propia experiencia de la madre al tenerla fue igualmente *penosa, triste, fome*, y por eso la frialdad con que la ha tratado siempre. El padre *ya no la mira como a una hija*, la mira como la mujer que fue su madre, aquella misma que trunca los sueños de él cuando queda embarazada inesperadamente. El futuro se frustra porque reproduce elementos de la biografía que portan dolor y en esa medida, paralizan, no muestran salidas.

5.1.6.2.- Discursos acerca de la vivencia del tiempo bajo la lógica del consumo de sustancias:

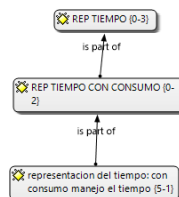


Figura 77

Las entrevistadas hablan del tiempo bajo el uso de sustancias bajo la categoría “manejo el tiempo”. Pareciera como si, bajo los efectos del consumo, esta sensación de tiempo estático, de eterna repetición del pasado y de imposibilidad de proyección al futuro, se abriera a nuevas posibilidades: “EM52: la droga que más me agrada es la marihuana.. en realidad ninguna, me quedo con el cigarro/E: pero de la marihuana, qué le gusta?/ EM52: que uno se ríe más.. en cambio con la pasta uno se queda para adentro, se le pasa el tiempo más rápido, se pasa el tiempo más rápido, queda uno más para adentro.. es más psicótica, pero tiene ese efecto

adictivo.. es contradictorio”. Irónicamente, pese a que EM52 declara que disfruta más la marihuana, consume *adictivamente* pasta base. Ese *efecto adictivo, más psicótico*, consiste en *acelerar* el tiempo, hacer correr la vida a otra velocidad, más rápido, para pasar de una buena vez por esta existencia que *les ha tocado*, sin presente ni futuro. Para pasar rápido por esta eterna repetición de lo mismo.

5.2.- Análisis de los discursos de hombres con problemáticas de consumo acerca del yo

cuerpo:

Los discursos de los hombres acerca del yo cuerpo nos permiten el despliegue de 6 categorías: “imagen”, “identidad”, “relaciones con los otros”, representaciones mentales”, “sensaciones” finalmente “representaciones acerca de la vivencia del tiempo”. A continuación analizaremos cada una de ellas en detalle:

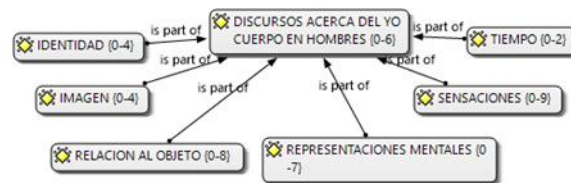


Figura 78

5.2.1.- Discursos acerca de la identidad:

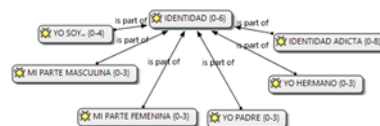


Figura 79

Tal como en el análisis de las entrevistas de mujeres, en el caso de los hombres la categoría “identidad” remite a la historia de relaciones e identificaciones significativas de los entrevistados. Los discursos de los entrevistados se dividen bajo seis ejes: “yo soy”, “mi parte masculina”, “mi parte femenina”, “yo padre” “yo hermano” y “yo adicto”. A continuación profundizaremos en cada uno de estos ejes:

5.2.1.1.- “Yo soy..”:



Figura 80

La categoría “yo soy” alude a la forma en que los entrevistados se definen a sí mismos, de forma directa o indirecta, pero da cuenta de aquello que pueden reconocer como propio, como parte de sí mismos. Esta categoría, a su vez, presenta tres ejes de análisis: “relación con la masculinidad”, “los límites de mi ser” y “yo con respecto al otro”. El primer eje, “relación con la masculinidad” muestra las formas en que los entrevistados se ubican en torno a una posición masculina, cómo conciben lo masculino y como pueden encarnar aquello que define su posición sexuada de sujeto. Esta categoría, a su vez, presenta 5 ejes. A continuación los analizaremos en detalle:

5.2.1.1.1.- Yo soy: “relación con la masculinidad”



Figura 81

Bajo este primer eje, veremos cómo los entrevistados sienten que no pueden posicionarse en un lugar masculino, sino como una respuesta a la pasivización en la cual se ubican generalmente en el vínculo. Lo masculino es ubicado en el lugar del ideal, y los entrevistados

desean fervientemente tomar una identidad de hombres. Esta identidad, sin embargo, al estar en el lugar del ideal, se vuelve un prototipo rígido, por lo que ser hombre implica ser *macho*, y aquello siempre es un *exceso* y se torna imposible. Pese a que nunca la posición masculina es algo que se encarna a cabalidad, veremos cómo este eje se torna relevante en la medida que habla de las dificultades de los entrevistados respecto de la posibilidad de encarnar una posición masculina, que integre sus diversos matices. Partiremos por analizar la categoría “un esfuerzo por recuperar mi lugar”; ésta muestra cómo la principal forma de encarnar lo masculino es para los entrevistados a través de una posición reivindicativa: “E: lo que usted llama rebeldía, es que a usted le da por salir, por..?/EH61: no, no, me da por hacer lo contrario... o sea, si ella [mujer] quería plata, no le doy plata, me entiende?, a eso le llamo rebeldía... si mi mamá quería que estuviera en la casa, yo salía... hacía lo inverso/E: ¿para qué?/EH61: no sé... a lo mejor para demostrar que soy fuerte, no sé... recién me estoy haciendo un autoanálisis... para demostrar que... evitar que me pisoteen, pero me pisotean igual../E: ¿quienes lo pisotean?, todos?, las mujeres?, la mayoría?/EH61: la gente en general, porque me han abusado hartas personas... yo no he sido así..”

La cita revela cómo al hacer lo contrario a lo que se le demanda, EH61 se siente al fin en una posición viril: *soy fuerte*. Sin embargo, la sensación basal del entrevistado es la de ser *pisoteado*, aclarando que ello se relaciona a que *lo han abusado* muchas personas. Aludir al abuso de la manera en que EH61 lo hace, *me han abusado*, asocia la vivencia de ser *pisoteado* a la vulneración que implica un abuso sexual. Y en este sentido, ser *pisoteado*, el estado basal que el entrevistado dice sentir, remite a un estado de permanente vulneración de su masculinidad. La relación a la masculinidad es entonces reivindicativa, no es algo que se sienta que se puede encarnar de forma permanente.

“E: ¿por qué [fue infiel]?/ EH71: por buscar nuevas aventuras, nuevas sensaciones, nuevas emociones... /E: ¿cómo es eso?/ EH71: no sé, uno de repente por sentirse más macho busca otra mujer, por sentirse hombre, cachai?..”. En esta cita, EH71 habla de la infidelidad como una experiencia que le hace sentir *nuevas sensaciones, nuevas emociones*. Estas *nuevas sensaciones* y *emociones* tienen que ver con *sentirse hombre*, por lo que se deduce que las sensaciones y emociones habituales remiten al no sentirse hombre. *Sentirse hombre*, además, para EH71, tiene que ver con sentir un atractivo hacia las mujeres ilimitado, irrestricto, que lo hace romper los compromisos simbólicos de fidelidad por el arrastre de la pulsión. Lo masculino para EH61, es *hacer lo que se desea*, y la única manera de marcar esta posición deseante tiene relación con contrariar a otros. Ambas citas revelan además que es frente a las mujeres que los entrevistados sienten amenazada su virilidad, es en torno a la mujer donde tienden a tomar una posición pasiva, y es frente a ellas que se sienten abusados. La cita muestra además que el único acceso posible a una posición de autonomía es mediante marcar la diferencia.

Lo masculino, entonces, es algo que los entrevistados anhelan encarnar pero no logran hacerlo propio, en la medida que siempre se expresa como algo ajeno. La categoría “hay algo malo en mí” da justamente cuenta de esta distancia, entre el *ideal de hombre* (fuerte, viril, encarnando el deseo sexual) y la vivencia de sí mismos, como sujetos incapaces de tomar esa posición y en esa medida, *impotentes*: “EM61: se fueron los dos viejos el año pasado [padre y abuelo], les pedí que me llevaran, me dijeron que no... por eso digo que no me quieren arriba, no me quieren abajo, no me quieren en ningún lado/E: ¿no lo quieren ni los muertos ni los vivos dice usted?/E: mi padre no me quiere, es un hecho/ E: ¿por qué eso es señal que su padre no lo quiere?, porque podría ser al revés, no?, que lo quiere vivo porque lo quiere../EM61: no... si él

me tiene que querer, pero yo llego a pensar que mi misión es que yo me voy a morir después que se muera mi madre..”

“EM82: por supuesto que me gustaría tener una pareja... pero la verdad de las cosas, para mí, tener una pareja, es como que siento... tengo que ofrecerle algo po!, a mi me dolería mucho tener una pareja que me quisiera y que supiera mis problemas, porque en el fondo es como que la voy a herir [...] es lo mismo, por ejemplo, un gallo que tenga sida y que no tenga pareja y un gallo que se busque una polola y tenga relaciones, es un daño eso que le hace, me entiende?... esto es parecido..”

La primera cita muestra cómo EM61 les pide al padre y abuelo muertos *que lo lleven*, morir con ellos, pero ambos se resisten pues *no lo quieren*. La interpretación que el entrevistado hace de este *quererlo vivo* es dejarlo condenado a una posición pasiva, por fuera de un vínculo que lo reconociera en su virilidad, en tanto queda condenado al servil trabajo de *velar por su madre* hasta que ella fallezca, esa es *su misión*. Por su parte, EM82 señala con respecto a la relaciones de pareja que él siente que *no tiene nada que ofrecer*, pues el hecho que las mujeres sepan sus problemas es equivalente a *contagiarlas* de una enfermedad mortal, *infectarlas*. El vínculo a la mujer entonces está prohibido, pues la entrega sólo conllevaría la infestación de ellas por efecto de él. Ambos entrevistados aluden sentir algo malo en sí mismos, y eso negativo se asocia a la dificultad de poder tomar una posición viril. EM61 queda efectivamente en una posición femenina, en tanto no puede ser parte de un vínculo filial que lo reconozca como uno más de los hombres de la familia. EM82 queda imposibilitado de relacionarse a una mujer, pues no puede tomar el lugar viril de *tener algo que ofrecer*.

La categoría “soy demasiado perfecto”, da cuenta de esta misma condición pero bajo la lógica de una defensa. Es decir, los entrevistados esconden esta vulnerabilidad que los feminiza,

exacerbando una identidad excesivamente masculina: *ser capaz, fuerte, poderoso, el más inteligente*, etc: “EM91: ahora, yo soy un trabajador del primer mundo, con todos mis estudios de ingeniería y toda esa cuestión me fuiiii....soy un obrero ultra calificado!, ultra!, puedo hacer cosas que... que ni otros se imaginan... también hay gente que me pide ayuda y también se la doy”

“EH61: esa es la cuestión, para otros no es importante, pero para mí sí, para mí es importante ir a la hípica y... ya!, si de todos estos hueones, ¿cuál puede?, porque yo tengo buena cabeza, aunque usted no lo crea tengo muy buena cabeza y le achunto a cosas que nadie le achunta porque no.. entonces, viste?, bien, bien, bien!, me dicen, cómo lo sabias?, me dicen!... eso.../E: que siente cuando está jugando?/ EH61: el deseo de triunfar, como que.. no sale nada de plata, no sale nada de plata y... ahhh!, gané!, o sea, como que por fin le gané a algo!, no sé si me entiende..”

Tanto EH91 como EH61 establecen una relación de comparación con los demás, y la exacerbación de sus virtudes les hace sentir poderosos: *al fin le gané a algo*. Este *al fin* revela, sin embargo, como la sensación permanente que presentan los entrevistados es la de perder, de ser vencidos, ser menos que los demás, ser *derrotados*. Es la comparación de la virilidad, en el sentido del tener aquello que los hace ser hombres, la que los hace sentir en desmedro: el *deseo de triunfar*, al como dice EM91, *al fin le gané a algo*. En este sentido, lo masculino se porta como una máscara, como algo que no se ha logrado encarnar, pero también como la mascarada femenina cuyo objetivo es esconder frente a los demás la falta.

La categoría “soy inmaduro” revela como esta imposibilidad de encarnar una posición viril se atribuye a dificultades en la madurez, como si de lo que se tratara es que los entrevistados *terminaran de crecer* para poder ser hombres: “E: oiga, ¿pero usted quería ser papá pero no

quería casarse?/EM32: sí, claro.... A futuro podría ser, pero... es que yo era muy inmaduro y hasta el día de hoy soy inmaduro... yo quería seguir viviendo mi vida loca por decirlo así y a la vez estar con ellos [mujer e hijo]”

“E: pololas, ¿tuvo varias?, ¿tuvo pocas?/ EH21: varias, pero no tantas... para lo guapo que fui de chico, pude haber tenido miles de pololas, peor yo era más bien caído del catre, era más bien pavo”

La primera cita muestra cómo EM32 no se establece en una relación de pareja donde señala estar enamorado y querer ser padre, porque es *inmaduro* y siempre lo ha sido, como si al crecer y madurar pudiera tomar una posición de marido y padre. Por su parte, EH21 habla de las pocas relaciones de pareja que tuvo como consecuencia de ser *más bien pavo*, atributo que alude a ingenuidad y puerilidad. Es decir, si hubiera sido *más maduro*, pudiera haber utilizado su gran belleza para atraer mujeres. Su inmadurez le impide tomar entonces esa posición de *macho*.

Hasta ahora, el conjunto de categorías nos muestra cómo lo masculino se ubica en el lugar del *ideal*, y entonces la vivencia de sí mismo, la identidad, siempre sale perdiendo, como muestra EH91 cuando habla de su necesidad de triunfar. El prototipo de masculinidad define *qué es ser hombre*, y entonces los entrevistados, al no poder nunca cumplir aquello, quedan en una posición que perciben femenina y que vivencian en desmedro. La categoría, “soy mal genio” da cuenta de cómo en algunos casos, los entrevistados se definen entonces desde la disconformidad de encarnar esta condición pasiva: EH62: “soy parco, apático, poco conversador [...] tengo mucha frustración porque no pude ser lo que quería mi padre... yo era el mayor y tenía que responder por todos, no estando él [padre] era yo el que seguía en la casa...”.

Tal como señala EH62, la forma de ser responde a la frustración de no poder tomar una posición viril y al deseo de reivindicación de aquello. En este caso, se espera de él una posición paterna en ausencia del padre, y no haber podido ejercerla es lo que llena a EH62 de frustración. El padre, para EH62 es el ideal de masculinidad, pues *mi padre era maravilloso, yo a mi padre lo idolatro y es cierto que me pegaba correazos, pero si no lo hubiera hecho yo sería una persona diferente*. Hay una exigencia del padre de EH62 para que él tome esta posición viril que, sin embargo, no logra encarnar. Esto llena de frustración al entrevistado, de rabia y de pena: *es que sabe, yo me quiero morir, todos los días, sabe que yo ando siempre infeliz, ando amargado, no le encuentro nada a la vida...* Esta identidad rabiosa es que la aparece cuando los entrevistados se revelan frente a esta condición que los pasiviza. Veremos más adelante que no siempre es la rabia y el deseo de reivindicación masculina aquello que define la identidad.

5.2.1.1.2.- Yo soy: “los límites de mi ser”:

El segundo eje de la categoría “yo soy” es denominado “los límites de mi ser”. Este eje revela cómo los entrevistados tienen dificultades para poder identificarse como sujetos separados de los demás, pues tienden a establecer vínculos donde ellos y sus otros significativos se confunden.



Figura 82

Los dos primeros ejes de análisis: “soy solo” y “no puedo solo” revelan los polos en que los entrevistados se mueven. Es decir, por una parte, se identifican con una posición solitaria, que

sin embargo no es equivalente a independencia o autonomía, sino que muy por el contrario, responde al sentimiento de abandono que perciben ha sido fundamental en el establecimiento de su personalidad. *Soy solo*, entonces, es una consecuencia indeseada, es un llamado al vínculo: “E: ¿qué disfruta hacer?/ EH51: lo que más me gusta hacer a mí es estar solo, estar solo, eso me agrada, solo, sin nadie, sin nadie al lado mío, eso... con una radio yo me conformo, soy feliz/ E: pero qué le gusta hacer estando solo?, por qué le gusta?/ EH51: no sé... porqué en realidad... no confío en nadie alrededor mío... o sea, perdí la confianza en la persona que más le había dado confianza, entonces ya... yo creo que todas las personas me van a jugar mal.. a mí eso me da felicidad, estar solo.”

Ser solos es algo con lo que han crecido y por ellos es algo que los entrevistados sienten como parte de su forma de ser; entonces, aunque esta parte de su identidad les cause padecer, no lo pueden evitar porque desde siempre *han sido solos*: “EH92: yo fui solo, solo me fui a meter a una cuestión, sólo pagué y seguí pagando en la casa, se fija?, solo, todo, todo... si por eso, yo me di el gusto de no sacar el título y habrá gente que dice, puta el hueón, tantos años de estudiar y no sacó el título!, nadie puede decir eso porque yo solo lo hice, solo me abrí oportunidades y si las perdí, las perdí por mi cuenta, yo no tengo que culpar a nadie..”. *Ser solos* es una identidad adquirida producto de las experiencias de abandono y decepción. Como dice EH51, pierden la confianza en otros porque estos otros les fallan, y entonces *hacer todo solo* es una consecuencia, no un deseo. La vivencia de abandono y desamparo que los conduce a esta identidad, es desgarradora, tal como se evidencia en el decir de EH92: *solo me abrí oportunidades y si las perdí, las perdí por mi cuenta, yo no tengo que culpar a nadie* (o “no tengo a quien culpar”, podríamos decir). Por su parte, la categoría “no puedo solo” reconoce la necesidad imperiosa del vínculo, el haber querido no ser *tan radicalmente solos*, y la manera en

que esta necesidad instala en la actualidad formas de vinculación a los otros que implican cierta dependencia:

“EH12: es que yo, estando en mi casa, por ejemplo, nosotros arrendábamos, siempre se arrendó en la casa, mi papá siempre arrendó, botó la plata... yo en ese momento trabajaba, pero no... tampoco me... no me había metido en una casa, no aseguré mi futuro, entonces ehh... que pasa?, mi señora me daba casa, todo!, todo, o sea, algo...”

EH12 nos relata inicialmente la sensación de incertidumbre que le genera no tener la seguridad en la infancia de donde vivir; señala igualmente su deseo de dejar de padecer aquello. No es capaz, sin embargo, de comprar por sí mismo una casa, o en conjunto a su mujer, sino que se refugia en su pareja en la medida que *ella me daba casa, todo!, todo, o sea, algo....* Todo/algo, recibir una casa para EH12 es recibir *todo*, esa seguridad anhelada, a la vez que *algo*, algo concreto, algo certero, como lo que no tuvo desde niño.

Esta tensión entre *ser solo* y *depender de otro* se revela en la categoría “yo soy nosotros”. Esta categoría muestra cómo los entrevistados se definen en una posición de extrema soledad y abandono, como vimos en “soy solo”, o simplemente confunden su deseo con aquellos a quienes aman, especialmente las mujeres relevantes de su vida. En este sentido, de forma similar a como vimos en las entrevistadas, aunque en el caso de ellas se trataba de sus parejas e hijos, los entrevistados varones tienden a ubicar a sus parejas, madres y principalmente a sus padres en el lugar de Otro que sostiene psíquicamente su subjetividad: “EH41: en mi historial como papá, todo el mundo me dice que soy un 7, no hay nada que decir... mis hijos son de los que dicen que aman a su papá, no es porque lo diga yo, no quiero parecer así pero... me encantaría quedarme en la casa todos los días jugando con ellos... me siento niño con ellos, jugamos juntos, hacemos... inventamos juegos, lo pasamos muy bien, mis momentos felices de

la vida son, son ellos y creo firmemente que si no estuvieran ellos, yo.... Y tengo un miedo de que crezcan sin mi... yo... eh... hace mucho tiempo que hubiera dejado de existir...”

En esta cita, EH41 habla del placer que le causa la relación con sus hijos. Este placer hace que EH41 pierda su lugar de padre para *sentirse niño, ser uno más* de ellos, queriendo siempre como uno más. Este placer, además, se vuelve rápidamente el sostén de su existencia: *si no estuvieran ellos, eh... hace mucho tiempo que hubiera dejado de existir*. Veremos en la entrevista que el miedo a que crezcan sin padre remite en el entrevistado, mucho más que a una posición de protección de los niños, justamente a la rememoranza de la propia posición como hijo. *Yo soy nosotros*, entonces, quiere decir que el yo pierde su identidad, para pasar a definirse en el nosotros, en este caso en el *nosotros los hijos*. Veámoslo en otra cita: “EH52: la muerte de mi mamá fue un dolor tan grande que todavía no puedo superar/ E: hace cuantos años fue?/ EH52: 12 años/ E: ¿qué es lo que no ha podido superar?/ EH52: las ganas de estar con ella, las ganas de estar con ella... nacer, criarse, crecer al lado de ella...”. En este caso, vemos como EH52 lo que extraña de su madre es primordialmente la función de sostén que hacia ella en torno a él; *yo soy nosotros*, en este caso, habla de cómo la identidad se sostiene gracias a la función de sostén que hace un tercero y que, como en el caso de EH52, también define su subjetividad: *nacer con ella, crecer al lado de ella, ser con ella*, podríamos decir.

La última categoría de este eje, “estoy medio muerto”, revela cómo la sensación subjetiva de los entrevistados, al estar sin esta función de apoyo que Otro cumple para ellos, es la de estar *medios muertos*, sin una parte de ellos: “EH41: de verdad que siento que al menos una parte importante de mí, cuando se murió mi papá, se murió con él...y... porque antes de eso, era una persona brillante, me iba bien en todo [...]/ E: ¿qué murió en usted?/ EH41: de partida la alegría, yo... si bien no soy el rey de la fiesta, pero sí era una persona mucho más alegre, eso se

murió así como instantáneamente... y el poder de... de analizar las cosas, yo antes era una persona súper objetiva, yo soy un ser racional... pero tengo un hoyo, un hoyo en mi corazón que no cierra...”

“E: ¿siente que ha sido feliz alguna vez?/ EH61: hasta que murió mi padre/E: ¿cuándo murió su papá?/ EH61: para el golpe (militar), ahí morí yo la primera vez/E: ¿ahí murió usted la primera vez?/ EH61....../ E: o sea, ¿usted está muerto?/ EH61: o sea, no... sí... soy prácticamente un muerto.”

Ambas citas revelan la necesidad de la presencia de un Otro real que actúe como soporte de la identidad, además de la sensación de haber perdido vitalidad al momento de perder este soporte. Con la muerte del padre, parte de los entrevistados *muere*. El padre *se lleva la alegría*, la vitalidad, *deja un hoyo que no cierra* y que los convierte en *prácticamente un muerto*. No es casualidad que en ambos casos este Otro sea relacionado inicialmente a la figura del padre, veremos cómo en la mayoría de los casos es el padre aquel que hace esta función de soporte subjetivo.

5.2.1.1.3.- Yo soy: “Yo respecto del otro”:



Figura 83

El ultimo eje de la categoría “yo soy”, remite a la posición que los entrevistados adoptan respecto de los demás en sus relaciones significativas. Aquello es parte de la identidad en la medida que toman un rol o una posición que los define y con la que se definen. Esta categoría

presenta cinco ejes. Revisaremos cada uno de ellos a continuación. El eje “soy demasiado responsable” muestra cómo los entrevistados definen su personalidad sin consumo como una forma de ser regida primordialmente por el deber, contraponiendo aquello al placer: “EH51: [hablando de las razones por las que recibe en sus últimos días al padre que lo abandonó desde pequeño] meses antes de fallecer, él se quebró la cadera allá en la otra casa [donde la amante] y el pago que tuvo fue que lo echaron, ya era un ser inservible y ahí tuve que recibirlo yo... porque yo dije, no po, no puede, yo no lo veo como... o sea, puedo tener todo el odio que sea pero no lo veo como un perro que lo vayan a tirar... a encerrarlo en un sitio, así que ahí decidí yo quedármelo, los últimos 100 días de su vida lo cuidé las 24 horas del día/E: por qué lo cuidó?/ EH51: es una cosa de principio, nunca me han enseñado a tratar mal a una persona de edad..”

“E: pero, ¿usted siente que eran muchas obligaciones?, eso?/ EH12: claro, es que mi señora es muy trabajólica... yo no le echo la culpa a eso (por tomar) pero era mucha rutina, yo todo el día con ella, no es que pasáramos peleando, pero no faltaban las rabias, entonces todo el día, todos los días la misma cuestión/ E: ¿será que faltaba una cosa de pareja?, algo así?/ EH12: de salir y compartir, no compartir el puro negocio no más... pero cuando trabajé de noche también, pero igual me afectó más porque me apegué más a la droga por la cuestión de trabajar y estar bien...”

En la primera cita, EH51 señala que cuida a su padre, que lo abandona de niño y hacia quien *puede tenerle mucho odio*, pero que cuida *por una cuestión de principios*, es decir, por deber; en la segunda cita, EH12 nos cuenta acerca de cómo su relación de pareja se ha convertido en una relación laboral, carente de espacios de intimidad, y por lo tanto una *rutina fome, todos los días lo mismo*. Señala igualmente que no es algo sólo del vínculo de pareja, pues al trabajar de

noche le pasaba lo mismo y entonces se pega a la cocaína, *por la cuestión de trabajar y estar bien*. El deber rige la conducta de los entrevistados, y entonces la exigencia implica hacer las cosas por responsabilidad en contraposición al placer. Vemos cómo los entrevistados se guían en su quehacer por el deber primordialmente, generando espacios de su vida abiertamente dolorosos o carentes de placer.

Tal como se ve en ambas citas también, la categoría “salvador” muestra cómo esta relación al otro centrada en el deber ubica a los entrevistados en el lugar de *excepción*. Al sacrificar una cuota de placer en sus vidas por lo que consideran correcto, quedan en relación a otros miembros como aquellos que *salvan la situación*, como aquellos a los cuales otros les adeudan. En la primera cita EH51 es, frente a su padre, el hijo que lo recibe pese al abandono y daño causado, el único que *no guarda rencores*. En el segundo caso, es EH12 aquel que salva a su mujer de la quiebra del negocio de ella, y desde entonces él renuncia a sus trabajos independientes para trabajar para ella. Esta posición de *salvador* en comparación a los demás, los ubica en un lugar *especial*. Se trata de sujetos que dan a otros más allá de lo que desean, pues la ganancia de aquello es recibir de parte de los otros un reconocimiento especial, o al menos eso es lo que se espera: “E: ¿qué es lo que le gusta [de su trabajo?]/EH82: ayudar a las personas, salvar vidas, ayudar a la gente humilde, de bajos recursos... si yo en la calle veo a una persona que está accidentada o algo, ande en auto o en micro, me paro y le ayudo [...]/ E: ¿qué de eso lo hace sentir bien?/ EH82: salvar una vida po, salvar una vida y yo como persona, porque me siento capaz de hartas cosas...”

El reconocimiento de otro, como vemos, devuelve una imagen de sí fortalecida y entonces la posición que toman en torno a la relación a otros es de total entrega. La categoría “mediador” muestra esta misma característica pero respecto de los conflictos. Los entrevistados señalan

ubicarse siempre en una situación de conflicto como *mediadores*, sin tomar partido, lo que nuevamente los ubica en un lugar de *excepción* y reciben un reconocimiento que les fortalece en ello. Esto, sin embargo, les impide hacer propio lo que desean o piensan: “EH41: tengo un medio hermano también, que cuando falleció mi papá y salió la posesión efectiva ahí supimos y, bueno, ahí fue otro golpe/E: ¿un hermano por parte de papá?/ EH41: claro... mis hermanos no han querido conocerlo... yo tomé ese rol de ir a conocerlo, me intenté hacer amigo de él, de entender su historia... se me sumó otra pena más... él me contó las pellejerías que tenía que pasar..”. Tal como vemos, para EH41 conocer este medio hermano que aparece al morir su padre, es *sumar otra pena más*, sin embargo, trata de *hacerse amigo* de él, de entender su historia. Es preferible para los entrevistados el desgaste que implica esta forma de relacionarse a otros, en la medida que otorga un reconocimiento y un sostén a la identidad. La categoría “soy adicto a todo” muestra entonces como la vinculación a los otros se vuelve una necesidad psíquica, pues es el reconocimiento que surge en el encuentro aquello que se necesita para sostenerse como sujeto, para sostener la vida psíquica: “E: qué es lo que pensaba de su hijo y su ex mujer en ese minuto [separación]?/ EH32: cómo estarán?, los echaba de menos... me sumergí, me sumergía cada seis meses, después que me sumergía los corría a ver.../E: ¿se sumergía en qué?/ EH32: en la droga, alcohol y mujeres/ E: ¿la droga, alcohol y mujeres estaban en el mismo estatus?/EH32: claro, prácticamente... yo a una pura niña le dije la verdad, yo le dije la verdad, que esto y lo otro, yo le conté porque me dijo yo te conozco!, yo he hablado con tu ex mujer y sé tu situación! Y eso me dejó para adentro... pero me llamaban hartas mujeres para que nos juntáramos, tenía hartas amigas con ventaja, por así decirlo/E: ¿por qué tantas amigas y ninguna relación?/ EH32: porque ... yo quería algo estable y no se

daba, no se daba, yo era el que cortaba.. pero estaba desesperado por estar con alguien, para tapar...”

En esta cita, EH32 nos cuenta acerca de su separación. En este momento, estaba *desesperado* por estar con alguien, *para tapar...* el dolor del duelo, diremos nosotros. Las mujeres y las drogas vienen a ser objetos de sostén subjetivo, donde el entrevistado *se sumerge* para pasar la pena. EH32 es en torno a las drogas y a las mujeres, otro sujeto, pues sólo a una *le cuenta su verdad* y sólo porque ella conoce previamente su historia. Su *verdad*, su dolor, queda entonces fuera de esta nueva identidad. EH32 con sus *amigas con ventajas* es un sujeto que no sufre, puede provisoriamente olvidar, olvidándose. Esto le permite sostenerse relativamente para cada seis meses volver a ser él y reencontrarse con la pérdida y el dolor del duelo. Su ex mujer y su hijo, entonces, se han llevado parte de él con su partida, y EH32 sin ellos requiere de mujeres y drogas para *poder ser alguien*, ser él.

El último eje de esta categoría es “soy humillado”, y habla de la principal forma de definirse en relación a otros de parte de los entrevistados. Hemos visto cómo para ellos tomar un lugar de excepción ha sido necesario en torno a constituir un espacio de reconocimiento. La relevancia de este reconocimiento surge porque el otro se torna un sostén subjetivo e identitario. Esto hace que los entrevistados se sientan dependientes de otros, pues requieren de ellos para poder reconocerse. Entonces, la falta de otros, la ausencia de su reconocimiento, es vivido como una *humillación*, pues saca a relucir justamente aquello de lo que ellos carecen, la posibilidad de sostenerse por sí mismos: “EH91: es que yo también me dejé pasar a llevar po... ahora último me he dado cuenta que más que mi fealdad, más que mi debilidad, más que todo, fue yo no haberme defendido porque sencillamente muchos tipos dijeron cosas de mí y yo no dije nada, no me defendí, me dejé pasar a llevar..”. En esta cita, EH91 habla de sí mismo como

un *tipo débil y feo*, pero el problema no es esto, sino que otros no le reconozcan algo positivo y *hablen mal* de él. La cita muestra cómo la vivencia subjetiva acerca de sí mismo es negativa, entonces cuando otros reiteran esta negatividad el sujeto simplemente no tiene nada que decir: *no me defendí, me dejé pasar a llevar*. Esta identidad de *humillado*, como es posible apreciar, remite siempre a la falta de hombría, de virilidad, a la imposibilidad de poder encarnar una posición cabalmente masculina: “EH22: mi papá jamás me dio un abrazo, jamás me dio un beso, jamás me dio un beso!... o creo que una vez me dio un beso en la mejilla, pero jamás me dijo te quiero, jamás me hizo cariño, me hizo regalos pero.. /E: ¿por qué cree usted?/ EH22: yo pienso que era para darme una formación más estricta, más de hombre, una formación más dura... espartana, pienso... pero de manera muy equivocada, porque yo soy una persona sensible”. En esta cita EH22 habla de no sentirse reconocido por su padre, y atribuye aquello a la posibilidad de darle a él una formación de hombre, *espartana*, a la que él no pudo ni puede responder, porque *es sensible*.

“E: ¿que sabe usted de su propio nacimiento?/ EH41: que mi papá encontraba que... que yo era muy tranquilito y le decía a mi mami, oye el EH41 es muy calladito... es que mi hermano es una persona muy histriónica, tiene un carácter muy fuerte... es todo lo contrario a mí, él es mi protector, a mí me pegaban en el colegio y él se metía”

“E: ¿cómo lo marcó a usted su padre?/ EH92: como un tipo derrotista, un tipo derrotista, de no hay nada más que hacer que esperar la muerte... y eso yo también lo tomé..”

En las dos citas anteriores, vemos como tanto EH41 como EH92 no pueden hacer propia una posición viril, sea porque se es *muy calladito* y hay algo malo en eso (a decir del padre), sea porque se es *derrotista, ya vencido*, como el padre. En las últimas tres citas vemos algo que se torna evidente en el conjunto de entrevistas: la identidad está marcada por el discurso paterno

y por la exigencia que este conlleva respecto de la toma de posición viril. Por una parte, los entrevistados declaran sentirse exigidos por sus padres respecto en torno a su masculinidad, articulándose ésta en el discurso paterno bajo la lógica del ideal de fortaleza, poder y virilidad. El exceso que implica entonces la masculinidad, en tanto aparece únicamente como un ideal y un imperativo, imposibilita la apropiación y encarnación de la misma. Los entrevistados, bajo estos parámetros, siempre quedan definidos como *poco hombres, humillados*, primordialmente a ojos de la mirada paterna. A su vez, los padres, tal como el padre de EH92, son referidos como referentes fallidos de masculinidad, pues no logran encarnar una posición viril de manera íntegra. Se trata de hombres *derrotistas*, igualmente *humillados*, o que encarnan el ideal de lo masculino en todo lo que conlleva su *exceso*. El decir de los entrevistados nos revela que es del padre de quien se esperan las directrices acerca de *cómo ser un hombre*, y por ende ocupa este lugar Otro de reconocimiento con respecto de la virilidad del hijo. En todos los casos, este reconocimiento no sucede. Se plantea entonces que esta tendencia de los entrevistados a *ser responsables*, como veíamos al inicio, y la búsqueda de reconocimiento en el vínculo, siendo *mediadores o salvadores*, responde a una necesidad de encarnar una posición viril que no ha podido hacerse propia y de un esfuerzo por hacerlo mediante el imperativo del deber, el lugar del salvador o de tercero que regula (en lo concreto, en este caso) el intercambio social entre las personas, todas estas formas que responden a la lógica fálica en sus distintos vértices y que denotan la falta de introyección de la misma a nivel simbólico.

5.2.1.2.- Mi parte masculina:



Figura 84

Los discursos de los entrevistados acerca de la masculinidad nos llevan a dividir sus dichos bajo dos ejes: “la filiación de lo masculino” y “el exceso” que lo masculino les implica. Ahondaremos en cada uno de ellos.

5.2.1.2.1- La filiación de lo masculino:

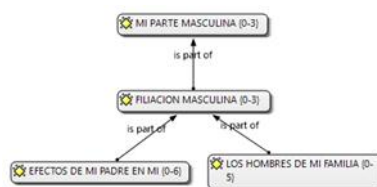


Figura 85

La categoría “Filiación masculina” muestra cómo la posibilidad de encarnar una posición de masculinidad es para los entrevistados, producto de la relación que han establecido con figuras masculinas, en particular su padre u otros hombres de la familia. La primera categoría de este eje, “efectos de mi padre en mi” muestra la tensión que existe respecto de la posibilidad de parecerse a la figura del padre en tanto hombre. A continuación analizaremos en primer lugar la categoría “efectos de mi padre en mi”:

5.2.1.2.1.1.- Los efectos de mi padre en mí:



Figura 86

Esta categoría se divide en 5 ejes. El primero de ellos, “intento parecerme a mi padre” da cuenta del deseo de los entrevistados de encontrar en sus padres una figura a la cual asimilarse. En este sentido, el padre es ubicado en la posición del ideal, pero justamente por aquello se vuelve inalcanzable: “EH43: empecé de abajo y me saqué la mugre trabajando, imitándolo a él (padre), me gustaba lo que él hacía... me gustaba la cara que ponían los pacientes cuando lo veían... y en la casa, con los niños, también [...] yo ahora estoy sintiendo que mi papá, en el lugar donde se encuentre... o si vuelve a la vida, va a estar feliz de que yo lo honré tratando... siendo como él, no hundiéndome no estando al borde del suicidio como he estado el último tiempo...”

“Eh62: [hablando de que el padre le pegaba en la infancia como castigo]... yo era el mayor y tenía que responder por todos, porque no estando él [padre] yo era el que seguía en la casa, entonces por eso era que se me pedían explicaciones y tengo mucha frustración porque no pude ser lo que quería ser mi padre, pero mi padre era maravilloso, yo a mi padre lo idolatro y es más, es cierto que me había pegado, pero si no lo hubiera hecho, yo sería una persona diferente”

Ambas citas muestran tres ejes relevantes. El primero, es que se busca en el padre una figura a quien parecerse, *ser un hombre como él*. El segundo punto es que esto es algo que no se logra a cabalidad, pues los entrevistados no logran hacer propios ciertos elementos paternos en la medida que tienen que imitar al padre para parecerse, o simplemente sienten la frustración de no poder ser *lo que mi padre quería ser*. En este sentido, los entrevistados tienden a buscar en la figura paterna ciertas directrices que guíen su actuar y su ser, pero que permanecen como elementos ajenos, apropiados sólo de manera superficial, y entonces aparecen integrándose sólo como una copia, incluso *una mala copia*, de los mismos. El tercer eje es que el padre es ubicado en una posición ideal, inalcanzable, a la que se aspira pero desde una inferioridad insoslayable.

Las categorías “soy como mi padre” y “no soy como mi padre” muestran la tensión que esta dificultad en la identificación conlleva. Por una parte, la primera categoría muestra dos puntos importantes. El primero de ellos, es que los entrevistados quieren identificarse al padre en los aspectos positivos de ellos, pero lo logran (cuando lo hacen) sólo de manera superficial, tal como muestran las dos citas anteriores, ya sea mediante imitación o apropiación de los proyectos que eran de ellos. Tal como dice EH62: *tengo mucha frustración porque no pude ser lo que quería ser mi padre*, no lo que él quería que yo fuera, por ejemplo.

Por otra parte, es en los aspectos negativos de sí mismos, en lo que no desean de ellos mismos y que causó dolor en su relación a sus padres, donde los entrevistados han asentado en realidad una identificación más profunda con sus padres, pero ésta no es grata y les causa padecer: “E: ¿cómo es eso de buscar nuevas emociones?/EH71: no sé, uno de repente por sentirse más macho busca otra mujer, por sentirse más hombre, cachai?... mi papá era súper ... no le echo la culpa a mi papá pero igual mi papá era súper mujeriego..”

“E: usted me dice, eso me dio vueltas muchos años [el padre abusa sexualmente de él en una ocasión cuando era niño]... ¿en qué sentido le daba vueltas?/ EH41: es que yo me puse en el lugar de él y si pasó, lo hizo o no lo hizo con intención, yo lo perdoné... pero es algo que yo no hago con mis hijos, a veces yo duermo con ellos pero nunca... eh... yo tengo un lado para dormir, yo duermo así, no abrazo a nadie para dormir..”

Ambas citas muestran que hay ciertos aspectos de este *ideal paterno* que en realidad son indeseados y han causado bastante padecer. Estas partes indeseadas de la relación al padre tratan de mantenerse al margen del ideal en el cual el padre es ubicado, pero retornan en los entrevistados en su propia forma de ser, en su actuar, en sus pensamientos. Tal como pareciera decirnos EH41, *yo no abuso de mis hijos, pero duermo de lado por si pensara en hacerlo*. Esta encarnación de la sexualidad y la agresividad evocan al padre mucho más profundamente que la imitación que se intenta de sus aspectos positivos; tal como dice EH71 *no le echo la culpa a mi papá, pero igual... soy como él*, podríamos decir. Es en general la sexualidad y la agresividad aquello que de los padres ha sido recibido por los entrevistados como un *exceso*, pues se trata de hombres cuyos padres han sido efectivamente hipersexuales y/o francamente agresivos. La categoría “no soy como mi padre” muestra los momentos en que los entrevistados notan cómo efectivamente se parecen a sus padres en estos aspectos indeseados e intentan, al marcar ciertas diferencias conductuales con ellos, tomar distancia de aquello: “EH72: él [padre] me decía así, vulgarmente, si a estas hueonas hay que tenerlas cortitas no más, o si no, patá en el trasero, siempre me decía eso... y yo le decía, si yo no quiero ser como tú!, no quiero ser como tú!, pero si es que no eres como yo te van a pasar a llevar siempre!, me decía... pero yo no creo que soy como él, porque igual me considero una persona fiel a pesar de los errores que cometí..”. En esta cita, como vemos, las infidelidades de EH72 evocan para él la figura del

padre, la hipersexualidad paterna y el machismo del mismo. EH72 no quiere *ser como él* y toma distancia de esta imagen, *pese a los errores que cometí...*

Los entrevistados, en resumidas cuentas, desean parecerse a sus padres en lo que consideran sus virtudes y no en lo que consideran sus defectos. Sin embargo, las virtudes paternas se encuentran demasiado idealizadas por ellos, por lo que se vuelven inalcanzables; los defectos, a su vez, son los rasgos a los que realmente se han identificado, pero se niegan como propios porque conllevan dolor, padecer, en tanto están asociados una historia de violencia o excesos paternos.

La categoría “hijo de mi padre” muestra a su vez cómo los entrevistados sienten que para tomar el estatuto de hijo deben dar signos de masculinidad. Es decir, se trata de sujetos que han sido exigidos desde la más temprana infancia a cumplir justamente con aquello que se concibe como el ideal de masculinidad, sólo así son reconocidos en su lugar de hijos: “EH22: mi papá tampoco jamás me dio un abrazo, jamás, jamás me dio un beso... o creo que una vez me dio un beso en la mejilla, pero jamás me dijo te quiero, jamás me hizo cariños, jamás me hizo regalos.. /E: por qué cree usted?/ EH22: yo pienso que era para darme una formación estricta, una formación de hombre, una formación más dura, más... más... espartana, pienso...”

“EH82: mi papá me decía tenía que entenderla [a la pareja] que es mujer, que es tu señora, que... eso... es que tú tenía que ser macho, poner las cuestiones en regla!”

Como ambas citas revelan, los entrevistados señalan que del padre han recibido un discurso acerca de la masculinidad que encarna un ideal y que a su vez se exige encarnar: *ser espartano*, *ser macho*. Sólo así son reconocidos como hijos, lo que conlleva una relación escasamente afectiva con ellos y de alta exigencia. La categoría “no soy el hombre que querías” muestra cómo, justamente, por esta alta exigencia que gira en torno a la masculinidad, los entrevistados

se sienten en una posición de menoscabo en torno a sus padres y respecto de su propia virilidad: “EH92: mi mamá tenía muy poco trabajo intelectual, mi padre, por otro lado, si bien es cierto que tenía cierta cultura, no era cariñoso conmigo, tal vez yo no era el tipo de hombre que... el tipo de muchacho que él quería.. no sé po..”

“EH22: por otro lado tenía a mi padre que me atosigaba, me hacía sentir como sucio, como penca, penca!..[.] la imagen clásica de mi padre era los días domingo, que eran los días de pedir cosas, ponía música clásica en su cama, con el mercurio abierto y... si?... ya, y para qué sería eso?, hágame una lista! ... y después de la lista ni siquiera me miraba a la cara, ni siquiera me miraba a la cara... y de repente se sentía un ruido, ¡pero mi cosita más linda, mi perrito precioso! Y le daba todo su cariño al perro, a un perro!, teniendo hijos!..”

La relación al padre, como vemos, es una relación carente de afectos positivos y cargada de exigencia en torno a la virilidad. En algunos casos, como esta última cita, la humillación que implica esta exigencia es manifiesta. Los entrevistados sienten entonces que no cumplen las expectativas paternas y en tanto aquello atañe a su masculinidad se sienten humillados y no reconocidos. La frase que se reitera es tal vez *no fui el hijo/el hombre que él quería*. Esta carencia en el reconocimiento de la masculinidad deja a los entrevistados de alguna manera mutilados de un espacio de la identidad que desean poseer, y que por esto buscan insistentemente en la imitación al padre. Es de bastante relevancia mencionar que al menos seis de los entrevistados al momento de la entrevista han cursado la muerte de su padre y tras esto han tenido una fuerte recaída en el consumo de sustancias. El padre aparece en el relato como una figura que les sostuvo subjetivamente a los entrevistados estando vivos. Los entrevistados no dan cuenta de referentes simbólicos acerca de la masculinidad, sino que el padre, mientras está vivo, se ubica en el lugar de un Otro de la realidad que otorga

constantemente directrices de como conducirse respecto de la masculinidad, al que se puede y debe imitar para ser aquello que se supone es *ser hombre*. Por lo tanto, cuando se pierde su presencia, genera un dolor que no se condice únicamente con el duelo, sino que más bien revela el vacío que deja en los entrevistados en torno a la propia identidad, en particular al eje de la masculinidad. Tal como señala EH43 al hablar de la muerte de su padre: *como que la gente no entiende y me cuestionan, ¿por qué te sientes así?, ¿por qué te pasa esto?, chuta!, es la sensación que me trajo la muerte de alguien que yo amaba [padre], podría haber sido mi mamá... igual lo hemos conversado, yo me he dado cuenta que yo tenía una visión muy... admiraba mucho a mi papá y su forma de ser y quería siempre su aprobación e imitarlo..*

5.2.1.2.1.2.- Los hombres de mi familia:



Figura 87

La segunda categoría del eje filiación masculina es la denominada “los hombres de mi familia”. Los entrevistados dan cuenta cómo han encontrado entre los hombres de su familia ciertos referentes simbólicos en torno a la masculinidad, que igualmente dan cuenta de un discurso en torno a lo masculino como algo en exceso violento, agresivo o sexualmente. La categoría “los hombres de mi familia (parecerme a ellos)” muestra justamente este punto: “E: ¿por qué uso tantas armas?, porque en general a los conscriptos no les pasan armas, no?/EH62: porque era bueno... además, era bueno para la montaña, porque mi abuelo siempre me enseñó la montaña y era bueno para las armas... desde chico, siempre quise ser militar, yo debí ser militar../E: ¿alguien era militar de su familia?/EH62: mi padre, pero lo echaron..”

“EH92: mi abuelo me enseñó boxeo, me compraba sacos de arena desde muy niño, sí, desde muy niño yo sabía defenderme pero yo no... a mí me daba pena dejar knockeada a una persona, dejarla toda sangrando/E: ¿quien le enseñaba eso?, ¿su abuelo?/EH92: sí po, mi abuelo, a pegarle a una persona... yo he dejado gente knockeada..”

En ambos casos, los abuelos han sido hombres que introducen a los entrevistados al campo de la defensa personal. En ambos casos, además, se trata del abuelo paterno. El *manejo de las armas* o el conocimiento de *técnicas de autodefensa* parecen ser formas en que los abuelos potencian la adquisición de este ideal masculino, y la expectativa que lo cumplan desde pequeños. La primera cita, muestra además, tal como vimos en el apartado anterior, como el ideal de parecerse al padre se mantiene, y estas otras vertientes simbólicas que otorgan otros referentes familiares se ubicarían en torno a este ideal de hombre e ideal paterno. El ideal masculino, entonces, es exigido no sólo por la figura del padre, sino que también de parte del abuelo paterno. Se deduce entonces que los padres de los entrevistados fueron sometidos también a esta exigencia.

En la misma línea, la categoría “corto con los hombres de mi familia” muestra cómo los entrevistados reconocen en algunos miembros de su familia, hombres todos, aquella encarnación de lo masculino que desde pequeños se les ha exigido hacer propio y cuando aquello ocurre, les molesta y se distancia, dado el exceso que implica sostener un vínculo centrado en la agresión. En la medida que otros han podido hacer propio este ideal, los entrevistados toman distancia de ellos, pues es vivido como una forma de ser que los vulnera, que los agrede: “EH52:mira, tengo buenos recuerdos de mi niñez, con mis hermanos la pasé súper bien igual pero siempre estaba latente eso, el maltrato, de hecho en mi familia son casi todos agresivos, mi hermano mayor... yo creo que soy como el único pasivo, de ellos... es que

yo no quiero ser igual que mi padre, no quiero... yo siempre he tratado, por ejemplo, cuando estaban mis padres con vida, siempre nos juntábamos para el año nuevo, el 18, entonces yo estaba pendiente que... frente a las dificultades o discusiones, yo siempre bajando los perfiles, todo ese tipo de cosas..”

Esta cita reitera lo ya dicho. Por una parte, los entrevistados se ubican en una posición pasiva, en este caso *mediador*, recibiendo y tramitando la agresión que otros generan. Por otra parte, la pasividad es una forma activa de evitar parecerse al padre, como si aquello pudiera ocurrir potencialmente: *es que yo no quiero ser igual que mi padre, no quiero.*

La imposibilidad de poder hacer propio el ideal paterno y de masculinidad, por la violencia que conlleva, así como también la imposibilidad de encontrar en otros hombres importantes de su familia referentes acerca de la masculinidad y la virilidad que le permitieran encontrar una versión más integral de la misma, los lleva a sentir, en tanto toman una posición no violenta, que definen como *pasiva*, que *no se parecen a nadie* o que sólo se parecen a un familiar desconocido de la línea genealógica. Esto es lo que muestran las categorías “no me parezco a nadie” y “soy como un antepasado lejano”: “E: ¿en el carácter, a quien se parece?/ EH32: ¿mi carácter?, a ninguno, ni a mi viejo ni a mi madre/E: ¿y de dónde salió?/ EH32: no tengo idea, mi carácter es único...”

“EH52: a quién me parezco?, yo creo que a nadie porque si yo tomo, mis hermanos no toman, mi papá no tomaba [ríe]... mi papá era idiota, yo no soy idiota... no, no me comparo con nadie de la familia yo...”

“E: ¿cómo siente que su historia ha incidido o tiene que ver con esta cosa que me decía de buscar intensidad?/EH22: yo creo que eso tiene que ver con naturaleza mía, no tiene que ver con historia familiar... creo que las sangres y las mezclas de las sangres influyen en el producto,

hijo, nieto... yo tengo un ancestro, un tío bisabuelo que fue un héroe en el combate de la Concepción, de hecho su corazón está guardado en la catedral de Santiago... eso por el lado de mi padre... y por el lado de mi madre, está el capitán Alberto Never, que curiosamente estaba en el mismo regimiento y murió de causa y lugar desconocido... yo pienso que las mezclas de ciertas sangres producen... o sea, dan producto a ciertos seres con cualidades positivas, algunas corregidas, otras no tanto.. [...] pero las armas me fascinan, debo venir, no sé, de encarnación en encarnación de guerreros, soldados, quien sabe”

“EH92: es una cuestión que me nació [pelear bien], no la estudié, era como autodefensa... que seguramente uno también proviene de generaciones anteriores, a lo mejor hubo un guerrero en la familia como antepasado mío, pero lo mío era puro autodefensa, nunca jamás agredir ni patear a una persona”

Las dos primeras citas muestran cómo los entrevistados no pueden hablar de sí mismos en torno a ciertos referentes simbólicos que les permitieran desarrollar una identidad que los haga parte de una línea de filiación. Se trata de sujetos que *no se parecen a nadie* y, en la misma lógica del *autoengendramiento* que describimos en el caso de las mujeres, se trata de la imposibilidad de poder reconocer en su ser ciertos elementos que pudieran hacerlos sentir como parte de una cadena de filiación en la que reciben algo que se trasmite entre generaciones, para luego poder continuar esa línea de entrega. La categoría “soy como un antepasado lejano” muestra cómo los entrevistados pueden reconocerse como parte de la cadena filial sólo en la medida que su identidad remite a antepasados míticos, desconocidos, irreales, fantaseados pues se trata de un esfuerzo por articular una pertenencia donde no existen referentes simbólicos actuales que la otorguen. Esto es lo que muestran las dos últimas citas: *me parezco a alguien de mi familia que no conocí, pero que tiene una condición*

sobresaliente, es guerrero, héroe de la patria, etc. En otras palabras, refieren parecerse a alguien que no conocen, pero que les antecede en la línea de las generaciones y alguien que ha podido integrar su condición masculina con una condición heórica viril, no agresiva en exceso.

Se trata entonces de sujetos que no han recibido referentes simbólicos que los hagan parte de un todo y que se esfuerzan, en algunos casos, por construir este espacio filial mediante la construcción imaginaria de antepasados míticos de los que habrían *heredado*, recibido algo. Aquello que se recibe de estos antepasados míticos, como vemos, tiene relación con la posibilidad de encarnar este ideal de virilidad, pero libres del exceso de violencia que implica el ideal paterno: ser un *buen guerrero-saber pelear*, como en el caso de EH92, o *ser un capitán, un héroe de la nación que sabe manejar las armas*, como en el caso de EH22. Se trata del deseo de poder hacer propio este espacio de masculinidad, sin el costo de encarnar la violencia con el cual ha sido transmitido hasta ahora. En ambos casos se trata, sin embargo, de sujetos que tienen importantes problemas con el manejo de su agresividad, y pese a no querer repetir la violencia paterna, lo hacen.

5.2.1.2.2.- El exceso de lo masculino:

La segunda categoría del eje “mi parte masculina” complementa lo abordado hasta ahora. Las categorías que revisaremos a continuación refuerzan la idea que venimos trabajando, acerca de las dificultades que presentan los entrevistados acerca de encarnar una identidad masculina.



Figura 88

La primera categoría: “para ser hombre necesito ser reconocido como tal”, refuerza algo anteriormente ya dicho: los entrevistados buscan el reconocimiento de otros respecto de su condición viril, para poder sentirse hombres, sino esta posibilidad se ve mermada: “EH11: yo tengo maestros en la casa, que me dicen Don EH1, qué pasa con esto?... y el trato... y eso también le da un valor a uno como persona, es como que tú soy el hombre aquí, tú tienes que hacerte cargo... entonces eso me... y me ha avalado mi mujer en eso”

Tal como en el caso de las mujeres respecto de lo femenino, los hombres esperan recibir de otro hombre el reconocimiento acerca de su condición masculina. Sus dichos dan cuenta, además, que se define la función paterna como la posibilidad que el padre otorgue los referentes simbólicos que le permitieran hacer propia una posición masculina y viril, y luego otros hombres reconocerán aquello que se ha adquirido por transmisión simbólica. Para los entrevistados, este proceso es algo que se ha vivido fallidamente, pues el padre justamente no ha realizado esta función o la ha realizado *sin cariño* de por medio, y de manera violenta: “EH22: mi papá tampoco jamás me dio un abrazo, jamás, jamás me dio un beso... o creo que una vez me dio un beso en la mejilla, pero jamás me dijo te quiero, jamás me hizo cariños, jamás me hizo regalos.. /E: por qué cree usted?/ EH22: yo pienso que era para darme una formación estricta, una formación de hombre, una formación más dura, más... más... espartana, pienso..”

“EH71: me decía mi papá no po!, eso es trabajo de mujer! tú no tienes por qué hacerlo!. Y yo no la ayudaba [a la mujer]... ella me decía, oye me puedes ayudar a hacer el almuerzo?, y yo le decía no, eso tiene que hacerlo las mujeres.../E: y ¿por qué no la ayudaba?/EH71: para no quedar de menos hombre frente a mi papá, machista po!/E: o sea, era un tema esto de la de la

hombría con su papá?... si lo veía haciendo esas cosas, ¿lo iba a mirar con otros ojos?/ EH71: con otros ojos, sí, sí..”

Esta violencia en la introducción al código masculino por parte de los padres, es vivida por los entrevistados como una *humillación* paterna, que los deja en una posición de *sumisión* ante ellos y que impide, a su vez, la introyección de la masculinidad en otros matices que no sean los del agresor. Esto es lo que muestra la categoría “me exigen ser hombre, me humillan”: “EH22: por ejemplo, yo tenía 17 años y tenía una polola, que fue de las más importantes, y estábamos en la piscina y yo tome una botella de cerveza y me la llevé, que sé yo, estaba en la piscina y tomaba mi cervecita tranquilo... no me dijeron nada... de repente, y usted! Cómo se le ocurre! Y yo... la botella de cerveza en la piscina!, así como que fuera, chucha, no sé, como que estuviera bailando desnudo frente a las monjas carmelitas!... entonces no era una, no era una... yo siempre he creído que los errores pueden ser usados para potenciar a las personas o disminuirlas... y mi padre y mi familia paterna en general eran de usar los errores para achicharrar a las personas, lo terminaban haciendo sentir como un gusano, como una babosa, como algo bajo... entonces a mí me hizo ser un niño con muchas cualidades pero muy inseguro, muy inseguro... si hubiese tenido el apoyo de mi padre y la seguridad de ese apoyo... no sé, podría haber llegado a cualquier parte..”

EH22 más que hombre, termina siendo un *gusano, una babosa, algo bajo*. Esta vivencia de la masculinidad desde la humillación, dada la imposibilidad de encarnar a cabalidad la posición masculina tal como se le define, se condice con que en la adultez se mantiene la sensación que otras personas significativas tampoco pueden reconocer en ellos elementos de virilidad, manteniendo esta humillación, este cuestionamiento de su condición masculina: “EH43: yo sabía que en algún momento me iba a terminar separando de ella, pero ahora ya es definitivo...”

me sentí diferente que otras veces... no fueron los golpes en sí, fue que [ella] me golpeará como hombre, que golpeará esa parte de mí que no debería haber golpeado/E: cómo como hombre?/ EH43: claro, porque uno... a lo mejor le voy a sonar machista con lo que le voy a decir, pero.. se supone, en la sociedad en la que vivimos, que el hombre es el que le pega a la mujer, cierto?, mariconamente hablando, pero cuando la mujer le pega al hombre... esa violencia también genera un daño... así me siento... me siento vulnerado/E: si entiendo bien, se siente vulnerado en su hombría?/EH43: claro... además sus burlas eran algo constante, como un juego, a veces le tenía que parar el carro hasta la familia de ella, ya po! para el leseo!... o sea, no seai tan pesá.. y se supone, se supone que uno tiene una pareja para otras cosas..”

La cita muestra cómo EH43 concibe la masculinidad desde una posición rígida, desde la violencia, pues se supone, en la sociedad en la que vivimos, que *el hombre es el que le pega a la mujer, cierto?*; él, sin embargo, ha tomado una posición escasamente viril en este sentido, ya que no agrede a su mujer. De su pasividad la mujer se burla, *sus burlas eran algo constante, como un juego*, y entonces ella toma la posición masculina, en tanto lo golpea a él como hombre y *hiere esa parte que no debían haber golpeado*, humillándolo nuevamente.

La *humillación* es aquello que caracteriza esta posición pasiva que los entrevistados tienden a tomar. Posición que llamaremos *pasivizada*, pues se trata del esfuerzo constante de no repetir la violencia paterna y de la imposibilidad a la vez de poder encarnar una posición masculina que no provenga de la violencia. La categoría “el poder y la violencia me hacen hombre” muestran justamente esta rigidez en torno a la concepción de lo masculino. La virilidad, la masculinidad, la paternidad y todo aquello que remita a los matices de una condición masculina es concebida desde la violencia, desde *someter al otro* a una posición pasiva: “EH71: me decía mi papá no po!, eso es trabajo de mujer! tú no tienes por qué hacerlo!. Y yo no la ayudaba [a la mujer]...”

ella me decía, oye me puedes ayudar a hacer el almuerzo?, y yo le decía no, eso tiene que hacerlo las mujeres.../E: y ¿por qué no la ayudaba?/EH71: para no quedar de menos hombre frente a mi papá, machista po!”

Tal como muestra esta cita, los entrevistados quedan *pasivizados* frente a sus padres, encarnando lo masculino únicamente como una careta, desde la imitación, desde el campo de la imagen. Esta posición pasiva que adoptan frente a sus padres los vuelve sumisos frente a todo aquel que se torne significativo: otros hombres, la pareja, la madre, etc. Sin embargo, a momentos, la frustración y rabia que provoca esta pasivización irrumpe como algo ajeno a la identidad, sin sentido, desconociéndose ellos mismos en su actuar agresivo: *Y yo no la ayudaba [a la mujer]...Veamos esto en otra cita:*

“EH32: la primera vez, cuando me mandaron preso, yo le gané al carabinero, casi le di vuelta una sopa, imagínese! Le pegaba cabezazos, fue tan raro, tan... mal.. y esta es la segunda vez, y ellos tenían temor que yo hiciera algo más, algo más grave, que reventara con alguien...”

La categoría “ser hombre, un exceso” muestra cómo, tal como lo ejemplifica esta cita, ser hombre y sentirse hombre implica romper los cánones de lo que consideran correcto: *Le daba cabezazos, fue tan raro..* La violencia irrumpe en su exceso.

“E: ¿cómo es eso de buscar nuevas emociones?/EH71: no sé, uno de repente por sentirse más macho busca otra mujer, por sentirse más hombre, cachai?... mi papá era súper ... no le hecho la culpa a mi papá pero igual mi papá era súper mujeriego..” . *Ser mujeriego*, como dice EH71, o ser *violento* como dice EH32, es algo que asocian a ser hombres, encarnar la posición de *macho*, pero justamente en el exceso que aquella nominación implica. Tal como señala EH32, la masculinidad es *reventar con alguien*.

Lo masculino ha sido significado desde el exceso y es así, en el desborde de violencia o de sexualidad se concibe que se es *más hombre*. Diremos entonces que los entrevistados toman o una posición *pasivizada, humillada*. En otros momentos, toman una posición de *más hombres*, es decir, encarnan la masculinidad en el exceso que se les ha sido transmitida. No existe la posibilidad de encarnar una posición viril que logre tramitar sus mociones, que logre integrar los aspectos femeninos y pasivos de manera integral y templada. O se *está humillado*, y se es hombre únicamente mediante imitación del padre, o se es *más hombre* y ahí el sujeto se desconoce a sí mismo: *fue tan raro, tan... mal*.

Los últimos tres ejes de esta categoría refuerzan de alguna manera ideas ya descritas. El eje “la violencia de mi padre me marcó” da cuenta justamente de cómo esta exigencia de virilidad por parte del padre fue manifiesta, se ejerció una presión hacia ellos con el fin de hacerlos hombres: “E: ¿en que siente que le afectó la forma de ser de su papá?/ EH22: en la inseguridad total, en ser un niño muy callado, muy inseguro, que siempre se sentía feo y criticado sin que nadie me criticara ni fuera feo... me hacía sentir mal conmigo mismo eso, porque mi papá tenía una manera de llamar la atención y de corregir errores que no era corregir sino que en el fondo era desquitarse con uno, desquitarse con uno..”

“E: ¿cómo lo marcó a usted su padre?/ EH92: como un tipo derrotista, de no hay nada más que hacer que esperar la muerte...”

La exigencia paterna, como vemos, lejos de lograr que los entrevistados puedan tomar una posición viril, logra aminorar la sensación de poder y logro que ellos tengan respecto de sí mismos y la vida. Queda la vivencia de haber sido víctima del *desquite* paterno y esperar como única salida posible, *la muerte*. La pasividad que resulta de aquello los mantiene dependientes a sus padres, en tanto ellos son los únicos que saben cómo ser hombres: “E: pero cómo lo

criticaba a usted?/EH71: como que tenía que ser más duro con ella, más firme... pero yo era... en algunas cosas soy machista pero no en tratar duro a una mujer, pero mi papá no po! tú tenís que darle la orden y esa orden se hace, porque tú eres el hombre!.. y yo lo hacía”. La marca que deja entonces la relación al padre es la imposibilidad de tomar una posición masculina.

La categoría “no tengo huellas de mi padre”, en la misma línea, muestra cómo el padre no deja huellas simbólicas en los entrevistados respecto de la masculinidad en todos sus sentidos, siendo la única huella al respecto esta vivencia traumática de lo paterno. El padre opera por exceso o por ausencia y la categoría “No tengo huellas de mi padre” quiere mostrar cómo los entrevistados, al momento de referir a la masculinidad en sus diversos aspectos, no encuentran referentes simbólicos que hayan recibido de sus padres, pues la relación al padre ha estado marcada por su ausencia o por esta violencia: “EH13: igual nos hablábamos pero era menos que lo veía [al padre]... yo creo que me quedé con eso, y el sentimiento de no ser tan... no sé po, de ir a la cancha conmigo, por decir una cosa así.. no sé po, de conversar de repente... cuando ya estaba más grande y trabajaba, estaba con mi mamá no más, a ella le contaba las cosas que me pasaban”

“E: ¿en qué le faltó su papá?/ EH51: ¿en qué me faltó?... en cariño, en apoyo, yo no estaría en ésta si no me hubieran pasado esas cosas, si él hubiera sido... ya, supongamos que él hubiese sido estricto, pero si él se hubiese mantenido en la casa a lo mejor me hubiese mantenido en una forma estricta en la casa y no estaría en lo que estoy, pero con el hecho de irse de la casa me dio libertad de hacer lo que yo quisiera y lo que yo quise fue aferrarme en el alcohol...”

Los discursos de los entrevistados muestran como los padres, en este exceso de virilidad, abandonan a sus familias por otras mujeres, violentan a sus mujeres y a sus hijos, desaparecen por años, crean familias paralelas, etc. Los padres cuando están, exigen a sus hijos *ser machos*.

El resto del tiempo y en el resto de los espacios no están, no *van a la cancha* con sus hijos, no *aconsejan*, no guían. En resumidas cuentas, no entregan referentes que permitan representar qué es ser hombre, más allá de ser excesivamente violentos. En ambos sentidos, el padre falla y los entrevistados sienten que no fueron criados *con cariño*, con apoyo. Esto los ha llevado a aferrarse al consumo como salida: si él hubiera sido... *no estaría en lo que estoy*

El último eje de esta categoría es “tuve un hombre guía, pero lo perdí”. Esta categoría da cuenta cómo, en el mejor de los casos, algunos entrevistados encontraron en algún amigo, hermano o vecino, un referente masculino que les compartiera medianamente y temporalmente algunos significantes que les transmitiera la masculinidad por fuera de la condición de *machos*. Lamentablemente, en todos los casos, se trata de una figura que los entrevistados han perdido, y que anhelan volver a encontrar, en la medida que aquello les permitiría poder tramitar de mejor manera su devenir masculino: “EH11: mi hermano era como mi...[padre] y eso me quedó, me marcó mucho/E: ¿cómo lo marcó?/EH11: porque por ejemplo yo, para no estar en mi casa, para evitar problemas en mi casa, me iba a la casa de él los fines de semana, entonces de repente hacíamos, no sé po, un asadito, o de repente veíamos tele no más, veíamos películas, me conversaba como era la vida, como... había que comportarse, todo... entonces eso es lo que yo, cuando él falleció, echaba de menos/E: ¿qué edad tenía usted cuando él falleció?/ EH11: como 18 años..”

“EH72: no, nunca hubo una relación padre-hijo, sinceramente, que nos sentáramos a la mesa y que él me diera un consejo, nada/E: ¿cómo fue crecer así?/EH72: solo, con amigos... con amigos fui descubriendo eso pero con mis papás nunca, nunca hablé con él de relaciones sexuales, que te puede pasar esto si haces esto!, nunca!... o lo ignoraba, o lo tiraba todo al chiste”

Los *amigos*, un *hermano*, introducen entonces en el campo de la sexualidad, del encuentro con otro, *enseñan como es la vida, como hay que comportarse*. En resumidas cuentas, introducen al campo de lo masculino. Lamentablemente, se trata de relaciones efímeras, por muertes o paso de los años, o simplemente porque no les corresponde aquello que se adjudica al rol paterno: *introducir al mundo de los hombres*. Los entrevistados quedan entonces con una falta, una ausencia simbólica en torno a los matices de la masculinidad que, tal como señala EH51, relacionan al aferrarse al consumo de sustancias.

5.2.1.3.- Mi parte femenina:

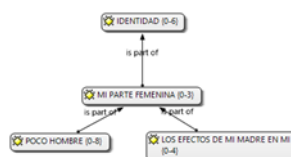


Figura 89

Los discursos de los entrevistados respecto de la identidad nos permiten categorizar un eje denominado “mi parte femenina”. Este eje se divide a su vez en lo que denominamos “poco hombre” y “los efectos de mi madre en mí”. A continuación profundizaremos en cada uno de ellos.

5.2.1.3.1.- “Poco hombre”:

En concordancia al eje “mi parte masculina”, la categoría “poco hombre” muestra nuevamente una vivencia fallida en torno a la masculinidad por parte de los entrevistados, en la medida que esta es sentida en carencia. Esta categoría muestra cómo esta sensación de sentirse *poco hombre* invade los diversos vértices de la personalidad y las relaciones. Es parte de la identidad femenina en la medida que los sujetos, al definirse en oposición a lo masculino, se ubican inevitablemente en el polo femenino.

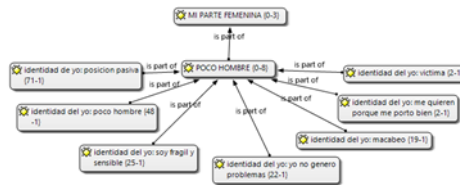


Figura 90

La primera categoría, denominada “posición pasiva/posición femenina?”, justamente describe como los entrevistados toman una posición pasiva respecto de todos los otros significativos, posición que les perturba y causa padecer, pero que insisten en mantener, en la medida que son dependientes de los vínculos o relaciones con otros: “EH41: [hablando de la cercanía afectiva con su padre] antes la costumbre era que las mamás ponían al hijo al medio [en la cama] y una de esas noches... mi papá, yo creo que se equivocó, pensó que [yo] era mi mamá.. y no era mi mamá, era yo... y como que quiso intimar con ella... pero no abusó de mí... ehh... me dio vuelta muchos años... pero aún así yo lo amaba... o a lo mejor desde esa vez en adelante él sintió que tenía que protegerme más..”

Esta cita conmovedora revela cómo uno de los entrevistados recuerda haber sido abusado por su padre en la infancia, pues pese a que lo niega en esta cita, a lo largo de las entrevistas describe con detalle lo sucedido. Se trata de una situación de abuso que él no logra comprender y *que jamás reprocha*, muy por el contrario, mantiene la idealización total al padre, buscando incluso un sentido vincular al abuso padecido: *aún así yo lo amaba... o a lo mejor desde esa vez en adelante él sintió que tenía que protegerme más...* En este caso, el entrevistado depende afectivamente del padre, pues como él dice *éramos amigos, hacíamos todo juntos, trabajábamos juntos...*

Esta pasividad, tal como muestra la cita, se relaciona de diversas maneras a la toma de posición femenina. En esta cita, el entrevistado toma provisoriamente el lugar de la madre-mujer para el

padre, veremos como en otras citas se repite que esta pasividad alude a la toma de una posición que se siente femenina: “EH51: era más bien retraído en el colegio... nunca tuve amigos que... como que se juntaba un grupito y yo siempre a un lado... o era más amigo de las mujeres que de los hombres, porque las mujeres cuando a uno lo ven como solo, de niñitas como que aprenden a cobijar a la persona que... que está más menoscabada..”

“EH61: [hablando de sus relaciones de pareja] yo igual era débil con ellas [mujeres]/ E: en qué sentido?/EH61: en que me dominaban en todo, en todo, en el trabajo, en donde ir a comer, vamos para allá, tenemos que ir acá...”

“EH12: como ella es más independiente, yo igual pasaba a quedar debajo, usted le podía preguntar, no sé po, en cuanto a lo monetario, yo podía ganar quinientas lucas y ella ganaba mucho más... entonces como que ella la jefa de la casa... ese es el dilema”

La pasividad, como vemos, impide a los entrevistados hacer relaciones de iguales con sus pares (EH51) y los ubica en una posición incluso *debajo de las mujeres, débil*. La merma de la virilidad se vuelve aquí evidente. Las últimas dos citas se relacionan además a lo que revela la categoría “macabeo”, forma en que se definen los entrevistados respecto de su vinculación a las mujeres. *Macabeo* implica sumisión, postergación, anulación en función de complacer al otro. La categoría “me quieren porque me porto bien”, en la misma línea, muestra cómo los entrevistados sienten reconocimiento al fin cuando complacen a los otros, pese a las consecuencias que puede acarrear para ellos esta forma de ser: “E: usted me dice que su papá fue distinto con usted que con sus hermanos/EH41: sí, es que me decía tu soy mi orgullo, tú me hacis caso, me decía, estos hueones no!... yo era también responsable, era un buen alumno, era más confiable y lo podía disfrutar más”. Esta cita muestra como ser pasivo ante las demandas de otros conlleva el anhelado reconocimiento. El costo de ello es que pierde la

capacidad para decidir solo, para desear por sí mismo, en la medida que *tú soy mi orgullo*, tu devenir conlleva gratificaciones para mí. Este reconocimiento necesario conlleva en este caso, sin embargo, consecuencias indeseadas. El decir coloquial *tu soy*, en vez de decir *tú eres* revela donde queda puesto el eje de la identidad y el deseo de los entrevistados. El hijo, en este caso, se define desde el padre; el entrevistado queda anclado en su identidad al deseo paterno: *tú soy mi orgullo, no puedo ser un orgullo para mí mismo*.

Por su parte, la categoría “poco hombre” revela cómo esta imposibilidad de apropiarse de la masculinidad e integrarla como parte central de su identidad, es asociada por los entrevistados directamente a una merma en su virilidad, en distintos aspectos: “EH13: yo tengo que tener, me tengo que poner una inyección que es para la... la... testoterona... una cosa para lo, pal cuanto se llama?, para lo sexual, porque yo soy... testosterona/E: ¿que problema tiene usted?/ Eh31: fui al médico y dijo que tenía... que me faltaba esa cuestión/ E: ¿cómo lo vive usted, cómo lo siente?/EH31: yo siento que no respondo como tengo que responder”. La virilidad, como vemos, se asocia a un deber, *tengo que responder*, y frente a esto se falla, *no se puede*.

Las últimas categorías “soy frágil y sensible”, “víctima” y “yo no genero problemas” dan cuenta de los matices de esta pasividad. *Soy frágil y sensible* muestra como en contraposición al ideal de la virilidad, los entrevistados toman una posición definida desde ese ángulo como femenina: “EH22: yo soy mucho más sensible, soy de piel, soy de abrazos, soy de querer a mis hijos, de decirles cosas lindas... mi mamá me decía cosas así, no sé... y yo la adoraba, la adoraba..”. En esta cita EH22 habla de cómo no se parece a su padre y se identifica con la afectividad materna, lo que a ojos del ideal de masculinidad no corresponde para un hombre: “EH62: yo soy realmente sentimental, que no es como me doy a conocer, porque me muestro como un hombre duro y tosco, que no se ríe con nada, que es permanentemente mal genio... /E: para

proteger a otra?/EH62: exacto... ahora, por qué no llego a amar?, porque lo que he amado lo he perdido”

Ambas citas muestran la afectividad a flor de piel de los entrevistados. Se definen en general como hombres *sensibles, frágiles frente al dolor, vulnerables*; y si, como en el caso de EH62 eso no se deja a relucir, es porque responde a una defensa, para *proteger* la parte realmente sentimental, porque *todo lo que he amado lo he perdido*. La categoría “yo no genero problemas” muestra cómo se posicionan frente a los demás. En general, se trata de sujetos que se definen como *conciliadores*, en la medida que ceden a otros el lugar del agresor, de aquel que genera diferencias: “E: será que tal vez usted aguanta mucho?/ EH82: yo creo que sí/E: en que siente eso?/ EH82: es que mi personalidad es así po... pasiva... yo soy pasivo, no soy agresivo, no me gustan los conflictos, no me gusta pelear, no me gusta discutir/E: por qué lo evita?, qué siente?/ EH82: porque para mí los problemas no se solucionan...”. Esta cita muestra cómo la base de esta posición pasiva justamente tiene relación con que la violencia deja una huella que *no se soluciona*. La violencia paterna ha dejado una marca que impide a estos hombres a tomar una posición activa o viril, sin que esto les implique sentir que agreden o dañan a sus seres queridos. Unido a esta categoría, la categoría “víctima” muestra cómo, al ser pasivos y congraciativos frente a los deseos de otros, su posición pasiva es también la de una víctima, al estar *preso* del deseo de los demás: “EH72: una vez estábamos haciendo una prueba de matemáticas y yo termine de los primeros, yo me impresioné porque terminé de los primeros y dije no, esto debe estar mal! y tomo mi prueba, la guardo en el bolsillo, hago otra y le copié todo al de al lado, la presento y estaba todo malo, y revisa la mía y estaba todo bueno... a ese nivel/E: qué piensa que pasó ahí?/ EH72: siempre tuve el autoestima baja, no sé si el entorno no me valoró o como era, no sé..”. La ausencia de referencias simbólicas respecto

de la masculinidad, que permitieran hacer propia esta cualidad en sus matices y diferencias, impide que los entrevistados puedan tomar una posición masculina, pero también subjetiva respecto de sus propios deseos y existencia. La masculinidad, como vimos, es concebida únicamente a partir de un ideal rígido y nefasto, que se ha exigido desde la temprana infancia y que la ubica en el exceso de la violencia, por lo cual ser hombre es para ellos se vuelve imposible. Ante este dilema, la pasividad aparece como solución, derivando de manera indeseada en la *anulación* del sí mismo. Lo mismo conlleva que aparezcan eventos de extrema violencia que no encuentran un asidero en el discurso acerca de sí mismos, que parecieran no provenir del yo, y que sin embargo remiten a las escasas posibilidades de identificación y filiación a la figura paterna. A continuación revisaremos el ultimo eje de esta categoría, el eje: “los efectos de mi madre en mí”

5.2.1.3.2.- “Los efectos de mi madre en mí”:

Hemos abordado hasta ahora la identidad centrada particularmente en el conflicto respecto de la masculinidad en los entrevistados, y su relación a la vivencia vincular con sus padres. Ahora revisaremos los discursos de los entrevistados respecto de la madre, y como aquella relación a dejado huella o no en la introyección de elementos femeninos y masculinos de la identidad. Esta categoría se divide en tres ejes. A continuación profundizaremos en cada uno de ellos:



Figura 91

5.2.1.3.2.1.- Soy mi madre:

La categoría “soy mi madre” muestra cómo los entrevistados se identifican más fácilmente con la madre y su posición respecto de los otros, que con el padre. Esta categoría se denomina *soy mi madre* en la medida que esta identificación muchas veces carece de los límites necesarios para actuar según las distancias que implica la propia identidad y la identidad materna: “EH51: [hablando de por qué se hace cargo en su adultez del padre que lo abandona desde niño] A mí me llevó a cuidarlo el ver que mi mamá lo quiso tanto, el ver que... en la familia había un cariño especial por las personas mayores, siempre había un cariño especial por las persona de tercera edad/E: ¿qué le pasaba a usted con que su papá se fuera con otra mujer y volviera?/EH51: ehh... el daño que le hacía a mi mamá, no físico pero psicológicamente.. fue eso, yo creo, el daño que le causaba a mi vieja”.

En esta cita, como es posible apreciar, EH51 habla de las razones por las que cuida a su padre hasta la muerte, a partir de los sentimientos maternos hacia el padre. Habla, además, del dolor que generaba el abandono repetido del padre igualmente a partir del dolor materno. En muchas entrevistas se ve cómo esta identificación no alcanza a ser tal, en la medida que los entrevistados, a la manera de una mimesis, hacen propio el sentir y el rol materno con respecto a sus parejas: *E: ¿qué le pasaba a usted con que su papá se fuera con otra mujer y volviera?/EH51: ehh... el daño que le hacía a mi mamá, eso es lo que me pasaba a mí.*

“EH72: [hablando del primer intento de suicidio en su adolescencia] fue para la risa, porque me tomé las pastillas que eran para la... para que me llegara la menstruación, así que no me hizo nada, me tomé una caja entera pero no me hizo nada/E: por qué se trató de matar con esas pastillas?/ EH72: no, yo ví pastillas y no me di cuenta, tomé las que habían en la casa/E: y esas eran de su mamá?/ EH72: sí [ríe].. a mí me da risa para lo que eran las pastillas, lo que más me

da risa es para lo que eran las pastillas..”. En esta cita EH72 relata cómo *intenta suicidarse* con pastillas que su madre tiene para que *llegara la menstruación*. Por una parte, el entrevistado dice *para que me llegara la menstruación*, tomando claramente el rol de mujer. Por otra parte, se trata de fármacos evidentemente utilizados para abortar por la madre. Si pensamos que EH72 se identifica a la madre, su intento de suicidio implica en realidad un intento de aborto materno, un intento de homicidio de parte de la madre hacia él. Se mata porque la madre no lo quiere, y se mata actuando el deseo materno. En este sentido, el tipo de identificación que encontramos en los entrevistados a la madre, más que dar cuenta de la introyección de ciertos rasgos maternos o la tramitación de elementos femeninos, implican una apropiación del lugar materno, negando las diferencias entre ambos, eliminando su subjetividad en función de mantener el deseo de la madre como algo vigente. Veamos esto en otra cita:

“EH81 [hablando de la muerte del padre que lo agredía]: él [padre] era enfermo coronario, yo le conseguí todo en el hospital/E: nunca tuvo sentimientos encontrados con él?/EH81: no/E: ¿quiso cuidarlo?/EH81: sí, siempre quise cuidarlo y si lo tuviera, todavía lo cuidaría... igual que mi madre, mi madre... mi madre era un pan de Dios”. En este caso, EH81 cuida al padre, nuevamente, por amor a la madre. Así lo deja entrever en las entrevistas. Ese amor a la madre, en realidad, es ser la madre, en la medida que ser ella es ser *un pan de dios*. Amar a a madre y ser ella, permite así amar al padre, no se puede odiar cuando se es *un pan de Dios*.

Esta identificación a la madre conlleva para los entrevistados, en la mayor parte de los casos, mantener la imagen paterna en el lugar del ideal, sosteniendo además una posición de subyugación y sometimiento hacia él. Cuando los entrevistados confrontan a sus padres, lo han hecho en la medida de defender a la madre, en dar cuenta de su *abnegación y entrega hacia él*, haciendo propias las quejas de la madre, el sufrimiento materno, el padecimiento de ellas. Los

entrevistados adoptan además, este discurso de amor incondicional al padre que encarna el enamoramiento materno. Tal como dice EH51: “[cuando su padre agoniza y nadie quiere cuidarlo] Ahí decidí yo quedármelo, los últimos 100 días de su vida lo cuidé yo las 24 horas del día”; se trata de un padre que se va reiteradas veces con una amante, y al que la madre recibe cada vez que él vuelve con la esperanza de *quedárselo* para siempre.

5.2.1.3.2.2.- Yo hijo:

En concordancia con la categoría anterior, el eje “yo hijo” muestra cómo la identificación que los entrevistados se sienten más propia y que desean mantener es la de *ser hijos*, tanto de sus madres como de sus padres. Esta identidad perdura hasta la adultez y nunca se hace el duelo de esta posición. En general, se trata de hombres que se han dedicado al cuidado de sus padres en dos aspectos: al padre lo cuidan *como si ellos fueran la pareja*, es decir, *como si fueran sus propias madres* y a la madre no la abandonan, pues, como veremos más adelante, la única posibilidad de encarnar un rol masculino es como *hombre de la madre*. *Ser hijos* es, entonces, la manera en que definen su existencia: “E: y ¿por qué piensa que tal vez fue tan potente la muerte de sus papás?/ EH82: porque hice lo mejor que pude por ellos, era el más cercano a ellos yo, el más, el más... el que hizo más cosas por ayudarlos...”

“EH92: hay hijos únicos que, cuando llega la hora, hacen su vida y hasta luego con los padres, yo no po, yo no!, yo no soy capaz de dejar a mi mamá sola, no soy capaz, porque tengo un compromiso con ella de cuidarla hasta el último momento y lo voy a hacer...”

El costo que trae esta posición identificatoria es que los entrevistados sienten un alto costo respecto de sus vidas al haberse dedicado al cuidado de sus padres. Pese a que la gran mayoría no lo verbaliza, algunos de ellos hablan del costo que ha tenido esta forma de vinculación:

“EH91: mi papá era alcohólico, se gastaba la plata que ganaba y nunca pensó en mí como hijo,

nunca tuvo ninguna... ninguna más que darme comida y eso, con eso para él era suficiente... sin embargo, después, cuando le tocó recibir de mí, puta!, no tenía ningún problema en recibirme unos zapatos Guante, en recibir cosas ricas, salir a pasear, con mi sueldo de obrerito po../E: y su mamá?/ EH91: mi mamá también, también me recibe todo... bueno, a mi mamá por lo menos le tengo una estima... la quiero porque es mi mamá... pero siento que nuestra relación fue fome... macheteo, siento que es un macheteo, que me han robado..”

El *robo* del que habla EH91, pese a que los entrevistados no lo verbalizan directamente, sostenemos que se refiere al no poder haber despegado del alero de los padres para realizar sus propios proyectos, relaciones, etc. Le *han robado la vida*. La totalidad de los entrevistados ha mantenido vínculos con ambos padres en los que su ser está centrado en realizar tanto los deseos paternos como maternos: *casarse cuando ellos dicen y con quien dicen, trabajar en lo mismo que el padre o en lo que él deseó ser, cuidar del padre como la madre desea hacerlo, ser fiel al padre como la madre lo es, ser el hombre de la madre*. Veamos esta última categoría a continuación.

5.2.1.3.2.3.- “El hombre de mi madre”:

Esta categoría muestra finalmente cómo los entrevistados pueden tomar una posición masculina únicamente en la medida que lo hacen respecto de la madre. Los entrevistados, por la ausencia o violencia paterna, son ubicados por la madre en el lugar de sus hombres, y por ello toman un estatuto especial al interior de sus familias: “E: qué dijo su mamá cuando usted partió? [se casó]/ EH12: que si yo la elegí, que si es para ahora o para más, que sólo Dios sabe... que si me va mal../E: pero no estaba muy contenta?/EH12: no, no estaba muy contenta, pero después igual... después ellas hablaron y mi mamá aceptó la relación/E: era celosa su mamá por usted?/EH12: puede haber sido eso, yo creo que ella no quería que me alejara de ella,

siempre me tenía así como... lo que pasa es que yo pienso que ella contaba conmigo, o sea... contaba conmigo y temía que si yo salía de la casa me iba a olvidar de ella... pero no fue así, o sea, yo igual seguí preocupado de ella, de sus cosas, viendo la casa, iba a almorzar con ella, a tomar once, a darle cariño..”

“E: oiga, ¿a qué edad se casa usted?/ EH51: a los 30/E: ¿y vivió hasta los 30 con su mamá?/EH51: y seguí viviendo con ella hasta que falleció/E: ah!, ¿vivió siempre con su mamá?/EH51: toda la vida, 50 años/E: ¿por qué?/ EH51: por cuidarla a ella, porque ella siempre estaba sola, se casaron todos los otros hermanos y ella no se podía quedar sola en esa casa.../E: ¿por qué sentía la obligación de cuidarla a ella?/ EH51: por lo mismo, porque los otros se alejaron, vieron la parte más fácil, o sea, no... como se llama, no inmiscuirse en el tema que pasaba en la casa”

Tal como dice EH51, la parte *más fácil* es hacer la propia vida, irse de casa. Los entrevistados han optado por no cortar en vínculo con sus madres, cuidar de ellas, protegerlas, y esta relación toma este cariz pues se trata de madres que *no quieren* que ellos se alejen de ellas. Tal como dice EH12, la madre es alguien que *cuenta con ellos y temen perder este amor*. El rol de los entrevistados, entonces, es ser su acompañante. A la manera de una pareja, *igual seguí preocupado de ella, de sus cosas, viendo la casa, iba a almorzar con ella, a tomar once, a darle cariño...* El deseo materno no proyecta en estos hijos realmente individualidad, independencia, un porvenir sin ellas. Los entrevistados ocupan el lugar de *hombres de la madre*, y renuncian o postergan su propio desarrollo como hombres en el mundo de afuera, independiente de sus madres.

5.2.1.4.- “Yo hermano”:

Como vimos anteriormente, los entrevistados ocupan un lugar especial en la familia en tanto son los hombres de la madre. Veremos cómo esto se replica en torno a la relación a sus hermanos.



Imagen 92

La categoría yo hermano se subdivide en dos ejes: “soy distinto de mis hermanos” y “ocupo el lugar de mi hermano muerto”. Tal como en el análisis de las entrevistas de las mujeres, en el caso de los hombres vemos que igualmente la posición que ocupan los entrevistados respecto de sus hermanos es sentida como ajena al espacio fraterno. Se trata de hombres que sienten que quedan por fuera del vínculo fraternal, ya sea porque son el *hombre de la madre*, el hijo que siempre cuida de sus padres, el menor, el único hombre, etc. Algo se alude siempre como una razón que corta el vínculo fraterno y les impide crecer con la experiencia lúdica e identitaria que implica la hermandad: “EH12: empecé a trabajar y a ayudar a mi mamá, y eso me daba lata, que yo era el único que ayudaba y los otros... puros problemas... entonces, no es que me hiciera el niño bueno... pero siempre llegaba a la casa y habían problemas, que... uno llegaba curado, que peleaban y había que salir a salvarlos...”

“EH41: mi hermano mayor, el que sigue, con él me llevo 6 años, así que ya era adolescente cuando yo era niño así que no jugaba conmigo, la única etapa en que nos juntamos fue cuando ya fuimos adultos..”

“E: oiga y a sus hermanos, les ha afectado tanto como a usted la muerte de su padre?/EH61: a ellos?, no, no/E: y por qué a usted más?, qué cree usted?/ EH61: no sé, porque estaba más chico... mi hermana tenía 9, el otro 7... yo tenía 5... no sé, supongo yo, no sé..”

“EH91: yo me crié con gente toda que estudió, fueron a la universidad perfecto, entonces tenía una rabia porque mi papá.../E: pero usted también estudio, no?/EH91: pero por las mías!, porque yo me lo pagué, estuve como 7 años trabajando y estudiando por las mías... por eso toda esa rabia, porque vi como ellos tiraban para arriba y yo con mi sueldo era un miserable y más encima tenía que mantener, tenía que ayudar en la casa po..”

Estas citas nos muestran como los entrevistados sienten estar en un lugar diferente al resto de sus hermanos, en su generalidad se trata de una posición que viven como un menoscabo en comparación a los demás y que acarrea soledad y costos altos, pues son quienes además siguen al cuidado de sus padres. En algunos casos, su posición respecto de la familia es sentida como la del *verdugo*, la del *sacrificio*, aquel que se inmola para que todos los demás progresen. La soledad que implica esta posición es referida desde la infancia, se trata entonces de sujetos que *crecen solos*, sin pares con los cuales compartir experiencias, y en quienes recae el cuidado de los padres a costa de su propia existencia.

El segundo eje de esta categoría, “ocupo el lugar de mi hermano muerto”, muestra como en varios casos esta posición especial se asocia además a que la existencia del entrevistado invoca la pérdida de uno de los hermanos, y entonces ellos hacen propio ese lugar, siendo identificado por sus padres y/o adoptando ellos mismos el lugar del hermano perdido: “E: de cuando era chico, de su nacimiento, ¿qué sabe?/EH12: lo que pasa es que yo... lo que me contó mi mami es que ella había tenido una pérdida antes de tenerme, él nació pero lo perdió... no sé cómo fue la cosa, pero .. y ahí después salí yo... así que no sé si fue con ganas o sin ganas, pero salí.. /E:

pero su hermanito, el que fallece, cómo..?/EH12: él fue como, harto... como un sentimiento bien grande que tenía él, hacia él, porque mi hermano mayor igual, no sé... no sé si me lo decía en mala onda pero me decía, si hubiera nacido él no habrías nacido tú, una cosa así.../E: ¿y usted sintió eso alguna vez?/EH12: no, no, no sentí como que venía de más, una cosa así, no, no... porque igual después con el tiempo la relación con mi mami igual fue buena, o sea... nunca fue mala pero... lo que pasa es que yo entendí que como ellos [hermanos], tenían el vicio del alcohol, mi mami... no es que los quería más sino que los cuidaba más... porque una vez me dio a entender eso”

Esta cita engloba varios elementos analizados hasta ahora. Por una parte, EH12 nace posterior a la muerte de su hermano, lo que le hace sentirse escasamente deseado pues no sabe si fue *con ganas o sin ganas* su venida. *Los hermanos lo molestan*, y eso lo deja además en un espacio diferente al fraterno. Aquello se duplica pues la madre a los hermanos *no es que los quería más sino que los cuidaba más*, al ser el *hombre de la madre* no recibe de parte de ella los cuidados y protección maternos. La identidad al *hermano muerto* conlleva en él consecuencias variadas, desde el cuestionamiento acerca de su propio nacimiento. En varias ocasiones, para los entrevistados hablar de la pérdida de sus hermanos aparece como contenido al mismo tiempo o en asociación de hablar acerca de las dudas que tienen respecto de haber sido hijos deseados desde el nacimiento: “E: ¿cómo se llamaba su hermano que falleció?/EH41: José Miguel, él fue el primer hombre, le dio bronconeumonía según cuenta mi madre, y falleció/E: pero de su nacimiento, ¿usted qué sabe?/ EH41: ehhh yo fui el conchito y salí de chiripazo, de una reconciliación me imagino... pero nunca me hizo sentir como que nooo... siempre me habló y me trató con un cariño muy grande [el padre]”.

Esta cita se da en el contexto del discurso del entrevistado respecto de su nacimiento. En medio del relato, habla del fallecimiento de uno de sus hermanos, para pasar inmediatamente a decir que *nació de chiripazo*, y que el padre *nunca me hizo sentir como que nooo... siempre me habló y me trató con un cariño muy grande*". El hermano muerto es además *el primer hombre*, insuperable. El tema de haber sido deseado, tal como en la cita de EH12 al comienzo de este análisis, nos muestra como el tema del deseo respecto del propio nacimiento esta puesto en esta posible identificación al hermano muerto. La muerte del hermano pone en el tapete el deseo de muerte de parte de los padres hacia los hijos, de manera velada, así como el tema de la virilidad. En otros casos, la muerte de algún hermano acarrea otras consecuencias: "EH92: mi madre tuvo una pérdida y pocos días antes de la pérdida, había un comercial del parque del recuerdo, no recuerdo, de algo así, cuando recién se formó, porque el parque del recuerdo es como del 82, 83 más o menos... hubo un réclame, salía una niña corriendo en un parque y a esa niña yo la visualicé como la hermana que iba a tener, y ese comercial a mí me generó tal impacto emocional que tuve unas... lo que se denominaron convulsiones, desperté con convulsiones y tuve un tratamiento... otra barbarie que me hicieron, porque me dieron cualquier pastilla y me anestesiaron.."

En el caso de EH92, no es claro que la identificación sea con la hermana muerta. Parece más bien, por la forma que adquiere el relato, que sus convulsiones responden a una identificación a las contracciones maternas propias al aborto vivido. En este caso, sin embargo, la relevancia es el impacto que genera la muerte de la hermana en torno a la vivencia del propio cuerpo.

5.2.1.5.- “Yo padre”:



Figura 93

La categoría yo padre da cuenta de dos ejes de análisis que veremos surgen en tensión: “no puedo ser padre” y “ser padre como mi padre”. A continuación analizaremos cada una de ellas.

5.2.1.5.1.- “No puedo ser padre”:



Figura 94

La categoría “no puedo ser padre” muestra cómo en general la posición paterna es referida como algo imposible de encarnar por los entrevistados. Los entrevistados señalan importantes dificultades para poder cuidar de otros y prestarse como referentes simbólicos para sus hijos. El primer eje de esta categoría es “padre niño”, categoría que muestra como los entrevistados se posicionan en el lugar de hijos con sus propios hijos, sin poder tomar un lugar de autoridad o referencia para ellos: “EH22: él [hijo] me adoraba, me adoraba, cuando yo llegaba saltaba, saltaba. De hecho, hasta mi mujer se ponía celosa porque ella estaba todo el día con él y yo llegaba y jugábamos y le hacía tongui tongui y saltábamos y jugábamos y todo el asunto, porque yo siempre me encargué.. la mamá hacía el rol de ordenar, de organizar, planchar sus cosas, todo ordenado para el jardín, que esto, que esto otro , yo me encargaba de que ellos lo pasaran bien, de eso me encargaba yo, de llevarlos a la plaza aunque fuera a las 10 de la noche,

de tirarnos en el resbalín o de ir al cine, o ir a fantasilandia o ir a la plaza a hueviar no más, tirarnos al pasto, jugar... inventábamos juegos, pero yo me encargaba de que ellos lo pasaran bien..”

“EH41: la nave es un juego que jugamos hasta con la Jose, que es la más chiquitita.. y en la nave somos todos amigos y luchamos todos contra el mal y.. y.. por eso ellos me aman, porque somos amigos, me entiende?...”

El problema de ser padre-niño, como muestran las citas, es que la posición paterna no es posible de ser adoptada en tanto esta posición *infantil, de amigos*, es rígida, no dialoga ni convive con posiciones de autoridad o de referencia simbólica para los hijos. Tal como dice EH22, *la mamá hacia el rol de ordenar, de organizar... yo me encargaba de que ellos lo pasaran bien, de eso me encargaba yo*. Esta es la única posibilidad de encarnar una posición afectiva hacia los hijos pues la otra manera de ser padre que refieren los entrevistados, es la de ser padre ausente:

“E: oiga y ser papá, no le ha dado un sentido [para vivir]?/EH61: no, es que no... ya no ya po... si usted supiera cómo amaba a mis hijas!/ E: y qué pasó?/ EH61: pensando tontamente... o no sé... pero preferí que fueran felices mis hijas con su madre, porque yo podría haberle quitado a las niñas [a ex pareja] pero para mí no era correcto que no estuvieran con su madre../E: pero tampoco existió la posibilidad para usted de ser un padre presente no viviendo con ellas?, porque como que usted se las entregó y se fue, desapareció de la vida de ellas/EH61: exacto, me alejé.. ahí estaba la otra carga, de si mi segunda hija era o no mi hija/E: y que piensa ahora?, que era su hija o no?/EH61: sí, sí, pienso que sí, pero así fue... toda mi familia me dice, invita a las niñas pero lo que no viví ya no lo puedo volver a vivir/E: pero tal vez podría vivir cosas que aún le quedan por vivir, o no?/ EH61: y eso es lo que no quiero, no quiero vivir más..”

Esta cita muestra como EH61 se aleja de sus hijas bajo varias razones: *dejarlas al cuidado materno, la duda acerca de la paternidad de una de ellas, no querer vivir más*. Lo que el entrevistado no dice, pero deja entrever, es que el rol paterno hacia sus hijas es algo que no quiere o no puede ejercer. Por alguna razón no quiere o no puede tomar el lugar de padre hacia ellas, es preferible la distancia.

“E: ¿siente que ha podido ser un papá distinto a como fueron con usted?, porque usted me decía voy a cortar hasta acá [la cadena de violencia de padre a hijo]... ¿pudo ser un papá distinto o ha tenido sus momentos?/ EH21: es que a mí, la mamá de ellos no me ayudó en eso, no me ayudó/E: ¿a ser papá?/ EH21: no me ayudó, no me dejó, no me dejó... yo una vez le dije, mira, a mí no me parece que él [hijo] use la casa como centro de operaciones y que venga a comer, se cambie de ropa y esté todo el día afuera... y ella, no!, es que yo soy la que lo veo!, él vive conmigo!/ E: ¿cuantos hijos tuvo usted?/EH21: 4, dos con mi esposa, otro con otra pareja que tuve, al cual no veo hace tres años... y hay... me parece que tengo una hija perdida, con una pareja que amenazó que esto y lo otro y dije ya!, a esta cabra la elimino y la eliminé... pero creo que es hija mía, debe tener unos 12 años... mi hijo mayor tiene 24, el otro debiera tener 21 pero falleció a los 9, me lo atropellaron, y el otro va a cumplir 5..y la chica, que no sé qué edad tiene../E: ¿con quienes de ellos tiene relación?/ EH21: me quedan dos cerca, o sea medianamente cerca... con el menor no tengo relación, no lo veo hace tres años.. al mayor tampoco lo veo, porque está privado de libertad..”

Esta cita nos muestra varios elementos relevantes: el primero de ellos es que el entrevistado alude nuevamente razones externas a él para justificar su ausencia paterna. La tendencia a la justificación al respecto nos hace pensar en el sentimiento de culpa asociado al abandono de sus hijos. El segundo punto es que, tal como EH61, *la duda* acerca de la paternidad es algo que

justifica la distancia con los hijos. Pareciera que las dudas acerca de la paternidad aparecen en concomitancia a la ausencia de apego con los hijos, tal vez por la misma imposibilidad de posicionarse en el lugar paterno, pues se trata de dudas aparentemente injustificadas, en ambos casos los entrevistados asumen que la probabilidad que *el hijo abandonado sea su hijo es lo más probable*, pero esta duda les permite justificar su distancia. Aparentemente la duda nace de la imposibilidad de los entrevistados de creerse capaces de engendrar vida. Finalmente, vemos como EH21 nos da luces acerca de las razones por las que no se puede tomar con soltura el rol paterno. Se desea ser padre *cortando hasta acá* la cadena de violencia de padre a hijo. La paternidad remite a los entrevistados a la propia experiencia con sus propios padres, y aquello implica conflictos que impiden encarnar en rol hacia sus propios hijos. Profundizaremos más en esta idea bajo el análisis de la categoría “ser padre como mi padre”.

Otra categoría de análisis en el eje “no puedo ser padre” es la denominada “ser padre es ser proveedor”. Tal como lo dice su título, este eje alude a que los entrevistados sienten que cumplen el rol paterno en la medida que entregan cosas concretas a sus hijos o sus familias: “E: ¿qué edad tiene su hijo?/ EH91: tres y medio/ E: ah!, es chiquitito!/ EH91: sí, es chico, y yo hasta el momento le doy felicidad, mi hijo se viste bien, mi hijo es de puras camionetas 4X4, esa familia ha tirado hartito para arriba...”. Como vemos en esta cita, EH91 siente que a su hijo pequeño le da felicidad en la medida que le otorga buena ropa y camionetas 4X4”. Esta categoría revela cómo la paternidad se revela como algo posible de ser ejercido, en la medida que implique la ejecución o entrega de acciones concretas hacia sus hijos. Concebir la paternidad de esta manera permite a los entrevistados poder ser padres sin tener que prestarse como referentes simbólicos para sus hijos. Esto último parece ser aquello que implica las más grandes dificultades.

La categoría “no quise ser padre/ no lo merezco” revela justamente este punto. Los entrevistados ubican la paternidad como el resultado de un *ideal*. Se trata de algo a lo que uno debe *ser meritorio* y ellos, en su condición de *poco hombres*, o por sus dificultades identificatorias con sus propios padres, parecen no poder acceder. Veamos como lo refleja la siguiente cita: “EH91: de hecho no tenía ni mina, ni polola... me negaba yo, yo no tenía derecho a tener hijos según yo.../E: que no tenía derecho a tener hijos?/EH91: no tenía derecho a tener hijos, no, no.../E: ¿por qué no?/ EH91: porque sentía que tener hijos era un derecho, no un privilegio... un derecho, un derecho... ganárselo, lograr algo en la vida y dejar algo.. yo no había logrado nada, no merecía tener hijos, ni polola, ni señora, nada, nada../E: ¿pero usted tiene un hijo?/ EH91: sí, por una mujer que no se cuidó y yo igual de repente tenía relaciones sexuales po...”

Recordemos que el análisis nos ha mostrado hasta ahora la idealización de la figura del padre, así como de las representaciones acerca de la masculinidad, en conjunción con la tendencia a la pasivización por parte de los entrevistados y su identificación a las figuras materna y/o femeninas. En este sentido, la paternidad queda en un espacio inaccesible, pues alude a dos experiencias imposibles de tramitar simbólicamente: por una parte, la masculinidad ha sido transmitida desde el ideal y aquello implica que se les ha exigido con violencia responder como hombres. Por otra parte, la experiencia con sus propios padres conllevó para ellos altos montos de violencia y ausencia, por lo cual la paternidad no ha sido una experiencia placentera desde el polo de los entrevistados, como hijos. Ser padre es algo que los entrevistados sienten *no merecerían*, pues sienten que *no dan la talla*. Sin embargo, parece que más que no merecerlo, se tratara de algo que no pueden encarnar en la medida que ha sido transmitido por sus propios padres desde el exceso de una masculinidad desbordada, agresiva.

La última categoría de este eje, “no soy padre”, alude a las razones que los entrevistados otorgan para elegir no ser padres: “E: ¿pero usted quería tener hijos?/ EH12: sí, pero la idea era como tener familia, no tener un hijo de... de... un hijo de otra persona y chao/E: pero también podría haber buscado otra pareja, una pareja con la cual hacer familia, no?/ EH21: no quise pasar eso... yo creo que es más... por miedo o más por comodidad, porque siempre he estado cómodo donde estoy, a lo mejor eso creo que es... es que ella es como más independiente, yo pasaba a quedar como abajo, yo podía ganar quinientas lucas y ella ganaba mucho más, entonces como que ella es la jefa de la casa... ese es el dilema”

Esta última cita es la que mejor refleja los discursos de los entrevistados acerca de la no paternidad. Aquellos entrevistados que no han tenido hijos, aluden su no paternidad como una consecuencia indeseada de su posición pasiva. Tal como señala EH21, al hablar de que no fue padre pues su pareja no quiso tener hijos, la paternidad se configura para ellos como un deseo frustrado, que se ve frustrado justamente producto de no poder tomar una posición en la que se sintieran de forma masculina: *es que ella es como más independiente, yo pasaba a quedar como abajo, yo podía ganar quinientas lucas y ella ganaba mucho más, entonces como que ella es la jefa de la casa... ese es el dilema*. Es la posición simbólica que implica la paternidad aquello que difícil de encarnar. El siguiente análisis nos puede dar más luces al respecto.

5.2.1.5.2.- “Ser padre como mi padre”:



Figura 95

La categoría “ser padre como mi padre” revela cómo la paternidad no es ejercida a cabalidad en la medida que toda experiencia paternante remite a los entrevistados a las fallas en su propia vinculación al padre. La paternidad es un elemento que no consigue ser tramitado simbólicamente, en la medida que el vínculo al padre está teñido por un exceso de violencia, sexualidad o ausencia. El primer eje de esta categoría, “no quiero ser como mi padre”, muestra como los entrevistados tienen como imperativo de la crianza alejarse de la figura de violencia o ausencia que encarnó su padre para ellos mismos: “E: ¿por qué se casó con ella?/ EH21: porque la dejé embarazada y quería formar una familia/ E: ¿por qué razón?/ EH21: porque no quería... ella no iba a abortar y yo tampoco quería que abortara, me parecía... no.. no estaba enamorado de ella pero sí la quería mucho y... eh... no quería que ese niño tuviera un padre huevón, maricón, injusto como el que tuve yo... sí, eso... eso fue..”

Tal como revela esta cita, la paternidad conlleva para ellos el espacio que encarna los excesos paternos. Escasamente escucharemos en los entrevistados hablar del padre como lo hace en esta cita EH21. En general se idealiza la figura del padre, y sus excesos es algo que no encuentra representación. En este caso, sin embargo, EH21 logra dar cuenta de aquello, dando cuenta de la intensidad del dolor que acarreó ese vínculo para él. En concordancia al análisis realizado hasta ahora, vemos en esta cita además que, más que el deseo de un hijo (el entrevistado habla de aborto espontáneamente), la paternidad es algo que se asume por *deber*, y el deber es *no repetir* la vivencia paterna desgarradora que han padecido: “EH51: siempre pensé yo que el día que tenga un hijo, nunca lo voy a abandonar, pensando en las cosas que había hecho mi papá con nosotros...”. Tal como dice EH51, el deseo de no repetir tiñe el ejercicio de la paternidad; por esto, por no ser violento, por no exigir masculinidad, *nunca los he castigado ni física ni*

psicológicamente, señala el entrevistado. El exceso paterno marca a estos hombres en su relación a sus hijos.

La categoría “soy padre afectivo” muestra un matiz de esta forma de ser padre importante a destacar. Veamos una de las citas centrales: “E: ¿tiene esa potencia el amor que siente por sus hijos, del amor que siente por su padre?/EH41: trato que sea lo más parecido posible... me acuerdo de cosas muy bonitas que viví con mi papá... bonitas... cuando me llevaba al estadio... cuando andábamos en bicicleta y ahí el me llevaba todo el rato así...[silva].. y yo cuando tengo como pena hago eso, cuando estoy solo../E: ¿silva como hacia su papá?/ EH41: claro... y me soplabo aquí... su silbido... y con mis hijos igual lo he hecho... teníamos rituales con mi papá... no sé po, yo hasta los treinta, hasta viejote, me hacía que me sentara en las rodillas de él y me hacia tinguiririqui... era... y un abrazo y un beso, era un viejo muy rico... maravilloso... pero cuando tenía que ser duro era duro, cuando me tuvo que sacar la cresta una vez a combos en el hocico, me la sacó”

Esta cita es de un entrevistado que en la temprana infancia sufre abuso sexual por parte del padre. El entrevistado, sin embargo, justifica esta situación de diversas maneras y habla del padre, fuera de este episodio, como un *viejo muy rico... maravilloso*. Es un padre que sin embargo establece un vínculo de tono sexual hacia el hijo mucho más allá del evento de abuso: *teníamos rituales con mi papá.. no sé po, yo hasta los treinta, hasta viejote, me hacía que me sentara en las rodillas de él y me hacia tinguiririqui*. El entrevistado, sin embargo no nota esto y lee esta forma de ser paterna como una manera afectiva de ser. Cuando los entrevistados no se ubican en el polo contrario al padre, la manera que buscan ser buen padre es mediante la imitación de las cosas que hacia el padre con ellos, negando a su vez el exceso de la violencia o sexualidad paternas. En este caso, el entrevistado *silva* como su padre, a sí mismo se acuna

cuando *tiene como pena, cuando está solo* y silva a sus hijos, replicando los rituales que tenía con su papá. La posibilidad de ser padre afectivo, entonces, para EH41 pasa por la mimesis con lo que el padre fue, no pudiendo introyectar efectivamente la función paterna en tono afectivo: *trato que con mis hijos sea lo más parecido posible* [a lo que fue con mi padre]. Vimos anteriormente en el análisis cómo esta mimesis acarrea para este entrevistado en particular, indeseadamente el fantasma del abuso sexual hacia sus hijos.

5.2.1.6.- “Identidad adicta”:

Hemos denominado “identidad adicta” a los discursos de los entrevistados respecto de la identidad, cuando se encuentran bajo los efectos del consumo o abstinencia. Esto, pues ellos refieren que su forma de ser y su identidad cambia al estar el procesos de consumo de sustancias. Esta categoría se divide en cinco sub ejes: “identidad marcada por un quiebre”, “reforzamiento del yo”, “la debacle”, “identidad adicta filial” e “identidad de la abstinencia”. Analizaremos cada una de ellas a continuación:

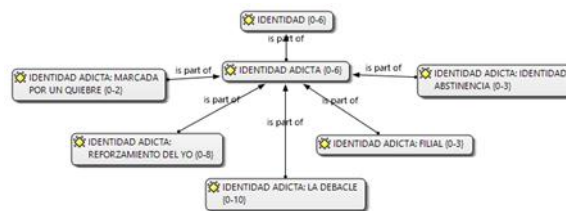


Figura 96

5.2.1.6.1.- “Identidad adicta, marcada por un quiebre”:

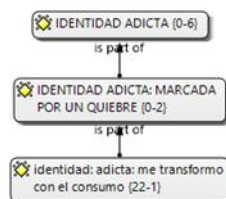


Figura 97

La categoría “identidad adicta, marcada por un quiebre”, da cuenta de cómo es referido por los entrevistados que su forma de ser bajo los efectos del consumo cambia radicalmente, estableciendo un quiebre entre lo que ellos definen ser y en lo que se transforman cuando consumen o desean consumir. La única categoría de este eje, “me transformo con el consumo”, da cuenta de aquello: “EH32: [hablando de una discusión entre su hermana y su cuñado] después que pasó la discusión yo me mandé un trago y después de eso siguió la cuestión, yo estaba con mi hijo, subo la tele y siguieron discutiendo y creo que la empujó este cabro y luego y yo le pongo un charchazo, porque con un combo capaz que lo desarme... yo con trago agarro una fuerza increíble, no soy yo.. y ahí fue cuando llegó carabineros y delante de mi hijo me sacaron a mí”.

Esta cita muestra cómo el entrevistado, al estar bajo los efectos del consumo, no se reconoce a sí mismo, en tanto *con trago agarro una fuerza increíble, no soy yo...* Se trata, sin embargo, de una fuerza que pese a que no reconoce como propia, sí la controla en la medida que *yo le pongo un charchazo, porque con un combo capaz que lo desarme*. Esta dicotomía entre no reconocerse pero mantener un relativo control sobre los propios actos es algo que define este quiebre: “EH41: yo la cocaína la había probado, pero de mono, de pintamonos... siempre fui una persona muy deportista, entonces... no, mi vida no tiene una relación con la droga como... como de mucho tiempo.. y mi consumo no es, o sea, yo puedo consumir un mes y puede pasar un mes y consumir de nuevo, si el problema es que yo me pierdo, yo apago el celular y no hablo con nadie y me da por caminar/E: ¿cómo empieza eso?/ EH41: me empiezo como a poner nervioso/E: ¿pero empieza porque se acuerda de él [padre muerto]?/EH41: claro y ahí agarro vuelo, y empiezo... adentro, adentro mío empieza un conflicto y la voz mala empieza como a ganarle a la buena/E: ¿cuál es el conflicto?, qué le dicen esas voces?/ EH41: sale po!,

sal, hoy día tenis que salir y hoy te matai po!... ese es el punto, me entiende... yo todas las veces que salgo, salgo con pena porque... gracias a dios no lo he hecho.. /E: ¿qué hace?/ EH41: camino, camino, camino, camino, camino... y a veces, cuando me han quedado unas pocas lucas, a veces... me he quedado... no se lo he contado nunca esto a nadie... me he quedado en uno de los apart hotel que cobran como 9 lucas y ahí me he sentado, porque ya he estado muy cansado, muy transpirado... me he duchado y ahí empieza el peloteo, que sí, que no, que sí, que no../E: ¿de si hoy me mato, en el fondo?/ EH41: claro..."

La cita anterior muestra dos puntos importantes. El primero es que EH41 no se reconoce como un sujeto ligado al consumo de sustancias, no se define a sí mismo como un consumidor y menos como un adicto: *mi vida no tiene una relación con la droga*. Sin embargo, alude una problemática que se asocia al consumo de drogas, pero que no responde únicamente a aquel. EH41 busca consumir cuando empieza a *sentirse nervioso* al recordar a su padre fallecido recientemente, y es bajo esa emoción que busca consumir para lidiar con el conflicto, *con las voces buenas y malas*, particularmente con las *vozes malas que le dicen que se mate*. El entrevistado se transforma en ese momento, pues abandona su vida cotidiana y usual, hace un corte con ella y con los seres significativos para él: *el problema es que yo me pierdo, yo apago el celular y no hablo con nadie y me da por caminar*. En una conducta que también linda entre lo ajeno y lo propio, el entrevistado camina sin sentido en la disyuntiva suicida, al extremo de llegar a estar *agotado, transpirado, cansado, y ahí empieza el peloteo, que sí, que no, que sí, que no [me mato]*. Él, sin consumo, declara que no quiere morir, pero el consumo encarna este deseo de muerte y de vida. Este deambular solitario, casi autómatas, ligado a la ideación suicida, sucede únicamente asociado al uso de sustancias. Es el uso de las sustancias aquello que le permite pensar, aunque penosamente, en afectos y emociones que se eluden en la abstinencia.

Tras estos eventos, el entrevistado *vuelve a ser él, a trabajar como siempre lo hace, a contentar el celular, a dejar de perderse.*

Tal como en el análisis de las entrevistas de las mujeres, el uso de sustancias permite la aparición de pensamientos y referentes identitarios que no se reconocen como propios, que no son para los entrevistados propios al yo. Sin embargo, se trata de elementos que tienen relación con ellos, con su afectividad, con sus deseos, sus padeceres. Todos los elementos que no se permiten en la identidad que se reconoce como propia y que aparecen bajo los efectos del consumo, se viven como parte de esta transformación que sucedería por efectos del consumo. Se trata de una mutación que nunca es radical, pues el sujeto logra medianamente reconocer algo de sí aun presente en estos comportamientos. En el primer caso, EH32 le *pega un chachazo al cuñado, porque si lo golpea muy fuerte lo mata*, controlando su agresión. En el segundo caso, el entrevistado *no se suicida pues aunque la voz mala se lo ordena, gana finalmente la voz buena*, la que él reconoce como propia, la que lo identifica. La categoría busca dar cuenta de esta tensión, y de la coexistencia de elementos que se reconocen como propios y otros que, pese a ser igualmente personales, se les desconoce como tal. Tanto en hombres como en mujeres, esta transformación encarna una experiencia que se ubica *entre la vida y la muerte*, aparentemente sentir los afectos remite a la propia desaparición.

5.2.1.6.2.-“Identidad adicta, Reforzamiento del yo”:



Figura 98

La categoría “reforzamiento del yo” da cuenta de cómo el consumo de sustancias, pese a que en algunos momentos da lugar a una identidad que se desconoce y reniega como propia, genera igualmente efectos que refuerzan y satisfacen la identidad que se reconoce como la propia y personal. En general, estos efectos responden a los que el sujeto espera de sí mismo, en torno al ideal. Veremos esto en detalle.

El primer eje de análisis de esta categoría se denomina “no soy adicto” y tiene que ver con que el uso de sustancias y el desuso de las mismas no provoca en ellos lo que suponen es propio a una adicción. Sus discursos, como veremos, dan cuenta de una imagen del adicto como alguien totalmente velado por la sustancia, y entonces, en la medida que en ellos aún subsiste un espacio subjetivo y el comando de sus vidas, se reconocen en el consumo como no adictos: “EH51: yo no debiera estar acá, porque yo tomaba a diario esas botellas, este petacón de 350cc de pisco, pero eso no me curaba, me hacía irme a acostar tranquilo... incluso le digo, mi señora después que yo tomaba la botella de pisco llamó mil veces a los carabineros para que me sacaran de la casa y los carabineros nunca me sacaron, porque nunca me vieron curado... ellos decían que no podían sacar a una persona si no estaba haciendo desorden y que no estaba ebrio”. La cita muestra cómo EH51 tiene la imagen del adicto como una persona violenta y evidentemente desbordada por el uso de alcohol. Dado que a él no le suceden estos fenómenos, no se considera adicto, por lo cual *no debiera estar acá (en tratamiento)*. La sensación de no ser adictos, en este caso de no ser violento con el uso de alcohol o estar en coma etílico, les permite a los entrevistados mantener el consumo activo, pues no problematizan el uso que hacen de las sustancias. Tal como dice EH51: *yo tomaba a diario esas botellas, este petacón de 350cc de pisco, pero eso no me curaba, me hacía irme a acostar tranquilo.*

En este sentido, la identidad adicta encuentra en esta forma de concebirse una continuidad con lo que hemos denominado identidad del yo, pues bajo el consumo de sustancias los entrevistados igualmente sienten que pueden dar cuenta de sí y que siguen siendo *los mismos*. La categoría “soy hombre” da cuenta de cómo los entrevistados señalan sentir que bajo el efecto de las sustancias se refuerza la sensación de virilidad e identidad masculina. En este sentido, las sustancias generarían un efecto deseado, que suple y refuerza la menoscabada virilidad que se ha podido encarnar: “E: qué buscaba en el consumo?/EH71: pasarla bien/ E: cómo era ese pasarla bien?/ EH71: es que te sentís más potente, con más energía, como con más carácter, más.. yo, lucido, eso uno lo esconde... igual soy tímido”

“EH81: la cocaína muchas veces no se nota, no se nota y... no me produce, no me mareo, ando como normal, me entiende?, pero uno pasa por una etapa que, cómo le explico?... que se siente bien y después cuando uno no tiene y la deja, viene como un bajón así, un bajón, queda uno como... débil”

“EH31: ahí empecé a... por qué me gustó [el consumo]?, por las mujeres!/ E: ¿por las mujeres?/ EH31: tenía un círculo, un círculo de mujeres, claro!, hartas mujeres!, guau... buenas!, no le puedo negar que conocí hartas mujeres...”

Las tres citas anteriores revelan los diversos ámbitos que anteriormente fueron referidos por los entrevistados bajo el ideal de virilidad. Los efectos placenteros de la sustancia se asocian a la adquisición de fuerza y potencia corporal y mental (en algunos casos desmedida, como vimos), *más carácter*; se asocia igualmente a la posibilidad de ubicarse en la posición *del galán*, del hombre que hace excesivo uso de su condición viril, aquel que tiene *varias mujeres*. En este sentido, es que los entrevistados se sienten como normal, y la ausencia de consumo genera entonces *un bajón, queda uno como débil*.

Vimos anteriormente las dificultades de los entrevistados en torno a encarnar una posición masculina, en especial como consecuencia de la exigencia paterna, que sólo otorga representaciones de la virilidad desde su exceso: violencia e hipersexualidad harían de un hombre, *un hombre*. En este sentido, el consumo de sustancia permite a los entrevistados sentirse *normales*, al fin siendo esos hombres que se les ha exigido ser. El tercer eje de esta categoría, denominado “super man”, va en la misma línea. El consumo de sustancias permite el acceso a una identidad masculina que no sólo se basta con la violencia o la hipersexualidad, sino que además encarna la posición de aquel que no necesita de nadie, que no carece de nada, que *no es uno más como el resto*, sino que *mejor, se es más*: “EH61: las veces que me he intentado matar no me he muerto, la gente se muere por una pancreatitis, yo no, yo he tenido tres pancreatitis!, me han pegado balazos de cerca en la cabeza, hasta he saltado y las balas no me pegan... esta es la parte en que yo me río, es graciosa la hueá, si es para la risa... no me muero po!, he salido muy duro, para lo único que he salido bueno...”

“E: ¿lo pasa bien o mal con el consumo?/ EH82: mal, porque es una sensación vulgar y uno después vuelve a la normalidad y uno piensa, cuando está lúcido, qué hice, po?!/ E: y en el momento que consume, qué piensa o siente?/EH82: se siente uno... arribista, se siente bien uno, se siente importante, no sé... eso”.

Vemos como en estos casos, el uso de sustancias permite al sujeto un cambio en torno en la relación que establece consigo mismo, porque la sensación de sí se ve fortalecida. *Ser inmortal, ser importante, ser galán, tener fuerza desmedida*, son características que de alguna manera se ligan al ideal de hombre que se les ha exigido ser.

Reforzando la misma línea argumentativa, la categoría “soy valorado por mis amigos” muestra dos puntos relevantes. El primero de ellos es que bajo los efectos del consumo, los

entrevistados logran entablar relaciones de amistad con otros hombres y ser finalmente, *parte de un grupo de amigos*. Recordemos que el análisis nos ha mostrado hasta ahora, que los entrevistados no habían logrado establecer una vinculación a hombres de su edad, como pares. El segundo punto importante es que los entrevistados, en las relaciones establecidas bajo los códigos del consumo, no sólo son parte de este grupo, sino que se sienten reconocidos por otros hombres *como iguales*, y aquello refuerza esta sensación de por fin acceder a la ansiada identidad viril: “EH61: [hablando del juego junto a sus amigos] yo no sé cómo es un ludópata, pero el ludópata quiere ganar más... a mí me gusta jugar porque... no me interesa ganar [dinero], me interesa vencer/E: cómo es eso?/ EH61: sentir que chuta!, gané!, que me dicen que soy importante, esa es la verdad, que soy importante y que valgo siempre..”

Esta cita revela cómo EH61 juega con sus amigos *para sentirse importante y que valgo siempre*. En este sentido, el reconocimiento de otros hombres otorga no sólo una sensación de reconocimiento acerca de la virilidad, sino que sobre todo una sensación de reconocimiento vital, un reconocimiento mucho más primario y fundamental para la existencia que el mero hecho de *sentirse hombre*. Este reconocimiento se espera de parte de otros hombres, pues es necesario que otros hombres introduzcan en el *código masculino*: “EH72: si es [el consumo] para compartir no más, usted sabe que en los grupos de amigos uno está siempre en eso... solamente para estar a tono con ellos, no puedo estar compartiendo lúcido y ellos... es como para estar a tono, para entender los chistes, la conversa../E: y si no, ¿no entiende?/EH72: te quedas afuera... así te sientes parte del entorno, nada más que eso../E: ¿es un grupo de puros hombres?/EH72: hombres/E: ¿no hay mujeres?/ EH72: no, no hay mujeres/ E: ¿nunca?/ EH72: nunca../E: o sea, ¿es para entender las tallas entre hombres, o no?, ¿es como ese el tono que

toma la conversación?/ EH72: claro, claro... sí... y para decirse verdades, pero el alcohol no es una necesidad...”

Ambas citas nos muestran cómo la necesidad primaria y fundamental de reconocimiento como sujeto, se liga en los entrevistados al reconocimiento de la masculinidad que hay en ellos. Vimos con EH61 que el espacio de consumo brinda un reconocimiento entre pares, reconocimiento ligado a una necesidad primaria de ser reconocido por otro: *sólo entonces soy importante y valgo siempre*. La cita de EH72, por su parte, muestra cómo el espacio de consumo permite una introducción al código masculino entre pares; se trata de un *espacio de hombres que hablan cosas de hombres*, y entonces se conocen y reconocen como tales. Como vemos, a este espacio se accede sólo por los efectos del consumo, *sin ello te quedas afuera, no entiendes los chistes, la conversa*. El código masculino, entonces, no es algo que los sujetos poseen por sí mismos, sino que acceden a aquel únicamente *cuando se está a tono con los amigos*, por efectos del consumo. Sin la droga, el sujeto queda despojado de los significantes propios al código masculino, *no puede compartir*. “Soy reconocido por mis amigos” muestra justamente aquello, la posibilidad de acceder a un reconocimiento fundamental y al código masculino sólo de manera relativa y temporal.

Las categorías “digo la verdad” y “yo soy” muestran cómo los entrevistados sienten que bajo los efectos del consumo dan cuenta de sus verdaderas emociones y sentimientos, y en esa medida logran parcialmente reconocer como propias sus conductas o derivados de sus dichos: “EH32: [hablando de la pelea con su hermana y cuñado] tenía rabia, rabia, rabia de todo y como que me bloqueé y gritaba como loco, si parecía un loco, pero me acuerdo de todo, no se me olvidó nada../E: ¿qué es lo que lo sacó de sus casillas?/EH32: una pelea con mi hermana menor porque cerré mal la puerta, la puerta se me fue y yo tengo roces con ella y ella, oye!,

pero hasta cuando!, así, me entiende?, oye!, pero qué te pasa!, y le dije se me fue la puerta un poco no más, ah, pero es que vos!.. y ahí quedó la escoba y ahí salí y rompí todo, va dos veces que pasa eso..”

En esta cita EH32 asume que *sentía rabia* y que esta emoción *lo bloquea, lo vuelve un loco*. En esta medida, el entrevistado logra explicar desde su estado interno su cambio en la forma de ser, sin remitir el descontrol al consumo de sustancias, lo que vimos antes que habitualmente sucede. Esta transformación, en esta cita, EH31 logra relacionarla a sus emociones. Asume igualmente que *recuerda todo*, como si quisiera decir que *era dueño de sus actos*. Sin embargo, esta asunción es sólo parcial en la medida que *va dos veces que pasa eso*; al decir que *esto pasa* y no *esto yo lo hago*, el entrevistado ubica a la agresión como algo que le acontece pasivamente, no como algo que el sujeto decide hacer. La categoría “Digo la verdad”, busca mostrar cómo bajo los efectos del consumo los entrevistados pueden dar cuenta de sus emociones. La categoría “soy yo” muestra cómo esta posibilidad de asumir los actos como propios es sólo relativa, y en ese sentido se asumen igualmente las emociones como propias sólo parcialmente.

La última categoría de este eje es “Rebelde”, categoría que refuerza lo anteriormente dicho. “Rebelde” tiene que ver con que, para los entrevistados, hacer propias las emociones de rabia, rencor, pena, etc. o tomar una actitud de corte respecto de las demandas de los demás hacia ellos, actitud que generalmente toman al hacer uso de sustancias, implica quebrar con la imagen de sí mismos de pasivos, tolerantes, conciliadores, etc.: “EH72: bueno, hubo un lapso en que no me acuerdo de ellos [los padres] y no sé po, como de los 15 años en adelante empecé a tener una imagen materna y paterna, pero antes no las tuve.. o sea, las tuve pero no me acuerdo... como de los 6 a los 10 años, me entiende?... y quizás ellos se dieron cuenta que

yo los necesitaba, pero yo ya estaba en [consumo] ... ahí ya les llamé la atención, cuando empecé a juntar antecedentes haciendo todo mal, cachai?, empecé a tomar como a los 15 años, empecé a tomar cerveza, por ahí podía partir../E: ahí usted siente que ellos empezaron a preocuparse de usted?/ EH72: exactamente, exactamente... mi actitud soberbia, todo lo hacía para llamar la atención, pero después se me escapó de las manos...”

Como vemos en la cita, EH72 no recuerda tener una imagen paterna y materna entre los 6 y 10 años, y eso efectivamente porque *no es criado por sus padres*. Señala, sin embargo, que él tuvo la imagen paterna y materna en ese tiempo: *o sea, las tuve pero no me acuerdo*, pues su relato se centra en la tensión entre la idealización a sus padres y la rabia a los mismos por el abandono sufrido en este tiempo de su vida. Efectivamente, el entrevistado no sabe de sus padres de forma permanente por aproximadamente 4 años. Luego, por el dolor que este abandono le causa, *les llama la atención haciendo todo mal; su comportamiento rebelde, su soberbia*, es asociada al uso de sustancias a la vez que a la expresión del dolor del abandono. Esta identidad *rebelde*, en general, tiene esta doble vertiente: se expresa como causa directa del consumo, a la vez que se asocia a padecer psíquico y emocional de que otro significativo falle afectivamente. *Ser rebelde* permite cortar imaginariamente con los otros a la vez que se mantiene la dependencia hacia ellos: “EH81: yo trabajé un año con ese caballero que eran yuntas con mi papá y este caballero, yo ... yo hice unos pedidos y a él le pareció mal y me despidió, así que me fui po, llegué a mi casa, me dio el finiquito y todo, y mi papá estaba ahí y le conté.. y me dijo, pucha, me defraudaste y ahí me golpeó... /E: y ahí le pegó un combo?/ EH81: y ahí me echó de la casa y todo eso... de ahí, ahí fue cuando yo me fui, o sea, como andaba con plata, con el finiquito, me fui y de ese entonces... ahí empezó mi bohemia..”.

La cita de EH81 reitera lo dicho: la rebeldía es producto del abandono del Otro, en general de alguno de los padres (en especial se trata de un conflicto con el padre), y es asociada tanto al uso de sustancias como al dolor de la pérdida. Se trata, en todos los casos, de abandonos precipitados, injustificados, que dan cuenta del exceso de agresión y descontrol paternos. El abandono, en esta medida, es referido como signo del *desprecio, desamor u odio* paterno, y en esta medida se vuelve algo intolerable. La rebeldía es una respuesta a este dolor, mediante la conducta que saca al entrevistado del lugar de sometido donde solía ubicarse respecto del padre. En esta medida, es una respuesta que nace del dolor pero que genera la sensación de fortaleza al propio yo, aunque se trate de una fortaleza pasajera y bastante superflua.

5.2.1.6.3.- Identidad adicta, la debacle:

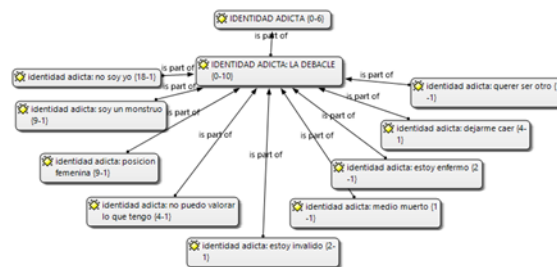


Figura 99

La categoría de identidad adicta, “la debacle”, muestra como los entrevistados sienten que su ser se degrada por efectos del uso de sustancias. En oposición a la categoría anterior, “la debacle” la cuenta de cómo ciertos estados relacionados al consumo se vivencian como estados que deterioran y degradan al sujeto y en este, sentido, les cuesta reconocer como propio lo que sucede con ellos mismos. El primer eje de análisis de esta categoría es “no soy yo”, y muestra cómo los actos y emociones que acontecen bajo efectos del consumo o abstinencia no se reconocen cabalmente como efectos del deseo personal, como parte de la

identidad o como parte del proyecto vital del sujeto: “EH42: como que yo me veía bien y todo pero... como que hay una parte de mí que no quiere olvidar [la muerte del padre], y yo tengo que sufrir por eso.. me entiende?, eso es lo que quiero explicarle../E: cómo que no se puede sentir bien?/ EH42: claro, hay una parte de mí que me dice no podis vivir la vida bien, po!.. y yo, estos últimos meses la viví bien, tuvimos unas vacaciones súper ricas, cero alcohol, ni preocupado andaba... o sea, yo sin copete puedo funcionar súper bien y me sentí yo mismo, me sentí contento, me sentí seguro... pero después uno vuelve a la realidad y hay cosas que a mí me duelen..”.

Tal como muestra la cita, la *parte de mí que no quiere que yo sea feliz* es la parte que se relaciona al consumo de alcohol, y que tiene directa relación con el deber de *no olvidar al padre*. Tal como vimos antes, en todos los casos, el consumo de sustancias genera parcialmente la sensación de vivencias, emociones e identidad que no se reconocen como propias y que se asocian además a afectos dolorosos, generalmente en torno a la ausencia del padre. EH42 nos señala, además, que *sin alcohol puede funcionar súper bien y se siente él mismo*, como si cuando consume no se sintiera a cabalidad la misma persona, y *dominara esa parte de él que no lo quiere feliz*. El consumo, entonces, es asociado a afectos negativos, generalmente relacionados a la ausencia paterna y a afectos dolorosos en ese sentido, dando lugar a una sensación de sí alejada de la identidad que se reconoce como propia y con la cual el sujeto se identifica. Esta mutación de la identidad es tal que a veces, especialmente cuando los episodios de consumo han sido muy prolongados, los entrevistados señalan ya *no saber cómo son*, se desconocen pues habitan una identidad que les es ajena de forma permanente: “EH92: yo ahora recién me voy a conocer po, porque después de tantos años drogándome, no sé cómo soy yo normal”

En otros momentos, el cambio que se asocia al uso de sustancias da lugar a conductas, sentimientos o afectos que no se pueden reconocer como propios, siendo tal la distancia entre la identidad que se reconoce como propia y esta nueva forma de ser que se catalogan a sí mismos como *locos, monstruos*, etc. esto es lo que muestra la categoría “soy un monstruo”: “E: ¿no puede salir de qué?/ EH32: de la droga, de la droga, no podía, no podía... salía a delinquir y tenía lucas todos los días, todos los días manejaba lucas y el diablo me ayudaba, y yo salía y llegaba con plata para abastecerme”

Tal como dice EH32, robar para abastecerse drogas es algo que se considera impropio, inadecuado, por ello se trata de una acción en la que *participa el diablo*. En esta medida, la identidad del entrevistado se asocia al mal, no sólo al mal accionar sino que a la *maldad* misma, su *aliado es el diablo* y en esa medida *es merecedor del infierno*. La culpa y vergüenza que conlleva esta mutación de la identidad genera muchas veces que los entrevistados piensen en el suicidio como única forma de salida de este cambio en su personalidad, pues no saben cómo enfrentar a quienes los confronten a sus actos, cómo dar cuenta de la bondad de sus intenciones pese a la mala ejecución de sus acciones: “E: ¿ahí se intentó matar usted?/ EH51: claro/E: ¿por qué?/ EH51: porque estaba aburrido, sentía vergüenza/E: de qué?/EH51: de llegar a la casa y qué iban a decir los vecinos!, si me conocían a mí de otra forma... incluso ahora tengo miedo de volver a la casa porque, por el qué dirán, porque si usted le pregunta a cualquier vecino, que son vecinos de 40, 50 años, yo soy una.. un ejemplo de vecino para ellos!, entonces que haya pasado esto... he sabido que mi señora me ha puesto súper mal, como el malo de la película, cosa que no es así, yo se que no es así/E: y entonces?/ EH51: siento vergüenza.. la gente me dice, si no has hecho nada, de que sientes vergüenza?, pero no sé po, de las preguntas que va a hacer la gente, si las voy a querer responder... eso.”

En esta cita EH51 nos relata como teme volver a casa pues la mujer lo ha acusado de violencia intrafamiliar y él no ha sido violento con ella sino en momentos de consumo. El entrevistado señala sentir vergüenza por tener que explicar sus conductas violentas, las que no reconoce como producto de sus intenciones: *he sabido que mi señora me ha puesto súper mal, como el malo de la película, cosa que no es así, yo sé que no es así*. Las conductas violentas no tendrían relación con su la identidad con la cual él se identifica, pues él se identifica con el que *todos conocen, el ejemplo de vecino*. La vergüenza que genera la imposibilidad de poder explicar a tercero cómo el *diablo* se apropia de sí mismo, es decir, cómo aparecen actos que no se reconocen cabalmente como producto del deseo personal, genera el deseo de desaparecer definitivamente, pues uno ya no parece dueño de sí mismo. A su vez, esta cita nos muestra la importancia que otorgan los entrevistados a la opinión de otros respecto del espacio identitario personal. Es como si, mientras terceros pueden aún reconocer en los entrevistados la identidad de siempre, esta identidad se mantiene, no se pierde, no se olvida, entonces aún *sé cómo soy yo normal*. Si otros ya no los reconocen, los entrevistados se pierden.

La categoría “posición femenina” muestra como al estar bajo las dinámicas de consumo, los entrevistados toman muchas veces una identidad o posición preferentemente femenina, o se ubican también por fuera de lo que ellos esperan como propio de una posición masculina. Ambas situaciones generan comodidad y otras veces, inquietud: “EH41: es como un conflicto interior mío... por el lado de [la familia de] mi esposa, me dicen que soy como la Olguita Marina, una tipa de una comedia que se ahogaba y tenía que salir caminando... porque yo me ahogo y me da por caminar.. [...] ahora, de hecho, ni siquiera me dan ganas de tomar alcohol, pero cuando se enciende el bichito y me da la Olguita Marina... ehh... ahí está el problema..”. Como vemos, EH41 señala que su conflicto interior tiene que ver con que él, al momento del

consumo, adopta una identidad que es reconocida por otros y por él mismo como femenina. El entrevistado se identifica, al momento del consumo, con *Olguita Marina*, personaje televisivo que *se ahoga con las presiones de la vida, y tras el ahogo le da por caminar*, tal como le sucede al entrevistado. Llama la atención que el mismo entrevistado se defina a partir de este personaje femenino, porque su problema nace *cuando se enciende el bichito y me da la Olguita Marina*. Lo no reconocido entonces, lo ajeno que se encarna al momento de consumir, tiene relación con elementos femeninos de la identidad, pues en la medida que estos se niegan aparecen poco integrados y entonces sólo pueden reconocerse como propios en la intoxicación de sustancias. Lo femenino revela la connotación puramente pulsional de estos arranques.

En otros momentos, esta toma de posición femenina se siente como una pasivización de la sexualidad producida por la droga, y en asociación a la imposibilidad de tomar una posición masculina: “EH72: yo no tengo erección, no tengo eyaculación, no tengo nada/E: coménteme un poco más de eso/EH72: me pasa con la cocaína, cuando consumo cocaína, nada, cero.. no me dan deseos, no tengo erección, no tengo nada/E: aunque esté con una persona con quien generalmente sí siente excitación?/ EH72: sí, no pasa nada, imposible../E: y cómo se siente ahí?/ EH72: fracasado... trato, trato, pero no se puede/E: qué es?, cómo que algo se bloqueara?/EH72: me bloqueo tanto psicológica como físicamente/E: descríbame un poco qué le pasa?/ EH72: psicológicamente como que no, no pienso en la situación, es como que estuviera anestesiado, es como una persona invalida.. que tratan de excitarla pero ... mi cuerpo esta desconectado de mí.. de mi... mi mente esta desconectada de mi cuerpo y no se me pasa nada por la cabeza, nada...el único placer que me causaba era el de seguir consumiendo”

De forma similar a como vimos en el análisis de las entrevistas de mujeres, en el caso de los hombres las sustancias los ubican en un lugar ajeno al encuentro sexual. En este caso, EH72

describe la situación como una *desconexión entre el cuerpo y la mente*, donde se da la emoción de fracaso, y donde el cuerpo se vive como *anestesiado, invalido*. El discurso del entrevistado, sin embargo, aclara que no se trata de una dificultad física, sino que *el cuerpo no responde sexualmente pues no pienso en la situación, no se me pasa nada [erótico] por la cabeza, nada*. Gracias al uso de cocaína, EH72 (adicto a esta sustancia) encuentra un espacio donde puede fallar como hombre, *fracasar*, con cierta cuota de placer. Identificarse con una posición femenina o fallar como hombre es algo que los entrevistados se permiten estando en consumo, pues el uso de la sustancia pareciera prestar significantes suficientes para hacer explicable esto a otros, el deseo de no tener siempre que responder siempre al ideal de hombre, sin tener que avergonzarse al respecto. La última cita nuestra justamente como esta sensación de fracaso del entrevistado, en realidad, al momento del consumo, es una vivencia de placer. Se significa como por el entrevistado fracaso sólo a posteriori, en tanto se confronta al deber masculino de responder sexualmente siempre. En el momento mismo, el placer de seguir consumiendo invade la escena.

La categoría “estoy invalido”, por su parte, muestra otra forma de sentir de los entrevistados respecto de que no responden como debieran. Esta categoría muestra cómo la vivencia de abstinencia de los entrevistados es la de estar en falta, la de la identidad con la que se reconocen, entonces el consumo hace las veces de un apoyo, de una muleta que les permite suplir estas carencias: “EH22: [estando sobrio] no tengo las ganas, no tengo los medios, no tengo los recursos, me resulta total y absolutamente soso, soso.. lo que a mí me gusta de la droga es que es una muleta, en realidad es la silla de ruedas de alguien que le faltan los brazos y las piernas para hacer algo más emocionante../E: si entiendo bien, usted se siente lisiado?/EH22: lisiado totalmente... totalmente lisiado y a través de esto me siento eufórico,

pero se me pasa a mano y se transforma en una pesadilla, pero es una pesadilla adictiva...". Tal como muestra esta cita, la sensación basal es sentirse *en falta*. Esta categoría es parte de "la debacle" y no de "reforzamiento del yo", en la medida que la vivencia del sujeto, pese a sentirse contenida, se caracteriza igualmente por sentir la falencia. Es decir, en la cita EH22 se siente *lisiado* y la droga es la *silla de ruedas de alguien que le faltan los brazos y las piernas*, pero no son sus piernas. La carencia marca la experiencia, así como el *sueño* está marcado por la *pesadilla*. En este sentido, se trata de un placer que carga con una importante cuota de displacer.

La categoría "no puedo valorar lo que tengo" mantiene esta cuota de insatisfacción de la experiencia. Se trata de una categoría que da cuenta cómo por el consumo de sustancias, los entrevistados supuestamente no valorarían las cosas positivas que tienen en sus vidas, pues el consumo sería una forma de destruir ciertos vínculos o experiencias supuestamente buenas e ideales. Lo que llama la atención de este discurso, es que los entrevistados no pueden en estos momentos de la conversación dar cuenta de las situaciones en las que en otros momentos han referido padecer o disconformidad, y reducen la experiencia a una imposibilidad de poder valorar lo que se supone siempre y radicalmente ideal y positivo: "EH31: yo aún la quiero, no voy a encontrar nunca una mujer como ella.../E: qué tenía de buena?/ EH31: todo, todo! todo lo que tiene una mujer, atención, buena con los niños, nunca faltaba la comida, ella organizaba todo..." (en otro momento de la entrevista se queja de lo controladora que fue con él su ex mujer).

En este sentido, el uso de sustancias es culpable del abandono de relaciones y la toma de malas decisiones. La adicción se siente como tal en la medida que *atrapa, estanca*, pues los sujetos *no pueden ver lo bueno que tienen*: "EH81: quisiera haber sido distinta persona.. una persona, de...

más bien, pero yo no soy mala persona pero [quisiera] pensar de otra forma, someterme a la sociedad buena, trabajar, tener mis lujos, luchar por mi hijo, por ejemplo, darle lo mejor que yo pueda, esas cosas, me entiende?... pero esta cagá... perdón!... esta cagá te atrapa, entonces uno se estanca...”

Todas estas emociones generan que los entrevistados sientan que por el uso de sustancias o en asociación a ello, sus vidas han perdido vitalidad y sentido. Esto es lo que muestran las categorías “medio muerto”, “enfermo” y “querer ser otro”. La categoría “medio muerto” revela como los entrevistados, al estar en las dinámicas de consumo, sienten que sus vidas transitan en un espacio intermedio entre la vida y la muerte: “EH92: yo, por ejemplo, me pego un saque de 10 lucas de una pura ralla, de una pura ralla! Y quedo aturdido!.. a ese nivel llegue po..”. Esta cita revela como el consumo de sustancias, en su extremo, tal como señala EH92, *no busca ya el placer*, sino que el aturdimiento de la experiencia, la ausencia de conciencia, estar vivo sin la sensación de seguir existiendo. En este sentido, se trata de una experiencia que lejos de ser *erógena*, responde a la descarga total de tensiones en el aparato psíquico, lo que sabemos se trata de la cualidad más cercana a la muerte en la experiencia: “E: ¿y el caminante es como que usted se transforma?/ EH43: sí, no sé porqué lo hago, es como una búsqueda/E: ¿se cansa?/ EH43: mucho, porque camino demasiado y voy tomando alcohol.. la última vez me hizo click y salí a caminar, dejé a un compañero [de trabajo] esperándome y me fui, caminé, caminé, caminé... apagué el teléfono y así crucé todo Santiago/E: ¿y come?/EH43: no/E: ¿va al baño?/EH43: no../E: ¿de cuantas horas estamos hablando de caminar así?/ EH43: yo creo que unas tres horas/E: ¿pero cuando paraba de caminar?/ EH43: cuando interiormente como que... a excepción de la última vez, cuando ya era de día, cuando llegaba la luz del día, ahí paraba../E:

¿y por qué?/ EH43: sentía como que había luz y como que reaccionaba, como que despertaba, pero la última vez me fui donde yo trabajo y ahí me iba a suicidar, tenía el bisturí listo..”

En esta cita EH43 relata sus caminatas tomando alcohol como una experiencia de cuasi trance, se trata de un momento en que el sujeto no siente deseos de nada, sino sólo de caminar como autómatas por la noche. El amanecer, como a *un zombie*, lo saca del trance. El entrevistado despierta, reacciona, excepto la última vez donde la luz lo llevaría a la muerte: el intento de suicidio. Esta experiencia entre la vida y la muerte destaca entre los entrevistados, el consumo articula una experiencia lejos del placer erógeno y más cercana al goce. Las categorías “enfermo” y “querer ser otro” muestran como, por la cualidad de esta experiencia, que los entrevistados sienten que están enfermos, y por lo mismo quieren dejar de ser esos en los que se transforman cuando consumen: “EH43: son esas fracciones de segundo que yo las viví y que no las vivió nadie más [presenciar la muerte de su padre] y que me trastornaron... pero quiero salir adelante, quiero dejar el caminante a un lado, dejarlo quieto ahí y empezar a ser yo mismo, el que era antes..”. Tal como señala el entrevistado, el consumo se asocia a estar trastornado, loco producto de la pena que le ha causado la pérdida de su padre, y el deseo de dejar el caminante a un lado, dejarlo quieto ahí y empezar a ser yo mismo. Tal como en esta cita, en muchas otras citas de los entrevistados, vemos cómo el *perdersse en el consumo* se asocia para ellos a la ausencia o pérdida del padre. Diremos entonces que *estar enfermos, trastornados*, tiene para ellos relación con el padre, pero no sólo con su pérdida sino que también con la imposibilidad de dejarlo atrás, de dejarlo quieto ahí y empezar a ser yo mismo. Algo de este estado *entre la vida y la muerte*, remite un duelo imposible por la pérdida del padre y a las exigencias que aquel ha dejado respecto de la identidad de los entrevistados.

Para finalizar, abordaremos la categoría “dejarme caer”. Este eje, en la misma línea, muestra como muchas veces, por las mismas razones ya expuestas, los entrevistados utilizan el consumo de sustancias para terminar consigo mismos, sus proyectos de vida, su imagen idealizada, su identidad, sus relaciones, etc. y acceder voluntariamente a este estado entre la vida y la muerte, más cercano a la muerte que a la vida. El uso de sustancias, en este sentido, es referido como algo que *destruye lazos, rompe relaciones, corrompe la identidad, saca lo peor de sí* y también, *mata*:”EH82: cuando fallecieron mis papás no consumía, empecé a consumir después/E: ¿por qué se quiere morir?/ EH82: porque he sufrido mucho en la vida, mucho, muchas cosas he pasado y pienso que ahora me está pasando la cuenta... antes yo era fuerte, lograba todo, problemas económicos, problemas familiares, lo que fuese se solucionaba.. y con el tiempo me fui sintiendo solo, solo y me fui metiendo en el tema, en el tema bohemio... hasta ahora/E: ¿por qué dejó de ser fuerte?, ¿por qué ese cambio?/ EH82: pienso que también puede ser el consumo, o sea, medicamente hablando, al ser humano consumir sustancias le afecta el cerebro, le afecta la parte física, el peso, entonces pienso que eso influye.../E: ¿pero se siente físicamente débil?/ EH82: mentalmente/E: explíqueme un poco/ EH82: pucha, porque busco y no encuentro respuestas para mí y para el dolor que tengo... desde niño, de lo que me sucede ahora...”

En esta cita vemos varios vértices interesantes. El entrevistado nos relata que desea morir, especialmente porque *no se siente fuerte como antes* de que fallecieran sus padres. Vale la pena mencionar que el primero que fallece es el padre del entrevistado, y ahí empieza el consumo de él. El consumo se asocia a la muerte, hablamos del exceso de consumo y del deseo de morir como elementos relacionados. El entrevistado, tras la muerte del padre, *ha perdido la sensación de ser fuerte y entonces se deja caer, y se va metiendo en el tema bohemio*. Vemos

en este sentido que para EH82 era posible ser fuerte en la medida que la figura paterna sostenía esta condición. Esta debilidad incipiente, a decir de él, se asocia al consumo; concretamente señala que al ser humano consumir sustancias *le afecta el cerebro*. Lo que estaría afectado sería su cabeza, sus pensamientos. Vemos como rápidamente esta forma concreta de referir a su sensación de debilidad nos remite al campo afectivo: *se siente débil mentalmente porque busca respuestas para el dolor que tiene desde niño y que lo acompaña hasta ahora*. La muerte del padre ha dejado a la luz un padecer psíquico que atraviesa el total de la vida, y que hace al sujeto sentirse débil, y buscar el fin de este padecer en la muerte que asocia al uso de sustancias. La imposibilidad de hacer propia una condición de fortaleza, viril podríamos decir, y que se apoyaba en la existencia concreta del padre, ha quedado a la luz. Ahora solo queda el vacío, la ausencia de respuestas, la debilidad, el cuerpo y la mente enfermos.

Dejarse caer, como categoría, da cuenta de esta condición vital. Por una vida, *sostenerse fuerte* ha sido para los entrevistados un esfuerzo, no es algo dado, algo espontáneo. Salir de esta posición se asocia a la muerte, en general en concomitancia a la falta de sostén que otorga el padre, y el consumo de drogas permite encarnar esta condición de *zombie, medio muerto, medio vivo, existiendo pero no viviendo*.

5.2.1.6.4.- Identidad adicta filial:



Figura 100

Con esta categoría referimos a la forma en que los entrevistados hablan de si en tanto referidos a una cadena de filiación de la cual son parte, es decir, como hijos y como padres. La primera categoría remite al lugar de hijos de los entrevistados, principalmente, en la medida que hablan de los hombres de su familia refiriéndose al padre, tíos, hermanos, etc. como vemos, los entrevistados refieren que en su mayoría “los hombres de la familia consumen”, no así las mujeres: “E: y usted, ¿porqué cree que se enganchó con el alcohol y luego con la coca?/ EH13: bueno, yo le conté que mi familia era toda... pueden ser los genes, no sé po/E: ¿quienes consumían?/ EH13: mi papá, mi hermano mayor, ellos tomaban casi todos los fines de semana/ E: ¿y las mujeres?/: EH13: no, las mujeres no/E: ¿solamente los hombres?/ EH12: ah, no... la mayor era... ella también tuvo cuestión de drogas, pero mi otra hermana no, mi otra hermana toma sólo en ocasiones... somos principalmente los hombres..”

Esta cita muestra como el consumo de sustancias permite a los entrevistados desarrollar cierta identificación a lo masculino y en particular a los hombres de la familia. El consumo otorga un sentido de pertenencia a la familia: *somos principalmente los hombres* [los que consumimos]. Ser consumidor *está en los genes de los hombres* de la familia, y en este sentido los hace merecedores de llevar el apellido y los ubica en el espacio de lo masculino filial. Las mujeres, en cambio, *no consume, sólo excepcionalmente: no... la mayor era.. ella también tuvo cuestión de drogas.*

La droga entonces, se articula como elemento que permite la filiación, la identificación y pertenencia al grupo de hombres de la familia. Se trata de una forma de pertenencia que revela el *no reconocimiento compartido*, y en esa medida *podemos ser parte del clan de los no reconocidos*. A su vez, sin embargo, es lo mismo que impide ejercer el rol paterno cuando a los entrevistados les toca ser quienes se presten como referentes simbólicos para sus propios

hijos: “E: ¿cómo ha sido usted como papá?/ EH31: más o menos, sí, más o menos no más porque yo los dejé de lado [a los hijos] cuando caí, caí fuerte... caí pero súper fuerte, anduve en la calle, anduve delinquiendo, delinquí, robé...”

Parece como si, entonces, el consumo fuera el único elemento en que los entrevistados encuentran algún referente con el cual identificarse para posicionarse como *parte de un clan*, de una familia y del grupo de hombres, así como es la misma identidad adicta aquello que no impidiera encontrar otros elementos con los cuales prestarse como referentes para sus hijos. Al consumir sustancias los entrevistados *se alejan de sus hijos, los dejan de lado, pues caen, caen tan fuerte* que no logran hacer propio el rol paterno. Pareciera como si esta distancia de los hijos respondiera al deseo de los entrevistados de no prestarse como referentes simbólicos y de identificación a sus hijos sólo mediante el uso de sustancias, tal como lo hicieron con ellos sus propios padres. Pero pareciera también como si no hallaran en sí mismos *nada más* que ofrecer a sus hijos, sino elementos asociados al consumo de sustancias, y por eso evitan el encuentro con ellos: “EH31: cuando yo no estoy con mis hijos llego del trabajo y ¿qué hago yo?, voy a la farmacia, las dos farmacias, droga y alcohol, llego a la casa y lo primero que consumo es droga, todo, y no pienso en más, me tiro en la cama, pesco mi celular, películas, cigarro, eso.. y el alcohol, el alcohol, el alcohol... me he ido acostumbrando a eso..”

5.2.1.6.5.- Identidad de la abstinencia:



Figura 101

En la misma línea de lo que venimos trabajando hasta ahora, vemos que la identidad de la abstinencia tiene dos ejes de alguna manera ya dichos hasta ahora: por una parte, la identidad del sujeto sin consumo es la que se reconoce como propia y con la cual los entrevistados se identifican. La identidad del consumo da cuenta de la caída del sujeto, de la debacle: “EH43: antes era una persona bastante normal, que atendía a sus necesidades... hay gente que me conoce de años, que son como muy cercanos a mí y notan la diferencia en que hay un EH43 totalmente diferente al que había hace tres años... y eso igual para ellos es muy preocupante, es estresante pensar que EH43 ya se perdió de nuevo y que un día se va a perder y le van a hacer algo y lo vamos a tener que ir a buscar a la morgue... yo dije ya basta, basta, no escucho más voces, no escucho nada más, quiero salvar mi vida y la de mis hijos”

Tal como muestra esta cita, EH43 marca un *antes* y un *después* entre la identidad normal y la del consumo, que empezó hace tres años y que se caracteriza por *estar perdido y rondar la muerte*. Ser nuevamente él, *aquel que todos conocen desde años*, pasa por dejar el consumo y salvar la vida. La identidad de la abstinencia, en esta medida, se asocia a lo vivo, al campo de la vinculación afectiva con otros, a la posibilidad de hacer de la vida un proyecto y un desarrollo vital. La identidad adicta es la *perdición, la muerte, la alucinación, la locura*.

La segunda categoría de este eje muestra algo que esta misma cita deja entrever; los entrevistados sienten que pueden encarnar el rol paterno únicamente estando sobrios: “EH31: yo empiezo con cocaína, pasta base y para bajar, marihuana y ahí combino con ron y queda... dejo la escoba/E: qué pasa ahí?/ EH31: me borro... no me borro, pero me molesta, quiero estar solo... me encierro.. yo estoy divorciado y últimamente no me han dejado ver a mis hijos y yo con ellos... yo los veía fin de semana por medio y, para mí, era la mejor terapia, yo no consumía nada... pero igual llego un punto en que empecé a consumir con ellos, yo lo hacía a escondidas,

ellos no se daban cuenta... peor yo entre a preocuparme.. y ellos se dieron cuenta... pero si usted viera mi facebook, yo en facebook tengo solamente fotos de ellos, salgo con ellos...”

Tal como vemos en esta cita, EH31 nos relata como el vínculo con sus hijos se ha cortado por su consumo de sustancias, y nos intenta demostrar, *mediante las imágenes que contendría su Facebook*, que el amor que siente por sus hijos no se ve afectado pese a que cometió el error de consumir con ellos. El consumo es signado entonces como un error en el vínculo paterno: *consumía a escondidas*. A su vez, vale la pena destacar que el rol paterno está centrado principalmente en los efectos que el vínculo tendría sobre el entrevistado: *para mí [verlos] era la mejor terapia*. Pareciera como si el entrevistado, más que entregar a sus hijos, recibiera de ellos. Esto refuerza lo dicho en el análisis de la categoría anterior, acerca de las dificultades por parte de los entrevistados de encontrar elementos con los cuales ofrecerse como referente simbólico para los hijos.

5.2.2. Discursos acerca de la propia imagen:

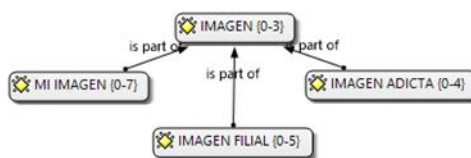


Figura 102

Recordemos que la categoría “imagen”, tanto en hombres como mujeres, refiere al modo en que el cuerpo y sus transformaciones inciden en la configuración y percepción de sí mismos. Los discursos acerca de la propia imagen en los entrevistados varones, se dividen bajo tres ejes: “mi imagen”, “imagen filial” e “imagen adicta”. A continuación profundizaremos en cada uno de ellos.

5.2.2.1.- Mi imagen:

La categoría “mi imagen” refiere a la manera en que las transformaciones corporales vividas, incide o no para los entrevistados en la percepción de sí mismos. Esta categoría se divide en cuatro ejes, esto según el discurso de los sujetos

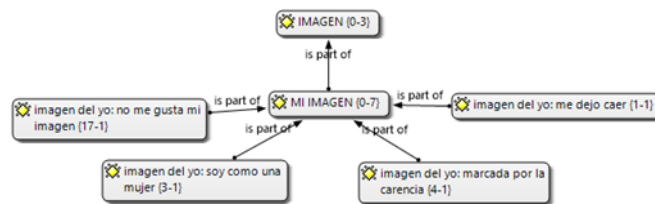


Figura 103

El primer eje de esta categoría, denominado “no me gusta mi imagen” refiere al descontento o desagrado que implica para los sujetos el encuentro con la propia imagen: “EH61: físicamente me parezco a mi mamá/ E: ¿y le gusta parecerse a ella?/ EH61: me hubiera gustado haberme parecido a mi padre... ahí llegó a un punto... he cargado con eso toda mi vida también/E: ¿con qué cosa?/ EH61: con querer ser mi padre/E: ¿en qué sentido?/ EH61: en lo triunfador que era, en lo que le ganó a la vida... y me siento un miserable”

“EH91: incluso había uno [un profesor] que hablaba puras cosas malas de mí, de mi fealdad, de lo debilucho, de todo lo malo de mí... un día en el trabajo, justamente él vivía al lado y golpeo la puerta y veo a su hijo y su hijo era una cucaracha peor que yo... el hijo del profesor era una cucaracha peor que yo, más cucaracha, más débil, más chico, más feo.../E: y usted se siente así?, cucaracha?/ EH91: sí po, no sé po, no sé si cucaracha, en algún momento fui mariposa a lo mejor... pero ya era po, no lo aproveché..”

Como muestran las dos citas anteriores, el encuentro con la imagen de sí desagrada en tanto la imagen devuelve la vivencia menoscabada de sí mismo. En el primer caso, es la distancia entre

la identidad personal del sujeto con la identidad paterna idealizada aquello que la imagen devuelve como carencia. El parecido físico a la madre alude indirectamente a la imposibilidad de haber hecho propios ciertos atributos paternos. Por su parte, la segunda cita revela como el sujeto se define como *cucaracha*, imagen que alude a un *insecto feo, débil, chico, todo lo malo de mí*. Expresa la sensación de haber tenido potencial para haber *sido mariposa*, insecto conocido por su belleza y con la posibilidad de volar, pero al no aprovechar esas potencialidades se transforma en el detestable insecto actual: *cucaracha*.

El menosprecio de la imagen personal es producto de la comparación de la identidad con otros o con un ideal, la belleza física remite en ambos casos a cualidades personales, identitarias, que tienen relación a la virilidad y a las dificultades que se ha tenido en torno a ella: “EH61: recibía lo que ahora se le dice bulling, toda la vida!, no, que al EH61 no lo invitamos, que lo vamos a invitar!, si no tiene plata, además es re feo, me entiende?... nunca tuve suerte con las mujeres, nunca tuve suerte con las mujeres...”. Tal como dice EH61, *por ser feo no lo invitan*, no es parte del grupo de pares, amigos hombres, como tampoco siente que *tiene suerte* con las mujeres. La sensación de ser poco atractivos físicamente en todos los casos remite a los sujetos a esta suerte de impotencia viril: *debilidad, ser chico, no tener suerte con las mujeres, no triunfar en la vida, sentirse un miserable*.

El siguiente eje de esta categoría, “soy como una mujer”, remite de manera similar a la imposibilidad de los entrevistados por tomar una identidad masculina en la medida que la preocupación por el cuidado de la propia imagen se relaciona a hábitos femeninos: “EH21: cuando me empezaron a salir espinillas, yo de repente estaba mirándome al espejo... es que se me pegó por osmosis, teniendo dos hermanas, y que las dos fueron modelo!, y las dos fueron las niñas más lindas de su tiempo y fueron las más cotizadas...y... todo... se me pegó también

mirarme al espejo y peinarme, porque las veía peinarse a ellas y me peinaba también, si las cosas se pegan por osmosis, ya?!, o por costumbre.. a menos que uno... yo además era el menor, fuera yo el mayor, sería distinto, ya?!".

Tal como muestra la cita, EH21 se siente en la necesidad de dar explicaciones acerca de por qué se peina y se mira al espejo, como si por hacer ese tipo de cosas se viera mermado en su masculinidad. *Se me pegó por osmosis*, repite, como si se tratara de un mal hábito que adquirió por compartir entre mujeres; *además yo era el menor*, señala, como si esta condición le hubiera obligado pasivamente a adquirir esta preocupación de sí. Llama la atención que los entrevistados, en más de una ocasión, al hablar de la preocupación en torno a la imagen remitan a esta angustia por el supuesto cuestionamiento a su virilidad. La imagen descuidada, entonces, sería para ellos lo más propio a un hombre, así como la ausencia de interés por preocuparse como se presentan frente a otros. La imagen remite, entonces, a las dificultades que los entrevistados tienen en torno a su identidad masculina.

El tercer eje de análisis, nos muestra como la construcción de la imagen de sí mismos ha estado marcada en algunos casos, por alguna vivencia corporal que inscribe justamente en el cuerpo la experiencia de la carencia. Esta vivencia corporal toma un tinte traumático en la medida que genera una alteración en la elaboración de la imagen corporal, inscribiendo en ella una falencia insoslayable, reafirmado la sensación de incomodidad y displacer que tienen consigo mismo especialmente en torno al campo de la masculinidad: "EH41: fui a ayudarle a mi compañero a desarmar la moledora de queso, pero es una moledora de carne gigante... entonces para desarmarla había que hacer un pequeño torque porque el on y el off lo tenía malo.. y él no me vio detrás de la máquina, yo ya había metido los gusanos [dedos]... entonces cuando él la enchufa, se da vuelta ... yo tuve que poner mi mano rápido y gritar, pero no alcancé a sacar el

dedo.. /E: y cómo...?/ EH41: fue una etapa muy larga, me llevaron... me dio harta depre también.. si había algo que a mí me gustaba de mí eran mis manos, a mis pololas les gustaban mis manos... no sé po, a algunas mujeres les gustan las manos.. a las que yo les gustaba, les gustaban mis manos... entonces tenía harta pena porque me sentía feo, tenía como un complejo de esos, andaba siempre así [escondiendo las manos]”

En este caso, el evento que inscribe una falencia en la imagen es la pérdida accidental de la parte superior del dedo meñique del entrevistado. EH41 nos relata como sucedió aquello y las consecuencias que este accidente menor implica para él: el entrevistado se siente *triste, depre*, pues las manos eran por él mismo consideradas la parte más preciada de su cuerpo, signo de virilidad, en la medida que era además la parte *más estimada por las mujeres que gustaban de él*. Esta pérdida, entonces, para EH41, no es sólo la pérdida de parte de su dedo, sino sobre todo de la posibilidad de ser atractivo para las mujeres, es una afrenta a su virilidad; entonces se *siente feo, acomplejado, y esconde su vergüenza*. La disconformidad consigo mismo, además, remite a la castración encarnada en el cuerpo a la manera de una herida efectiva, no simbólica.

La vivencia de disconformidad consigo mismo en torno a la imagen, así como la percepción de feminizarse al momento de tomar cuidados estéticos de sí, hace que muchas veces los entrevistados descuiden su imagen, renieguen de la necesidad de ser reconocidos también a través de ella, en función de buscar un reconocimiento más puro, supuestamente más auténtico, que pudiera apreciar la carencia con la que se ha constituido la identidad de sí: ““EH61: recibía lo que ahora se le dice bulling, toda la vida!, no, que al EH61 no lo invitamos, que lo vamos a invitar!, si no tiene plata, además es re feo, me entiende?... nunca tuve suerte con las mujeres, nunca tuve suerte con las mujeres.../E: qué le pasaba?/ EH61: me cortaba

todo/ E: le daba vergüenza?/ EH61: sí... mire, le voy a mostrar algo que.. fíjese [me muestra la ausencia de dientes], no quise salvar ninguno/ E: de sus dientes?/ EH61: y por qué?, porque por último siento que no me da vergüenza ser como soy, me entiende o no?.. o sea, las apariencias, no... aunque me quede sin un diente, me quedo sin un diente!, es por eso que no he hecho nada, me da lo mismo como me vean!, el que me quiere de verdad, me tiene que querer de verdad!, sino mala suerte no más po, no me interesa, no me interesa lo que opine nadie, no me interesa lo que opine nadie!..”

La imagen tiene para ellos, de alguna manera, el carácter de lo superficial, de lo inauténtico, de lo falso: *el que me quiere de verdad, me tiene que querer de verdad!*, dice EH61, no quererlo por como lo vean. Se trata de una renuncia a ser apreciado por la imagen de sí que, por lo que hemos visto hasta ahora, es más bien una renuncia a tomar una posición o identidad viril. Las deficiencias que se sienten en el campo de la imagen generan la vivencia de una carencia profunda en torno a la posibilidad de tomar una posición de hombre. En este sentido, la renuncia a la preocupación por la imagen implica también la salida posible a la vivencia de vergüenza que funda la vivencia personal: *por último, siento que no me da vergüenza ser como soy, me entiende o no?.. o sea, las apariencias, no.. aunque me quede sin un diente, me quedo sin un diente!*. En este sentido, *pierdo los dientes porque por fin me atrevo a ser poco hombre, ya no aspiro al ideal de grandeza o poder, no me interesa lo que los demás opinen, quiero que alguien me ame con mis debilidades.*

La debilidad física o la carencia en el campo del cuerpo real remite al sujeto a las carencias identitarias en torno a la masculinidad. Existe una tensión en los entrevistados, entre la vivencia actual de sí mismos, menoscabada y vivida con vergüenza y el ideal al que aspiran ser: potentes, viriles, atractivos, etc. La renuncia a esta tensión, a este ideal, pasa por la

despreocupación de su imagen corporal, en la medida que entonces pueden encarnar efectivamente sus carencias.

5.2.2.2.- Imagen filial:

La imagen filial refiere a la manera en que los entrevistados construyen o no, en torno a sus cuerpos y sus transformaciones, referentes simbólicos que les permitan identificarse como parte de una cadena de filiación de la cual ser parte. La capacidad de reconocer gestos o parecidos a los padres, y las emociones que ello conlleva, nos habla de cómo los entrevistados pueden o no reconocer en ellos mismos la vivencia de recibir referentes simbólicos de parte de sus progenitores, y como han lidiado con ello.

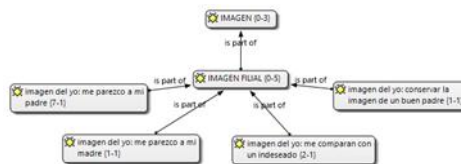


Figura 104

Los discursos acerca de la imagen filial se han subdividido en cuatro ejes. El primero de ellos, “me parezco a mi padre”, habla de cómo los entrevistados pueden encontrar en su imagen especular cierto parecido físico al padre y las emociones que ello conlleva: “E: ¿y físicamente?, se parece a alguno de ellos [padres]?/EH72: a mi papá en la postura, el porte, eso../E: ¿qué le parece parecerse a él?/ EH72: sí me parezco, pero mentalmente no/ E: ¿cómo es eso?/ EH72: del abandono de sus hijos, no... por eso yo digo, mis hijos están primero y lo van a estar hasta cuando sean... hasta cuando me muera..”

“EH41: hoy ha sido un día muy triste porque andaban mis dos hermanos y fue hermoso porque los tres nos parecemos a mi papá, pero en diferentes etapas de su vida y... él me lo dijo, te ves igual a mi papi, me dijo... me mató porque [llora]... porque yo al viejo lo amaba mucho..”

Como muestran las dos citas, existen dos polos en los cuales se articulan los discursos en torno al parecido al padre. En los casos en que se ha podido poner en palabras el dolor que han causado los excesos paternos, la agresión, la hipersexualidad, el abandono, etc., el parecido al padre remite a una experiencia desagradable, y aparece el deseo de marcar distancia con él: *sí me parezco [físicamente], pero mentalmente no*. Por el contrario, en los casos en que prima la idealización del padre, la imagen del padre encarnada en el cuerpo propio remite a esta idealización: *él me lo dijo, te ves igual a mi papi, me dijo... me mató (llora)*. Tal como dice EH41, en los casos que la imagen propia se asemeja a la paterna, por la idealización del padre, el sujeto se ve anulado, eclipsado: *él me lo dijo, te ves igual a mi papi, me dijo... me mató*; en este caso la muerte no sería únicamente por la pena, sino porque es el imperativo de masculinidad que encarna la imagen paterna eclipsa la identidad del sujeto. El sujeto queda congelado, petrificado, en *no poder ser como el padre*: “EH61: físicamente me parezco a mi mamá/ E: ¿y le gusta parecerse a ella?/ EH61: me hubiera gustado haberme parecido a mi padre... ahí llegó a un punto... he cargado con eso toda mi vida también/E: ¿con qué cosa?/ EH61: con querer ser mi padre/E: ¿en qué sentido?/ EH61: en lo triunfador que era, en lo que le ganó a la vida... y me siento un miserable”. La imagen de *miserable*, como vimos, prima frente a este encuentro con el ideal inalcanzable.

El parecido físico paterno puede también remitir a las carencias sentidas en el plano de la virilidad: “E: usted me decía que tenía el autoestima muy baja/EH72: quizás por mi aspecto físico puede ser/E: ¿qué le pasa con eso?/ EH72: me avergüenzo de mí mismo, no sé, de ser chico... eso me hace tener el autoestima baja, ser chico no me gusta/E: ¿le molesta?/ EH72: no, no me molesta, me avergüenza, ese es el punto/E: y en eso, ¿se parece a él?/ EH72: a mi papá, sí/E: ¿y en su forma de ser, a quien siente que se parece?/EH72: en lo sensible, a mi mamá..”

En esta misma línea, y tal como revela la cita anterior, la categoría “me parezco a mi madre”, da cuenta de cómo los entrevistados hablan de su parecido físico con la madre desde la pasividad que a nivel identitario implicaría parecerse a ella: “E: ¿a quién se parece usted?/ EH82: a mi papá/ E: qué le parece parecerse a él?/ EH82: espectacular... físicamente, físicamente, porque psicológicamente no, no...[ríe]/E: en eso se parece a su mamá?/EH82: a mi mamá, es que yo salí a mi mamá en ese sentido, mi mamá era muy tolerante, muy... aguantaba todo, en ese sentido salí a ella”. Tal como señala EH82, ser como la madre es ser *muy tolerante, aguantarlo todo*. En este contexto, los entrevistados oscilan entre el deseo de parecerse al padre, en tanto el parecido físico les remite a la posibilidad de encarnar significantes referentes al poder y la masculinidad, y la real condición de ubicarse en posición de sometimiento frente a los demás, tal como la madre lo hacía respecto del padre. El parecido físico a la madre los remite a reconocerse en esa condición, pasivizados respecto del poder paterno: “EH82: [hablando de que se parece a su madre] me gustaría cambiar mi forma de pensar, porque hay muchas personas, por como soy yo, que me han pasado a llevar... para mí es un esfuerzo cambiar las reglas, ser más seco, porque después digo como?!, y vuelvo atrás po.. me entiende?”

El siguiente eje de esta categoría, “me comparan con un indeseado”, muestra como a lo largo de la vida de los entrevistados, éstos han sido comparados por sus seres significativos con alguien a quien se considera indeseable, ya sea porque es repudiado, odiado o no grato dentro de la familia. El parecido físico al que alude la comparación remite a los entrevistados a una similitud identitaria, y esto molesta y causa padecer: “EH31: me parezco a ella [madre] y a un tío que ... creo que le decían Narda, todos en la familia me confunden con él... creo que ese viejo era malo, viajaba a Europa y andaba robando... y cuando habían fiestas familiares me

decían, buena po Narda Chico!, y a mí no me gustaba que me dijeran así, no me gustaba, lo odiaba.. no me gustaba, y el que se enojaba más era mi vieja y mi viejo, oye!, qué te pasa con mi hijo!, Se llama EH31!, no Narda chico!, me entiende?”. Tal como dice EH31, el parecido físico a este tío remite a una identidad negativa y es por ello que molesta portar, cargar, con el parecido. Llama la atención que se trate de un familiar cuyo pseudónimo es femenino, pese a tratarse de un hombre, y entonces el entrevistado pasa a ser llamado también como si se tratara de una mujer: *Narda*.

Varias veces sucede que el parecido indeseado se indica en torno a la figura del padre. Es decir, las madres de los entrevistados y el medio familiar indican al padre del entrevistado como un *indeseable* en la familia, a la vez que destacan el parecido físico del entrevistado a este padre mal catalogado. En estos casos, los entrevistados pueden hablar relativamente del exceso de violencia, ausencia o hipersexualidad paterna, y tratan de marcar la diferencia identitaria con ellos: “EH52: físicamente todos los hermanos nos parecemos/ E: y a quienes se parecen?/ EH52: por ejemplo yo, calcado a mi papá, es verlo a él... pero físicamente no más porque mentalmente no, nada, ninguna relación... mi papá era idiota, yo no soy idiota..”

La última categoría de análisis de este eje es la denominada “conservar la imagen de un buen padre”. Vimos anteriormente en el análisis de los ejes de la identidad paterna, cómo los entrevistados tenían importantes dificultades para poder encarnar, hacer propia la función paterna. En este contexto, el campo de la imagen parece ser esencial pues, según refieren en sus entrevistas, mantener la imagen del buen padre les permite sentir que efectivamente lo son: “EH31: llego un punto en que yo empecé a consumir con ellos [hijos], yo lo hacía a escondidas, no se daban cuenta... ahí yo entre como a preocuparme... y se dieron cuenta...

pero si usted viera mi Facebook, yo en Facebook tengo solamente fotos de ellos, salgo con ellos..”

En esta cita, la *imagen de Facebook* no sólo es referida como una forma de asegurarme a mí como entrevistadora que el sujeto es un buen padre. Para el entrevistado, tener fotos únicamente de sus hijos en facebook es la evidencia misma para él también de la pureza de su amor paterno, de su intención paternante, pese a que en la realidad consume con sus hijos y en esa medida siente que falla en la ejecución del rol paterno. La imagen paterna *inmaculada* de sí mismo, en este caso, sostiene a la identidad paterna, a falta justamente de referentes simbólicos que le hubieran permitido hacer propio el rol. La destrucción de esta imagen destruye también la posibilidad de ser buen padre: EH91: “[hablando de los primos de su hijo] hay gente que ha llegado a tener mucho, porque hay unos que los papás son gerentes y tienen alcance económico para sacarlos a unos paseos y regalos increíbles, entonces en algún momento yo tengo que tratar de hacer unos regalos que tengan tambien cierto nivel, no puedo ser tampoco un rasca como mi papá, se fija?/E: eso siente usted?/ EH91: claro!, por eso tengo que mantener mi lucidez... lo que pasa es que mi cabro chico es más encachado, del mosntruo más feo salió el cabro chico más encachado, entonces mi cabro chico tiene todo para que le vaya bien, por ese lado no se va a frustrar.. a menos que le pase un accidente, no sé, ojalá que no, tengo todo para tener un cabro chico que me de tranquilidad.. que sencillamente sea feliz y tenga ojalá una linda señora, con una linda familia..”

En esta cita, EH91 toma distancia de la identidad paterna: *no puede ser un rasca* como su papá, pues su padre fue vivido como un padre violento, defraudado de su hijo, escasamente afectivo y ausente. El entrevistado, para no ser un *papá rasca*, busca formas concretas de ejecutar el rol paterno, formas que no atañen a la posibilidad de encarnar el lugar y la función paterna en sí

misma, pero que sí lo ubicarían imaginariamente como un buen padre: *tengo que darle regalos de ciertos nivel a mi hijo*. EH91 habla entonces de su imagen y la de su hijo: de él, un *monstruo*, nació un niño hermoso, *encachado*, que por ello tiene todo para ser feliz. Se entiende que él, por su imagen desmejorada, no tuvo la posibilidad de ser feliz. Llama la atención que el entrevistado no propone que la belleza del hijo no sea una belleza objetiva, sino que sólo producto de la mirada amorosa que él tiene hacia su progenie. Para el entrevistado, él mismo sería *objetivamente un monstruo y su hijo, objetivamente encachado*; el entrevistado no piensa que su propia imagen se vive como desmejorada en tanto careció del aprecio paterno. En todo caso, la belleza del hijo, su imagen física atractiva, le aseguraría la felicidad y un buen porvenir. Para él ser un buen padre, debe entonces darle lo que merece: *regalos de cierto nivel*. Los regalos y la belleza le asegurarían al niño, entonces, que tenga *todo para ser feliz*, y ser feliz es *tener una linda señora y una linda familia*. Así, EH91 puede estar tranquilo como padre.

El despliegue de la identidad paterna y de referentes identitarios en esa línea, únicamente en el campo imaginario, dan cuenta de las falencias simbólicas que implica para los entrevistados la asunción del rol paterno. Mantener la ejecución del rol paterno en el campo de la imagen les permite acceder medianamente a aquello, aunque sólo de manera concreta. Las citas de los entrevistados, en este sentido, muestran como los entrevistados no logran aprehender los referentes paternos sino mediante la concretización de los mismos a través de la imagen.

5.2.2.3.- Imagen adicta:

Con “imagen adicta”, nos referimos a cómo los cambios corporales que implica el consumo y abstinencia de sustancias, genera repercusiones en la concepción de sí mismos. Esta categoría se divide en tres ejes. A continuación los revisaremos en detalle:

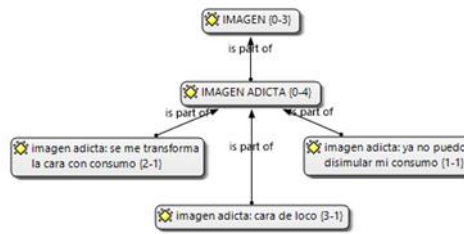


Figura 105

El primero de ellos, “se me transforma la cara con la droga”, da cuenta que, al igual que en el caso de las entrevistadas mujeres, se percibe un corte en el campo de la imagen que es vivido como un *antes y un después*. El rostro, cede primordial de la identidad, cambia radicalmente. El segundo eje de análisis, “cara de loco”, muestra como esta transformación parece dar cuenta de una mutación no sólo exterior, facial, sino que altera la identidad, la sensación de sí. El último eje, “ya no puedo disimular mi consumo”, revela cómo esta mutación del rostro tiene como consecuencia que sea imposible para los entrevistados disimular su consumo, y quedan entonces expuestos frente a los demás en el uso de sustancias. Veamos la conjunción de estos tres ejes en una misma cita:

“E: usted notaba que estaba distinto [al consumir]?/ EH13: sí, en la cara, se me transformaba la cara, se pone como cara de loco, como cara de loco... sí po, se transformo porque yo, después, los últimos consumos que he tenido, que he llegado a la casa como si nada, que he pensado que voy a pasar piola, mi señora me ve y se da cuenta al tiro, consumiste!, yo le digo no.. sí, anda a mirarte la cara al espejo!/E: y qué cara tiene?/ EH13: cara de... cambia la cara”. Tal como dice EH13, la cara se transforma, evidenciando el uso de la droga mediante la cara de loco que el entrevistado adquiere. El consumo de sustancias generaría un cambio tan radical en la imagen propia, particularmente en el rostro, que los sujetos sienten que padecen una

mutación facial que los vuelve para ellos y para otros irreconocibles como los de siempre, y los delata respecto del uso de sustancias: mi señora me ve y se da cuenta al tiro, consumiste!.

Esta *cara de loco* molesta pues genera una experiencia perturbadora. Se trata de ser y no ser uno mismo a la vez, pues el entrevistado se reconoce como sí, pero a la vez sus facciones están cambiadas, su mirada distinta, los gestos alterados, entonces se desconoce; es, para ellos, como mirarse en un espejo distorsionado y eso genera angustia, pues no se encuentra la imagen de sí mismo que permite sentirse yo. Se tiene la sensación de estar al *borde de la locura*, de estar por fuera y dentro de la realidad y de sí mismo a la vez: “EH31: ya me está molestando [el consumo] porque como que.. como que estoy alucinando, me entiende?, yo no tenía esos gestos.. no estoy como la gente que está en la calle, no, no, así no me drogo, pero empiezo, abro el cajón, saco las cosas, me paro, preparo el trago, se acabó?, se acabó y no hay más.. y ahí vuelvo.. ya, me fumo algo y me gusta estar ahí no más, ahí no más, ahí no más [susurra].. en la ventana.. y siento bulla acá y acá.. y ahí es donde te digo que... eh.. me entiende?”

La *cara de loco*, alude a la experiencia de sentir que se es y no el mismo a la vez, a la angustia de reconocerse y desconocerse en la misma experiencia corporal, en la misma vivencia de sí mismo: *yo no tenía esos gestos.. y siento bulla acá y acá.. y ahí es donde te digo que... eh..* La transformación de la que son parte, entonces, no sólo es de la imagen, sino que por sobre todo de la vivencia íntima de sí mismos. Se trata de un cambio en la imagen que los delata, y que deja al descubierto el secreto, el tabú, de necesitar del uso de sustancias de forma permanente. Cuando son descubiertos, tal como señala EH13 son reprendidos: *consumiste!*. Quedan entonces expuestos en su *vergüenza*, sensación sin embargo habitual para ellos, emoción conocida, emoción con la que sí reconocen su identidad. El espejo devuelve entonces

la *cara cambiada*, pero bajo la emoción habitual de la vergüenza el sujeto se reconoce de nuevo él mismo: *E: ¿y qué cara tiene?/ EH13: cara de... cambia la cara*".

La imagen adicta, entonces, por una parte, refuerza la vivencia habitual de sí mismo en torno a una imagen avergonzante. Por otra parte, muestra que hay algo de sí mismo que se desconoce al momento de consumir, en la medida que da cuenta de un corte en la continuidad de la vivencia de sí. El sujeto en su identidad habitual, avergonzado de sí mismo, no es el mismo que se presenta con la *cara de loco*, pues el avergonzado es el pasivo, *aguanta mucho*. En cambio, al ser el de la *cara de loco*, el sujeto bloquea la pasividad de sí mismo y se sale del permanente autocontrol: "EH32: yo creo que me deben tener miedo, porque yo, es que yo soy demasiado arrebatado con alcohol, imagínese como tengo mis manos, como me quedó../E: qué hizo?/ EH32: le pegue unos combos a una muralla, a una reja, después le pegue dos combos más a un furgón, lo dejé todo abollado... para no agredir a nadie, yo estaba mal, no estaba bien psicológicamente... /E: qué estaba pensando?/ EH32: tenía rabia, rabia, rabia, como que me bloquee, me bloquee y gritaba como loco.."

La *locura*, entonces, es dar lugar a la ira, la rabia, la pena, a las emociones en general, porque el sujeto no puede manejar sus afectos, se arrebatata y el yo habitual se bloquea, no responde, no se somete, no se avergüenza de sí como habitualmente lo hace. La locura es dejar de sentir vergüenza de sí mismo.

5.2.3. Discursos acerca de las Relaciones con otros (relación al objeto):

Hemos denominado el campo de las relaciones a los otros como relaciones al objeto, siguiendo la concepción psicoanalítica que resalta el papel formador y determinante del psiquismo que implica el encuentro con otros. Igualmente, esta noción busca resaltar el papel del psiquismo

en el encuentro con nuevos objetos, en la medida que el encuentro interpersonal no es sólo un encuentro pasivo entre dos sujetos, sino que implica las proyecciones de cada cual, las preconcepciones habidas sobre el encuentro, los deseos inconscientes que cada encuentro moviliza, etc. Hacemos propias las palabras de Freud, en tanto “el encuentro de objeto es propiamente un reencuentro” (Freud, 1901-1905. p. 203).

El campo de las relaciones al objeto se ha dividido bajo dos ejes principales: las relaciones al objeto sin droga y las relaciones al objeto con droga, en la medida que los entrevistados señalan que sus relaciones a los otros son radicalmente distintas, sea que se encuentren bajo la lógica de consumo o no. En primer lugar analizaremos el campo de las relaciones al objeto que no responden a las dinámicas de consumo, para luego adentrarnos en las que sí.

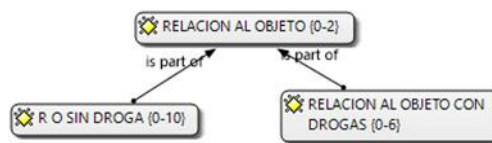


Figura 106

5.2.3.1.- Relación al objeto sin droga:

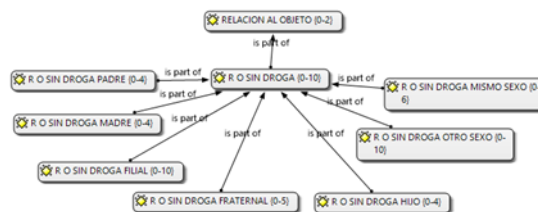


Figura 107

Esta categoría busca dar cuenta de los discursos de los entrevistados acerca de la cualidad de las relaciones que establecen con sus otros significativos, al ser ellos mismos, como se definen

violentos. “Crecí con el temor de perderte” habla de la angustia que genera en los entrevistados biográficamente la permanente ausencia paterna: “E: y su papá?/ EH11: cuando estaba mi papá, igual cuando estaba mi papá... él tomó una conducta de no meterse en nada, así como que quede la escoba ahí no más, él lo ignoraba/E: o sea, a usted le tocó tomar la posición del hombre de la casa, ese es el punto?/EH11: sí po, yo creo que... es que yo no les echo la culpa de los consumos, pero ... o sea, con la vida que me ha tocado, pero.. también fue a lo mejor un escape.. un escape de esa vida”

“E: en qué le faltó su papá?/EH51: en qué me faltó?, en cariño, en apoyo, yo no estaría en esta si no me hubieran pasado esas cosas, si él hubiera sido... supongamos que él hubiera sido estricto, pero si él se hubiera mantenido en la casa a lo mejor me hubiese mantenido en una forma estricta en la casa y yo no estaría en lo que estoy, pero él, con el hecho de irse de la casa, me dio libertad para hacer lo que yo quisiera y lo que yo quise fue aferrarme al alcohol..”

Como es posible apreciar, a decir de los entrevistados, es la ausencia paterna una de las razones que relacionan a su adicción. En el primer caso, EH11 señala que pese a la presencia física del padre, su actitud era *de no meterse en nada, que quede la escoba no más*. Esta situación lo fuerza a tomar el rol del hombre en la familia, lo que es vivido con presión y padecer, pues necesita un *escape a la vida que le ha tocado*, y ese escape lo encuentra en su consumo de sustancias. Al decir la vida que le ha *tocado*, el entrevistado transmite la sensación de impotencia respecto de la condición que se ve forzado a asumir, ser *el hombre de la casa* no es algo que él haya elegido, sino algo que *le tocó*. En el caso de EH51, igualmente, el uso de alcohol es asociado a la ausencia paterna. La falta de cariño y apoyo de parte del padre, la falta de guía así como finalmente su abandono del hogar, le da la *libertad para hacer lo que quiera*. Esta libertad, como vemos, más que articularse bajo la noción de deseo subjetivo, da cuenta

más bien de un abandono; el entrevistado siente que es abandonado por el padre y se aferra al alcohol, más que por deseo, por el dolor que implica no sentirse deseado o querido. La frase y *lo que yo quise fue aferrarme al alcohol* impresiona como un esfuerzo por parte del entrevistado de poder dar un sentido de propiedad a una situación de la cual él es en realidad una víctima. Tal como EH11, la situación a la que es arrastrado no es elegida, es una consecuencia indeseada y deja la huella del padecimiento que genera la ausencia paterna.

Es importante señalar que en todos los entrevistados, el padre ocupa un lugar central en los discursos. La ausencia paterna toma muchos vértices: a veces se trata de la ausencia afectiva como característica de la presencia paterna; otras veces se trata del abandono efectivo del padre; otras veces se trata de la muerte del padre. En todos los casos, la ausencia de él es remitida directa o indirectamente desde el deseo y la nostalgia de un vínculo que no logró tomar jamás a cabalidad la cualidad efectiva de un vínculo paterno: “EH61: hay gente que supera los duelos, yo no, no lo superé nunca, además que a mi padre lo idolatraba... tengo madre, todos dicen, porque la gente dice: está la madre!, pero no es lo mismo... eso no quiere decir que no quiera a mi madre, pero no es lo mismo../E: qué siente que perdió con la muerte de su padre?/ EH61: la felicidad/E: cuénteme un poco de eso.. de qué se acuerda?/EH61: no mucho.. de antes de la muerte de mi padre no me acuerdo mucho, porque perdí... parte de... mi memoria infantil../E: ya, pero de lo que se acuerde.../EH61: una vez jugamos a la pelota y le quebraron la tibia y el peroné, que son cosas más o menos duras, pero que por algo me quedaron...”

En esta cita, como vemos, EH61 señala que con la muerte de su padre, muerte que no ha podido superar, *perdió la felicidad*. Se trata de un padre idolatrado, por lo que esperaba encontrar en el relato contenido que dieran cuenta de la grandiosidad paterna. Sin embargo, al

consultar aquello EH61 señala que *no tiene recuerdos anteriores a la muerte del padre*, porque *perdió parte de su memoria infantil*. Uno de los recuerdos que mantiene no remite al vínculo paterno, a sus caricias, a sus lecciones, sino a un accidente que el sufre jugando con él; lo recuerda, tal como señala, no por la alegría del juego compartido, sino que por ser un evento duro, traumático, y en esa medida quedó registrado en el recuerdo. Vemos que esa idolatría paterna carece de contenidos, de historias compartidas, de un vínculo afectivo central en la biografía del entrevistado. Se trata de una vinculación vacía, diremos que de un anhelo de vínculo que ha despojado de manera permanente al entrevistado de la felicidad.

Es esta una característica central en la forma que los entrevistados dan cuenta de la ausencia paterna. El discurso acerca de la ausencia paterna se tiñe de un afecto melancólico, del deseo contenido y frustrado de aquello que no fue, pero que aún se anhela. Los entrevistados marcan la ausencia paterna como eje fundamental de su condición actual, tanto en lo que refiere a la forma de ser como al uso de sustancias. Por la ausencia paterna, se han sentido, tal como EH11, forzados a tomar el lugar del *hombre de la casa* prematuramente. Su ausencia, les da la *libertad radical* del abandono y del desdén. Su ausencia remite a una ausencia más profunda, siempre más primordial, que es la ausencia de vínculo afectivo real en la relación del padre hacia ellos, y el anhelo jamás logrado de recibir el amor y reconocimiento paterno.

La siguiente categoría de este eje, “mi mal padre”, habla de cómo esta ausencia paterna se acompaña de una única o primordial forma de presencia paterna: el exceso. Los entrevistados describen a sus padres como radicalmente ausentes, o ausentes pero con momentos en que hacían notar su presencia. Estos momentos se caracterizan por el exceso, la violencia, la agresión, incluso el desprecio hacia ellos:

“EH22: mi papá tenía una forma de corregir los errores que en el fondo era desquitarse con uno, desquitarse con uno”

“EH91: mi mamá siempre andaba con malestares y llantos, mi papá era frío y déspota!”

El exceso de la violencia paterna, en conjunción a su ausencia, genera que los entrevistados establezcan con ellos una relación de sometimiento basada en el temor, el miedo. Ambos vértices dan cuenta cómo, en realidad, los entrevistados no conocen las motivaciones, sentimientos o pensamientos de sus padres. Los padres son unos desconocidos para ellos:

“EH13: mi padre, de cuando yo era cabro chico... aparecía ebrio, trabajaba, llegaba, me veía, llegaba con dulces , me llevaba a dar una vuelta pero... mi papá no era ese de saber si hiciste las tareas, tenía algún problema?/E: de él sé muy poco, como que para usted él fuera una figura que como que aparecía ebrio .. y eso../EH13: lo que pasa es que yo... poco... poco es lo que conversaba conmigo, poco.. él trabajaba y después, cuando ya tuvo más edad, jubiló y estaba en la casa... rabiaba, pero nada más”.

Tal como nos comenta EH13, la relación de los entrevistados con su padre es más bien vacía. Pareciera que del padre sólo se tiene conocimiento de su ausencia o de su violencia; las motivaciones del padre son más bien enigmáticas, se interpreta que el afecto que los liga está basado en la ira del padre: *se desquita con uno, era un déspota, rabiaba*. Lo único que se conoce con certeza es su consumo: *aparecía ebrio, trabajaba, llegaba, me veía*; esto es lo que muestra la categoría “mi padre adicto”:

“E: de él sé muy poco, como que para usted él fuera una figura que como que aparecía ebrio .. y eso../EH13: lo que pasa es que yo... poco.. poco es lo que conversaba conmigo”. El padre no está, y cuando está es violento, no sabemos por qué pero se *desquita* en el trato con los hijos. El único estado intermedio, relativamente cercano a la ejecución de la función paterna,

relativamente afectivo, lo entrega el padre adicto: *ahí llegaba, me veía, llegaba con dulces, me llevaba a dar una vuelta*. La vinculación afectiva únicamente bajo los efectos de sustancias hace pensar que el padre, en realidad, no siente amor hacia los hijos, y que ejecuta el rol por obligación, sin deseo. Esto es lo que muestra la categoría “padre obligado”: “EH91: mi papá tenía... podía haberme ayudado, podía haberme sacado de.. él sabía lo que era ser obrero po, pero no hizo nada, al contrario, me tiró ahí, en toda esa.. /E: pero eran personas de bajos recursos?/ EH91: no, si no eran na de escasos recursos, era más bien despilfarro, despilfarro!, aunque mis cosas de vida eran miserables, miserables po!, de repente a mí me arreglaba las botas del vecino de al lado [por no comprar]”

La paternidad es sentida como una labor ejercida con franco displacer, una situación que se evita y que cuando se ejecuta, se hace por obligación y por ende siempre implica una cuota de agresión y desdén: el padre de EH91 prefiere *despilfarrar que preocuparse del cuidado de su hijo, en vez de ayudarlo en su educación, no hizo nada, al contrario, me tiró ahí, en toda esa...*

La sensación de que el afecto que liga al padre con el resto de la familia está basado en la agresión, se duplica en torno a la forma de vinculación que los entrevistados relatan respecto de sus padres con sus mujeres. Los entrevistados señalan que sus padres eran “malos maridos” en la medida que abandonaban y maltrataban también a sus madres:

“E: qué fue lo que pasó con su papá?/ EH51: lo que pasa es que él toda la vida tuvo dos casas, por decirle yo tengo 58 años y tengo hermanos que tienen 59, hermanastros, entonces eso quiere decir que mi papá estuvo haciendo toda la vida, dos vidas/E: dos familias?/EH51: dos familias, claro, entonces.. yo llegue a tener un odio hacia él y ser rebelde.. o sea, lo que él me decía, yo hacía lo contrario.. las pocas veces que lo veía../E: su mamá era la esposa o la amante?/ EH51: la esposa, tenía una amante desde que se casaron../E: y por qué su mamá lo

acepta?/EH51: el papá se iba y venía, iba y venía... unos años allá, unos años acá... mi mamá lo acepto porque siempre lo quiso, era una mujer... como un principio muy grande decía el amor que sentía por mi papá... mi mamá lo quiso tanto, sufrió mucho por él.. los últimos 10 años [el papá] los pasó con mi mamá y ella siempre decía, va a pasar un día, dos, tres días y tu papá se va a ir, así que olvídate, olvida a tu papá de nuevo... claro, a mi mamá la enterramos el día sábado y el lunes él ya se había ido”.

Tal como nos cuenta EH51, la madre acepta la doble vida del padre, porque uno de sus valores fundamentales es *amarlo pese a todo*. La madre víctima del padre, el padre ausente y excesivamente sexual, tiene dos mujeres a las que embaraza alternadamente sin miramientos. La ausencia y violencia del padre deja dos bandos: uno en el que está el *padre déspota*, el otro en que están la madre y los entrevistados: *mi madre siempre decía, va a pasar un día, dos, tres días y tu papá se va a ir, así que olvídate, olvida a tu papá de nuevo*- olvidemos a tu papá de nuevo, podríamos decir. Una mujer que no olvida a su marido, cuyo valor moral gira en torno a la aceptación incondicional de su maltrato, ubica al hijo en una posición de semejante: *olvida tú a tu padre, como yo quisiera olvidarlo pero no puedo*. El entrevistado, adopta el mandato materno y cuida al padre hasta la muerte, pese al odio que su desdén le ha hecho sentir.

Toda esta situación hace sentir a los entrevistados que nunca han sido realmente amados por su padre; crecen con la sensación de no ser amados, pues no reciben de parte de ellos ni cuidados, ni afecto, ni un discurso que les permita proyectarse en el tiempo como hijos de sus padres: “EH61: se fueron los dos viejos el año pasado [padre y abuelo paterno], les pedí que me llevaran, me dijeron que no... por eso, no me quieren arriba [cielo], no me quieren abajo [infierno], no me quieren en ningún lado/E: ¿no lo quieren ni los muertos ni los vivos, dice usted?/ EH61: mi padre no me quiere, es un hecho/ E: ¿por qué?/ EH61: porque la última

pancreatitis, me operaron el 11 de septiembre a las 11 de la mañana, entonces yo dije, va a venir a buscarme mi padre, que murió el mismo día y a la misma hora.. y salí caminando del hospital!..”

EH61 nos habla de su abuelo y padre muertos. A ambos les reza que lo lleven con ellos, desea morir, pero como no muere pese a sus intentos de suicidio y sus enfermedades, interpreta esto como un reflejo de la falta de amor: *ellos no me quieren ni arriba ni abajo, es un hecho que mi padre no me quiere*. La nostalgia de un vínculo que no fue junto a la melancolía por el amor no recibido, se expresan en este deseo de ser arrastrado con él, al menos en la muerte. La sensación de no haber sido amados ha generado en los entrevistados, además de este dolor perpetuo, la duda acerca de su filiación a la rama paterna; es tanto el odio o la indiferencia que el vínculo paterno implica, que no es posible para ellos concebir que pueda ser esta efectivamente una forma de ser padres; la fantasía acerca de la no filiación se hace entonces presente: “EH72: mi papá desaparecía... yo en varias ocasiones le decía a mi papá que él no era mi papá.. /E: le decía que no era su papá?/EH72: sí, yo le decía tú no eres mi papá, por la forma en que nos trataba, la forma en que nos abandonaba, pensaba en él primero, segundo en él y lo que sobraba para nosotros... me acuerdo que una vez teníamos hambre y no había nada para comer, mi papá se fue de asado no sé con quien y llego como a las 5 de la mañana con las sobras, yo las tome y se las boté y le dije que no quería sus sobras...”

La posibilidad de que el padre efectivamente no sea el padre, es una fantasía que establecen los entrevistados para poder comprender el vínculo. Igualmente, ser hijos de otro hombre les permitiría acceder a los referentes simbólicos que esta relación no otorga, poder tal vez concebirse a sí mismos como fruto del deseo compartido entre sus padres, etc. todo ello es lo que no aparece en la vinculación al padre.

Con respecto a la categoría “mi padre me envidia”, este eje muestra también como los entrevistados articulan otra forma de fantasía que permita explicar el desdén paterno; en estos casos, sin embargo, el desdén sustenta el deseo paterno. La envidia permite poner en sí mismos elementos deseables por el padre y así, al menos, poder suponer de alguna manera que existe cierto deseo paterno hacia su existencia. Veamos un ejemplo de aquello: “EH21: yo creo que mis padres me tenían un poco de miedo, un poco de miedo.. yo trabajé 15 años con mi padre, un ingeniero digamos brillante, innovador, que trajo tecnología que no existía a Chile, él después comenzó a fabricar acá y me decía... cómo hacemos esto?, yo le dije mira papá, así y azá.. Ulloa, hágalo usted!, le decía al jefe del taller... eso no le gustaba a él, no le gustaba porque yo era ingeniero.. eso a él no le gustaba, se sentía pasado a llevar, pasado a llevar.. él, de hecho, sentía.. es muy mal que yo lo diga, pero sentía envidia con respecto a mí, sentía envidia.. /E: que es lo que le envidiaba?/ EH21: que yo tenía mejor talento para tratar al personal”

En la cita, EH21 primero habla del miedo que sus padres le tenían, hablando que era un *niño raro*, difícil, según el discurso materno. Luego señala que su padre, ingeniero brillante, envidia en él su manejo de personal, y otras cosas; señala que le envidia porque el entrevistado es ingeniero. El entrevistado hace dos movimientos interesantes en esta cita: por una parte ubica su propia condición deseable – ser ingeniero- en el padre: lo vuelve un ingeniero, y no sólo eso, sino que un *ingeniero brillante*. En este sentido, el padre es idealizado por el entrevistado. Por otro lado, transforma el miedo que los padres sentían hacia él, en envidia del padre. El padre le consulta acerca del campo donde es brillante, la ingeniería, y el entrevistado, en tanto ingeniero real, le genera envidia. La agresión paterna se explica entonces por la envidia respecto de una virtud personal, y el entrevistado pasa de ser el *niño raro y difícil* al *ingeniero*

envidiable. El miedo que le tenían sus padres, que entonces actuó como el discurso que alejó a su padre de él, se transforma en envidia, en deseo paterno, y tanto padre como él quedan en una posición de superioridad: *el padre como ingeniero brillante, él como el ingeniero de verdad*. Esta forma que adquiere el discurso lo vemos en los entrevistados que tienden a la idealización paterna. Los entrevistados que presentan dificultades para verbalizar la violencia y ausencia del padre, atribuyen afectos relativos al deseo al quehacer del padre con ellos, para poder comprender sus acciones agresiones y su ausencia sostenida.

Finalmente, la categoría “me rebelé contra mi padre”, ubica nuevamente y con más precisión al consumo de sustancias como una respuesta frente a este devenir paterno: “E: en que siente que el alcohol lo ha aliviado en eso?/ EH52: el alcohol lo alivia por un rato../E: pero le pasaba que usted pensaba en esto [conflictos con el padre] y tomaba?/ EH52: claro, claro, claro, las circunstancias me fueron haciendo la rebedía, de chico, de no llegar o de llegar a la casa con trago para no mirarle la cara, por último..”

Tal como nos dice EH52, tomar para *no mirarle la cara al padre, para no pensar* en su odio, en su maltrato y en su abandono. El consumo se inicia en la mayoría de los casos en un contexto de respuesta frente a la agresión o abandono paterno: “E: trate de explicarme aunque suene sin sentido, qué siente usted en esos minutos?/EH61: no sé, buscando como yo mismo castigo../E: castigo frente a qué?/ EH61: por no tener a mi padre/E: pero sentía culpa?/ EH61: pero culpa de qué iba a tener?... no sé, puede ser culpa de no tener padre.. y eso me sucede hasta el día de hoy, es una cosa que no puedo superar../E: trate de explicarme/EH61: busco recibir castigo, recibir castigo... por eso, por eso y por todas las cosas que he hecho mal, por no haber sido el hijo que tendría que haber sido para mi padre, el hombre fuerte, no sé.. todas

esas cosas me dan vueltas en la ... que para todos soy una persona indolente, todos me critican...”

EH61 ha perdido a su padre a los 11 años. Nos relata cómo su consumo implica la elaboración de un dispositivo de autocastigo. EH61 siente que la ausencia de su padre no responde sólo a su muerte, sino que a *todas las cosas que ha hecho mal, a no haber sido el hijo que debió ser para el padre, a no ser el hombre fuerte*. La ausencia de reconocimiento paterno y la exigencia paterna están encarnadas en un sujeto que perdió a su padre hace muchos años atrás, muerte que pesa por la ausencia que convoca. El padre de EH61 exige de él un ideal de masculinidad y hombría centrado en la violencia y estoicidad. EH61 no tiene recuerdos de su infancia, *se le borraron*, no recuerda al padre que tanto ama. Este olvido remite en realidad a la ausencia de vinculación afectiva de parte del padre. El padre muere como víctima de la dictadura militar, *estoico*, haciendo honores al ideal masculino. EH61, lejos de cumplir ese ideal, se sabe *no reconocido*, siente la sanción paterna y siente que él, desde la muerte, no lo quiere allá, no lo lleva ni muerto: *mi padre no me amó, eso es un hecho*. El consumo remite a esta experiencia, articula un espacio de castigo, padecer, donde el padre castiga desde el ideal de virilidad que EH61 no cumple; a la vez, padece porque no tiene padre, por su ausencia. La sanción, en este sentido, reemplaza la ausencia, pues es preferible a sentirse ignorado en lo absoluto.

5.2.3.1.1.2.- Mi buen padre:

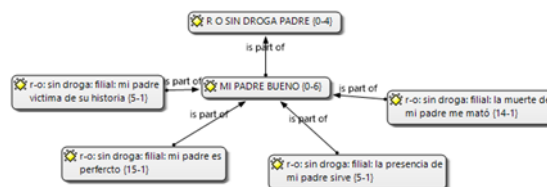


Imagen 110

La categoría “mi buen padre” muestra las formas positivas en que los entrevistados dan cuenta respecto de la relación a sus padres. La primera categoría de este eje, “mi padre, víctima de su historia”, tal como en las entrevistadas mujeres respecto de sus madres, muestra cómo los entrevistados se esfuerzan por comprender la ausencia de sus padres y/o su violencia, a partir de un los dolores y padeceres de los cuales los propios padres habrían sido víctimas, y que justificarían sus carencias afectivas: “EH92: mi papá quedó huérfano de madre a los dos años, no conoció a su madre, entonces él vivió en una familia que lo violentaba, tenía tíos que le pegaban salvajemente, por eso aprendió a defenderse y peleaba muy bien, no tenía miedo, pero no era psicópata, porque siempre se asocia la falta de miedo a la psicopatía.. el tema es que el sufrió mucho, entonces conmigo no fue un tipo que.. a mí, conmigo, él siempre consideró que teniéndome la comida y teniéndome eso era suficiente, se fija?.. él se crió a pata pelá..”

Las carencias vividas por los padres, la agresión, la falta de afecto, etc. permiten a los entrevistados comprender la violencia y ausencia paternas, de manera tal que esta no se asocia directamente a la falta de deseo de sus padres hacia ellos, sino a su imposibilidad de dar cuenta de afectos positivos. Otra forma de justificación de la conducta paterna, es aquello que muestra la categoría “mi padre es perfecto”. Bajo este eje, se muestra cómo los entrevistados tienden a dar cuenta de una versión idealizada del padre, justificando o matizando sus defectos: “EH61: es que él [padre] era una persona memorable... siendo un político, honorable.. /E: qué hacía su papá?/EH61: mi papá era de la democracia cristiana, mi papá tiene una placa en la democracia cristiana como el primer héroe que vio caer el golpe, él era un personaje conocido..”

“EH41: mi papá era un hombre muy trabajador, muy responsable, no tenía ni un minuto de atraso en su carrera funcionaria, era un excelente funcionario... bien, bien, bien catalogado y

eso me inculcaba a mí, bueno, siempre me lo inculcó de chico.. y yo, hasta la muerte de mi papá llevaba una vida súper normal.. y después de la muerte de mi papá ha sido como tener la cabeza bajo el agua, a ratos puedo salir, a ratos no../E: cómo es eso?/EH41: como a oscuras, me fui ahondando en la pena, tomo, tomo y camino y camino y camino.. no sé qué busco, siento un bloqueo en mi cabeza”

Tal como nos señalan EH61 y EH41, el padre ocupa para muchos entrevistados el lugar del ideal, un *personaje memorable, honorable, trabajador, excelente funcionario*. Como vemos, el padre tiende a idealizarse en torno a su ejercicio laboral, por sobre su calidad afectiva pues, ahondando en las entrevistas, hemos visto que estos padres ideales en cierto ámbito se muestran excesivamente violentos, sexuales o ausentes en la crianza con sus hijos. Los entrevistados que presentan estos discursos, esta idealización paterna, tal como EH41, con la pérdida del padre se pierden a sí mismos: *estar sin el padre es como tener la cabeza bajo el agua, estar muriendo, estar sin rumbo, no poder dirigir el camino, no saber que se quiere, no poder pensar*. Parece como si todo aquello que el padre *inculcó* se lo ha llevado con su muerte, dejando a los entrevistados con *un bloqueo en la cabeza*. Estos discursos nos permiten afirmar que todo aquello *inculcado* en realidad no fue tal, en la medida que los entrevistados no lograron hacer propios ciertos elementos que el padre consideraba deseables. Será por la distancia que establece la idealización, será porque no hubo tal enseñanza realmente, pero los entrevistados no logran hacer propios los imperativos paternos sino que por imitación: *trabajé en lo mismo que mi padre, nos dice EH41, para estar cerca de él:*

“EH41: con mi papá salíamos para todos lados [juntos], de hecho él me hizo conocer el hospital [donde el entrevistado y su padre trabajaron juntos] a los 5 años, yo lo seguía para todos lados y él andaba rápido, me tenia.. tú no tenís que despegarte de atrás de mí, me decía”. EH41,

hasta la muerte del padre, trabaja junto a él haciendo el mismo oficio paterno. No deja de estar detrás de él, no deja de seguirlo para todos lados, no logra hacer propio ese ritmo rápido, no se despega de atrás del padre. Esta posición de sumisión, de pasivización al padre, le impide hacer propio el lugar paterno y mantiene incólume al ideal intocable.

EH61 nos dice acerca de la violencia paterna en la crianza: “él [padre] me pegaba porque hacía maldades/E: pero qué maldades?/ EH61: nos poníamos a jugar a las escondidas y yo me escondía, lo mismo que hace cualquier niño, pero él era más rígido, más rígido... quería que fuera respetuoso con todo, porque él era muy respetuoso, una persona correcta, de los que no hay ahora/E: no sentía injusto que él le pegara?/ EH61: no, porque sentía que era lo correcto, por eso mismo se lo agradezco, porque lo poco que me pegó fue suficiente../E: lo suficiente para qué?/ EH61: si no habría sido un irrespetuoso, un delincuente..”.

EH61 nos habla de la violencia paterna. Habla de ella como la forma en que el padre busca *inculcar* en él ser respetuoso. Ser respetuoso se inculca actuando fuera del respeto mutuo que implica un encuentro entre un adulto y un niño, pues lejos de comprender la necesidad lúdica infantil, el padre es un rígido, *de los que no hay ahora*, correcto al límite de vulnerar el cuerpo de su hijo mediante la agresión excesiva por una nimiedad: *golpea a su hijo por jugar a las escondidas*, por estar provisoriamente lejos de su mirada punitiva, de su control, de su rectitud, de su perfección. Los valores idealizados por los padres *no se inculcan* justamente porque no se enseñan sino que a fuego vivo, mediante la violencia, porque ellos, los entrevistados, son en realidad, a ojos paternos, *unos irrespetuosos, unos delincuentes*. El encuentro con el padre tiene la connotación de una confrontación, una afrenta, una lucha donde gana el más fuerte, y para poder ser hijos amados los entrevistados han tenido que ceder la posibilidad de tomar alguna vez el lugar de poder.

En la misma línea, la “muerte de mi padre, me mató”, muestra como justamente la muerte paterna implica para los entrevistados una mutilación de una parte del yo, en la medida que esta parte funcionaba únicamente en torno al modelo que prestaba constantemente la imagen del padre: “EH81: los sufrimientos, o sea, lo que a mí me sucede años atrás, de niño, se viene arrastrando... el maltrato [que sufrí]../E: entonces qué sintió con la muerte de su papá?/EH81: se me vino un mundo... totalmente difícil, en el sentido que él era, a pesar de todas las cosas, él era un apoyo para mí/E: a pesar de todas las cosas?/ EH81: sí, porque el tenerlo.. tal vez si no lo hubiera tenido... no estaría en estas circunstancias, pero...”

La cita muestra cómo el entrevistado nos habla de sus dolores de infancia, de la agresión vivida por parte del padre y cómo esta incide en su estado actual de adicción: *tal vez si no lo hubiera tenido, no estaría en estas circunstancias*. A la vez, habla de la debacle que implica para él la muerte del padre, pues *él era un apoyo para mí*. Sin este apoyo, el mundo se viene encima, nada de lo inculcado a fuego ha quedado más allá de las heridas del cuerpo. Ha quedado el dolor y la dependencia al padre, en tanto este presta apoyo para existir, guía el devenir del sujeto, dictamina lo correcto de lo incorrecto, doma la delincuencia potencial que portan los entrevistados en sí.

Para finalizar, la categoría “la presencia de mi padre sirve”, habla de cómo los entrevistados anhelan la presencia de una figura paterna capaz de ubicarse como referente simbólico en torno a la crianza, da cuenta del anhelo de una presencia paterna no violenta, pues se tiene la experiencia de la ausencia radical paterna o de su violencia: “E: qué le gustaba de jugar football?/ EH32: que me enseñaran los profesores, estar ahí .. yo iba solo a entrenar, yo hubiera sido un profesional, pero me faltó apoyo.. antes de lo que le conté, una vez estábamos ahí [con el papá] y íbamos perdiendo y yo hago dos goles, con solamente verlo a él ahí, a mi

viejo.. claro, me faltó apoyo, me faltó apoyo porque mi vieja es la que me acompañaba siempre..”. Tal como muestra esta cita, la sola presencia del padre para los entrevistados en la niñez conlleva un anhelo. *Jugar football* tiene sentido para EH32 en la medida que es una actividad que el padre disfruta, y por eso acompaña alguna vez a algún partido. Es sólo la mirada paterna lo que para él lo hace *triunfar, hacer goles*, superar los obstáculos y ser reconocido. La mirada paterna, la aprobación y reconocimiento del padre es lo que anhelan los entrevistados y es su sola presencia la que ellos interpretan así, como muestra de su afecto y reconocimiento, a falta de efectivas muestras de aprecio de parte del padre. Podemos pensar que EH32 disfruta entonces el football porque los profesores otorgaron posteriormente ese reconocimiento que por única vez alguna vez brindó el padre; se trata, en todo caso, de un reconocimiento que no logra tener los mismos efectos, pues EH32 resiente la falta de apoyo paterno: *por su ausencia sostenida no puede triunfar más, no puede ser un profesional en ello*. La falta de reconocimiento paterno deja huella en la vivencia de los entrevistados, se significa como una carencia, como algo que por su ausencia ha dejado efectos duraderos. Esta ausencia, mucho más que la violencia, inculca algo: *incapacidad, soledad, no poder ser*.

5.2.3.1.1.3.- “Vínculo sexual”:



Figura 111

La última categoría que remite a la relación al padre, da cuenta cómo esta relación tiene un matiz muy especial. La relación al padre, como veremos, adquiere una connotación sexual en diversos aspectos. El primer eje de análisis, “mi padre me exige ser hombre”, da cuenta cómo los entrevistados refieren a sus padres como sujetos que exigen y esperan de ellos cierta cuota de virilidad, demostrable en diversas conductas determinadas por los progenitores. Esta exigencia paterna se transforma en el centro de la relación padre e hijo, y en esta medida, torna el encuentro como una constante demostración de virilidad por parte del hijo: “EH82: es que mi padre siempre fue ausente, mi padre siempre fue de su trabajo... y si yo le conversaba a mi papá, él siempre tiraba para el lado de ella [ex pareja]/E: en qué sentido le encontraba razón?/ EH82: en que tenís que entenderla, que es mujer!, que es tu señora!.. es que tú tenís que ser macho, poner las cuestiones en regla, cosas así/E: su papá le decía eso?/ EH82: sí/E: y él encontraba que usted no lo hacía?/ EH82: claro, él decía que yo no lo hacía porque siempre me.. como le digo, yo nunca fui agresivo, yo siempre, por ejemplo, si habían problemas con mi niña y yo, yo.. ya sabís que más, voy a salir, y chao... no lo hacía”.

Tal como señala EH82, lo que caracteriza la relación con el padre es su ausencia, pues *mi padre siempre fue ausente, mi padre siempre fue de su trabajo*. Sin embargo, los encuentros entre ambos se caracterizan porque el padre le exige al entrevistado *ser macho, poner en regla a su mujer*. El padre es ausente en la mayor parte de la relación al hijo, salvo en lo que respecta al cumplimiento del ideal masculino de él. Ello denota un particular interés paterno, que el hijo cumpla como hombre; a su vez, revela la impotencia de los entrevistados: *yo no era agresiv, si habían problemas con mi niña*. La ausencia de agresividad es leída por los padres de los entrevistados como impotencia, y conlleva el reproche: *tenís que ser macho!*.

Esta característica de la relación se condice con que el padre es referido como un sujeto en extremo macho, sea por lo violento, sea por la dificultad para controlar el deseo sexual, o ambas: “E: alguna vez habló con su padre el tema que él fuera tan mujeriego?/ EH72: nada, lo tirábamos para la talla, siempre lo leseábamos como el cachero, llegó el cachero!, nosotros se lo decíamos en forma irónica, así, para molestarlo, pero mi papá se paraba y se iba...en mi caso, yo primero tengo algo afectivo y después sexual, soy totalmente distinto a mi papá”

Tal como dice EH72, el padre es molestado por sus hijos como *el cachero*, dicho popular que refiere a un hombre que establece relaciones sexuales muy frecuentemente y con mujeres diversas. El padre, *mujeriego*, es tratado como *el cachero* de forma irónica por los hijos, con el fin de ningunearlo en su virilidad, pero también le dicen así para molestarlo, porque su hipersexualidad molesta, incomoda, se vive como algo inapropiado y el padre lo sabe, porque no contesta. Esta hipervirilidad paterna conlleva en todos los casos, que los entrevistados configuren su personalidad en comparación al padre y en oposición a ella: *en mi caso, yo primero tengo algo afectivo y después sexual, soy totalmente distinto a mi papá*. A ojos del padre, los entrevistados no cumplen como *machos*, y la escasa relación existente entre ambos se basa en esa exigencia: *tenis que ser macho!*. La imposibilidad de encarnar esa posición de macho, es para los entrevistados, un costo identitario. Los entrevistados se sienten juzgados por sus padres y escasamente reconocidos por ellos. A la vez, sin embargo, esta carencia en el campo de la virilidad hace que los entrevistados sientan que los padres se han preocupado particularmente de ellos, pese a su ausencia; los entrevistados describen padres preocupados por la escasa virilidad de sus hijos, entonces crecen en la tensión entre ser exigidos como *machos* por sus padres y recibir a la vez más cuidados y atenciones paternas por esta misma

debilidad: “EH42: [mi hermano] era más desafiante con mi papá, en cambio yo no.. a lo mejor por eso mi papá se apegaba tanto a mí, porque me veía como más solo, más pollo”

Los entrevistados describen una relación al padre cercana, en la medida que se toca el tema de la masculinidad. Esto es lo que muestra la categoría “una relación demasiado cercana”. La relación se centra en la exigencia paterna de *ser machos*; los otros aspectos de la personalidad paterna son, para los entrevistados, desconocidos, y en esa medida sienten en forma simultánea que los padres han sido muy presentes y muy ausentes a la vez: “EH71: mi papá siempre fue ausente, pero nuestra relación era buena, era confiable... aunque mi papá igual se metía en mis temas personales, como en mi matrimonio/E: ¿en qué se metía?/ EH71: opinaba, que no aguantes esto, tienes que hacer esto!.. es que mi papá era muy machista, es que el hombre hace esto y la mujer esto otro y en esas partes no compatibilizábamos/E: ¿en qué lo criticaba a usted?/EH71: como que tenía que ser más duro con ella, más firme... pero yo era... mi papá me decía tu tenis que dar la orden y esa orden se hace!, porque tú eres el hombre!...”

Tal como señala EH71, el padre es un padre ausente pero a la vez entrometido. La gran preocupación paterna es que EH71 pueda ser duro, ser firme, dar la orden que se respeta como un hombre. Los otros temas no son parte del intercambio padre e hijo. Dado que EH71 no logra hacer propia esta forma de ser masculina, machista, el padre no se aleja de él, establece con él una relación cercana, confiable, de manera tal de garantizar que la relación conyugal se dé bajo los parámetros que corresponden según su criterio, manteniendo al hijo en el lugar del macho: *no aguantes esto, tienes que hacer esto!*. En esta medida la cercanía entre ambos nace por la preocupación paterna acerca de las falencias de sus hijos en torno a la virilidad. El padre es quien sostiene al hijo en la posición viril; el hijo, por su parte, siente que no puede encarnar el

ideal de virilidad que exige el padre, y en esa medida, siempre están en comparación a ellos, en falencia: *pero yo era...*

La última categoría de este eje, denominada “un vínculo demasiado sexual”, habla de cómo en algunos entrevistados la hipersexualidad paterna es algo que no se ha manifestado sólo en la exigencia paterna de virilidad hacia los hijos, o sólo en la tendencia del padre a tener muchas mujeres, sino que también la hipersexualidad del padre ha roto los límites que impone la norma social, teniendo el padre eventos directos de abuso sexual hacia los propios entrevistados o sus otros hijos: “EH31: yo necesito conversar mi tema, es que yo estoy en la droga... cuando chicos en la casa sufrimos abuso, yo no, abuso yo no../E: quien lo sufrió?/EH31: mi hermana mayor/E: por parte de quién?/EH31: de mi padre/E: de su papá?/EH31: claro, entonces yo creo, no creo que sea el único, tiene que haber miles de casos... yo vivía el día a día hasta que un día explote y vi que estaba abusando de mi... yo nunca vi nada, pero escuchaba, porque las piezas son chicas y yo explote po, le dije a mi hermana, oye te hacis la tonta!, imagínese!, atacándola más encima!... tenía 13 años y ahí me fui por el mal camino.. [más adelante en la entrevista] E: como siente que este evento le afecto a usted?/ me afecto porque siempre está ahí..pero prefiero.. él ahora es cristiano, no tengo nada que decir, él es buen padre, ya está bien, pasado, pisado... quizás todos lo perdonaron, pero yo no... pero yo vivo con él incluso, él conversa conmigo.. porque para mí, ya está pasado, pisado..”

Vemos como EH31 nos relata acerca del abuso sexual que padece su hermana por parte del padre de ambos cuando son niños. El entrevistado nos relata cómo descubre el abuso, y cómo lo enfrenta. Señala que en vez de acusar al padre, como supone actualmente que debió hacer, culpa en cambio a la hermana, diciéndole: *oye te hacis la tonta!, imagínese!, atacándola más encima*. Podemos decir que en términos concretos, el padre abusa de la hermana y no del

entrevistado; sin embargo, EH31 siente que se ha abusado simbólicamente de él: *yo vivía el día a día hasta que un día explote y vi que estaba abusando de mi...* El abuso paterno, la hipersexualidad paterna, es algo que no logra sancionarse, reprocharse, signarse como negativa; el entrevistado culpa a la hermana en el pasado, y en el presente *no tiene nada que decir, él es buen padre, ya está todo pasado, pisado*. Los entrevistados desean olvidar, perdonar, pero es algo que siempre está ahí, y que relacionan a la necesidad de consumir: *desde ahí me fui por el mal camino*.

“EH41: hay un evento que yo no le he contado.. lo que pasa es que antes, la costumbre es que a veces las mamás ponían a los hijos al medio y... una de esas noches, mi papá, yo creo que se equivocó, pensó que yo era mi mamá.. y no era mi mamá, era yo.. y como que quiso intimar con ella.. pero no abusó de mí.. eso me dio vuelta muchos años../E: qué pensaba respecto de eso?/ EH41: que se había equivocado.. porque ahí mi mamá despertó y ella, ya déjate!, si es el niño!/E; que edad tenía usted?/ EH41: unos 4 años.. pero aun así yo lo amaba, o a lo mejor desde esa vez él sintió que tenía que protegerme más, o sentía culpa..[...] yo me puse en el lugar de él y si lo hizo o no con intención, yo lo perdoné”

EH41 nos relata un evento de abuso sexual por parte del padre. En otra entrevista nos detalla el evento y vemos que se trata de un evento de claro abuso sexual. Sin embargo, en esta cita aminora los hechos, habla de la confusión paterna como la causa del abuso, y *si lo hizo o no con intención, está perdonado*. Se trata, al igual que el caso de EH31, de una situación imposible de sancionar: *mi padre se equivocó, pensó que yo era mi madre*. La hipersexualidad paterna es algo que da vueltas en la cabeza, que no se puede tramitar, y que a la vez no se puede juzgar. Al ser ellos sujetos incapaces de tomar la posición viril extrema que encarna el padre, el abuso es algo que no se entiende pero que no se puede sancionar, pues es parte del ideal, e incluso se

articula como causa de una pasivización frente al padre que agrada, posición en la que se sienten queridos: *a lo mejor desde esa vez él sintió que tenía que protegerme más.*

5.2.3.1.2.- Relación a la madre:

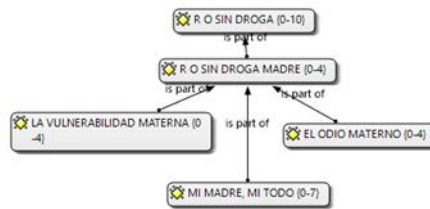


Figura 112

Con relación a la madre nos referimos a los discursos que establecen los entrevistados en torno a la figura de su madre. En este campo, establecemos tres diferenciaciones, en tanto los entrevistados dividen su relación a la madre bajo tres ejes: “la vulnerabilidad materna”, “mi madre, mi todo” y “el odio materno”. A continuación analizaremos cada uno de ellos en detalle.

5.2.3.1.2.1.- “La vulnerabilidad materna”:

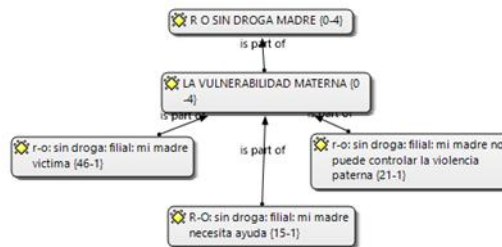


Figura 113

Bajo este apartado agrupamos los discursos de los entrevistados que dan cuenta de la imagen de una madre débil, vulnerable, que requiere protección y ayuda de parte de ellos. Esta es la imagen primordial que se transmite de la madre, y en esta medida los entrevistados declaran que su relación a la madre se articula en torno a brindarle protección y apoyo. El primer eje de

análisis, “mi madre víctima”, muestra cómo la madre es referida por los entrevistados como una mujer sumisa, agredida por otros, pasiva frente a esta agresión y por lo tanto, incapaz de protegerse a sí misma o proteger a otros: “EH31: [hablando del momento en que se destapa el abuso sexual de parte del padre hacia la hermana del entrevistado] el mismo día que yo supe, quedó la escoba.. y mi mamá, llorando... oh, pero mi mamá, una humildad!, ella sabe porque soy así, yo le pregunté, mamita, ves algo raro tú?, qué pasa?, no, me dijo, no, no, no, estas segura mamita?, estos hueones son enfermos!”

En esta cita, EH31 habla de cómo él descubre el abuso sexual del padre hacia su hermana. Al respecto, señala cómo le pregunta a la madre al respecto y ésta niega tener antecedentes de que *algo raro* pase. Esta incapacidad materna de proteger a sus hijos, de denominar el abuso como tal, es leída por el entrevistado como la *humildad materna*. La *humildad materna* es la posición pasiva de la madre frente a la agresión del padre, y frente a esto es el entrevistado quien toma el rol protector: *el mismo día que yo supe, quedó la escoba*. La madre víctima es la madre que, producto de su posición pasiva frente a otros, se expone a sí misma y a sus hijos a la violencia; los entrevistados, lejos de enrabiarse con ello, sienten que deben proteger a la madre de la agresión de terceros.

El segundo eje de esta categoría, llamado, “mi madre no puede controlar la violencia paterna”, da cuenta cómo la vulnerabilidad materna es una característica que saldría a la luz precisamente en torno al exceso de violencia del padre: “EH81: no, si mi mamá nos cuidaba a nosotros, pero es que ella era una mujer demasiado pasiva, era de esas mujeres que usted le hacía daño y mi mamá se quedaba ahí../E: por qué cree usted que ella no podía defenderse?/EH81: tenía miedo, le tenía miedo a mi viejo/E: a qué cosa de él?/ EH81: a los golpes, a los golpes/ E: nunca pensó en irse ella?/ EH81: sí, estuvieron separados un tiempo,

pero por mí volvieron.. yo estaba estudiando, en octavo básico, me acuerdo haber ido a ver a mi papá y lo estaban llevando detenido por la pensión de nosotros, me devolví a la casa y le pregunté a mi mamá, y toda la cuestión y ahí volvieron.. yo estaba complicado, que teníamos que estar juntos, que éramos familia, yo era chico po! y ahí nunca más se separaron...”

Esta cita revela dos características de la relación a la madre; primero, como es posible apreciar, la violencia paterna es algo frente a lo cual la madre se muestra demasiado pasiva, frente a lo cual se *queda ahí*, y por ende los entrevistados sienten el llamado a protegerlas. La vulnerabilidad materna queda al descubierto por la violencia paterna, y en este sentido los entrevistados sienten que su presencia es indispensable, por la protección a la madre. El segundo punto es justamente cómo esta dinámica implica un llamado para los entrevistados en otros sentidos también: por una parte, ellos son los llamados a proteger a la madre de este exceso paterno, pero por otro lado, y justamente porque son quienes tramitan el exceso de violencia del padre, son también aquellos llamados a mantener el vínculo vivo entre los padres, se ubican en el lugar de aquel que defiende a la madre pero que permite y sostiene la posibilidad que la madre se vincule al padre, principalmente: *yo estaba complicado, que teníamos que estar juntos, que éramos familia, yo era chico po! y ahí nunca más se separaron.*

Veamos esto en otra cita:

“E: qué le generó a usted esta situación de su papá, que él se fuera con otra mujer y volviera una y otra vez?/ EH51: el daño que le hacía a mi mamá, eso fue, el daño que le causaba a mi vieja.. ella intentó matarse todas las veces que él la dejaba, todas las veces.. y lo mismo me ha pasado a mi ahora, que he intentado tres veces.. [matarse]/E: como lo hacía usted cuando él volvía a la casa?/ EH51: yo no podía hacer nada po, porque mi mamá resolvía, si ella quería quedarse con él/ E: nunca pensó en irse y dejarla con él?/ EH51: no, no, no, no, no, tuve miedo

yo, a que si él le hacía daño psicológicamente, algún día llegara a hacerle daño físicamente.. no, no, nunca pensé en dejarla y ella lo agradeció hasta el final”

Como es posible apreciar, los entrevistados sostienen a las madres en la posibilidad de mantener un vínculo al padre, en la medida que su presencia, al menos en la fantasía, modera y contiene la violencia paterna. Los entrevistados, tal como expresa EH51, por esta posición subjetiva, hacen suyo el dolor materno. En palabras de EH51, lo que le afecta de las idas y venidas del padre es el *daño que esto le hace a la madre*, por sobre el sufrimiento que él pueda sentir como hijo. Esta condición propicia la identificación a la madre: hoy EH51 por la separación conyugal quiere suicidarse, tal como la madre lo intentó cada vez que el padre la abandonó.

La última categoría, “mi madre necesita ayuda”, en la misma línea, da cuenta de mujeres que encuentran en estos hijos al hombre que las apoya, que las acompaña, que las cuida y ese es el rol que los entrevistados toman para ellas. La justificación de los entrevistados para permanecer junto a sus madres, es la supuesta vulnerabilidad de ellas, y la necesidad de su presencia para que ellas estén bien, tal como hemos visto hasta ahora: “E: de todos los hermanos, usted tomó la función de preocuparse de la mamá?/ EH51: sí po, porque ellos [hermanos] se casaron, hicieron su vida y se fueron alejando de la casa y habían, pasaban meses que no disfrutaban a su mamá.. entonces, el único que quedaba con ella, llegaba del trabajo, que estuviera bien, necesitaba algo?.. ahí estaba lo que ella necesitaba.. incluso yo tengo tías, hermanas de ella, que a mí me quieren mucho por lo que yo hice por su hermana, porque mi mamá cuando las veía siempre me ponía bien con las tías, yo era el mejor hijo que ella tenía../E: usted era el mejor hijo para ella?/ EH51: claro, el que la complacía en todo, el que

le dio estabilidad económica, el que le dio lo justo cuando ella lo necesitó.. hasta un viaje a Europa se ganó conmigo la viejita (ríe)”

Tal como dice EH51, él toma el rol de preocuparse por su madre en la medida que él le daba lo que *ella necesitaba*. Al ser el único o principal que toma este papel, toma para a madre un lugar especial: *es el mejor hijo*. Ser el mejor hijo, no sólo conlleva gratificaciones narcisísticas, pues ciertamente es reconocido por las tías y por la misma madre por su esmero. Es, por sobre todo, una experiencia de placer para él: *sus hermanos, al no preocuparse de la madre, pasan meses sin disfrutar a su mamá*. Como vemos, él declara estar con la madre para darle lo justo cuando ella lo necesita, es decir, por la vulnerabilidad materna; sin embargo, la razón real de esta entrega a la madre es el placer que el vínculo conlleva: *la posibilidad de disfrutar a la madre como ningún otro hijo lo hace*.

La relación a la madre implica entonces un disfrute del vínculo, pero también una identificación a la posición pasiva y doliente de las madres, además del costo de ser quienes tramitan y contienen el exceso de la violencia paterna.

5.2.3.1.2.2.- “Mi madre, mi todo”:

En la misma línea de lo revisado hasta ahora, la categoría “mi madre, mi todo”, muestra como para los entrevistados la madre se ha vuelto aquello que hace girar el sentido de sus vidas y su propia identidad:



Figura 114

El primer eje de análisis, “mi madre me cuidó”, recoge los discursos de los entrevistados en la medida que reconocen a la madre como el único objeto del cual han sentido afecto, aprecio y cuidados, pese a las fallas en el campo de la protección. Esta sensación, sin embargo, siempre va acompañada de dificultades en la diferenciación: E: ¿qué es lo que no ha podido superar de la muerte de su madre?/ EH73: las ganas de estar con ella, las ganas de estar con ella... nacer, crecer, criarme estando al lado de ella, entonces..”. Tal como dice EH73, él logra reconocer placer en el vínculo con su madre: *nacer, crecer con ella* conlleva un placer, de ahí las *ganas de estar con ella*. Pero la muerte de la madre no se ha superado, pues pareciera que lo que se lleva con su partida no es sólo este placer, sino que también algo indecibe: *entonces...* Proponemos que este silencio alude a aquello que de sí mismo ha perdido el entrevistado con la muerte materna, como si algo de sí mismo faltara en su ausencia.

El eje “mi madre me conoce y reconoce” da justamente cuenta de estas dificultades en la diferenciación. Es tan cercano el vínculo madre e hijo, que pareciera que en algunos casos los entrevistados sintieran que no requieren verbalizar su estado emocional para que la madre sepa lo que sienten o piensan: “EH41: mi mamá siempre ha sido una mujer trabajadora, luchadora, un ejemplo de mujer... yo delante me acordaba que vino a dejarme unas cartitas, yo no quería que viniera porque había perdido mis lentes, me los habían robado, y ella me nota al tiro cuando tengo una cara de mal.. cuando he tenido un mal día, y ella lucha, si quedó solita, me da pena verla..”

Esta cita muestra cosas ya dichas: pese a que la madre es una mujer *fuerte y luchadora*, es *frágil* en la medida que *lucha solita*, y eso a él le *apena*. Se *preocupa* del entrevistado y por eso va a dejarle *unas cartitas*, pero él no desea verla porque ha tenido un mal día, y *ella nota sin*

comunicación mediante cuando el entrevistado está mal. Se trata de una mujer que no necesita palabras para saber el acontecer del hijo, es una *mujer perfecta, un ejemplo.*

El siguiente eje de análisis, “mi madre es un padre para mí”, da cuenta también de esta perfección materna. Dada la ausencia y/o violencia paternas, los entrevistados señalan que la madre ha cumplido el rol paterno y materno, supliendo parcialmente la presencia del padre. Esta condición fomenta la idealización materna: “E: por qué se quiere tatuar la cara de su mamá?/ EH31: porque ella es mi todo, es todo para mí/E: su mamá?/ EH31: sí, la quiero hartoo.. es que mi mamá es, guau!, no sé, es difícil de explicar.. sin ella, yo no soy nadie, es como mi padre y mi madre”. Tal como vemos en la cita, esta madre *es guau!*, es difícil de explicar su importancia en la vida. La madre ocupa un lugar central en la identidad de los entrevistados, y en la medida que ha sido padre y madre, todo para ellos, *sin ella no se es nadie.*

Esta suplencia, sin embargo, no es cabalmente efectiva, pues los entrevistados resienten la ausencia de una figura masculina que los introduzca en el mundo de los hombres: “EH13: [hablando de la muerte del hermano, que transitoriamente cumple el rol paterno] él me aconsejaba y todas esas cosas, entonces su muerte me dejó un vacío../E: tiene algo que ver con esta sensación de sentirse solo?/ EH13: yo creo que puede ser, que me quedé con eso, me quedé con eso, y con el sentimiento de no ser tan... no sé po.. de ir a la cancha conmigo, por decir una cosa así, o no sé po, conversar de repente...yo después estaba más grande y estaba con mi mamá no más, entonces a mi mamá le contaba las cosas que me pasaban...”. Tal como dice EH13, la madre hace el rol paterno, en la medida que acompaña y recoge las preocupaciones de los entrevistados. Sin embargo, al no ser un hombre quien hace esta función, los entrevistados quedan con un vacío, con el sentimiento de *no ser tan.. [hombres].*

La madre, al *ser madre y padre*, y al establecer un vínculo al padre no centrado en el deseo, aparece igualmente concebida como una mujer sin deseo sexual. Esto se refuerza con el asco o desinterés que muestran las madres de los entrevistados en torno al sexo. Es lo que muestra la categoría “mi madre asexual”: “EH72: nunca hubo una relación padre-hijo, sinceramente, que nos sentáramos a la mesa y que él me diera un consejo, nada../E: cómo fue crecer así?, pensando en la pubertad, los cambios del cuerpo, empezar a pololear../EH72: solo, con los amigos fui descubriendo eso, porque mis papás nunca se sentaron a hablar de relaciones sexuales por ejemplo, que esto te puede pasar, nunca, nada.. siempre hubo de parte de mi mamá un tabú para hablar de sexo, es como horrendo para ella, como lo peor, como morboso, como degenerado, siempre fue un tema tabú eso para mi mamá”

Tal como lo muestra la cita, este recelo de la madre hacia todo lo concerniente a la sexualidad, deja al hijo sin significantes posibles con los cuales representar su propio cuerpo y su deseo sexual. Se trata de una mujer, *padre y madre*, que acoge las inquietudes del hijo únicamente en la medida que no tiene que ver con su condición de hombre. Esto los hace establecer, tal como decía EH13, el sentimiento de no ser tan [hombres]. Las madres de los entrevistados, en general, dan al sexo la condición de algo *horrendo, morboso, degenerado*, y en esta medida, lo ubican en el espacio del asco, el reverso del deseo. En esta medida, al menos algo del deseo sexual se puede vislumbrar en ellas, pero siempre se trata de algo negado. En todos los casos, el discurso de la madre centra su vínculo a los hombres primordialmente es una dependencia, por sobre el campo del deseo. Ser, además, una madre que es *padre y madre* a la vez, niega la diferencia sexual y conlleva el incesto en el campo simbólico.

La categoría “mi madre perfecta”, muestra algo ya mencionado anteriormente: este vínculo a la madre donde *sobran las palabras*, donde ella ocupa el lugar femenino y masculino de la

crianza, donde ella es víctima de la agresión paterna, donde la unión entre ambos favorece la indiferenciación, se refiere en torno a la idealización de la madre. La vulnerabilidad materna y su indiferenciación en torno a los entrevistados se entienden como representaciones de la incondicionalidad del amor materno: “EH62: mi madre lo ha dado todo por mí, no me puedo quejar/E: que significa eso?/ EH62: todo!/EH62: qué es todo?/EH62: todo, ella ha sacrificado todo por mi.. es todo, po!, su felicidad, su tranquilidad/E: por qué ha sacrificado su felicidad?/ EH62: porque yo le causo problemas... ahora está en la casa pensando como estoy y no duerme, igual que yo..”

Tal como señala EH62 hay una continuidad entre la vivencia materna y la propia, pues la madre *está en la casa pensando y no duerme, igual que yo*. Se trata de madres que no viven sino para sus hijos, e hijos que no viven sino para sus madres. Hijos y madres están en una confusión de identidades, en una indiferenciación de si mismos. Esta indiferenciación conlleva sacrificio, porque la distancia entre ambos se vive con dolor: *ahora está en la casa pensando como estoy*. En la medida que los entrevistados establezcan una diferencia entre ambos, causan problemas y eso fomenta el sacrificio materno.

En la misma línea, el ultimo eje de análisis se llama “mi madre, la mujer más importante de mi vida”. Esta categoría muestra como la indiferenciación entre los entrevistados y sus madres, sumado a la ausencia de una figura masculina que les introduzca en el mundo de los hombres y del sexo, les ha dejado con la madre como *la mujer de sus vidas*, no pudiendo acceder cabalmente al amor de pareja: “EH51: yo siempre fui el más apegado a mi mamá, fui el ultimo que me casé, nunca quise dejarla sola, porque ella sabía que mi papá iba a volver y si no había alguien que pusiera autoridad, él podía hacerle daño, claro que el daño emocional se lo hizo toda la vida, pero había que evitar el daño físico.. /E: y tuvo pololas?/ EH51: claro, si me casé a

los 30, entremedio tuve bastantes../E: y la más importante fue su mujer u otra?/ EH51: lo que pasa es que.. ya llevo un periodo en que.. yo quería una estabilidad más que nada, sosegarme... porque ya me sentía solo a los 30, quería un hijo.. quería tener un niño en la casa y vi una persona buena en mi señora..”

Tal como dice EH51, él se define como el hijo *más apegado* a la madre, el que *no la abandona* y el que *no se casa por no dejarla sola*, como si enamorarse de una mujer implicara el abandono materno. El encuentro con mujeres impresiona vacío, tuvo *bastantes pololas*, pero sus nombres, sus historias no son contadas; en cambio, sí lo es la historia con su madre, a quien cuida de la violencia paterna. EH51 se casa no por estar enamorado, sino *para sosegarse*, calmar el despliegue de encuentros vacíos con mujeres, y particularmente, *para tener un hijo*, pues se siente solo. La relación con su mujer no tiene una connotación erótica, sino que la escoge por ser una *buena persona*, una *mujer adecuada para darle el niño que quiere en la casa*, es decir, porque puede ser una *buena madre*. El apego a la madre que el entrevistado declara tiene más connotación afectiva, más pasión, que el vínculo que declara hacia su mujer o hacia las mujeres en general. El desapego a la madre pudo permitirle el acercamiento a otras mujeres desde una condición erótica; como ello no acontece, los encuentros son únicamente sexuales, vaciados de afecto, o afectivos en la medida que se reencuentra la bondad materna.

5.2.3.1.2.3.- “El odio materno”:



Figura 115

Pese a que los entrevistados tienden a brindar discursos en torno a la madre centrados en la idealización de ellas, podemos igualmente pesquisar la presencia de algunas referencias acerca de aquello que hemos denominado como el odio materno. El “odio materno” da cuenta de las formas en que los entrevistados declaran la presencia de sentimientos negativos de parte de sus madres hacia ellos, y las consecuencias que esto conlleva. Para partir, el eje denominado “mi madre es fría” muestra cómo, pese a sentir en su mayoría que la madre les ha amado, los entrevistados refieren igualmente que se trata de un afecto que no es transmitido mediante el contacto físico. Se trata de madres que no son cariñosas corporalmente, madres que no abrazan, que no acarician: EH42: mi mamá era más parca, siempre con sus cositas, muy enchapada a la antigua/E: más parca?/ EH42: sí, es más sequita ella, pero es un amor, usted la viera.. yo la adoraba, la doy vuelta a besos/E: y ella disfruta eso?/EH42: no sabría decirle.. yo creo que igual no le gusta mucho que la aprieten, que yo la apriete en realidad...”

Tal como dice EH42, la madre *es un amor*, pero ese amor *no se demuestra a besos*. Se trata de una madre *parca, seca*, que siente que los besos de los demás *aprietan*, dañan, en particular los besos del hijo. Esta distancia establecida en el contacto físico, en general, remite a los entrevistados a la experiencia materna de no haber sido deseado ser madres: “E: ustedes son 8 hermanos?/EH52: sí po, hay una tía que tiene ese dicho, Jaime venía a ver a Laura solamente a hacerle guaguas../E: usted se acuerda que su mamá o su papá quisieran haber querido tantos niños?/ EH52: yo creo que mi mamá nunca quiso tantos niños y lo recuerdo por un dicho que ella tenía, yo crie 8, nunca voy a criar a un nieto!, y nunca crió a un nieto.. yo creo que ella nunca se imaginó que iba a tener tantos hijos, yo me imagino que para la mujer debe ser difícil..”

Tal como dice EH52 la experiencia materna no ha sido transmitida desde la experiencia placentera. Criar en un desgaste, una experiencia que no se quiere repetir: *nunca voy a criar a un nieto!*. El encuentro sexual, a su vez, carga con esta agresión: *es el otro, Jaime en este caso, el que viene aquí a hacer guaguas a Laura, Laura es víctima de Jaime una vez más; se es madre no por deseo, sino como consecuencias del exceso de la sexualidad masculina.*

En general, los entrevistados hablan de madres que han podido encarnar el rol materno con ellos, desde la fusión total entre ambos articulando una mutua dependencia. Sin embargo, en algunos casos, este rechazo a ejercer el rol materno ha encontrado una manifestación directa, no mediante la indiferenciación con el hijo, sino que mediante el manifiesto rechazo a adoptar el rol materno: “EH71: mis papás se separaron cuando yo tenía 6 años y de los 6 como hasta los 10 no es mucho lo que yo recuerdo de mi mamá, no tengo una mamá presente en esa etapa.. me mandaron a vivir con una tía, o para otro lado, siempre andaba de lugar en lugar.. según ella, pasaba trabajando todo el día, que por eso no la veía.. ¿pero tampoco en la noche?, eso le decía yo, tampoco en la noche me acuerdo de ti...”

En esta cita, EH71 da cuenta cómo la posibilidad para la madre de encarnar el rol materno se apoyaba para ella en la vinculación al padre del entrevistado. Cuando se rompe la relación conyugal, la madre desaparece y no asume su rechazo sino a través de excusas y justificaciones: según ella, *pasaba trabajando*. En esta medida, la madre sólo puede ser tal en la medida que está adherida al padre, dependiente de él. Por la ausencia paterna la madre no logra sostenerse en el rol maternante y entonces el entrevistado nos muestra cómo la relación a la madre tiene solo dos posibles salidas: la fusión con ella, y entonces tener la experiencia de un vínculo posible, o la ausencia total de su presencia, de su existencia: *yo no tengo recuerdos*

de mi mamá, no tengo una mamá presente, lo único que tengo es la representación de una ausencia.

5.2.3.1.3.- Relación Filial:

Con relación al objeto filial nos referimos a la relación que establecen los entrevistados con sus progenitores o su familia en general, es decir, la manera en que logran o no ubicarse como un miembro más de la cadena de filiación de la cual son parte.

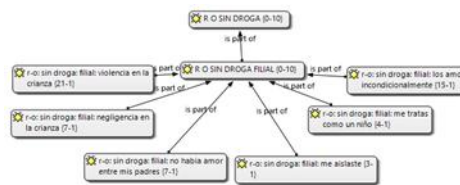


Figura 116

Las dos categorías de análisis iniciales, llamadas “violencia en la crianza” y “negligencia en la crianza”, da cuenta de que los entrevistados sienten que lo que más huella ha dejado en su niñez tiene relación con la violencia paterna. Hemos visto antes que el exceso y la ausencia son las características de la relación al padre, y veremos cómo ambas han dejado huella a nivel de la configuración subjetiva: “EH32: mis viejos discutían, peleaban, de repente mi viejo le dejo un ojo morado [a la madre], entonces a mí eso me marcó, uno chico viendo eso.. igual cuando uno es chico a uno eso lo marca, yo dije el primer día que haga eso, golpearla o lo que sea [a la pareja], una discusión fuerte o con un golpe, yo hasta aquí no más llego, hasta aquí llega todo, siempre se lo dije, siempre se lo dije!, siempre se lo recalqué, siempre.. cuando nosotros teníamos discusiones, yo salía/E: Para no pelear?/ EH32: claro, yo igual tengo un temperamento fuerte, me daba miedo golpearla... un día discutíamos y la flaca se me fue encima y yo atiné a empujarla, la mandé súper lejos, se puso a llorar y yo le dije, flaca, hasta

aquí llego todo, aquí murió todo.. yo no podía soportar eso, si lo soportábamos una vez iba a pasar siempre, no quiero que ellos vean lo mismo, no....”

EH32 nos habla del quiebre de su relación de pareja y comenta *mis viejos discutían, peleaban, eso me marco*. Lo que particularmente lo marca es la agresión física del padre hacia la madre y el entrevistado se identifica con él: *siente que puede ser potencialmente tan agresivo como el padre y no quiere convertirse en eso que marca*. Un hombre que se describe como pasivo, en general, desde ubicarse en una posición contraria al padre y generalmente más identificado a su madre, siente en las discusiones que puede agredir como el padre: *me daba miedo golpearla*. Entonces evita la violencia, cuando discuten, sale de la escena. Pero un día no controla su violencia, al defenderse de la agresión de su mujer *la empuja, la tira lejos*, y entonces, antes que convertirse en el padre, renuncia a esta relación: se ha convertido en una relación demasiado cercana a la de su infancia, donde él puede potencialmente encarnar la violencia paterna, ser su padre y eso no podía soportar eso, *no quiero que ellos vean lo mismo*. La violencia paterna se manifiesta como una representación traumática, en la medida que amenaza con su retorno, con su exceso, con su desajuste. La pasividad materna es preferible como parte fundante de la identidad, es la forma en que se logra mitigar al *monstruo* que se lleva dentro.

El eje “negligencia en la crianza” denota igualmente la ausencia del padre. Sin embargo, aquello que deja huella primordialmente en este sentido, es la ausencia de la madre. La violencia paterna es la huella que que ha quedado de la relación paterna; la negligencia materna, su incapacidad de cuidar de ellos como hijos, es lo que ha quedado de la experiencia materna: “EH21: de niño era demasiado inquieto, me dieron ritalin../E: por qué tuvo tantos golpes en la cabeza?/ EH21: accidentes/ E: qué le pasó?/ EH21: una vez me caí de un árbol y

había un pastelón y paf, vivía con golpes, mis fotos de chico son siempre con golpes aquí, acá, estos son golpes, accidentes d infancia.. me atropellaron, no sé, cinco veces../E: lo atropellaron cinco veces?!/ EH21: sí, sí, porque de repente iba en bicicleta embalado y de repente, paf! , y yo, no, no se preocupe, no se preocupe, llegaba a la casa con la bicicleta toda desarmada, la tiraba por encima del garaje y yo me subía y siempre así, como no se preocupe, no se preocupe../E: su mamá, cómo era?/ EH21: muy sobreprotectora conmigo../E: qué sensación tiene de su infancia?/ EH21: no fue grata, no fue grata.. fue grata hasta ciertos años con mi mamá, pero por el lado de mi papá me producía angustia, me producía angustia.. fueron muy pocos los momentos gratos con mi papá..”

Tal como vemos en esta cita, EH21 nos cuenta los múltiples accidentes del cual fue víctima en la infancia y las reacciones que frente a ellos tomaba. A juicio del entrevistado, las razones de estos múltiples accidentes recae en su condición de niño inquieto hijo de una madre sobreprotectora, sin ver que en realidad en el relato de sus accidentes, la madre se encuentra ausente y él, siendo niño, se ve expuesto no sólo al riesgo de caer o ser agredido por otros, sino que también en la más absoluta soledad para enfrentar una situación desoladora. La reacción del entrevistado, *no se preocupe, no se preocupe*, da cuenta de la manera en que él solo, sin padre ni madre mediante, enfrenta el devenir cotidiano para el cual un niño no está preparado aún menos en soledad. La madre, a decir, del entrevistado, es *sobreprotectora*. Sin embargo, como hemos dicho, la vemos en el relato sólo por su ausencia. El vínculo a la madre genera placer sólo los primeros tiempos de la infancia, pues posterior a eso la agresión paterna se toma la escena: *me producía angustia, me producía angustia, fueron muy pocos los momentos gratos con mi papá*. La infancia deja entonces un sabor ingrato: *mi infancia no fue feliz*. Ante la ausencia de protección materna, pero por la idealización de la misma, el entrevistado opta por

poner en él mismo la causa de todos los problemas: *de niño era demasiado inquieto, me dieron ritalin.*

Tal como vemos en esta cita, la idealización de la madre impide poder verbalizar la ausencia de ella, su negligencia en los cuidados y la forma en que su pasividad expone a los entrevistados en la infancia al exceso paterno. Los entrevistados pueden hablar de la violencia paterna de forma más directa, de la presión que ellos ejercían, de su violencia. De la violencia materna, en cambio, al ser esta manifestada preferentemente a través de la pasividad y la ausencia, es más difícil para ellos poder simbolizarla como algo que los ha dañado. Tienden, en general, tal como lo hace EH21, a poner en ellos mismos la causa de esta ausencia.

El siguiente eje de análisis, “no había amor entre mis padres”, muestra además como este sabor amargo que deja la infancia se replica en la medida que lo que une a los padres no tiene relación con el amor, sino que con la dependencia de la madre al padre u otros factores: “E: pero se ha sentido, por ejemplo, amado por una pareja?/ EH91: no, no, pero no es algo que me complique porque yo no vi el afecto entre mis papás po, entonces no es algo que a mí me complique../E: usted no vio afecto entre sus papás?/ EH91: en cuanto a besos y cosas así, no los vi nunca besarse.. mi mamá siempre andaba con malestares y llantos y mi papá, era frio y déspota.. ellos se amaban, pero no lo demostraban, no se besaban.. el otro día yo vi en el parque una pareja besándose al lado de su hijo y no sé si será conveniente tampoco la forma en que se besaban porque transmiten también mucha sexualidad...”

Tal como vemos en la cita, EH91 señala que *no recuerda* que hayan existido manifestaciones de amor entre sus padres. Su madre, padeciente, se mantiene junto al padre déspota de manera enigmática. Se amaron, supone él, sin saber en realidad qué implica esto pues no existen manifestaciones de amor entre ellos ni argumentos coherentes que le permitieran entender las

razones del porque sus padres permanecían juntos. La relación entre los padres es descrita como un vínculo sadomasoquista, donde la madre es víctima consentida del maltrato y el padre, victimario. En consecuencia, EH91 carece de referentes simbólicos para representar el amor de pareja, entonces espera que el vínculo entre él y una mujer sea más bien vacío, sin amor, porque no se reconoce en las caricias, no entiende esta clase de afecto: el amor de pareja se reduce a la dependencia materna, y las caricias portan para él un exceso de sexualidad, por tanto le parecen impropias, lujuriosas, inconvenientes para que las presencie un hijo. El amor de pareja, nuevamente, es algo a lo cual los entrevistados no pueden acceder. Las categorías “me aislaste” y “me tratas como un niño” dan cuenta cómo los entrevistados señalan que sus relaciones actuales con otros portan la huella del trato recibido en su infancia por los padres. “Me aislaste” muestra cómo la pasividad materna y la indiferenciación que se establece por la vinculación excesiva de las madres a sus hijos, hacen que los entrevistados tengan dificultades para salir del círculo filial, en particular del vínculo a la madre, generando una sensación de inseguridad y estableciendo una sensación de soledad que se instala como la base de la identidad: “EH52: pero realmente uno con compañía o sin compañía, la mayoría de las veces, uno se siente solo igual.../E: esa sensación de soledad es algo que ha tenido toda la vida o es ahora de adulto?/ EH52: casi toda la vida, casi toda la vida.. siempre la inseguridad, la soledad, estar con mi mamá no más.. soledad en los trabajos, porque trabajo que me buscaba me gustaba hacerlo solo.. yo creo que me crié así, se dieron las cosas, se fue dando la vida así..” “Me tratas como un niño” habla de cómo la vinculación actual con las parejas especialmente, dada la dificultad para establecer algún tipo de vínculo erógeno con ellas, toma un cariz de dependencia, cariz que remonta a la forma en que sus madres se vincularon con sus padres: “EH11: como ella [esposa] siempre ha tenido buena situación económica, yo como que me

anduve aprovechando de eso/E: cuénteme un poquito/EH11: porque si yo ganaba 400, de repente gastaba más, entonces empecé a sacarle plata a ella.. y no miraba que ella también se estaba sacrificando.. era como una conformidad que en la casa no iba a faltar nada, entonces.. y aparte, si yo llegaba así, me iban a retar no más.. entonces, eso lo hice harto tiempo..”

Tal como dice EH11, él no siente la *presión de tener que mantener a la familia* pues sentía una *conformidad* que su pareja resolvería la problemática económica; de alguna manera, él no puede, como un adulto, *valorar el sacrificio que ella hace* al contribuir económicamente al mantenimiento de la familia. Junto a ello, la posición de EH11 respecto de su pareja es la propia de un niño, en tanto *si ella descubre su consumo lo va a retar no más*; EH11 no corre el riesgo de ser abandonado por su pareja, no corre el riesgo de tener problemas económicos, *le saca dinero de su cartera* como un niño a su madre para comprar un dulce, en este sentido *saca provecho* de la dependencia. Lo que el entrevistado no verbaliza en esta cita, pero en otros momentos de la entrevista sí lo hace, es que el costo de este aprovechamiento es ser tratado efectivamente como *un niño* por su mujer: ella no muestra interés alguno en tener relaciones sexuales con él.

Como vemos, el vínculo entre los padres ha dejado huella en la forma en que los entrevistados se relacionan a sus parejas particularmente. Esta *incondicionalidad* que vemos entre el vínculo de EH11 con su mujer tiene su asidero en la incondicionalidad con que los entrevistados establecen un vínculo hacia sus propios padres, resultado a su vez de la incondicionalidad con que la madre ha aceptado históricamente la violencia paterna. Esto es lo que muestra la categoría “los amo incondicionalmente”: “E: oiga, y ¿por qué su mamá acepta [al padre constantemente infiel]”?/ EH51: el papá se iba, venia, se iba, venia.. unos años allá, unos años acá con nosotros.. mi mamá lo aceptó porque siempre lo quiso, era una mujer que, como por

un principio muy grande decía el amor que sentía por mi papá.. los últimos 10 años los pasó con mi mamá y ella decía, aquí va a pasar, va a pasar un día, dos, tres días y tu papá se va a ir así que olvídate!, olvida a tu papá de nuevo, me decía así siempre mi mamá y claro, la enterramos el día sábado y el lunes él ya se había ido/E: o sea, hasta la muerte de su mamá, él nunca cortó el vínculo con la otra?/ EH51: nunca, nunca.. meses antes de fallecer, él se quebró la cadera y el pago que tuvo fue que lo echaron, o sea, ya era un ser inservible y ahí tuve que recibirlo yo de nuevo/E: por qué lo recibe?/ EH51: o sea, yo puedo tener todo el odio que sea pero no lo veo como un perro que lo vayan a tirar... así que yo decidí quedármelo, los últimos 100 días de su vida lo cuidé yo las 24 horas del día..”

Como vemos, en el caso de EH51 el amor al padre se basa en una identificación a la madre y a su forma incondicional de amar; la madre acepta al padre pese a sus constantes infidelidades, como el entrevistado lo acepta pese al permanente abandono. EH51 no sólo cuida de su padre, sino que *se lo queda*, lo hace propio y lo cuida como a un niño los últimos días de su vida. No obedece a su madre, pues *no lo olvida*, no puede olvidarlo, como ella tampoco jamás lo olvidó. De su mujer, no entiende porque ella lo dejó, pese a que ella lo agrede y le golpea, él la ama y estaba decidido a permanecer con ella para siempre: “EH51: me casé con el demonio porque después que compramos la casa, pusimos el negocio y nos empezó a ir bien y todo.. así yo me fui convirtiendo en un ser inservible para ella.. y empezó el maltrato físico hacia mi.. me hizo maldades muy grandes”. Como el padre, EH51 se convierte a juicio personal en algún momento en un *ser inservible*, ya no provee como antes y está enfermo. Como la amante del padre, su mujer *lo bota a la calle* y en esa medida se ha casado con *el mismo demonio*. A diferencia de su madre que aguantó todo, que amó con incondicionalidad, ella no ha sido incondicional, como también lo es él, que ha aguantado las *maldades tan grandes* que ella le ha hecho y se

mantiene amoroso a la espera de su regreso (entre las maldades destaca que la mujer le quiebra la nariz con un palo una madrugada, por verlo ebrio). EH51 no entiende porqué su mujer se ha vuelto el *mismo demonio* al romper la incondicionalidad con la que se supone se establecen las relaciones de aquello que él define como amor: *amar por principios*, amar como la madre. Olvida, dice la madre, pero ella no pudo hacerlo; EH51 tampoco puede dejar ir. Terminar una relación es abandonar al otro como un *perro a la calle*; amar al otro es *quedárselo* para siempre.

5.2.3.1.4.- “Relación Fraternal”:

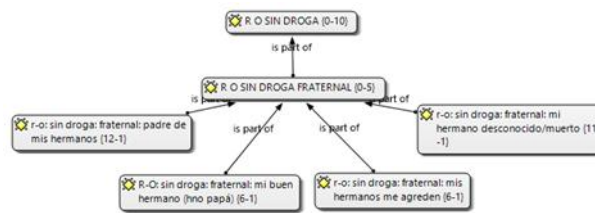


Figura 117

Con relación fraternal nos referimos a los discursos que los entrevistados establecen con respecto al vínculo con sus hermanos y las formas en que esto incide en su vivencia actual. El primer eje de análisis, denominado “padre de mis hermanos” muestra cómo los entrevistados refieren haber sido ubicados en la dinámica familiar, especialmente por sus madres, en el lugar paterno, en la medida que ellos fueron, como vimos, el hombre de sus madres. “E: pero quedó usted a los 13 años a cargo de su casa?/ EH62: sí, de mi mamá y mis dos hermanos chicos, trabajando y estudiando, cosa que ya no dieron más las cosas y pude salirme en tercero medio del colegio para trabajar no más/E: como siente que fue eso?/ EH62: eso fue un sacrificio que solamente mi vieja ha reconocido.. mi hermana no se acuerda que yo le pague los estudios

para que ella estudiara, mi hermano chico tampoco se acuerda que son lo que son por uno.. pero yo nunca les he sacado en cara eso..”

Tal como señala EH62, hacerse cargo de una familia es, para un niño de 13 años, un *sacrificio*. Este sacrificio es algo que únicamente la madre reconoce, pues es el lugar en donde la madre ubica al hijo. Esta condición deja a los entrevistados en una posición solitaria, ajena al vínculo fraternal, pues para sus hermanos ellos no son nunca uno más, sino que aquel que hizo medianamente la función paterna a pedido de la madre. Tampoco es el padre, por lo que no es reconocido por los hermanos en ese lugar. Esta posición implica sacrificio sin ganancia, excepto el reconocimiento materno.

La categoría “mi buen hermano” habla de cómo, en algunos casos, hubo en algún momento otro hermano que tomó el rol paterno para ellos, y que ellos pueden apreciar en la medida que tras su ausencia, esa exigencia cayó en sus manos. El *buen hermano* es ese hermano que cumplió el mismo rol alguna vez, que los habría librado de la presión de ser el hombre de la madre, pero que deja en sus manos ésta responsabilidad ya sea por un viaje, su muerte, etc: “EH11: yo más que nada me crié con mi hermano mayor, él falleció el 92, lo atropello una máquina.. él era mi partner, mi partner porque mi papa como que... nosotros conversábamos, veíamos películas, siempre me aconsejaba que me fuera por el buen camino... eso extraño desde que él falleció..”

La relación con los otros hermanos, como vimos, no es buena. Los entrevistados no se sienten reconocidos, se sienten incluso agredidos, denostados y apartados del espacio fraterno. Sienten, de alguna u otra manera, que no pertenecen al mismo grupo y eso los deja solos: Esto es lo que muestra la categoría “mis hermanos me agreden”: “E: pero siente que aguanta

mucho?/ EH81: antes me han pasado a llevar, no sé po, tengo un hermano mayor que me ha tratado mal, me ha agarrado a garabatos...”

“EH42: mis otros hermanos no me pescaban porque yo era, no era de su edad y no teníamos nada en común o muy poco.. él era como agrandado , en cambio yo no, yo era más pollo”

Finalmente, en varios casos los entrevistados señalan tener la fantasía de una relación fraterna que se establece en torno a un hermano desconocido o muerto, hermano que sería justamente aquel que les brindaría la participación real en un espacio de intercambio fraterno: “EH81: él [hermano] se tiró contra un auto, contra un bus.. yo estaba de turno cuando llegó, llegó consciente al hospital y falleció por un politraumatismo.. lo asumí pero me perjudico, porque yo sabía del desenlace de mis papás, pero esto no, eso.. y ahí me quedé.. con el tiempo, como que me ha estado gatillando todo eso../E: que paso con usted?/ EH81:pienso por que no estuve ahí en el momento en que pasó.. y lo otro, es que mi familia, éramos súper unidos todos, todos una sola alma, y eso se destruyó.. cada uno por su lado..”. Tal como dice EH81, la muerte del hermano no se logra superar no sólo por lo traumático de su partida, sino que además porque antes de su muerte *éramos muy unidos todos, una sola alma*, en cambio ahora, no hay relación fraterna, *anda cada uno por su lado*. La ausencia de este hermano reaviva en el entrevistado la sensación de soledad radical en que su experiencia fraterna en realidad se ha dado; la idealización de la relación al hermano muestra en cierta medida la imposibilidad de esa experiencia. El deseo de pertenecer al grupo se traduce en ser *todos uno*, sin diferencias. Lo concreto es que hoy, por su posición respecto de los hermanos y su vinculación especial a la madre, EH81 se siente solo, se queda solo, sus padres han fallecido y los otros andan *cada uno por su lado*, sin llevarlo a costas, ya *no somos uno*, su alma se ha destruido.

5.2.3.1.5.- “Relación al Hijo”:



Imagen 118

Con relación al hijo, nos referimos a los discursos de los entrevistados respecto de la forma en que se vinculan tanto a sus hijos como al propio ejercicio de la paternidad. Esta categoría se divide en dos sub ejes: “paternidad buena” y “paternidad mala”, los que a su vez distinguen entre las concepciones en torno al hijo como en torno a la paternidad. Revisaremos a continuación en detalle cada uno de ellos.

5.2.3.1.5.1.- “Paternidad buena”:

La paternidad buena remite a los discursos de los entrevistados respecto de las formas en que el ejercicio de la paternidad y el vínculo a los hijos les es gratificante. Esta se subdivide en los ejes “ser padre me gratifica” y “te reconozco como mi hijo”.

5.2.3.1.5.1.1.- “Ser padre me gratifica”:

El primer sub eje de la categoría “paternidad buena”, da cuenta de cómo las experiencias de crianza otorgan en cierta medida experiencias de placer a los entrevistados, y veremos en detalle que cualidad de la posición paternante es específicamente la gratificante para ellos.



Imagen 119

El primer eje, denominado “ser padre pero sin repetir”, muestra como los entrevistados sienten que pueden ser buenos padres en la medida que elaboren una identidad paterna que se articule en oposición a la vivencia que tuvieron en torno a sus propios padres. Tal como en las entrevistadas mujeres, el fantasma de repetición del vínculo traba el despliegue de la paternidad: “EH21: ella iba a abortar y yo tampoco quería que abortara, no estaba enamorado de ella pero sí la quería mucho... no quería que ese niño tuviera un padre huevon, maricon, injusto como el que yo tuve/E: o sea, como para poder reparar con su hijo algo que usted no tuvo, una cosa así?/EH21: exacto, entonces yo dije vamos a cortar aquí/E: sentía que algo se repetía?/ EH21: sí, yo creo que a mi papá incluso le fue peor, mi abuelo era un tipo muy duro, muy duro..”

Tal como vemos, la fantasía de repetición de la experiencia no se establece sólo a nivel de fantasía, sino que efectivamente en todos los casos los entrevistados provienen de familias de hombres criados por hombres *huevones, maricones, duros, muy duros*. La posibilidad para los entrevistados de ser buenos padres pasa por *cortar con esa cadena*.

La categoría “te protejo de mi sexualidad”, de la misma manera, busca cortar con el exceso de sexualidad que el padre de ellos ha desplegado a lo largo de su historia, y entonces con los hijos se establece una relación que ubica como centro el esfuerzo por no repetir: “EH32: [hablando del abuso de su hermana por parte del padre] yo a mi hija, en cambio, hasta el día de hoy, cuando tenía 5 años y la bañaba, le explicaba así tal cual, nadie puede tocarla a usted aquí, solamente la mamá, ni siquiera yo, usted mijita se baña solita, ahí tiene la toalla usted.. está lista?, le cerraba la puerta, se seca y se tapa!, entonces venga para acá mijita..”. Tal como señala la cita, el entrevistado habla a su hija de los riesgos de abuso poniéndose a él mismo en la categoría de los potenciales abusadores: *nadie puede tocarla a usted aquí, solamente la*

mamá, ni siquiera yo. El cuerpo desnudo de la hija angustia, en la medida que lo convoca como un hombre, en el exceso que lo masculino le ha sido transmitido: *ahí tiene la toalla usted... está lista?, le cerraba la puerta, se seca y se tapa!*. La ley que separa el cuerpo paterno de la niña solo puede establecerse desde la imposibilidad de visualizar el cuerpo infantil, pues el cuerpo infantil se torna femenino rápidamente, y en esa medida sexual, convocando el descontrol de la libido masculina, tal y como le ha sido transmitido.

Tomar una posición paterna bajo estos parámetros no es fácil, y las maneras que encuentran los entrevistados para ser buenos padres, como vemos, se centran en no repetir la violencia paterna. En este sentido, la categoría “ambos somos niños” muestra cómo los entrevistados rehúyen la posición de autoridad paterna, en la medida que esta nuevamente convoca una experiencia de abuso de poder y de violencia: “E: porque ser papá igual es cansador, retar a los niños.../EH32: la verdad, la verdad, la mayor parte se la llevaba la mamá, para que estamos con... seamos sinceros, hay que ser realistas, la mayor parte se la llevaba ella, porque yo de repente igual venia cansado del trabajo o el fin de semana, recién pagado, me tomaba unas chelas... si el tema neutral aquí es ese, la droga, la droga..”

“E: qué le pasa cuando ellos [hijos] lloran?/EH71: me da pena, o cuando yo los reto, me da pena, me da pena, trato de tenerles la más paciencia posible o le digo a la mamá que los rete../E: le dice a ella?/ EH71: sí (ríe)/ E: por qué será que le cuesta tanto?/ EH71: porque a mí me afectaba cuando me retaban también, yo dije no voy a retar tanto a mis hijos como me retaban a mí.. es que yo era muy desordenado, muy desordenado, por eso me duele más.. yo no alcanzo a terminar de retarlos y ya les estoy haciendo cariño”

Como vemos, EH32 y EH71 asumen que el ejercicio de crianza lo ejerce preferentemente la mujer. Se trata de hombres que encuentra justificaciones en el cansancio o en el consumo de

sustancias para no ejercer el rol de autoridad frente a sus hijos, pues esta condición revive dolores pasados referentes a su propia crianza, tal como señala EH71. Este eje se repite, en general los entrevistados señalan disfrutar el vínculo a los hijos en la medida que este no implica normar, sino más bien evadir esa tarea: “EH41: lo que más, más, más me gusta es jugar con los chiquillos, mis hijos cuando me dicen, hagamos la nave!.../E: por qué le gusta?/ EH41: me siento como un niño más, encuentro que... es que mi niñez fue bonita y me siento acompañado... mi niñez fue bonita en los veranos, pero el resto del año no era tan bonito..”

Tal como señala EH41, jugar con los hijos es la forma relacional que mejor permite la evasión de la función normativa. Los entrevistados entonces evocan en el juego sus propias experiencias positivas: *mi niñez fue bonita y me siento acompañado*; encarnar la autoridad, en cambio, remonta al dolor de la violencia vivida: *a mí me afectaba cuando me retaban también, yo dije no voy a retar tanto a mis hijos como me retaban a mí*.

La última categoría de este eje, llamada “amarte es darte cosas concretas”, muestra cómo los entrevistados notan sus falencias en el ejercicio del rol paterno, e intentan suplir sus fallas mediante la entrega a los hijos de objetos que simbolizan su preocupación y cariño.: EH92: yo no quiero que mi hijo se sienta como Kurt Cobain, miserable... yo estoy dispuesto a dejar eso [droga] y afrontar mis errores, pero no de pagar en el sentido figurado de decir paga!, sino que transformar esto en una alegría para mi hijo... ya, yo tengo mi cabro chico, yo tengo un puro hijo no más, pero a lo mejor le puedo dar un buen colegio, le puedo enseñar matemáticas, algebra, hasta trigonometría, puedo enseñarle y dejarlo seco!, seco!... para que tenga una vida plena, una vida plena..”. Podemos ver que el encuentro con los hijos, en la medida que despierta sus propias experiencias de dolor, es un encuentro que porta angustia para los entrevistados. Señala EH92 que no quiere que su hijo se sienta un *miserable*, como en otro

momento de la entrevista declara que su padre lo hizo sentir. Él puede ser un padre diferente, en la medida que le entregue cosas concretas, *le enseñe matemáticas, le dé un buen colegio*, etc., eso le permitirá al hijo tener una *vida buena*. La entrega de cosas concretas, permite tramitar la angustia de no poder encontrar en si mismos elementos simbólicos que entregar al hijo como parte del ejercicio de la paternidad. Igualmente, les permite cambiar el vínculo que han tenido con sus propios padres a través de eventos concretos: EH91 se queja que su padre lo trata como *un miserable* en la medida que todo era un *derroche* que no incluía darle a él.

5.2.3.1.5.1.2.- “Te reconozco como mi hijo”:



Figura 120

El vínculo a los hijos es sentido como gratificante por los entrevistados, en la medida que se articula bajo tres ejes diversos. El primer eje, “hijo, tú me sostienes” muestra cómo los entrevistados sienten que aman a sus hijos en la medida que ellos pasan a ubicarse como aquellos que toman la responsabilidad de hacerse cargo del otro en la relación: “EH41: en mi historial como papá, todo el mundo me dice que soy un siete... no es porque lo diga yo, pero mis hijos son de los que dicen que aman a su papá... me encantaría quedarme en la casa jugando todos los días con ellos, inventando juegos, la pasamos muy bien... mis momentos felices de la vida son ellos y creo firmemente que si no estuvieran ellos.. y tengo un miedo de que crezcan sin mí... hace mucho tiempo que hubiera dejado de existir, hace mucho tiempo..”. En este caso, la vida del entrevistado depende de la felicidad que obtiene de la vinculación a sus hijos; sin ellos, *él dejaría de existir*. Los hijos portan entonces con la responsabilidad de la

sobrevivencia paterna, y él en la relación con ellos es uno más, *un niño más: me encantaría quedarme en la casa jugando todos los días con ellos.*

El hijo es amado en la medida que sostiene al padre también en torno al pasado, en la medida que su actualidad es una versión mejorada de si mismo. Esto es lo que muestra la categoría “eres mejor que yo”: “EH92: yo tengo un cabro chico bien bonito, un cabro chico rubio que tiene un aspecto, un aspecto increíble... lo rodean las niñas para decirle que es bonito!... algo que a mí no me paso nunca en mi vida (ríe)”. En la vinculación al hijo, entonces, se busca reparar la vivencia dolorosa de la infancia, tanto en lo que respecta a ser padre como a lo que respecta a ser hombre. El hijo será *el hombre que yo no pude ser*, y no sólo eso, *yo seré contigo el padre que yo no tuve.*

5.2.3.1.5.2.- “Paternidad mala”:

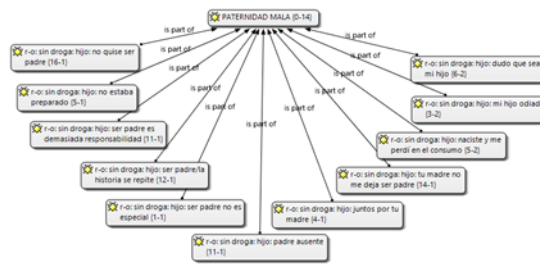


Imagen 121

El eje “paternidad mala” habla de las dificultades que los entrevistados refieren respecto de la condición del rol paterno. Los entrevistados dan cuenta acerca de una ausencia de deseo respecto de tener hijos, en gran parte de los casos se trata de una condición que no ha sido escogida por ellos sino más bien consecuencia indeseada de una relación de pareja o de un encuentro sexual. La categoría “no quise ser padre” da cuenta de esto: “E: pero usted tiene un hijo?/ EH91: porque después tuve un hijo, por una mujer que no se cuidó y yo igual de repente

tenía relaciones sexuales/E: lo tuvo con una mujer que no era su pareja, en el fondo?/ EH91: sí, fue como una especie de pareja pero no, no pasa nada, no la soporto, no la soporto..”.

Dado que la paternidad no es algo que se elija, los entrevistados sienten que las falencias en la encarnación del rol pasan porque *no estaban preparados* para asumirlo: “E: entonces usted quería ir a la casa de ella a visitar a su hijo y volver a su casa, digamos?/ EH32: claro, para no cortar las amistades... ese es el punto exacto, más que nada... yo quería seguir viviendo mi vida loca, por decirlo así, y aun a la vez estar con ellos..”. Tal como señala EH32, el deseo de continuar *la vida loca* impide el deseo por ejercer y encarnar la paternidad; el ideal de ser padre para los entrevistados, entonces, es ser *una visita*, ir a la casa del hijo y volver a la propia, tener espacios diferentes. Sin embargo, estas dificultades en torno a hacer propio el lugar paterno, se relacionan con que la paternidad está articulada en sus discursos en torno a un ideal o al deber, es inalcanzable, se plantea como una responsabilidad o un ideal al que los entrevistados no pueden ni deben acceder, porque ellos nunca podrían eventualmente realizarlo bien. Esto es lo que muestra la categoría “demasiada responsabilidad”: “EH91: yo no tenía ni mina, ni polola, me negaba, yo no tenía derechos a tener hijos, según yo/E: por qué no?/ EH91: porque sentía que tener hijos era un derecho, no un privilegio... un derecho, ganárselo, ganárselo, lograr algo en la vida y dejar algo... yo no había logrado nada, no merecía tener hijos, ni polola, ni señora, nada../E: por qué siente que no tenía ese privilegio?/ EH91: porque las cosas no funcionaban, por falta de valentía, por mi cobardía, no sé...”

Tal como vemos, la sensación de *excesiva responsabilidad* aparece en la medida que los entrevistados comparan sus cualidades en torno al ideal de virilidad. Por el hecho de *no ser valientes* como se les exigió desde niños por el padre, por ser en cambio *unos cobardes*, es que *no merecen ser padres ni hacer familia, no tienen ese derecho, no se lo han ganado*. Los

privilegios de la paternidad, el placer de ser padre, ni siquiera es algo visible para ellos, pues no cuentan con las cualidades para cumplir con las responsabilidades, por ser *unos cobardes*, unos *poco hombres*, por lo que ni siquiera pueden pensar en los placeres que pudiera conllevar la paternidad para ellos.

Por otra parte, cuando los entrevistados efectivamente tienen hijos y se sienten llamados a ejercer la función paterna, sienten que ésta inevitablemente conlleva la repetición de la historia personal; en particular, lo que se reedita para ellos es su propio vínculo al padre y el dolor que esta relación les ha implicado. Esto es lo que muestra la categoría “La historia se repite”: “EH62: pensaba, yo sí crecí sin un padre, ¿cómo voy a hacer a las niñas crecer sin su madre?.. aunque podría ser en el sentido inverso, como irán a crecer sin su padre.../E: eso es lo que hizo?, porque usted fue el que se alejó/EH62: sí, yo me alejé/E: entonces no le entendí, porque dijo cómo las voy a hacer crecer sin su padre si yo crecí sin padre?/EH62: por eso, la analogía es que era igual, cualquier relación iba a ser igual, pero preferí perder yo/E: cuales dos situaciones eran iguales?/ EH62: crecer sin madre o crecer sin padre/E: pero podría haberlas seguido viendo?/EH62: no, si las seguí viendo un tiempo, pero después empezaron a ponerlas en contra mía..”

En esta cita, EH62 nos cuenta que ha abandonado a sus hijas y que lo ha hecho *para no hacerlas crecer sin su madre*. Sin embargo, en su explicación comenta que *no quiere que como él crezcan sin un padre, aunque madre y padre serían equivalentes*; sin embargo, para no privarles de la madre se aleja de sus hijas, prefiere *perder él*. Lo que sucede en realidad en esta situación es que el entrevistado, pese al deseo de no querer repetir con sus hijas la historia personal de crecer sin padre, efectivamente lo hace y las deja desprovistas de su presencia y su cuidado. Aunque el entrevistado intenta equiparar el lugar de la madre y el padre para los

hijos, evidentemente marca la diferencia entre ambos, porque él creció sin padre, no sin uno de los padres y eso a él *le marcó en su vida*. La razón para alejarse además es que luego *ponen a las hijas en su contra*, dando cuenta de cómo EH62 necesita en realidad razones para mantenerse alejado de la función paterna. EH62 escoge no ser padre, repetir la historia, pese a que niega desear que esto suceda. Vemos como nuevamente el lo paterno conlleva angustias inmanejables para los entrevistados. EH62 intenta, al poner en el mismo nivel lo materno de lo paterno, aminorar las diferencias que implica cada función y cada rol. Entregando esta función a la madre, se contenta inconscientemente, acerca que a sus hijas no les falta padre, sino que el único que pierde es él. Lo irónico del caso es que se trata de un entrevistado que crece sin su padre y junto a su madre y su vida está marcada por la ausencia paterna. Negar el peso paterno es, para él, una forma de mitigar el ideal en torno al cual se ha construido la representación de la paternidad.

Aminorar el ideal paterno pasa también por la devaluación del mismo. Esto es lo que muestra la categoría “ser padre no es especial”: “E: cómo fue para usted ser papá?/ EH91: ser papá fue... fue digamos... no sé qué tan emocionante, pero sí es emocionante darle la vida a un niño/ E: porque cree que fue así?/ EH91: yo no quería ser papá, no quería ser papá, pero tampoco me iba a negar si estaba la oportunidad... al final, para ser papá no hay que ser tan especial po, hay... hay tanto tipo despreciable que es papá..”. Tal como nos muestra la cita, la idealización de lo paterno oculta la vivencia amarga que ha significado para los entrevistados la experiencia de la paternidad, siendo hijos de sus padres. Al decir EH91 *no sé qué tan emocionante ha sido ser padre*, muestra las expectativas asociadas al respecto: se esperaba que la paternidad fuera *emocionante*, en tanto conlleva la alta exigencia de lograr un ideal. Sin embargo, la paternidad *no ha sido emocionante*, pues no ha conllevado el cambio profundo que se esperaba de ella. No

necesita ser tan especial finalmente para ser padre, pues igualmente un *tipo despreciable* puede serlo, un *tipo despreciable*, diríamos nosotros, como su papá, a quien en otros momentos de la entrevista ha definido como *sádico, un tirano*.

La idealización y devaluación de lo paterno dan cuenta de los conflictos que los entrevistados tienen en torno a la paternidad. La paternidad es algo que no han podido hacer propio, pues sus vivencias como hijos en torno a sus padres han sido especialmente dolorosas. Por ello, la forma más usual que logran de ser padres es ser “padres ausentes”: “E: con quienes tiene relación de sus hijos?/ EH21: o sea, me quedan dos cerca.. o medianamente cerca.. a Claudio no lo veo hace tres años/E: él es el de cinco años?/ EH21: es el más chiquito, sí, a él no lo veo y a Juan tampoco/E: el mayor, por qué no lo ve?/ EH21: porque esta privado de libertad/E: y al otro por qué no lo ve?/ EH21: porque a la mamá se le ocurrió que era mejor que yo no lo viera y que si quería verlo, lo hiciera a través de tribunales.. yo tengo un problema serio con las drogas y mientras no esté solucionado eso no puedo intentar nada a través de tribunales, porque voy a salir para atrás”. Los entrevistados tienen hijos porque la pareja o familia los obliga, porque otros desean que ellos procreen. A su vez, no ven a sus hijos porque las parejas o madres de los niños *se lo impide*, o porque se alejan de sus hijos por *hacerles bien*, o porque consumen drogas y eso es inapropiado para un padre. Las categorías “juntos por tu madre” y “tu madre no me deja ser padre” dan cuenta de eso y las citas anteriores ya han ejemplificado los puntos implicados en aquello. En otras palabras, los entrevistados efectivamente evitan ser padres, pues sienten que no están preparados para ser padres en la medida que la paternidad se articula en torno al ideal y la responsabilidad. La paternidad para ellos porta el exceso con el que fueron criados por sus propios padres y por tanto, cada vez que se vinculan a sus hijos

temen repetir la historia, y en esa huida terminan abandonando a sus hijos, por la imposibilidad de ser padres sin el temor de repetir.

Las siguientes categorías muestran como los entrevistados encuentran diversas razones para alejarse del rol paterno, y por ende, de los hijos. La categoría de análisis, “naciste y me perdí en el consumo” da cuenta cómo en varios entrevistados el nacimiento de sus hijos implica para ellos un desborde inesperado e indeseado en el consumo de drogas. Se trata de sujetos que queriendo estar contentos y conectados con el nacimiento de su hijo, sin embargo consumen desmedidamente en respuesta al nacimiento del hijo, algo que aparece sin sentido para ellos y que no asocian a este acontecimiento: “E: o sea, estuvo un buen tiempo casado sin hijos?/ EH71: sí, 10 años más o menos/ E: 10 años.. o sea, usted recae en el consumo cuando tiene hijos?/EH71: sí/E: mire.. y por qué?/EH71: de estúpido, no sé, no le hayo respuesta....”

“EH41: en mi familia iba todo para arriba, iba como todo bien, teníamos recién nuestro segundo hijo con mi señora.. pero la muerte de mi papá, yo todavía no la creo..”

Ambos entrevistados comentan cómo tras el nacimiento de sus hijos, caen en crisis de consumo de sustancias. Ninguno de ellos puede dar cuenta de las razones al respecto. El primer entrevistado nota la relación temporal entre el nacimiento del hijo y su recaída, pero no puede explicar las razones. El segundo, asocia su recaída únicamente a la muerte de su padre. En ambos casos, sin embargo, se trata de sujetos que, por el consumo de sustancias, se alejan de sus hijos y de la posibilidad de encarnar el rol paterno.

La categoría “mi hijo odiado” muestra como en algunos casos la responsabilidad de no tener contacto con los hijos es puesta por los entrevistados, no sólo en el consumo de sustancias o en la madre de los hijos, sino que muchas veces en los hijos mismos. Esta posibilidad, que *el hijo sea el responsable de la distancia entre ambos*, les permite vivir su ausencia paterna de forma

más tranquila, sin culpa: “E: antes que su hijo estuviera preso, tenía contacto con él?/ EH21: sí, sí, pero es que él estaba en muy malas condiciones, estaba consumiendo mucha droga, estaba haciendo muchas huevadas, había perdido el juicio... él se desmejoró mucho, entonces nos veíamos poco..”.

La última categoría de análisis, “no eres mi hijo” muestra cómo también los entrevistados niegan la paternidad de hijos que reconocen relativamente como propios, como una forma de evadir la toma de posición paterna respecto de ellos: “E: [hablando del hijo que niega suyo] de ese niño, usted no sabe nada?/ EH22: es una niña, tengo una foto que vi, que la busqué en Facebook.. ahora, este último año la busqué y es una niña muy linda.. yo la encuentro muy parecida a mí, muy parecida a mí, tiene mi color de piel, es linda, es linda, pero en este momento yo no estoy para papá, estoy para salir de este agujero..”.

“EH32: ella me dijo que estaba embarazada, pero hable con mi hermana, con mi mamá y sacamos la cuenta y como que no coincidía mucho... nació esta niña, dicen que es igual a mí... yo no tengo problema en reconocerla, pero esa mujer es tan inmadura que le dio el apellido de otra persona, entonces yo no entiendo... entonces a mí eso me dio desconfianza... hasta el día de hoy yo converso con ella, la niña es súper linda, yo quiero reconocerla pero tengo que pedir el tema del ADN..”

En ambos casos, vemos como los entrevistados niegan su paternidad y la afirman a la vez. Se trata de hijos que *no reconocen* formalmente, de los cuales tienen *dudas* acerca de su paternidad, pero también de hijos que reconocen en el parecido físico hacia ellos, y de los cuales se mantienen alejados porque la madre es *muy inmadura* o porque *yo no estoy en este momento para papá*. La duda que instalan respecto de la paternidad les permite mantenerse a distancia de estos hijos, no tomando el lugar de padres que tanta incomodidad genera.

Como vemos, la paternidad es algo que se evita, se evade, pues la posición paterna genera angustia en la medida que representa un ideal de responsabilidad y deber, pero a la vez conlleva el recuerdo angustioso de una infancia infeliz en torno al padre. La paternidad se evita por el temor de repetir la rigidez y violencia paternas.

5.2.3.1.6.- “Relación al objeto con el otro sexo”:

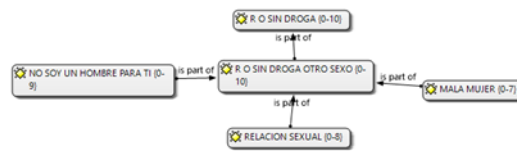


Figura 122

Los discursos acerca de las relaciones que se establecen con el otro sexo se dividen bajo 4 ejes, como muestra la figura anterior. A continuación veremos cada uno de ellos en detalle.

5.2.3.1.6.1.- “No soy un hombre para ti”:



Figura 123

El primer eje de esta categoría muestra la sensación de los entrevistados de no poder ser suficientemente hombres en su relación con una mujer. Se trata de hombres que sienten que el lugar masculino es ocupado por su mujer, por lo que en consecuencia se sienten *humillados*, *denostados* en su condición de hombres. La primera categoría de este eje, “me exigen demasiado”, muestra cómo la sensación permanente de los entrevistados en la relación a las mujeres, y en especial a las parejas, es la de *sentirse exigidos* por ellas en función que se

adaptan a sus deseos y adopten sus costumbres: “EH12: es que hay tantos temas con mi señora... por ejemplo, nosotros no salimos, hacemos todas las cosas así... ehh... por ejemplo, cerramos el negocio a las 2 y media y ella quiere llegar a las 5, entonces andamos como corriendo/ E: cómo que su relación se ha vuelto más de trabajo que amorosa?/ EH12: claro, es que ella es muy trabajólica!”

“EH42: ella era muy absorbente, tenía que estar todo el día con ella, sino el teléfono empezaba a sonar y todo... bueno, algo me entenderá usted como son a veces las mujeres, son un poco obsesivas con la pareja”

Esta relación a la pareja implica que estar juntos se vuelve una constante exigencia, es una relación que quita individualidad, absorbe y separarse, entonces, adquiere la connotación de la libertad: “EH71: a mí lo que me liberó fue la separación, pero con el tiempo me trajo dolor... después necesite alguien que me frenara, que me dijera, ya!, basta!, para!, pero eso me liberó...”. Tal como vemos, las mujeres son para ellos aquellos que pueden poner los límites; son ellas las que *dicen como son las cosas*, y también las que frenan un impulso que se vive irrefrenable. Los entrevistados sin sus mujeres *no pueden frenar*, pero cuando ellas los frenan *andan corriendo*, sin poder disfrutar. En asociación a su relación a las mujeres, los entrevistados sienten que han perdido o renunciado a una cuota de placer.

Pero ¿qué es lo que necesitan los entrevistados que constantemente les sea frenado?. Las categorías siguientes ponen de relieve nuevamente el tema de la masculinidad, la virilidad, la fuerza, la violencia como aquello que se instala como una tensión interna a la dinámica de estos hombres. La categoría “mi pareja lleva los pantalones” muestra como los entrevistados ubican en sus parejas la posición clásicamente masculina, al extremo de identificarse ellos con el arquetipo de mujer, pero de un arquetipo femenino denostado, maltratado por la violencia

viril: “EH13: ella se enoja cuando gasto plata, ahí está tu plata!, me dice y se enoja, pero si la plata es mía.. /E: por qué se enoja si la plata es suya?/ EH13: porque siempre ha sido así, ella me dice ahí tenis! , cuando de repente quiero hacer algo, y tanto gasto!, pero.. y si yo también apporto en la casa../E: por qué cree que pasa eso?/ EH13: yo lo relaciono con la cuestión del negocio, porque ella tiene todo el poder y tiene toda la plata...”

“EH81: ella me dejó encerrado en el dormitorio, con llave/E: por qué?/ EH81: porque no me quería dejar salir.. de hecho, yo mismo llame a carabineros y a ella se la llevaron detenida/ E: ella lo golpeaba?/ EH81: sí, tengo varias cicatrices aquí de platos hondos.. (ríe)/ E: le daba patatazos en la cabeza?!/ EH81: sí.. yo cuando tenía discusiones con ella, generalmente por sus celos, yo no le decía nada, la dejaba que hiciera lo que hiciera, yo me quedaba ahí no más... yo nunca la golpee, era como un hueón para ella..”

Como vemos, los entrevistados se ubican a sí mismos en una posición pasiva frente a sus mujeres, quienes tendrían el dominio del *poder, dinero y violencia*. Esta pasivización de sí mismos, similar a la posición que sus madres tomaban frente a la agresión paterna, los deja vulnerables frente a sus mujeres: *como un hueón*. Son ellas quienes toman el rol activo, que en su extremo se convierte en *agresividad y humillación* a los hombres.

La categoría “no me tratas como hombre” profundiza en este mismo punto, en la medida que los entrevistados sienten que las mujeres los tratan *como niños, como amigas, como mujeres* incluso, pero no como hombres: “E: si entiendo bien, con su mamá y su mujer le pasaron cosas similares?/ EH12: sí, y la verdad que con mi señora me sentía... después fui sintiendo que era mi mamá, una cosa así y no po, na que ver!, yo le dije a mi señora, yo no quiero una mamá, quiero una pareja!”

La categoría “necesito que me reconozcas macho”, muestra, tal como lo dice la cita anterior, como los entrevistados viven esta situación con padecer. Señalan explícitamente esperar un reconocimiento de su virilidad de parte de sus mujeres, sin resultados. Aquello genera frustración y padecer: *yo no quiero una mamá, quiero una pareja!; yo era como un hueon para ella!*.

La categoría “me humillas” muestra como esta forma de trato es para los entrevistados vivida directamente como una humillación a su condición masculina, los entrevistados sienten que las mujeres *se burlan* de su impotencia: “EH41: con mi esposa siempre tengo la disyuntiva porque nunca me sentí valorado, y eso me afecto harto también/ E: por qué no?/ EH41: porque según la tradición familiar de la familia de mi señora, se juega mucho con el doble sentido, con la broma pesada, con burlarse de los defectos de los demás y eso nunca me gustó, nunca me acomodé a eso.. por el lado de mi esposa, ella me dice que soy como la Olguita Marina, de una comedia, una galla que se ahogaba y tenía que salir caminando.. yo me ahogo y me da por caminar”.

Como vemos, la mujer de EH41 se burla de él, de sus defectos, y lo compara abiertamente con una mujer, Olguita Marina, mofándose de sus caminatas ebrio. EH41 declara *nunca haberse sentido valorado por su mujer*, ni por la familia de ella, quedando nuevamente como *un hueon* frente a los demás, como una mujer sobrepasada por la vida, *ahogada*, que no tiene más recursos que huir frente a las presiones de la vida. En la cita, EH41 reconoce además, y con bastante pesar, que él efectivamente como *Olguita marina, se ahoga y le da por caminar*.

La huida de la posición viril, simbolizada esta como una posición agresiva y destructiva, los lleva a tomar una posición *pasivizante*, y a ubicar a las mujeres en el lugar de la violencia y los excesos. Esta dinámica hace que los entrevistados reconozcan que no es el amor ni el

enamoramiento aquello que sustenta la relación, lo que no logran reconocer es que tampoco pueden dejarlas, y entonces sienten que insisten en una relación muerta: “EH82: ella no era una mala persona, era celópata y compradora compulsiva, buena para gastar, pero yo la amaba a ella./E: y por qué la amaba?/ EH82: porque no era mala, no era mala persona cuando la conocí... /E: pero en ese minuto había dejado de ser una buena persona con usted/EH82: claro, si eso ya... eso ya... (silencio)/ E: será que usted aguanta mucho?/ EH82: yo creo que sí... es que mi personalidad es así po, yo soy pasivo, no soy agresivo, no me gustan los conflictos, no me gusta pelear, no me gusta discutir..”

Como dice EH82, el amor que sienten por las parejas es, tal como el amor al padre, *incondicional*. No importa que la mujer sea *celópata, compradora compulsiva, que encierre, golpee, humille, acapare el dinero y el poder*. Frente a ella, estos hombres son pasivos, *no discuten, no pelean, no hay diferencias* porque las diferencias son conflictos. Tal como los padres, las mujeres *les exigen mucho* a los entrevistados, y lo que les exigen es ser una clase de hombre que ellos no pueden ser. Entonces la violencia se toma la escena; ellas, como antaño fueron sus padres, encarnan una posición masculina que extrema el prototipo del *macho*: Son *las fuertes, se burlan de ellos, les maltratan, los celan*, etc. Los entrevistados nuevamente no pueden responder:

“EH91: al fin y al cabo tampoco estoy para satisfacer la necesidad de la mujer porque no puedo, no puedo hacerlo, no puedo, de niño no pude porque no supe.. porque la mujer requiere un.. un compromiso que yo... que yo no tengo la capacidad de hacerlo po/E: un compromiso emocional?/ EH91: no solamente emocional, un compromiso en todo sentido.. que involucra la verdad y la mentira/E: por qué usted no puede hacer eso?/ EH91: porque no puedo, no puedo, no puedo, no puedo... no puedo ser un hipócrita”

Ante esta situación, los entrevistados dan cuenta que lo que les une a sus mujeres no es el amor, pues han “renunciado al amor”, las mujeres encarnan todas esta posición de exceso: “EH52: eso es lo que voy a hacer ahora para vivir tranquilo... a esta edad no puedo pensar en otra mujer y en ninguna otra cosa, así que voy a dedicarme a mis hijos y mis nietos/ E: por qué no puede pensar en alguna otra mujer?/ EH52: no, porque si una me salió buena 25 años y se volvió mala, la otra puede volverse mala al año! (ríe)/E: eso cree/ EH52: ya no tengo confianza, le tengo miedo a lo que puede pasar..”

Como vemos, la relación al otro sexo, y en particular a las parejas, se articula en torno a un único eje: “no quiero ser como mi padre”: “EH71: de hecho, yo ahora con mi pareja estoy volviendo a hacer lo mismo y ella me dice, qué te cuesta por ultimo ayudar a levantar la taza?, ella tambien me reclama que soy machista, pero yo no me doy cuenta, yo llegaba y me sentaba a que me sirvan, a lo época antigua..pero a mí me gusta cocinar, me gusta hacer las cosas, pero no me doy cuenta de mis actos, no lo hago porque mi papá me lo dijo, sino porque soy cómodo, veo que me están sirviendo y abuso de eso, pero no soy para nada machista”.

Tal como se ve en la cita, EH71 no quiere hacer las cosas porque *su papá se lo dijo*, sino que prefiere entender su conducta desde la identidad de ser cómodo, nunca machista. Esta tensión en torno a la forma de ser hombre y la posición que adoptan en torno a su mujer, aparece de manera transversal a los entrevistados. Alejarse de la figura del padre es referido, directa o indirectamente, como aquello que configura la identidad y la relación a las mujeres. Tal como dice EH71 la posibilidad de *abusar* del otro debe ser siempre *sin darse cuenta, sin intención*, pues sino la semejanza al padre aparece rápidamente en la escena angustiando a los entrevistados y haciéndolos retroceder en cualquiera que sea la conducta en que suponen que abusan: *a mí me gusta cocinar, me gusta hacer las cosas, no soy para nada machista.*

5.2.3.1.6.2.- “Relación sexual”:

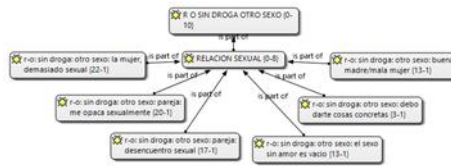


Figura 124

Esta categoría da cuenta de cómo los entrevistados se relacionan con la condición sexuada y femenina de sus mujeres. La categoría “demasiado sexual” muestra como los entrevistados sienten que, en general, las mujeres encarnan una condición sexual que los desborda, sea porque presentan más deseo sexual que ellos, sea porque se manejan mejor en el campo sexual, sea porque el encuentro con ellos se da primordialmente como un intercambio sexual, etc: “EH61: yo ya tenía a mi hija mayor y un día ella [mujer] no llegó y yo me preocupé, la salí a buscar por todos lados, la vine a encontrar como a las 4 de la mañana en la comisaria de la calle 18, había sido detenida por prostitución../E: su mujer?/ EH61: y ahí empecé a atar muchas cosas en mi mente, ahí entendí porque llegaba con plata, más plata que yo../E: y usted no sabía, o sospechaba?/ EH61: no, perdonando la expresión.. hueón enamorado po..”

“E: oiga, pero el acto sexual era para usted placentero?/ EH91: sí, igual... placentero pero triste po, porque al final yo igual caí en eso también, después era también como adicto al sexo y andaba teniendo sexo con chiquillas por ahí.. yo no buscaba una mujer tras otra, pero de repente me llegaban, yo nunca fui un galán, nunca fui un tipo que supiera conquistar una mujer, pero de repente una que otra chica se me acercaba..”

El exceso de las mujeres se manifiesta también en el campo de la sexualidad. Mujeres mayores que los conquistan siendo niños, mujeres prostitutas que los engañan, mujeres que *saben conquistar*, que abordan al hombre. Los entrevistados relatan muchos encuentros sexuales

donde su posición es pasiva con respecto a la mujer, donde nuevamente quedan ellos a disposición del exceso sexual que encarnan, esta vez, sus mujeres. Esta situación genera dos consecuencias importantes. La primera de ella es que el encuentro sexual es siempre simbolizado bajo la lógica del desencuentro. No se logra articular una sincronía en la relación sexual, que permita que ambos miembros de la pareja se satisfagan y se encuentren, al menos imaginariamente. La sexualidad de los entrevistados es vivida a veces como una *presión*, como un impulso que requiere una descarga inmediata; la mayor parte de las veces, sin embargo, es vivida como un deseo sexual que se torna *impotente*, que no logra expresión satisfactoria en el cuerpo propio ni en de la mujer:

“E: hay gente que dice que con la droga no tiene deseo sexual/ EH32: a mi me pasa todo lo contrario, voy a ser bien sincero con usted, es algo enfermante/ E: cómo es eso?/ EH32: yo buscaba una, dos, tres, lo que fuera, lo que se pudiera hasta cansarte, hasta que no dábamos más... es que yo por ejemplo soy bien caliente, esa es la verdad, demasiado caliente.. y ella también, pero yo siempre la buscaba a ella, siempre la he buscado yo a ella y ella siempre esta cansadita o no sé, no la satisfacía al tiempo después, después de los niños, entonces eso fue lo que empezó a pasar.. y puta, dije yo, algo esta pasando, algo estoy haciendo mal.... ”

“E: pero qué problema siente que tiene?/ EH17: es que yo siento que no respondo como tengo que responder/E: sexualmente?/ EH17: sí”

La segunda consecuencia, es que los entrevistados se sienten “opacados sexualmente”: “E: entonces, si no me equivocom la vida sexual entre ustedes no es frecuente?/ EH13: no po, si hace como 6 meses que no... es que la verdad, me da lata buscarla y no dejarla bien cien por ciento, una cosa así... es que yo sé que tengo que comprarme un medicamento que me va a hacer bien, entonces... ahí yo sentiría más confianza de estar... eso, eso es lo que me pasa.”

La tercera consecuencia de esta situación es que los entrevistados tienden a concebir el encuentro sexual como un espacio al que pueden acceder en la medida que queden a merced de las mujeres, o tienden a establecer vínculos únicamente sexuales con mujeres que no hacen más que rectificar que ellas únicamente los desean en tanto las satisfacen: “EH91: al mantenerme tan distante del sexo creo que no lo comprendí po, las mujeres para mí, la sexualidad para mí... era como... o sea, yo pensé que era algo más emocional y resultó ser algo más físico y... como es que se llama, fornicación, eso po, no encontré nunca el amor porque realmente fornicaban conmigo las pololas que tenía, se calentaban..”

En el encuentro sexual se vuelve *una fornicación*, en la medida que los entrevistados quedan como objetos de un deseo ajeno, atados a la demanda ajena, atados al deseo femenino. Esto les hace sentir vacíos, carentes de afecto, y tienden a buscar de manera compulsiva, una y otra vez, una forma de encuentro que no se logra mediante el sexo. “E: y después que paso que tuvo tantas parejas?/ EH32: después estaba tratando de encontrar a la persona igual a ella [ex pareja] pero no podía/ E: buscaba una igual a ella?/ EH32: mmm.. /E: cuantas parejas tuvo?/ EH32: como unas 25, duraba poco ... / E: pero siente que pasaba como compulsivamente de una a otra?/ EH32: claro, claro, sí, sí, compulsivo../E: era claro que no iba a tener con ellas una vinculación afectiva más grande/ EH32: lo que yo buscaba era eso, pero al momento de, como que.... con una estuve a punto de enamorarme, pero la verdad es que era solamente sexo, sexo, sexo/ E: qué le paso cuando se separó que tuvo tantas parejas?/ EH32: es que no puedo estar solo..”

No puedo estar solo, dice EH32, y efectivamente aquello sostiene el vínculo a las mujeres, la necesidad, la dependencia a este Otro que les ordena, les frena, les absorbe. Pero estar con ellas es ser usado por ellas, *ser fornicados, no encontrar nunca el amor*. El campo de la

sexualidad es un espacio más donde se manifiesta esta condición, la necesidad de tener Otro que les sostenga en su subjetividad, pero que termina absorbiéndolos, fornicándolos, abusándolos, usándolos como objetos.

Las últimas categorías de este eje muestran dos salidas posibles frente a este encuentro abismante con la sexualidad femenina. La categoría “debo darte cosas concretas”, muestra cómo los entrevistados sienten que pueden satisfacer a sus parejas mediante regalos, objetos, dinero, etc. cosas concretas que suplan su impotencia viril y que les permiten sopesar esa carencia. En la medida que carecen de esta condición, ello refuerza sin embargo su sensación de *impotencia*: “EH81: por ejemplo, para mí en lo personal, para tener una pareja, yo tengo que estar estable emocionalmente, económicamente y físicamente/ E: y siente que no lo está?/ EH81: no po, obvio que no , si estoy aquí es porque tengo una enfermedad, que es mi adicción, y una persona con adicción es muy difícil que pueda tener dinero para contener a otra persona..”

Contener a otra persona, es lo que se lograría mediante cosas concretas, ser finalmente el soporte para otro, ser al fin aquel que sostiene en vez de ser sostenido. Por su parte, la categoría “mala mujer, buena madre” muestra como los entrevistados logran conservar una imagen positiva de lo femenino en la medida que esta se encuentra desexualizada, es decir, bajo el ideal de la maternidad: “E: cuando usted se entera que ella se prostituye, qué pasa?/ EH61: odio, odio, tanto que no pude seguir con ella/ E: qué pasa con sus hijas?/ EH61: que yo sepa ella no siguió en eso, porque sino le hubiera quitado a mis hijas, por lo que sé, por lo que he escuchado y averiguado... ella igual ha sido una madre ejemplar, entonces pienso que fue una buena decisión, al contrario de lo que dice mi familia..!”. La mujer madre o la mujer que no ejerce ningún tipo de atractivo sexual en ellos, es la mujer que puede ser amiga, que cobija,

que acoge. En la medida que aparece el más mínimo atisbo de sexualidad en la mujer, esta aparece nuevamente concebida bajo el foco amenazante que conlleva la sexualidad femenina. En resumen, el encuentro con la sexualidad femenina, con el deseo sexual y su expresión física encarna para los entrevistados un espacio de angustia y desubjetivación, que los ubica nuevamente en una posición pasiva, donde quedan efectivamente de manera descubierta y más radicalmente percibida por ellos, a merced de un deseo ajeno que se impone, que se *obliga*, donde el sujeto queda dependiente y atado a una dinámica de maltrato y de padecer. La feminidad en tanto se relaciona a la sexualidad, replica el exceso que hasta ahora se encontraba ligado a la figura paterna, y los entrevistados quedan nuevamente posicionados en forma similar a la madre que sufre por la violencia paterna. Este goce Otro, diremos en términos teóricos, se manifiesta al límite de llevar al acto, a la búsqueda compulsiva de un encuentro que nunca es tal, al padecimiento de una impotencia que aquí se manifiesta no sólo en términos de virilidad, sino que por sobre todo de subjetivación psíquica. Este paso al acto impresiona como el esfuerzo sostenido de representación de la experiencia de subjetivación que en realidad no ha advenido.

5.2.3.1.6.3. – “Mala mujer”:



Figura 125

La categoría “mala mujer”, en concordancia a la anterior, muestra como las mujeres aparecen concebidas como *malas, peligrosas*, etc. en la medida que son aquellas que *absorben, que frenan, que fornican*. La categoría “he dado todo por una mujer”, muestra como la vivencia de

los entrevistados respecto de sus mujeres y sus madres es la de haber sido vaciados por ellas: “EH22: me enamoré totalmente de ella, le aguanté cosas que bajo ninguna otra circunstancia le habría aguantado/E: que cosa?/ EH22: una infidelidad... me la comí, me la comí y me explotó dentro de la guata... lo conversamos un montón de veces... esta mujer en realidad tenía un gran poder sobre mí... además, yo cuando estaba con ella, como le digo, no necesitaba nada, ni una cerveza, no me atraía nada, lo único que quería era estar abrazado con ella, tenerla desnuda, abrazarla, hacerle el amor, verla caminar, me encantaba su forma de ser, su forma de llevar la casa, su forma de hablar, el gusto que tenía, me gustaba todo de ella, todo, todo, todo..”

“EH43: es que ella las decisiones las cuestionaba y había que hacer su parecer, no era el mío, entonces, siempre como que yo era un.. no era un monigote pero... ella quería ser como el macho, el macho alfa siempre y yo no... cuando la conocí no era así..”

Las mujeres, entonces, tienen un gran poder sobre los entrevistados, al límite que se transforman en *sus monigotes*, que viven bajo el parecer de ellas y que *se comen la rabia* que eso les da, se la comen al punto de explotar. Este poder que ejercen sobre ellos, las hace imposibles de aprehender. Son consideradas por ellos entonces *un enigma, unas locas o unas intrusas*, al extremo de considerarlas un peligro para su propia vida: “EH52: yo le tenía miedo [a ex mujer], porque ella había hecho eso [quebrarle la nariz], en cualquier momento me podía matar... pero ella dice que no se acuerda, que el psicólogo le dijo que ella tenía una enfermedad que se llamaba que ella no podía controlar sus impulsos...”

Estas categorías muestran algo ya dicho, los entrevistados sienten que quedan a merced de las mujeres que abusan de ellos, y ellos no logran entender sus razones. Sólo perciben su intrusión, *su locura* y la confusión que este estado les provoca. Los entrevistados quedan a merced de la

mujer: “E: si entiendo bien, usted siente que le falta eso a su relación, lo amoroso, lo erótico... como que fuera una relación como más de../ EH13: como de mamá dice usted?/ E: es que usted me dice que se acompañan/EH13: es que ella debe sentir eso, porque yo como compañero.... Soy un acompañante, la acompañó a todos lados para estar con ella, que no vaya sola.. a eso me refiero, ella debe sentir así... yo no po”

Como de mamá, señala EH13, una relación donde más que compañero se es acompañante. Esta cita muestra como esta relación a las mujeres no sólo se remite a la relación paterna, sino que también da cuenta del tinte que ha tenido el vínculo a la madre. La relación a la madre, ha sido igualmente una relación donde los entrevistados no han logrado posicionarse en torno a su propio deseo, sino que también toman frente a ellas una posición pasiva, de complacencia. La virilidad no lograda remite entonces también a la imposibilidad de tomar una posición subjetiva a cabalidad, un corte con la figura materna y femenina.

5.2.3.1.7.- “Relación al mismo sexo”:

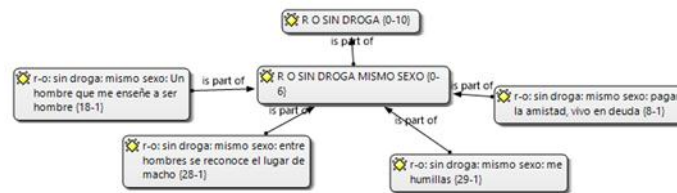


Figura 126

La categoría relación al mismo sexo, muestra cómo los entrevistados establecen un tipo de vinculación a otros hombres. Su primer eje de análisis, “un hombre que me enseñe a ser hombre” muestra como los entrevistados ubican la masculinidad como algo que se transmite entre hombres, y por ende reconocen la cualidad simbólica de la misma. A la vez, se trata de una transmisión de la cual no han sido participes, o lo han sido fallidamente: “EH11: mi

hermano era como mí.. y eso me marcó mucho/E: cómo lo marcó?/ EH11: porque por ejemplo, para no estar en mi casa, me iba a la casa de él los fines de semana, entonces de repente hacíamos un asadito, de repente veíamos tele no más, veíamos películas, me conversaba cómo era la vida, como había que comportarse, todo.. entonces eso es lo que yo, cuando él falleció, echaba de menos”

“EH21: [hablando de su primera experiencia sexual] el taxista me dijo, bueno compadre, vos habis matado la gallina sí o no?, no, dije yo.. ya, vamos a hacer lo siguiente, cachai la galla que esta allá, la esta cafichando un paco, pero el taxista fue y le preguntó y ya, cuanto me dai por mil pesos?. Le deje la plata a él, el tipo fue súper correcto porque me espero en el taxi y se podría haber ido con toda la plata, pero no.... y ya, consumamos, fue una experiencia horrible, horrible/ E: por qué?/ EH21: porque fue fome, porque una mujer que está ahí ay, dame papito, una hueá completamente fingida!, es horrible... pero luego me invitó a un topless el taxista, en la calle Prat, que creo que todavía existe y ahí fue más entretenido, bueno, me vieron la cara de cabro chico... y lo pasé chancho... y el taxista después me fue a dejar a la casa, fue una experiencia buenísima”

En el primer caso, el hermano de EH11 es para él *como su padre*. Eso implica que él le conversa *como es la vida, como hay que comportarse*, le introduce en la vida y en los códigos de hombres. En el caso de EH21, es el taxista quien lo introduce en el mundo del encuentro sexual con una mujer. El entrevistado establece su primera relación sexual con una prostituta por inducción del taxista, quien luego lo lleva a *un topless*. El encuentro con la mujer es *una experiencia horrible*, en cambio el viaje con el taxista es una *experiencia buenísima*. El taxista introduce al niño que fue EH21 al mundo de las mujeres y al cómo el hombre debe establecer una vinculación con ellas; en este caso, lo que se entrega son referentes para poder abordar a

una mujer en el campo del intercambio sexual. En ambos casos, es evidente, sin embargo, que son experiencias fallidas. En el primer caso, el hermano fallece tempranamente en la vida de EH11, dejándolo sin la figura paterna; en el caso de EH21, el taxista introduce a *un cabro chico* al mundo de la sexualidad masculina de forma radical, traumáticamente, incitando *al cabro chico* a tomar una posición sexual para la cual no está preparado, dando lugar a una experiencia *horrible, fingida, falsa*. En ambos casos, los entrevistados carecen de referentes simbólicos suficientes que les permitieran entender *como es la vida, como hay que comportarse*, como se puede ser feliz junto a una mujer.

La categoría “entre hombres se reconoce el lugar de macho” muestra como en el intercambio social con otros hombres, los entrevistados no sólo reciben referentes simbólicos acerca de la masculinidad, sino que además son *medidos* en cuanto tales. Es decir, el encuentro entre hombres pone a prueba la virilidad de cada quien, constantemente se está midiendo quien es y quien no es *macho*: “EH42: antes en las escuelas con nombre de misil, como las que iba yo, el que se quedaba pegado en tercero, se quedaba pegado como dos o tres años, entonces yo como era buen alumno, tenía compañeros que eran así, gigantes!, y eran súper abusadores y a veces hasta cochinas querían hacerle a uno, entonces yo tuve que aprender a pelear, sí o sí, y cuando se me iban en collera mis hermanos me ayudaban... habían cabros que eran malditos, maldadosos.. yo por eso odio el abuso y a mis hijos los hago que se aprendan a respetar..”

“EH11: porque yo tengo maestros en la casa ahora y me dicen Don EH11, qué pasa con esto?, y eso también le da un valor a la persona, es como que te dicen, tú soy el hombre aquí, tú tienes que hacerte cargo!..”

Tal como muestran las citas, el hombre debe hacer valer su condición de tal pues cada encuentro conlleva la amenaza de una *humillación*. En el primer caso, los compañeros de curso

podían incluso abusar sexualmente de EH42 si él no se sabía defender. En el caso de EH11, los maestros le reconocen como el hombre aquí, pero a la vez le exigen hacerse cargo. La hombría es algo que, entonces, en cada encuentro entre hombres se pone a prueba, y en general, tal como muestra la categoría “me humillas”, los entrevistados sienten que fallan respecto de posicionarse en el lugar que se les exige: “E: qué es lo que juega?/ EH61: a los caballos o con las maquinas, es lo único que me da placer/E: qué siente cuando está jugando?/ EH61: el deseo de triunfar... como que no sale la plata, no sale... ah!, gané!, como que por fin gané algo!, no sé si me entiende/ E: al fin gané algo... es como reivindicatorio?, como decir me han aporreado pero yo me paro/EH61: sí, sí puedo, esa es la cuestión, para otros no es importante pero para mí sí po, ir a la hípica y ver de todos estos hueones, cual es el que más puede..”

“EH91: es que yo también me deje pasar a llevar, ahora ultimo me he dado cuenta que más que mi fealdad, más que mi debilidad, más que todo, fue no haberme defendido porque sencillamente muchos tipos dijeron cosas de mí y yo no dije nada, me dejé pasar a llevar... y tipos que son más feos que yo, así como la canción de nirvana que dice yo soy feo pero tú eres más feo que yo, yo ni siquiera les dije eso..”

La masculinidad es algo que se pone a prueba constantemente y por ende, esconde siempre la posibilidad de fallar. En los casos de los entrevistados pareciera, sin embargo, que ellos sienten que fallan permanentemente, por lo tanto se sienten *humillados* a ojos de los demás, *feos*, *débiles*, *pasados a llevar*, y necesitan *triunfar*, *ganar*, para sentir que al fin *en algo han ganado*.

Dado que los entrevistados sienten que no logran cumplir los estándares propios de la masculinidad, no logran establecer relaciones de amistad donde se sientan reconocidos como iguales. La categoría “pago por la amistad” muestra como los entrevistados se sienten permanentemente en deuda con otros hombres, por aceptarlos con sus falencias, con estas

debilidades impropias a su condición viril: “EH13: me pasa eso [dejarse pasar a llevar], me pasa eso, me pasa hasta con los amigos, por ejemplo yo.. yo de repente, no eran ni tan amigos y yo los cuidaba, los veía, los invitaba como para que.. como que pagaba por la amistad.. siempre eso me ha hecho ruido y después me defraudo solo.. es que aprendí a vivir así, a dar para que me quieran..”

Dar para que me quieran, dice EH13, pues no es posible sentirse querido ni reconocido de otra manera. Cuando la relación a otros hombres implica una presión excesiva, los entrevistados renuncian a espacios de intercambio social con otros hombres, pues su sensación de menoscabo les impide establecer un intercambio de hombre a hombre: “EH51: yo era más bien retraído en el colegio, nunca tuve amigos que.. como que se juntaba un grupito y yo siempre estaba a un lado, o era más amigo de las mujeres que de los hombres, porque las mujeres cuando a uno lo ven como solo, de niñas como que aprenden a cobijar a la persona que.. que está más menoscabada.. pero no, nunca he sido de grandes amigos..”

5.2.3.2.- “Relación al objeto con droga”:



Figura 129

Los entrevistados distinguen una forma particular de relacionarse a los otros, característica de su condición de consumo o abstinencia reciente de sustancias. A continuación abordaremos en detalle las cualidades de su estado relacional en torno a cinco ejes: con los hombres, con las mujeres, con los hijos, con todos en general y con la droga como un objeto.

5.2.3.2.1.- “Relación a los hombres con droga”:



Figura 131

“La relación a los hombres bajo efectos del consumo” se divide en dos ejes: la “relación al padre” y la “relación a los otros hombres en general”. Abordaremos cada una de ellas en detalle.

5.2.3.2.1.1.- “Relación al padre con droga”:

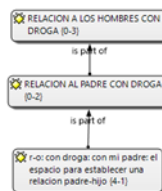


Figura 132

La relación al padre, como vemos, tiene un estatuto particular, pues los entrevistados distinguen discursivamente del tipo de relación que establecen con ellos al estar bajo dinámicas de consumo. Coinciden los entrevistados en identificar la dinámica de consumo como el único espacio donde ellos han podido históricamente establecer un lazo, sentirse acogidos por sus padres, de alguna manera: “E: pero usted con su mamá tenía una relación de más confianza?/ EH12: sí, como más amigos/ E: con el papá, no la tenía?/ EH12: no po, con mi papá no... bueno, igual de repente cuando yo me tomaba un traguito, yo iba a verlo... me decía, hijo, me aconsejaba, pero ya.. cosas puntuales, más personales”.

“EH51: tuve una polola también que lamentablemente la familia de ella era toda buena para el trago, entonces .. yo creo que estuve más con ella por estar más con los hermanos y con el papá de ella juntos tomando, que estar ... que por el cariño que le tenía a ella”.

Las citas anteriores muestran dos ejes relevantes. El primero, es que el encuentro directo con el padre es posible únicamente en la medida que el padre y el hijo se encuentran en estado de consumo. Pareciera como si la violencia paterna en estas condiciones se mitigara, menguara, y entonces el padre logra *aconsejar, reconocer, hablar de las cosas más personales* con el hijo. El hijo, de igual manera, puede entonces recurrir al padre: *yo iba a verlo*. La segunda cita muestra cómo el vínculo a todo aquel que se ubique en un lugar paterno es más fluido, más agradable para los entrevistados en la medida que implique consumo. Porque, como veremos, el intercambio entre hombres en general para ellos es gratificante únicamente en la medida que el efecto de las sustancias permite y facilita un intercambio que en otras condiciones es sólo frustrado y fallido.

5.2.3.2.1.2.- “Relación a otros hombres con droga”:

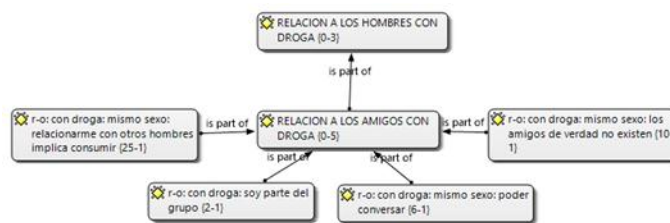


Figura 133

Como veíamos antes, las relaciones a otros hombres, significativos afectivamente o no, parece facilitarse mediante el uso de sustancias. La categoría “relacionarme con hombres implica consumir” habla justamente de aquello, de cómo es posible para los entrevistados establecer vínculos significativos con otros hombres únicamente en la medida que el consumo de

sustancias flexibiliza el intercambio entre ellos, específicamente en lo que refiere a la constante exigencia de cumplir un ideal de masculinidad: “E: qué hacen cuando consumen?/ EH71: pelamos los cables, hablamos puras porquerías/ E: de qué hablan generalmente?/ EH71: no sé, anécdotas, cosas que pasan... en realidad cosas que después ni siquiera nos acordamos, nos ponemos melancólicos, nos pedimos disculpas, no, es que yo hice esto porque tú hiciste esto, nos sacamos cosas en cara, cosas así.. lo que uno debiera decir lúcido, lo decimos a través de las drogas/E: dicen que los curados dicen la verdad/EH71: bueno, es así... yo tengo que estar muy mal para decir lo que me pasa/ E: por qué, qué le pasa?/ EH71: me cuesta, me da vergüenza expresar mis dolores, mis temores, eso me da vergüenza, mis fracasos, mis sueños... todas esas cosas../E: qué le pasa cuando habla de esas cosas?7 EH71: cuando lo digo me libero, me desahogo, pero cuando estoy así es como que meto la cabeza en la juguera, revuelvo todo, emociones, miedos, todo... después me lo tomo y no sé ni lo que estoy tomando”

Estando bajo los efectos del consumo, los hombres pueden *ponerse melancólicos, pedirse disculpas, expresar los dolores, los temores, los fracasos y los sueños. Se toman sus emociones, y las emociones se los toman.* En la sobriedad, eso se oculta porque *avergüenza, se sienten expuestos, vulnerables frente a los demás.* Los entrevistados intentan mantener una imagen de fortaleza en la abstinencia que sin embargo es simplemente una careta, porque la sensación de vulnerabilidad los invade y les revuelve la cabeza. Cuando los entrevistados *se toman las emociones,* se permiten entre hombres ser emocionales, porque son y no son ellos a la vez: *después ni siquiera nos acordamos.* El consumo brinda un descanso, un paréntesis a la exigencia de masculinidad incólume, y permite una salida afectiva a aquello que sino *revuelve los pensamientos.*

Tal como señalan las dos siguientes categorías, bajo efectos del consumo, por lo ya dicho, los entrevistados al fin son parte del grupo de hombres y pueden conversar: “E: qué le gusta de la droga?/ EH81: la sensación, uno se pone, no sé po, más buena onda, te dan ganas de juntarte más con los amigos, con las amigas... eso, la sensación... lo que pasa es que yo soy una persona bien, me considero una persona pasiva, yo soy súper pasivo, soy anti problemas, pero con droga me pongo más... más buena onda, digamos, por ejemplo si puedo ayudar a alguien lo ayudo, si hay alguien que no tiene dinero y está conmigo, yo le presto!”

La sustancia, como vemos, no sólo baja las barreras de las exigencias acerca de la masculinidad, sino que además a momentos permite instancias donde manifestar la potencia viril: *yo le presto!*, dice EH81, *yo lo invito!*. Igualmente, le dan ganas de juntarse más *con las amigas*. Pareciera como si el uso de sustancias tuviera por finalidad bajar las exigencias que tornan respecto de lo masculino, así como fortalecer la identidad masculina.

El encuentro satisfactorio entre hombres, al depender únicamente del consumo, deja a los entrevistados con la sensación *de irrealidad*. Se trata de un encuentro que entonces catalogan de falso, de ficticio, en la medida que es efectivamente inauténtico. Esto es lo que muestra la categoría “los amigos de verdad no existen”: “E: consume con un grupo de amigos?/ EH71: compañeros de trabajo, porque ni siquiera son amigos... puros hombres/E: ¿tiene que ver esto con la hombría también?/ EH71: sí, porque te la tienen ahí y si no quieres, ah!, que soy!, usted sabe, la típica.. ya, pero una no más, si no te va a hacer nada, te la dejan ahí, servida y esta uno ahí al frente y ahí está, toma.. /E: qué pasa si usted dice que no, gracias?/ EH71: es que ahí esta el problema, yo nunca voy a decir que no/ E: por qué?/ EH71: porque en realidad igual me dan ganas de estar como ellos, porque si no van a estar en otro mundo y no voy a entender nada..”

Tal como dice EH71, cuando aún sin consumo los amigos presionan a consumir, bajo las normas de demostrar la virilidad, estos hombres no son amigos para los entrevistados, sino únicamente *compañeros de trabajo*, otro hombre más que exige virilidad. Pero los entrevistados quieren estar como ellos, en este otro mundo, un mundo ajeno a la realidad que sólo se entiende al estar ebrio o drogado, como ellos. Los códigos de la masculinidad son indescifrables estando lucidos, se requiere de una sustancia que permita introducirlos en aquello que no ha advenido en la lucidez. La virilidad y el encuentro fluido con otros hombres es falso, ficticio. Pero solo así se puede *conversar entre hombres, aconsejar, ser escuchado, ponerse melancólico, tener pena, sacarse cosas en cara*, todo ello que no se haría en plena lucidez.

5.2.3.2.2.- “Relación a las mujeres con droga”:



Figura 134

Los entrevistados dividen sus discursos en torno a su relación a las mujeres bajo los efectos de consumo en dos ejes. Distinguen la relación que establecen con su madre de la que establecen con sus parejas. Profundizaremos en ambos a continuación.

5.2.3.2.2.1.- “Relación a la madre con droga”:

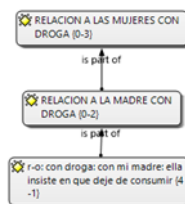


Figura 135

“La relación a la madre bajo efectos del consumo” toma un único e importante cariz. El uso de sustancias es el espacio fundamental donde los entrevistados marcan un corte, un quiebre en la relación con la madre: “E: incluso mi mamá me había pillado [consumiendo], me había hueveado, me había dicho que.. sin conocerla tanto [a la droga], deja ese polvo, me decía, que te hace mal!... ya mamá, si lo voy a dejar”

Llama la atención que en los momentos en que los entrevistados hablan acerca de las razones acerca de la diferencia que la droga instala entre ellos y sus madres, no aluden a argumentos más profundos, sino solo el *malestar* que la madre sentiría a verlos a ellos “drogados”. La adicción de los entrevistados, en otras palabras, pareciera no abrir cuestionamientos acerca del ejercicio materno en la misma madre, pareciera tampoco abrir interrogantes para la madre acerca del estado emocional de sus hijos, sino que se trata de madres que reprenden a sus hijos por una *mala conducta*, y eso los distancia momentáneamente: *deja ese polvo, me decía, que te hace mal*.

5.2.3.2.2.2.- “Relación a la pareja con droga”:

La relación a la pareja bajo los efectos de sustancias se dividen en los entrevistados bajo dos ejes: el primero de ellos remite a la forma en que la droga permite un encuentro con la mujer de alta potencia sexual, y la segunda justamente lo opuesto, es decir, la sustancia opacaría la condición de virilidad de los entrevistados a ojos de sus mujeres. Veamos como sucede aquello:



Figura 136

La primera categoría, “vinculo sexual”, muestra cómo, por efectos del uso de sustancias, la experiencia sexual toma para los entrevistados una potencia inusual. El primer eje de esta categoría, “soy deseado como hombre”, muestra como por uso de las sustancias los entrevistados pueden llegar a sentirse más efectivos en el plano sexual, y en esa medida, se sienten más atractivos, viriles, potentes: “EH32: con droga [el sexo] era como con un afrodisíaco, de verdad, de verdad, que feo, pero.../E: y sin droga, cómo era?/ EH32: con droga era más fuerte, más fuerte.. sin droga, como corresponde, con droga era más fuerte”.

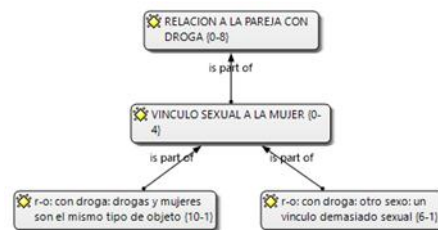


Figura 137

Tal como dice EH32, se establece una relación en extremo sexual, como *no corresponde*, una *relación fea, inapropiada, excesiva*, pero placentera. El sexo sobrio parece no ser tan placentero en la medida que es *demasiado como corresponde*. Esta asociación entre drogas y sexo, entre drogas y mujeres, en la medida que implica una búsqueda de placer que se siente como algo compulsivo, se vive como una experiencia similar. Esto es lo que muestra el eje “drogas y mujeres son el mismo tipo de objeto”: “EH32: me sumergí, me sumergía cada seis meses, después que me sumergía los corría a ver [a los hijos]/ E: en qué se sumergía?/ EH32: en la droga, en el alcohol, en las mujeres”

“E: cómo es eso de buscar nuevas sensaciones?/ EH71: no sé, es que de repente por sentirse más macho uno busca otra mujer, por sentirse más hombre, cachai?... mi papá era súper, no le

echo la culpa pero mi papá era súper mujeriego... y eso, pero a las finales, de momento uno se siente bien pero después me sentía mal, bueno, hasta que me pillaron..”

En ambas citas, los entrevistados establecen un paralelo entre las sensaciones que provocan el consumo de sustancias y las que provocan los encuentros con mujeres. Las *nuevas sensaciones* que ambas permiten tienen que ver con la virilidad, con sentirse *machos*; sin embargo, a la vez, se trata de experiencias que *sumergen, que absorben, que hacen perder la conexión con la realidad y requieren ser pillados para detenerse*. Vemos nuevamente como el vínculo a lo femenino es algo que absorbe, que succiona, así como se replica el conflicto a la posibilidad de encarnar una posición masculina, que se siente ajena, ausente, en falta.

La contracara de la relación a la mujer bajo el uso de sustancias, es aquella que revela la categoría “mi falla en la virilidad”. Como vimos, el uso de sustancias a momentos permite sentir una *nueva emoción*, la emoción de la masculinidad. Esta es vivida desde el exceso, *como no corresponde*, pero logra causar placer. La “falla en la virilidad”, en cambio, es la experiencia de consumo asociada a la réplica de la experiencia de impotencia sentida permanentemente, es como si el abuso de sustancias a momentos les restregara su condición de impotentes, su ausencia de significantes que le permitan portar y encarnar un cuerpo de hombre:



Figura 138

La primera categoría, “fallo como hombre”, muestra que tal como el uso de sustancias a momentos potencia la virilidad, en otros momentos la aplaca al borde de la impotencia: “EH72:

yo con cocaína no tengo deseo sexual, no tengo erección, no tengo eyaculación, no tengo nada/E: aunque este con una persona con quien generalmente sí tiene excitación?/ EH72: sí, no, nada, imposible!, trato, trato, pero no se puede, me bloqueo tanto psicológicamente como físicamente, es como que estuviera anestesiado, como una persona invalida, que tratan de excitarla pero mi cuerpo esta desconectado de mí, de mí, de mi mente.. mi mente esta desconectada de mi cuerpo y no se me pasa nada por la cabeza, nada.. el único placer que me causa la droga es el de seguir consumiendo, nada más..”

Los entrevistados señalan la ausencia de deseo sexual o de potencia sexual, y en otros momentos, pese a conservar tanto el deseo como la potencia, señalan explícitamente *evitar* el encuentro sexual: “EH12: yo sabía que con todo lo que había hecho, había cometido un error y la evitaba [a la pareja].. de repente, habrá pasado una que otra vez, pero a mí no me gustaba mucho, me gusta estar consciente, no estar ido en la...”

EH12 está *ido* al momento del encuentro sexual, por efectos del consumo; EH72 está *lisiado*, *anestesiado*, *impotente* mentalmente porque *no puede pensar en nada*. Es sin embargo una impotencia placentera, en la medida que drogarse causa placer. Podríamos pensar que al fin los entrevistados pueden *fallar como hombres* de manera placentera. Lo placentero es, a la vez, que el uso de sustancias les permite a los entrevistados no enfrentar los reales problemas en el encuentro sexual que puedan tener con sus parejas. Esta no sexualidad involuntaria de ellos es la excusa perfecta para postergar una *conversación pendiente*; esto es lo que muestra la categoría “te acomoda mi no sexualidad”: “EH13: como le digo, yo no me metía con ella si consumía, pero el consumo en un par de horas se me iba... de repente en la noche se me pasaba el efecto.. y otra cosa, cuando no estábamos juntos era porque ella tenía, porque ella estaba cansada, por la cosa del negocio, que muchas veces me repetía estoy cansada, me duele

la cabeza, entonces también eso como que también me hizo mal porque me fui acostumbrando a que ella estuviera cansada, a lo mejor ella se fue acostumbrando a que yo tampoco quería...”

Por el uso de sustancias, entonces, los entrevistados quedan a resguardo del ejercicio de su masculinidad en el campo de la sexualidad. El placer está asegurado y así se evita el encuentro sexual, no porque no se desee, sino porque se evita la angustia de no coincidir, de no cumplir, de no satisfacer. La falta de sincronía en el encuentro sexual, propio de toda sexualidad, remite a los entrevistados rápidamente a la *impotencia*, y de ahí a la feminización de sí mismos: “EH91: al mantenerme tan distante del sexo creo que no lo comprendí, las mujeres para mí, la sexualidad para mí.. yo pensé que era algo más emocional y resultó ser algo más físico, como es que se llama?, fornicación!, no encontré nunca el amor porque realmente fornicaban conmigo las pololas que tenía..”

5.2.3.2.3.- “Relación a los hijos con droga”:

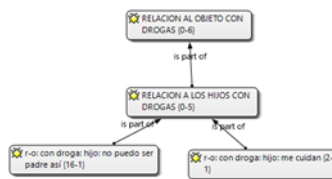


Figura 139

La relación a los hijos bajo las dinámicas del uso de sustancias, se divide bajo tres claros ejes. El primero de ellos, “no puedo ser padre así” revela como la adicción es la defensa perfecta para evitar tener que encarnar el rol paterno. Los entrevistados sienten que por su consumo de sustancias no pueden ejercer el rol de padres, y entonces se distancian de sus hijos, o los abandonan, argumentando que no es algo que tenga que ver con su deseo, sino que es *consecuencia indeseada del consumo de sustancias*: “EH32: Llego mi hijo a vivir conmigo [...] yo igual seguía consumiendo alcohol y él [hijo] se daba cuenta y él me llamo la atención, pucha, yo

estoy así y así le dije, abiertamente/ E: y qué pasó ahí?/ EH32: pasó que deje de consumir como tres semanas y llego un punto en que él me dijo que se iba a ir con la mamá de vacaciones y ahí fue como que yo me ofusqué y lo traté súper mal, mal, mal/E: por qué le afectó tanto?/ yo le preguntaba hijo, se quiere ir para siempre?, yo ya lo había conversado con él que era sólo por las vacaciones pero él no me respondía y... cuando yo, cuando a mí no me responden es como que me ofusco demasiado....y ahí exploté, ya negrito, pesca tus cosas y te vas con tu mamá!... me dio la impresión que eso él quería, tal vez se sentía muy presionado porque yo lo quería conmigo no más, conmigo no más... ahí recaí..”

Tal como vemos en la cita, el entrevistado intenta acceder a la demanda del hijo de vivir con él; pero para poder vivir con él, siente que debe encarnar la función paterna y, en concomitancia, por presión del hijo también, dejar el consumo de sustancias. El deseo de *tener siempre al hijo* se transforma en realidad en no tenerlo: *el quería tenerlo siempre conmigo se transforma en pesca tus cosas y te vas!, ahí recaí.”*. Para poder ser padre, entonces, EH32 deja las drogas; cuando renuncia al rol, vuelve a ellas. Esta cita hace pensar que aquel que se sintió muy presionado con la situación no ha sido el hijo, sino el entrevistado. Ser padre exige un estándar que él no logra dar. Tal como muestra la cita, el consumo de sustancias es algo que se oculta frente a los hijos, pues consumir es sinónimo de ser *mal padre*. El mismo entrevistado explica en otro momento de la entrevista: “EH32: la droga me motivaba a no estar con ellos [hijos], yo prefería mil veces... tenía que ir a ver a mis hijos el fin de semana y justo tenía un carrete, qué hacía yo?, optaba por el carrete y dejaba a mis hijos botados... eso es feo, me porté mal../E: por qué cree que pasó eso?/EH32: es que en el carrete sentía más satisfacción ”. Tal como se puede apreciar, no se trata del deseo de abandonar a los hijos, sino que tomar la posición paterna es lo que no causa satisfacción. Los entrevistados sienten *culpa* por el daño ocasionado a sus hijos

por su ausencia, sus negligencias; sin embargo, no logran encarnar el rol paterno como quisieran.

Tal como muestra la primera cita, para seguir con el análisis a través de este entrevistado, es el hijo de EH32 quien le llama la atención respecto del consumo de sustancias, y eso pasa frecuentemente en los entrevistados, hay una inversión de roles donde *los hijos cuidan de sus padres* y los padres son cuidados y protegidos por sus hijos dada su adicción. Esto es lo que muestra la categoría “mis hijos me cuidan”: “EH51: ellos [hijos] me hicieron ver hace unos meses que... papá, tú tienes este y este problema, nosotros quisiéramos que cambiaras, no nos gusta ver la vida que estas llevando, te estaba dando malos tratos mi mamá, me dijo mi hija, y ahora te los estas dando tú con este consumo... ellos tenían bien clarito lo que me iban a decir y me ayudó, me han ayudado mucho...”

5.2.3.2.4.- “Relación a los otros en general con droga”:



Figura 140

La relación al objeto en términos generales, bajo las lógicas de consumo, dan cuenta de una dinámica particular del funcionamiento subjetivo. Por una parte, el sujeto cuando consume y mantiene el consumo como algo que debe ocultar, nota que en esto logra también la consecución de un espacio privado, personal, que lo protege de las demandas de terceros, y eso causa placer: “E: ¿qué encontraba en la cocaína?/ EH13: al principio me gustó, me gustó... la cosa que... obviamente tiene que saber otra persona como para verte si estas volado o no ,

porque no se te nota.. al principio era botado!, porque mi señora no se daba cuenta!”. Esta privacidad es placentera en la medida que libera a los sujetos de las demandas de terceros; pueden estar físicamente presentes pero mentalmente ausentes, conservando la distancia entre ellos y los demás: “si ella sabía que yo estaba tomando en la pieza, ella sabía que no debía ir a meterse a la pieza entonces.. si yo hubiera estado sin trago, ella se hubiera metido igual a la pieza y seguir leseando, seguir leseando, seguir leseando..”

Esta distancia permite una distancia que protege al sujeto que consume de las demandas de terceros, pero también a los otros *del karma* que sienten portar los entrevistados: EH41: “siempre sentí la culpa que se haya muerto [el padre], nunca la he logrado superar, eso me llevo a que no durmiera en las noches, a que tomara en exceso, empecé a comprar cocaína para poder trabajar , tratando que mi familia y mis cercanos no se enteraran mucho, no hacerlos partícipes de lo que según yo denomino mi karma... mi culpa que tenía que pagar”. La sustancia establece entonces una *guarida*, pero también *un encierro*. Esta distancia denota las dificultades para poder diferenciarse con las demandas de terceros, pero también la falla en esta defensa.

5.2.3.2.5.- “Relación a la droga como objeto”:

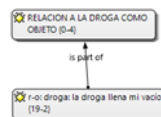


Figura 141

Hemos visto como los entrevistados se definen a sí mismos como *lisiados*, *anestesiados*, en particular al campo de la sexualidad. Llama la atención al respecto que, en general, el lugar que ocupa la sustancia para ellos es ser aquello que les permite *sentirse completos*, una vivencia

que, por su cualidad simbólica, repercute en la vivencia del cuerpo. La categoría “la droga llena mi vacío” revela cómo los entrevistados encuentran en la sustancia ya sea algo similar a un fármaco, o algo similar a una muleta: “E: pero qué le gusta de eso?. A ver, lo que quiero entender es si esa creatividad, esa rapidez mental, la capacidad de solucionar problemas, siente que estando sobrio, no lo tiene?/ EH22: sí lo tengo, pero no tengo las ganas, no tengo los medios, no tengo los recursos, me resulta totalmente soso, soso.. a mí, lo que me gusta de la droga es que es una muleta, es la silla de ruedas de alguien a quien le faltan los brazos y las piernas para hacer algo más emocionante...”

Tal como dice EH22, la vida para él resulta *sosa*, no conlleva emoción. La vitalidad que cada momento cotidiano podría implicar, la sensación de estar vivo y participe de la propia existencia, es dada únicamente por efectos del consumo, ya que es esta sensación aquello que hace las veces de una muleta simbólica que porta de brazos y pies a alguien que sin ella no es más que un postrado mental, inhabilitado para soñar, para proyectarse en el tiempo, para pensarse a sí mismo de forma gratificante.

“E: explíqueme, ¿qué significa encerrarse en su mundo?/ EH31: mire, cuando yo no estoy con mis hijos, yo llego del trabajo, llego de la pega y qué hago yo?, voy a la farmacia, a las dos farmacias, droga y alcohol/ E: farmacias?/ EH31: farmacias, está bien dicho el dicho, por las drogas y el alcohol, llego a la casa, lo primero que hago es consumir drogas y no pienso más.. y el alcohol, el alcohol.. entonces veo películas, pesco mi celular, cigarro, eso, ese es mi encierro/E: por qué me dice farmacia?, es como si se medicara con la droga?/ EH31: exactamente, claro, algo parecido.. yo lo pienso a veces”

En la cita de EH32 vemos que necesita medicarse para estar solo. El encuentro del sujeto consigo mismo es angustiante, sin sus remedios el sujeto *no puede relajarse, dejar de pensar,*

concentrarse en otra cosa que no sean sus angustias. Sin *sus remedios*, el encuentro consigo mismo es un *encierro*.

La droga es una muleta afectiva, en tanto brinda la sensación de vitalidad que sin ella no se siente. Es a la vez es *un remedio*, en la medida que permite que el encuentro consigo mismo no sea angustiante. La droga, por estas dos funciones, es algo que permite *evadir, anestesiar*, las angustias vitales de todo sujeto: “EH91: la cocaína ya no tiene sentido, la cocaína tiene sentido cuando ya tu vida no tiene sentido, cuando no tienes posibilidades de hacer nada..”

Cuando la vida se revela en su sinsentido, la droga *colorea el mundo* de afectos, *da ganas, motiva*, pero también *calma*, contiene los pensamientos dolorosos para dar espacio al pensar cotidiano, al pensamiento banal que sin ella parece imposible: *entonces tomo mi celular, veo películas*. Este no pensar que permite el consumo, es en realidad un pensar matizado, contenido, calmo: pensar en orden, pensar en calma, pensar sin angustia las cosas en la medida que son, sopesar la sensación de vacío y sinsentido con una sensación de vitalidad artificial que liga a la vida: “E: por qué necesitaba una petaca para dormir?/ EH51: la intranquilidad, porque si no, no podía dormir, se hizo una necesidad, un vicio/E: qué pensaba?/ EH51: no, que.. ahí me venían las ideas de lo malo y lo bueno que era la vida, pero.. cuando me la tomaba podía estar tranquilo, dormirme luego, que amaneciera luego, eso era todo lo que quería, descansar..”

La relación a la droga como objeto, nos muestra entonces, como lo que el sujeto busca es una sensación corporal de vitalidad que encuentra en la medida que la droga anestesia, pues sólo así se puede ligar al menos provisoriamente representaciones que sin ella se presentan angustiosas, *a tropel*. Esta posibilidad de ligazón de las representaciones implica un esfuerzo del sujeto por aferrarse a la vida, por contrarrestar el sinsentido, por *darse brazos y piernas* para andar.

5.2.4. Discursos acerca de las representaciones mentales:

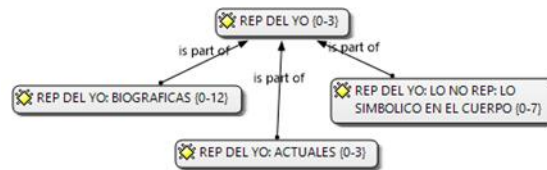


Figura 142

Los entrevistados distinguen tres tipos de representaciones, fundamentalmente. Las representaciones que hemos denominado biográficas, en la medida que tienen estricta relación con su historia vital; las representaciones que hemos denominado actuales, que tienen relación con los pensamientos que en la actualidad tienen mayor presencia; y las representaciones en el cuerpo, es decir, aquello que no logra efectivamente un estatuto representacional en el campo del pensamiento, pero que pareciera expresarse por las diversas vías de manifestación corporal: actos, síntomas, etc. A continuación, revisaremos cada eje de análisis en detalle.

5.2.4.1.- Representaciones biográficas:

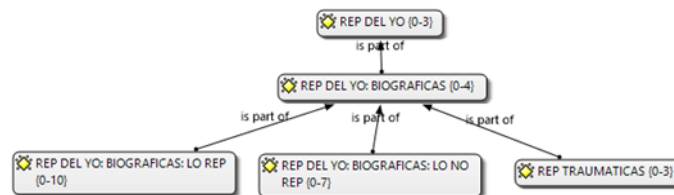


Figura 143

Las representaciones biográficas, es decir, representaciones relativas a la historia vital de los entrevistados, se dividen bajo tres ejes: Lo representado, Lo no representado y representaciones traumáticas. Las vemos en detalle.

5.2.4.1.1.- Representaciones biográficas, Lo representado:



Figura 144

La categoría, “representaciones biográficas, lo representado” da cuenta de los contenidos biográficos que los entrevistados pueden señalar directamente. Es decir, se trataría de contenidos conscientes con los que el yo se identifica. En estos encontramos tres sub ejes. El primero de ellos, “con mi familia no he sido feliz” muestra cómo los entrevistados pueden hablar del dolor de su infancia ubicando las causas de su sufrimiento en dinámicas familiares, pero exculpando a miembros particulares de su familia de estas responsabilidades: “EH11: yo siempre me he sentido solo, o sea, yo por ejemplo, en relación a todo lo que me ha pasado, que siempre fui el menor, nadie... no tuve una infancia tan.. tan feliz../ E: por qué no fue tan feliz?/ EH11: porque habían peleas y todos.. por decirle, todos salían, no tuve apoyo, quien me ayudara con las tareas.. y jugaba solo, siempre jugué solo y después, cuando me di cuenta como era la vida también tuve que asumir roles, ayudar a mi mamá... entonces...”

Tal como dice EH11, su infancia *no fue tan feliz* porque tuvo ciertas condiciones vitales que así lo facilitaron; es decir, su infelicidad es consecuencia de haber *sido el menor, de no tener apoyo, de tener que asumir responsabilidades*. El entrevistado no culpa directamente la negligencia materna ni la violencia paterna de su infelicidad, y sin embargo en su relato da cuenta de una infancia teñida de ambas condiciones. Esta categoría lo que revela es que los entrevistados tienden a negar la responsabilidad de sus progenitores o cuidadores en la

vivencia de infelicidad de la infancia, aparentemente como una forma de exculparlos, de mantener su imagen íntegra, con el fin de mantener un vínculo con ellos: “E: y como papá, cómo era él?/ EH51: como papá, ausente.. o sea, nunca se metió con los problemas de nosotros, nunca estuvo con nosotros.. eso sí que nunca fue .. como se llama, atrevido, malo, que nos pegara, no.. las veces que había que leernos la cartilla, él se sentaba en una cama y nosotros en la otra y nos hablaba.. nunca fue violento, tengo que reconocerlo/E: pero en los tiempos en que él se iba con la otra mujer?/ EH51: desaparecía 100 porciento”.

En esta cita, EH51 nos habla de su padre, a quien define como ausente principalmente. Nos ha contado que el padre desaparece por años al huir con su amante, se trata de un padre que se va y retorna constantemente, abandonando a sus hijos radicalmente en su ausencia y retomando el rol paterno en su presencia. El entrevistado habla de él como *ausente*, sin catalogar de violentas sus ausencias, sin poder representar la violencia que implica este abandono reiterativo y radical. El entrevistado, por el hecho de que el padre no ejerce violencia física hacia ellos, no logra considerarlo un agresor, pese a que en otros momentos de la entrevista llora amargamente por la forma en que el padre los abandona permanentemente. Este mismo entrevistado es quien cuidará de su padre hasta la muerte, pese al dolor que éste le ha causado.

Por su parte, la categoría “pérdidas” habla de cómo los entrevistados relatan la vivencia temprana de pérdidas significativas, en particular pérdidas de un hombre significativo que suplió temporalmente el rol paterno para ellos: “EH12: yo analizaba que... se fue muy temprano [su hermano cuando fallece], no sé bien a qué edad puede ser pero ... el hacerse responsable de ir a reconocer un hermano que falleció, a la morgue, hacerme responsable de esa parte de los tramites.. yo no tenía ni 18 [años]”. Tal como nos dice EH12 en esta cita, la

perdida para él es significativa en dos sentidos. El primero de ellos es perder a su hermano, su figura paterna, muy temprano en su vida; el segundo punto es que, por la pérdida de la figura paterna, ha debido asumir ese rol también muy tempranamente, *no tenía ni 18 años*. La pérdida de este Otro que hacía las veces de padre los deja justamente desolados respecto de referentes simbólicos en torno a la masculinidad y la paternidad. Los sujetos sienten que por esta pérdida se quedan sin aquel Otro que les hablaba de *cómo hay que comportarse, cómo hay que ser en la vida*, como ser hombres en todos sus vértices, a la vez que se sienten presionados a asumir un rol familiar para el cual no están preparados: *ser el hombre de la familia*. La ausencia simbólica del padre es el trasfondo de esta situación, pues en la mayoría de los casos se trata de sujetos cuyos padres biológicos están vivos y junto a ellos, pero que se niegan a ocupar el lugar de padres.

5.2.4.1.2.- “Representaciones biográficas, Lo no representado”:



Figura 145

El siguiente eje de análisis, “lo no representado”, nos muestra experiencias de los entrevistados que no han logrado simbolización, y que sin embargo se manifiesta en torno a lo que justamente no dicen porque no logran decir. La primera categoría de este eje es “mi infancia tiñe mi presente”, y revela cómo en gran parte de las experiencias del presente los entrevistados no logran mantener la distancia entre la situación actual y lo que ello les evoca, actuando sin darse cuenta en concomitancia a contenidos biográficos de su historia: "E: usted me decía, porque yo vi que mis hermanas sufrieron abuso, entonces me preocupó de mis hijos,

que no les vaya a pasar algo/EH32: porque no sé po, se imagina usted que estén con una persona que no es el papá de ellos, yo no sé con quién están y las cosas que han pasado me confunden.. yo la última vez que salí con mis hijos me hicieron un comentario, mi hija me dijo que la persona esta [pareja de ex mujer] le apretó la mano, le llamó la atención y yo, que hice, me ofusque demasiado, le dije usted no tiene por qué soportar esto y te vas junto con tu abuela, te vas junta con tu hermana!, les hable fuerte, demasiado fuerte y a la mamá le dije, tu estas con ellos, tienes que velar por ella, pase lo que pase! Y le grité ... y me empezó a explicar que no eran así las cosas, si la niña igual es cosa seria po, igual es porfiada...”

En esta cita EH32 nos habla de cómo protege a sus hijas del abuso sexual que teme que padezcan de parte de la pareja de su ex mujer. Relata, sin embargo, una situación que no corresponde a un abuso sexual, sino de una reprimenda que la pareja de su ex mujer da a su hija, porque ella es *porfiada, es cosa seria*. Pero en el momento en que se entera de esta reprimenda no piensa en eso, sino que piensa en el abuso sexual que sufrieron sus hermanas en su niñez, y les dice a sus hijas: *se van las dos donde la abuela!, me ofusqué demasiado*. Los entrevistados, en general, tienden en particular con sus hijos y sus parejas a hacer un esfuerzo consciente por no repetir cosas del pasado, sin notar que los recuerdos del pasado les impiden percibir la actualidad más claramente. Los recuerdos tiñen su interpretación de la actualidad de sus relaciones, reaccionando en función de un contenido que no es actual, por lo tanto, inapropiadamente.

La categoría “el odio de mi padre” habla de las dificultades que tiene los entrevistados para verbalizar la agresión paterna como manifestación del odio paterno. Efectivamente algunos entrevistados logran hablar directamente de la violencia paterna, pero en general la mayoría de los entrevistados no logra relacionar esta violencia con el desamor paterno, o directamente

con el odio de ellos. Los entrevistados que hablan de la agresión paterna directamente, más que relacionar su violencia al odio que puedan sentir con ellos, relacionan la agresión a la forma de ser del padre, un *padre déspota*. Veamos uno de los entrevistados que sí logra hablar de la agresión paterna hacia él como expresión del odio paterno: “E: ¿en qué le afectó esta forma de ser de su papá?/ EH22: en la inseguridad total, en ser un niño muy callado, muy inseguro, un niño que siempre se sentía el feo y el criticado sin que nadie me criticara ni que fuera feo.. me hacía sentir mal conmigo mismo eso, porque mi papá tenía una forma de llamar la atención y de corregir los errores que no era corregir errores sino que era desquitarse con uno, desquitarse con uno..”

En esta cita, EH22 habla del padre como alguien que *se desquita* con él, y que por tanto lo hace sentir *un gusano*, como dirá más adelante. EH22 logra representar la agresión del padre como expresión directa del odio paterno. En general, los entrevistados no verbalizan esto de esta manera, sino que encuentran otro sentido a la violencia paterna: “E: y ¿por qué le pegaba él?/ EH62: porque hacia maldades, nos poníamos a jugar a las escondidas o no jugábamos y yo me escondía, lo mismo que hace cualquier niño, pero él era más rígido, más rígido/E: se acuerda algo más de él?/ EH62: su parte rígida no más, que fuera respetuoso con todo, porque él era muy respetuoso, una persona correcta, de los que no hay ahora..”

Para EH62, como para la mayor parte de los entrevistados, la violencia paterna es parte de una forma de ser del padre que se expresa para *cuidarlos, educarlos*, etc. La rigidez paterna marca, y es una rigidez, una violencia, que se manifiesta en su exceso pues *no tolera lo que cualquier niño hace*. Este exceso es tal que el padre es una persona fuera de tiempo y de lugar, es un *sujeto de los que ya no hay*.

La categoría siguiente, “mi padre no pide perdón”, habla de cómo los entrevistados resienten esta violencia y esperan secretamente un arrepentimiento paterno que nunca sucede. No representar la violencia como tal por parte de los padres, tampoco a través del perdón, impide a los entrevistados poder simbolizar tanto su dolor como la violencia paterna: “E: fue muy duro esto para usted [el abuso sexual de la hermana por parte del padre]/EH32: sí, pero ya no hay rencor, no hay rencor, no tengo rencor, no tengo nada en contra de mi padre, no tengo nada, lo que sí me gustaría es que algún día me diera la cara, que algún día hablemos esto y esto otro y ya.. no, no es que me gustaría, ya está zanjado, no tengo pa que.. el problema soy yo, yo soy el que tiene que cambiar, dejar las drogas, que ya las dejé, para mi es tiempo pasado..”.

Como vemos en la cita EH32 espera que alguna vez su padre *le dé la cara*, asuma el daño provocado a la hermana y a la familia. Sin embargo, a la vez, esto es para el entrevistado un deseo negado, en la medida que *ya no hay rencor, ya no tengo nada*. Negar esta condición implica que el error paterno no es del padre, sino propio: *yo soy el que tengo que cambiar, dejar las drogas*, Yo soy el que tiene que vivir tolerando la negativa a simbolizar este daño. Sin quererlo, EH32 nos revela cómo su consumo de drogas tiene directa relación con la dificultad para representar el odio, la violencia paterna, así como la sexualidad masculina.

La siguiente categoría de lo no representado, denominada “el odio materno” habla justamente de algo que radicalmente se niega y jamás se articula como tal. Los entrevistados hablan de la negligencia materna, de la imposibilidad de cuidarlos y protegerlos de la violencia paterna, como consecuencia de la *vulnerabilidad de la madre* y nunca como expresión directa del odio materno: “E: como fue ella [madre]/ EH62: conmigo, un poco dura, poco cariñosa, pero muy buena madre, lo daba todo por mí, no me puedo quejar/E: qué es todo?/ EH62: todo, ella ha

sacrificado todo por mí, lo que es todo, su felicidad, su tranquilidad/E: por qué su felicidad?/
EH62: porque le causo problemas..”

Tal como vemos en la cita, los entrevistados dan cuenta de una *madre fría, poco afectuosa, poco cariñosa*. Se trata, sin embargo, de *madres mártires*, en la medida que dan todo por el otro. Los que causan problemas entonces son los entrevistados, jamás la madre. Es su vulnerabilidad y su aparente desprotección aquello que las exculpa de sus negligencias: “EH32: mi mamá muy sumisa, muy sumisa, aguantó muchas cosas, aguantó mucho, mucho, por mí, por mis hermanos, aguantó mucho... nunca voy a reprocharle nada porque mi taita llegaba quizás como y ella tenía en él un apoyo, él le daba de comer y todo el cuento, pero no sé cómo explicármelo.. por qué no pescó las cosas cuando supo lo que pasó [abuso sexual de la hermana por parte del padre]?..”. En esta cita, EH32 le reclama a la madre su falta de protección al saber del abuso sexual del padre hacia su hermana. Es él quien enfrenta al padre. Y sin embargo, señala *nunca voy a reprocharle nada*, pero no sé cómo explicar su complicidad, su complacencia. Es imposible pensar, para EH32, que la madre efectivamente haya consentido el abuso paterno, y entonces la madre es una mártir que *aguanta, aguanta mucho por los hijos*. La categoría “un vínculo de tinte sexual” habla de cómo los entrevistados no pueden igualmente poner en palabras la connotación sexual que adquiere muchas veces para ellos el vínculo a uno de sus padres: “EH41: yo, hasta los treinta y algo, hasta viejote, teníamos como rituales con mi papá, me hacía que me sentara en las rodillas de él y me hacía tinguiririqui, tinguiririqui.. era un viejo muy rico... el vínculo con mi papá era cercano, cercano, lo más cercano que se pueda imaginar, me trataba como si yo fuera su guagua [el padre abusa sexualmente de él en la infancia]”. En general, respecto del padre los entrevistados establecen, como en la cita, un vínculo que remonta al encuentro directo con la sexualidad paterna en la

infancia, sea por su exceso, por su desborde, o por la vivencia directa de abuso sexual paterno. Respecto de la madre, en general, el tinte sexual esta puesto en el vínculo, en la medida que los entrevistados son, como vimos, *el hombre de la madre*: “E: qué dijo su mamá cuando usted partió [se casó]?/ EH12: no estaba muy contenta/E: era muy celosa su mamá/EH12: puede haber sido eso, yo creo que no quería que me alejara de ella, siempre me tenía así como... lo que pasa es que yo creo que contaba conmigo y que, como que yo saliendo de la casa me fuera a olvidar de ella, y no fue así, yo igual seguí preocupado de ella, de sus cosas, viendo la casa y de verla a ella po, darle cariño..”

Como vemos, los elementos no representados por los entrevistados tienen relación con la agresión, la violencia de ambos padres, así como respecto del tinte sexual que se vislumbra en alguna de estas relaciones. Es tal el esfuerzo de los entrevistados por mantener estos elementos fuera de la conciencia, que a momentos sienten que no pueden explicar cómo o porqué suceden ciertos eventos en su vida, eventos justamente relativos al odio de los padres o a la sexualidad de los mismos. Su historia entonces se encuentra cercenada, amputada de elementos que pudieran ligar los eventos: “E: espéreme, usted me dice que le pregunta a su mamá si su papá había abusado también de usted... por qué le pregunta eso?/ EH31: no es que tuviera miedo... es que no recordaba nada, pero sí.. sí... crecer con ese karma?, imagínese!, hubiera sido un compadre malo, malo, malo, porque imagínese!”

“E: qué siente que perdió con la muerte del su padre?/EH61: la felicidad/ E: a ver, cuénteme un poco como fue su relación con él, se acuerda?/ EH61: no mucho, porque perdí.. perdí parte de mi memoria infantil/E: pero de lo que se acuerde/EH61: una vez jugamos a la pelota y le quebraron la pierna.. eso..”

En el caso de EH31, el entrevistado es quien descubre el abuso sexual paterno hacia su hermana. Entonces aparece la duda acerca de haber sido igualmente abusado por él, porque *no recuerda*, porque no tiene claridad si *el padre es un compadre malo, malo o no*. En el caso de EH61, de la misma manera, siente que ha perdido su felicidad con la muerte del padre, pero no sabe por qué. Sus recuerdos con él son escasos; solo recuerda de *este partido de football y que el padre lo golpea, porque es muy rígido, tan rígido que de esos hombres ya no hay*. La violencia paterna ha sido de tal magnitud que no permite a los entrevistados poder representarla, así como tampoco han podido representar su propio devenir en la historia con ellos; entonces quedan agujeros en la historización de la vida personal, agujeros que angustian, que no encuentran respuestas y que se vuelven actuales en la medida que carecen de representaciones que los hicieran parte del relato de la historia vivida. Los entrevistados miran hacia el pasado buscando respuestas, pero éstas no aparecen, porque las experiencias vividas no han podido ser tramitadas simbólicamente.

5.2.4.1.3.- “Representaciones biográficas, Representaciones traumáticas”:

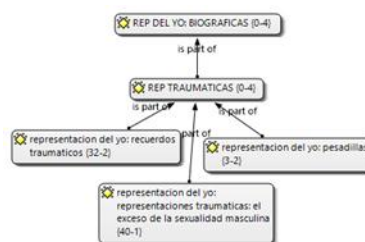


Figura 146

En la misma línea de lo que venimos trabajando, veremos que los entrevistados dan cuenta de ciertas experiencias que han dejado una huella justamente por la connotación traumática que implican. Les hemos denominado “representaciones traumáticas”, a representaciones que justamente no logran ser tales, pues el peso de la experiencia traumática impide una real

simbolización e historización de la experiencia. La categoría “recuerdos traumáticos” da cuenta justamente del relato de vivencias abiertamente traumáticas, que pueden relatarse en detalle en la medida que el entrevistado se distancia emocionalmente de aquello que comenta: “E: a él [padre] lo matan por razones políticas?/ EH61: según el informe Retting, lo que se hizo y se investigó, dicen que fue una bala loca, una bala loca..”. En esta cita EH61 nos habla de la muerte del padre. Para poder hablar de aquello y dar cuenta de lo sucedido, comenta lo que informa un documento formal del estado, no la experiencia vivida. El entrevistado no tiene recuerdos acerca de cómo se entera de la muerte del padre, o que es lo que sucede posterior a recibir esta noticia. Al momento del fallecimiento de su padre, EH61 tiene 11 años de edad. Veamos esto en otra cita:

“EH81: él [hermano] se tiró contra un auto, contra un bus, también estaba yo en el hospital cuando él llegó, yo estaba de turno, lo recibí y falleció por un politraumatismo encefalocraneano...”. De la misma manera, EH81 nos habla de la muerte de su hermano mediante tecnicismos médicos, dando cuenta de la situación de una manera más bien distante, sin compromiso afectivo. Vemos en estos discursos un esfuerzo por mantener a distancia los afectos dolorosos que las vivencias implican para ellos, dado el contenido traumático de las mismas.

La categoría siguiente, “el exceso de la sexualidad masculina”, nos muestra como todos los referentes simbólicos que han tenido los entrevistados respecto de la masculinidad conllevan la misma cualidad traumática, y por lo tanto implican también la elaboración de una defensa: “EH92: yo antes tenía miedo, miedo a convertirme, en ser como ellos [los que lo agreden en la calle]/ E: convertirse en un matón?/ EH92: claro, en yo ser como ellos, es que esos tipos agarraban una cortapluma y le pegaban un tajo a uno y no sentían ningún remordimiento.. no!,

yo no soy malo!.. y se jactaban de eso po, yo los escuche!, en cambio yo.. para mí, para mí eso es imposible, no soy capaz de hacer eso, no soy capaz..”

“EH42: Antes en las escuelas con nombres de misil a las que iba yo, el que se quedaba pegado en tercero, se quedaba pegado como dos o tres años, entonces como yo era buen alumno, tenía compañeros que eran así, gigantes, y eran súper abusadores y hasta a veces querían hacerle cochinas a uno y todo, entonces tuve que aprender a pelear sí o sí..”

Como es posible apreciar, EH92 y EH42 tienen que, forzosamente para defenderse, convertirse temporalmente en un *matón más*, ser uno de ellos provisoriamente, pues es la única manera de sobrevivir a la violencia masculina. La masculinidad tiene esa connotación de exceso que los entrevistados relatan como traumática, y es en eso en lo que no quieren convertirse: ser un hombre es ser un *matón* y eso para ellos es imposible, no son capaces de hacer eso. Lamentablemente, los entrevistados no cuentan con referentes acerca de la masculinidad que les permitieran matizar esa violencia, no cuentan de forma sostenida con hombres que les permitieran integrar lo masculino como una posición no violenta, no excesiva, no traumática. O se tiene esta violencia, o se tiene una ausencia radical.

La última categoría de este eje, llamada “pesadillas” habla de cómo los elementos traumáticos y los no representados insisten en el espacio onírico en busca de representación, entonces los entrevistados declaran tener *un mal dormir*, justamente porque se hacen presentes aquellos elementos que ellos desean mantener fuera de la conciencia: “EH81: sueño que mi mamá viene a buscarme, que me despierta, mi papá igual y mi hermano chico, a veces los veo, los veo a los tres juntos en el sueño, he llegado a sentir que estoy durmiendo y están los tres ahí po..”

En el caso de EH81, la madre ha callado toda la infancia del entrevistado la violencia paterna, exponiéndolo a él a la misma y forzándolo a tomar un lugar de protección hacia los hermanos.

El hermano menor que aparece en el sueño, es aquel que se suicida tirándose a los autos, pidiendo perdón por no poder resistir más la vida de abusos vivida. Los tres aparecen en el sueño, se hacen presentes, están ahí mientras duerme. Las experiencias traumáticas de agresión paterna y del suicidio del hermano se hacen presentes, también la violencia materna no representada en la medida que él sueño que *mi mamá viene a buscarme, me despierta*.

5.2.4.2.- “Representaciones actuales”:

Con representaciones actuales nos referimos a los discursos acerca de los elementos que cobran relevancia en la actualidad de los entrevistados, temáticas bajo las que giran sus discursos d manera recursiva. Estos discursos se dividen bajo dos ejes principales: “el amor” y “pensamientos”. Revisaremos cada uno de ellos en detalle:

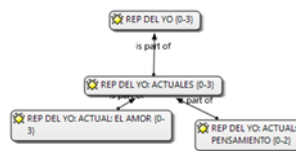


Figura 147

5.2.4.2.1.- “Amor”:

La categoría representaciones actuales, amor, muestra como los discursos de los entrevistados giran recursivamente en torno a esta temática. Este eje de análisis se divide en dos subejos: “lo representado acerca del amor”, es decir, los discursos que los entrevistados quieren directamente transmitir, contenidos acerca del amor con que se sienten representados e identificados; y “lo no representado acerca del amor”, es decir, aquellos elementos que los entrevistados señalan al respecto sin necesariamente poder dar cuenta de ello directamente. Lo “no representado” habla de las formas en que los entrevistados vivencian el amor, sin tener representaciones psíquicas acerca de estas experiencias:



Imagen 148

La primera categoría, “lo representado...”, conlleva una única categoría, denominada “estar 100% contigo”. Esta categoría revela cómo el amor, para los entrevistados, implica un espacio de encuentro con el otro que implicaría la ausencia de diferencias, de distancia. Solo así los entrevistados sienten que son realmente queridos y que pueden realmente amar:

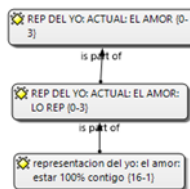


Imagen 149

EH22: “[hablando de las dificultades para establecer relaciones sexuales con su mujer bajo efectos del uso de sustancias] me imagino que en vez de estar con mi mujer, estoy con una colegiala de 15 años levantándole el jumper, para producir la erección , o me imagino que estoy haciendo algo con otra persona, no con ella, con alguna otra persona... algo que para mí no es limpio, es sucio, porque cuando uno está con una persona, uno tiene que estar con ella, tiene que haber conexión”

En esta cita EH22 nos habla del deseo sexual a su mujer y del amor. Tal como nos comenta, estar con ella, *amarla*, implica *desearla únicamente a ella*. Las fantasías sexuales, en tanto espacio de excitación, van en contra de este amor en la medida que recurre a otras mujeres como objeto sexual. EH22, en otras palabras, aspira a hacer coincidir amor y deseo en un mismo objeto, y la imposibilidad de aquello le angustia, le genera culpa: *es sucio*. Por eso evita

buscar a su mujer al momento de estar bajo los efectos del consumo, pues en esos momentos no puede evitar recurrir a la fantasía erótica, que rompe la conexión entre los dos.

“E: ¿cómo entiende usted que estando con ellos [hijos] puede estar sin consumir?/ EH72: porque cuando estoy con ellos me entrego 100% a ellos/ E: y drogarse significa no entregarse al 100%?/ EH72: es que no estoy con ellos, nunca lo he hecho con mis hijos y nunca lo voy a hacer tampoco, lo hago para llenar ese vacío que ellos me llenan, y me engaño llenándolo con otras cosas, me entiende?, pero yo a mis hijos no los cambio por nada..”

En la misma línea, EH72 nos habla de su amor a los hijos. El amor, como vemos, es algo que se da *al 100%*, sino *no se da*. Y amar es entregarse a otro; en el extremo, entregarse a otro al 100%, como él dice, *es perderse*. Entonces, cuando recibe el amor de sus hijos, el entrevistado *se llena*, por lo que se deduce que cuando entrega su amor, *se vacía*. Sin los hijos que lo llenen, requiere llenarse de otras cosas, drogas, porque si no queda a la luz el vacío que ha quedado de la entrega a otros.

En ambos casos, como vemos, el encuentro afectivo con otro implica la postergación e incluso la desaparición del sujeto para entregarse 100% al otro. Amar a otro toma el cariz de la simbiosis, de la fusión, en la medida que no hay espacio para las fantasías personales, para la diferencia entre ambos. El amor en esta medida *llena de otro y vacía de sí mismo*, necesitando entonces del otro de manera permanente para no sentir la huella de su ausencia. Dejar un poco de sí en esta entrega es una *deslealtad*, es cambiar a los hijos por otro interés, es dejar de amar a la mujer por la preferencia a colegialas. La *deslealtad*, *la infidelidad*, marca todo el vínculo y los entrevistados se esfuerzan porque el encuentro con otro tenga el carácter de esta *entrega total*.

La categoría “amor, lo no representado”, muestra el reverso de esta condición. Por una parte, su primer eje de análisis, denominado “no quiero estar contigo (pareja)” muestra como justamente esta fusión no es siempre una situación cómoda para los entrevistados; sin embargo, para ellos no existe la posibilidad del distanciamiento relativo de sus mujeres pues sino caen nuevamente en la fantasía de infidelidad y del desamor. Los entrevistados entonces se quedan con sus parejas hasta el final, es decir, pese a todo, pese a la violencia que puedan ejercer contra ellos, los engaños, etc. pues tomar distancia siempre es sinónimo de una radical separación. La única manera de quedarse junto a ellas, entonces, es no poder simbolizar la rabia, el dolor, y entonces niegan sus emociones:



Figura 150

“EH82: una vez estaba en la cocina y ella [pareja] me tiró un plato hondo, me pusieron 12 puntos acá/E: qué hizo usted después de eso?/ EH82: me fui al hospital (ríe), porque sangraba harto/E: y después del hospital?/ EH82: nada, no hice nada/E: pero se enojó con ella?, le dejó de hablar?/ E82: claro que me enojé, pero de hecho ella misma me acompañó al hospital, porque no pensó que había sido tanto.. me acompañó al médico y me pidió disculpas y todo eso..”. Como vemos, EH82 es agredido fuertemente por su mujer. Pese a que vemos cómo el comenta que por ello se enoja con ella, en realidad es un enojo que no tiene manifestación, pues no hace nada, no se aleja de ella, no toma distancia; es más, ella lo acompaña al médico y

piensa que su agresión no es tanto, minimizando su violencia, cosa que tampoco parece molestar a EH82.

La categoría “odio estar con mis hijos”, muestra la misma dinámica en torno a los hijos: “E: oiga, y ser papá, no le ha dado un sentido?/ EH61: no, ya no.. si usted supiera cuanto amaba a mis hijas... pensando tontamente, preferí que fueran felices ella a yo, porque para mí no era correcto que no estuvieran con su madre/E: [en otro momento de la entrevista] y no trató de encontrar otra vía por la cual verlas [a las hijas]?/ EH61: no, después fue el lapso que me fui al norte, para arrancar de todo, mejor dicho..”

Tal como vemos, EH61 nos comenta que en un momento de su vida, sus hijas eran un *sentido de vida* para él, porque en este tiempo él *las amaba*. Sin embargo, porque se separa de su mujer y decide no pelear la custodia de las niñas, se aleja de ellas. No puede, sin embargo, tomar una distancia relativa, sino que únicamente una distancia radical. Deja de verlas para siempre, se va al norte arrancando de todo, *huyendo* de ellas, estableciendo la distancia más radical posible con sus hijas. El odio que pueda despertar la relación a los hijos no encuentra una simbolización matizada, si no que siempre extrema: o se está 100% con alguien, o se abandona, *se arranca* de él. Los otros *llenan* al estar junto a ellos, o *vacían* al alejarse. No existe la posibilidad de conservar algo de sí en ninguno de los dos extremos, el sujeto se pierde en la relación a otros, o se fusiona al otro o queda como su *deshecho*.

5.2.4.2.2.- “Pensamientos”:

La categoría pensamientos revela la cualidad de los pensamientos que declaran como recurrentes. Esta categoría presenta un único eje a analizar, denominado: “lo no representado”:

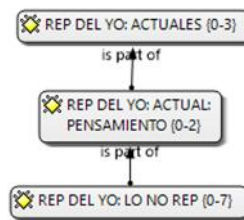


Figura 151

Esta categoría revela cómo lo que cobra más relevancia en el campo de las representaciones es justamente las experiencias que no alcanzan un estatuto simbólico a cabalidad, y que por ende no logran ser transmitidas mediante representaciones que logren dar cuenta de ellas y articularlas como parte nodal de la historia personal. Dentro de la categoría “no representado”, vemos que los principales contenidos que tienen esta cualidad son: lo masculino, la rabia, la pérdida de otros y los matices de la experiencia afectiva. Veremos cada uno de ellos:

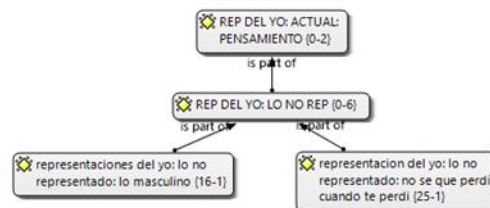


Figura 152

La categoría “no representado, lo masculino”, muestra cómo los entrevistados giran una y otra vez en torno a las interrogantes que les deja la posición masculina en ellos, una condición que se vivencia como algo que nunca ha advenido a cabalidad y que por lo tanto genera inquietud, angustia, perplejidad: “EH91: no soy capaz de hacerlo [terminar su carrera], no soy capaz/ E: qué le pasa?/ EH91: no puedo hacerlo, así de simple... yo me di cuenta que más allá de la droga, como que.. no puedo, no puedo, es que es como que no sé cómo hacer algo con eso, ponerle la firma mía, no puedo../E: es por este rollo suyo con el tema del título, eso eso?/

EH91: y no solamente eso, sino que muchas otras cosas, de repente cuando me pongo a arreglar cosas, hago todo, todo, y lo último me cuesta, la última... ponerle la firma a la hueá ya se me complica, no puedo, no puedo, no lo hago... el título, encuentro, es una farsa, una farsa..”

Para entender esta cita, es necesario comentar que es el padre de EH91 quien le impone a su hijo el ideal de *ser universitario*. El padre ha estudiado en la universidad, pero no ha podido terminar sus estudios, cayendo en el alcoholismo pues se siente *un fracasado*. EH91 carga con esta deuda paterna, pero esta deuda es puesta por el padre en el plano de lo ideal, de la virilidad, de la potencia, de la capacidad. Estudiar y la potencia física están al mismo nivel. EH91, *pequeño y delgado* desde niño, participa de clases de karate, inducidas por el abuelo paterno, para que aprenda a *defenderse como un hombre*. Se le induce a estudiar pero no se le apoya económicamente, entonces estudia y trabaja para ser lo que el padre desea, *un profesional*. Sin embargo, como el padre, no puede terminar sus estudios, como el padre no puede terminar nada, es *impotente: ponerle la firma mía, no puedo!, no puedo, no puedo, no lo hago*. La raíz simbólica de la función paterna es aquello que falta, y por ende la potencia, la virilidad, la capacidad de *poner el nombre propio* es algo que se logra sólo parcialmente: *no puedo, no puedo, no lo hago, soy impotente, no sé qué hacer con eso*.

Dadas las falencias en la transmisión simbólica que rondan la función paterna, existe para los entrevistados la sensación que existe un código masculino que ellos desconocen: la tesis entonces es una farsa y más adelante el mismo entrevistado dirá: “EH91: *es que al fin y al cabo, tampoco estoy para satisfacer la necesidad de la mujer, porque no puedo, no puedo hacerlo, de niño, porque no supe... porque la mujer también requiere un compromiso que yo... yo no tengo la capacidad de hacerlo po!*”. Lo masculino es algo que desconocen, porque de niño es algo que

no se sabe, que no se recibió, que no advino en ellos y por ende, no se tiene la capacidad de responder como hombre, de satisfacer la necesidad de la mujer ni de establecer un compromiso con ellas: *no puedo hacerlo, de niño, no puedo.*

Los elementos que circulan en torno a la masculinidad remiten tanto a la carencia de su condición simbólica como a los efectos que aquello conlleva en el campo de la virilidad y la potencia. EH91, por ejemplo, se siente *impotente*, impotente como hombre para una mujer, pero impotente también para dar su nombre a una creación, para poner su firma. La categoría “no sé qué perdí cuando te perdí” habla de cómo, por estas mismas dificultades, los entrevistados presentan duelos no resueltos especialmente con las figuras de sus padres. Llama la atención que del total de entrevistados, más de la mitad de ellos refiere como causa de su consumo de sustancias, emociones ligadas al duelo por la muerte de su padre, muerte en varios casos ocurrida hace muchos años. La muerte del padre ha generado en ellos una pérdida que no encuentra representación, los entrevistados claramente han perdido algo de sí con su partida, pero desconocen qué: “E: me llama la atención que la muerte de su papá le afectó tanto, en su personalidad me dice?/ EH43: lo peor es la pena, así como que de repente uno... tenga que ser otra persona, ya no tengo derecho, ya no tengo derecho a ser el que era antes..” “EH61: a mí antes de los 18, antes de hacer el servicio [militar], a pesar de ser alto y fornido, todos me pegaban/E: espéreme, pero eso empieza a pasar después de la muerte de su padre/EH61: después/ E: antes no?/ EH61: antes no/E: por qué cree usted?/ EH61: hubo un tiempo.. hubo un tiempo en que no me gustaba la violencia.. no sé si dejaba que me castigaran, por darle una explicación, como buscando yo mismo castigo/E: castigo frente a qué?/ EH61: por no tener a mi padre../E: pero sentía culpa?/ EH61: pero culpa de qué iba a tener.. puede

ser culpa de no tener padre, no sé.. y esto me sucede, me sucede hasta el día de hoy, es algo que no puedo explicar..”

“EH72: después de la muerte de mi papá yo me empecé a poner irritable, no le aguantaba nada [a pareja], la trataba mal, la gritoneaba... me puse machista, como me decía mi papá, empecé a hacerle caso a mi papá después que él se murió, una cosa así.. y también cometí errores, infidelidades... para pasarla bien, para subir el ego de hombre, una cosa así.. es una cuestión de ego, no de amor..”

Vemos como EH43, EH61 y EH72 sienten que cambian radicalmente tras la muerte de sus padres. Aquello que pierden, que *se lleva el padre al morir*, aparentemente tiene relación justamente con la función simbólica de la función paterna: la culpa que invade a EH61 tras la muerte del padre, es justamente la *culpa de no tener padre*, y a falta del padre castigador que ha muerto, se deja castigar físicamente por otros. Esto sólo cede tras la realización del servicio militar, doctrina castrense que aparentemente hace las veces de una suplencia de la función paterna, y entonces el *cuerpo robusto y fuerte* puede hacerse valer como tal, ya sin el apoyo constante del padre que *enseña a ser hombre* sólo a través de los golpes. En el caso de EH72, la muerte del padre le lleva a ser el hombre que el padre le exigía estando vivo como un ideal: *ser hombre es ser machista, violento con la mujer*. EH72 entonces *gritonea a su mujer, no le aguanta nada*; y la engaña con otras mujeres. La partida del padre se ha llevado su *ego de hombre*, y entonces necesita esta nueva conducta para sentirse viril y potente. Dado que la función paterna no ha logrado instalarse simbólicamente en los entrevistados, ha sido la presencia real del padre aquello que ha actuado como una suplencia de esta función. La muerte del padre se lleva todo lo que implica la función paterna en el campo simbólico, manifestando su ausencia particularmente en el campo de la virilidad. El padre, al morir, se

lleva consigo los códigos que rigen la masculinidad y el intercambio social, se lleva el ego de hombre de los entrevistados, dejándolos únicamente con la culpa de ser simbólicamente sin padre. Es por ello que han perdido el derecho a ser las personas que eran, *ya nunca más pueden ser los mismos*.

5.2.4.3.- Lo no representado, lo simbólico en el cuerpo:



Figura 153

La categoría “lo simbólico en el cuerpo”, muestra cómo ciertos elementos que serían esperables de aparecer como elementos del discurso con cierta elaboración simbólica, aparecen justamente por su carencia simbólica presentados en el espacio del cuerpo, a través de la tendencia al paso al acto, alucinaciones, etc. El primer eje de análisis, “efecto bola de nieve”, muestra como los entrevistados hablan de la presencia de afectos no representados que irrumpen en su vivencia cotidiana, generando justamente el paso de un devenir pausado y simbolizado a una existencia que pareciera cursar por fuera del tiempo y el espacio de las representaciones personales. Esta experiencia es la forma en que los entrevistados hablan de los momentos previos al uso de sustancias, un pensamiento que se vuelve *revuelto*, que angustia: “E: usted me dice que le viene un click que activa todo/EH43: sí, es que si a mí no me da ese click y me nublo, no me dan ganas de tomar/E: ha pensado que activa este click?/ EH43: es la angustia, la angustia, cuando ya me empiezo a angustiar.. y el estrés.. yo decidí no volver

más donde mi mujer porque generalmente todo partía ahí, llegaba a la casa y claro, ella me apoyaba, debo reconocer que me apoyaba hartito, pero también se burlaba de mí, porque a mí a veces me daba el ahogo que le decía yo ayer y ella se burlaba de mí y yo partía haciendo mi caminata, mi procesión ... yo le decía, sabes, no me gusta que me digas así... me humilla”

EH43 nos habla de la muerte del padre, y cómo tras ella empieza con eventos de abuso de alcohol y cocaína, saliendo a caminar *en una procesión* en la que *se pierde*. La mujer, frente a esta angustia, *se burla* de su condición, se burla de su impotencia, y le apoda *Olguita Marina*, tratándolo como mujer. EH43 siente *este click que activa la procesión*, en la medida que se mezclan los afectos centrados en la pérdida del padre, padre que se ha llevado consigo el código masculino, unido a la humillación de ser tratado por su mujer como una mujer. Ambas experiencias le refriegan su *impotencia*, su carencia, su falta. *Y cuando estoy así*, nos dirá EH71, *como que meto la cabeza dentro de la juguera, revuelvo todo, revuelvo emociones, miedos.. después me los tomo y no sé ni lo que estoy tomando...* La burla de la mujer reaviva la vivencia de feminización del entrevistado, junto a la carencia simbólica del padre. Se siente entonces angustiado, nublado, y se activa el *click mental* que hace que los pensamientos y las conductas se revuelvan.

La categoría “el deseo como necesidad del cuerpo”, muestra como en general los entrevistados ubican sus deseos y su subjetividad a nivel de la necesidad corporal, remitiendo su condición deseante y de sujeto a una condición orgánica: “E: por qué su decisión propia de dejar la cocaína no le funcionó?, ¿por qué tuvo que hospitalizarse para poder detenerse?/ EH81: para desintoxicarme, porque ... o sea, pienso que al desintoxicarme existe menor probabilidad que yo pueda volver a consumir, porque el cuerpo no me va a pedir tanto..”

“EH82: Antes yo era fuerte, lograba todo... salía de problemas económicos, familiares, lo que fuese se solucionaba.. pero con el tiempo me fui sintiendo solo../E: que cambio en usted?/
EH82: en mí?.. pienso que puede ser el consumo, o sea, medicamento hablando, el ser humano al consumir sustancias le afecta el cerebro..”

En el caso de EH81, el cuerpo *no le pedirá drogas* tras la desintoxicación, omitiendo el deseo de consumirlas como la base de su adicción. En el caso de EH82, el sentimiento de soledad es producto de cómo el uso de sustancias ha afectado su cerebro, omitiendo un cambio emocional, etc. La categoría “lo que me falta simbólicamente, lo siento en el cuerpo”, de forma similar, ubica carencias simbólicas en el campo del cuerpo orgánico: “E: por qué usted cree que fue tan fuerte la muerte de su papá?, siempre lo es pero usted mismo dice que los otros lo superaron y usted no, por qué cree que usted no?/ EH62: ahora que.. o sea, después de lo que he sabido.. puede haber sido porque químicamente me haya faltado/E: químicamente?/ EH62: o sea, me refiero a que uno con pastillas puede.. como se llama, la sertralina, con la sertralina me sentía bien, entonces sería bueno subir la dosis y no bajarla... porque químicamente.. me faltó algo, algo que me haga sentir bien y pensar en el futuro.. estoy inventando, no sé si será así o no, pero a mí me hace sentido..”

En este caso, EH62 considera que la muerte del padre lo ha marcado, no por las carencias simbólicas que su vida junto a él le han dejado, sino porque *químicamente carece de algo*, de algo que le daría la posibilidad de proyectarse en el tiempo y aferrarse a la vida. En la misma línea, EH13 nos dirá hablando de su impotencia sexual: “me dijo mi señora que igual puede haberme afectado la droga, pero si me hubiera afectado, me habría afectado antes.. yo creo que no tuve los golpes vitamínicos como corresponde, cuando era chico.. cuando era chico.. eso es lo que más pienso”.

La categoría, el deseo como vacío, muestra las dificultades para poder articular el deseo como tal, entonces este se manifiesta a través del vacío, sino de la necesidad, como vimos: “E: por qué cree que consume?/ EH32: por el vacío que tengo, el vacío que tengo, un vacío interno, de no ver a mi hijo, la rutina de la pega a la casa, de la pega a la casa, me encierro y quiero puro.. un trago..”. Para EH32, las *ganas de ver a sus hijos* y el deseo de salir de la rutina, se sienten como un vacío que lleva a consumir, que *se llena* con trago.

Los afectos dolorosos que no encuentran simbolización se manifiestan también bajo dos ejes principales: la presencia de alucinaciones o de intentos de suicidio. En ambos casos se trata de afectos que buscan una forma de expresión, pero que al no lograrse aparecen irrumpiendo en la experiencia, por fuera del dominio del yo: “E: qué piensa en esos momentos?/ EH41: en la muerte de mi papá... es como una voz interna que me va hablando siempre/E: qué le dice esa voz?/ EH41: me trata mal, como que yo.. yo no valgo la pena, que esta es la pena que me merezco, que tengo que estar viviendo, drogándome y tomando y sufriendo, que no me merezco estar haciendo dormir a mis hijos, por ejemplo... es que el hospital me recuerda todo a mi papá, todo... yo a veces bajo al subterráneo, bajo y lo veo a veces, nunca he soñado con él sí, nunca..”. En el caso de EH41, el padre se aparece en el subterráneo del lugar donde trabaja, se hace presente. *No puede soñarlo*, como una representación más de su psiquismo, sino que se le vuelve real, y aparece esa voz que recuerda a la voz paterna que lo humilla, lo ofende y le dice, a su vez, que *no es merecedor de ser padre*. La falla en la simbolización de los elementos paternos aparece mediante la alucinación, voces e imágenes perturban al entrevistado porque la muerte del padre ha revelado su ausencia simbólica.

“EH72: [hablando de su primer intento de suicidio] fue para la risa porque me tomé las pastillas que eran para que llegara la menstruación, así que no me hizo nada, me tome una caja entera y

no me hizo nada... yo vi pastillas no más, no me di cuenta, me las tomé no más/E: eran de su mamá, de quién?/EH72: eran de mi mamá”.

Este ejemplo ha sido analizado anteriormente, por lo que remitimos al lector a ese análisis. Lo relevante es decir que el intento suicida del entrevistado toma la forma del aborto materno, es decir, habla acerca de los escasos significantes que le ubican como producto del deseo parental, lo que efectivamente denota el contenido de su historia pero que el entrevistado nunca refiere como tal. Las dificultades en la simbolización de la experiencia se manifiestan en los entrevistados a través del cuerpo en sus diversas vertientes.

5.2.4.4 Representaciones adictas:

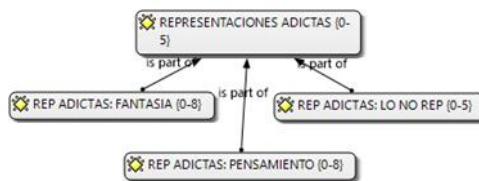


Figura 154

Con representaciones adictas nos referimos a las representaciones que según los discursos de los entrevistados aparecen frecuentemente en estado de consumo de sustancias. Abordamos en esta categoría a representaciones que efectivamente aparecen, como también a contenidos biográficos que no logran simbolización y que sólo de vislumbran por su ausencia. Esta categoría se divide en tres ejes: “fantasías”, “pensamiento” y “lo no representado”. Abordamos en detalle cada uno de ellos:

5.2.4.4.1.- “Fantasías”:

Los entrevistados nos comentan que el espacio mental que se activa con el uso de sustancias es un espacio que denominan, de fantasía, es decir, existe la vivencia de una experiencia que tiene cierta cuota de artificialidad, como muestra la categoría “lo que siento con drogas es falso”:



Figura 155

“EH51: yo creo que es más por estar solo, por no ver las cosas que están pasando, olvidarse.. Aunque son puras mentiras que uno olvida, porque no se olvida, los problemas los borra por un momento, al otro día amanecen todos, están ahí mismo..”

Tal como nos dicen EH51 y EH91, la experiencia de consumo tiene algo de *falsedad*: se olvidan los problemas temporalmente, pero estos *siguen ahí, no se han movido*. Esta condición, sin embargo, a veces confunde, en la medida que se trata de una experiencia que está entre lo real y lo irreal, lo cierto y lo falso: “EH91: empecé a ver sombras, imaginar cosas po, cosas que pienso yo que son imaginación pero si uno se pone a experimentar podrían ser reales y prefiero.. porque yo no creo en fantasmas.. pero quien soy yo para..?”. Se siente tan real que *no hay problemas, que creo por un minuto que estos no existen; se sienten tan real las sombras y los fantasmas, que creo por un momento que estos existen*. El espacio intermedio que propicia el consumo entre lo cierto y lo falso, entre la vida y la muerte, confunde y convida a mantener el uso de sustancias, porque en la fantasía *todo es posible*. Esta condición confunde, y entonces los sujetos sienten que “enloquecen”: “EH92: lo peor es que después empezaron a aparecer fantasmas, imágenes falsas.. yo perdí el límite con la fantasía, así que dije hasta aquí

no más llego, yo no quiero, no quiero perder mi juicio, se fija, y de hecho de ahora en adelante voy a tratar de hacerle una apología al juicio, es decir, tratar de mantener mi juicio..”

5.2.4.4.2.- “Pensamientos en consumo”:

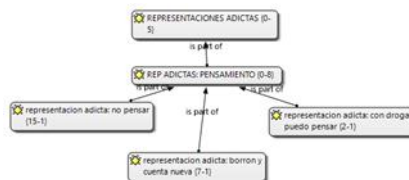


Imagen 156

La categoría “pensamientos en consumo” muestra el devenir de las representaciones bajo efectos del consumo y revela el placer que el uso de sustancias permite. La categoría “no pensar” revela cómo el placer del uso de sustancias está centrado en dejar de dar vueltas a los pensamientos que se reiteran una y otra vez. El placer del uso de sustancias esta justamente asociado a poder detener el curso invasivo de esas asociaciones: “E: me podría explicar qué era lo agradable?/ EH31: con droga?, estando con los chiquillos, como que me salía del foco, me olvidaba de todo, me centraba en la pura sensación..”

Sin embargo, el placer de la abstinencia es similar. La abstinencia implica *un renacer*, un *nuevo comienzo*, un *borrón y cuenta nueva*, es decir, actualizar ese deseo de dejar de dar vueltas a los mismos pensamientos y cometer los mismos errores asociados a ellos: “EH52: en este momento me siento contento porque me van a venir a buscar y voy a empezar una nueva vida... pero no estoy como en las nubes, siento que todo está bien pensado, bien pensado, voy a abrir el negocio de nuevo...”. Entonces, ¿cuál es la particularidad del efecto del uso de sustancias, qué es aquello que efectivamente se busca mediante su utilización?. Parece ser que el uso de sustancias otorga a los entrevistados la sensación de no sólo dejar de pensar las mismas cosas y de la misma manera, sino que empezar a *pensarlas bien*:

“E: pero qué le gusta de la cocaína?/ EH31: es que me deja pensando... pienso...”

“EH71: al final la cocaína me empezaba como con una psicosis, todo negativo, pero al principio como que me abría la mente realmente a como yo estaba.. porque como que lucido.. me estaba escondiendo, no aceptando lo que tenía../E: cómo es eso que le abría la mente?/ EH71: se me abría la mente, no po, tú estai mal, lo que tú estás haciendo esta mal..”

El uso de drogas atempera la angustia, contiene, y permite que los pensamientos fluyan, que el sujeto se deje de esconder de sí mismo y pueda aceptar lo que tenía. Entonces ese espacio/tiempo que brinda el consumo les permite darse cuenta en que están mal y pensar, proyectarse al futuro sin tanta angustia, *pensar bien*. La *juguera de pensamientos* que lleva al sujeto al consumo se detiene, y estos se ordenan parcialmente, por a anestesia que la sustancia propicia. *Dejar de pensar para pensar bien*, es lo que la sustancia permite al atemperar la angustia que de otra manera parece no ceder.

5.2.4.4.3.- “Lo no representado”:



Figura 157

La primera categoría de este eje, lo no representado, nos muestra como los entrevistados giran en su pensamiento, una y otra vez en torno a los mismo elementos. La gran diferencia con respecto a la abstinencia, es que estando bajo los efectos del consumo, al fin los expresan: “EH32: [respecto de la madre que calla el abuso sexual del padre hacia su hermana] pudo haber cambiado la cosa si ella se hubiese ido de la casa y lo hubiese denunciado../E: nunca lo ha hablado con ella?/ EH32: lo mismo, que por los niños.. no siempre lo hablamos, de repente

no más, cuando yo llego con alcohol sobre todo, le digo es que usted! Y blablá!.. y empezamos como a discutir, pero ella se queda callada y ahí me encierro en mi mundo.. y ahí me quedo..”. Como vemos, eso que supuestamente no existe para EH32, el *odio a la madre, la recriminación a la madre*, aparece sin embargo cuando él consume alcohol. En esos momentos puede al fin recriminarla: *es que usted! Y blablá!..*, al fin decirle el daño que su complicidad ha causado. El silencio materno, nuevamente su misma ausencia, hace que EH32 vuelva a su estado habitual, *encerrado*, pensando de nuevo en eso que no puede superar: *y ahí me quedo*. El consumo habitual de alcohol, hace que del tema no se hable mucho, pero sí lo suficiente para que él pueda manifestar su rabia, su dolor. Una y otra vez, en un esfuerzo de conseguir respuestas de la madre, se emborracha para *perderle el respeto*, dejar de verla como víctima y pasar a verla también como victimaria. Al fin su silencio logra una representación.

En la intoxicación aparecen afectos que en la abstinencia no se reconocen propios, incluso ni siquiera se verbalizan. Por ello muchas veces los entrevistados dicen consumir sin sentido, pues no logran ver la conexión entre sus afectos y su padecer emocional, o solo la ven parcialmente: “EH11: no me entiendo a mí.. o sea, yo he analizado mi vida.. yo antes era como una persona normal, o sea, tomaba los fines de semana, en reuniones a veces, ahí no estaba el bicho de la droga... ni yo entiendo cómo cambiar tanto!”. En el caso de EH11, nos relata una vida centrada en los maltratos y abandono paterno, la muerte del único hermano que suple parcialmente la función de padre y la obligación temprana a asumir el rol del hombre de la casa. Y pese a ello, no entiende el sentido del uso de sustancias en su vida, no comprende *cómo ha cambiado tanto*, no puede hablar de la transformación subjetiva que le ha implicado tanto padecer emocional, y entonces parece que su consumo respondiera a otra cosa: *al bicho de la droga*.

5.2.5. Discursos acerca de las sensaciones:

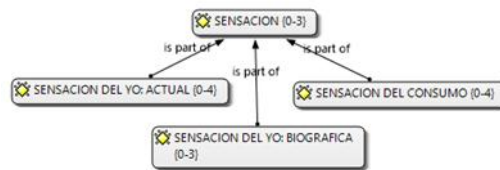


Figura 158

Con “Sensaciones” nos referimos a discursos acerca de las vivencias que los entrevistados refieren como sensaciones del cuerpo. Esta categoría se divide en tres ejes: sensaciones actuales, sensaciones biográficas y sensaciones del consumo. Revisaremos cada una de ellas en detalle:

5.2.5.1.- Discursos acerca de las “sensaciones actuales”:

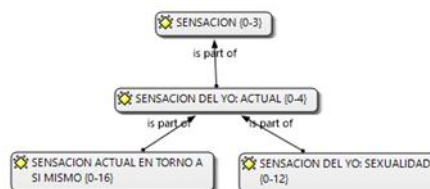


Figura 159

La categoría sensaciones actuales, nos habla de la cualidad de las vivencias eróticas de los entrevistados, según sus discursos. Esta categoría se divide en dos ejes: sensaciones en torno a sí mismo y sensaciones en torno a la sexualidad. El eje “sensaciones en torno a sí mismo” habla acerca de las sensaciones acerca de la propia subjetividad, la relación del sujeto con su existencia. La categoría “sexualidad” habla específicamente de la vivencia erótica o no en el campo de la sexualidad. Revisemos primero la categoría “sensaciones en torno a si mismo”:

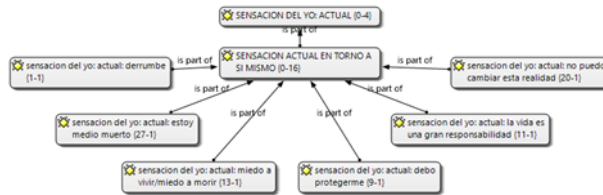


Figura 160

El primer eje de análisis es denominado “derrumbe” y muestra como los entrevistados describen su estado actual en torno a la angustia del desarme del sí mismo, del declive de sus capacidades e incluso de la pérdida del juicio. Eso los lleva a pensar en la muerte: “EH82: me quiero morir, porque he sufrido harto en la vida, hartas cosas he pasado y pienso que ahora me está pasando la cuenta... antes yo era fuerte, era..ehh... lograba todo, problemas económicos, problemas familiares, lo que fuese se solucionaba... pero con el tiempo me fui sintiendo solo, solo y me fui metiendo en el tema bohemio... hasta ahora”

“EH92: la psicosis tiene que ver con un estado cognitivo alterado, cierto?, o sea, yo percibo las cosas de forma acrecentada, que es como... uno no matiza, no matiza, es todo muy turbio, entonces estar en una atmosfera así.. ya no lo puedo, no lo soporto, fácilmente me puedo suicidar/E: lo ha intentado?/ EH92: no, pero me mataría, porque en la medida que se va entrando en un estado de relación psicótico... imagínese una habitación dentro de otra habitación, dentro de otra habitación y otra habitación y cada vez... cada habitación en la que usted se va metiendo es más pequeña, entonces llega un momento en que usted entra prácticamente en un closet, se fija?..”

La sensación de derrumbe de la personalidad, que pasa no sólo por la *pérdida de las capacidades* de solucionar los problemas para EH82, o la *pérdida del juicio* para EH92, es algo que angustia, porque lo que se siente que se pierde es algo fundamental para poder existir

como se ha sido antes. Hay una *discontinuidad* entre *ese que se fue* y el que *se es ahora*, y lo que angustia es la imposibilidad de poder retomar la propia existencia como solía ser. Las categorías “estoy medio muerto” y “miedo a vivir/miedo a morir” muestran como los entrevistados sienten que, por este declive, acceden a un espacio intermedio *entre la vida y la muerte*, y sienten que no quieren o pueden estar cabalmente en ninguno de los dos. Su existencia ha dejado de ser la que era para pasar a ser un ser *ni vivo ni muerto*: “E: como que no puede proyectarse en el tiempo?/ EH61: no es que no pueda, no quiero proyectarme, porque no quiero futuro.. ahí volvemos a la misma cuestión del principio../E: pero porque piensa que se va a morir?/ EH61: claro, pero no me muero!, he salido duro, para lo único que he salido bueno/E: pero es como un círculo vicioso, porque por un lado no vive porque piensa que en todo va a fracasar, todo lo va a perder, cierto?, pero también cree que si se aferra a la vida, se va a morir, entonces se trata de matar y no se muere../EH61: exacto.. es que todo, o sea, nada me funciona!, porque las veces que me he intentado matar no he muerto, como le digo yo, la gente se muere de una pancreatitis y yo he tenido tres!, me han pasado balazos cerca de la cabeza y hasta he saltado y las balas no me pegan... esta es la parte en que yo me río, si es para la risa..”

Como vemos, EH61 *no puede aferrarse a la vida*, porque siente que todo lo ha perdido, pero tampoco a la muerte, porque al querer morir esto es algo que tampoco le resulta: *todo le funciona y nada le funciona a la vez*. No puede amar la vida pero tampoco la muerte, entonces en un espacio intermedio entre ambas existe en un tiempo sin tiempo, sin proyección, sin deseos.

La sensación del derrumbe lleva a los entrevistados a pensar que la única manera de sobrevivir, irónicamente es la muerte. El derrumbe se asocia a la vivencia biográfica de la vulnerabilidad,

por lo tanto, mientras se mantengan con vida, para poder responder como *el macho* que se ha esperado que sean, deben actuar “protegiéndose”: “EH61: me dan vuelta todas esas cosas en la cabeza, por no haber sido el hijo que tendría que haber sido para mi padre, el hombre fuerte, no sé... para todos soy una persona indolente, todos me critican porque nunca digo nada, pero yo todo me lo guardo, no demuestro nada, soy como una tortuga”. La vida, entonces, no es un espacio de disfrute, sino una lucha constante, donde se debe *responder como hombre*, pero donde además no se puede proyectar un futuro, porque la muerte es un lugar más seguro y cómodo a veces. Vivir aparece entonces como una “gran responsabilidad”: “EH41: todas las noches pienso en mis hijos porque no quiero olvidarme de ellos y hacer una estupidez/E: siempre está la ideal de la muerte en usted?/EH41: básicamente, está constantemente conmigo/E: cuál sería la motivación para dejar de vivir?/ EH41: pagar, pagar, pagar/E: pagar qué?/ EH41: mi ineficiencia, mi responsabilidad [en la muerte del padre]/E: pero eso siente también cuando consume?/ EH41: sí”

EH41 nos habla que la única razón para mantenerse vivo son sus hijos, *no quiero que ellos crezcan sin un padre* dirá, pues cree que para sus hijos sería muy traumática su partida. Todas las noches piensa en sus hijos para recordar su responsabilidad de estar vivo para ellos. EH41 vive sin gusto, *por deber*, pero también la muerte es un deber, *es pagar, pagar* por no haber salvado a su padre de la muerte. Su consumo, espacio entre la vida y la muerte, lo mantiene vivo y muerto a la vez. EH41 camina y consume pensando en morir, en *pagar*, y entonces muere y paga, muere en la medida que abandona su vida, su trabajo, sus hijos, su vida normal y paga porque siente que se castiga, que *lo castigan*: lo golpean, le roban, etc.

La categoría “no puedo cambiar esta realidad” muestra que para los entrevistados este estado es un estado sin salida, estático, sin proyección, sin variables. La muerte es una salida que sin

embargo no llega, y la vida no tiene la cualidad vital que se esperaría para poder ser feliz. En este estado se mantienen entonces: “E: siente que le faltó sentirse deseado [por sus padres], una cosa así?/EH13: eso, sí.. por eso soy así.. y también por lo que viví, porque mi familia toda falleciera, eso también me ha afectado.. y a lo mejor por miedo a vivir o a dejar esta vida, pero la cosa uno no la hace, no la manda..”

“EH21: yo con lo intenso me siento vivo, siento que tengo que estar, que no hay margen de error y eso me hace sentir vivo”.

Como vemos, lo que no pueden cambiar de esta realidad es la sensación de no haber sido deseado por Otro. EH13 lo dice directamente, hablando de su nacimiento, y de cómo la muerte de su familia reaviva esta disyuntiva entre no querer vivir ni querer morir: por eso soy así. EH21 nos dice que con las cosas intensas se siente vivo, siente que tiene que estar, que su vida es necesaria, que no hay margen de error, como si la necesidad de su existencia estuviera en duda, como si su vida respondiera al error. Esta condición de la existencia, uno no la hace, no la manda, y por ello no la pueden cambiar, sucede a su pesar: *por eso soy así*.

El segundo eje de la categoría sensaciones actuales, denominado, sexualidad, nos muestra como la vida sexual es un reflejo de esta misma sensación vital. Existe una tensión que deja a los entrevistados entre el encuentro y el desencuentro, generando una vivencia de frustración y de padecer.



Figura 161

La primera categoría, “la sexualidad, un exceso”, nos muestra como la vivencia de la masculinidad paterna como un exceso, ha dejado su huella al nivel de la propia condición viril: “EH91: yo buscaba el amor, pero tenía el amor inocente en mi mente.. ya después me di cuenta que no iba a encontrarlo.. al final yo igual caí en eso, también era después como adicto al sexo... hasta que después un día la corté/E: por qué buscaba una mujer tras otras?/ EH91: no, no buscaba, de repente me llegaban po, yo nunca fui un galán, nunca fui un tipo que supiera conquistar una mujer..”

“EH32: yo por ejemplo, soy bien caliente, esa es la verdad, soy bien caliente, demasiado caliente [...] es una cuestión enfermante [...] yo buscaba una, dos, tres, lo que fuera, lo que se pudiera, hasta cansarte, hasta que no dábamos más..”

Los entrevistados hablan acerca de sus dificultades para entablar una relación con una mujer. Su *impotencia*, cuando se manifiesta en el plano social, se trata de *no saber conquistar* una mujer. Luego de pasada la barrera del primer acercamiento, impulso sexual toma el cariz de la adicción: *era como adicto al sexo*, dice EH91; *yo buscaba hasta que no dábamos más*, dice EH32. El impulso sexual es, entonces, *enfermante, incontrolable, adictivo*. El sujeto no puede hacerlo propio, queda tomado por este exceso. La única forma de detenerse es *cortarla de raíz*. Y eso implica para los entrevistados alejarse radicalmente del encuentro sexual o ser impotentes corporalmente. Eso es lo que muestra la categoría “fallo en el plano sexual” y “no puedo amar”: “E: pero usted ha hecho una vida solitaria?/ EH71: esa es la gracia del ser humano, uno se puede controlar”

“E: qué es lo que le pasa en el plano sexual?/ EH13: puedo pero no respondo del total, no logro llegar hasta el final.. me dijo mi señora que igual puede haberme afectado la droga, pero si me

hubiera afectado, me habría afectado antes.. yo creo que no tuve los golpes vitamínicos como corresponde, cuando era chico.. cuando era chico.. eso es lo que más pienso”.

Ambas citas muestran salidas diversas a la vida sexual. EH71 no tiene pareja ni vida sexual hace aproximadamente 7 años, señala que tiene deseo pero que *se puede controlar*. El ímpetu sexual ha sido postergado indefinidamente, luego de un tiempo de acercamientos adictivos a diversas mujeres. EH71, por su parte, se ha vuelto impotente, no logra mantener relaciones sexuales con su mujer. Tras una juventud de una *sexualidad enfermante*, ésta se detuvo por la *impotencia*. Tal como muestra esta última cita, la representación viril falla simbólicamente, entonces su ausencia es vivida desde el excesivo ímpetu viril o desde la impotencia. Es la experiencia infantil, *los golpes vitamínicos simbólicos* que no tuvo EH13 cuando niño, las palabras amorosas de un padre que le mostrara los códigos de la masculinidad, aquello que ha afectado el despliegue de la virilidad en el encuentro con una mujer.

5.2.5.2.- Discursos acerca de las “sensaciones biográficas”:



Figura 162

Con sensaciones biográficas, nos referimos a las sensaciones que la experiencia vivida ha dejado como huella. Los discursos de los entrevistados se dividen bajo dos ejes: “sensaciones en torno a sí mismos” y “sensaciones en torno a otros”. Profundizaremos a continuación en cada uno de ellos:

5.2.5.2.1.- Discursos acerca de las “sensaciones biográficas en torno a sí mismos”:



Figura 163

Las “sensaciones biográficas en torno a sí mismos” nos muestran esos restos emocionales que perduran en el entrevistado como vivencia de su niñez. La primera categoría de este eje, “la vida me ha tocado dura”, muestra como los entrevistados sienten que pasivamente han tenido que enfrentar situaciones de alto impacto emocional desde muy temprano en sus vidas, situación que no sería posible escoger, sino que se trató de una condición dada: “E: cuál es la sensación suya de su infancia?/ EH51: una infancia pobre, una mamá sacrificada, cociendo para CEMA Chile, lavando vestidos, trabajando de empleada para sacar 8 hijos adelante.. eso me acuerdo yo..”. Tal como vemos en la cita, muchos entrevistados, cuando recuerdan su niñez, la recuerdan desde la posición materna: *cociendo para CEMA Chile, lavando vestidos, trabajando de empleada para sacar 8 hijos adelante*. Los entrevistados sienten su infancia desde el sacrificio materno, identificándose con ello al punto de sentirlo un sacrificio personal. Complementando esto, la categoría “tuve que ser demasiado responsable” revela como los entrevistados recuerdan su infancia desde la obligación, la presión, a tener que asumir el rol paterno, rol para el que no se sentían preparados: “EH11: mi papá tomó la actitud de no meterse en nada, así como que quede la escoba no más... lo ignoraba/E: entonces a usted le tocó tomar la posición del hombre de la casa, ese es el punto?/ EH11: sí po, y creo.. es que yo

no le echo la culpa del consumo, o sea, con la vida que me ha tocado, pero.. también fue a lo mejor un escape..”

EH11 necesita escapar del lugar del *hombre de la casa*; la actitud paterna, de *no meterse en nada*, lo presiona a ser cabeza de familia y eso es parte de lo duro de la vida que *le ha tocado* vivir. Ser *demasiado responsable*, se repite en los entrevistados, dando cuenta que enfrentar la vida se torna una presión insoportable, en la medida que evoca estas presiones asumidas tan tempranamente. La identificación a la madre como la asunción de un rol paterno, hacen que la niñez se tiña de dolor, entonces la vida se vive “acostumbrado al dolor”; esta categoría muestra como el padecer psíquico pareciera ser la emoción más estable y conocida para ellos: “EH42: lo que pasa es que cuando a uno le pegan constantemente, uno forma una callosidad, ya no duele, o si duele y está la herida, esta todo eso duro, está feo.. yo creo que me pasa eso.. me costaría mucho como que se limara eso y que sanara esa piel de nuevo..”

La personalidad actual es esa defensa al dolor, la *callosidad que protege la herida*, que permite que los golpes *ya no duelan*, y es una personalidad *dura y fea*, que no se lima, que no permite ver la parte sana que se protege de la violencia. La actualidad es una respuesta al dolor sentido desde la infancia, relacionados a la identificación con la vulnerabilidad y padecer maternos, así como con la ausencia feroz del padre.

5.2.5.2.2.- Discursos acerca de las “sensaciones biográficas en torno a otros”:

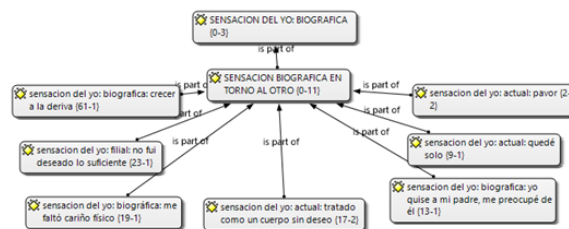


Figura 164

En relación a lo anterior, la categoría “sensaciones biográficas en torno al otro” revela las emociones y sensaciones que surgen en torno a los recuerdos de la infancia. El primer eje de análisis es “crecer a la deriva”. Producto de la vulnerabilidad materna y la ausencia paterna, los entrevistados sienten que han tenido que *criarse solos*: “EH92: yo no tuve idea de vacaciones po, no me sacaron a ningún lado, no conocí una linda navidad, navidades con mi papá ebrio.. yo andaba todo chascón, con el pelo desarmado, mal vestido, con pantalón de lana, ridículo po!/ E: por qué eran así con usted?/ EH92: porque mis padres no entendían, tenían un concepto muy atrasado de... mi madre tenía muy poco trabajo intelectual, muy poco, muy poco... mi padre, si bien es cierto que tenía cultura, no era cariñoso conmigo... tal vez yo no era el tipo de hombre, el tipo de muchacho que él quería, no sé po..”. En el caso de EH92, representativo del total de los entrevistados en este sentido, la negligencias en sus cuidados responden a la falla materna, a su debilidad, a su vulnerabilidad, en este caso: *su falta de cultura*, y a la ausencia paterna, ausencia que se interpreta como falta de amor y reconocimiento: *tal vez yo no era el tipo de hombre, el tipo de muchacho que él quería*.

La categoría “no fui deseado lo suficiente”, muestra justamente este último punto. Los entrevistados no logran concebir su existencia en torno al reconocimiento paterno o de ambos padres, lo que les haría sentirse deseados finalmente. Generalmente, se repite la frase *no fui el hombre que él [padre] deseaba, o que él merecía*, tal como dice EH91, pero también esta ausencia se siente en otros aspectos: “EH13: antes de mí, nació otro hermano, que falleció... mis hermanos decían que si no hubiera fallecido él, yo no habría estado... eso también... eso también... me siento mal, me siento mal con eso, es como que... llegaste tú de chiripazo!, una cosa así... aunque a lo mejor mis hermanos me lo decían por broma o no sé po, pero a mí me llegó..” . La duda respecto de haber sido deseados se asocia a la sensación de no haber sido

reconocidos; y esto, en general, aunque no exclusivamente, es algo que se espera de las figuras masculinas que ocupan un rol paterno. En la misma línea, las categorías “me hizo falta cariño físico” y “tratado como un cuerpo sin deseo”, muestran como el intercambio interpersonal entre ellos y sus padres *es frío*, centrado en la satisfacción de la necesidad física, en desmedro del ámbito afectivo: “EH71: de niño, mis papás se separaron cuando yo tenía 6 años y de los 6 hasta los 10 no es mucho lo que recuerdo de esa etapa... me mandaron a vivir donde una tía, estuve viviendo un tiempo, o para otro lado, siempre andaba de lugar en lugar/E: no vivía con ellos?/ EH71: sí viví con ellos pero no tengo un lazo de hijo a madre o de hijo a padre, no tengo ese cariño, no tengo ese apego, era como una obligación de que tienes que comer, que tienes que tomar el té y se acabó, pero más allá no hay nada”. Es importante señalar que en la mayor parte de los casos, esta sensación es algo que se remite no sólo a la figura del padre, sino que también a la madre. Los entrevistados describen *madres frías, poco afectivas, incapaces de demostrar el amor*. Los entrevistados, por aquello que interpretan como el *sacrificio materno* intuyen el amor hacia ellos, pero no es algo que las madres demuestren directamente: “E: ¿es parca o sumisa, su mamá?/ EH42: más parca, es más sequita ella, pero es un amor, yo la adoraba, la doy vuelta a besos/E: y ella disfruta eso?/ EH42: no sé, no sabría decirle, yo creo que igual no le gusta mucho que la aprieten, que yo la apriete”. Los entrevistados en coincidencia describen madres, como las de EH42, *parcas y sumisas*, pero más *parcas*, que detrás de esa fachada *son un amor*, aunque *no les gustan los cariños*, porque estos son *apretones: no le gusta que yo la apriete*. La necesidad es entonces satisfecha como tal, sin deseo: *era como una obligación de que tienes que comer, que tienes que tomar el té y se acabó*, pero más allá no hay nada.

Por su parte, la categoría “yo quise a mi padre”, muestra como los entrevistados sienten que una de las primordiales sensaciones que les deja la infancia es haber amado a sus padres, sin sentir que ese cariño fuera auténticamente recíproco: “EH72: cuando se separaron [los papás], nos quedamos con mi papá, y mi papá desaparecía. Yo en varias ocasiones le decía a mi papá que él no era mi papá/E: ¿por qué?/ EH72: por la forma en que nos trataba, por la forma en que nos abandonaba, pensaba en él primero, segundo él y lo que sobraba para nosotros...” [el entrevistado cuida a su padre hasta el día de su muerte]. La categoría se llama “yo amé a mi padre”, porque los entrevistados, aunque no siempre lo dice, articulan su vida en torno a remarcar el amor sentido hacia sus padres. De alguna manera, reafirmar el amor a sus padres les ayuda a entender que el desprecio sentido de parte de los padres no ha sido su responsabilidad, aunque no alcanzan a atribuir toda la responsabilidad a ellos. Esta condición da cuenta de la necesidad de encontrar un lugar en el deseo paterno. En el caso de esta cita, el entrevistado ha cuidado a su padre hasta su muerte, pese a las dificultades que eso le acarrea en la actualidad y pese al dolor que el abandono paterno le causó. Su vida gira en torno a afirmar una y otra vez la incondicionalidad al padre, al punto que llora la muerte del padre y no entiende *por qué no la puede superar*. Y dice: *le decía a mi padre que no era mi padre*, reafirmando su paternidad por sobre su no paternidad. EH92 nos decía antes: *mi padre no era cariñoso conmigo.. tal vez yo no era el tipo de hombre, el tipo de muchacho que él quería*, atribuyéndose a sí mismo esa responsabilidad.

La otra emoción que despiertan los recuerdos infantiles, es descrita por la categoría “pavor”, que gira también en torno a la figura paterna: “E: ¿qué sensación tiene usted de chico?/ EH21: no fue grata.. fue grata hasta ciertos años con mi mamá, pero por el lado de mi papá, me producía angustia, angustia, fueron muy pocos los momentos agradables con mi papá..”. La

violencia paterna es descrita por los entrevistados como una situación que angustia, y que los mantiene siempre alerta: “EH12: se ponía a pelear, se ponía odioso, entonces mi hermano mayor y yo salíamos a defenderlo... entonces se vivió, una vez al mes, o no sé po, dos veces al mes, pero era una preocupación que uno tenía...”. La expectativa angustiosa, en esta medida, marca a vivencia. Se trata de una expectativa que sin embargo siempre es superada por el desborde de la violencia paterna.

La última categoría de este eje es “quedé solo”, en la medida que la sensación vital que se enhebra hasta ahora es la de una soledad radical: la ausencia y violencia paternas, así como la fragilidad y negligencia maternas, los hace sentirse *radicalmente solos*, sujetos que han tenido que tempranamente hacerse cargo de sí mismos, *criarse, cuidarse y cuidar de otros*: “E: pero esa sensación de soledad es algo que ha tenido toda la vida o sólo ahora de adulto?/ EH52: casi toda la vida, casi toda la vida... siempre la inseguridad, la soledad, estar con mi mamá no más... soledad en los trabajos, porque trabajo que me buscaba me gustaba hacerlo solo, soledad en la casa porque me gusta encerrarme a tomar un trago, porque tomaba solo/E: por qué le gusta estar solo?/ EH52: yo creo que me crié así, se dieron las cosas, se fue dando la vida así..”

“EH12: yo soy el menor de seis hermanos, pero prácticamente pasaba... jugaba solo, porque mis hermanos... bueno, yo igual estudiaba pero jugaba solo no más, no me juntaba con nadie, a lo más agarraba la pelota y me ponía a patear la muralla, eso es todo lo que hacía..”

EH52 nos habla de su sensación de soledad, que es lo mismo que *estar con su mamá*. Se trata de una madre que no contiene, que no sostiene, y entonces estar con ella es estar igualmente solo. Hacer todo solo porque *uno ha quedado solo, se ha sido siempre solo, me crié así, las cosas se dieron así*. EH12 nos cuenta que pese a tener 5 hermanos, vive solo y juega solo, a un juego que no es recreativo, sino que compulsivo: *patear la muralla, eso es todo lo que hacía*. El

trato del sujeto a partir de sus necesidades corporales y no afectivas, la falta de reconocimiento paterno, la ausencia de los cuidados maternos, la obligación de asumir un lugar de contención para otros, le han impedido al sujeto jugar, establecer un espacio de fantasía que sea lúdico, que le permita acomodar la realidad a su merced, al menos provisoriamente. La vida entonces es *pura responsabilidad*, es *defenderse* contra el dolor, preocuparse de no volver a quedar a la deriva, estar solo porque uno mismo es la única compañía posible.

5.2.5.3.- Discursos acerca de las “sensaciones del consumo”:

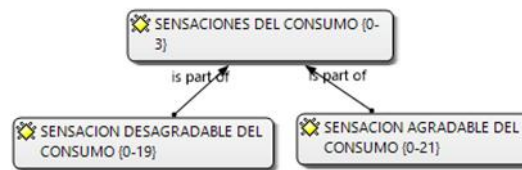


Figura 165

Describimos bajo esta categoría, a las sensaciones que los entrevistados declaran sentir bajo los efectos de las sustancias que consumen, y por lo tanto esperamos del presente análisis luces acerca de las razones de la adicción que presentan. Esta categoría se divide bajo dos ejes principales: sensaciones agradables y desagradables. Profundizaremos en cada una de ellas a continuación.

5.2.5.3.1.- Sensaciones Agradables del consumo:

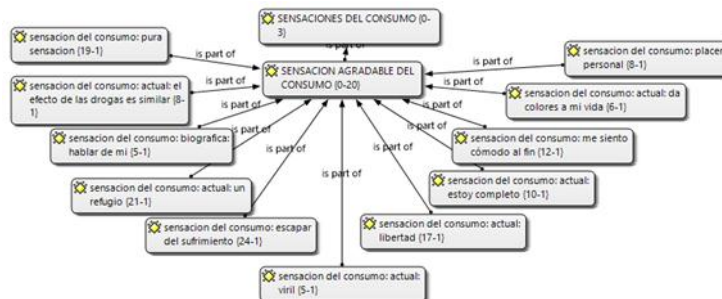


Figura 166

La primera sensación que se describe como agradable, es aquella que engloba la categoría “pura sensación”: “E: ¿qué le hace sentir la coca?/ EH92: la coca me dejaba en éxtasis po, que son fantasías que pueden ser desde sexuales a... sensaciones que son agradables, sensaciones del sistema nervioso central... por ejemplo, todo tu cuerpo es como un gran glande, estai en un extasis, pero después, al cabo de cinco minutos todo se vuelve un caos... todo esto son placeres que, al fin y al cabo, son un desastre... no es un placer natural..”. Como vemos, la sensación agradable del consumo de sustancias es una sensación de una cualidad sexual: *todo tu cuerpo es un gran glande*. No hay otra forma de describirlo, pues sino se trata de sensaciones indescriptibles, alejadas de la experiencia: *sensaciones agradables del sistema nervioso central*. Los entrevistados describen que acceden a esta sensación a través de diversas sustancias, y entonces de alguna manera, “el efecto de todas las drogas es similar”: “EH13: no pensar, o sea, olvidarse un poco de los problemas/E: y qué sentía con la cocaína/ EH13: con la cocaína es lo mismo, porque es una volá que hace, que tiene uno... que también es buscar algo que... lo que pasa es que donde dejé de tomar, como que algo me faltaba, creo yo, entonces ahí consumía cocaína..”

“EH82: me quedé pensando en la pregunta de si el alcohol y la droga tenían o no las mismas sensaciones o síntomas, y pensándolo bien, sí po, las dos cosas tienen un trasfondo que es.. como libertad, como ser, en el caso mío, más sociable, andar más contento, sí, es similar..”

El sentido del consumo de cualquier sustancia es *no pensar, olvidar* un poco los problemas, sentirse *libre, más contento, más sociable*, llenar *el vacío* que se siente interiormente, y *pensar bien*. Mientras cumpla ese objetivo, la droga cumple su finalidad. Las sustancia se escoge entonces en torno a minimizar los efectos indeseados que conllevan: “EH72: con la cerveza no

me pasa nada de eso, me relaja no más, me desestresa, no sé si será, no sé qué será lo que me desestresa, pero eso”.

Las sensaciones esperadas del consumo de drogas son las siguientes categorías. “Hablar de mí”, por ejemplo, muestra como los entrevistados sienten que bajo los efectos de la sustancia pueden romper la barrera de la vergüenza y el miedo a la humillación, y al fin mostrarse como son realmente: “EH71: yo sacaba mi timidez, la dejaba de lado y la reemplazaba...”. La sustancia otorga además la sensación de libertad: “EH91: la sensación es que te libera, te hace sentir bien po!, uno de repente no valora su vida y la cocaína lo transporta a uno/E: lo transporta a un estado en que siente que valora su vida?/ EH91: claro, porque mi sistema, mi trabajo es un trabajo de hombre pobre y los trabajos de hombre pobre son rudos..”. La *libertad* surge de poder, al menos parcialmente, evadir la cotidianidad, la responsabilidad, la vida de *hombre pobre, el trabajo rudo* y transportarse a otro lugar, a otra realidad, que le permita valorar estar vivo.

Las sustancias permiten también, bajo esta misma lógica, sentirse “cómodos al fin”: “EH81: en el fondo es como que tú vives en otro mundo, o sea, estas con gente que a uno lo escucha, que uno puede contar sus cosas.. que es lo que me pasó a mí en el fondo.. que se siente a gusto uno”. Con la droga, *uno es escuchado, reconocido*, y puede hablar de *sus cosas*, no está al servicio de los demás sino que por primera vez, los demás están al servicio de ellos. El placer de no tener que responder a otros esta también descrito en la categoría “sentirse completos”: “EH22: cuando estoy drogado, la verdad ni siquiera me interesa [el sexo], ni siquiera me interesa, prefiero seguir con esta otra emoción, que es más fuerte y más atractiva para mí”. Como vemos EH22 puede, al estar bajo los efectos de la droga, dejar de pensar en la presión de tener que responder como hombre. Puede, por una vez, dejar de estar interesado en el sexo,

como *todo macho* debiera hacerlo, para interesarse en algo que se vuelve más fuerte y atractivo para él. A la vez, en otros momentos la sustancia les permite sentirse *más hombres, más viriles*: “EH71: te sentís como más potente, con más energía, con más carácter, más yo, más lúcido.. eso uno lo esconde, igual soy tímido”. El uso de sustancias permite la posibilidad de manejar la realidad a su antojo, cosa que no lograron en su momento mediante el juego infantil.

En otros momentos, la sustancia permite “establecer un refugio” y “escapar del sufrimiento”:
“E: por qué ella [esposa] sabía que cuando usted estaba con trago, no se tenía que ir a meter?/
EH52: porque si yo estaba sobrio, ella siempre iba a seguir golpeando la puerta, alegando y paseándose para acá... mire, fue tanto el miedo que le llegue a tener, que un día la sentí abriendo la puerta y yo me arranqué, me arranqué para el patio mío, salte una pandereta y caí a la casa del vecino, había cactus, había espinas, no sé cómo la salté..”. Tal como nos dice EH52, el refugio que establecen con el uso de sustancias no es sólo simbólico, sino que muchas veces concreto. Porque bajo los efectos del alcohol o drogas pueden tomar una posición viril, sus mujeres toman distancia de ellos, distancia que no toman estando ellos sobrios. El *refugio*, en este caso, es un refugio concreto, *ella no se acerca si yo estoy con trago*. Con alcohol, además, *escapo del sufrimiento*, no sólo simbólicamente en tanto dejo de pensar en los problemas, sino que también en la realidad; *por el trago, tomo la fuerza física suficiente para saltar una pandereta y huir de la agresión de la mujer, y tomo por sobre todo el valor de escapar*.

El “placer personal” que implica el consumo, entonces es un placer que pone en primer lugar las sensaciones, pero también la anhelada satisfacción personal. El sujeto no gira en torno a satisfacer al otro, sino que por primera vez piensa en sí mismo y siente para sí mismo: “EH13: la verdad es que yo volado no tengo deseo sexual, estoy en mi volá, en mi volá no más, no tenía

ni ganas/E: por qué, siendo que eso hoy le interesa tanto?/ EH13: porque igual las drogas bajan.. tú te preocupas más de volarte, te preocupas de andar como querís andar..”. En palabras de EH13, *por fin te preocupas de andar como quieres andar, no según lo que otros te demandan*. Finalmente, la categoría “da colores a mi vida”, revela cómo a través del uso de sustancias, los entrevistados sienten esa vitalidad que les falta para sentirse vivos y salir del estado entre la vida y la muerte: “E: por qué se metió [a consumir]?/ EH22: porque no sé, había algo, había algo, no podía ser la vida tan plana, o sea, levantarme a las 7 de la mañana, marcar tarjeta a las 8, a las 6 volver a la casa a cambiar pañales, a un departamento así y escuchar alegatos de que esto y esto otro, ver la teleserie del momento y al día siguiente lo mismo!, no podía ser así, no podía ser así!... entonces yo fumaba y todos los días en la mañana llegaba hasta arriba del cerro santa Lucía, hasta la cima todos los días, trotando...”. Por la droga, la rutina deja de parecer *tediosa* y toma el carácter de vida, de vivo: trotar a diario, no acarrea el tedio de la rutina, sino que toma el carácter de vivacidad que le falta a la rutina. Un placer personal, fumar solo, trotar solo, tener la sensación de poder jugar con la realidad y modificarla parcialmente, la droga *da colores a la vida*, permite hacerse una rutina por fuera de la rutina, para caer nuevamente renovado en la rutina tediosa e inamovible.

5.2.5.3.2.- “Sensaciones Desagradables del consumo”:

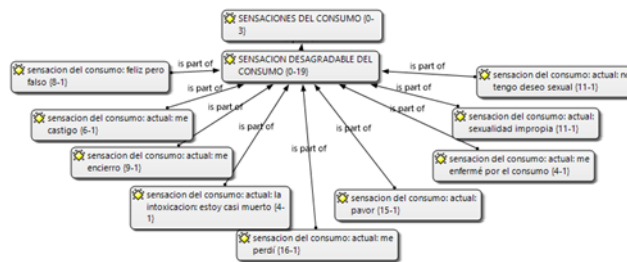


Figura 167

Los discursos acerca del costo de las sensaciones agradables del consumo han sido reunidos bajo la categoría “sensaciones desagradables del consumo”. Una de sus primeras categorías, “feliz pero falso”, da cuenta de cómo los entrevistados sienten que en este espacio de fantasía y satisfacción que permite el uso de drogas, prima la sensación de artificialidad, lo que finalmente lo torna desagradable: “EH71: [con drogas] sacaba mi timidez, la dejaba de lado y la reemplazaba... al final al fin es un engaño lo que produce, te hace creer lo que no es...”

“E: y olvidaba cuando tomaba?/ EH52: claro, me olvido porque empiezo a pensar en otras cosas, la vida de otra manera, lo malo es que el trago se va y la vida sigue igual.”. La droga como vemos, es un engaño, pues cuando se quita el efecto deja al descubierto que todo sigue igual, el placer y el displacer de ella del consumo es que te hace creer lo que no es. Tal como señala EH21: “al principio lo disfrutaba porque estimulaba mi imaginación, pero de todo eso que construía, no concretaba nada, entonces después se desmoronaba, era como... como... una escultura de hielo que al otro día era agua, nada más que agua y barro..”

Agua y barro, agua y barro es todo lo que queda de la ilusión de la escultura, *escultura de hielo* que emula la realidad pero que no logra tener el calor de la vida, de la piel. El uso de sustancias, es también sentido directamente *como un castigo*. Muchas veces no responde al deseo de evadir o dejar de pensar, sino que a castigarse, maltratarse directamente, y eso tiene siempre directa relación con la figura del padre y de cómo se le ha fallado a él: “EH42: claro, hay una parte de mí que no quiere olvidar, que yo tengo que sufrir por eso [por el sentimiento de culpa por la muerte del padre], como una parte de mí que me dice: no podis vivir la vida bien po!, voy perdido.. es que nunca... esta es la forma de pagar, ese era el castigo”. Se repite entre los entrevistados: *pagar porque he sido culpable de su muerte, castigo por no ser el hombre que él merecía*. En este sentido, el consumo encarna para ellos un castigo paterno, también una

retaliación. Se trata de saldar una deuda con el padre, una deuda que no para de ser cobrada por la figura paterna. Es la sensación de deber algo al padre aquello que articula el consumo como un castigo: *no podis vivir la vida bien po!*; y por no responder al canon paterno, se tiene la sensación de ir perdido. El consumo replica además una sensación tenida en la infancia en torno a la figura paterna: “pavor”: “EH21: comencé a sentir persecución, paranoia... empecé a ver conspiraciones y cosas y era un terror, terror, era pánico.. una vez en el departamento donde vivía con mi mujer y mis hijos, terminé drogado con una escopeta cargada, con un revolver acá y con otro revolver acá en un rincón, o sea, pobre la persona que abriera la puerta, entonces al final lo pasaba mal, una sensación de miedo, no de miedo, sino de pavor, pavor!”. El pavor, es una emoción descrita en la infancia en torno a la agresión paterna, y que ahora se describe en torno a las ilusiones que a droga provoca. La agresión paterna se ha inscrito en el cuerpo como una conspiración, como una persecución, y entonces es necesario defenderse *armado hasta los dientes*.

El consumo también se articula muchas veces como un “encierro”. Vimos anteriormente que el consumo permite una protección que permite el disfrute de la soledad y la independencia. A veces esta protección del otro se vuelve un *encierro*: “EH31: yo creo que todo es derivado de eso, de la soledad, yo puedo estar rodeado de 15 mil personas pero estoy solo, estoy ahí en una burbuja y no puedo salir..”

“EH91: la droga no te permite salir po, no te permite salir, sencillamente uno queda prisionero, yo no puedo digamos, no puedo..”

Tal como nos comentan EH31 y EH91, *el encierro* que implica el consumo es una burbuja, una *cárcel de la que no se puede salir*, aunque se desee. En abstinencia, vimos como los entrevistados se sienten fuertemente demandado por otros, quedando a merced de sus

deseos, sin poder hacerse cargo del propio. La droga, por una parte, brinda una sensación agradable de corte de esa posición, permite provisoriamente sentir un placer personal, libre de las demandas de terceros. Sin embargo, esta condición rápidamente se vuelve su revés, y los entrevistados pasan de sentirse atados al deseo de otros, a estar atados *al encierro del consumo*, como si esta vez la sustancia no los dejara libres: *sencillamente uno queda prisionero, yo no puedo digamos, no puedo*. La sensación de soledad entonces es radical: *yo puedo estar rodeado de 15 mil personas pero estoy solo*, pasando a vivirse la primera sensación de independencia como el abandono más total, la soledad radical de la existencia. En este sentido, por existir sin poder existir en relación a los otros, se replica la sensación: “estoy casi muerto”: “E: por qué se desbandó?/ EH91: porque me quería morir po, a lo mejor ya no tenía esperanzas..”

“EH31: porque yo digo, con todo lo que consumí, con todo lo que hice y deshice, tengo los ya todos los sentidos ya casi muertos en el momento, y ahí no quiero que me molesten, algo que me moleste en ese momento y dejo la escoba..”

Consumir en exceso, es un esfuerzo por *morir sin morir*, por mantenerse vivo en una vida sin esperanzas, sin proyección, sin futuro. Es también *matar el cuerpo*, matar los sentidos, para dejar de sentir la interacción con otros como una invasión, como una intromisión, pero ésta se siente igual y por eso algo que me moleste en ese momento, *yo dejo la escoba*. La muerte se anhela en tanto detendría el flujo interminable de la intromisión del deseo ajeno, y esto a través del consumo se logra sólo parcialmente, en la medida que la independencia pasa a ser rápidamente vivida como encierro. Esta *soledad radical*, es vivida también como el abandono más total, en tanto los entrevistados sienten que por el uso de sustancias se han perdido a ellos mismos. Esto es lo que muestra la categoría “me perdí”:

“EH31: yo me aislé, me fui del mundo, yo empecé a recorrer el mundo, cometí un asalto, o sea, mi mente se fue por el mal camino..”. *Perderse* a uno mismo es parte de esta independencia radical que se vuelve un encierro: es cortar la relación con otros, pero no sólo eso, *es irse del mundo*, la mente deja de estar en este mundo para irse a otro, *al mal camino*. El *mal camino*, entonces, es este espacio intermedio entre la vida y la muerte, pues no es parte de este mundo y el sujeto deja ya de ser el que era, la soledad radical le deja en este lugar de encierro.

Finalmente, la sustancia genera efectos indeseados en el campo de la sexualidad. La sexualidad se muestra descarnadamente bajo los dos polos en que ha podido inscribirse dadas las experiencias infantiles, es decir, o “no se tiene deseo sexual”, o “la sexualidad se vive como impropia”, como un exceso: “EH72: [hablando de que con consumo no tiene deseo sexual] el único placer que me daba la droga era el de seguir consumiendo/E: cómo hacía con su relación de pareja?/EH72: bueno, no digamos que el consumo es todos los días, pero.. ha sido mala, ha sido mala/E: qué ha pasado?/ EH72: ella tiene deseos y yo no.. me siento fracasado, frustrado, me siento mal..”

“EH22: el tema sexual puede ser muy lindo, muy elevado, muy entretenido, muy placentero, pero cuando uno pasa ciertos límites.. a lo mejor al principio, puede haber sido nada, una cosa que lleva a la otra, pero.. así como las drogas tienen un gran umbral de placer, eso también exige más y más perversión..”

EH72 no puede tener relaciones sexuales con su mujer, pues no siente deseo. La droga le da como *único placer* el consumir. En este sentido, el consumo le mantiene en la posición *de fracasado*, *de impotente* que ha sentido desde pequeño, en particular debido a las exigencias paternas acerca de su virilidad. EH22, por su parte, siente que la sexualidad, tal como la droga, *lo absorbe, le exige más y más perversión*. El encuentro sexual se busca en la medida que

denota este exceso, y en este sentido deja de ser placentero porque pasa ciertos límites. Tanto la impotencia como la perversión revelan la impotencia de los entrevistados para tomar una posición viril que guste, que satisfaga, que cause placer.

Este conjunto de vivencias desagradables, sentidas como impuestas y padecidas por los sujetos, les lleva a plantear que producto del uso de sustancias “*se han enfermado*”, marcando *un antes y un después*: EH11: [hablando de su consumo de sustancias] ahí ya estaba con 37 años.. si yo fui muy sano, por decirte, desde los 17, 16 años hasta los.. hasta los 35 po..”

“EH42: yo efectivamente quería morir, lo tenía balanceado.. he caminado, como se dice, por una cuerda muy delgada, pero me han salvado cosas puntuales y la vida de mis hijos, no quiero que crezcan sin mí, por eso quiero mejorarme...”

Estar *enfermo*, como vemos, en realidad no remite al cuerpo orgánico, sino que a la condición emocional de los entrevistados, aunque lo ejemplifiquen muchas veces bajo el padecer del cuerpo. Se trata, tal como dice EH42 de *la enfermedad de querer morir*, de caminar por *la línea delgada* constantemente. Esta condición entre la vida y la muerte, la soledad radical, *perderse* uno mismo, la necesidad de autocastigo, la imposibilidad de tomar una posición masculina que satisfaga, el pavor y la paranoia, todas estas condiciones asociadas a la vivencia de los sujetos con la imago paterna, son catalogadas como una enfermedad. Podríamos decir entonces, parafraseando las últimas citas: *yo fui yo mismo desde los 16, 17 años hasta los 37, luego me enfermé de mi historia con mi padre y la ausencia de mi madre, por eso no quiero que mis hijos crezcan sin mí, pero tampoco quiero repetir con ellos como fue mi padre, yo quiero mejorarme.*

5.2.6. Discursos acerca de la concepción subjetiva de tiempo:

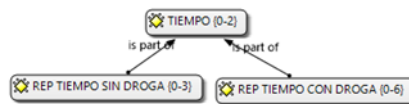


Figura 168

Los discursos acerca del tiempo se dividen bajo dos ejes: discursos acerca del tiempo sin droga y discursos acerca del tiempo con droga. Veremos a continuación cada uno de ellos:

5.2.6.1.- “Discursos acerca del tiempo sin droga”:

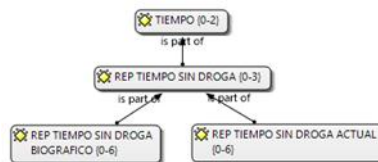


Figura 169

Las representaciones acerca del tiempo sin efectos del consumo se dividen bajo dos ejes: las representaciones biográficas del tiempo, es decir, la manera en que el tiempo ha sido vivido históricamente por los entrevistados, y las representaciones actuales, es decir, la manera en que se vive el tiempo en la actualidad. Veremos cada una de ellas en detalle:

5.2.6.1.1.- “Discursos acerca del tiempo biográfico”:



Imagen 170

Los entrevistados refieren, como primer punto, sentir que la vivencia de la infancia se quiebra abruptamente, por la obligación a tener que asumir un rol adulto. Esto es lo que muestran las categorías “un quiebre en mi vida” y “ser adulto muy joven”. Ser adulto muy tempranamente

es algo que los entrevistados refieren directamente como vivencia, por tener que asumir el rol paterno o de cabeza de familia: “EH31: [hablando de cómo devela el abuso sexual de la hermana por parte del padre] yo entonces me desvié de mis estudios, porque siendo un niño chico a uno se le olvidan las cosas, 9 años, 10 años, pero a los 14 no se olvida po!, yo crecí con eso ahí!”. En general la vivencia de asumir el rol paterno no es algo que se dé paulatinamente, y en esta medida genera la sensación de quiebre, de *un antes y un después*: “EH62: quiero morir desde que murió mi padre/E: qué edad tenía usted?/ EH62: 11 años/ E. y antes de eso?/ EH62: era una persona normal, yo creo, porque no tengo muchos recuerdos de los 11 años para atrás/E: se acuerda como era su padre?/ EH62: frígido, frígido, o sea, serio, si me portaba mal me pegaba correazos y yo sabía/ E: por qué?/ EH62: porque yo era el mayor y tenía que responder por todos, porque no estando él era yo el que seguía en la casa, por eso se me pedían explicaciones y tengo mucha frustración porque no pude ser lo que quería ser mi padre”.

Tal como nos relata EH31, él era quien seguía como *cabeza de familia* después del padre. El padre, *a golpes*, le exige tomar esa posición de relevo. Sin embargo, la muerte del padre lo fuerza a tomar la posición paterna a cabalidad, lo cual no logra hacer por ser un niño de 11 años. Eso le genera frustración, no sólo por no poder responder como jefe de familia, sino que sobre todo por no poder ser *lo que quería ser el padre*. La mimesis al padre, porque no se tienen los referentes simbólicos para asumir la función paterna, es lo único que permite adquirir medianamente ese rol. Al ser una posición imposible de tomar para un niño, esta obligación se instala como un quiebre vital, como una marca que les muestra el deber ser y a la vez la impotencia de hacerlo. Esta experiencia es la que se repite una y otra vez.

La sensación de asumir una posición adulta tan temprana es tal, que incluso los entrevistados refieren recuerdos, que impresionan como fantasías, acerca de haber sido niños muy precoces: “EH21: tengo recuerdos de haber arreglado una radio, tengo memoria de haber visto la radio abierta... mi papá y mi mamá estaban muy impresionados.. mi mamá tenía una máquina de coser, de estas Singer que tenía una polea de cuero... mi mamá no lograba hacerla enganchar y yo estaba en mi cuna, debo haber tenido 4 años.. y mi mamá se daba cuenta que yo la miraba.. y de repente bajé la rejilla del corral, bajé de la cuna, puse la polea, subí la rejilla de vuelta y la seguí mirando”.

EH21 sería en sus recuerdos un adulto muy precoz: *desde los 4 años, era capaz de ayudar a la madre en su labor de costura, mis papás estaban muy impresionados*. De alguna manera, esta cita revela, que la exigencia de adultez temprana es algo que se siente como una demanda de los padres desde muy temprana edad, y que se concretiza directamente al momento de tener que asumir el rol paterno.

La categoría “la historia se repite”, muestra como algo del orden de la relación paterno filial es sentido como algo que se repite: “E: por qué cree que su papá hizo lo que hizo [abusar de la hermana del entrevistado]/ EH32: yo creo que a lo mejor abusaron de él de niño.. que algo le pasó a él, dentro de la familia hubo, no sé.. creo que habían muchas fiestas en su casa, yo creo que algo le pasó a él, porque no es normal, no es normal..”

“E: [hablando de su crianza y como la relaciona a la historia del padre] usted cree que a su papá le pasó lo mismo?/ EH21: yo creo que a mi papá le fue peor, le fue peor porque mi abuelo era un tipo muy duro ... era un hijo de puta con la plata porque tenía mucho dinero, era un hijo de puta mi abuelo”.

Como vemos EH32 se explica que el padre haya abusado de su hermana, en la medida que él mismo haya sido víctima de abuso sexual. Esto habría sucedido dentro de la propia familia. Para EH32, la violencia paterna está asociada a la propia violencia vivida por el padre de parte del abuelo, el que era aún más violento que el padre: *era un hijo de puta*. La vivencia vivida en torno a los padres, en particular la violencia paterna, es para los entrevistados la repetición, la reedición de algo ya vivido por sus propios progenitores en torno a sus propios padres, entonces hay que cortar la cadena, como nos dice EH21: *yo no quería que ese niño [su hijo] tuviera un padre huevon, maricón, como el que yo tuve*.

5.2.6.1.2.- “Discursos acerca del tiempo actual”:

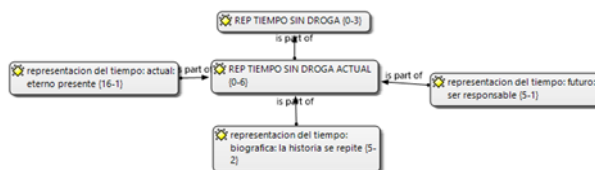


Figura 171

La vivencia actual del tiempo se describe en esta categoría. El primer eje de análisis que presenta, “eterno presente” muestra la imposibilidad de articular una actualidad que pudiera integrar armónicamente elementos del pasado en función de una proyección a futuro. Los entrevistados se esfuerzan por vivir únicamente el presente, para evitar recordar y/o repetir vivencias dolorosas del pasado. Aquello, sin embargo, les impide proyectarse al futuro: “E: esta situación le ha afectado a usted [el abuso de su hermana por parte de su padre]?/ EH31: sí, me afectó, porque siempre está ahí/E: siempre piensa en eso?/ EH31: ahora último no, pero.. prefiero.. es que en este tiempo él [padre] es critiano, no tengo nada que decir ahora, es buen padre, todo, todo ya está bien, pasado, pisado.. quizás todos lo perdonaron, pero yo no, yo no.. tampoco le digo que no voy a estar con él, si eso ya.. ya no, ya no, yo vivo con él incluso, él

conversa conmigo y todo el cuento, si yo no tengo nada, nada.. porque para mí sí, pasado, pisado.. estas cosas no sé si tienen repercusiones, no sé.. eso es cosa mía, lo de las drogas/E: pero usted siente que de alguna manera eso que sucedió con su padre le afectó a usted?/ EH31: yo creo que sí po, porque me aislé, yo me fui del mundo..”

EH31 nos habla de su vivencia en torno al abuso de su hermana por parte del padre. Señala, primeramente, que hoy no tiene *nada que decir* del padre, todo ya está bien. Sin embargo, a la vez, afirma que *no le ha perdonado*. Este *pasado, pisado* que repite frecuentemente da cuenta del deseo de olvidar, de poder tratar al padre únicamente como *el cristiano* que es hoy, el aparente buen padre. Pero los recuerdos lo atormentan, están siempre presentes, y eso no le permite perdonar. El pasado ha sido pisado pero no olvidado, y entonces en un esfuerzo de vivir sólo el presente, de amar al padre por el buen padre que es hoy, EH31 no puede proyectarse a futuro, porque se fue del mundo después de eso. *Hoy no tiene nada, nada..*

Esta imposibilidad de proyección a futuro se complementa con la sensación de que el pasado se repite. Las relaciones más importantes de los entrevistados, especialmente las de pareja o de padre e hijo, encarnan el fantasma de la repetición de la agresión paterna, por lo que el presente no se vive como tal, sino que se responde en torno al *pasado no pisado*: “E: por qué se casó entonces?/ EH21: porque ella no iba a abortar y yo tampoco quería que abortara, me parecía.. yo no estaba enamorado de ella pero sí la quería mucho y no quería que ese niño [su hijo] tuviera un padre huevón, maricón, como el que yo tuve.. eso fue/E: o sea, como de alguna manera para poder reparar con su hijo algo que usted no tuvo, una cosa así?/ EH21: exactamente, entonces yo dije coy a cortar aquí/E: sentía que algo se repetía?/ EH21: sí, a mi papá le fue peor, mi abuelo era un tipo muy duro, muy duro, era un hijo de puta..”

EH21 se casa para que su hijo no tenga un *padre maricón* como él ha padecido. A la vez, el padre ha padecido de la dureza del abuelo. Una cadena filial centrada en la violencia paterna que EH21 decide cortar, casándose con una mujer a la que no ama, por no ser el padre que él tuvo, un padre que *lo ha deseado muerto*. El tiempo entonces no es sino una repetición del pasado, y centrarse en el presente permite ilusoriamente cortar aquí. Eso, sin embargo, no se logra, y los entrevistados efectivamente repiten justamente aquello que no quería repetir: “EH32: [hablando de las causas de su separación] un día, recién estaba mi hijo, estaba al lado de la cama y la flaca [esposa] se me tiró encima y yo atiné a empujarla y la mandé súper lejos, se puso a llorar y yo le dije, flaca, hasta aquí no más llegamos, aquí murió todo.. pasa esto, primera vez, va a pasar una, dos, tres veces, yo lo viví, tú lo sabes, hasta aquí llegó todo...”. El presente como vemos, es imposible de tramitar sin relación al pasado traumático y doloroso. Un episodio de violencia conlleva a la historia de violencia padecida como hijo, entonces se prefiere dar término a la relación: *Ahí murió todo*. Repetir es intolerable, y sin embargo no pueden parar de repetir. Habitar el presente conlleva el riesgo permanente de repetir. Proyectarse al futuro, por su parte, implica la presión de tener que no hacerlo, por eso requiere de planificación y porta una gran presión. Eso es lo que muestra la categoría “demasiada responsabilidad”: “EH52: ahora es el momento de empezar una nueva vida, me va a ser difícil, pero voy a tener que asumir no más... estar cerca de mis hijos, de mi nieta, es todo lo que me interesa.. pero no estoy shockeado en las nubes, está todo como bien pensado, planificado, de abrir el negocio de nuevo en la casa, comprar una camioneta, está todo aquí en la mente, todo lo que voy a hacer ahora a fines de año, como que me ha servido hartito estando con trago, no lo había hecho, no lo había pensado”. La vida post consumo, entonces, debe rendir todo lo que hasta ahora no se ha podido. En el caso de EH52, ser buen padre y ser buen abuelo es su eje, en

la medida que repara lo que él no tuvo con su propio padre ya que éste alternaba sus episodios de violencia con largos momentos de ausencia. Para no repetir, entonces EH52 debe hacer cosas concretas: *abrir el negocio, comprar una camioneta*, etc. el tiempo de consumo le ha servido para armar este plan, *pensar bien* como no volver a caer en la repetición de la violencia y la ausencia paternas. El futuro, entonces, carga con una tremenda responsabilidad: *empezar una nueva vida, pasado pisado de verdad, esa es la expectativa*.

5.2.6.2.- “Discursos acerca del tiempo con droga”:

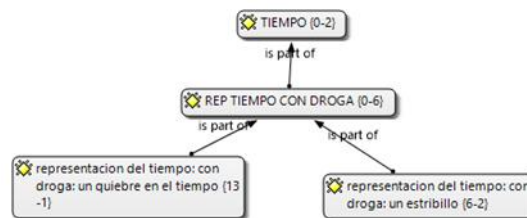


Figura 172

Los discursos acerca de la vivencia del tiempo bajo los efectos del consumo nos muestran dos ejes. El primero de ellos, llamado “un quiebre en el tiempo”, muestra algo ya dicho. El consumo de sustancias marca en el sujeto *un antes y un después*, por los efectos profundos respecto de la vivencia de sí mismo. Este quiebre no remite a un antes y un después radical, pues el sujeto vive en la tensión entre intentar volver a ser el mismo de siempre y perderse: “EH41: yo trato de hacer mi vida como bien normal, si usted me ve, yo trabajando en mi pega.. pero de repente, ahí va un chispazo.. y el hospital me recuerda todo a mi papá.. me acuerdo de él y ahí agarro vuelo/E: qué es lo que pasa?/ EH41: dentro mío empieza un conflicto, y la voz mala empieza como a ganarle a la buena, hoy tenis que salir, hoy te matai../E: pero consume para matarse?/EH41: no, de sobredosis no..”

EH41 hace un esfuerzo por mantenerse como siempre, como antes, lo más normal. Pero esto implica un esfuerzo, porque trata intencionadamente. En esta aparente normalidad, *lo asalta un chispazo* que confunde el tiempo, el padre muerto se hace presente, *todo me recuerda a mi papá*, y entonces la vida ya no se proyecta hacia el futuro: *hoy te matai*. La categoría “un estribillo” muestra como la vivencia del tiempo en estos momentos es de un tiempo sin tiempo, teñido por el pasado, el presente se vuelve un eterno presente: “E: su vida giraba todo en torno a conseguir la cocaína?/ EH92: no, no giraba en torno a eso, pero estaba en círculo.. es como, no sé po, como un estribillo, una canción puede hablar de muchas cosas pero tiene un estribillo particular que se repite, sistemáticamente... podemos cambiar la estructura de la canción, podemos cambiar las bases armónicas, no sé, pero el estribillo se adapta, se fija, y eso es lo que no quiero...”. El *estribillo* de la canción, sonido armónico, palabras puestas en orden melodioso, sin embargo, se repite y se repite al borde de atormentar. Se trata de un orden de las representaciones, representaciones referentes al pasado, que deja a éstas estáticas, sin posibilidad de nuevas asociaciones, en un orden fijo, inflexible, que deja al sujeto en un tiempo sin tiempo, se repite y se repite: *me acuerdo de él y ahí agarro vuelo, hoy te matai*. Bajo los efectos del consumo, el tiempo se transforma en un estribillo atemporal que los encierra en asociaciones sin salida, en un círculo donde el tiempo avanza solo para repetirse, y *eso es lo que no quiero*. Podemos pensar cómo las categorías anteriores nos muestran el deseo de estos sujetos de no repetir en la actualidad el tiempo pasado, y pese a ello el fantasma de repetición embriaga cada nuevo encuentro. *Ya no puedo, entonces, seguir siendo normal*, dice EH41, dentro empieza el conflicto: la normalidad es sólo una fachada, una careta. El futuro se muestra en su cualidad de ilusión, vacío.

6.- Discusión

6.1.- Discusión respecto de las entrevistas a mujeres:

6.1.1.- identidad: *yo no soy hija/soy yo mi madre.*

En el intercambio de experiencia entre mujeres de diversas generaciones, la primera transmitirá a la segunda simbolizaciones cruciales acerca del acontecer femenino y de lo que significa ser mujer. Esto es lo que las entrevistadas identifican como el rol materno, como una de ellas las llama: las *palabras de madre*. Este *código femenino* dista de ser un conjunto de funciones u operaciones, se trata más bien de un código vivo, libidinal, que remite a cada mujer a su propia historia, a los significantes que la representan y con los cuales ha podido simbolizar su cuerpo, su identidad y su historia. Serán estas *palabras de madre* las que darán valía simbólica al cuerpo y al Yo de la niña en el camino de convertirse en mujer. Lo femenino, entonces, adviene gracias a la función de las *palabras de madre*, que asignan a cada rasgo, a cada signo, a cada cambio somático del cuerpo de la niña un lugar de pertenencia, una direccionalidad y un sentido⁵, acercándola al camino de convertirse en mujer. Gracias a esto, la niña podrá (o no) reconocer con júbilo su imagen y experimentar grados diversos de conformidad e inconformidad en relación al cuerpo propio. Guyomard nos recuerda la necesidad para la niña que la madre reconozca con júbilo la condición femenina de su cuerpo, para advenir mujer (Guyomard, 2013). Estas palabras organizan entonces la condición subjetiva y erógena del cuerpo.

El *código femenino*, a su vez, es transmitido por la madre desde su propia historia, nunca es un código neutro, objetivo o descriptivo, se trata siempre de un código libidinal. Por esto, es signo de la relación que más fuertemente liga a mujeres de distintas generaciones: la *relación madre*

⁵ Ser hombre o mujer; ser parte de tal linaje de parentesco etc.

e hija. El código define parcialmente la función materna; según las entrevistadas, parte del ser madre es poder transmitir. Tomamos la idea de *palabras de madre*, del decir de una de las entrevistadas, para referirnos al peso que para el psiquismo de toda mujer toma de la realidad simbólica recibida de la madre, también respecto de lo que es *ser mujer*. Las entrevistadas relatan historias personales donde sus madres, lejos de vincularse a ellas de manera amorosa o fusional (como se ha descrito en la literatura), lo hacen desde el rechazo y/o la ausencia. Se trata de madres que ejecutan el rol materno con cierto desagrado, desinterés o abierta molestia y de esta manera ubican la indiferencia, con suerte al odio, como el afecto predominante de la vinculación a sus hijas. La trasmisión de lo femenino se ve fuertemente afectada en estos casos, así como también la posibilidad de encarnar el lugar de un objeto de amor para otro a la manera de un Otro simbólico.

Recordemos que, tal como nos lo dice Aulagnier, la madre, “a través del discurso que dirige a y sobre el infans, forja una representación ideica de este último, con la que se identifica desde un comienzo el “ser” del infans definitivamente percluido de su conocimiento” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 34). En este sentido, el análisis de los discursos de las entrevistadas nos revela, respecto de la identidad, que ésta se articula en torno a la experiencia de rechazo materno, producto del desencuentro permanente y reconocimiento frustrado con este Otro fundante. De la madre, diremos que lo que prima es su ausencia y la falta de placer en la vinculación con las entrevistadas en los encuentros de la temprana infancia. La ausencia materna sumda al displacer en el trato, esta carencia de gusto en el encuentro por parte de la madre, señales de la imposibilidad de la madre de encarnar el rol materno, es interpretado por las entrevistadas como señal de un rechazo fundamental, de un rechazo a su existencia y de una negativa a reconocerlas en el lugar de hijas, lo que articula su identidad. La identidad,

centrada bajo la lógica del rechazo, no logra dar lugar a la existencia como efecto del deseo ni de la madre, ni de la pareja (Aulagnier, 2010).

La madre no logra encarnar la posición materna y entonces trata a su hija como una igual, como una mujer. En este sentido, diremos que la madre no logra reconocer con júbilo la codición femenina del cuerpo de sus hijas, en la medida que no puede diferenciar entre ella y su hija, entonces su existencia se aparece bajo la lógica de la mismidad (Guyomard, 2013). La hija se presenta como otra mujer, su rival, o como la repetición de su historia, *ella misma*.

Para las entrevistadas, no ser reconocidas como hijas les impide, por una parte, concebirse a sí mismas como producto del deseo compartido de la pareja paterna. Esto se replica, como veremos más adelante, por los desencuentros con la figura del padre. Por ahora, diremos que este rechazo impide a las entrevistadas acceder a una identidad que pudiera darles un espacio referencial en la línea del deseo pero también de la filiación; es decir, se les impide acceder a una herencia simbólica, a un legado familiar, al *código femenino*, que al transformarlo y hacerlo propio le permitiera a su vez ser un sujeto que es parte de un todo superior, de una familia (Tisseron, 1995). Sumado a esto, las madres se niegan a hablar de su origen y de su sexualidad, en la medida que todo ello conduce al tema del origen. Se les niega un discurso acerca de su nacimiento y en esa medida, son hijas de madres, no de madre y padre. El tabú en que se convierte para las entrevistadas su origen no da cuenta de un tabú ligado a la lógica de la castración, ligado al secreto asociado al pudor de revelar un encuentro entre dos, sino que deja entrever el odio, el rechazo materno, un *no querer decir* por parte de la madre acerca del deseo que dio origen a la existencia. Esto les impide a las entrevistadas proyectarse en el pasado como un ser deseado y por ende, idear una proyección de sí mismo al futuro que le permitiera dar continuidad a la existencia (Aulagnier, 2010). Igualmente, ser *hija de madre* solamente, da

espacio a la concepción de la vida desde la omnipotencia materna, desde la negación del padre; el *no querer hablar* de parte de la madre acerca de la sexualidad de la hija, más esta omnipotencia materna, las deja a merced de un cuerpo que se torna siempre un exceso y que carece de la posibilidad de representar el camino de dar vida.

No haber sido reconocidas como hijas, surge desde la imposibilidad de parte de la madre de ubicarlas como *niñas*, en torno a la diferencia entre las generaciones. Se les ha tratado como una *igual* de la madre, prematuramente como *mujeres*, se les ha exigido tempranamente la encarnación de un cuerpo de mujer que no es tal, pues es un cuerpo infantil. En este sentido, se niega la diferencia generacional que permitiera regular el intercambio con el objeto; se niega el vínculo filial que pudiera establecerse entre las dos. Finalmente, no haber sido reconocidas como hijas implica además un no reconocimiento de su feminidad. Irónicamente, la exigencia prematura de ser mujeres encarna una privación de acceso al espacio de lo femenino, al *código femenino*; es producto de la privación de las *palabras de madre*. Las entrevistadas no reciben con referentes simbólicos otorgados por la madre que les permitiera devenir mujeres y simbolizar su cuerpo femenino; no participan de la transmisión de lo femenino o participan sólo en la medida de quedar privadas de aquello. No haber recibido un discurso acerca de su cuerpo como un cuerpo de niña, en proceso de ser mujer, es interpretado por las entrevistadas como un rechazo a su condición de hijas, niñas y potenciales mujeres. La maternidad, en este sentido, anclada al rechazo de la condición filial y femenina, se vuelve entonces como una experiencia intolerable, angustiada, sin palabras, que exige una reconstitución, una reparación para poder devenir. Las *palabras de madre* adquieren su potencia por su carácter libidinal y transmiten un código en el que se entretajan lo femenino, lo materno y lo filial, tres hebras de un mismo hilo, pero tres hebras distintas. Ser reconocida como hija, en un espacio de deseo

materno y paterno, es la base para que en el futuro pueda toda mujer devenir mujer, para poder sentirse cómoda con su cuerpo femenino, encarnar los cambios del cuerpo como cambios propios no padecidos, poder acceder a una sexualidad y una sensualidad anclada en una posición femenina que no convoque únicamente al vacío y a la disolución del yo. Ser hija, luego mujer, permite el acceso a una maternidad que entonces no sienta el encuentro con el hijo desde la vivencia de la repetición, y que pueda simbolizar el devenir de su cuerpo en gestación como tal, en camino de dar a otro una vida nueva.

El proceso de devenir niña, hija, mujer y madre está truncado en las entrevistadas. En el campo de las identificaciones, recordemos que para Aulagnier (2010) la identificación no es en torno a una imagen o un rasgo, sino que en torno a una respuesta. Por su parte, según Guyomard (2013), en la niña el acceso a una posición femenina requiere de un proceso complejo de identificación con la madre, donde la madre reconoce en la hija con agrado su condición de mujer. Esto es sólo posible en la medida que la madre haga valer ella misma la terceridad introyectada en su relación al infante (Guyomard, 2013) y en este sentido, es la madre quien debe recurrir a sus propios referentes simbólicos en torno a la castración para poder separarse de su hija y prestarse a la identificación, pues si en el momento de relación originaria y dual entre madre e hija faltan para la madre “representaciones de este idéntico narcisizado, surgiría la fusión [entre madre e hija] como figura del vínculo” (Guyomard, 2013. p. 48). En estos casos, lo femenino no ha podido advenir en la medida que no ha podido ser reconocido por la madre como tal, en la medida que convoca en ella su propio vínculo materno, y en ese sentido, a la fusión, a la mismidad (Guyomard, 2013), a la indiferenciación. La única identidad posible a la madre, se da en torno a que ambas, madres e hijas, habrían vivido y crecido en un ambiente de soledad radical en torno a sus propias madres, en la ausencia radical de un reconocimiento

fundante que pudiera permitirles articular su existencia en torno al deseo de Otro. Madre e hija han sido privadas del reconocimiento de su condición de hijas, quedando mutiladas de una identidad filial, generacional, femenina y materna. Vemos cómo esto las convoca a una condición transgeneracional. La madre reconoce a la hija entonces como una igual, único posible reconocimiento, pero ello deja a las entrevistadas en un tiempo circular, por fuera del tiempo lineal, sumidas en el retorno de lo mismo.

Las entrevistadas establecen con sus madres, como consecuencia, una relación especular, cuya evidencia causa rechazo. Esto conduce al establecimiento entre ambas de un vínculo que no tiene fin, ya que se establece por fuera del tiempo cronológico. La actualidad repite permanentemente el desencuentro y revive la experiencia materna en varios sentidos.

La posición femenina, porque remite a lo pulsional, a lo originario y a un estado anterior a la lógica fálica, encuentra en la castración algo que elabora y articula su angustia (André, 2001). En estos casos, justamente porque falla la separación entre ambas, la angustia se toma la escena. La relación de hija a madre gira en torno a la demanda originaria de reconocimiento, que tanto las entrevistadas como sus madres no han vivido, y que entonces actualiza una demanda de reconocimiento transgeneracional, a la vez que revive la frustración de saber acerca de su origen y su existencia. Las madres de las entrevistadas toleran entonces esta demanda perpetua de reconocimiento por parte de las hijas, aparentemente, en la medida que ellas mismas han demandado lo mismo a sus propias madres, sin respuestas. De madre a hija el vínculo toma el cariz del enigma, pero no del secreto, en la medida que no hay significantes ocultos que pudieran otorgarse para reconocer su posición de hija, sino más bien lo que hay es ausencia de referentes simbólicos respecto del origen de la vida y del deseo que gestaría toda existencia.

El tabú del origen no remite al secreto de un encuentro entre dos, sino que invoca la ausencia total de representaciones y ésto, porque madres e hijas han sido cercenadas de experiencias de un reconocimiento primario, fundamental para poder otorgar a otros algún referentes simbólicos que pudieran articular la vida bajo la lógica del deseo. El enigma acerca del origen, acerca de deseo ligado a encarnar la gestación de una nueva vida y el ejercicio materno, se toma entonces la escena, pero no a la manera de un secreto ligado a la castración, sino que dando cuenta de un agujero simbólico en torno a esta experiencia, agujero que marca la pertenencia a una línea filial, irónicamente desde la no pertenencia. Este agujero simbólico se manifiesta en la imposibilidad de simbolizar el devenir del cuerpo como un cuerpo femenino, y entonces el cuerpo irrumpe en su condición de soma, cortando la continuidad de la experiencia. El encuentro fallido entre estas mujeres repite la demanda de reconocimiento frustrada en las diversas generaciones que anteceden, así como la imposibilidad de reconocer la propia vida como producto del deseo. Repite la necesidad de recibir las palabras de madre que les permitieran simbolizar su cuerpo deviniendo mujer.

La imposibilidad de ubicarse en un lugar determinado en la diferencia entre las generaciones se replica respecto de la figura del padre. El encuentro con el padre se torna un desencuentro, en la medida que éste se manifiesta en su condición viril, negándoles nuevamente un reconocimiento como hijas y precipitando su condición de mujer. El padre no se despoja de su condición viril, sexuada y masculina, para prestarse a un encuentro filial con las entrevistadas, y replica la exigencia de ser mujeres. Ubicadas por padre y madre por fuera del espacio filial y por fuera de la diferencia trasgeneracional, quedan privadas igualmente del acceso a un encuentro fraternal, que permitiera generar la elaboración de una identidad y una identificación a otros que sí debieron actuar como “iguales”.

La función masculina en el campo de la trasmisión de lo femenino, según lo revelan las entrevistadas, es inevitablemente distinta de la que realiza la madre, pero complementaria a esta. El hombre no puede otorgar las *palabras de madre* que permitieran simbolizar el cuerpo femenino, pues se ubica en esta simbolización desde el lugar de un hombre que necesariamente desconoce el vivenciar del cuerpo de mujer. Existe una brecha que la simbolización paterna instala entre las representaciones y el devenir del cuerpo femenino, una distancia más no un impedimento. En los casos en que el hombre realiza una *función materna*, transmite la feminidad desde el campo de las funciones, únicamente desde lo imaginario podríamos decir: desde lo descriptivo, desde el quehacer. Su función simbólica, sin embargo, reside primordialmente en otra parte: en marcar una prohibición con respecto al incesto en la relación filial con su hija. Lo que se repite en el caso de estas entrevistadas en torno a la función paterna es algo de tinte incestuoso que insiste sin la suficiente prohibición. El padre se presenta aquí como hombre, no como padre, violando la ley del incesto, la diferencia de las generaciones, demandando nuevamente de ellas el estatuto de mujer.

Tanto respecto de sus madres como de sus padres, la relación no se encuentra regulada por el establecimiento de una diferencia simbólica que otorgara una distancia generacional y filial, que les hubiera asignado el lugar de hijas y de niñas en proceso de advenir mujer. Tanto de parte de sus madres como de sus padres, las entrevistadas resienten la ausencia de referentes simbólicos recibidos de parte de ellos, que les habrían permitido construir una identidad personal como *hijas de*. Al ser tratadas como mujeres, nunca como hijas, las entrevistadas quedan privadas de poder simbolizar su existencia en torno al deseo de los padres, de algún Otro que prestara referencias simbólicas para articular un sentido y dirección a la existencia. El

tiempo no accede a la linealidad, manifestando un eterno retorno de lo mismo (Aulagnier, 2003; 2009; 2010).

Las representaciones ideicas del origen de la vida ubican a las entrevistadas en el lugar de iguales de la madre, de mujeres, nunca de hijas. Signada la existencia bajo la lógica del rechazo, se puede ser en la medida que *no se es*, en la medida que se existe bajo el signo -: *soy una no hija, como tú, madre*. Esa es la identidad posible.

Guyomard habla del “efecto madre” bajo los parámetros de lo efímero. En sus palabras, “lo efímero de este efecto madre [...] caracteriza el tiempo psíquico de lo materno y constituye el fundamento de un narcisismo que denomino narcisismo del vínculo” (Guyomard, 2013, p. 37).

A nuestro parecer, el efecto madre no tiene que ver solamente con la necesidad de una vinculación efímera entre madre e hija al inicio de la vida sino que, tal como lo relatan las entrevistadas, las *palabras de madre* refieren a la necesidad de un intercambio libidinal sostenido entre una madre y una hija a lo largo de la vida de toda mujer. Evidentemente Guyomard se refiere a la necesidad que la fusión entre madre e hija sea efímera, las entrevistadas nos obligan a destacar además lo importante que la relación con la madre sea sostenida, en el sentido antes expuesto. El vínculo que puede transformarse en resistencia a la relación de objeto en el campo de la adicción, no sería sólo un vínculo sostenido por la excesiva presencia de este “Otro voraz” (Guyomard, 2013, p. 38) al inicio de la vida, sino que el vínculo a la nada, al vacío que deja la ausencia real y sostenida del Otro materno en estos casos también deja su huella. Se trata aquí de una *privación* materna⁶.

⁶ Vale la pena recordar la diferencia entre frustración, privación y castración en Lacan. En la frustración se trata de un agente simbólico que realiza una acción imaginaria frente a un objeto real. La castración implica un agente real, cuyo objeto es imaginario y atañe a una acción simbólica. La privación, como en

El uso de sustancias adquiere sentido en la medida que permite la expresión de esta demanda de reconocimiento transgeneracional, que retorna una y otra vez en otros escenarios y con otros personajes, pero que sigue perpetuamente siendo la misma. En este sentido, se trata de una repetición que omite el paso del tiempo. La única posible ubicación en una cadena filial, como vemos, se da en la medida que cada una de estas mujeres ha sido ubicada por fuera de la cadena de filiación y omitiendo la diferencia transgeneracional. Lo que se reitera es la demanda de ser reconocidas, todas y cada una de ellas, como hijas de, así como la negativa de este reconocimiento.

En este sentido, la identidad bajo los efectos del consumo de sustancias o su abstinencia reciente, remite a un quiebre en la identidad, tal vez en asociación a que las entrevistadas declaran falencias simbólicas en el tránsito a convertirse en mujeres. El consumo, sostenemos, revela el quiebre vivido, la llaga de un duelo no habido: el cuerpo infantil no ha podido perderse como tal, insiste con la potencia del vínculo no habido.

Bajo los efectos del consumo, las entrevistadas pueden dejar de portar una queja transgeneracional, no lo habido, para manifestar transitoriamente también una queja subjetiva, la queja propia de su existencia, la expresión directa de su dolor subjetivo, su padecer íntimo y personal, irrepetible y único, las preguntas acerca de su origen, el deseo que las engendró a ellas, etc.; por la anestesia que otorga la sustancia, se pueden además preguntar sobre aquello que de su historia no remite únicamente a otros, a la madre, sino que por sobre todo a ellas mismas. Muchas veces la droga actúa también como un referente imaginario de filiación, pues es lo único que *les enseñaron a hacer*. En la medida que padre o madre

estos casos, atañe a un agente imaginario cuyo objeto es simbólico y cuya acción es real (Lacan, 1994/2006).

consumen, entonces algo he recibido/heredado de parte de ellos. Se trata de un esfuerzo por construir raíces, restituir aquello de lo que se les ha privado: el lugar de *hijas de*.

6.1.2.- Imagen: *No me parezco a nadie*:

Las entrevistadas, por no ser reconocidas como hijas, no pueden reconocer en su imagen especular alguna cualidad que las condujera a una identificación simbólica con sus padres. La imagen de sí, reflejo de una primera constitución narcisística, se elabora entonces con dificultades. Estos casos nos muestran, por una parte, cómo la valía narcisística de la imagen del yo de las mujeres requiere el reconocimiento de lo femenino por parte de la madre: “Es en este placer vivido donde la hija enraíza su propio placer de ser mujer: lo femenino en ella debe ser amado por su madre para convertirse en feminidad como declinación de un femenino narcisizado” (Guyomard, 2013). La posibilidad de enraizar una imagen gozosa al cuerpo de mujer pasa por el reconocimiento materno.

No habida la transmisión del código femenino, los rasgos femeninos, la ornamenta femenina y todo lo que hace experimentar una identidad de mujer se porta de forma incómoda, se vive como una máscara, como una careta. No hubo quien reconociera con júbilo y mediara la simbolización de los signos propios al ser mujer. “Yo no soy de pintarme”, dice EM11, “prefiero una túnica”. Con Aulagnier, afirmamos que en estos casos la madre no ha sido capaz de “preservar ciertos puntos de anclaje entre la realidad del cuerpo de la hija y su representante psíquico, lo que la deja mutilada del representante psíquico que debió acogerla”. Las consecuencias de semejante comienzo de la vida dejarán casi siempre huellas indelebles en el funcionamiento psíquico de aquella niña (Aulagnier, P. en Hornstein et al., 1994, p. 167).

A falta de significantes que permitan reconocer el cuerpo de mujer y la ausencia del reconocimiento jubiloso del mismo, la constitución de la imagen narcisística gira en torno a un elemento principal: *huir de lo femenino*, pues lo femenino nunca terminó de advenir. Aceptando que la imagen femenina jamás se articula como una unidad, en estas mujeres pareciera que la imagen de sí estuviera particularmente fragmentada, especialmente marcada por un quiebre.

Las *palabras de madre* dejan en carencia a estas mujeres por tres carriles: por una parte, la vivencia de haber recibido una escasa valía narcisística les impide configurar una imagen de sí con la cual reconocerse con júbilo y se perciben entonces disconformes con su propio cuerpo, al modo del júbilo del niño que descubre su cuerpo unificado en la imagen especular (Lacan, 1966b). El cuerpo al descubierto se vive con vergüenza, pues expone una realidad somática de mujer que no encuentra simbolización a nivel psíquico. La imagen de *mujer valiente* se proyecta como consecuencia de la dificultad para simbolizar el cuerpo, pero se logra a costas de una pseudo-anestesia corporal.

Finalmente, el espejo devuelve una imagen que no se sitúa en la línea filial, porque las palabras de madre no estuvieron ahí para otorgar el lugar de niña, en camino de devenir mujer, pero tampoco el de hija. La ausencia simbólica afecta tanto lo femenino como el espacio de la filiación. No se ha otorgado un lugar en la filiación que les permita a estas mujeres proyectar una imagen de sí al futuro y al pasado. Son mujeres que prefieren definirse desde lo que hemos denominado el *autoengendramiento*. Recordemos a EM41 que define una supuesta predisposición genética al alcoholismo como “lo que llevo yo dentro de mí”, sin referencia a ningún antepasado o filiación. O a EM22, que declara “no me parezco a nadie”. En este sentido, pensamos la afirmación de Le Poulichet (2009): “es sin embargo necesario modificar un poco la

noción de Ferenzci de “forma dada” para abordar las identificaciones adictivas. En efecto, no se trataría de una forma brutalmente impuesta desde el exterior, sino más bien de una forma auto-dada (auto-octroyée) que intenta rediseñar la configuración narcisística y pulsional del cuerpo propio a través de la incorporación de un cuerpo extraño” (p. 62⁷). En otro sentido, siguiendo las ideas de Aulagnier (2010) podemos pensar que se trata de mujeres a las cuales se les ha privado de un espacio en la cadena familiar que les permita encarnar un lugar de deseo para el Otro materno. La función simbólica del discurso materno aquí ha fallado, no se han recibido aquellos significantes que permitieran la simbolización de lo femenino a cabalidad, pero tampoco la simbolización de un espacio filial que permita recibir para dar. Al no contar con estos significantes, no han podido apropiarse de la historia materna, transformarla en torno a su propia experiencia corporal y hacer con ello sus propias *palabras de mujer*. ¿Cómo podrán estas mujeres generar en este escenario sus propias palabras de madre?

Con Le Poulichet (2012) pensamos que las toxicomanías sobrevienen “en respuesta a una falta de elaboración del cuerpo, que evoca, según las diferentes toxicomanías, una perturbación del narcisismo o [...] una falta de elaboración del cuerpo pulsional, ligadas ambas directamente a una insuficiencia de la función simbólica” (Le Poulichet, 2012, p. 67). Efectivamente, en estos casos “el cuerpo ya no sería otro [aquel de la imagen del espejo], sino que de algún modo no se habría perdido” como real (Le Poulichet, 2012, p. 77). Sin embargo, se trata aquí del entramado de los tres ejes constitutivos del psiquismo según Lacan: lo femenino en tanto imaginario, lo materno en el eje de lo real y lo filial-simbólico. Lo femenino, filial y materno en estos casos se entretajan en un mismo hilo que carece de la suficiente diferenciación. La ausencia o

⁷ Traducción de Mauricio García Peñafiel, Doctor en Psicología; Psicoanalista miembro de la Escuela Belga de Psicoanálisis – EBP.

negligencia materna genera un vacío en la simbolización del cuerpo que afecta la condición erógena del mismo en toda su configuración psíquica. Acertadamente, Le Poulichet (2012) señala que algún elemento psíquico debió instalarse como un sufrimiento intolerable para que se despliegue el dispositivo toxicómano. En ese sentido, planteamos que en el caso de las mujeres entrevistadas, el sufrimiento psíquico intolerable remite a la indiferenciación entre el orden de lo filial, lo femenino y lo materno, que surge por las dificultades de su simbolización y las consecuencias que conlleva: *la huida de una posición femenina*.

La transmisión de lo materno, lo filial y lo femenino se encuentra alterada en la medida que se vuelve indistinguibles la una de las otras. En estos casos, la imagen especular remite a una totalidad, a una *masa informe* (Le Poulichet, 2009) que impide distinguir los espacios y las diferencias: ser madre remite a ser hija, ser mujer remite a la madre, todo conlleva al pasado, a lo no habido, a la ausencia, a la indiferencia. Imaginario, simbólico y real se confunden y uno invade el espacio del otro. Todo lo que conduce a una posición de mujer deviene angustiante. De ahí, por ejemplo, la imposibilidad de reconocer con agrado el parentesco a la madre, pues la semejanza conlleva la fusión, y desde ahí la alienación. La ausencia del código femenino las ha dejado sin palabras para tramitar los matices, las diferencias y los antagonismos entre estas experiencias. Esta confusión es compensada con el clivaje, la disociación o la denegación, defensas que afectan su experiencia yoica. Recordemos la extracción molar de EM22, descrita como una experiencia libre de dolor físico y psíquico, huella de una importante escisión de los afectos negativos de manera radical, permitiéndole vivir como si prácticamente nada ocurriera. Tanto la categoría de la imagen actual: “el cuerpo femenino marcado por cambios físicos” como la categoría de Imagen en tanto adicta: “mi cara se transforma” revelan la vivencia de un quiebre en torno a la imagen de sí. Bajo el uso de sustancias, estas mujeres significan la

vivencia de una mutación en el rostro: *mi cara se transforma*. En qué se transforma? o cómo? es difícil de explicar, aquello no encuentra palabras. Pareciera como si esta sensación de mutación, particularmente de la cara, aquello que representa al yo en primer lugar, diera cuenta de un quiebre anterior en la conformación narcisística distinto al de la división constitutiva de todo sujeto entre consciente e inconsciente. Esta vivencia de transformación remite al abismo que se ha instalado entre el cuerpo somático de mujer y la simbolización del yo, dada la carencia del discurso materno que hemos venido desarrollando.

El consumo de sustancias actúa entonces como una defensa en tanto quita feminidad, facilitando un lugar de resguardo de lo femenino, pero también de lo masculino pues protege del encuentro sexual. El consumo de sustancias permite al sujeto instalarse en un espacio neutro, libre de estas diferencias. Nos preguntamos si el mal genio que caracteriza a la abstinencia tiene que ver justamente con salir de esta “guarida”. Las entrevistadas, además, se aferran a una imagen masculina como un eje imaginario de la identidad, identificándose al consumo de estos hombres. Esta identificación les permite sostener la experiencia de una mínima cuota de reconocimiento y de pertenencia a una línea de filiación, aunque de forma forzada, lo que revela lo anhelado de esta experiencia.

En este escenario, el consumo de sustancias permite un refugio frente al encuentro con el otro sexo, pues bajo los efectos de las sustancias las entrevistadas no son atractivas para el otro sexo. Además, las entrevistadas establecen vínculos con parejas que consumen y para ellos el uso de drogas suprime el deseo sexual. El uso de sustancias permite entonces lo que ellas anhelan, el encuentro con un hombre que les otorgue un lugar no femenino e incluso masculinizado, de manera tal de sentirse entre iguales con un hombre.

El análisis de las entrevistas en torno a la imagen, permite reiterar el lugar de la función simbólica de la filiación en la organización de lo femenino y lo materno. Nos parece que este es el eje fundamental que impide la organización de los dos anteriores. Nos parece interesante agregar que en estos casos la falla en la simbolización proviene directamente de la ausencia de un discurso materno libidinal y afectivo. Se trata de un Otro difícilmente reemplazable en lo que atañe a la transmisión de lo femenino.

6.1.3.- Representaciones: *no puedo pensar en eso*

El análisis de las entrevistas muestra que hay ciertas temáticas que se reiteran una y otra vez en el espacio del pensamiento, temáticas que vuelven estáticas, bajo la misma rúbrica, de la misma manera, pensadas una y otras vez. Sino remiten al origen propio, estos temas remiten al deseo que las gestó, a la sexualidad o la propia maternidad y las culpas asociadas a ella. Estos temas que impresionan variados, en realidad, refieren en la totalidad de los casos a un único tema, el origen, generalmente el origen propio, pero también el cuerpo femenino como espacio originario de vida.

Los discursos de las entrevistadas nos muestran cómo ellas han quedado cercenadas, mutiladas, de significantes que les permitieran hacer una biografía con un inicio centrado en el deseo y el placer compartido de la pareja paterna (Aulagnier, 2010). La ausencia efectiva del padre refuerza esta condición. Lo que las entrevistadas preguntan una y otra vez, es que deseo dio origen a sus vidas y lo que encuentran al respecto es la ausencia paterna efectiva y el silencio de parte de la madre acerca de la historia que la llevó a gestar vida. Como vimos, no se trata de un silencio radical, sino que de un vacío de significaciones que únicamente se ligan en torno a evasivas, a un *no querer decir* de parte de la madre. El relato de la madre acerca del

origen de las entrevistadas deja entrever, mediante estas evasivas, el rechazo, el odio materno. El padre, ausente la mayoría del tiempo y presente sólo *como hombre* para las entrevistadas, brinda un vacío de representaciones respecto de la filiación. De esta manera, la existencia gira entre el rechazo materno, la privación de recibir una filiación posible y la ausencia de referentes paternos.

Por el monto de padecer que conlleva la experiencia de estos primeros años, la infancia se establece como un espacio del cual no se tienen representaciones, no se recuerda o no se quiere hablar de ello. A momentos, la vivencia pudo registrarse a la manera de un trauma, es decir, bajo representaciones descarnadas y dolorosas que dan cuenta de una vivencia padecida. El trauma, recordemos, se instala en el campo representacional a la manera de representaciones estáticas, carentes de circulación y de nuevas asociaciones entre representaciones. Se caracteriza por la vuelta a presentar de la “angustia traumática y originaria propia del narcisismo primario, no tiene huida posible para el yo... la vuelta a presentar de lo traumático primordial” (Cabrera, 2010. p. 40-42). En estos casos, el sujeto aparece como detenido en el tiempo, imposibilitados de buscar nuevos objetos de satisfacción, nuevas formas de relación al objeto, de poner en juego su historia como memoria inconsciente (Aceituno, 2013). A la manera de un trauma, hay ciertas representaciones que no ha logrado reprimirse, que no logran ser olvidadas y entonces irrumpen cada vez evocando la potencia de la vivencia primera. En los momentos en que se instala un trauma, sin embargo, se instala a raíz de un evento concreto posible de narrar, distinguible del resto de la experiencia y en ese sentido, al menos narrable.

En otros momentos, en cambio, las entrevistadas dan cuenta de estados carentes de manera radical de algún tipo de representación. Se insinúa, sin poder nombrarla, la ausencia de algo

que debió acontecer o devenir y que por su ausencia no logra representación, registrándose únicamente como vacío, como un agujero simbólico. Es decir, las entrevistadas se encuentran en una situación de exceso de presencia por el mismo hecho de su falta y, en este sentido, la ausencia del objeto ha sido inscrita como una excesiva presencia: “Este exceso de presencia del objeto no genera representación, sino todas las formas de desenlaces extra-representativos: pasaje al acto, conducta perversa, toxicomanía, mazazo depresivo, momento delirante, crisis psicósomática, etc.” (Green, 2006).

El cruce entre representaciones traumáticas y ausencia de representaciones nos muestra un espacio representacional donde coinciden la ausencia de experiencias eróticas como base del psiquismo. Esta condición impide el acceso de la experiencia al campo simbólico cabalmente (Aulagnier, 2009; 2010).

Las primeras representaciones, las traumáticas, responden en general a la experiencia con lo masculino, bajo la lógica del exceso; los hombres desde pequeñas exigen una condición de mujer para la que no están preparadas, y ello marca su vivencia. Este exceso es algo que las entrevistadas ubican como algo propio a lo masculino, y es algo que no logra ser representado a cabalidad pues ubicaría lo masculino en el plano del dolor, de la violencia, y las entrevistadas buscan rescatar en el campo de la masculinidad algo que les permita una vivencia erótica del yo cuerpo, o un vector identificador, en la medida que lo femenino porta para ellas la voracidad materna. Por la huida de lo femenino que articula su identidad, por la angustia abismante que porta para ellas lo femenino, es que las entrevistadas niegan o minimizan los excesos padecidos bajo la acción de los hombres de su vida, especialmente padres o figuras paternas, de manera de conservar de ellos algún tipo de experiencia erótica. Por no poder

representar estas experiencias a cabalidad bajo el signo de la violencia, quedan expuestas a la agresión, al abuso, al daño y a la dependencia.

Las segundas representaciones, ligadas a la ausencia, remiten a la ausencia materna y al daño irrepresentable que otorga esta condición. La ausencia de la madre, entonces, puede ser comprendida mediante el concepto “complejo de la madre muerta” desarrollado por André Green (2005), en la medida que “la madre muerta es entonces, contra lo que se podría creer, una madre que sigue viva, pero que por así decir está psíquicamente muerta a los ojos del pequeño hijo a quien ella cuida” (Green, 2005). Sumado a ello, y pese a que el rechazo materno se ha dejado entrever en todo encuentro, existe de parte de las entrevistadas una imposibilidad de representar el odio materno como tal pues representarlo tendría la consecuencia de representarse a sí mismas como producto de aquel, entonces este es inaccesible. La madre no ha podido en su presencia hacer primar el amor por sobre el odio en el encuentro con su hija, el odio se intenta negar entonces, quedando la hija en un vaivén entre la ausencia materna y la nada, lo femenino entonces convoca un abismo.

Es por ello que las entrevistadas pueden hablar del dolor de sus infancias y vidas actuales bajo el imperativo de negar el odio materno. Odiar a la madre, además, es odiarse a sí mismas, pues no hay diferenciación. Por el odio materno y su ausencia en torno al lugar de madre, la vinculación a la madre se torna la insistencia de una respuesta satisfactoria con respecto al origen, que nunca sucede, que nunca otorga un lugar de filiación.

Recordemos que la dicotomía inicial placer/displacer, que constituye por excelencia la diferencia entre los estados primordiales del afecto, se torna posible de ser representada como sentimientos y variedad de sentimientos en la medida que el Otro fundamental, la madre, enuncia en los inicios de la vida del infante los estados afectivos propios de aquel en términos

de sentimientos, de variabilidad emocional, entendiendo que existe una diferencia insoslayable entre ambos, dando cuenta que siempre persiste un resto que queda fuera de aquella representación y que justamente es propio de lo emocional de la experiencia. En este sentido, “lejos de reducirse a la designación de un afecto, el sentimiento es su interpretación en el sentido más vigoroso del término, que liga una vivencia incognoscible en sí a una causa que se supone acorde con lo que se vivencia” (Castoriadis Aulagnier, 2010. p. 143). En estos casos, en la medida que el odio y la ausencia materna se ligan de forma demasiado potente al origen de sus vidas, las entrevistadas quedan con espacios de la experiencia que no acceden a una representación mental y que insisten como un resto de la experiencia.

El rechazo a la madre y el rechazo a los hijos son parte de estas experiencias que carecen de representación psíquica y de los matices de la experiencia. Un ejemplo conmovedor es cuando EM51 habla de la psoriasis que la invade al perder la custodia de su hija menor. La imposibilidad de encarnar la posición materna se liga tan fuertemente para ella al odio materno padecido, que el dolor de la pérdida de su hija aparece a la manera de yagas en el cuerpo. No poder reparar con su hija el rechazo padecido, y repetir el rechazo vivido es para ella una herida que no cierra. Entonces, las heridas resurgen, pero no en el campo de las representaciones mentales, sino en su cualidad efectiva de llagas, como una enfermedad del cuerpo.

Así, ciertas experiencias que pudieran tener una cualidad representacional, se viven en el cuerpo, a la manera de síntomas, enfermedades, actos, alucinaciones, etc. El proceso de subjetivación, porque la identificación al cuerpo materno no puede digerirse, da lugar a la enfermedad del cuerpo como a la melancolía (André, 1999).

El odio a los hijos carece de representación pues reedita, sin el velo de la represión, el rechazo vivido. Ejemplo de esto es cuando EM42 nos relata el abandono de su primer hijo porque no logra sentir afecto por él, “no sé porque ocurren esas cosas”, dice. El hijo, *guacho*, repite su propio origen sin padre, aquello que la entrevistada relaciona al odio materno: no ser hija del padre de familia, *ser guacha*. Entonces EM42 no odia a su hijo, sino que simplemente *no siente una conexión con él* y entonces lo abandona, renuncia a ser su madre y a reconocerlo como hijo, llevando el odio al espacio del acto. El odio vivido se vuelve en estos casos demasiado presente, y entonces se vive como algo que irrumpe, que rompe la continuidad del vínculo y por ende no puede manifestarse sino es mediante un rechazo radical al hijo. Los *hijos desecho*, entonces, los hijos que las entrevistadas se niegan a criar porque no reconocen propios, en general encarnan el odio materno, pues portan o representan para ellas esa cualidad que las hizo ser rechazadas a ellas mismas por su madre.

No es posible representar el odio al hijo como una experiencia más de la maternidad, como un cariz más del encuentro, porque éste se toma la escena, no logra ser matizado por las experiencias de placer. Entonces, cuando se desea mantener el vínculo con los hijos, cuando se les desea como tales, las entrevistadas suprimen la experiencia de odio radicalmente, pero no pueden encontrar en sus hijos algo *heredado* por ellas. Si ello no es posible, el sentimiento de rechazo se vuelve una vivencia radical, pues el hijo se identifica con lo que fue odiado en ellas mismas, y esto justifica y permite la renuncia a esa maternidad (Kaes et al, 1993).

La única manera de manifestar el odio o rechazo a los hijos es a la manera de un déficit orgánico, un déficit del cuerpo. Igualmente, el rechazo al hijo puede manifestarse como una enfermedad somática para no dejar entrever ningún deseo de muerte hacia él. Recordemos a las entrevistadas que nos relatan los abortos que han vivido de manera tal que evocan sus

propios nacimientos traumáticos e indeseados. “Los niños que estas mujeres mataron constituyen con frecuencia una prolongación de si mismas. Esos niños asesinados sólo pertenecen a ellas, sin la posibilidad de inscribirse en el triangulo edípico. No deben separarse de su madre, la que le dio la vida, pero que al hacerlo, se la dio sobre todo a ella misma. Estos niños son la representación inconsciente de lo que debe reparar el narcisismo maternal (André, 1999. p. 37).

La consecuencia de no poder representar estas experiencias es que las entrevistadas no pueden preparar un espacio simbólico paulatino que les permitiera a su vez asumir el rol materno como un elemento más de su condición de mujer, ni al hijo en camino como un sujeto al cual prestarse como referente simbólico filial. La maternidad sucede bajo presión, como un imperativo del cuerpo, tal como ha acontecido la feminidad en sus cuerpos. Todo acontecer del cuerpo de mujer que remite a la maternidad presenta esta condición, y en este sentido las no representaciones acerca del embarazo son reveladoras, pero no las únicas.

Las madres de las entrevistadas han establecido un tabú, el tabú acerca de sus orígenes y el tabú acerca de su cuerpo como cuerpo de mujer. El análisis de las entrevistas nos ha revelado dos condiciones acerca de esto no dicho. La primera, que se trata de tabúes que no responden a la lógica de la represión, sino de la ausencia de representaciones. Lo segundo, que lo que carece de representación es la condición de mujer en tanto cuerpo gestante de otra vida, en tanto cuerpo materno. Los dos tabúes en realidad son uno solo, un indecible respecto del origen de la vida, del deseo que origina a un sujeto. Por esta misma carencia simbólica, las entrevistadas en general no pueden referir bajo representaciones lo que ha significado para ellas el placer de ser madres. Esto es algo que se infiere de su relato, que queda en el aire, que se entiende pero que no pueden decir. Pensar que el vínculo al hijo, al ser afectivo y

placentero, pueda caer para ellas en el espacio de lo indecible es relevante en la medida que se trata justamente de la imposibilidad de relacionarse por fuera de la fusión, en la diferencia. La única posibilidad de articular el amor materno en representaciones compartidas, aparece bajo la lógica del amor erótico, por fuera del imperativo de la castración, de la ley que regula la diferencia entre las generaciones, replicando la ubicación del hijo como *un no hijo*, brindándole también el estatuto de *una igual, un amante, una amiga, etc.*

Por otra parte, el sueño, como sabemos, es un espacio de recogimiento subjetivo donde el yo baja sus censuras para que la economía inconsciente pueda tomar la escena, permitiendo la reelaboración de representaciones y conflictos inconscientes con el equivalente descanso de las instancias conscientes y preconscious del yo (Freud, 1900). En este sentido, el insomnio persistente de las entrevistadas, así como la imposibilidad de soñar sino pesadillas, revelan la dificultad para soltar las defensas narcisísticas y permitir la libre circulación de las asociaciones, pues las representaciones que surgen no logran tramitar la angustia y entonces la angustia se toma la escena y corta la actividad onírica; en caso contrario, se trata de sueños de consumo, sueños donde las asociaciones circulan en torno a un circuito cerrado, único, derivando igualmente en una angustia que invade al yo. Aparentemente, no es posible para las entrevistadas soñar porque el psiquismo no encuentra representaciones que sean tolerables al yo. Las representaciones portan una angustia que no ha podido ser menguada por la acción de la represión. Las representaciones asociadas al consumo parecieran asociaciones protegidas de la relación a otras asociaciones en tanto se despliegan en torno al circuito cerrado del consumo; sin embargo, de la misma manera, no logran tramitar la angustia que invade al sujeto y la angustia se toma la escena nuevamente.

El uso de la sustancia se torna funcional en el espacio del pensamiento en varios sentidos. Por una parte, a momentos permite a las entrevistadas poner la acción de pensar *entre paréntesis*, detiene el pensamiento y con ello, el dolor. En otros momentos, porque atempera los afectos dolorosos, el consumo de sustancias permite también pensar en esas representaciones que insisten en retornar una y otra vez: pensar en los dolores padecidos, en particular en el rechazo materno, en la ausencia de representaciones acerca de su origen, en el rechazo a su existencia, en el cuerpo en bruto expresión del vacío de representaciones acerca de su feminidad, en el abandono padecido, en la ausencia de la madre, en los excesos y la ausencia del padre, etc. Finalmente, la droga otorga un contenido novedoso al pensamiento, en la medida que permite que las entrevistadas piensen en otra cosa que no sea su propio padecer: cómo conseguir la sustancia, como consumir a escondidas, etc. y aquello mantiene al margen pensamientos de otra índole. Efectivamente, con Le Poulichet (2010), afirmamos que se ha constituido un intolerable en el campo de las representaciones.

La posibilidad de pensar que otorga el uso de sustancias, sin embargo, conlleva una característica indeseada: la conexión con lo traumático y particularmente lo irrepresentable implica para ellas una huida de la vida, un acceso facilitado al restablecimiento de la pulsión de muerte como forma comandante de la economía psíquica (Aulagnier, 1994; Green, 2005). Consumir es sentido como un proceso que las conecta con la muerte, que de alguna manera es el reflejo exacto del deseo de no deseo que las engendró: todo el proceso de consumo, desde la intoxicación a la abstinencia, es representado por las entrevistadas como una vivencia padeciente, que las ubica en una intersección entre la vida y la muerte. La intoxicación que provoca la sustancia, a su vez, es reflejo directo de la libido no tramitada que las hace vivir en un permanente estado de intoxicación (Freud, 1927-1931; Le Poulichet, 2012).

En este sentido, planteamos que bordear el odio materno, esforzarse en simbolizar el rechazo que las ha engendrado, lleva a las entrevistadas bordear su cualidad de objetos del goce de la madre, lo que es para las entrevistadas equivalente a la muerte psíquica. Concebirse a sí mismas desde el deseo de no deseo materno (Aulagnier, 1990) las deja entonces ligadas más a la muerte que a la vida, y entonces la experiencia se torna una tormenta.

En esos momentos, las entrevistadas cortan con todos sus mecanismos usuales de sobrevivencia; ahí invade la angustia y se representa a la muerte como la principal forma de salida y descanso a su padecer. La droga, en estos casos, cumple un importante papel pues, por una parte, permite continuar la vida en el aparente escenario de que *nada está sucediendo*: se drogan para hacer aseo, limpiar, criar, sin sentir, olvidando el dolor, sin pensar, centradas en el hacer y no en la emoción. El uso de sustancias permite hacer las cosas sin placer, como siempre ha sido, con el mismo desgano con el que fueron criadas, sin cariño. Pero también, sin dolor, sin el desgarramiento que deja la ausencia de aquel que permite su sobrevivencia psíquica.

Lo que las entrevistadas quisieran es poder pensar y sentir con respecto al presente, a lo actual, sin verse interferidas por afectos y pensamientos del pasado, puesto que estos inundan y perturban permanentemente su existencia. Este cambio en la condición basal, donde el dolor deja al fin de inundar el campo del pensamiento y los afectos, es sentido por las entrevistadas como un tratamiento efectivo y eficaz, y en este sentido, la droga es un *farmakon*, un medicamento y un veneno (Le Poulichet, 1990). Podemos decir que consumir implica para las entrevistadas un tratamiento de los afectos y los pensamientos por vía del cuerpo.

El efecto de la sustancia permite igualmente suprimir temporalmente esa necesidad que tienen las entrevistadas que otro haga las veces de un sostén subjetivo para ellas, pues la anestesia que conlleva el consumo les permite sentir la autonomía sin la vivencia de abandono radical. En

esta medida, el uso de sustancias permite que el encuentro con otro se torne únicamente eso, al menos imaginariamente.

Pero en su asociación a la pulsión de muerte, la adicción es concebida en relación a perder justamente esa posición de sujeto de deseo con respecto a la propia vida, y entonces el consumo conlleva un proceso de destrucción de lo que se ha tenido o de lo que se ha sido. *Lanzarse* a consumir, en este sentido, refleja el acto de perderse radicalmente, como si el sujeto se dejara caer en su condición de tal, se lanzara fuera de sí, dejando a un cuerpo despojado del sujeto, funcionando en el automatismo de consumir: *limpiando, cocinando, sin sentir*.

Al ubicar las entrevistadas la posición subjetiva en la droga, cuando *la droga es la que las desea* a ellas y no al revés, las entrevistadas se identifican sin darse cuenta con un deseo de muerte hacia ellas, como un objeto, y en este sentido diremos que se trata de la representación que encuentra el odio materno: la droga-madre goza de ellas. El consumo conduce en estos casos al suicidio, en la medida que encarna al Otro en la condición que hasta ahora se ha intentado velar: el deseo que engendrado su vida remite al odio materno.

Llama la atención como las entrevistadas, pese a las experiencias de abuso vivido, en general claman por un padre presente: si el hubiera estado, tal vez mi historia sería distinta dice EM51. La idealización del padre, a nuestro parecer, revela justamente el clamor por la acción paterna en diversos sentidos (Lacan, 1994/2006): el reconocimiento filial proveniente del padre pudiese otorgarle a su existencia un espacio en la cadena de generaciones distinto al de la réplica del odio materno; pudiese otorgarle además un origen centrado en el deseo compartido de los padres, sacándolas de la omnipotencia de la madre. Finalmente, como representante de la ley, es el garante de que opere la castración, lo que las dejaría libres.

6.1.4.- Relación al objeto:

Sin un lugar en la cadena de filiación, ni en el espacio intergeneracional, el encuentro con otros se torna abismante. En relación a otras mujeres, el encuentro con otra mujer remite a las entrevistadas siempre a la cualidad que ha tenido el vínculo materno, es decir, al encuentro con un otro que por el hecho de compartir la condición femenina se confunde con ellas en una única experiencia. La fusión, la confusión de lo mismo (Guyomard, 2013) toma la escena. De esa manera, la relación con mujeres molesta, incomoda, porque angustia, invade. Recordemos que “cuando la madre no puede aceptar el juego edípico de la niña, cuando no puede hacer frente a todos los movimientos apasados del amor y odio que lo preceden, la identificación se produce en el marco del odio, de la disputa” (André, 1999 p. 85). Entonces las mujeres son *envidiosas, cahuíneras, manipuladoras*, intolerables.

La madre, además, y tal como nos lo dijo Rosenfeld (1976), se muestra fría y poco accesible. Ubica a las entrevistadas en un lugar solitario en la medida que le niega referentes filiales, intergeneracionales, fraternales, etc. Las entrevistadas quedan entonces impedidas, cercenadas de poder relacionarse con otros u otras como iguales, como hermanos, como amigos, como pares, porque su única par es la madre, pero a la vez ella y la madre son lo mismo. La feminidad, en esta indiferenciación, ha sido signada como aquello que funda el rechazo materno, a la vez que no ha podido establecerse con efectos simbólicos en el cuerpo. En esta medida, igualmente, la posibilidad de relacionarse a las mujeres esta truncada, convoca a un encuentro abismante.

Con respecto a los hombres, las entrevistadas tienden a sentirse protegidas por ellos e identificadas con ellos, bajo el imperativo que se trate de una relación desexualizada. Por esta *huida de la feminidad, entre hombres* las entrevistadas se sienten más cómodas, aunque

sienten que no son *una más* del grupo, entonces se ubican en un espacio ni femenino ni masculino. Esta pseudo-masculinidad es en realidad una defensa; se identifican a lo masculino pues suponen que los hombres no han padecido lo que ellas han vivido: el rechazo materno a su condición de hija y de niña. Sin embargo, en la medida que este vínculo toma inevitablemente un cariz erótico de los hombres hacia ellas, porque las reconocen mujer, las entrevistadas se sienten demandadas, violentadas, atacadas por el exceso que actualiza nuevamente lo masculino, en tanto exige una posición femenina que no pueden encarnar. El encuentro sexual es sentido siempre como una vulneración del cuerpo propio y el amor de pareja, cuando es posible, simboliza un encuentro que se asocia a la anulación de sí mismas.

El padre no ha sido una figura protectora, sino más bien alguien que se idealiza en tanto ausente y que agrede y sexualiza prematuramente en su presencia. Pese a ello, las entrevistadas no pueden hablar de la agresión directa de aquel, pues prefieren salvaguardar la única relación que pudiera otorgarles ese ansiado primer reconocimiento. Suponen que los hombres poseen las claves para recibir un primer reconocimiento fundante del narcisismo, dado que carecen de lo rechazado femenino, por lo que las entrevistadas ceden a sus hombres su condición subjetiva, es decir, su derecho a desear y ello se articula como la única forma posible de establecer un vínculo, pues aseguraría su permanencia.

Recordemos que siempre encontrar a un objeto es reencontrarlo (Green, 2005). Bajo esta lógica, la relación a los otros se da en el marco de un vaivén entre la búsqueda de un vínculo satisfactorio e íntimo, que permitiera un primer reconocimiento y el acceso a un lugar simbólico de referencia, y la ansiada autonomía, espacio idealizado en el cual no se necesitaría a Otro para existir, idealización que nace del sufrimiento del reconocimiento no habido, y del deseo de diferenciación con la madre. El amor, entonces, transita entre el deseo de fusión con

el otro y la ausencia radical de vínculo, vivida generalmente desde el abandono radical, nunca el duelo. El amado, sea el hijo, la pareja, etc. siempre se ubicará en el lugar de Otro para estas mujeres, y en este sentido su pérdida es un desgarró, una pérdida de una parte de sí (Guyomard, 2013; Freud, 1915). Cada separación repite un desgarró, “que es también saber inconsciente tomado en el cuerpo del efímero “goce” del vínculo que es necesario abandonar, después de haber recorrido su huella, marca fundadora de identidad”.

Pero las entrevistadas han sido ubicadas por la madre como iguales, nunca hijas, entonces privadas de la posibilidad de compartir con sus hermanos una historia de linaje, de crianza, de origen o de vida; en este no reconocimiento filial, la madre además establece una omisión respecto del establecimiento de las diferencias entre generaciones y a la vez, negando finalmente representantes simbólicos que permitieran historizar su vida desde un origen ligado al deseo compartido de una pareja por dar vida. De esta manera, no se ha contado con un discurso Otro que diera sentido y dirección a la existencia. A causa de esto, las entrevistadas se confunden respecto del lugar de cada quien en las relaciones, lo que interfiere en el intercambio amoroso en variados sentidos.

Por una parte, las entrevistadas ubican a sus parejas en el lugar de la madre, es decir, es a través de las miradas de estos hombres que ellas se miran, se perciben a sí mismas y representan la experiencia. Por otro lado, no se trata sólo de un sostén imaginario, sino que las entrevistadas ceden su condición deseante a ellos, pues en esta medida sostienen en su presencia su existencia. Establecen con ellos el mismo vínculo que han establecido con sus madres, una *pasión* (Guyomard, 2013; Aulagnier, 1994), centrada en la indiferenciación y coayudada por lo indiferenciado de su identidad sin diferencias generacionales, filiales, sexuales, etc. Es por esta última condición que las entrevistadas están dispuestas a mantener

una relación con estos hombres pese a los altos costos que muchas veces esta forma de relación conlleva. En este sentido, perder a sus hombres implica para ellas perder una parte de sí mismas, incluso diríamos que la parte más importante de sus existencias. Las entrevistadas hablan, por una parte, que enamorarse es una experiencia dolorosa, en la medida que en este contexto el intercambio afectivo conlleva para ellas la sensación de fusión con el otro, y entonces sienten que, como sujetos, se pierden. Por otra parte, las entrevistadas señalan *nunca haberse sentido enamoradas de sus parejas*, en la medida que la relación con ellos no ha tenido nunca una ni una connotación erótica ni la de un encuentro entre dos, sino que más bien se trata de una dependencia.

Es por esta dependencia que las entrevistadas establecen una dicotomía entre *ser madres* y *tener parejas*. Para ellas, la distancia entre ser madre y mujer es radical pues sólo a un objeto se le otorga el estatuto de Otredad materno. Entonces se obligan a escoger entre ambas opciones, quedando a merced ya sea de las parejas o de los hijos. Cuando escogen a las parejas, la relación que establecen carece de carácter erótico así como de una connotación de encuentro. Se destaca por ser un vínculo dependiente, necesario para la existencia, sus ojos son los ojos de la madre (Lacan, 2003), como vimos. Las relaciones conyugales se sostienen más allá de la satisfacción que el encuentro supondría y es caracterizada por ellas mismas como un vínculo fraternal, filial o de amistad. El hombre no es tratado como tal, su condición viril se evita. El encuentro sexual desagrada en la medida que las convoca en un cuerpo de mujer que no es posible para ellas encarnar a cabalidad, por lo que es sentido bajo la connotación de ser *usadas, utilizadas* por sus hombres, pues frente a la condición masculina de sus parejas ellas quedan sometidas, subyugadas. Lo masculino insiste en ser sólo un exceso. Al conducir todo espacio de encuentro con el otro sexo inevitablemente al encuentro erótico, en particular por

el deseo de los hombres hacia ellas, y la necesidad de estas mujeres de hacerse de un hombre que las sostenga en su condición de sujeto, las entrevistadas se ubican en torno al sexo opuesto siempre de forma congraciativa, aunque aquello implique omitir el descontento o padecer y se viva fingiendo que se es feliz.

Con respecto a los hijos, no haber vivido la experiencia materna como hijas les impide poder prestarse como figura referencial al momento de ser madres, de ahí la dificultad, y a ratos la imposibilidad, de poder encarnar la posición materna. Por una parte, en las maternidades deseadas, el disfrute del vínculo materno se muestra en su cariz sexual, eso que debió ser reprimido. Suponemos que la necesidad de escoger entre hijos y pareja responde justamente a una defensa, para poder mantener la distancia entre espacios que en realidad no han logrado una distinción simbólica; en estos casos, el amor de madre es amor erótico. Por no haber sido ubicadas ellas mismas en un espacio filial, es imposible para ellas establecer las diferencias entre generaciones, o las diferencias entre los sexos respecto de sus propios hijos. No haber recibido de parte de sus madres un reconocimiento inicial tanto en su condición de sujeto como femenina, como tampoco haber recibido *palabras maternas* que les permitieran simbolizar la experiencia gestante/materna en sus propios cuerpos, sumado finalmente al no haber sido tratadas como niñas e hijas, les impide, en torno a sus propios hijos, poder ofrecerse como Otros fundamentales, que contengan afectivamente, pero que también otorguen referentes simbólicos que les permitan ubicarse como parte de una cadena intergeneracional, parte del deseo de una pareja originaria, bajo la lógica de la diferencia de los sexos y las generaciones. Entonces sus hijos/as son tratados como amigos, parejas, iguales, rivales, etc. “Mi hijo es la pareja que siempre quise” dice EM21, por ejemplo; “es que yo estoy enamorada de mi hija”, dice EM42.

Una de las más relevantes consecuencias de no disponer de referentes simbólicos acerca de la maternidad, para las entrevistadas, es que la maternidad no accede a una condición simbólica, y por ello su ejercicio se guía *por recetas*. En este sentido, la maternidad está centrada en el no repetir las carencias en el reconocimiento del otro, más que acceder al disfrute del encuentro. Por no disponer de la simbolización de su cuerpo de mujer, la maternidad se convierte en un encuentro mecanizado, centrado en la responsabilidad de cumplir los cuidados del cuerpo del hijo, tratando el cuerpo del hijo como un cuerpo de la necesidad por sobre el trato del hijo como un sujeto de deseo. Al igual que sus madres, tratan el cuerpo sin cariño, mecánicamente. *Las otras maternidades* de estas mujeres, esas maternidades indeseadas, en general prematuras y que obligan a la toma precipitada e indeseada de un lugar materno, se transforma en una maternidad imposible de encarnar pues se trata de una experiencia que evoca con demasiada potencia el vínculo a la madre. Se trata de maternidades que fuerzan una vez más la posición de mujer en ellas, como la madre lo hizo, como el padre lo hizo, y entonces evoca el desconocimiento del deseo de vida como parte del reconocimiento primordial. Estas maternidades, en general, dan lugar a lo que llamamos *hijos desechos*, hijos que denominaremos así en la medida que no es posible negarse a parirlos, pero es imposible ser madre para ellos, intentar incluso encarnar el rol, pues no se les puede amar, no es posible establecer algún tipo de vínculo amoroso, identificatorio o erótico con ellos. Hemos denominado a estos hijos como *hijos desecho*, en la medida que encarnan, nuevamente a la manera de una repetición del tiempo, todo aquello que las entrevistadas sienten que ha sido rechazado en sus propias historias por sus madres en ellas mismas, y en este sentido portan el odio que el vínculo materno les ha implicado. Por ejemplo, si la entrevistada han interpretado que el rechazo materno proviene de su origen indeseado, el hijo indeseado para ella será

desligado de su posición filial y nunca se le nominará siquiera como hijo propio. La sensación asociada será la de un rechazo radical y se entregará a otra mujer para que le crie. Si el rechazo ha sido interpretado por la entrevistada principalmente como producto del encuentro de su madre con la feminidad que ella porta, simplemente no se criará a su hija como tal, a momentos no se le nominará siquiera como tal, y se le tratará anticipadamente como un par, como una rival, como otra mujer. Vimos ya el ejemplo de EM42 que abandona al hijo en la medida que éste encarna al *guacho* que ella fue para su madre. Recordemos que “lo que se prohíbe del goce de vínculo a la madre no es su recuerdo, sino su repetición” (Guyomard, 2013. p. 30); por esto, estas maternidades indeseadas generan en las entrevistadas grandes montos de culpa, pues ellas no pueden representar que se trata de la repetición del rechazo vivido. A la vez, las entrevistadas no pueden representar el odio hacia sus hijos y por ende, no logran explicar las razones por las cuales no han podido ser madres para ellos. La única explicación posible la buscan en sus intenciones, en su inmadurez, en su consumo, lo que genera culpa, dolor y confusión.

El ideal de la maternidad, centrado en lo concreto de los cuidados al niño se torna posible sólo si se articula bajo el imperativo de no revivir el dolor. Sin embargo, siempre conduce al otro extremo de esta tensión, a la *maternidad mala*, pues jamás se logra realizar cada uno de los imperativos que en este ideal operan. Las entrevistadas entonces circulan entre dos polos: ser *buenas madres* cuando hacen el quehacer correspondiente al rol materno, el quehacer concreto del cuidado del cuerpo del infante, y ser *malas madres*, cuando fallan respecto de este ideal. Cada falla rememora la ausencia radical de la madre, entonces la maternidad se torna angustiante. La maternidad buena, es igualmente angustiante, pues sólo se porta de manera externa, como una careta, no es algo que puedan apropiarse. El afecto al hijo convoca

la fusión, la mismidad. Entonces su partida es siempre un abandono, el mismo abandono materno.

Las entrevistadas pueden soportar encarnar el rol materno únicamente en la medida que anestesia la experiencia; en este sentido la droga es fundamental. Encarnar la posición materna se revela así como una vivencia insoportable, en la medida que no se cuentan con referentes simbólicos que le permitieran simbolizar su devenir maternante, pero también en la medida que la vivencia maternante remite excesivamente y sin velo al vínculo directo a la madre. La sustancia anestesia el afecto y por ello permite el quehacer materno de manera llevadera; recordemos a EM92 que nos dice, *la que fumo me relaja, es sólo para relajarme, para estar en buena onda. Yo pongo música y me fumo un pitito, y entonces me pongo a hacer el aseo, pongo música a todo chanco, mis hijos me ayudan, mi hija barre, pasa la aspiradora, mi hijo chico barre con su escoba chiquitita, limpiamos las piezas, dejamos toda la casa ordenada. Almorzamos, les preparo almuerzo, preparo la comida, les encantan los garbanzos...*

La ausencia de encuentros gratificantes con otros no les ha hecho, sin embargo, renunciar a un encuentro satisfactorio; sin embargo, porque su cuerpo no ha podido acceder a una condición simbólica a cabalidad, es que el ideal del encuentro siempre conlleva un desencuentro. Es necesario señalar que las entrevistadas carecen de la posibilidad de estar solas afectivamente. En términos generales, la soledad les hace retomar una sensación originaria de abandono, de no reconocimiento, que como vimos antes las hizo tomar tempranamente una posición de fortaleza y autonomía frente a otros. La relación al objeto, entonces se torna una necesidad para la existencia psíquica (Aulagnier, 1994), pues en cada encuentro se busca satisfacer un vínculo irresoluto, un reconocimiento primario, un espacio identitario, un encuentro erótico, una subjetivación no habida a cabalidad. Se trata de una insistencia en el amor que no

tiene cualidad erótica, sino pasional, pero que se niega a la renuncia porque la renuncia al vínculo es sinónimo de la muerte psíquica. Esta fusión conlleva a que cada objeto amado se transforme en el soporte de la subjetividad, en el garante de la existencia psíquica.

6.1.5.- Sensaciones: *no reconozco este cuerpo de mujer:*

Hemos visto cómo los cuidados maternos no ha implicado para las entrevistadas una experiencia erótica, sino que simplemente se han recibido como quehaceres centrados en la satisfacción de la necesidad. Y si recordamos que no hay información que no sea información libidinal (Aulagnier, 2010), el cuerpo en este caso no ha logrado acceder cabalmente a un estatuto simbólico que permita representación por fuera de la lógica originaria, pictográfica (Aulagnier, 2010). En este sentido, el yo en tanto cuerpo queda por fuera del espacio de simbolización, pues las madres no reconocen a las entrevistadas en el lugar de hijas, sino que de mujeres.

El *código femenino*, transmitido entre generaciones, puede ser pensado como un código eficaz cuando se ha recibido el bagaje simbólico-libidinal que permite a cada mujer simbolizar su cuerpo; pero también puede articularse como un código con agujeros, fragmentado, según las experiencias habidas en relación a la madre y al ser mujer. Esto producirá experiencias diversas en la relación del sujeto con su cuerpo y su feminidad; sin la adquisición de este código, como nos lo señalan las entrevistadas, la vivencia del cuerpo, en particular de su condición femenina, irrumpe como eventos somáticos o como dolor físico, allí donde habrían de suceder *cosas de mujeres*.

Las *palabras de madre* que faltaron a nuestras entrevistadas, son el vehículo de un código que en realidad no se puede decir en su totalidad. Y aunque éste siga siendo difícil de objetivar y

describir, aunque fuera al modo de una gramática deducida de la feminidad, podemos constatar los efectos en la experiencia de la adicción: el cuerpo no le habla a la mujer, *le duele*, o, en el mejor de los casos, *le hace ruido*, le molesta, interrumpiéndole el curso cotidiano de su vida. Decimos en el mejor de los casos pues, como vimos, incluso la sensibilidad al dolor está a veces comprometida, cortada; trastorno de la sensibilidad que se esconde en un discurso de valentía y el aguante.

Por la ausencia de palabras de madre surgen agujeros de simbolización con respecto del cuerpo femenino, apareciendo éste como soma, como órgano, como carne. Recordemos cuando EM22 nos señala que en vez de notar su embarazo, sólo percibió *dolores* que desatendió y que la llevaron a perder sus órganos reproductivos. Por la ausencia de afecto en sus cuidados, las entrevistadas no logran constituir a cabalidad un cuerpo en torno una experiencia erógena del mismo. Es la falta de cariño, la ausencia de deseo, lo que ha impedido que ellas encarnen un cuerpo erógeno capaz de sentir placer en el quehacer cotidiano, en el contacto con otros, significar el acontecer físico en torno a los afectos, simbolizar el dolor físico propio a la condición femenina, etc. *Sin cariño* se han quedado entonces.

Por la ausencia de *palabras de madre*, los eventos del cuerpo de mujer se instalan como eventos somáticos; en este sentido, como un esfuerzo por simbolizar el cuerpo, se instala una asociación entre los eventos del cuerpo por contigüidad y no por lo que representan o simbolizan. El placer y el dolor no logran ser simbolizados, en la medida que remite a elementos simbólicos que no se han logrado elaborar a cabalidad. El dolor físico, no se registra, salvo cuando es extremo.

Esta pseudo-anestesia somática responde a una imposibilidad de significación del acontecer del cuerpo. Los dolores no movilizan una acción o una interpretación, se perciben sin

significaciones, por lo que se atienden únicamente cuando superan lo tolerable. El dolor psíquico, a su vez, se interpreta bajo la misma lógica. Sin representaciones asociadas, la pena no puede desplegarse en un discurso que de cuenta del padecer vivido. En este sentido, el dolor psíquico ligado a su biografía aparece únicamente bajo la forma de un vacío, y en el mejor de los casos, bajo el paradigma de la negación. En su reverso, sin embargo, las entrevistadas, asumen una tristeza vital como afecto basal que aparece sin sentido, sin una explicación. Se instala una desconexión entre los afectos y el cuerpo, que impide la simbolización de lo vivido. La representancia, cualidad psíquica base para la posibilidad de representar, y consecuencia del encuentro sostenido con la madre, aquí se ve afectada, truncada, dando cuenta de una condición erógena no habida (Aceituno, 2010).

Dado que las entrevistadas han carecido de referentes simbólicos que les permitan anclar el soma a la vivencia subjetiva, tal como lo destaca Le Poulciet (1990), así como han sido privadas de un espacio de filiación que les permita concebir su existencia como parte de una cadena de deseos, en lugar de la función de representancia se instala un permanente esfuerzo subjetivo por explicar las condiciones de vida actuales en torno a sus condiciones biológico-genéticas, retornando la experiencia al cuerpo (Aulagnier, 1990). Todo afecto, toda representación dolorosa, toda conducta inapropiada responde entonces a una condición heredada, pero nunca es claro de parte de quien; “mi alcoholismo es genético”, dice EM41, pero “nadie de mi familia ha sido alcohólico, es algo que llevo dentro de mí”. El cuerpo duele entonces cuando duele el alma, y en una representación que acude al cuerpo como primera forma simbólica (Aulagnier, 1990), más que por efecto de la represión, diremos que producto de un esfuerzo de simbolización, el dolor aparece en el cuerpo.

La droga anestesia este cuerpo sufriente, otorga alivio a un cuerpo que no duele cuando debe doler físicamente y que duele en cambio por el dolor del alma. El placer del consumo se centra en dar mayor cualidad al plano sensorial en desmedro del campo representacional, al límite de llegar a ser este un placer que no encuentra palabras para ser representado. Se trata, sin embargo, de un placer sensorial que se ubica en la mente mucho más que en el cuerpo, pero cuyo placer consta justamente de poner en pausa temporalmente las representaciones dolorosas y anestesiar el afecto asociado a ellas. Las sensaciones que otorga la sustancia, saca del dolor y convoca a la variedad, a los matices, emulando los matices afectivos que la experiencia debió convocar (Green, 1998).

En este sentido, las drogas se eligen en función de los efectos que tienen sobre los pensamientos y sobre el afecto (Green, 2005). Las entrevistadas coinciden en señalar que para que una droga sea tal, tiene que cumplir con un primordial requisito: *anestesiar el afecto, atemperando los pensamientos*. Las drogas además se escogen porque el mundo de la droga es un ambiente conocido para ellas, y por lo tanto se prestan como referente imaginario a la elaboración de una identidad filial.

El efecto de la sustancia permite igualmente suprimir temporalmente esa necesidad que tienen las entrevistadas que otro este permanentemente con ellas, pues la anestesia que conlleva el consumo les permite sentir la autonomía sin la vivencia de abandono radical.

Las entrevistadas gozan del consumo en la medida que el afecto se anestesia y aparecen las emulaciones de matices afectivos, gracias a las sensaciones químicas de la sustancia. El reverso de este efecto, sin embargo, es que las sustancias permiten también que el afecto, en la intoxicación, irrumpa con toda su potencia. Esta vivencia no pertenece a los efectos deseados del consumo, sin embargo permite una vivencia placentera pues al fin encuentra manifestación

el dolor psíquico que se descarga y entonces este exceso de afecto se vuelve un desahogo, que para las entrevistadas en sentido finalmente como un alivio. Cuando finalmente cede esta anestesia afectiva y se da curso a los afectos dolientes, generalmente aparecen contenidos recriminatorios respecto de la madre, que hablan del pedecer que estas mujeres tienen respecto de sus figuras maternas y los concomitantes dolores que sufrieron a causa de su ausencia. La sensación del consumo, entonces, en la medida que suprime afectos o cuando permite el despliegue de los mismos, es sentida desde el alivio, pero ésta es vivida únicamente como una vivencia parcial en la medida que esta felicidad conlleva siempre una connotación de inauténtica.

La búsqueda incesante de alivio, que emula felicidad, conduce a la adicción. La posición de sujeto de deseo, entonces, se cede a la sustancia y la consumidora queda entonces a merced de lo que la sustancia pareciera querer. El consumo, entonces, deja de responder a la cualidad deseante y pasa a responder a un aparente automatismo somático, a una supuesta condición orgánica, que en realidad da cuenta de la relación pasional a la sustancia (Aulagnier, 1994), del lugar de prótesis que ella empieza a ocupar para el psiquismo (Le Poulichet, 1990). El cuerpo entonces se representa como doblemente enfermo, porque ya no sólo no responde como un cuerpo de mujer, sino que ahora simplemente no responde.

Diremos, para finalizar, que no hemos definido claramente en que consiste el *código femenino*, pese a que le hemos otorgado un lugar fundamental en la simbolización del cuerpo de mujer. Esto es porque al definirlo se puede traicionar el fenómeno. Helene Deutsh (2000) en un texto de 1928, nos recuerda que Kant decía que la mujer no cuenta su secreto. Esto hace eco a la opinión común que piensa que las mujeres conocen el secreto de ellas mismas, susurrándose de unas a otras, de madre a hija, y así las mujeres formarían una suerte de sociedad secreta y

silenciosa. Deutsh (2000) piensa que hay una parte de verdad en esto: “las mujeres son realmente enigmáticas y misteriosas. También es verdad que no cuentan su secreto. Pero si no lo cuentan es porque ellas mismas no lo conocen. Lo que en ellas es misterioso es el hecho que su propio Sí mismo está más oculto, inconsciente” (p. 114). Las mujeres no saben su secreto, pero algo transmiten acerca de la verdad de sus cuerpos en ese no decir.

Lo femenino, entonces, no se trata entonces sólo de un agujero de significación. Aquello que contorna, que rodea, que historiza la ausencia del significante femenino toma relevancia fundamental en la constitución de aquello que es *ser mujer*. También queda claro que no se trata de la trasmisión de lo femenino bajo la lógica del todo o nada, pues las entrevistadas dan cuenta de agujeros, fallas en la simbolización de su cuerpo, pero también de importantes esfuerzos por significar y momentos de clara simbolización del acontecer del cuerpo femenino, aunque retornando luego a los agujeros de la cadena.

En este sentido, cada evento del cuerpo femenino es una oportunidad permanente para los terapeutas. La maternidad, la menstruación, cada devenir somático que recuerda esta condición de mujer convoca a las entrevistadas con el encuentro a la nada, con *las palabras de madre* no habidas; cada manifestación del cuerpo de mujer es, a la vez, una invitación, una posibilidad, un llamado a que la voz de la madre se manifieste en su cualidad simbolizante. A falta de madre, la voz del analista pudiese encontrar ahí un momento de apertura, una pregunta, que pudiese devenir pensable. La maternidad, por ejemplo, como evento del cuerpo de mujer, pero también como vínculo que convoca el pasado que eternamente se presentifica, puede abrir un espacio privilegiado de apertura al pensamiento, en la medida que sepamos escuchar la ausencia.

6.1.6.- Representación del tiempo: *el pasado es hoy*

Tal como nos señala Green (2000), “la migración de las zonas erógenas sigue en cierto modo la línea evolutiva de un crecimiento órgano psíquico, aunque modificado por los efectos de la represión... se funda una sexualidad en dos tiempos, separados por una latencia que se opone a la toma de conciencia plena y entera, en modalidad continua, de las etapas de la sexualidad, y rompe la continuidad de la memoria. La latencia pone a reposar la sexualidad infantil que, más que callarse, se comprime como si quisiera hacerse olvidar después de la etapa mutativa del Edipo, para despertarse luego bajo las embestidas de la pubertad. Inaugurada la era de la sexualidad adulta, esta se caracteriza sin saberlo por los tiempos fuertes y las fijaciones de sexualidad infantil, que aquí, en este cuerpo nuevo, verán puestas a prueba la consistencia de la organización anterior” (Green, 2000. p. 30). El tiempo cronológico se ha inaugurado entonces; el pasado conduce a un espacio reprimido, mítico, medianamente olvidado, cuya tramitación pulsional conduce a un presente nuevo, la repetición no es parte de la conciencia.

En el caso de las entrevistas, vemos cómo el tiempo no se constituye como un tiempo lineal, cronológico y nuevo, dadas variadas condiciones. Por una parte, la indiferenciación generacional, filial y fraternal, producto del trato de la madre a las entrevistadas en el estatuto de iguales y del padre como mujeres, abre una constitución del tiempo que las deja por fuera de las diferencias generacionales, por fuera de la lógica de la castración y de la ley del incesto. Por otra parte, esta indeterminación del tiempo se replica en la vivencia de *repetición de lo mismo* que acarrea cada vínculo. La relación a los hijos, a la pareja, a la droga repite esta primera vinculación, y articula un esfuerzo fallido de subjetivación en cada encuentro. Cada encuentro se torna un desencuentro, pues las entrevistadas esperan un reconocimiento primario en relaciones que no pueden ni deben otorgarlo estos objetos. Los hijos deseados

muestran justamente y de manera más patente este desencuentro, las mujeres *se enamoran* de ellos.

Los hijos representan para ellas la repetición de lo mismo, encarnan su propia infancia, y se aspira a borrar en ellos lo vivido como una forma de reparación. Esta “identificación inconsciente alienante” (Kaes et al, 1993. p. 139), solidaridad con la historia de la madre, no permite al hijo existir psíquicamente en ningún otro registro, privándolo de todo espacio psíquico propio, como han sido privadas ellas. A su vez, por la imposibilidad de simbolizar su cuerpo en las diversas aristas antes descritas, los hijos son tratados nuevamente como iguales, como amantes, rivales, como mujeres, como ellas fueron tratadas por sus madres, o simplemente rechazados radicalmente, dando cuenta de un rechazo descarnadamente vívido. El tiempo no avanza hacia el futuro, todo es un retorno al vínculo *informe* con la madre (Le Poulichet, 2009).

En un tiempo circular, no hay futuro posible. No hay proyección a futuro que deslinde a las entrevistadas de su repetición de lo mismo. Cada esfuerzo por recomenzar, el *borrón y cuenta nueva*, representa justamente la imposibilidad de olvidar, de reprimir aquello que debió borrarse para quedar en el pasado remoto y mítico. Por las carencias en el campo de la represión, no se ha instaurado el tiempo como tiempo cronológico. La abstinencia idealizada justamente es el reflejo de este ideal, del deseo de recomenzar, pero esta vez como un sujeto en su posición cabal; es decir, deseante, único, irrepetible, independiente, reconocido por Otro, por un linaje, una familia, un devenir de generaciones que de espacio al paso del tiempo como un tiempo nuevo e irrepetible, propio y personal, único y auténtico. Los proyectos de la abstinencia reflejan ese deseo, pero su devenir centrado en el uso y desuso de las sustancias, pensando en seguir sin pensar, las encamina hacia otro destino.

6.2.- Discusión respecto de las entrevistas a hombres:

6.2.1.- Identidad: *no soy tu hijo, soy mi madre*

El análisis de los discursos de los entrevistados permite afirmar nuevamente el lugar de la filiación como soporte de la subjetividad. Los entrevistados nos muestran el papel del discurso paterno en la introducción a una suerte de código masculino. Es decir, los hombres signan la necesidad de ser introducidos por Otro, al que ubican en el lugar de padres, al cuerpo y devenir masculino. Tal como las mujeres, los entrevistados requieren que el padre del mismo sexo transmita algo acerca de su cuerpo sexuado para devenir hombre, en este caso, mujeres anteriormente.

Recordemos que, en el caso de los hombres, “el sujeto se identifica con el padre en la medida en que lo ama, y encuentra la solución terminal al Edipo en un compromiso entre la represión amnésica y la adquisición de aquel término ideal gracias al cual se convierte en padre. No digo que sea de aquí en adelante y de forma inmediata un pequeño varón, pero él también puede llegar a ser alguien, tiene sus títulos en el bolsillo, tiene el asunto en reserva y, llegado el momento, si van las cosas bien, si los cerditos no se lo comen, en el momento de la pubertad tendrá su pene listo, con su certificado- aquí tienen a papá, que me lo concedió en la fecha requerida” (Lacan, sem 5. pp. 175). Sin este *código*, sin esta entrega, el cuerpo masculino queda carente de simbolización y aparece entonces en una experiencia que corta la continuidad de la vivencia. Recibir *el código*, en este caso, de la misma manera que en las entrevistadas, ejerce una doble función. Por una parte, otorga significantes al sujeto que le permiten simbolizar su cuerpo de niño, en camino de devenir hombre, pero también y por sobre todo entrega un espacio de reconocimiento en la línea de filiación signando su existencia como *hijo de*.

Tal como nos lo recuerda André (2013), “la identificación con el padre, con su potencia, se basa en el amor del padre por el niño y en la forma sexual que tiene éste de manifestarse imaginariamente” (p. 40); en estos casos, los hombres nos señalan que el *código masculino* se espera de parte del padre, con ello se identifica la función paterna. En los casos analizados, sin embargo, la violencia en la introducción al *código masculino* por parte de los padres ha sido de tal magnitud, que es interpretada por los entrevistados como una *humillación* paterna, humillación que les impide acceder a los significantes que le permitieran significar sus cuerpos en torno a la virilidad, como también les ubica en la imposibilidad de ser reconocidos como hijos. Se trataría de padres que de alguna manera reservan ese código para sí, privando a sus hijos de los significantes que les permitieran simbolizar su devenir masculino, a la vez que exigen prematuramente la encarnación de una posición viril. Por la imposibilidad de estos niños de encarnar una posición viril tan prematuramente, los padres los desconocen como hijos, les niegan.

Recordemos que el niño, para convertirse en hombre, “debe primero ocupar en la escena sexual la posición penetrada de la mujer. El pene no se otorga, no se transmite sino a través del gesto que feminiza” (André, 2013. p. 40). En estos casos, el exceso de violencia paterna en torno a la exigencia de virilidad, sumado a la ausencia intermitente de su presencia, impide la introyección de la masculinidad en otros matices que no sean los del agresor, y eso hace a que los entrevistados no puedan sino perpetuarse en una posición femenina. El deseo de acceder a esta posición viril es tal, no sólo en la medida que se ubica como una condición idealizada por el discurso paterno, sino que pesa sobre él todo una primera forma de reconocimiento a la existencia. Los sujetos esperan de este reconocimiento viril el reconocimiento de su condición masculina, pero sobre todo el reconocimiento de su condición de hijos y, en este sentido, las

directrices del deseo que le dieron lugar a su existencia. Esto, asociado al exceso con el que el padre encarna lo masculino, deja a los entrevistados en una posición de sumisión ante ellos y ante el mundo, en la medida que todo aquel que encarne ese lugar de Otredad, humilla a los entrevistados, pues da cuenta de la falta de un primer reconocimiento a la existencia.

Pudiese pensarse que se trata la transmisión de este código fuera de un movimiento de reconocimiento primero, seguido de una humillación y un posterior desconocimiento. Pero no. Vemos cómo en realidad los entrevistados han sentido como primera huella siempre el desconocimiento del padre en su condición de hijos, para luego dar lugar a su odio bajo la lógica de la humillación. En realidad, los padres no entregan palabras simbolizantes, no heredan, sino que explican su desprecio por esta supuesta condición poco viril del hijo.

El padre es un sujeto que aparece en el exceso de violencia, pero también en la marca de su ausencia. Su ausencia permanente, sumado a su intromisión abrupta y agresiva, priva a los entrevistados de las palabras que pudieran permitirles simbolizar su cuerpo. El padre ubica al hijo en una posición de rival, y por ello lo priva del acceso a la condición viril, le niega sus palabras y su reconocimiento. El odio como afecto primordial aparece entonces como el afecto que ha engendrado vida, y ello se torna intolerable. Tal como nos señala André, “al niño le gusta que su padre sea grande y fuerte, la cualidad del don viril –potencia fálica y verticalidad del hombre erguido- dependen de eso; pero un padre que aplasta o un padre que yergue, eso es algo que le cambia la vida a un hombre (André, 2013. p. 110). La identidad articula entonces el deseo frustrado de encarnar una posición masculina y filial que no provenga de la violencia, y la imposibilidad de aquello.

La identidad circula entonces entre el deseo de reconocimiento como hijo y hombre, y a la vez, el deseo de no repetir la violencia paterna, el *exceso de la masculinidad* y el *exceso de su*

ausencia en la actualidad de sus vínculos. Los entrevistados sienten que pueden ser amados por sus padres únicamente en la medida que se está en desmedro de la virilidad paterna, y en ese sentido sólo puede encarnarse un lugar *pasivizado, humillado, feminizado* de virilidad. El padre queda ubicado en el lugar de Otredad radical en la medida que se deduce que él, sólo él, contaría con los significantes que les permitieran acceder a una posición masculina, y se deduce la privación de los mismos. Se depende entonces de manera permanente de la imagen y el discurso paterno real, concreto y efectivo, para ser hombre, para *parecer* hombre, y entonces el padre sanciona a lo largo de toda la vida de los entrevistados lo correcto e incorrecto bajo los parámetros de lo que él estipula como masculino. Lo masculino, en este sentido, se constituye bajo la lógica del ideal, y se porta a la manera de una careta, de una impostura, sólo bajo la lógica del *prototipo* de hombre, el ideal de hombre, que en realidad alude al exceso de hombría en algún sentido.

Por esta razón, la muerte del padre implica para los entrevistados siempre un dolor que no se condice únicamente con el duelo, sino que más bien revela el vacío que deja en torno a la propia identidad, en particular al eje de la masculinidad. Con la muerte de sus padres, entonces, los entrevistados no pierden sólo a alguien amado, sino que por sobre todo, pierden parte de sí mismos: su hombría, pero con ello el reconocimiento primero, su ser hijos.

Hemos visto que pese al ideal de masculinidad que exigen los padres de los entrevistados, no en todos los casos se tratan de hombres que encarnan esta posición de *exceso* en el sentido positivo. Cuando no son excesivamente violentos, excesivamente sexuales, son padres que portan el exceso desde lo negativo: son hombres humillados, impotentes, igual que sus hijos; la exigencia de virilidad se revela en su condición transgeneracional. Los entrevistados no sólo deben ser *machos* por sí mismos, sino que sobre todo como una forma de reivindicación

paterna. La vida propia, entonces, carece de la cualidad de lo novedoso y lo vivo, pues reedita una y otra vez una conflictiva que no alude al sujeto como sujeto de deseo, sino como la replicación del odio vivido (Kaes et al, 1993).

De parte de los padres, pese al discurso idealizado de la masculinidad, los entrevistados reciben siempre entonces una deuda, pues los padres tampoco han podido encarnar a cabalidad ese ideal. Se trata de padres que aplastan a sus hijos pues han visto en ellos un rival, “muy pronto un sucesor; la paternidad les anuncia la inevitable inversión de la fuerza y debilidad (André, 2013. p. 110). Las vidas de los entrevistados, entonces, por una parte remiten a un tiempo circular, pues en ellos se actualiza un deseo de generaciones anteriores: ser el hombre que su padre debió ser. A la vez, se trata de la imposibilidad de superar al padre, el padre no tolera su caída. Se instala entonces la exigencia de un imposible.

Con respecto a la madre, vemos también que su lugar no es indiferente, en la medida que se espera de ella también que pueda otorgar al hijo un reconocimiento como tal, es decir, de niño y hombre, en camino de devenir varón, pero también de retoño, bajo la ley del incesto y la prohibición que impone la castración. Padres y madres entregan o no referentes simbólicos que les permitan a los sujetos encarnar o no encarnar una posición como varones e hijos. En estos casos, las madres se ubican, a su vez, en una posición igualmente *pasivizadas* frente al padre. Se trata de mujeres sumisas e imposibilitadas de cortar el vínculo con estos hombres. Por ello, buscan en sus hijos a aquellos hombres que efectivamente han querido para sí. Los entrevistados, entonces, no son reconocidos como hijos tampoco por sus madres, pues ellas les reconocen como sus hombres, nunca como sus hijos. En estos casos, el amor sexuado no es reprimido lo suficiente por la madre, lo que impide al niño devenir hijo. Forzados

prematuramente a la toma de una posición masculina por padre y madre, los entrevistados no logran hacer suya a cabalidad una posición viril.

“En los amores de estas mujeres, todas fueron de fracaso en fracaso, repitiendo inalcanzablemente el ciclo de esperanza y desesperación que puntuaba su vida de pareja. De crisis en perdones, de rupturas en reconciliaciones, de pasiones en disputas, estas mujeres navegaron en la tempestad esperando siempre encontrar la calma de un amor perfecto que nunca hallaron [...] Por lo tanto, organizaron inconscientemente el hundimiento de la pareja mediante la repetición de la infancia malograda. Todo está ahí, en la expectativa imposible de colmar un pozo sin fondo, y la maternidad se impuso como portadora de la esperanza de apaciguar esa oralidad sin límites” (André, 1999. p. 36). De alguna manera el exceso de la masculinidad que trasmite el padre, implica una forma de tramitar la voracidad materna (André, 2014), también la voracidad de su propia madre.

La identificación a la madre, en este sentido, se encuentra facilitada, pues los entrevistados, como sus madres, han adoptado una *posición pasivizada* frente al poderío del ideal masculino que el padre se esfuerza por encarnar. Esta identificación a la madre, sin embargo, no sucede por vía de la introyección, sino más bien por vía de la mimesis, de la indiferenciación, en la medida que “no abstrae de la relación objetal, y por ello no logra ser soporte de una transmisión intersubjetiva” (Kaes et al, 1993. p. 65). Los entrevistados encarnan la queja materna, que nace del padecimiento de la pasivización, se vuelven el portavoz de su existencia y no al revés, como debió acontecer (Aulagnier, 1990): claman una y otra vez el dolor materno, ahí donde prima su silencio. Encarnan a su vez, en esta posición pasivizada, la deuda paterna respecto de la potencia viril.

La tendencia de los entrevistados a ser *excesivamente responsables* en la abstinencia y la búsqueda de reconocimiento en el vínculo, identificándose habitualmente con el rol de *mediadores o salvadores*, responde a la misma necesidad de encarnar una posición viril que no ha podido hacerse propia, esta vez mediante la asunción imaginaria del principal elemento que articula la palabra paterna: el *súper yo*, el imperativo del deber, aquel que regula el intercambio social entre las personas y que se rige por un tercero que le trasciende. La ausencia de la palabra paterna, sin embargo, los deja con el exceso del rigor de la ley como principal efecto. El masoquismo aparece entonces como efecto.

Ser *mediadores o salvadores*, en tanto búsqueda de un reconocimiento primario, los lleva además a anularse subjetivamente. Sus relaciones están centradas en la satisfacción del placer del otro, como forma de obtener un permanente reconocimiento. Se decide renunciar a cierta cuota de placer en la medida que recibir este reconocimiento se vuelve una necesidad psíquica, pues es el reconocimiento que surge en el encuentro aquello que se necesita para sostenerse subjetivamente. La relación se revela en su cualidad pasional (Aulagnier, 1994). El reconocimiento de la potencia viril no sólo les reconoce en la condición masculina, sino que sobretodo se trata de un reconocimiento primero, fundante de la subjetividad, que no ha acontecido: el primer reconocimiento como sujeto, ser hijo, mi hijo.

Así, todo aquel que se ubique en un lugar de Otridad se torna un sostén subjetivo e identitario para ellos. Los entrevistados ubican aquí a quienes les permiten conducirse como hombres; este lugar lo ocupan sus padres, sino irónicamente, sus mujeres. Sus mujeres, generalmente en el lugar de parejas, encarnan la posición viril que ellos han querido, una virilidad que integra la potencia y la feminidad, portando esta última sin vergüenzas. Esto hace que los entrevistados se sientan dependientes de sus mujeres, *macabeos*, pues requieren de su mirada para

reconocerse hombres y saber conducirse como tales. Nuevamente, la pareja ocupa el lugar materno (Lacan, 2003). La falta de ellas, la ausencia de su reconocimiento, su abandono, es vivido siempre como un no reconocimiento radical, también una *humillación*, reviviendo la humillación primera, pues saca a relucir justamente aquello de lo que ellos carecen, la posibilidad de sostenerse por sí mismos. El reconocimiento de sus mujeres suple un reconocimiento fundante, una primera forma de narcisismo (Aulagnier, 1990) y es por ello que el vínculo hacia ellas se vuelve dependiente, pasional (Guyomard, 2013; Aulagnier, 1994).

La violencia y ausencia paterna, así como la mimesis a la madre genera además en los entrevistados, la imposibilidad de reconocer en sí mismos un linaje. Recordemos que es necesario para la existencia psíquica de todo sujeto ubicarse como parte de un todo, en torno al deseo que le origina la vida (Aulagnier, 1991); también es necesario advenir como sujeto que nace de una cadena de generaciones, de una historia que le antecede y que define ciertos parámetros significantes de su existencia. Sólo así, en función del deseo que lo trae a la vida, se puede articular un pasado compartido, elaborar un presente y futuro que de espacio a la subjetividad personal, subjetividad que revela tanto la novedad de lo propio e irrepetible como la pertenencia a un todo denominado familia (Kaes et al, 1993). En estos casos, los entrevistados no logran reconocer en su existencia ningún elemento que les permitiera ubicarse como sujeto en el devenir de las generaciones. La identificación al padre es realmente una repetición de lo mismo, de su deuda viril, y sólo reconocen elementos maternos en la medida que estos no implican una semejanza, sino una mimesis. La única posibilidad de constituirse como sujeto parte de un linaje surge, entonces, a través del espacio imaginario, en el campo de la fantasía, a través de la creación de relatos acerca de personajes míticos, supuestamente consanguíneos, que encarnan el ideal de virilidad que ellos desean y que no

han logrado. Hombres que portan una pulsión tramitada simbólicamente: se parecerían entonces a héroes nacionales, parientes lejanos, pero hombres valientes, sobresalientes en su potencia y virilidad, pero bajo el imperativo que se trate de una potencia que no dañe, sino que salve, libere, sane, cuide, etc.

Bajo este contexto, el uso de sustancias cumple variadas funciones. Por una parte, revela el quiebre que acontece en el campo de la subjetividad, en tanto da cuenta de la imposibilidad de integrar de forma armónica los aspectos femeninos y masculinos de sí mismo. Entonces, bajo efectos del consumo, o se es excesivamente *macho*, violento, obscenamente sexual y agresivo, extremadamente fuerte, etc. o se es *extremadamente femenino*, y entendemos femenino desde el polo de la manifestación emocional abierta a la toma cabal de una imagen o una identidad transitoriamente femenina: *Olguita Marina*. Más que anular la esquizis del sujeto hablante, como señala Le Poulichet (1990), la intoxicación revela la escisión radical que habita el sujeto en sí mismo.

Por otra parte, el uso de sustancias inhibe el deseo sexual, protegiendo a estos hombres de la exigencia de una virilidad potente, que se les torna excesiva. Recordemos que la huida de la virilidad y del encuentro sexual remite en todos los casos al amor primario por la madre (André, 2013. p. 49); “Freud no tiene dificultades en mostrar que detrás de la exclusión de las parejas de la vida amorosa y sexual se esconde (mal) el primero de todos los amores” (André, 2013. p. 49). La angustia de castración, entonces, no es nunca una causa primera, sino consecuencia de un “deseo incestuoso que aprieta demasiado” (André, 2013. p. 43). En estos casos, la impotencia viril da cuenta de una huida de la voracidad materna, actualizada en cada encuentro con el cuerpo de la mujer, pero también responde a la huella traumática que ha

dejado el exceso paterno con respecto a la masculinidad, por lo cual su palabra no ha tenido efectos simbólicos.

Fallar como hombre es algo que los entrevistados se permiten estando en consumo, pues el uso de la sustancia pareciera prestar un discurso que vuelve coherente la impotencia y que la ubica como efecto orgánico del cuerpo. Manifiesta el deseo de no tener que responder al ideal de hombre, así como la necesidad de distancia materna. Lo que avergüenza de la impotencia tiene relación con que dejaría en evidencia la pasivización vivida, presencia de esos elementos femeninos de la identidad que se quieren ocultar, por desear encarnar el ideal masculino, por vivirse desde la pasivización, pero también porque revelan el peso de la presencia materna.

La identidad de *rebelde*, permitida por el uso de sustancias, permite a su vez una encarnación parcial del exceso con que se vive lo masculino, a la vez que un corte imaginario con todo aquel que porte los significantes que le permitieran advenir hombre, esos Otros con que se mantiene la dependencia, esos Otros que le han privado de la simbolización de su cuerpo viril. La *rebeldía* es una respuesta al dolor del abandono paterno, a la ausencia de su reconocimiento, que encuentra en las manifestaciones *excesivamente viriles* el acceso al desborde, propio de la carencia fálica en torno a la ley. En esta medida, es una respuesta que nace del dolor, que genera la sensación de fortaleza transitoria al propio yo, y en ese sentido un refuerzo a la masculinidad, pero pronto esta se desembuelve justamente en su cualidad temida: el exceso. La rebeldía, además, corta la mimesis con la figura de la madre y se tiene entonces la vivencia de al fin acceder a un espacio subjetivante.

El uso de sustancias permite el despliegue sin culpas de las mociones femeninas, en un espacio libre de vergüenzas o juicio morales. El afecto se expresa con libertad y en ese sentido el consumo es grato, pero en su extremo la pulsión sin tramitación significativa encuentra un lugar

de manifestación y entonces irrumpe en la experiencia. La pulsión, escasamente integrada, asociada también al exceso de lo masculino, se toma la escena y se posiciona en el lugar de Otredad; el cuerpo se manifiesta escindido de la mente y el sujeto siente que la necesidad comanda al cuerpo. La hipersexualidad responde también al “esfuerzo por evitar el reencuentro siempre peligroso con el otro sexo” (André, 2014. p. 60). Esto se vive como una sensación que conduce a la muerte, en la medida que contacta con un espacio de sí mismo que no sólo no responde al ideal, sino que devela el vacío de simbolizaciones que se encuentran a la base. Esta experiencia, unida al vacío al que convoca la indiferenciación con que se ha articulado lo femenino, remite al sujeto a la propia desaparición, en la medida que lo femenino remite a la indiferenciación con la madre. A su vez, tal como señala André, la manifestación de la sexualidad en su exceso, como una sexualidad repetitiva, compulsiva y de adicción, da a su vez testimonio fallido de una inesperada función de lo sexual, “la de contribuir al tratamiento psíquico, a la transformación de lo simplemente traumático en un plus de placer” (André, 2013. p. 132).

El uso de sustancias permite, además, el acceso a un *espacio entre hombres* y provisoriamente, al *código masculino*. Por el uso de drogas únicamente los entrevistados podrían acceder al reconocimiento de otros hombres acerca de su virilidad y al ejercicio de un código masculino que en realidad ninguno del grupo porta, sino al que se accede por el uso de la sustancia; así *están a tono, pueden compartir*. Sin la droga, el sujeto queda despojado de los significantes propios al código masculino; el código masculino sólo se porta de manera relativa y temporal, por efectos del consumo. El reconocimiento obtenido en este grupo de hombres no cumple sólo el lugar del reconocimiento viril sino que sobre todo otorga una sensación de reconocimiento vital, un reconocimiento mucho más primario y fundamental para la existencia

que el mero hecho de sentirse hombre. El reconocimiento primero que debió otorgar esa condición no dada de ser reconocido como hijo.

Finalmente, el consumo de drogas otorga un sentido de pertenencia a la familia, en tanto a través de ello pueden ser reconocidos como un hombre más del clan. La droga se articula así como elemento que permite una filiación imaginaria, una identificación y pertenencia al grupo de hombres de la familia efímera y banal, pero posible. El deseo de pertenencia y de reconocimiento filial se manifiesta una vez más, así como la falla en el proceso.

Tal como las mujeres, los hombres carecen de una identidad que pueda integrar los elementos masculinos y femeninos. Al igual que las entrevistadas, los hombres claman por palabras de hombre que le permitan simbolizar su cuerpo. En su caso, la identificación a la madre suma elementos. Tal como las entrevistadas, se conciben bajo la lógica del *autoengendramiento*, en la medida que son hijos de mujeres que al dar vida, intentan darse vida a sí mismas (André, 1999). Ser hijos, hombres y padres, veremos, se revela nuevamente como tres hebras del mismo hilo.

6.2.2.- Imagen: *feo como un gusano*

La imagen especular, en concomitancia al plano identitario, da cuenta de un reconocimiento fundante no acontecido. La imagen de sí, para representar al yo, requiere una mirada jubilosa para constituirse reflejo del yo cuerpo (Lacan, 2003). Los discursos de los entrevistados nos permiten afirmar que, en el caso del reconocimiento de la masculinidad, este júbilo debe provenir no sólo de la madre, sino que también del Otro paterno.

Los entrevistados nos hablan de una imagen personal que disgusta y que genera displacer, en la medida que devuelve la experiencia de impotencia viril en variados sentidos. Por una parte,

al reconocer en sí mismo un parecido al padre, los entrevistados no pueden sino intentar tomar distancia de su violencia, de su exceso de masculinidad, de este ideal que se les ha exigido además tan prematuramente. Hablan entonces del parecido físico pero de la diferencia en el carácter, y la vivencia primordial es el desagrado, el rechazo de la propia imagen, la devaluación, en la medida que la imagen devuelve la vivencia de humillación que han sentido junto al padre. La ausencia de reconocimiento paterno se toma la escena. En esta condición, hacen un giro hacia la identificación a la figura de la madre; tal como nos señala André, “no es raro adivinar, detrás de la figura del padre, la identificación con la madre” (André, 1999. p. 58). El parecido a la madre convoca, sin embargo, a la vivencia de indiferenciación entre ambos, el relato que acompaña la propia imagen en tanto semejanza al rostro materno refleja la mimesis entre ambos, la indiferenciación en la historia y la pasivización de madre e hijo por el exceso que toda masculinidad conlleva. Se trata de una separación que en ningún caso pasa por la pérdida, sino más bien da cuenta de una experiencia de vacío aniquilante, donde no hay duelo posible (Freud, 1915; Guyomard, 2013). En ambos sentidos, diremos entonces, el sujeto no adviene tal en la medida que no hay reconocimiento del sí como otro distinto de los padres. El sujeto encarna en su rostro el exceso paterno, del cual intenta tomar distancia, cortando con la posibilidad de reconocer algo heredado por esta vía, quedando como huella el desagrado y la devaluación del cuerpo; en otros momentos, bajo la lógica del vínculo a la madre, encarna la pasivización materna, que transmite lo femenino desde la impotencia radical y entonces tampoco permite el acceso a una condición viril, sino que muy por el contrario, pasiviza al extremo de la mimesis del sujeto a ella y con esto, su anulación radical.

Toda preocupación por la imagen de sí mismo toma entonces el cariz de la feminización excesiva, pero también de la anulación total. Recordemos que Freud postuló “lo que podríamos

llamar un mítico narcisismo primario. Mítico en el sentido que sólo puede ser abordado a través de una operación retoractiva. En este momento el tipo de satisfacción sólo puede ser autoerótica y el “yo, como tal, aun no se ha constituido. Los objetos que la libido inviste son el propio cuerpo, el reino de “las pulsiones parciales”. Este es el infans que los padres idolatran. “His majesty the baby” (Freud, 1914); en él, los padres depositan toda la perfección que ellos tuvieron alguna vez en ese mítico estado de “narcisismo primario”, padres e hijos en un enfrascamiento total de omnipotencia” (Aceituno et al, 1994. p. 47). Esta primera fase si no es sostenida por el amor de la pareja paterna, por la construcción de un discurso identificante que acoja al niño (Aulagnier, 1994) y no sólo la proyección del sí mismo a secas, el estado de narcisismo primario no acontece y el “enfrascamiento en un estado de total omnipotencia” toma otro cariz. Por ello, la preocupación por la propia imagen entonces se descarta, es más, se busca insistentemente la despreocupación, pues preocuparse de *cómo uno se ve* no sólo daría cuenta de una condición femenina no integrada, sino que por sobre todo revela la imposibilidad de investir el cuerpo en el campo imaginario a consecuencia de la vivencia de un cuerpo no investido en otro registro, de un cuerpo carente de reconocimiento, de un yo que no ha tenido un reconocimiento primero que permitiera articular una primera forma de narcisismo anclada al cuerpo, fundante del yo. El cuerpo es otro, radicalmente otro, no representa.

En ese contexto, todo aquel que aprecie por la imagen puede brindar un amor únicamente *superficial, banal, desechable*. El verdadero amor estaría en otro registro, pues el registro corporal anula cierta condición del yo. Los hombres buscan encarnar una imagen masculina a través del prototipo de hombre, pero también lo hacen mediante la sensación de potencia que brinda el uso de sustancias. Sin embargo, es la identidad paterna la que se despliega en el

campo imaginario, articulando un esfuerzo por establecer un vínculo afectivo y filial que les permitiera reconocerse como padres a través de la imagen. Recordemos las fotos de Facebook de EH32, que nos revelaría el amor por sus hijos. Dada esta imposibilidad, por las falencias simbólicas que implica para los entrevistados la simbolización de lo paterno, lo paterno se encarna sólo mediante la imagen, mediante fotos que atestigüen el amor y el deseo por los hijos.

El uso de sustancias atestigua la escisión que funda la constitución narcisística. Por una parte, por la sensación de potencia que otorga la droga, la imagen se ve reforzada en el ámbito de la masculinidad; esta es una de las importantes experiencias de placer que la sustancia otorga. Sin embargo, los entrevistados nos hablan que con droga la vivencia fundamental es que se transforma el rostro, reflejo de su identidad, dando cuenta de una trasmutación mucho más profunda en la vivencia. *Se transforma la cara*, dicen, se me pone una *cara de loco*, rostro irreconocible que no refleja la propia existencia. En este sentido, el encuentro con la imagen da cuenta de la escisión fundante de la constitución narcisística, pues aquello que en todos nosotros escapa a nuestra aprehensión, lo inconsciente, no aparece aquí a la manera de una formación del inconsciente, sino que se manifiesta en la diferencia que marca la vivencia de sí y la imagen que retorna el espejo. Hay un quiebre entre la experiencia vital y la imagen que devuelve el espejo que refleja esa escisión. Esta experiencia convoca al vacío, la disolución del sujeto, y se condice con los afectos que se tienen en el momento: rabia, angustia, dolor, melancolía. El análisis de la imagen en los entrevistados nos permite señalar que la ausencia de reconocimiento en su condición viril remite a una condición vivencial mucho más profunda y fundante: la ausencia de reconocimiento en su condición de sujetos deseantes.

Ser reconocido como hijo es algo que, como hemos visto, no acontece. Lo atestiguan la mimesis que implica el vínculo a la madre, y la reedición que significa la demanda de una masculinidad excesiva por parte del padre. De parte de la madre, los entrevistados son la madre, pasivizadas por el padre, reclaman su dolor. Por el lado del padre, los entrevistados nuevamente padecen como ellos, del exceso paterno y de la demanda de una masculinidad brutal. La imagen porta ambos extremos en una misma experiencia: la humillación, la degradación, el disgusto con uno mismo; de alguna manera, porta un dolor trasgeneracional que no cesa de repetirse impidiendo el paso del tiempo. Tal como el padre, los entrevistados se ven forzados a tomar una condición masculina prematura; pero en su caso, esto desemboca en la imposibilidad de reconocerse hombres y sujetos, generando la vivencia constante de humillación: no sólo se es feo, sino que *soy feo como un gusano*, dice EH91.

Diremos para finalizar, que la identificación al padre requiere la participación activa y real del padre en el encuentro; sin embargo, se juega aquí también el hecho que el padre sea el objeto elegido por la madre para que ocurra una identificación al padre amado (André, 2014) Ambas cosas no ocurren en estos casos, por lo que la imagen especular no puede reconocer ni al padre o la madre que les ha engendrado. El sujeto se parece sólo a sí mismo.

6.2.3.- Relación al objeto: *si mi padre hubiera estado, yo no estaría en drogándome*

Hemos visto las características de la relación al padre y la madre. De la relación al padre, destacaremos esta vez la potencia que deja la huella de su ausencia y su violencia. Por una parte, la ausencia paterna deja la marca de la carencia en el reconocimiento. Los entrevistados hablan de la privación paterna, es decir, de un padre que pudiendo prestarse como tal, se niega a hacerlo. Aquello es interpretado por los entrevistados como efectos del odio paterno, al

extremo de llegar a dudar acerca de ser efectivamente sus hijos. La idealización del padre, en este marco, responde mucho más a la elaboración de una fantasía que al padre real; en otras palabras, responde al deseo de haber tenido efectivamente un Otro que se posicionara y se ofreciera en el lugar de padre y a la carencia del mismo.

Por otra parte, vemos que cuando el padre realiza un movimiento de reconocimiento hacia sus hijos, lo hace siempre desde el campo del reconocimiento viril. Toda otra forma de vinculación se interpreta desde el displacer. Es decir, si el padre mira, en un movimiento que pudiera devenir subjetivante, lo hace únicamente tasando en el hijo su cuota de hombría, midiendo en él esta condición e impidiendo que él pueda superarlo como tal, como hombre. Lo mira para humillarlo. Vimos ya, bajo los dichos de André, como la masculinidad siempre se da bajo la lógica de la rivalidad y la competencia, pero el padre en su función del tal permite al hijo superarlo finalmente para transmitirle los códigos de la masculinidad (André, 2014), sólo así otorga los títulos que guarda en el bolsillo (Lacan, 1957/1994. pp 175) para devenir hombre. En estos casos, esto no sólo no acontece, sino que la excesiva preocupación por la masculinidad de parte del padre otorga un cariz sexual a la relación filial, que debió reprimirse. Es esto lo que impide a los entrevistados renunciar finalmente al amor paterno y sostener una identidad basada en la feminización como primera forma de reconocimiento (André, 2014).

La indiferenciación aparece claramente en los discursos de los entrevistados respecto de la madre, pero no sólo se trata de eso. Es respecto del padre donde el sujeto está también atado, buscando en él aquello que le permitiera salir del lugar del *hombre de la madre*. La idealización del padre responde a esto: *si hubiera tenido padre, no estaría como estoy*, nos dice EH82. Vimos como la madre ubica a los entrevistados en una condición viril en la medida que sólo sean hombres para ella, sólo de ella. Y vemos en las entrevistas como los entrevistados lloran a

sus padres muertos como si se llevaran parte de ellos mismos. La palabra paterna, como función de corte, como representante de la ley del incesto (André, 2014) es lo que se anhela, y en este sentido aquí nada de paterno ha sido efectivamente *transmitido* (Kaes et al, 1996).

Los entrevistados nos hablan de padres que han sido víctimas a su vez del exceso de sus propios padres: *mi abuelo era peor*, dicen, *mi padre se la llevó peor*. Muchos de ellos, además, son incitados prematuramente por sus abuelos paternos a *convertirse en hombres: boxear para aprender a pelear, usar armas*. A la vez, los entrevistados describen cómo no se les ha otorgado un lugar en la cadena de generaciones como *hijos de. Hombres de la madre*, quedan fuera del espacio fraterno, imposible de reconocerse entre hermanos como uno más; para el padre, a su vez, ser reconocidos como hijos pasa por encarnar el ideal de virilidad, entonces los entrevistados carecen del lugar de hijos y hombres. Se preguntan los entrevistados entonces si son realmente hijos de estos hombres. Tal como en las entrevistadas, vemos cómo se niegan las diferencias entre las generaciones, haciendo pertenecer al sujeto a una filiación únicamente en la medida que queda por fuera de la línea de filial, se pertenece en la medida que no se pertenece a nada.

Vemos que se establece entre las generaciones una violencia de transmisión más acá del “sentido accesible por el lenguaje de las palabras y los actos de habla: es una trasmisión de cosa” (Kaes et al, 1996. p. 21) y entonces “la urgencia no es solamente la de trasmitir, sino que la de interrumpir una trasmisión” (Kaes et al, 1996. p. 21), *cortar una cadena*. La violencia de lo heredado es tal en agresividad y ausencia, que se torna intolerable. Los entrevistados, entonces, dudan acerca de ser *hijos de*, pero también acerca de ser *padres de*. Por una parte, buscan ser padres sin repetir sus historias con sus padres, su ausencia y su violencia; por otra, la duda acerca de la paternidad se instala nuevamente, ahora acerca de ser efectivamente o no

los padres de sus retoños. Repiten entonces esta carencia en el reconocimiento del hijo en un lugar filial, dejándolo nuevamente por fuera de la cadena de las generaciones, recibiendo y otorgando una “asignación alienante” (Kaes et al, 1996. p. 27). Si logran reconocerlos hijos, no pueden sin embargo tomar el lugar de padres. Prefieren ser *amigos* de sus hijos, *unos niños* más, privando a la generación siguiente una vez más de padre.

La paternidad implica para ellos la amenaza de repetir la ausencia y violencia paterna, entonces siempre se torna necesario “interrumpir la maldición de esa transmisión” (Kaes et al, 1996. 23). Lo paterno, entonces, no acontece en su cualidad simbólica, como ley. Sólo acontece en el exceso que marca su ausencia sostenida, así como en su intermitente violencia y su hipersexualidad efectiva. Su carente estatuto simbólico se deja entrever justamente en el cariz sexual que conserva el vínculo paterno, así como la impotencia que manifiesta frente a la voracidad materna. La violencia sexual que han padecido los entrevistados de parte de sus padres, en particular los casos que han padecido directo abuso sexual, toma un importante lugar en la medida que se torna un indecible, algo que acontece bajo el imposibilidad de simbolización, y así el sujeto siente que no puede hablar de ello porque *hay algo ahí que no entiende*, y que supone tiene que ver con ese *código masculino* del que carece.

La relación a la mujer conserva, por su parte, características similares. La mujer encarna, para los entrevistados, tanto la voracidad materna como la violencia del padre. Irónicamente, la palabra de sus mujeres mantiene una cuota de potencia que se describe imaginariamente desde la masculinidad, en la medida que comandan el devenir de estos sujetos: *mi mujer lleva los pantalones* dicen. Se trata en realidad de una potencia que más que solamente viril, convoca a la voracidad materna y *se viste de hombre* en su agresividad. Los entrevistados entonces se vuelven dependientes de sus mujeres, justamente por esta doble condición;

sostienen con ellas relaciones pasionales, donde en realidad no hay un objeto para un sujeto, sino que “el objeto se ha convertido para el yo de otro en la fuente exclusiva de todo placer, y ha sido desplazado por él hacia el registro de las necesidades” (Aulagnier, 1994. p. 202); así, se busca en cada nuevo encuentro el retorno del objeto primordial, pues se niega la separación cabal con él.

Las parejas, mujeres amadas, cuando les abandonan, abren una separación que no se condice con el duelo, sino que con una disolución del yo (Freud, 1915), misma disolución que convoca la muerte del padre. En el caso del padre, su muerte se lleva los significantes que pudieron permitirles advenir hombres, y con ello hijos, y con ello sujetos. No les queda más que intentar imitar al padre al pie de la letra de sus dichos, con su exceso, siempre en carencia, humillados eternamente por la ausencia paterna. El consumo actualiza en lo real entonces el *castigo paterno*, la sanción que busca la humillación constante, que revela su carencia simbólica; a la vez presentifica a un padre que realiza un esfuerzo por reconocerle hombre, aunque sea a través de la humillación, y entonces tal vez poder devenir hijo. La melancolía responde en todos los casos a la muerte del padre en tanto es una figura que no se puede olvidar, ya que algo de sí mismos se va con ellos.

En el caso de las mujeres, cuando les abandonan, los entrevistados sienten que quedan sin la posibilidad de un reconocimiento primero, basal para la existencia, que para ellos está anclado a la virilidad. Buscan entonces encuentros sexuales compulsivos, anónimos, a la manera del uso de una droga, donde lo que importa no es la relación al otro sino que la satisfacción autoerótica (Freud, 1923), el reforzamiento de la hombría, porque la hombría los hace sentir vivos, sujetos. En su revés, la relación sexual se torna abismante en la medida que en este encuentro se juega su existencia y su desaparición subjetiva (André, 2014). El uso de las drogas permite este doble

cariz. Por una parte, facilita el encuentro compulsivo en busca de sensaciones que fortalezcan la virilidad, anestesiando la vivencia afectiva que les hiciera reconocerse con una total desconocida en un encuentro que supone intimidad. El desencuentro propio a toda relación sexual, en estos casos, cuando no se anestesia, da paso a la angustia y por ello es posible la compulsividad en el campo sexual únicamente bajo anestesia. Por otra parte, en otros momentos, el uso de sustancias otorga una sensación de placer que les permite sentirse temporalmente completos, libre de toda necesidad corporal, y entonces facilita la satisfacción del deseo mediante la anulación de todo objeto que lo convoque, en un esfuerzo de satisfacción bajo la vía del deseo de no deseo (Aulagnier, 1994). La droga entonces “quita el deseo sexual” e impide la confrontación con la virilidad, que en estos casos, como hemos visto, remite a las carencias en una primera forma de narcisismo. Drogarse, entonces, permite suspender temporalmente el problema de la masculinidad, a la vez que da paso al exceso de la misma bajo cierta anestesia, en una huida de lo femenino. Revela a escisión que conlleva esta problemática para el sujeto. Más que anular en estos casos la esquizis del hablante (le Poulichet, 1990), en estos casos la sustancias revela una escisión de otra índole, jamás resuelta. El uso de sustancias también responde al dolor por los excesos paternos. *Si tú (padre) hubieras estado, yo no estaría así*, dicen los entrevistados. El uso de drogas permite tramitar el dolor vivido pero también, como vimos, encarna el perpetuo castigo del padre por su carente virilidad. *Siento que me castigo, dicen, me castigo por no haber tenido padre*. La fallida condición simbólica de lo paterno da paso a que la ley aparezca en el campo de lo real, y sin tramitación de su potencia. Los entrevistados entonces consumen no sólo porque el uso de sustancias permite temporalmente el acceso a un *código masculino* y a un *espacio entre hombres*, tampoco porque a momentos permita la manifestación de mociones femeninas de

manera más tolerable, sino primordialmente porque el consumo actualiza una y otra vez el castigo y el sadismo paterno, que permite al menos tener padre. Esta permanente actualización del castigo paterno esboza un esfuerzo por simbolizar algo que ha devenido traumático, la virilidad, y que actúa entonces a la manera de un quiste psíquico (Le Poulichet, 1990) al tratarse de una representación imposibilitada de ligarse a otras representaciones. El uso de drogas revela entonces un esfuerzo psíquico fallido por acceder a un espacio de la experiencia del que se les ha privado, cercenando parte de su existencia. La droga a su vez les protege de repetir esta vivencia dolorosa con sus hijos, pues sólo pueden ser padres bajo el imperativo de la abstinencia. En abstinencia, cuando son padres, son *padres niños*, *padres amigos*, *padres hermanos*, nunca padres; la droga les permite protegerse del exceso pulsional que ha implicado para ellos la vivencia de la paternidad en tanto hijos.

6.2.4.- Representaciones:

Recordemos que “el sujeto, “antes” de inscribir su experiencia vivida y luego histórica en un “orden simbólico”, debe o ha debido ser objeto él mismo de inscripciones en un campo de lenguaje, de pensamiento y de relación a otros”. (Aceituno, 2010. p. 70). En estos casos, priman como experiencias primeras en el campo del lenguaje y relación a otros, dos condiciones fundamentales: la violencia y la ausencia. La violencia signa particularmente el modo de relación del padre; el exceso de agresión paterna, su hipersexualidad, han sido de tal magnitud que deja en los sujetos una huella indeleble: o lo masculino se representa a la manera de un trauma, un exceso, convoca una ausencia radical de representaciones. La ausencia, a su vez, se relaciona al padre y a la madre, al padre cuya aparición es sólo en el marco del exceso de virilidad, pero en otros ámbitos simbólicos y reales desaparece radicalmente; a la madre,

porque su presencia en realidad es una presencia ausente, remite a su carencia protectora y a la ausencia de un discurso que otorgue el lugar de retoño al hijo. Veamos esto en detalle.

En tanto trauma, lo masculino alude a representaciones que dan cuenta de cómo una serie de acontecimientos no pudieron ser incorporados o tramitados, “y en tanto produce un resto, tiene por efecto una compulsión, la que fuerza volver a él para intentar zanjar la tramitación interceptada. Se trata del intento de instaurar retroactivamente en la escena algo de lo que careció en el momento de su acontecer, y cuya ausencia provocó los efectos traumáticos; el “apronte angustiado” [...] el trauma se produce entonces cuando no hay apronte angustiado, es decir, cuando de modo sorpresivo la capa protectora es perforada y el aparato es anegado por un exceso de excitación (Veto, S. en Aceituno, 2010. p. 156). Lo masculino deviene traumático, entonces, en la medida que su exceso irrumpe intempestivamente en la experiencia. No se espera la potencia de la experiencia con el padre, su virilidad irrumpe sin aviso y con potencia desmedida, portando un exceso que se torna imposible de tramitar. El trauma insiste entonces bajo la lógica de la compulsión a la repetición, una y otra vez en un esfuerzo de simbolización se vuelve a representaciones que se tornan imposibles de ligar a un discurso continuo acerca de sí mismo y de lo vivido. Tal como señala Aceituno, el trauma en este ámbito de la experiencia “afecta así las condiciones mismas para que, de forma retroactiva, las huellas dejadas por la experiencia traumática puedan ser re-inscritas, elaboradas, simbolizadas “secundariamente”” (Aceituno, 2010. p. 79). La masculinidad se vive entonces en esta condición, escindida, desintegrada; irrumpe en la continuidad del sí mismo como una experiencia ajena.

En lo que refiere a las huellas de la ausencia, recordemos que para Aulagnier (2010) sólo existe información psíquica en tanto ésta deviene de una experiencia erógena; es decir, sólo accede al

campo de las representaciones aquello que ha sucedido como una experiencia de placer, todo lo demás carece de existencia psíquica bajo la lógica simbólica e irrumpe constantemente en el espacio corporal en un esfuerzo por encontrar un tipo de representación mental (Castoriadis Aulagnier, 2010). Se trata entonces de experiencias de las cuales el sujeto no puede dar cuenta, pues es algo que psíquicamente no ha acontecido (Aceituno, 2010). Para Green (2006), por su parte, la ausencia en cambio queda como una marca en el psiquismo, como una huella que convoca la experiencia de vacío, de la nada, de la ausencia radical de representaciones. Es una marca que deja huella pero que a la vez no permite historicidad; es una marca que convoca a la desaparición en tanto da cuenta de la ausencia de un accionar Otro que diera espacio a la aparición de un sujeto; dicho en otras palabras, “la positivización de lo negativo trae aparejada la negativización de lo negativo precisamente por esta misma positivización. Ya no estamos en un universo de ausencia, inferido por la falta que se deduce del deseo inconsciente que corrige este defecto, estamos en el sufrimiento de una pérdida demasiado presente, pero el que sufre no puede saber ni de qué sufre ni qué lo hace sufrir” (Green, 2006. p. 81).

Lo viril, la masculinidad, en sus diversas vertientes, contiene el peso de lo traumático, deviene una representación imposible de tramitar mediante nuevas ligaduras a otras representaciones. Recordemos que para Aulagnier la identificación no es a un rasgo, sino a una respuesta (Aulagnier, 2014); así, es la historia con sus padres aquello que devino trauma, todo aquello que ancla la relación hijo-hombre quedará bajo el yugo del dolor que implicó aquel vínculo. Representaciones enquistadas, privadas de circulación simbólica, impiden entonces a los entrevistados representar su propio devenir en el transcurso de una historia como hijos, como padres, como hombres. Sin embargo, en todos los casos, lo viril, además, convoca también aquello que no ha acontecido por vía de las representaciones; algo toma no sólo un cariz

traumático, sino que además, irrepresentable. Diremos que estos casos es lo materno aquello que queda marcado por la marca de la ausencia y lo irrepresentable es causa de esta ligazón a lo materno.

Recordemos que en hombres y mujeres coexisten siempre mociones de tipo femenino y masculino, que exigen complementariedad. Joyce McDougall señala al respecto, la relevancia de “camino potenciales que permitan la integración de la constelación homosexual tanto en el caso de los hombres como de las mujeres” (McDougall , 1997. p. 15 en Udler Crombing, 2001. pp. 79). En nuestros entrevistados, en cambio, lo masculino queda marcado primordialmente por el exceso, y lo femenino se marca por la ausencia.

Vimos en el análisis de las mujeres entrevistadas que lo femenino se transmite no sólo en su condición carente de significación fálica, sino que los significantes que contornean la ausencia de significante que lo representa, dan cualidad a la trasmisión de lo femenino. En estos casos, la madre se caracteriza por ser ausente, pero se trata de una ausencia particular pues acontece en su presencia efectiva. La madre, por su pasividad extrema, por no proteger del exceso paterno, no es vivida desde la función materna sino sólo desde su condición de mujer, pues se manifiesta activa únicamente al demandarle al hijo ser *su hombre*. Entonces, lo femenino/materno se trasmite únicamente mediante la voracidad de la simbiosis y la anulación de las generaciones, dejando el encuentro sexual bajo el signo de la disolución del yo. Ser hombre se torna nuevamente un imposible, porque se podría ser hombre sólo para esta mujer. En este sentido, lo femenino no actúa en ellos como un elemento que pudiera matizar el exceso de virilidad paterna; tampoco otorga una experiencia que permitieran potencialmente tramitar la pulsión en el espacio del cuerpo. Mucho menos hace valer la ley del incesto como ley que regula la diferencia entre las generaciones. Entonces lo masculino se vive como una

condición violenta, excesiva, traumática, que se porta como algo ajeno; en su reverso, se encarna una ausencia radical de virilidad que convoca en realidad, dada la pasivización que implica, a la voracidad materna.

No sólo no se ha transmitido entonces lo masculino con falencias, sino que lo femenino prima también en su condición abismante. La carencia que conlleva la transmisión fallida de lo femenino convoca a una condición más primaria, originaria, del sujeto.

Recordemos que esta relación a la madre en tanto Otro involucra una presencia, “un espacio donde este sujeto-otro, mediante su propia capacidad de juzgar- y de juzgarse- permite a quien recibe originariamente sus marcas, sus “inscripciones”, sus identificaciones (primarias) la institución de una potencialidad de representación, de pensamiento, de juicio y de memoria [...] en este primer momento se trata más bien de la inscripción de un aparato de representatividad- y no sólo de representación- ahí donde interesa más su función que los contenidos que alberga” (Aceituno, p. 75). Los recursos simbólicos así instituidos permitirán al sujeto posteriormente cambiar lo heredado por algo que lleve el sello de lo propio, así como reprimir, guardando las huellas de lo recibido, para producir sus propias versiones de lo vivido y acceder al espacio de la pérdida a través del duelo y al espacio del recuerdo, mediante la memoria de un pasado que ya fue y que por eso puede dejarse ir. Por estas falencias en el vínculo materno, el sujeto no sólo queda desposeído de una condición femenina escasamente integrada a su identidad sexuada. Queda, por sobre todo, por fuera del campo de la representabilidad de ciertas condiciones de la experiencia. El vínculo no ha dado paso a cabalidad a la representación de un adentro y un afuera, de un yo y otro, de un espacio de diferenciación. Así, aparecen agujeros en la historización de la vida personal que angustian, que no encuentran respuestas y que se vuelven actuales en la medida que carecen de

representaciones que los hicieran parte del relato de la historia vivida, de un pasado lejano. Estos agujeros convocan a la desaparición, más que a la pérdida y el duelo. Aquí no hay pasado posible, no hay memoria de un tiempo remoto, sólo un eterno devenir a lo mismo: compulsión a la repetición, literalmente (Freud, 1920). Los entrevistados miran hacia atrás buscando respuestas que no aparecen, porque las experiencias no han podido ser tramitadas simbólicamente, en el psiquismo en realidad no han acontecido (Aceituno, 2010). La identificación conduce entonces a la mimesis, y se representa el pasado desde el acontecer de la madre.

El amor porta la huella de esta misma condición. Representado desde la fusión, el encuentro con otro es una pasión (Guyomard, 2013; Aulagnier, 1994), indiferenciación que dispensa al sujeto de formular un deseo con orígenes históricos, manteniendo la existencia en un espacio atemporal, por fuera de la posibilidad de reconocer como inscripciones las huellas que otros han dejado en su cuerpo (Green, 2010). El amor de pareja y el amor filial, en tanto convocan lo femenino, portan esta huella.

El uso de sustancias causa placer en la medida que corta el devenir de estas representaciones, tanto de las traumáticas como de las ausentes. La intoxicación detiene el circuito de significantes que retornan una y otra vez a nudos insolubles; esta detención de los pensamientos se torna, sin embargo, una experiencia que se describe como ficticia, irreal. Ha acontecido una supresión tóxica del dolor en vez de la represión de las representaciones (Le Poulichet, 1990). El verdadero placer del consumo, aquel que no deja el sabor a lo ficticio, deriva de la experiencia de poder pensar, afectos atemperados de por medio, justamente aquello que se ha tornado impensable en la abstinencia, por los efectos de la anestesia que otorga la sustancia. Las representaciones no portan entonces tanto dolor, y el sujeto puede

finalmente realizar el esfuerzo de simbolización que tanto anhela. La anestesia, sin embargo, no dura lo suficiente. Deviene entonces la irrupción del afecto en su exceso, conllevando el dolor psíquico que siempre ha implicado, y el sujeto entonces deja de pensar para volver a manifestar este esfuerzo de simbolización en el espacio del cuerpo, del acto, la alucinación, etc (Green, 2005; 2006). El desborde conductual asociado generalmente al uso de drogas deriva de ahí, como también la intoxicación misma es una búsqueda por prolongar este esfuerzo. Experiencias que convocan lo traumático o la desaparición, entonces, devienen en un exceso de droga, en un esfuerzo por tramitar por vía del pensamiento, experiencias que les son irrepresentables. Implican, tal como nos enseñó Le Poulichet (1990), un esfuerzo de tramitar mediante intoxicación del aparato, experiencias que debieron ser en realidad mediadas por vía de la represión.

6.2.5.- Sensaciones: *acostumbrado al dolor*

Los entrevistados nos hablan acerca de un quiebre en la vivencia actual, que marca una diferencia entre el *niño responsable* que se fue y el *adulto impotente* que se es. Prematuramente se les ha exigido encarnar una posición viril para la que no estaban preparados, tanto de parte de padre como de la madre. Los entrevistados nos relatan cómo la sensación vital permanente es de estar *acostumbrados al dolor*, sufriendo sin sufrir, como si se hubieran insensibilizado frente a una experiencia que debiera causar impacto, pero que por su permanencia ha hecho al aparato psíquico ceder en sus defensas. Recordemos que Freud (1920) nos habla del dolor psíquico bajo el modelo del dolor corporal y nos recuerda que el dolor es tal en la medida que rompe la barrera de protección antiestímulo. Tal como destaca Le Poulichet (2012), “el dolor (Schmerz) no es el displacer (Unlust); él no se incluye en el marco de

la bipolaridad placer-displacer. Implica primero la noción de efracción que la de un simple «aumento de tensión» correlativo a la investidura de una huella mnémica o de una percepción, causas de displacer” (Le Poulichet, 2012. p. 62). El dolor, para Freud, se liga inevitablemente a la noción de trauma (Freud, 1920, p. 29-30) en tanto “llamemos traumáticas a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo” (Freud, 1920, 29-30). Diremos entonces que esta toma prematura de responsabilidad, ligada para los entrevistados a una posición paterna y viril, se torna traumática en tanto porta un exceso.

Los entrevistados relatan su padecer infantil desde el padecer de la madre; la identificación a la madre ubica el padecer como un evento secundario a la violencia del padre. En este sentido, recordemos que Aulagnier (1994; 2010) nos señala que las primeras apoyaturas de todo infans para construir psique serán tanto el propio cuerpo como la figura de la madre; en estos casos, a falta de un discurso materno que permita tramitar simbólicamente la agresión paterna, los entrevistados buscan en el cuerpo de la madre aquello que no hayan en sus palabras, usando como primeras apoyaturas de la psique en este caso al Otro en su cualidad corporal. El cuerpo vulnerado de la madre por la violencia paterna permite entonces figurar la vivencia de la propia vulneración, tramitando el padecer psíquico en la imagen de un cuerpo que no es el propio, pero que les representa. Los entrevistados, al hacer propio el sufrimiento materno, terminan siendo el portavoz de la madre (Aulagnier, 2010), en la medida que ellos ponen palabras a la vivencia de agresión padecida por ella directamente. Toman su cuerpo, entonces, como el cuerpo que debió devolver la imagen del espejo. El trauma, entonces, el exceso, proviene no sólo del hecho de presenciar y vivir de manera directa la violencia paterna, sino que también de la carencia de palabras maternales que tuvieran poder simbolizante. La madre no habla de la vulneración propia, menos de la vulneración del hijo. El hijo, víctima también del padre, logra

sólo dar cuenta de lo que le es evidente, la vulneración materna, no así de la propia vivencia de ser agredido. Se suma a esto la carencia afectiva en el contacto cuerpo a cuerpo con la madre. Se trata así de una identificación inconsciente alienante que, solidaria con la historia de la madre, no deja al sujeto “existir psíquicamente en ningún otro registro” (Kaes et al, 1993. p. 139) que no sea el materno. Esto significa que el sujeto funciona psíquicamente en el mismo registro que es origen de su identificación alienante.

Como vimos, la madre mantiene en el vínculo al hijo un cariz sexual que debió reprimirse. En el espacio del encuentro entre cuerpos, aparentemente, la madre, para mantener lejos de la conciencia estos elementos, establece un contacto de extrema frialdad y distancia con el hijo. Le trata *como hombre* excepto al tocar su cuerpo, y por no poder tratarlo como hijo no lo toca, no lo acaricia, no lo besa, no manifiesta el amor de modo corporal. Los entrevistados, carecen entonces de experiencias de cualidad erógena, y por ello no han logrado simbolizar su cuerpo a cabalidad (Aulagnier, 2010). Sin esta experiencia a la base, el cuerpo queda en su aspecto descarnado y entonces el sujeto oscila entre la ausencia total de registro del devenir corporal, a la percepción del cuerpo bajo el apremio que amerita una satisfacción de la necesidad. El deseo entonces encuentra manifestación únicamente bajo dos polos, que en realidad son dos caras de lo mismo: la ausencia radical de deseo, es decir, la carencia de representaciones asociadas a la vinculación a un objeto de satisfacción, o bajo el extremo opuesto, la expresión manifiesta de una exigencia corporal que demanda la satisfacción del cuerpo con apremio de sobrevivencia. No hay sensualidad posible, entonces, el deseo no cuenta con matices de manifestación. La impotencia sexual y el desborde compulsivo de la sexualidad se toman entonces la escena.

El cuerpo orgánico, por la carencia erógena de la experiencia, mantiene el estatuto originario como espacio de simbolización (Aulagnier, 2010). Entonces el dolor psíquico encuentra expresión mediante el lenguaje del cuerpo, *estoy enfermo*, y el placer del consumo puede ser descrito sólo en términos descarnadamente sexuales: *soy un glande*. Los matices erógenos que pudiera tener la experiencia no existen, pues no han sido inscritos simbólicamente. Entonces se *es impotente o excesivamente viril*, se suprime el deseo sexual o se manifiesta en su exceso. El único matiz que aparece en el campo de las sensaciones es la vivencia sostenida que se existe en una condición *entre la vida y la muerte*. Matiz que da cuenta de la vivencia traumática antes dicha, pero también de un esfuerzo fallido de integración entre las pulsiones. La vivencia entre la vida y la muerte, propia del exceso de consumo, configura un apego a la vida y un acceso parcial a la muerte.

Por una parte, diremos que el consumo actualiza el *castigo paterno*. Tras la muerte del padre, por su ausencia, los entrevistados descubren que carecen de los significantes que el padre pudo haberles transmitido respecto de la masculinidad y entonces padecen de su ausencia. El padre entonces, no ha muerto, no puede morir, debe mantenerse vivo en ellos haciendo lo que hacía en vida: sancionar su virilidad y la osadía de seguir existiendo en ese estado de permanente *humillación*. Sólo así se mantienen algunos indicios de cómo *convertirse en hombres*. La muerte, por otro lado, permitiría a la vez una salida a demanda permanente de *ser machos, demasiado responsables*, etc. Pero los entrevistados no han renunciado al reconocimiento paterno, entonces insisten en vivir, en exigirse *este exceso*. Sobrios, entonces, son *demasiado responsables*, a la vez que impotentes; drogados, se castigan por su escasa hombría, *por no ser el hijo que debieron*, a la vez que la sexualidad aparece en su desborde, en su exceso, en su condición pulsional: *soy un glande*.

Todo esto, sin embargo, implica un esfuerzo de simbolización del cuerpo en su cualidad erótica, se trata de un proceso que busca dar vida a un cuerpo que se vive como muerto (Green, 2005; Rosenfeld, 1976). El placer de la droga se condice con esto, las sensaciones corporales que otorga el consumo permiten el acceso temporal a un estado que es vivido desde los matices que pudiera otorgar la afectividad. Los entrevistados se quejan primordialmente de esto: este placer que otorga la droga es particularmente frustrante en la medida que, cuando se pasa, deja un gusto a poco, la amargura de lo artificial, el sinsabor con que se vive la vida.

La ausencia de juego en la infancia remite a la misma experiencia. Se describe una infancia con un juego compulsivo, pura descarga, versus la ausencia radical de juego. Recordemos que para Winnicott (1993), al ubicarse dentro de los fenómenos transicionales, el jugar es la demostración misma de la subjetividad y surge en un espacio, contenido por la madre, que da lugar a la diferencia y la distancia entre madre e hijo. En estos casos, no existió un espacio lúdico, de fantasía, de creatividad, que diera lugar a la diferencia entre un adentro y un afuera, entre la madre y el niño, que permitiera al infante acceder a un espacio de subjetividad. Por ello, todo despegue de la literalidad de la experiencia no conduce a un espacio simbólico, sino que al vacío y la muerte.

La vivencia de *derrumbe* que describen los entrevistados, como propio al consumo sostenido de sustancias, muestra la manera en que se ancla la vida a la muerte. En estos casos, diremos, no se trata sólo de un esfuerzo de conseguir placer mediante la anulación de todo objeto que pudiera suscitarlo (Aulagnier, 1994), sino que la sensación de derrumbe denota el esfuerzo que el sujeto ha hecho por lograr un encuentro satisfactorio con el objeto bajo los parámetros de la pulsión de vida, y la frustración que ha significado justamente la imposibilidad de aquello. En

cada relación a otro, los entrevistados intentan insatisfactoriamente encontrar una experiencia de cualidad erótica, una forma de intercambio que les permita ligar la pulsión al campo simbólico; en cada una de sus relaciones, sin embargo, el sujeto se ve sobrepasado, violentado por el exceso pulsional o anulado en un esfuerzo de tramitación de la misma. El *derrumbe* da cuenta del cansancio, del camino de anulación al que la pulsión a secas les ha llevado, pero también del esfuerzo constante por encontrar una forma de relación a otros que les permitiera acceder a un espacio erótico de la experiencia. El *derrumbe* implica a la vez una renuncia al placer proveniente de la tramitación simbólica de la pulsión, a la vez que la insistencia en la misma. Revela el esfuerzo permanente y fallido de encarnar una posición erótica que no deviene jamás, y entonces el repliegue narcisístico responde a una defensa (Le Poulichet, 1990). El *derrumbe*, de alguna manera, ya ha acontecido (Winnicott, 1974).

En este sentido, el uso de drogas da cuenta de un esfuerzo por sobrevivir en un estado de emergencia (Pommier, 2011). Consumir en exceso, es un esfuerzo por morir sin morir, por mantenerse vivo en una vida sin esperanzas, sin proyección, sin futuro. Es también matar el cuerpo, matar los sentidos, para dejar de sentir la interacción con otros como una invasión, como una intromisión. La muerte se anhela en tanto detendría el flujo interminable de la intromisión del deseo ajeno, y esto a través del consumo se logra sólo parcialmente, en la medida que la independencia pasa a ser rápidamente vivida como un encierro. La droga elabora una defensa fallida, una separación artificial, una afectividad sintética, pero mantiene vivo. Se trata entonces, como dice EH42, de la *enfermedad de querer morir*, porque morir reconduce a la vida, a separarse de la madre, a una vida anterior al trauma, a conservar algo de sí, aunque sea como resto.

6.2.6.- Vivencia del Tiempo:

La actualidad de los entrevistados, como hemos visto, está teñida del pasado padecido. De las ausencias y las presencias excesivas, del exceso y el abandono, de las carencias en el campo del deseo. Los sujetos no han podido concebir su vida como fruto del deseo compartido de la pareja paterna, por la violencia del padre y la ausencia materna. Ello, sumado a que las generaciones anteriores por línea paterna han padecido la misma condición, impide a los sujetos articular el tiempo en miras a un futuro y una proyección.

Recordemos que “un sujeto no se puede preservar, no puede desear ni amar sino es reconociéndose en ese ser compuesto que liga lo singular y lo universal” (Aulagnier, 2003. p. 22), y que “es en el curso del tiempo de la infancia que el sujeto deberá seleccionar y apropiarse de los elementos constituyentes de ese fondo de memoria gracias al cual podrá tejerse la tela de fondo de sus composiciones biográficas. Tejido que puede sólo asegurarle que lo modificable y lo inexorablemente modificado de sí mismo, de su deseo, de sus elecciones, no transformen a aquel que él deviene, en un extraño para aquel que él ha sido, que su “mismidad” persiste en ese Yo condenado al movimiento, y por allí, a su auto-modificación permanente [...]. Las relaciones causales que el sujeto tejerá entre ese tiempo que vive, el futuro que anticipa y ese pasado, serán en gran parte ilusorias, conformes a su manera de construir o, por decirlo mejor, de reconstruir en conformidad con el presente que vive, ese pasado perdido. Pero lo que importa es la persistencia de ese nexo garante de la resonancia afectiva que deberá establecerse entre el prototipo de la experiencia vivida y la que él vive, por diferentes que sean la situación y el reencuentro que la provoquen” (Aulagnier, 1991. p. 443).

En estos casos, podemos afirmar que los entrevistados no han podido simbolizar el tiempo como tiempo cronológico, lineal, en la medida que una trasmisión simbólica de lo heredado no ha tenido efectivamente lugar. Recordemos que la “noción de trabajo psíquico de la trasmisión se entiende como el proceso y el resultado de ligazones psíquicas entre aparatos psíquicos y las transformaciones operadas por estas ligazones. Requiere la diferenciación entre lo que es transmitido y lo que es recibido y transformado, admitiendo sin embargo la noción de un no trabajo de la trasmisión psíquica” (Kaes et al, 1993. p. 74). En estos casos, lo que se trasmite no son referentes simbólicos que permitieran construir una existencia nueva, sino que los padres se han “apoderado de su hijo negando su independencia [...] para someterlo a su propia historia de odio ya acontecida” (Kaes et al, 1993. p. 85). La existencia propia entonces no sucede como un nuevo acontecimiento, que ligue el devenir de las generaciones mediante el espacio de una renovación. Se trata de una repetición, de *una cadena* como dicen los entrevistados, que acontece una y otra vez a lo largo de las generaciones.

El tiempo, en este sentido, no pasa, no avanza, no conduce a un tiempo nuevo. No hay pasado personal ni futuro posible. No hay reelaboración, sino repetición. Se trata de un tiempo ya acontecido, un tiempo muerto que se reitera como el *estribillo* que la droga repite. En este sentido, el niño no es odiado por los padres porque sea diferente, sino porque su historia será solidaria con la historia de ellos insoslayablemente (Kaes et al, 1993). La alternancia entre consumo y abstinencia marca un ritmo inicialmente, que permite la vivencia imaginaria del paso del tiempo, en tanto delimita momentos de cualidades diferentes: drogado, abstinentes. Sin embargo, rápidamente pierde esta cualidad de sucesividad para pasar a ser el *estribillo* del que hablan los entrevistados, frase que denota la repetición de lo mismo, de la misma frase, del mismo tono, de la misma vivencia. La actualidad repite no sólo una condición personal sino

que por sobre todo trasgeneracional, heredada, transmitida sin elaboración, sin transformación mediante. La intoxicación, entonces, reproduce el calvario que se habita, dando cuenta de esto de manera descarnada, sin velo. El *estribillo* que genera el consumo es manifestación de la atemporalidad de la existencia. La única salida a aquello, por su condición trasngeneracional, es cortar este calvario en la generación siguiente, exigiéndose los entrevistados entonces ser *padres perfectos*, padres que dan todo lo material para que el hijo sea feliz, o renunciando a la condición paterna, negándose a ser padres o desconociendo a sus hijos como tales. El peso de una herencia simbólica transgeneracional se revela aquí en el seno de la configuración psíquica, pues para estos entrevistados toda condición paterna y viril remite al dolor de lo recibido en torno a lo masculino. No hay palabras paternas ni maternas que otorgaran un lugar como hijo/varón en una cadena de transmisión que permitiera la transformación y la novedad de lo recibido. Aquí solo se ha heredado una historia de odio ya acontecida. Como se puede ser padre entonces?.

Capítulo 7: Conclusiones

Que la trasmisión se organiza a partir de lo negativo, a partir de lo que falta y falla, había sido señalado en 1914 por Freud en «Introducción al Narcisismo»: el narcisismo se apuntala sobre lo que falta a la realización de deseo de los padres. La mayoría de las investigaciones contemporáneas [...] nos confronta a una negatividad más radical: no solamente a partir de lo que es falla y falta se organiza la trasmisión, sino que a partir de lo que no ha advenido, lo que es ausencia de inscripción y de representación
(Kaes et al, 1996. p. 24)

El análisis de los discursos de los entrevistados revela que tanto para hombres como mujeres, *devenir hombre o devenir mujer* convoca una intergeneracionalidad propia de toda constitución subjetiva. En las mujeres vemos que devenir hija, antecede la posibilidad de devenir mujer y articula cualquier posición materna posible. Ser hija/mujer/ madre, entonces, son tres hebras de un mismo hilo, hebras distintas y de necesaria diferenciación, pero que se ligan indisolublemente. A su vez, en el caso de los hombres, ser reconocido como hijo antecede y determina la forma en que se puede o no devenir hombre y luego padre; también tres hebras de un hilo que permiten o no tejer el devenir masculino en cada sujeto.

Los entrevistados nos señalan cómo en las toxicomanías, pese a no tratarse de un funcionamiento estructural definido y único, se comparte sin embargo un tipo similar de padecer psíquico. Se trata, tanto en hombres como en mujeres, de sujetos que no han sido ubicado por sus padres en el lugar de *hijos*, que han sido tratados sin el peso de la ley que demarca la diferencia entre las generaciones, que han sido prematuramente tratados como seres adultos, sexuados y en condiciones de sostener a otros, cuando se suponía que en ese momento de la vida ellos debían recibir un lugar en el deseo de Otro para poder existir.

Se trata de sujetos que han recibido un lugar en la cadena de filiación únicamente en la medida que son reconocidos como *no-hijos*, es decir, las mujeres reconocidas sólo como rivales de las madres, amantes de los padres, madre de los hermanos; en el caso de los hombres,

reconocidos como el hombre de la madre, el portavoz de la madre, el rival del padre. Entonces, sólo pueden pertenecer a una línea filial, a un linaje, en la medida que *no pertenecen*. Quedar por fuera de la línea intergeneracional, además, en todos los casos, repite la vivencia de las generaciones anteriores. Sus vidas, en realidad, no acontecen en un tiempo nuevo, sino que repiten lo ya acontecido a sus progenitores, quienes a su vez ya repetían lo acontecido a las generaciones pasadas. Historias e historias de sujetos nunca tratados como hijos.

Quedar por fuera de la diferencia de generaciones, finalmente, les confronta con un trato sexualizado, prematuro e inadecuado, de parte de quienes debieron reprimir el elemento erótico para quererles: sus padres. Tratadas como *mujeres y amantes* por sus padres, *rivales* de la madre y *madres* de sus hermanos, las mujeres son forzadas a tomar un lugar femenino que por su prematurez no deviene tal, sino que se impone en una niñez y filiación no reconocida. Tratados como *hombres* por sus madres así como prolongaciones de ellas mismas, alentados a una condición viril excesiva por sus padres y humillados por no lograrla, los hombres consumidores despliegan una adultez bajo el rigor de la impotencia o el exceso. Lo filial, sexuado y materno/paterno no logra una diferenciación de espacios y momentos, cada vínculo convoca un todo indiferenciado, un tiempo irresoluto; se vuelve una experiencia *informe* (Le Poulichet, 2009).

En el caso de las mujeres, vemos que junto a la demanda paterna de un cuerpo de mujer, lo que prima preferentemente es la ausencia de *palabras de madre*, como dice una de las entrevistadas, que pudieran permitirle simbolizar el devenir femenino de su cuerpo. El decir materno, por el odio que porta el vínculo, por el encuentro con la hija a partir de la propia historia, priva además de la posibilidad de simbolizar el cuerpo en su condición proceadora, como cuerpo gestante, pues cada vida conduce a la repetición de lo mismo, nunca a una nueva

vida (Tisseron et al, 1995). En el caso de los hombres, de parte de los padres reciben palabras que otorgan a lo masculino una cualidad de exceso, de violencia y de desborde; la violencia del padre se acompaña de su ausencia, generando un espacio igualmente carente de simbolización del devenir del cuerpo viril y la subjetividad masculina.

Sin embargo, vemos también cómo el devenir del padre del sexo contrario juega un lugar igualmente relevante en el espacio de la resolución edípica. En el caso de los hombres, sabemos que la madre debe reconocer al padre como objeto de amor para dar espacio al hijo para que elabore su identificación al padre, pues sin este reconocimiento, la madre niega el acceso al padre (André, 2014). Ella, además, posee las claves para hacer actuar la ley del incesto desde antes de la intromisión real del padre en el vínculo, solo así el encuentro con el hijo tiene para este último, efectos simbólicos (André, 2001; Guyomard, 2013). El análisis de las entrevistas de los hombres, nos muestran como ambos elementos primordiales no acontecen. En el caso de las mujeres, sabemos que el padre hace actuar la interdicción del incesto en su encuentro con la hija, otorgando así un reconocimiento filial libre de toda connotación erótica. De igual manera, esto tampoco acontece.

Por una parte, los resultados dejan a la luz el lugar del Complejo de Edipo como factor determinante en la constitución de un espacio subjetivo, como instaurador de una ley que permite la rearticulación de la existencia como una existencia única. Recordemos que el Complejo de Edipo no es algo que acontece únicamente a los cinco años de edad; se trata de una ley que actúa en el psiquismo de la madre desde antes del nacimiento del hijo y que permite que aquel devenga o no en un espacio de deseo materno. Por la inscripción de la ley que prohíbe el incesto en el espacio simbólico de la madre, es que ella puede en torno a la hija reconocer su diferencia en la similitud de sus cuerpos, así como concebir al hijo varón como un

retoño y no como un hombre (Guyomard, 2013). El padre, a su vez, se presta a la identificación con el hijo en la medida en que el traspaso de lo masculino le obliga a *dejarse perder*; si la rivalidad encarna una amenaza insoslayable para la virilidad paterna, no hay acceso posible de ese hijo al campo viril. Con la hija, el padre se presta al enamoramiento de la niña, reprimiendo su cualidad de hombre para dar espacio a la ternura del encuentro. En estos casos, nada de esto acontece. En tanto rival de la madre, en tanto *otra mujer*, el trato sexuado a su cuerpo femenino se ve facilitado para el padre y la indiferenciación se instala entre madre e hija. El padre tampoco, en estos casos, ha inscrito la ley del incesto como prohibición y entonces actúa *como hombre*. En el caso de los hombres, madre y padre ven en su hijo varón a un hombre, por lo cual la rivalidad entre él y el padre fácilmente toma el cariz de un enfrentamiento, e impide el acceso a una verdadera virilidad. La madre a su vez, lo deja atrapado en sus redes, impidiendo la posibilidad del duelo por ella como objeto de amor, para pasar al enamoramiento de otra mujer (Freud, 1905; 1923). La tramitación edípica se revela en su permanente tramitación, pues no ha encontrado efectiva resolución. La separación primera a la madre es una huella y un antecedente para este proceso, pero la participación del padre real, especialmente porque connota un exceso, también determina al sujeto.

La salida femenina será, como hemos visto, una *huida de lo femenino*, quedando estas mujeres en un espacio que no accede ni a lo femenino ni a lo masculino a cabalidad; *informe* (Le Poulciet, 2009). La indiferenciación acontece más fácilmente en las mujeres en la medida que la primera diferenciación que debió producirse con la mismidad del cuerpo femenino de la madre (Guyomard, 2013), remite también al reconocimiento de su cuerpo en condición femenina. En los hombres, en cambio, la identificación a la madre perdura en tanto remite a una posición femenina, *pasivizada*, pues esta condición es la primera forma que encuentra

todo varón, de identificación al padre (André,2014). Su virilidad fallida encarna un llamado al padre, una salida del vínculo abismante con una madre que lo atrapa como suyo, como *su hombre*. En ambos casos, bajo el conflicto edípico, como vemos, se esconde en realidad la imposibilidad de acceder a una condición más profunda: de sujeto de deseo.

Recordemos que Guyomard habla del “efecto madre” bajo los parámetros de lo efímero. En sus palabras, “lo efímero de este efecto madre [...] caracteriza el tiempo psíquico de lo materno y constituye el fundamento de un narcisismo que denomino narcisismo del vínculo” (Guyomard, 2013, p. 37). Este efecto madre tiene un impacto mayor en el campo de lo femenino, justamente porque es parte de la forma en que la madre otorga (o no) representaciones de la diferencia entre la hija y ella (Guyomard, 2013); sin embargo, en estricto rigor, este efecto madre signa una diferencia primera y fundante del psiquismo para ambos sexos. Efectivamente, vemos en estas entrevistadas que “en la relación de una hija a su madre, el riesgo de desaparecer es del orden de la confusión cuando la mismidad no produce identificación” (Guyomard, 2013. p. 48); pero en los hombres, como nos revelan estos casos, la indiferenciación primera conduce a un efecto *pasivizante* de la virilidad, pues los entrevistados sienten que repiten la historia paterna, pero narran la infancia propia desde el lugar del portavoz de la madre (Aulagnier, 1994).

En hombres y mujeres entrevistados, la indiferenciación primera con la madre persiste. A nuestro parecer, el *efecto madre* del que habla Guyomard (2013) en el caso de las mujeres, supone el feliz reconocimiento de lo femenino en la hija a partir justamente de poder dar espacio a la diferencia entre ambas, porque precisamente la madre ha podido reprimir que el cuerpo de su hija es en realidad *otra mujer*, para otorgarle el lugar filial, *de hija*. Ello da lugar a la posibilidad de un intercambio erótico sostenido entre una madre y una hija a lo largo de la

vida de toda mujer, permite y da sentido a la entrega de elementos simbólicos que otorgue sentido al devenir del cuerpo femenino, para transformarse no sólo en mujer sino que ante todo en un sujeto de deseo. La voracidad materna, en estos casos, proviene de esta primera indiferenciación, y entonces la ausencia materna que vemos en las entrevistadas, sumado a su rechazo manifiesto, son expresiones de la imposibilidad de estas mujeres de posicionarse en el lugar de madre, se trata de una madre que no se siente tal en la medida que tampoco fue reconocida como hija: *mujer frente a mujer* no se siente convocada a transmitir. Se configura una cadena filial donde cada mujer encuentra en su hija la repetición de una historia de odio que ya ha vivido como víctima (Kaes et al, 1993) y por ello no puede, a su vez, advenir madre. Este primer vínculo fundante convoca entonces sólo la nada, el vacío que deja la ausencia real y sostenida del Otro materno. El dolor, surge entonces también de lo demasiado efímero, de lo demasiado carente, de la ausencia de reconocimiento feliz por parte de la madre del cuerpo de mujer en la hija.

En las mujeres, es la ausencia real de la madre que priva de sus efectos simbólicos lo que afecta, la ausencia de sus palabras, la falta de su mirada libidinal, la dificultad de sostener un vínculo filial que sostenga al sujeto. Ausencia que actúa como huida a la fusión, y que sin embargo no logra sino la insistencia en la indiferenciación primera. Por esto, si algo hace excesivamente presente a la madre en los discursos de estas mujeres, es el efecto de su ausencia. En este sentido, la clínica de lo negativo (Green, 2006) permite un mejor acercamiento comprensivo de este fenómeno, pues brinda una comprensión psicodinámica respecto de lo que sucede psíquicamente cuando el Otro primordial falta. ¿Qué surge cuando no puede advenir lo que se supone o se espera?. En estos casos, en lugar de las representaciones del cuerpo de mujer, emerge *la huida de lo femenino*, de la identificación

femenina, de la imagen de mujer, de todo aquello que convoque un cuerpo no sólo femenino, sino que además capaz de dar vida.

En este sentido, si lo femenino ha sido descrito por el pensamiento lacaniano como un agujero, en tanto se trata de un espacio vacío, carente de significante, signado como tal sólo por diferencia al significante fálico, a la luz de lo antes dicho es importante mencionar que lo femenino no es sólo eso: los significantes que rodean aquel agujero se muestran aquí como los elementos fundamentales al momento de simbolizar el cuerpo. El agujero toma realidad por el borde que lo define. Algo en las entrevistadas está permanentemente a la espera de aquellos significantes que otras mujeres portan en sus cuerpos y ellas no. No se trata entonces sólo de un agujero de significación. Aquello que contorna, que rodea, que historiza la ausencia del significante femenino toma relevancia fundamental en la vivencia del cuerpo de mujer. También queda claro que no se trata de la trasmisión de lo femenino bajo la lógica del todo o nada, pues las entrevistadas dan cuenta de agujeros, fallas en la simbolización de su cuerpo, pero también de importantes esfuerzos por significar y momentos de clara simbolización del acontecer del cuerpo femenino, aunque retornando luego a los agujeros de la cadena. La cadena signifiante en su estatuto de articulación de elementos simbólicos toma aquí especial relevancia, pues es la pluralidad de sus elementos articulados aquello que marca la diferencia, aquello que permite dar cuenta en mayor o menor medida del cuerpo de mujer. Finalmente, a la luz de lo antes dicho, el *enigma de lo femenino*, esa incognita que el cuerpo de mujer es incluso para las mujeres mismas (Deutsh, 2000), parece ligarse con la condición procreativa,

gestante, dadora de vida, que en estas mujeres queda particularmente forcluida⁸, vetada de significantes y significaciones.

En el caso de los hombres, igualmente la madre otorga una primera mirada que nuevamente convoca la indiferenciación: *tú eres yo*. En estos casos vemos madres excesivamente pasivas, mudas, al extremo de no relatar sus historias ni su padecer. Son los entrevistados, en tanto *hombres de la madre*, aquellos que toman la voz materna, convirtiéndose en su portavoz (Aulagnier, 2010), lo que los deja atrapados en un espacio de no advenimiento subjetivo. En el caso de los hombres, la mismidad sucede bajo el espacio de la pasivización. Convocado como *hombre por la madre*, y forzados a una virilidad bajo el signo del exceso por el padre, los entrevistados no pueden devenir hombres, quedando en la mimesis materna, tomando su cuerpo, su voz, su historia, su tiempo como propios. Impresiona que en estos casos, pese a la violencia y exceso paternos, sea convocada permanentemente su presencia; el padre es idealizado pese a su violencia. Esta idealización, para nosotros, revela en realidad un llamado al padre, un deseo de corte con la imago materna, y entonces el entrevistado clama por sus palabras y por un reconocimiento como hijo. Este reconocimiento le permitiría signar su cuerpo como un cuerpo masculino, en la medida que le otorga un espacio filial, en continuidad con lo heredado, pero demarcando tiempos y generaciones diversas. Se trata entonces de una masculinidad heredada, recibida, transmitida entre generaciones; de un decir de padre con efectos simbólicos y simbolizantes. Esto se ve turbado porque el padre, por su propia historia, no ha podido tampoco devenir hombre.

⁸ Utilizo aquí la noción de forclusion a la manera en que lo exponen Tisseron et al (1995), es decir, como la exclusión radical de un elemento psíquico particular, por sobre la noción lacaniana de forclusión, que asocia esta última a una determinada forma de funcionamiento psíquico.

Podemos concluir entonces que el análisis de las entrevistas nos conduce al campo de la trasmisión y de la resolución fallida de una condición subjetiva primera, es decir, no se trata sólo de devenir masculino o femenino, sino que por sobre todo lo que no acontece es una primera diferenciación que permitiera al sujeto advenir sujeto de deseo. En este sentido, hay varios puntos a enfatizar; en términos generales, en el campo psicoanalítico se tiende a afirmar que la conflictiva toxicómana gira en torno a la excesiva presencia de la madre. En particular, existiría una dificultad en la primera diferenciación a la madre que dejaría su huella tanto en hombres como en mujeres. La bibliografía revisada, sin embargo, no profundiza mayormente en las diferencias cualitativas respecto de cómo esta experiencia deja huella en hombres y mujeres, como tampoco problematiza la relación a la madre más allá de los comienzos de la vida del sujeto. Por otra parte, la problemática de la trasmisión y la filiación es escasamente abordada en la bibliografía revisada, tendiendo a reducirse el carácter adictivo de la relación al objeto a una tórpida resolución de la vinculación a la madre, sobre todo en los orígenes de la vida (Rosenfeld, 1976; Guyomard, 2013; Tarrab, 2005), o a la trasmisión de elementos directamente traumáticos a través de las generaciones (Kaes et al, 1993; Hachet, 2004). Las huellas de la ausencia han sido en general omitidas o escasamente abordadas.

Además, aunque se ha enfatizado el carácter no simbólico que mantendría el cuerpo del adicto a sustancias (Aulagnier, 1994; Rosenfeld, 1976; Mayer, 2000), aquello no se ha relacionado con claridad a la filiación y los efectos de la trasmisión, sino indirecta o excepcionalmente (Hachet, 2004; Guyomard, 2013). El análisis de las entrevistas permite enfatizar el papel de la función simbólica de la filiación en la organización de la condición sexuada de hombres y mujeres, así como de la condición materna/paterna. A la luz de los resultados obtenidos, proponemos que la filiación como cualidad simbólica, es el eje fundamental que permite o impide, como en

estos casos, la organización de los dos anteriores. Nos parece interesante agregar que en estos casos, la falla en la simbolización proviene directamente de la ausencia de un discurso materno libidinal y afectivo, que pudiera hacer respetar la ley del incesto, así como del exceso con que el padre trasmite para hombres y mujeres la masculinidad, la virilidad y finalmente la huella de masoquismo que aquello imprime en la posibilidad de tramitación de la ley.

Finalmente, diremos que se ha comprendido la adicción también bajo la lógica de la regresión y la fijación. Proponemos que la noción de regresión convoca inevitablemente la idea de un regreso, como si el psiquismo, luego de logradas ciertas condiciones, retornara a un funcionamiento anterior al que quedó fijado, pero del cual pudo medianamente “avanzar”. Con Aulagnier (1990) preferimos hablar más que de regresión, de un esfuerzo de simbolización de ciertas experiencias que en realidad no han acontecido psíquicamente (Aceituno, 2010b), y que por ello habrían tomado el carácter de *lo intolerable*, según refiere acertadamente Le Poulichet (2012)⁹. Lo que se ha constituido como un *intolerable* para estos sujetos, es el rechazo que se liga al origen de sus vidas, y el concomitante no reconocimiento de su condición de *hijos* da lugar a la reedición del odio padecido por sus padres (Kaes, 1993); los entrevistados no encuentran lugar en el deseo compartido de la pareja paterna (Aulagnier, 1990) y su existencia entonces no cuenta con un origen que les permitiera generar el espacio de un acontecer temporal, en miras de un futuro a suceder. *Lo intolerable*, entonces, es el odio que funda la vida, porque no está matizado por el deseo, por el amor, que les diera un espacio para la existencia.

⁹ Recordemos que la autora señala que *un intolerable* debió constituirse psíquicamente para que se establezca el despliegue de una toxicomanía bajo la lógica del farmakón (1990).

La droga permite salidas transitorias, muletas narcisísticas, a un padecer profundo que convoca a la desaparición, como vimos. El espacio *entre la vida y la muerte*, que permite la intoxicación, otorga un lugar a resguardo del encuentro sexual y permite la expresión de la condición no integrada de la sexualidad. Pero no sólo eso, pues por sobre todo brinda un espacio que anestesia al afecto y por ello permite, aunque sea fallidamente, retornar a aquellos significantes que una y otra vez se repiten bajo el formato de una pregunta, como *estribillo*, intentando, casi forzando, un esfuerzo de simbolización de la experiencia y de historización de la vivencia en un tiempo personal, cronológico, que condujera a un futuro posible. Por esto, los entrevistados cuando se drogan, piensan una y otra vez en lo no habido, en lo no acontecido y en el exceso padecido, en un esfuerzo por simbolizar lo vivido. La intoxicación los lleva una y otra vez a la pregunta acerca de su origen, pues una respuesta satisfactoria les permitiría devenir hijos/hombres/padres e hijas/mujeres/madres. Su sexualidad ha sido vetada en su cualidad productora de vida a la vez que prematuramente exigida en su cualidad erótica. La anestesia que otorga la sustancia, sin embargo, *no dura lo suficiente* para poder tramitar esta experiencia, para *advenir simbólica*, siempre hace falta más droga, nunca la anestesia es suficiente; en realidad, la intoxicación no permite dar lugar a un relato que les permitiera narrar una historia, pues no puede reparar lo vivido. Recorrer los significantes una y otra vez no otorga respuestas ni salidas, pues se trata del despliegue de representaciones aisladas, carentes de nuevas ligazones que dieran lugar a nuevas interpretaciones, o simplemente el contacto con el vacío de representación dado el vacío simbólico de la experiencia.

El espacio entre la *vida y la muerte*, entonces, para hombres y mujeres, acontece cuando la vida los confronta nuevamente con esas preguntas que no tienen respuestas: ¿de quién soy

hija?; ¿Cómo ser el hijo que *merecía* mi padre?, ¡cómo portar este cuerpo de mujer?, etc. La siempre insuficiente anestesia provoca el paso al acto, la suicidalidad, la alucinación, etc.

Recordemos que la madre proyectar en el niño un “yo anticipado” que “lleva la imagen del niño que todavía no está, imagen fiel a las ilusiones narcisistas de la madre e imagen muy próxima al niño ideal” (Aulagnier, P. en Hornstein et al, 1994. pp. 161). Con Aulagnier, afirmamos además que en estos casos, posterior a una investidura inicial, el niño es desinvertido por la madre y el padre pues la verdad del cuerpo del hijo no coincide con las expectativas respecto de aquel: “la psique de este tipo de madres padece de lo que yo llamaría un “traumatismo del encuentro”, este recién nacido que se impone a su mirada se sitúa, muy a pesar de él, “fuera de la historia” (Aulagnier, P. en Hornstein et al, 1994. pp. 165). Ello acontece, como vemos, en la medida que el hijo no convoca una vida nueva, sino que la repetición de lo mismo y lo mismo ha sido transgeneracionalmente ubicado por fuera de la historia, por fuera de la cadena de filiación, carente de herencia, de filiación, de entrega. El sujeto entonces permanece “mutilado del representante psíquico que debió acogerlo” (Aulagnier, P. en Hornstein et al 1994. pp. 167), privado del discurso Otro que le permitiera pensarse como “sujeto de una herencia y de la diferencia que él introduce en lo que recibe de sus padres” (Kaes et al, 1993. p. 15). Sin estas palabras, sin el reconocimiento fundante de la subjetividad por parte de alguno de los padres, sin la condición de hijo, carece también de palabras que le permitan simbolizar su cuerpo sexual, entonces el cuerpo queda cercenado de su condición erógena. La sexualidad¹⁰, como espacio de despliegue de la condición femenina y/o masculina, es entonces un espacio privilegiado en tanto evidencia una carencia que abarca al sujeto en la totalidad de su existencia: la carencia que refiere a la condición erógena del cuerpo.

¹⁰ Coloquialmente entendida, es decir, en tanto remite a la identidad sexual, al acto sexual, etc.

El uso de sustancias actualiza una y otra vez esta escisión, dando cuenta de una llaga que no sana, de un cuerpo en llagas, portado en carne viva, ajeno a la apropiación psíquica. Diremos con Le Poulichet (1990), que la intoxicación *anula la esquizis del sujeto hablante*, como señala la autora, pero sólo en la medida que la droga otorga una cuota de placer. En el resto de la experiencia, el consueo de sustancias revela esta esquizis, esta escisión, en su condición más brutal: la división de la vivencia entre la experiencia de un cuerpo en bruto y la existencia, por otra parte, desconectada del cuerpo, de sólo algunas representaciones que no permiten sin embargo historizar la existencia y dar continuidad en el tiempo a la vivencia. Anestesiarse a través del uso de sustancias permite cierto despliegue de las representaciones sin tanto dolor; pero justamente por la carencia erógena de la vivencia y por los desencuentros permanentes y sostenidos de los encuentros originarios, surgen representaciones que priman por su cariz de exceso, de trauma, o por las ausencias simbólicas que dejan agujeros en la vivencia. Devenir hijo/hija como tal, en un lugar de herencia y de novedad, se anhela como salida subjetivante pero es algo que nunca acontece: *tengo que madurar*, dicen. Sólo así se podría devenir sujeto, sexuado y se podría ubicar como referente simbólico y de contención para las siguientes generaciones.

Por todo lo antes dicho, proponemos que el acontecer del cuerpo femenino y masculino puede presentar una apertura a la pregunta fundamental de todo proceso terapéutico. La impotencia sexual en los hombres o el exceso de ímpetu sexual, la maternidad en las mujeres en tanto evento del cuerpo gestante, etc. brindan espacios privilegiados de acercamiento en estos casos, pues son eventos del cuerpo que convocan el llamado a la palabra materna/paterna, y con ello, a la posibilidad de elaborar un primer corte al Otro, derivando en el logro de un reconocimiento primario fundante de la existencia. No es casual, entonces, que la clínica de las

adiciones proveniente de otras escuelas haya dado un lugar preponderante a la maternidad de estas mujeres, como tampoco es casual que se describa en la literatura excesos de maternidades irresolutas, fallidas, truncadas entre las mujeres adictas (Asistencial, A.I.D.C., 2007). Tampoco es casual que el enfoque de género haya hecho una diferencia fundamental en el tratamiento de hombres y mujeres consumidores (Asistencial, 2007; Castilla & Lorenzo, 2012; Cifuentes, 2014; Duany Navarro & Hernández Marín, 2012). Proponemos que los eventos del cuerpo en su condición sexuada y generadora de vida, primordialmente, pueden abrir espacios de representabilidad (Aceituno, 2010b) para estos pacientes, en la medida que se establezca un vínculo transferencial que acoja el deseo de reconocimiento fundante primario y entonces, permita leerlos.

Es relevante aclarar que, a la luz de estos resultados expuestos, podríamos concluir apresuradamente que la condición sexuada del terapeuta sería determinante en la posibilidad de acceder al padecer del sujeto en cuestión; es decir, que para las mujeres adictas sería más fácil acceder a esas *palabras de madre* no acontecidas en sus vidas, a través del encuentro con terapeutas mujeres, y lo mismo con los hombres, mostrándose impotente entonces un terapeuta de otro sexo al momento de hablar del cuerpo del paciente. Para estos entrevistados, las palabras paternas del padre mismo sexo, de haber sido recibidas, les habrían permitido simbolizar su cuerpo como un cuerpo sexuado; esto es lo que en la literaridad de sus palabras dicen, y en esta medida habría algo que el padre de sexo contrario no podría otorgar. Pudiera parecer evidente que cada cual puede hablar del cuerpo que encarna con más facilidad que de un cuerpo diverso. Nos parece sin embargo, que concluir apresuradamente esta consecuencia sería un gran error, pues por una parte, hombres y mujeres carecemos de un saber cabal acerca del cuerpo propio. Siempre lo femenino como lo masculino es algo que se

encarna con agujeros, con cierta discontinuidad, con preguntas, aberturas, que finalmente dan espacio a la manifestación del deseo. La pregunta de las personas toxicómanas acerca de la propia condición sexual, del cuerpo sexuado, del cuerpo gestante, del cuerpo que da vida clama, a nuestro parecer, por otro tipo de respuestas. No se trata de brindar saberes cerrados acerca del cuerpo, certezas acerca de un acontecer corporal determinado por el cuerpo biológico, sino que justamente la pregunta trasciende la condición biológica del cuerpo. Se trata entonces de abrir un espacio de escucha que dé lugar a que emerja aquello del cuerpo propio que no ha sido hasta ahora dicho, que emerja aquello del cuerpo biológico que hasta ahora no podido devenir erótico. Y esa posibilidad puede surgir en la escucha analítica independiente de la cualidad del cuerpo sexuado del analista, más no de su cualidad erótica.

Los entrevistados, pensamos, claman por *palabras del padre del mismo sexo* en la medida que suponen que el padre o la madre porta un saber acerca del cuerpo sexuado del cual ellos carecen, pues ellos mismos se los han privado; esto es, sin embargo, la expresión de una carencia de simbolización más profunda, más radical. Lo sexuado, diremos, remite a la condición sexual, erótica del cuerpo; de lo que se les ha privado, en realidad, es de un espacio simbólico de la existencia ligado al placer. Se trata entonces de dar lugar y escucha en la clínica a aquello que de alguna manera no ha tenido lugar, de prestar las condiciones clínicas y terapéuticas para que lo no dicho, lo no habido, pueda manifestarse en la transferencia. De ubicarse temporalmente en el lugar de aquel Otro que puede otorgar algún referente con el cual simbolizar y representar ciertas experiencias. De reconocer en el paciente el dolor padecido por lo no habido, en camino de advenir. Entonces, el camino de la simbolización será posible poniendo en juego el cuerpo del terapeuta, pero no en su cualidad sexuada, sino que erótica, dando lugar justamente al campo de lo erótico como condición no habida.

Por los resultados obtenidos, se podría pensar, también erróneamente, que padres del mismo sexo no pudieran permitir la elaboración al hijo de un cuerpo sexuado sino bajo los parámetros de su propio sexo. Es fácil creer que podemos las mujeres hablar más fácilmente del cuerpo de mujer, como los hombres del cuerpo de hombre por una condición evidente, lo conocemos *desde dentro*. Sin embargo, justamente por los resultados obtenidos, podemos decir que hay mujeres que han quedado cercenadas de *palabras con efectos simbólicos*, que les permitieran hablar de su cuerpo bajo el *código femenino*, en el lenguaje de las *cosas de mujeres*, así como también existen hombres privados del *código masculino*, incapaces de interpretar el devenir de su cuerpo viril. Pensamos que la posibilidad de simbolización de una posición sexuada, por esto mismo, no tiene directa relación con el cuerpo que se encarna, hombres y mujeres además portamos un saber acerca de ambos sexos que hemos introyectado e integrado de diversas maneras. El llamado a *palabras* de un padre del mismo sexo, pensamos, nace por lo ya dicho; porque los entrevistados suponen, ya sea del padre o la madre del mismo sexo, un conocimiento acerca de su cuerpo del cual se les ha privado, que tendría efectos simbólicos mucho más allá de la condición sexuada del mismo. Se trata de un esfuerzo de simbolización que busca, bajo parámetros concretos, la posibilidad de simbolizar el propio cuerpo en una condición fundamental: que el cuerpo sea mío, mi cuerpo, representación del yo, encarnación del yo: un *yo cuerpo*.

8.- Bibliografía

Aceituno, R. (2010a). *Futuro anterior. Historia, clínica, subjetividades*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

Aceituno, R. (2010b). Tener Lugar. En *Espacios de Tiempo, clínica de lo traumático y procesos de simbolización*. Roberto Aceituno (comp.). Santiago: Chile. Colección Praxis Psicológica, Universidad de Chile. (p. 69-81)

Aceituno, R. (2013). *Memoria de las cosas*. Santiago: Chile. Ediciones Departamento de Artes Visuales. Facultad de Artes, Universidad de Chile.

Aceituno, R. Bustos, M. Reyes, M. (1994). *Objetos caídos*. Universidad Diego Portales. Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Psicología. Santiago, Chile.

Aceituno, R. & Radiszcz, E. (2013). Psicoanálisis e investigación social: la herencia freudiana. (p. 115- 137). En Canales, M. (2013). *Escucha de la escucha: Análisis e interpretación en la investigación cualitativa*. Santiago: LOM Ediciones.

André, J. ed. (1999). *Los estados fronterizos. ¿Nuevos paradigma para el psicoanálisis?*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Andre, J. (2001). Hilo de Ariadna, la teoría y lo femenino. En *La femineidad de otra manera. Un debate psicoanalítico*. Jaques André (dir). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

André, J. (2014). *La sexualidad masculina*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Alizade, M. (2016). La liberación de la parentalidad en el siglo XXI (pp. 25-30). En Alkolombre, P. & Sé Holovko, C. (comp). *Parentalidades y género, su incidencia en la subjetividad*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Letra Viva.

Alonso, Luis Enrique (1998). La mirada cualitativa en sociología. España: Editorial Fundamentos, Colección Ciencia; En Fernández Droguett, Roberto (2006, Septiembre). *Investigación cualitativa y psicología social crítica en el chile actual: conocimientos situados y acción política* [52 párrafos]. Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research [On line Journal], 7 (4), Art.38. Disponible en <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/163/363>.

Assistencial, A.I.D.C. (2007). La Intervención del contexto asistencial en la visibilidad del consumo de drogas por mujeres. *Revista Latino-am Enfermagem*, 15 (2). p. 247-252. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1590/S0104-11692007000200009>. ISSN 1518-8345.

Aulagnier, P. (1991). Entrevista a Piera Aulagnier. En Hornstein, L. (1991). *Cuerpo, historia, interpretación*. Buenos aires: Paidós.

Aulagnier, P. (1991). Construir(se) un pasado. En *Revista de Psicoanálisis APdeBA* 13(3), 441-497.

Aulagnier, P. (1994). *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión. Seminario realizado en el Hospital Sainte Anne 1977-1978*. Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós.

Aulagnier Spairani, P. (1984). Observaciones sobre la feminidad y sus avatares. En Aulagnier-Spairani, P. Clauvreur, J., Perrier, F. Rosolato, G. & Valabrega, J.P. *El deseo y la perversión*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Sudamericana S.A.

Aulagnier, P. (2003). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.

Aulagnier, P. (2009). *La pensée interdite*. Paris: PUF (p. 15-41).

Barembaum Moses, F. (2016). ¿Qué significa tener un hijo? (pp. 79-86). En Alkolombre, P. & Sé Holovko, C. (comp). *Parentalidades y género, su incidencia en la subjetividad*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Letra Viva.

Bion, W. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós.

Bueno-Osawa, R. & Rodriguez, S. (2006). La entrevista psicoanalítica, una herramienta de investigación cualitativa. En *XXVI Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, "el legado de Freud a 150 años de su nacimiento"*. Lima- Peru: FEPAL.

Cabrera, P. (2010). Tiempo, angustia y subjetividad (pp. 15-42). En Aceituno, R. (comp.). *Espacios de tiempo, clínica de lo traumático y procesos de simbolización*. Santiago, Chile. Universidad de Chile, Colección Praxis Psicológica. Andros Impresores.

Cabrera, P. (2016). Camille o los tiempos de entrada (pp. 136-149). En Rardyszcz, E. (editor). *Malestar y destinos del malestar*. Santiago, Chile. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales: Social- Ediciones.

Castoriadis Aulagnier, P. (2010). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires- Madrid: Amorrortu

Castilla, M., y Lorenzo, G. (2012). Emociones en suspenso: maternidad y consumo de pasta base/paco en barrios marginales de Buenos Aires. En *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 36, p. 69-89.

Castro, M. (2011). Sujeto, Verdad y su relación con el Yo. En *Anuario de Investigaciones*, Vol. XVIII. Buenos Aires, Argentina: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

Cifuentes, A. (2014). *De arrebatos y a-dicciones. Consideraciones psicoanalíticas sobre la clínica de lo femenino en el campo de las toxicomanías*. Tesis para optar al grado de magister en psicología: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

David, H. (2001). Las madres matan. En *La femineidad de otra manera*. Un debate psicoanalítico. Jaques André (dir). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Del Solar, G. (2008). Consideraciones sobre el consumo de drogas, la sexualidad y el psicoanálisis lacaniano. En *Objetos Caídos*, N° 6 (pp. 111-131).

Deutsh, H. (2000). George Sand, un destin de femme. In *Les introuvables. Cas cliniques et autoanalyse (1918-1930)*. Paris, France: Seuil.

Dio Bleichmar, E. (2016). Lo que falta en la formulación de la función maternal. En Alkolombre, P. & Sé Holovko, C. (comp). *Parentalidades y género, su incidencia en la subjetividad*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Letra Viva.

Doltó, F. (1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.

Duany Navarro, A., & Hernández Marín, G. (2012). Alcohol, función sexual y masculinidad. *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 28(4), 611-619.

Escohotado, A. (1998). *Historia General de las drogas*. Madrid, España. Editorial Alianza.

Fernandez Droguett, R. (2006). Investigación cualitativa y psicología social crítica en el Chile actual: Conocimientos situados y acción política. En *Forum: Qualitative Social Research*, Vol 7, No 4 [revista en línea]. Disponible en: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/163/364>

Freud. S. (1893-1895). Estudios sobre la histeria (J. Breuer y S. Freud). En *Obras Completas, Vol. II (2013)*. Buenos Aires: Argentina. Amorrortu editores.

Freud. S. (1901-1905). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras. En *Obras Completas, Vol. VII (2013)*. Buenos Aires: Argentina. Amorrortu editores.

Freud. S. (1906-1908). El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen y otras obras. En *Obras Completas, Vol. IX. (2013)*. Buenos Aires: Argentina. Amorrortu editores.

Freud, S. (1910). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci y otras obras. En *Obras completas, Tomo XI (2013)*. Buenos Aires: Argentina. Amorrortu editores.

Freud. S. (1912). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II). En *Obras completas, Cinco Conferencias sobre psicoanálisis, Un*

recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci y otras obras. Volumen XI (2013). Buenos Aires: Argentina. Amorrortu editores.

Freud, S. (1895). Proyecto de psicología para neurólogos. En *Obras completas, Tomo I* (2013) Buenos Aires: Amorrortu. (p. 323-441).

Freud, S. (1914-1916). Trabajos sobre metapsicología y otras obras. En *Obras Completas, Tomo XIV* (2013). Buenos Aires: Amorrortu editores.

Freud, S. (1917-1919). Lo Ominoso. En *Obras Completas, Vol, XVII: De la historia de una neurosis infantil (el «Hombre de los Lobos» y otras obras)* (2013). Buenos Aires: Argentina. Amorrortu editores. (p. 215-251)

Freud, S. (1920-1922). Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras. En *Obras Completas, Vol. XVIII* (2013). Buenos Aires: Argentina. Amorrortu editores.

Freud, S. (1886-99). Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud. En *Obras completas, Volumen I*. (2013). Buenos Aires: Argentina. Amorrortu editores

Freud, S. (1886-99). Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud. En *Obras completas, Volumen I*. (2013). Buenos Aires: Argentina. Amorrortu editores

Freud, S. (1923). Tres ensayos de Teoría Sexual. En *Obras completas, Tomo XIX* (2013). Buenos Aires: Argentina. Amorrortu editores

Freud, S. (1927-1931). El malestar en la cultura. En *Obras completas, Tomo XXI, El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras* (2013). Buenos Aires: Amorrortu (pp. 57-140).

Freud, S. (1893-1899). Primeras publicaciones psicoanalíticas. En *Obras completas, Tomo III* (2013). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu

Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu

Freud, S. (1901-1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras. En *Obras completas* (2013). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu

Freud, S. (1914) 1914. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras. En *Obras completas, Tomo XIV* (2013). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu

Freud, S. (1905). El chiste y su relación con lo inconsciente. En *Obras completas, tomo VIII* (2013). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu

- Freud, S., (1980a). Über Coca. En *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona: Anagrama.
- Freud, S. (1980b). Notas sobre el ansia de cocaína y el miedo a la cocaína. En *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona: Anagrama.
- Freud, S. (1979). Carta a Fliess del 1° de marzo de 1896, en *Naissance de la psychanalyse*. Paris: PUF
- Fink, B. (2007). *Introducción al psicoanálisis lacaniano. Teoría y técnica*. Barcelona: Gedisa.
- García, M. (2001). La clínica y la etnografía como métodos de investigación. En *Psykhé*, vol. 10, n°2. (p. 77-86). Escuela de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- García-Serra, J., Ramis, J., Simó, S., Joya, X., Pichini, S., Vall, O. & García-Algar, O. (2012). Matrices biológicas alternativas para detectar la exposición prenatal a drogas de abuso en el tercer trimestre de la gestación. [on line] *Anales de pediatría* 77(5). Disponible en: <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1695403312001506> [Consultado el 09 de junio de 2014]
- Gloer, L. (2016). La nostalgia del padre: ¿función paterna o función tercera?. (31-38). En Alkolombre, P. & Sé Holovko, C. (comp). *Parentalidades y género, su incidencia en la subjetividad*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Letra Viva.
- Glover, E. (1932). On the Aetiology of Drug-Addiction. *Int. J. Psycho-Anal.*, vol 13. p. 298-328
- Green, A. (1998). *El discurso vivo. Una concepción psicoanalítica del afecto*. Valencia, España: Editorial Promolibro.
- Green, A. (2000). *El tiempo fragmentado*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Green, A. (2005). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Desconocimiento y reconocimiento del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Green, A. (2006). *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones
- Green, A. (2010). *El Pensamiento Clínico*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Gurfinkel, D. (2008). O episódio de Freud com a cocaína: o médico o monstro. En *Revista latinoamericana de psicopatología fundamental*. Vol. 11 Num. 3 (pp. 420-436). Septiembre 2008.
- Guyomard, D. (2013). *Nace una madre. Del vínculo a la relación*. Colección Praxis psicológica. Serie Psicoanálisis y cultura. Santiago, Chile: Editorial Catalonia.

Hachet, P. (2004). L'étiopathogénie transgénérationnelle des toxicomanies: étude critique des travaux existants. *L'évolution psychiatrique*, 69: 690-700.

Hornstein, L. Aulagnier, P. Pelento, M. Green, A. Rother de Hornstein, M.C., Bianchi, H. Dayan, M. Bosoer, E. (1994). *Cuerpo, historia, interpretación. Piera Aulagnier: de lo originario al proyecto identificador*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós, colección Psicología profunda.

Jeifetz, Vanesa; Tajer, Débora (2010). Equidad de género en la adherencia al tratamiento de adicciones. Representaciones y prácticas de profesionales y pacientes en un servicio de internación de un hospital público. *Anuario de investigaciones* [online]. vol.17 [citado 2015-08-19], pp. 317-320. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16862010000100031&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1851-1686.

Kaes, R., Faimberg, H., Enriquez, M. & Baranes, J.-J. (1993). *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.

Kaufmann, J. (1997). *L'entretien compréhensif*. Paris, France: Nathan.

Korman, V. (1995). *Antes de la droga, ¿qué? Una introducción a la teoría psicoanalítica de la estructuración del sujeto*. Barcelona, España: Grup Igia Ediciones.

Kristeva, J., Mannoni, O., Ortigues, E., Schineider, M. & Haag, G. (1994). *El trabajo de la metáfora*. España, Barcelona: Gedisa.

Lacan, J. (1958-1959). El deseo y su interpretación. En *El Seminario, Tomo 6*. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. (1962-1963). La angustia. En *El Seminario, Tomo 10*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1966a). L'agressivité en psychanalyse. In *Ecrits*. Paris, France: Seuil.

Lacan, J. (1966b). Del sujeto por fin cuestionado. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Lacan, J. (1968-1969). De un Otro al otro. En *El seminario, Tomo 16*. Buenos Aires, Argentina. 1ª edición, Paidós, 2008.

Lacan, J. (2003). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (pp. 86- 93). En *Escritos, Tomo 1*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Lacan, J. (2006). *El Seminario. Libro 4. La relación de objeto*. Barcelona: Paidós (Trabajo original publicado en 1994).

Lacan, J. (1957). *El Seminario, Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. Barcelona: Paidós (Trabajo original publicado en 1994).

Lacan, J. (1975). *El Seminario. Libro 20. Aún*. Buenos Aires: Barcelona: Paidós (2006).

Laurent, E. (1988, diciembre). *Tres observaciones sobre la toxicomanía*. Conferencia pronunciada en Campo Freudiano de Bruselas, TYA (Toxicomanías y alcoholismo).

Le Poulichet, S. (1990). *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores

Le Poulichet, S. (1996). *El arte de vivir en peligro. Del desamparo a la creación*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

Le Poulichet, S. (2012). *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.

Le Poulichet, S. (2009). *Psychoanalyse de l'informe. Dépersonnalisations, addictions, traumatismes*. Paris, France: Flammarion.

Lopez, C. (2007). *La entrada a tratamiento en sujetos que han desarrollado una adicción: Una discusión desde el psicoanálisis*. Tesis para optar al grado de Doctor en psicología. Santiago, Chile: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Maldavsky, D. (1992). *Teoría y clínica de los procesos tóxicos. Adicciones, afecciones psicósomáticas, epilepsias*. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu editores.

Markez Iñaki, Póo Mónica, Romo Nuria, Meneses Carmen, Gil Eugenia, Vega Amando. Mujeres y psicofármacos: La investigación en atención primaria. (2004). *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.* Sept (91). pp. 37-61. Disponible en: http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-57352004000300004&lng=es

Mayer, H. (2000). El sostén interior, falla e inversión de los soportes en las adicciones. En *Revista de psicoanálisis APA*. 57 (1). Santiago: Chile.

Melman, C. (2005). *Charles Melman, entrevista con Jean-Pierre Lebrun. El hombre sin gravedad, gozar a cualquier precio*. Rosario, Argentina: Universidad Nacional de Rosario Editora.

Melman, C.; Lacote, C.; Sainte Fare Garnot, D.; Czermak, M. & Salama, S. (1995). *La oralidad, Seminario*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens Ediciones.

Meneses Falcón, C. (2006). Mujeres y consumo de opiáceos: una realidad específica. *Trastornos Adictivos*. 8 (4). pp. 261-75. Disponible en: <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1575097306751327>

Montero, A. (2013). El análisis francés del discurso y el abordaje de las voces ajenas: interdiscurso, polifonía, heterogeneidad y topos (247-273). En Canales, M. (2013). *Escucha de la escucha: Análisis e interpretación en la investigación cualitativa*. Santiago: LOM Ediciones

Nasio, J. (2007). *El placer de leer a Lacan. El fantasma*. Barcelona: Gedisa.

Olivenstein, C. (1985). *La toxicomania*. Madrid: Editorial Fundamentos.

Ortigosa Gómez, S. López-Vilchez, M., Díaz Ledo, F., Castejón Ponce, E., Caballero Rabasco, A., Carreras Collado, R. & Mur Sierra, A. (2011). Consumo de drogas durante la gestación y su repercusión neonatal. Análisis de los períodos 1982-1988 y 2002-2008.[en línea]. *Med Clin (Barc)*. 136(10). p. 423–430. Disponible en: <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S002577531001002X>

Parat, H. (2001). El ardor de la leche, la madre y la erótica del amamantamiento. En *La femineidad de otra manera. Un debate psicoanalítico*. Jaques André (dir). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Pommier, F. (2011). *Lo extremo en psicoanálisis*. Santiago, Chile: Colección Praxis Psicológica. Serie psicoanálisis y cultura. Ediciones del Departamento de Psicología, Universidad de Chile.

Pommier, F. (2016). Transformaciones (p. 115-127). En Rardyszcz, E. (editor). En *Malestar y destinos del malestar*. Santiago, Chile. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales: Social- Ediciones.

Radó, S. (1928). The Psychical Effects of Intoxication:—Attempt at a Psycho- Analytical Theory of Drug-Addiction. (1928). En *International Journal of Psycho-Analysis*, N° 9. pp. 301-317

Ramírez, N. (2010). Las relaciones objetales y el desarrollo del psiquismo: una concepción psicoanalítica. En *Revista de Investigación en Psicología*, [S.l.], v. 13, n. 2, p. 221-230, mar. 2014. ISSN 1609-7475. Disponible en: <<http://revistasinvestigacion.unmsm.edu.pe/index.php/psico/article/view/3729>>. Fecha de acceso: 18 jul. 2018 doi:<http://dx.doi.org/10.15381/rinvp.v13i2.3729>.

Robles, B. (2011). La entrevista en profundidad: una técnica útil dentro del campo antropofísico. En *Revista Cuicuilco*, vol 18, n° 52. (p. 39-49). Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/351/35124304004.pdf>

Rocha Leite Haudenschild, T. (2016). Parentalidad y género en un caso de interseccualidad (pp. 119-130). En *Parentalidades y género, su incidencia en la subjetividad*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Letra Viva.

Rodríguez, J., Hernández, E., & Fernández, A. M. (2007). Descripción del consumo de drogas lícitas e ilícitas por género a través de la metodología de pares. *Revista médica de Chile*, 135(4). pp. 449-456.

Romo Avilés, N. (2011). Cannabis, juventud y género: nuevos patrones de consumo, nuevos modelos de intervención. *Trastornos adictivos*. 13, (3). p. 91-93. Disponible en: <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1575097311700198>

Romero, P. (2012). *La toxicomanía no existe. Revisión del concepto toxicomanía desde la noción de sujeto del inconsciente*. Tesis para optar al grado de magister en psicología y clínica psicoanalítica. Santiago, Chile: Facultad de Psicología, Universidad Diego Portales

Rosenfeld, D. (1976). *Clínica Psicoanalítica. Estudios sobre drogadicción, psicosis y narcisismo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Galerna.

Servicio Nacional para la Prevención y Rehabilitación del Consumo de Drogas y Alcohol (SENDA). Boletín número 9. *Caracterización de la Población femenina atendida en el programa de tratamiento específico de mujeres*. [en línea] <http://www.senda.gob.cl/observatorio/estadisticas/poblacion-general/> [consulta: 01 de junio de 2014].

Sinatra, E. (1994). *Sujeto, Goce y Modernidad III*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Atvel

Sinatra, E. (2013). *L@s nuev@s adict@s. La implosión del género en la feminización del mundo*. Buenos Aires: Tres Haches

Sisto, V. (2000). Lenguaje y Construcción social de la realidad: Hacia el Discursivismo (35-105). En *Subjetivación, Diálogos, Gritos en la calle: Una aproximación heteroglósica al estudio de la subjetivación*. Tesis para optar al grado de magister en psicología social. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

Soto, C. (2011). *Psicoanálisis aplicado al tratamiento de adicciones en comunidades terapéuticas, ¿posible o imposible?*. Tesis para optar al grado de magister en psicología clínica de adultos. Facultad de Medicina, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile.

Strauss, A., & Corbin, J. (1994). Grounded theory methodology. An overview. In N. Denzin, & Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Research* (p. 273-285). Sage Publications.

Strauss, A. & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Colombia: Editorial Universidad de Antioquía.

Tarrab, M. (2005). *En las huellas del síntoma*. Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones

Tisseron, S. Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P. & Rouchy, J.C. (1995). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Buenos Aires: Amorrortu

Udler Cromberg, R. (2001). Un cuerpo que cae... un cuerpo que se levanta; femineidad... en otras palabras. En *La femineidad de otra manera. Un debate psicoanalítico*. Jaques André (dir). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Ungar, V. (2016). Las teorías de los niños acerca del origen (pp. 105-108). En Alkolombre, P. & Sé Holovko, C. (comp). En *Parentalidades y género, su incidencia en la subjetividad*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Letra Viva.

Urribarri, F. (2009). Después de Lacan: del postlacanismo al psicoanálisis contemporáneo. En *Rev. de Psicoanálisis*, vol LXVI, n° 4 (p. 665-686). Disponible en: <http://bibliotecadigital.apa.org.ar/greenstone/collect/revapa/index/assoc/20096604p0665.dir/revapa20096604p0665urribarri.pdf>

Velosa Forero, J. (2009). Las toxicomanías. Algunas consideraciones críticas sobre cómo se ha comprendido el fenómeno, se han diseñado las políticas y los tratamientos. En *Revista Tesis psicológica* N°4, (pp. 102-115). ISSN 1909-8391 nov 09.

Vertzner Marucco, A. (2016). El deseo parental y la perplejidad ante lo diverso (pp. 131-138). En *Parentalidades y género, su incidencia en la subjetividad*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Letra Viva.

Winnicott, D. (1974). El miedo al derrumbe. En *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós.

Winnicott, D. (1958). La capacidad para estar solo. En Winnicott, D. (2002). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional*. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós (p. 36-46).

Winnicott, D. (1993). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.

Woloski, G. (2016). El saber sobre el origen. Ayer y hoy (pp. 109-116). En Alkolombre, P. & Sé Holovko, C. (comp). *Parentalidades y género, su incidencia en la subjetividad*. Buenos Aires: Argentina. Editorial Letra Viva.

Zuckerfeld y Zonis (2016). Sobre cuerpos, cultura y hábitos: Atravesamientos. En *Revista Caliban, Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*. vol. 14, año 1. Federación Psicoanalítica de América Latina, FEPAL.

9.- Anexos